4564

AYACUCHO

OBRA ESCRITA CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE AQUELLA BATALLA

POR

ALFONSO MARIA BORRERO

DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS Y GEOGRAFICOS, DEL AZUAY, Y MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA, DE QUITO.

Edición costeada por el Muy Ilustre Concejo Municipal de Cuenca.

UNIVERSIDAD DE CUENCA
BIBLIOTECA
"Juan Bta. Vázquez"
ECUADOR S. AM.

CUENCA DEL ECUADOR—DICIEMBRE DE 1924.

«Tip. Municipal»

PROLOGO

Bien quisiéramos nosotros no ser nosotros sino alguien en la presente ocasión, para que las palabras de verdad sincera que van a escapársenos en seguida tuviesen algún asomo de autoridad. Las soltarémos, sin embargo, y claras y rotundas además, porque pudiera ser que acaso la misma insignificancia de quien grita concilie atención al grito. Las antítesis, a veces, tienen mucho de taumaturgia.

Y bien, pues, y yendo a ello, decimos que no sólo la bibliografía histórica de Cuenca, que no sólo la del Ecuador, que no sólo la de Sudamérica, sino la misma bibliografía histórica universal acaban de ser enriquecidas por DON ALFONSO MARIA BORRERO, con el aporte de sus dos libros llamados CUENCA EN PICHINCHA, el uno, compuesto y publicado ayer, y AYACUCHO este otro, compuesto y publicado hoy día, los mismos que cuando se den juntos a la estampa, en futuras ediciones, harán bien en intitularse ENCICLOPEDIA HISTORICA DE LA INDEPENDENCIA DE LA AMERICA DEL SUR.

¿Dónde, en efecto, hasta hoy, sino es en ellos, ver reunidas en uno, con sistema y orden, las innúmeras escenas del complicado y prodigioso drama de la emancipación de todo un mundo, queremos decir del mundo conocido ahora con los distintos nombres de Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay y la Argentina? ¿Cuándo ni por quién se ha concebido siquiera y mucho ménos realizado, si no es hoy y por el se-

ñor BORRERO, la sinopsis de cuanto andaba disgregado y suelto en toda una inmensa biblioteca de Historias Particulares, Colecciones de Documentos, Monografías, Recuerdos, Memorías, Epistolarios, Biografías, Bocetos, Polémicas y hasta panegíricos y diatribas? Por lo menos declaramos nosotros no haber visto antes cosa parecida, ni haberla oído siquiera, y que hasta los días en que, por una muy particular circunstancia de compañerismo con el señor BORRERO, llegamos a ser testigos presenciales de la composición de su obra y los primeros de sus lectores, nunca habíamos podido orientarnos bien ni tomar rumbos precisos en el magno mar de esta parte de la historia americana.

Ya selectos intelectuales del Ecuador, a par de algunos del extrangero, hicieron coro con nosotros en punto a las excelencias de CUENCA EN PICHINCHA, cuya presentación en el mundo de la publicidad nos cupo el honor de hacer; e igual coro se formará, no lo dudamos, respecto de las excelencias de AYACUCHO, el honor de cuya presentación está la suerte prodigándonos a nosotros mismos.

Si en el primero de aquellos libros se aplaudieron la vasta erudicion, la perspicuidad, el orden, la imparcialidad y la mesura, las mismas prendas se aplaudirán en éste, su digno hermano gemelo; y con la lección de uno y otro, interesante, trágica, variada, el lector común se hará de conocimientos sólidos en ésta la más saliente parte de la historia de la América del Sur; el ya iniciado en ella, acrescentará los suyos y podrá sistematizarlos y ordenarlos; y el erudito mismo tendrá a la mano, para sus referencias, consultas y sincronismos, algo que no le sería dado conseguir sino poseyendo toda aquella laberíntica biblioteca que arriba dijimos.

Dos cosas más están destinados a traernos los libros del señor BORRERO.

Es la una, aquella que hemos dado en llamar ACERCAMIENTO DE LOS PUEBLOS DE HISPANO-AMERICA. Fusionadas como están en esos libros, por su generalidad y método, las hazañas y glorias todas de las NACIONES de aquende el Mar Caribe, quien trate de conocer o repasar en

tales libros las de su PATRIA peculiar y propia, no podrá hacerlo sin conocer o repasar, al propio tiempo, las de las otras NUEVE PATRIAS de la América del Sur; y de aquí, de esta comunidad de gloria ancestral, principiarán a brotar e insinuarse las de profunda simpatía fraterna y de estímulo y apoyo para las futuras jornadas del progreso. No hay compañero en el trabajo y la paz como aquel a quien tuvimos por camarada en la guerra y el peligro, y en la lucha por la emancipación camaradas fuimos todos, del un océano al otro y desde el Istmo de Panamá al Cabo de Hornos. Esto nos hacen saber, esto nos muestran los libros del señor BORRERO. Ellos, pues, constituyen una obra de lectura cosmopolita, para el cosmos, para el mundo de nuestra América.

Es la otra, la de que con esos libros comienza a pagarse la deuda de gratitud que, desde hace un siglo, están demandando de las Letras Americanas, por junto y en un solo monumento, los manes de Bolívar el Unico y de Sucre y San Martín, los Primeros de los Segundos, con los de Belgrano, Artigas, Rodríguez Francia, O'Higgins, Santa Cruz, Gamarra, nuestro La Mar, Córdova, Páez y Fábrega, si hemos de concretar en estos nombres, tomados de entre mil más de igual retumbo, las glorias argentinas, uruguayas, paraguayas, chilenas, bolivianas, peruanas, ecuatorianas, colombianas, venezolanas y panameñas.

Que este monumento, comenzado a erigir por el señor BORRERO, se elevará más con el tiempo, merced a nuevos aportes de material de historia, que se lo embellecerá y pulirá por los Tácitos y Tito Livios de Futuro-América, que, en suma, aun esté lejos

De herir los astros con sublime vertice,

según la expresión de Horacio, no cabe dudar; pero tampoco cabe dudar que aun entonces, por la concepción del proyecto y su primera traza arquitectónica, puede el señor BORRERO exclamar con justo orgullo: Mía es la gloria, mi pluma lo inició.

Octavio Cordero Palacios

AYACUCHO

PARTE PRIMERA

ANTECEDENTES

Breve Reseña Histórica de la Emancipación del Virreinato del Rio de la Plata y de la Capitania General de Chile, hasta 1820.

CAPITULO I.

ALTO PERU—1809 y 1810.

Poderío de España en América.—El Virreinato del Perú.—Importancia de su capital, Lima.—Provincias que formaban el Alto Perú.—La ciudad de Chuquisaca, su triple nomenclatura.—Insurrección de esta ciudad, en 25 de Mayo de 1809.—Causas de la Insurrección.—Destitución del Presidente García Pizarro.—Entrega de las armas a los amotinados.—La ciudad de La Paz.—Insurrección de ésta, el 16 de Julio de 1809.—El Virrey del Perú Abascal, comisiona al Brigadier Goyeneche y al Coronel Ramírez la pacificación de las ciudades insurrectas.—Los Jefes patriotas Castro e Iriarte son derrotados en Chacaltaya por Goyeneche.—Entra éste triunfante en La Paz.—Derrota de los patriotas en Irupana.—Don Pedro Morillo y ocho Jefes sufren la pena de horca.—Pacificación de la provincia de Charcas por el Mariscal de Campo Vicente Nieto.—Invasión de los Ingleses a Buenos Aires.—El Brigadier Santiago Liniers reconquista aquella ciudad.—Segunda invasión de los ingleses.—Toma de Montevideo por los mismos.—Los invasores sufren otra derrota en Buenos Aires.—Liniers es destituído del cargo de Virrey del Río de la Plata.

Descubierto el nuevo mundo, merced a la eficaz protección de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, llamados los Reyes Católicos, por el inmortal Cristóbal Colón, genovés

según la mayor parte de los historiadores, y natural de Pontevedra en Galicia de España, según un historiador moderno, esta poderosa Nación conquistó una parte considerable de la América del Norte y toda la América del Sur, con excepción del Brasil y pequeñas fracciones de la Guayana.

Intrépidos e indomables guerreros españoles, después de legendarias y épicas hazañas, llevaron a cabo esa imponderable conquista. Esos héroes fueron: Hernán Cortés, Hernando Soto, Pedro de Alvarado, Alonso de Ojeda, Blasco Nùñez de Balboa, Pedro de Heredia, Gonzalo Jiménez de Quezada, Francisco y Gonzalo Pizarro, Diego de Almagro, Sebastián de Benalcázar y otros cuya enumeración sería larga y fastidiosa. El poderío de España en las Américas se extendía, pues, desde la parte más austral de Chiloé hasta la más septentrional de las Californias. Tan vasto territorio tenía 79º 31' de Sur a Norte, o sea, una extensión de cerca de dos mil leguas. Con razón se dijo, en esa gloriosa época, que el sol no se ponía en los dominios españoles.

En esa grande extensión de territorio que España poseía en América, se hallaban comprendidos: el archipiélago de Chiloé, el Reino de Chile, inclusa la provincia de Valdivia; el Virreinato de Lima, o sea, Reino del Perú; el Reino de Quito, el Virreinato de Santa Fé o Nueva Granada, la Capitanía General de Caracas y la Presidencia de Panamà; el vastísimo Reino de Méjico con las Californias y la Capitanía General de Guatemala, además de varias islas importantes en uno y otro océano.

Entre esas dilatadas y ricas posesiones coloniales ocupaba la primacía el Reino de Méjico, por su excepcional situación entre Europa y el Asia, con puertos en el Atlántico y en el Pacífico. Seguía en importancia el Reino del Perú, antigua sede de los monarcas Incas, la nación más vasta, rica, poderosa y civilizada entre las que existían en la América del Sur antes de la conquista.

El Virreinato del Perú, antes de que estallara la guerra de la Independencia, se hallaba comprendido entre 32º de latitud Norte hasta 25º 10' de latitud Sur, y entre 63º 56' hasta 70º 18' de longitud occidental del meridiano de Cádiz, es decir, ocupaba una extensión de territorio de 514 leguas del Septentrión al Mediodía y de 126 leguas de Oriente a Occidente, y partía términos con la provincia de Guayaquil al Norte, con el desierto de Atacames al Sur, con la cordillera Oriental de los Andes al Este y con el Mar del Sur al Oeste.

A raíz de la conquista del famoso imperio de los Incas, cuya capital era la célebre ciudad del Cuzco, su afortunado conquistador, Francisco Pizarro, fundó la de Lima, a orillas del Rímac, como capital de aquel reino subyugado por un puñado de guerreros españoles. Llamàbase también Ciudad de los Reyes, por haberla fundado Pizarro el 6 de Enero de 1534.

"Desde la fundación de Lima, dice el General Andrés García Camba en sus "Memorias", fue esta Capital un objeto de predilección para los españoles y para sus Reyes, que la trataron del mismo modo que a las ciudades más favorecidas

de España. Había en ella una Audiencia Pretorial, creada en 1543; la Universidad de San Marcos, con los mismos privilegios y exenciones que la de Salamanca, fundada en 1551; un Tribunal de Inquisición, erigido en 1571, cuya jurisdicdión se extendía al territorio de Chile y Chiloé, y al de los Virreinatos de Buenos Aires y del Perú y parte del de Santa Fé; muchos conventos de frailes y monjas, tan grandes y poblados algunos, que el de la Concepción encerraba, en 1700, sobre 1041 mujeres, aunque en 1790 ya no contenía más que 26; varios Hospitales y bien atendidos; un Seminario Conciliar; tres colegios: Santo Toribio, San Carlos y San Fernando, éste de Medicina y Cirugía, fundado por el Virrey Abascal, con el fin de que esas Facultades dejasen de ser exclusivamente ejercidas por la gente de color; una Junta Superior de Real Hacienda; un Tribunal Mayor de Cuentas; otro del Consulado; una Casa de Moneda, que acuñó desde 1801 a 1805, en plata y oro, 21.215.314 pesos, y desde 1809 a 1813 21.146.410 y medio pesos, es decir, 168.903 y medio pesos, menos que en el quinquenio anterior; una fundición de artillería; una fábrica de excelente pólvora; un jardín botánico, un Proto-medicato y un magnífico Panteón."

Por lo expuesto se comprende que el Régimen Español tenía hondas raices en el Virreinato del Perú, y que los lazos entre esa Colonia y la Metrópoli eran muy estrechos y cordiales; siendo esta la razón por la que dicho Virreinato fuese el último que obtuvo su emancipación de España.

Sea esta la oportunidad de manifestar, que los Jefes Militares de la Península que sostuvieron la causa de su Rey en el Bajo Perú y en el Alto Perú, guerrearon, durante largos años, con tesón, con maestría y con valor imponderables. Para corroborar lo dicho basta tomar en cuenta, que el año de 1824, en cuyas postrimerías se libró la famosa batalla de Ayacucho, sólo el Perú y la provincia de Chiloé eran los únicos restos del dominio español en América; y que sólo esas Colonias hicieron frente a la revolución armada y triunfante de todos los Estados de la América Meridional, y en especial a los tercios de la poderosa e invencible Colombia la Grande.

No merecieron, pues, los hèroes españoles, vencidos en Ayacucho, el despectivo apodo de los AYACUCHOS, que les dieron ciertos políticos de Madrid, a los que se les llamaba, a su vez, serviles o PERSAS. La mejor vindicación de aquellos es la de que, cuando regresaron a España, fueron los personajes más conspicuos de la política y de la guerra. En efecto, el General José Canterae fue Gobernador Militar de Madrid. El impertérrito General Rodil, el último que arrió el pabellón ibérico de las fortalezas del Callao, llegó a desempeñar el cargo de Presidente del Consejo de Ministros. El General Rafael Maroto, trastornador de España, como Jefe del ejército de Don Carlos Isidro, dió término a la funesta guerra civil, entre isabelinos y carlistas, mediante la capitulación conocida con el nombre de EL ABRAZO DE VERGARA. El General Baldomero Espartero, Conde de Luchana, fue Regente del Reino; y el General Andrés García Camba, Capitán General de Filipinas.

Milita también a favor de los Jefes españoles, la reflec ción de que el ejército real peruano sostuvo una lucha obstinada desde 1809, hasta Enero de 1826, en que capituló la plaza fuerte del Callao; mientras que, al año siguiente de haber proclamado los norte-americanos su Independencia, o sea en 1775, el General Washington sitió y tomó a Boston que se encontraba en poder de los ingleses; poco después el General Gates obligó a rendirse sin combatir a 10.000 soldados británicos; y por último, habiendo el General inglés Cornwallis capitulado en York-Town con todas sus tropas, la Independencia de los Estados Unidos quedó definitivamente sellada en 1783. De este parangón resulta, que más constancia y más fortaleza en defender la causa real desplegaron los Jefes españoles en el Perú, que los ingleses en Norte América.

Hechas estas observaciones, cábenos decir algo acerca de las causas que justificaron la separación de las Colonias Americanas de la Metrópoli. Al ocuparse de este asunto, los Historiadores Españoles censuran con acritud a aquellas, calificándolas de rebeldes y de inobedientes a las autoridades legítimamente constituídas. Añaden además que los americanos escogieron para lanzar el grito de Independancia la ocasión menos digna y honrosa, esto es, se quejan de que ellos hubiesen abandonado a la Metrópoli, en su mayor aflicción, cuando, destituído su Rey, Carlos IV, y confinado en tierra extraña el Príncipe heredero Fernando, las huestes napoleónicas invadieron el territorio de la Península, colocando en su trono un Rey intruso, a José Bonaparte, hermano de Napoleòn el Grande.

Estas recriminaciones son injustas, y para refutarlas, reproduciremos las siguientes frases del docto Historiador, el Ilmo. Federico González Suàrez:

«¿Proclamamos el derecho de insurrección? ¡No, nunca!! ¿Negamos, tal vez, el deber de obedecer a las autoridades legítimamente constituidas? ¡Tampoco! . . . . . Pero ¿qué derecho más legítimo que el paterno? ¿qué autoridad más sagrada que la autoridad paterna? . . . . . Y, sin embargo, llega un día cuando el hijo puede constituirse independiente y establecer hogar aparte, para honrar en una descendencia gloriosa la memoria de su padre, aunque la resistencia de éste a la emancipación de su hijo haya sido injusta. Hónrese España con haber dado la vida de la civilización a un mundo!! . . . .»

«La guerra que llamamos de nuestra Independencia tiene, pues, todas las condiciones de una guerra justa, sostenida por las Colonias contra el Gobierno de la Metrópoli. En la Historia hemos de buscar, ante todo, una ley de moral social; y los triunfos y las victorias, a pesar de su esplendor, no han de merecernos una palabra siquiera de aprobación, menos de aplauso, sino cuando, a par de las armas, haya salido triunfante y vencedora la justicia. El Gobierno español desconoció sus verdaderos intereses y se obstinó en conservar medio mundo bajo pupilaje político, cuando América debía pertenecer ya a la civilización general del globo, que había llegado a momentos solemnes y decisivos en la historia del linaje humano.»

«La familia humana esparcida por toda la redondez de la

tierra es úna en los designios de la Providencia Divina, para quien no hay razas distintas, lenguas diversas ni fronteras que circunscriban los países: la hora en que las Colonias Americanas debían emanciparse políticamente de España, había sonado ya en los decretos de la Providencia y el trono secular de los Borbones, que tenía por pedestal el Nuevo Mundo, se derrumbó con estrépito .... El patriotismo español se puso en obra para levantarlo; pero ya la corona de Carlos V no pudo reposar sobre dos mundos.»

Tócanos ya referir los acontecimientos que se realizaron en el Alto Perú, durante el año de 1809.

El Alto Perú formaba parte del Virreinato del Río de la Plata, se componía de las provincias de la Paz, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz; y lindaba, por el Norte y el Oeste, con el Bajo Perú y el desierto de Atacama; por el Sur con Salta; y por el Este con la provincia brasilera de Mato-Grosso. En las montañas situadas al Noroeste de Chuquisaca nace el Pilcomayo, uno de los principales tributarios del río de la Plata. El clima es tan vario como las producciones del suelo. La principal riqueza consiste en minas de plata, una de las cuales, la del Potosí, tiene fama mundial, por la abundancia y excelente calidad de ese metal que de ella se ha extraído y continúa extrayéndose. La coca, llamada yerba del Paraguay o mate, es abundante en la provincia de la Paz, constituye la bebida principal de los habitantes de esa región y uno de los principales ramos de comercio.

La noticia de la invasión de las tropas napoleónicas al territorio de la Península, de la abdicación de Carlos IV, del confinio del Príncipe de Asturias y de la organización de la Junta Central de Sevilla, que asumió el poder real, llegó a las Colonias Americanas, por emisariós enviados por aquella; y produjo honda sensación en todos los dominios hispano-americanos, especialmente en las provincias del Alto Perú, ávidas e impacientes por independizarse de España.

No juzgamos oportuno ni prudente en este momento en que se trata de hacer efectivo el verdadero panamericanismo en la América Meridional, dilucidar acerca de cual de las colonias indo-latinas fue la primera en lanzar el grito de Independencia. Nuestro criterio desapasionado es el de que le cupo esa gloria a Quito, llamada por este motivo «Luz de América», como lo dijimos en nuestra obra «Cuenca en Pichincha.» En efecto, mucho antes de que se insurreccionasen las ciudades de Chuquisaca y la Paz, o sea, a fines de Diciembre de 1808, los patriotas quiteños se reunieron en el OBRAJE o hacienda de Chillo del Marquez de Selva Alegre, Dn. Juan Pío Montúfar, con el fin de llevar a cabo un movimiento revolucionario, cuyo objetivo era, en definitiva, la Emancipación de la Presidencia de Quito de la Metrópoli; y si no se realizó el complot fue, porque habiéndolo descubierto las autoridades españolas, se les persiguió tenazmente a los autores de él. Con esta aserción, no pretendemos amenguar el mérito de las insurrecciones de Chuquisaca y la Paz en pro de su Independencia. Mucho menos tratamos de contradecir a los historiadores que señalan como movimiento inicial

de la Emancipación de las Colonias Sud-Americanas, los que se verificaron en las muy nobles y patrióticas ciudades de Chuquisaca y la Paz, el 25 de Mayo y el 16 de Julio de 1809 respectivamente.

El espíritu de libertad e independencia estuvo latente en el Alto y Bajo Perú, antes de las fechas mencionadas. Prueba de ello es que, a principios del siglo XVII, ocurrió en Potosí la conjuración acaudillada por Alonso Ibáñez, quien demasiado atrevido y audaz para aquel tiempo proclamó la Emancipación del Virreinato del Perú. En el último tercio del siglo XVIII tuvo lugar en el mismo territorio la famosa insurrección del Inca José Túpac Amaru contra las Autoridades españolas; la que fue secundada por millares de indígenas, y sofocada derramando a torrentes la sangre de aquellos infelices. Debemos también mencionar que en 1798, los patriotas del Perú enviaron a Europa a Don José Caro a que solicitase de los Gobiernos de Francia y Gran Bretaña algunos auxilios con el objeto de levantar el Virreinato contra España. Ocupémonos ya del movimiento insurreccional de Chuquisaca antes mencionado.

Esta ciudad era conocida indistintamente con la triple nomenclatura de Chuquisaca, Charcas y la Plata, cuyo origen es el que sigue. Mucho antes de que los españoles descubriesen y se apoderasen del Perú, los Monarcas Incas habían conquistado todo el territorio denominado de los Charcas, conservándole el mismo nombre, como también conservaron el de la cabecera de ese territorio que era el de Chuquisaca. El Gobernador don Francisco Pizarro, elevado ya a la categoría de Marqués de los Atavillos, encomendó, en 1538, a su hermano Gonzalo Pizarro la conquista de los Charcas, que fue reñidísima; y este valeroso caudillo fundó y pobló una ciudad en el mismo asiento de la antigua, dejándola, también, con el nombre de Chuquisaca. Descubierto el famoso mineral de Potochi (Potosí), que dista de aquella ciudad poco más de 18 leguas, se dió a Chuquisaca el tercer nombre de la Plata. Dijimos ya que la Junta de Sevilla envió sendos comisionados o Comisarios Regios a las diversas Colonias Americanas para que pusiesen en conocimiento de sus respectivos Gobernantes los dolorosos sucesos que se habían verificado en la Península en el año de 1808.

El Brigadier Don José Manuel de Goyeneche, hijo de Arequipa, fue enviado por la Junta para informar a las Autoridades y pueblos del Perú acerca de los acontecimientos que habían privado de su libertad al Monarca español Carlos IV; y para solicitar el reconocimiento de la Junta Central de Sevilla como representante de la Soberanía. El Comisionado Goyeneche fue recibido al principio con muestras de respeto y consideración de parte de los pueblos, quienes manifestaron las más vivas simpatías por la suerte de Fernando VII. No obstante, bien pronto algunas provincias del Alto Perú, y de otras colonias dieron muestras de que conocían sus propios intereses, y se creyeron con el mismo derecho para organizar Juntas que las Provincias de España.

Tal era el estado de la América Española en 1809, cuando Chuquisaca alzó el pendón de la insurrección. Los fautores de

ella formaron un gran tumulto popular contra la autoridad superior, que terminó por un acuerdo de la Real Audiencia expedido el 25 de Mayo del año mencionado, en el que se resolvió la destitución del Gobernador Presidente de la provincia de Charcas, el Teniente General Don Ramón García Pizarro.

La causa de la insurrección fue la de que, habiéndo Goyeneche el enviado de la Junta de Sevilla, despachado un mensajero a Río de Janeiro, se esparció el rumor de que el objeto de la misión era entregar el Virreinato del Río de la Plata, del que formaban parte las provincias del Alto Perú, a Carlota, Princesa del Brasil. Este rumor hizo sospechosos a los ojos del pueblo, no sólo a Goyeneche, sino también al Virrey de Buenos Aires, que lo era el Brigadier Santiago Liniers, al Arzobispo Dn. Benito María Moxó, y en especial al Presidente García Pizarro. A todos ellos se les acusaba de mantener secreta inteligencia con el gabinete del Brasil para proclamar la soberanía de la casa de Braganza, en dicho Virreinato. Inculpaban, además, al Gobernador Pizarro el hecho de que estaba instruyendo sumarios contra los principales vecinos de Chuquisaca, para decretar el destierro y proscripción de ellos.

Exasperado el pueblo por estos motivos, resolvióse a dar el golpe decisivo al Presidente Pizarro, en la noche del expresado 25 de Mayo de 1809. Pero éste adelantándose a la ejecución del complot, mandó a arrestar a algunos Ministros de la Audiencia y miembros del Ayuntamieto, considerándoles como Jefes de la insurrección. Noticiosos los perseguidos de la orden de García Pizarro, la eludieron fugándose u ocultándose, de suerte que uno solo de los cabildantes pudo ser apresado.

Sabedor el pueblo de este acontecimiento, formó un gran tumulto y en tropel corrió al palacio arzobispal, y de aquí al de la presidencia, en solicitud de la libertad de los supuestos presos. Habiendo logrado obtener la del único que se hallaba detenido, no se calmó por ello el tumulto popular, sino que arreciaba y crecía como las embravecidas olas de un mar tempestuoso, clamando por la libertad de las demás personas, a quienes se suponía, también, en prisión, y especialmente por la del Fiscal, al que los amotinados buscaban con ansia, ya en el cuartel de la guarnición, ya en casas de particulares, ya en el mismo Palacio Presidencial, donde se propagó el rumor que de aquel había sido muerto, en circunstancias en que la guardia hizo algunos disparos para contener a los revoltosos.

En vano el anciano General García Pizarro aseguró, bajo juramento, que no tenía encarcelado al Fiscal y que ignoraba su paradero. En vano ofreció responder por la seguridad de aquel. Sus promesas y juramentos fueron desoidos por la turbulenta multitud, la que, cada vez más imponente y bravía pidió la prisión del Presidente, o a lo menos, que se le quitasen las armas que éste tenía a su disposición. Admitida esta última petición por la Audiencia, expidió el respectivo Acuerdo, con el que se le intimó, sin demora, al Presidente, quien al principio se negó a obedecer tal orden; pero cedió al fin, conviniendo en la entrega de la artillería que tenía en su casa, para calmar la creciente efervescencia popular.

Para completar su obra los instigadores de la revuelta, pidieron la prisión del General Pizarro, y la obtuvieron mediante un Acuerdo de la Audiencia. Hasta por tercera vez se resistió aquel a hacer la dimisión del mando que se le exigía; pero viéndose solo y desamparado, para salvar su vida que se hallaba en inminente peligro, y bajo la promesa hecha por la Audiencia de que mantendría la quietud pública, el Presidente Pizarro dimitió el mando; y aquella Corporación se hizo cargo del Gobierno, arrogándose sus facultades. En consecuencia, el 26 de Mayo de 1809, fue despedida la tropa que guarnecía Chuquisaca, pasando las armas de las manos de los soldados a las de los amotinados; y al día siguente 27 de Mayo, condujeron al Presidente, como reo de Estado, a la estrechez de una prisión, y se le instruyó el respectivo sumario.

De la relación que acabamos de hacer, se desprende que la insurrección de Chuquisaca no tuvo propiamente el carácter de un movimiento tendiente a la Emancipación de la Metrópoli; pero ella manifiesta que el pueblo de Chuquisaca era un pueblo consciente de sus derechos, amante de su libertad, altivo, audaz y resuelto a emplear todos los medios para obtener su Independencia.

El Presidente Pizarro había pedido auxilios al Gobernador Intendente de Potosí, Don Francisco de Paula Sanz, quien con suma diligencia marchó en socorro de aquel, al frente de un cuerpo de tropa regular y disciplinada; pero llegó tarde, o sea, dos días después de consumada la deposición y prisión del mencionado Presidente.

Sanz recibió orden de la Audiencia encargada ya del Gobierno, para hacer retroceder la tropa que conducía, como así lo hizo, limitándose a entrar él solo en Chuquisaca, para acordar con los miembros de aquella Corporación los medios más adecuados de conciliar la tranquilidad del país con el sostenimiento de las autoridades legítimas. Habiendo convenido comunicarse mutuamente cuanto fuere conducente al logro de ese objeto, regresó Sanz a Potosí, lleno de satisfacción por este acuerdo. El historiador español Torrente, hablando de este asunto, dice: "El Gobernador Intendente de Potosí, Dn. Francisco de Paula Sanz, no se atrevió a dar un paso para sofocar la insurrección de Charcas, temiendo, sin duda, salir desairado en su empresa contra un pueblo tan decidido y resuelto, que se preparaba oponer a las bien concertadas maniobras de una tropa bizarra y perfectamente disciplinada, una resistencia furiosa y todos los recursos de un despechado compromiso."

El nuevo Virrey de Buenos Aires, Dn. Baltazar Hidalgo de Cisneros, que reemplazó al Brigadier Liniers, recibió en la Colonia del Sacramento, donde se hallaba, la noticia de lo ocurrido en Chuquisaca, y contestó inmediatamente, autorizando a la Audiencia de Charcas para continuar ejerciendo el mando, en lugar del Presidente destituído, e intimó al Gobernador Intendente de Potosí que, con una fuerza militar suficiente, mantuviese el orden en aquella colonia, y obedeciese los mandatos de la Audiencia, en cuanto no fuesen incompatibles con los de la autoridad superior que él ejercía.

Mientras tanto los insurrectos de Chuquisaca hicieron circular con suma diligencia papeles subversivos contra las autoridades españolas, y despacharon activos emisarios para que promoviesen la revolución en otras partes, logrando pronto que sus intentos patrióticos hallasen eco en la altiva ciudad de La Paz.

Esta urbe, capital de la rica provincia del mismo nombre, en el país llamado primitivamente CHUQUIABO, se halla situada cerca de la orilla izquierda del río que sirve de desagüe a la laguna de Titicaca o de Chucuito, denominado por ello río del Desaguadero, que era la línea divisoria entre los Virreinatos de Buenos Aires y el Perú.

Mandóla fundar el Presbítero y Licenciado Dn. Pedro de la Gasca, cuarto Gobernador y Capitàn General del Perú, después que debeló la facción de Gonzalo Pizarro, a quien hizo ejecutar con otros muchos de sus bravísimos capitanes y soldados, cèlebres conquistadores y descubridores. En 1548, nombró la Gasca a Alonso de Mendoza Corregidor del territorio de CHUQUIABO, y le ordenó fundar una ciudad con el título y bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz, en memoria de la que acababa de restablecer en el Perú, a costa de tanta y tan distinguida sangre española. Tal fue el origen de la ciudad de La Paz, que dió nombre a toda la provincia, erigida más adelante en Silla Episcopal, y poblada, en su mayor parte, de indios turbulentos.

Sucedió, pues, que gran parte de los altivos, audaces y valerosos habitantes de La Paz, imitando el ejemplo de Chuquisaca, se apoderaron con facilidad de la fuerza armada que la guarnecía, y se alzaron revolucionariamente en la noche del 16 de Julio de 1809. En seguida depusieron y redujeron a prisión no sólo al Asesor Gobernador, Intendente interino de la Provincia, sino tambièn al Obispo, que presentándose ante la enfurecida muchedumbre, trató de calmarla y evitar que continuase el saqueo y robo de las casas de los españoles principales, en que habían emprendido algunos revoltosos de la hez de la plebe, valièndose de las tinieblas de la noche y del desorden que imperaba en la revuelta ciudad.

El Obispo e Intendente fueron arrestados y custodiados en el palacio del primero. Al día siguiente el Prelado fuè confinado a una hacienda distante doce leguas de la ciudad. Allí permaneció, hasta que los indios de Irupana, acèrrimos realistas, se apoderaron de la tropa que escoltaba al Obispo, y sacándole de su confinamiento le condujeron a ese pueblo.

Depuestas las autoridades, a las que se acusaba, tambièn, de pretender someter el país al dominio de Portugal, los insurrectos, invocando el nombre de Fernando VII, pasaron a formar una Junta que se llamó TUITIVA, siendo llamados a componerla los paceños màs notables por su espíritu de independencia y algunos españoles europeos que se prestaron a ello, sin duda, por temor a los riesgos a que se hallaban expuestos.

Hablando de este acontecimiento, el General Daniel Florencio O'Leary, en sus «Memoriás» se expresa en estos tèrminos: «La Paz, aunque escasa de recursos, arrastrada por el fervor de las innovaciones y el deseo de asegurar la libertad, tuvo

la honra de ser la primera, entre todos los pueblos de la Amèrica del Sur, que enarboló el glorioso estandarte de la revolución, que selló finalmente la Independencia de las Colonias Españolas. El 16 de Julio de 1809, los paceños depusieron las autoridades realistas e instituyeron una «JUNTA TUITIVA.» Estos patriotas dieron el primer golpe en favor de la libertad; pero fue èste demasiado dèbil para sostenerla. Goyeneche entró en La Paz el 26 de Octubre de 1809, después de derrotarlos en Guaqui.»

Nos permitimos hacer una rectificación, en este punto, al benemèrito General O'Leary. La batalla de Guaqui, en la que ciertamente triunfó el Jefe realista Goyeneche, y por lo que se le dió el título de Conde de Guaqui, se libró en 1811, como lo veremos a su tiempo. El encuentro o combate, en que, tambièn salió victorioso el mismo Goyeneche, y que puso fin a la insurrección de que nos ocupamos, se verificó en Chacaltaya el 13 de Octubre de 1809, como lo vamos á relatar.

En 26 de Julio del año indicado, el Gobernador Intendente de Puno dió parte al Virrey del Perú, Dn. Josè Fernando Abascal, después Marquès de la Concordia, de la revuelta acaecida en La Paz. En tal virtud dicho Virrey, receloso de que el incendio revolucionario prendiese en el limítrofe territorio de su gobierno, adoptó las medidas màs eficaces, no sólo para impedirlo, sino para ahogar en su cuna la insurrección de La Paz.

En efecto, Abascal remitió a Puno armamento, municiones, dinero, pertrechos de guerra y una compañía del regimiento veterano «REAL DE LIMA.» Ordenó que con las milicias de las provincias de Arequipa, del Cuzco y de Puno, se formase inmediatamente un cuerpo de ejèrcito en las cercanías del Desaguadero; y confió su organización al Coronel Dn. Juan Ramírez y Orozco, Gobernador de Huarochirí (1); previniéndole que marchase a la frontera de Puno, y que se pusiese a las

---

(1) Dn. Juan Ramirez y Orozco es el mismo que sucedío a Dn. Toribio Montes en la Presidencia de Quito, en 1817; el que mandó asesinar al patriota Dr. Antonio Ante, en su propia casa; y el que, por este y otros actos censurables, se captó la animadversión y odio de los quiteños. Contra Ramirez se improvisó la conocida estrofa:

Tente, Ramirez,
Tente en tu silla,
No te suceda
Lo que a Cástilla.

En esta picante estrofa, obra de un agudo versificador desconocido, se hace alusión a la trágica muerte que tuvo el anciano Presidente de Quito, Dn. Manuel Urriez, Conde Ruiz de Castilla, que fue depuesto por los patriotas de su cargo, en la memorable y trascendental revolución verificada en Quito el 10 de Agosto de 1809; y después falleció a consecuencia de las heridas y maltratos que le infirió la plebe de esa ciudad, en 1812.

órdenes del Brigádier Dn. Josè Manuel de Goyeneche, recientemente llegado al país, con el carácter de Comisionado de la Junta de Sevilla, según antes lo dijimos; y que a la sazón se hallaba en viaje para encargarse interinamente del Gobierno y Presidencia del Cuzco.

El Brigadier Goyeneche aceptó el mando de las tropas realistas, teniendo por su segundo al referido Coronel Dn. Juan Ramírez; y dispuso que el Coronel Dn. Fermín Pièrola, con cien hombres y dos piezas de artillería se apoderase del puente del río del Desaguadero. Cuando este Jefe llegó a aquel punto, lo encontró ocupado ya por los patriotas de La Paz, quienes inexpertos y sin práctica militar fueron desalojados del puente, llegándo Pièrola a apoderarse fácilmente de èl. Poco después el Comandante en Jefe Goyeneche se trasladó a las cercanías del Desaguadero, donde acudieron los contingentes de milicianos que debían formar el ejèrcito realista de operaciones.

Establecido en Zepita el cuartel General, Goyeneche hizo proposiciones pacíficas a los revolucionarios de La Paz, las que fueron rechazadas con altivez y dignidad. Resolvióse, en consecuencia, el Jefe Realista a levantar su campo, y tomar la ofensiva. El 13 de Octubre de 1809 pasó el Desaguadero, y alcanzó los altos de La Paz. Mientras tanto los principales Jefes patriotas, Indaburu, Castro e Iriarte, confiados en la superioridad numèrica de sus huestes, tomaron posiciones en Chacaltaya, y resolvieron hacer frente a las bien organizadas tropas de Goyeneche.

A la aproximación del ejército realista, el Jefe patriota Indaburu abandonó su puesto y se retiró a La Paz, en cuya plaza mayor fue tumultosamente asesinado por la plebe. El comportamiento de su compañero Castro fue muy distinto y digno de loanza, pues esperó el ataque de las tropas realistas, y aguantó con denuedo y bizarria sns repetidas y bien concertadas cargas; pero la hueste que capitaneaba no pudo resistirlas por largo tiempo; de manera que habiendo caído muerto en el desigual combate el valiente Castro, la bisoña e inexperta tropa que comandaba se puso en derrota, tomando los fugitivos la dirección de los escabrosos valles de los Yungas; y dejando en el campo de batalla algunos cadáveres, heridos y prisioneros, parte de sus fusiles y toda la artillería y municiones. Tal fue el bautismo de sangre de los valerosos habitantes de la privilegiada región que después llegó a constituir la gran Repùblica Boliviana, obra del genio de Bolívar y de la espada vencedora de Sucre.

A raíz del fácil triunfo de Chacaltaya, donde dejó 300 hombres, Goyeneche entró, sin obstáculo alguno en La Paz, el 26 de Octubre de 1809; y quedó debelada la insurrecciòn que en dicha ciudad estalló el 16 de Julio del mismo año.

Entre tanto, el Jefe patriota Iriarte, el Presbitero Medina, Cura interino de Sicasica y los dos hermanos Lanza con los dispersos de Chacaltaya se habian refugiado en los valles de Yungas, esforzándose por insurreccionar a sus habitantes. Impuesto Goyeneche de estos proyectos, destacó en persecución de los pa-

triotas a un primo suyo, el Coronel Dn. Domingo Tristán, con una columna de 400 a 500 hombres y dos piezas de artillería de montaña. Llegada esta columna a Machamargue e Irupana, la atacaron los revolucionarios con brio y tenacidad; pero, dada la resistencia de la veterana tropa realista, fueron al fin derrotados aquellos con considerable pérdida de muertos, heridos y prisioneros, contándose en este número uno de los hermanos Lanza y el Presbítero Medina. Con este suceso se aseguró la tranquilidad de los valles de Yungas, donde se estableció un destacamento realista de guarnición.

Para concluir lo relativo a la insurrección de La Paz referiremos el desastroso fin que tuvieron los cabecillas de ella. El Presidente de la JUNTA TUITIVA y, principal corifeo de la revuelta, Pedro Morillo, después de la rota de Chacaltaya, y a la aproximación de las tropas del Rey a La Paz, se retiró a las montañas más ásperas y fragosas de los Yungas. Perseguido a sol y sombra por un Capitán activo con algunos soldados disfrazados, de orden de Goyeneche, se le capturó al fin a Morillo y se le condujo preso a La Paz, en donde fue juzgado y condenado a la pena de horca, que la sufrió junto con otros ocho cabecillas incluso Lanza. El Presbítero Medina fue, también condenado a igual pena, pero se suspendió la odiosa ejecución por respeto a su carácter sacerdotal; y se le remitió preso a Lima. Andando el tiempo consiguió ese patriota benemérito fugarse de la reclusión en que se le tenía, y se trasladó a Chile.

Mientras tanto llegó a Tupiza el Mariscal de Campo Dn. Vicente Nieto, con alguna tropa, nombrado por el Virrey de Buenos Aires para suceder al General Pizarro en el Gobierno y Presidencia de la Audiencia de Charcas. Los habitantes de esta ciudad o Chuquisaca aterrados por el éxito desastroso de los revolucionarios de La Paz se vieron obligados a poner en libertad al General Pizarro, y lo que les fue más doloroso, a enviar una diputación que presentase sus respetos al nuevo Presidente Nieto. Verificó éste su entrada en La Plata, el 24 de Diciembre de 1809. En seguida se dió principio a la indagación contra los revoltosos; se hicieron varias prisiones; y fueron confinados a diferentes lugares los Ministros de la Audiencia, a excepción del Conde de San Javier y del Oidor Monte-Blanco. El asesor Romano y el Comandante Juan Francisco Alvarez de Arenales, con algunos otros individuos, fueron remitidos a Lima. Se destinó, además, a los presidios de Filipinas, de Bocachicha en Cartagena y al Morro de la Habana a más de treinta patriotas.

Con estas medidas inhumanas, pretendían los Jefes realistas ahogar el germen de la revolución en pro de la Independencia, en todas las colonias Hispano-Americanas. Pero es preciso confesar que en el Perú no se implantó, en todo su rigor, la terrible guerra a muerte que se practicó, en Venezuela y Nueva Granada, en la lucha de la Emancipación de estas Colonias. Fuerza es, también, confesar que los Jefes realistas del Perú no hicieron gala de los instintos sanguinarios que desplegaron en aquellas heroicas regiones, Monteverde, Morillo, Enrile, Sáma-

no, Yáñez, Bobes, Morales, Antoñanzas, Calzada, Zuazola, Rosete, Tízcar, Cervériz y otros.

Dejando encomendado el Gobierno de la Provincia de La Paz al adusto Coronel Dn. Juan Ramírez, con una fuerza de quinientos soldados del Bajo Perú, se creyó asegurada la tranquilidad de las provincias sublevadas y asegurado también el orden pùblico al Sur del Desaguadero. En consecuencia, el ejèrcito real expedicionario del Virreinato de Lima regresó a su territorio y fue, en seguida, licenciado. El mismo Comandante en Jefe, Gayeneche, retornó en Abril de 1810 a la Capital del Cuzco, para continuar en el desempeño de los cargos de Gobernador de esta vasta provincia y de Presidente de su Real Audiencia.

Mientras parecía que las provincias de La Paz, de Cochabamba, de Potosí y de Charcas habían vuelto a su sosiego normal, una terrible tempestad contra el Règimen de la Metrópoli se desataba en la ilustrada Buenos Aires, Capital del Virreinato del mismo nombre, y del cual formaban parte aquellas. Antes de referir este notable acontecimiento, ocupèmonos en otro, de igual importancia, que fue el precursor de la Independencia de dicho Virreinato, realizado, asimismo, en Buenos Aires, o sea, de la invasión de los ingleses a este importante Puerto.

El hecho fue que éstos dirigieron una expedición contra Buenos Aires, desembarcaron sin dificultad, obtuvieron repetidas ventajas sobre las armas españolas, que regía el Virrey Marquès de Sobremonte, y se apoderaron de aquella Capital. Despuès de estos desastres, el Virrey se consideró incapaz de hacer frente a tan angustiosa situación, y se retiró a Córdoba. De aquí provino que el valiente y popular Brigadier Dn. Santiago Liniers se encargase del mando militar, y bajo su acertada dirección, los bravos habitantes de Buenos Aires obligaron a capitular a los ingleses, y la reconquistaron el 13 de Agosto de 1806.

Indispensable nos parece referir el origen de esta invasión. La paz de Basilea y el tratado de alianza ofensiva y defensiva firmado en San Ildefonso entre España y Francia, dejaron a la primera a merced del entonces omnipotente Napoleón; y excitaron la saña de Inglaterra, porque las principales cláusulas de aquel tratado iban dirigidas contra ella. En consecuencia, el Gobierno de la Gran Bretaña, sin previa declaratoria de guerra, ordenó al Comodoro Moore, que cruzaba por delante del Río de la Plata, al mando de cuatro fragatas bien armadas, que se apoderase de igual número de buques españoles, en los que conducía tres millones de pesos a la Península, el Almirante Dn. Josè de Bustamante y Guerra, que comandaba dichos buques.

Sin cuidado navegaba la flotilla española, cuando, de improviso, el Comodoro inglès mandó romper el fuego contra la fragata MERCEDES, de sesenta y cuatro cañones, produciendo la voladura de èsta y el consiguiente pánico y desorden en los demás buques, que tras corta e insegura resistencia, se rindieron.

Al saber el Gobierno de España tan alevoso e inesperado

ataque, declaró la guerra al de la Gran Bretaña. Consecuencia de esta declaratoria fue el desastroso, cuanto glorioso combate de Trafalgar, en que triunfó la escuadra inglesa, sobre la escuadra aliada de España y Francia, al comando del inmortal Almirante Horacio Nelson, cuya concisa y sencilla proclama, antes del combate, debe siempre recordarse: «England expects every man to do his duty.»

Poco después, una expedición inglesa de 6,650 hombres al mando del General Sir Davis Baird y del Comodoro Sir Home Popham se apoderó de la colonia del Cabo de Buena Esperanza, que aunque holandesa, pertenecía a la sazón a Francia, a consecuencia de la conquista de los Países Bajos por aquella potencia.

Realizada esta empresa por los ingleses, el Comodoro Popham solicitó y obtuvo del General Baird que le confiase 1.600 hombres, con los cuales, bajo las órdenes del Mayor General Beresford, zarpó con dirección a Buenos Aires en una escuadra compuesta de cuatro fragatas, tres corbetas y tres bergantines. Esta se presentó a la vista de Buenos Aires el 25 de Junio de 1806; y empezó acto continuo el desembarque de su marinería en tierra, verificándose la toma de la ciudad el 27 por la mañana, por la falta de defensa y previsión de parte del Jefe de la Plaza, el Virrey Sobremonte, quien no dió oidos a la noticia que acerca de esta invasión recibió oportunamente de parte del Gobernador de Montevideo, Dn. Pascual Ruiz Huidobro.

El Jefe inglès Beresford quedó, pues, dueño de Buenos Aires, proclamándose Gobernador a nombre del Rey de Inglaterra, y apoderándose de un millón y medio de pesos fuertes que había en las cajas de la Tesorería.

Dijimos, antes, que el Brigadier Liniers fue el hèroe de la reconquista de Buenos Aires. Daremos ahora algunos detalles a cerca de este Jefe y de la manera como se verificó aquella.

Dn. Santiago Liniers, oriundo de Francia y miembro de una ilustre familia, por algunas ligerezas de su juventud, había tomado carta de naturaleza en España, a cuyo servicio entró en calidad de marino, distinguièndose en varias expediciones, tales como la de Argel, la de Menorca y la de Gibraltar. En 1806 era Liniers Capitán de navío y Comandante del Puerto de la Ensenada en el Rio de la Plata. Sabedor de la repentina toma de Buenos Aires, abandonó su puesto y penetró ocultamente en la ciudad, con el objeto de estudiar el modo de rescatarla, dando un golpe semejante al que los ingleses habían dado para apoderarse de ella.

Para llevar a cabo tan atrevido proyecto, el avisado y experto Liniers se puso de acuerdo con el Brigadier de marina, Dn. Pascual Ruiz Huidobro, Gobernador de Montevideo, quien, aprobando el plan de aquél, y accediendo a su petición, le proporcionó parte de la fuerza veterana y activa que guarnecia esa plaza fuerte. Con esta tropa, con algunos marinos de la escuadrilla de Gutiérrez Concha y algunos voluntarios se formó una columna de mil docientos hombres.

Por otra parte, el joven bonaerense Dn. Juan Martín de Pueyrredón organizó una pequeña columna, sostenida con los

auxilios pecuniarios de Dn. Martín de Alzaga y otros acaudalados propietarios de Buenos Aires. Aunque, al principio, el General Beresford logró dispersar dicha columna, poco después pudo ésta rehacerse y servir de vanguardia a las fuerzas reconquistadoras.

El 10 de Agosto de 1806, habiéndose negado el General inglés a la intimación de rendirse hecha por Liniers, avanzó éste con sus tropas sobre Buenos Aires, trabándose, en seguida, un sangriento combate entre las fuerzas inglesas y las españolas. Después de dos días de porfiada lucha, en que las tropas, desde las calles, y el vecindario, desde ventanas y azoteas, hicieron un fuego terrible sobre los usurpadores extranjeros, Beresford tuvo que capitular, saliendo de la ciudad con los honores de la guerra. Pero, hallándose ya fuera de ella, entregó el General inglés a los vencedores mil seiscientos fusiles, treinta y seis cañones, cuatro morteros, cuatro obuses y las banderas de los regimientos vencidos, quedando tanto él como éstos prisioneros de guerra.

Al día siguiente de la reconquista, celebróse un Cabildo abierto, el cual, fundándose en que la cobardía de Sobremonte le había inhabilitado para seguir al frente del Virreinato, confió el mando político y militar a Liniers, resolución que fue confirmada a la fuerza por Sobremonte. El mismo Cabildo, procediendo ya de una manera revolucionaria, destituyó al Virrey, quien se trasladó a Montevideo al frente de las milicias de Córdoba, con el objeto de defender aquella plaza de la invasión inglesa que la amenazaba.

En efecto, mientras en Buenos Aires, se disputaban el predominio de la situación, Liniers apoyado por los criollos y militares, y Alzaga por el partido español, el Gobierno de Inglaterra, ignorante de la reconquista de Buenos Aires, y deseoso de asegurar la ocupación de ella por Beresford, le envió un refuerzo de cuatro mil trescientos hombres al mando de Sir Samuel Achmuty. Al llegar esta expedición y mil hombres más procedentes del Cabo de Buena Esperanza, al Río de la Plata, supo el referido General inglés que Buenos Aires se encontraba ocupada ya por los españoles; y en vez de dirigirse a esa ciudad, atacó a Montevideo, que cayó en su poder, tras quince días de asedio y de una salida desastrosa de la tropa que le guarnecía.

Poco después de la rendición de Montevideo, llegó el Coronel Dn. Francisco Javier Elío, nombrado Gobernador de aquel Puerto, y pretendió, poniéndose de acuerdo con Liniers, recuperarla; pero derrotada la pequeña expedición que mandaba, Elío se vió obligado a retirarse.

El Virrey Sobremonte que, en estas críticas circustancias, se distinguió por su censurable timidez, había salido de Montevideo, con las milicias de Córdoba, bajo el pretexto de batir al enemigo; pero lejos de hacerlo así, huyó hasta Canalones. Estos repetidos actos de cobardía excitaron el furor del pueblo, el que amotinándose en la plaza mayor de Buenos Aires, pidió la destitución inmediata de un gobernante tan pusilánime. Cediendo a la ira popular, la Audiencia y el Cabildo

decretaron que, por la VOZ DEL PUEBLO, quedaba destituído el Virrey de Buenos Aires, Marqués de Sobremonte; y ordenaron el apresamiento de éste para someterlo a juicio.

«Un cobarde de más o de menos, dice Dn. Vicente F. López, no merecía por cierto que la Historia se detuviese a estudiarlo. Pero aquí la cosa era mucho más grave: el reo era el Virrey de una monarquia absoluta, y el Juez era un pueblo que surgía soberano y armado del seno mismo del Régimen Colonial. Este cambio, elaborado en el movimiento de la opinión pública, era por sí solo una revolución política y social; y el día en que tuvo lugar puede decirse que fue el día en que la dominación española quedó herida en el corazón y echada ya en el camino de su ruina (Palabras reproducidas por Dn. José Coroleu e Inglada, en su obra "América—Historia de su Colonización, Dominación e Independencia."

El Gabinete Inglés, deseando tomar la revancha de la derrota que sufrió Beresford en Buenos Bires, y teniendo por base para tal proyecto la ciudad de Montevideo ocupada por sus armas victoriosas, organizó una nueva expedición, al mando del General Whitelocke, ordenándole que agregase a ella las tropas acantonadas en ese Puerto.

En Junio de 1807, el ejército expedicionario, debidamente organizado, se componia de doce a catorce mil hombres, de los cuales su Jefe Whitelocke dejó dos mil en Montevideo, y con el grueso de las fuerzas inglesas desembarcó el primero de Julio del mismo año en la Ensenada.

A su vez Liniers organizó en Buenos Aires un ejército de siete a ocho mil hombres, con el cual salió a defender el paso del Riachuelo. Esquivando los ingleses el encuentro, lo cruzaron por otra parte, y fueron a situarse en un lugar llamado LOS CORRALES DEL MISERERE, en donde ocurrió el primer choque entre los beligerantes, siendo arrolladas las tropas de Liniers, que hubieron de retroceder.

Semejante descalabro comprometió gravemente la situación de Buenos Aires, porque quedaba expedito el paso para el enemigo. Ventajosamente, las indecisiones de Whiltelocke, por una parte, y por otra, las acertadas y rápidas medidas de defensa adoptadas por el Cabildo, el Alcalde Alzaga y los Jefes Militares, salvaron a la ciudad de un inminente peligro. Preparada ya la resistencia, entró Liniers en la Plaza, y fue recibido con frenéticas aclamaciones, precursoras del triunfo de las armas bonaerenses.

En efecto, al rayar la aurora del día 5 de Julio de 1807, se pusieron en movimiento las tropas inglesas, trabándose, en seguida, en las calles de Buenos Aires, un combate encarnizado que duró muchas horas, en el que se defendía el terreno palmo a palmo, y en el que tanto los agresores como los defensores de la ciudad lucharon con heroico empeño.

Tenaz y desesperada resistencia opusieron los ingleses, principalmente en el convento de Santo Domingo, del cual se habían apoderado, sirviéndose de él como de inexpugnable fortaleza; pero ante el irresistible empuje de los soldados bonaerences, tuvieron que cejar y desalojarlo, pronunciándose la de-

rrota en las filas de los hijos de la orgullosa Albión- Dos mil ochocientos cadáveres de los agresores quedaron tendidos en las calles y en los recintos de las casas y los templos de la invicta ciudad de Buenos Aires. Las restantes fuerzas de los invasores, desmoralizadas y llenas de pavor, no pudieron intentar otro ataque. En consecuencia el 7 de Julio de 1807, capituló el General Whitelocke, obligándose a reembarcarse con todas sus tropas, en el término de diez días, y a evacuar a Montevideo y todo el territorio del Río de la Plata en el de dos meses, lo que cumplió religiosamente.

Este glorioso triunfo y el anterior obtenido sobre los ingleses y la conducta censurable de Sobremonte, movieron al Gobierno español a confirmar la elección popular y a nombrar al valiente Brigadier D. Santiagó Liniers, Virrey de Buenos Aires, quien llegó a ser el ídolo del partido criollo, adquiriendo, y con razón, una popularidad inmensa. Pero bien pronto, como sucede ordinariamente en la vida de los que llegan a un puesto culminante, empezaron las tribulaciones para el nuevo Virrey.

En efecto el Alcalde Alzaga, Jefe del partido genuinamente español en Buenos Aires, y el Coronel Francisco Javier Elío, en la ciudad de Montevideo, de la cual era Gobernador, le suscitaron todo género de dificultades al Brigadier Liniers, llegando al extremo de provocar un motín encaminado a exigir su destitución, el que fue sofocado por los criollos.

No pararon en esto las cosas, sino que habiendo estallado en la Península Ibérica la guerra llamada de la Independencia, y habiéndose constituído una Junta Central, en representación de Fernando VII, que se hallaba confinado en tierra extraña por la omnipotente voluntad de Napoleón el Grande, continuaron Alzaga y Elío en su tenaz empeño de obtener la destitución de Liniers, tachándole de adicto a aquel Emperador, por su origen francés. Influyendo pues en el ánimo de los miembros de dicha Junta, que, sin duda, eran amigos personales de los quejosos, ésta decreto la separación de Liniers del mando del Virreinato del Río de la Plata; y le ordenó que se trasladase a España, por creer peligrosa su residencia en Buenos Aires, en donde las milicias armadas del partido nacional, como se titulaba el de los criollos, consideraban a Liniers como su Jefe.

La Junta Central, creyendo lisonjear a Liniers, y para cohonestar su inmotivada destitución, le concedió el título de Conde de Buenos Aires, libre de gastos, y una pensión anual de cien mil reales, que debía pagarse de las Cajas Reales de la Colonia, pensión completamente ilusoria, porque dichas Cajas estaban exhaustas.

CAPITULO II.

La Argentina y Chile—1809-1812.

El Teniente General Baltazar Hidalgo de Cisneros es nombrado Virrey de Buenos Aires.—Encuentra en estado de alarma el territorio de su mando.—Decreta la libertad de comercio.—El Veinte y cinco de Mayo en Buenos Aires.—Instalación de la Junta Gubernativa.—Destitución del Virrey Cisneros.— Expedición de los argentinos a Córdoba.—Huyen de ella Liniers y otros Jefes realistas .—Son apresados y condenados a muerte.—El doctor Castelli hace ejecutar la sentencia en Cabeza del Tigre.—Consternación y clamor general por este acontecimiento.—Medidas que tomó el Virrey Abascal para contener el avance de los patriotas argentinos .—Goyeneche y Ramírez son nombrados Jefes de las tropas realistas. —El Coronel Balcarce y el doctor Castelli al frente de las fuerzas patriotas.—Derrota del Coronel Piérola por éstas en la pampa de Aroma.—Insurrección de las provincias de Cochabamba y Oruro.—Las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy abrazan la causa de la Revolución.—Triunfo de los realistas en Cotagaita.—Toman la revancha los patriotas en Suipacha.—Funestas consecuencias de la derrota de los realistas en este lugar, para la causa de la Metrópoli.—Los Jefes españoles Nieto, Córdova y Sanz son pasados por las armas en Potosí, de orden de Castelli.—Semblanza de este personaje.—La revolución del Diez y ocho de Septiembre en Chile.—El Padre Camilo Enríquez.—Dn. Jose Miguel Carrera y sus hermanos don Juan José y Dn. Luis.—Continuas revueltas y disenciones intestinas en Chile.—Los chilenos se dan una Constitución.—El Virrey Abascal envía una expedición contra Chile.—Los revolucionarios se unen para hacerla frente.

La Junta Central de España nombró Virrey de Buenos Aires, en reemplazo de Liniers, al Teniente General D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, marino que, en unión de Gravina y Churruca, se había distinguido como éstos en el glorioso combate naval de Trafalgar.

En pésimas circunstancias arribó Cisneros al territorio

de su mando, por el estado de profunda división que existía entre los habitantes del Virreinato, por las numerosas fuerzas de que los patriotas disponían, y por último lo odiadas que estaban las Autoridades españolas, en especial, Dn. Francisco Javier Elío, Gobernador de Montevideo, cuyo reciente nombramiento de Subinspector de todas las milicias argentinas había causado en ellas muy mal efecto.

Las instrucciones con las que el nuevo Virrey venía no eran a propósito para calmar los apasionados ánimos de los criollos, ni para mantener la paz en el revuelto territorio del Río de la Plata. Tales instrucciones eran: la de disolver la Junta de Montevideo, promotora del motín que se fraguó contra Liniers, pero colmándola, al propio tiempo, de encomios y distinciones; la de sobreseer en la causa que se había iniciado contra los autores de ese motín, poniéndoles en libertad y dándoles honoríficas mercedes; la de ordenar que Liniers marchase inmediatamente a España; la de disolver los cuerpos de ARRIBEÑOS y PATRICIOS, compuestos exclusivamente de criollos, y la de reorganizar los cuerpos europeos de Catalanes, Vizcaínos y Gallegos.

Todas estas disposiciones, excepto la primera, podían engendrar un serio conflicto; razón por la cual Cisneros se hallaba receloso de ponerlas en práctica.

Y había sobrado motivo para ello, pues desde que se tuvo conocimiento de las instrucciones que el nuevo Virrey recibiera del Gobierno accidental de la Metrópoli, se reunieron los Jefes principales de las milicias, Manuel Belgrano, José Pueyrredón, Viamonte, Azcuénaga, Martín Rodríguez, con algunas personas notables, como Dn. Bernardino Rivadavia, el Coronel Terrada y otros, y resolvieron declararse en abierta desobediencia al Virrey. En esta reunión, unos manifestaron que deseaban que Liniers se pusiese al frente de las milicias para organizar la resistencia con las armas; otros, los más audaces, a cuya cabeza estaban Belgrano, Puyrredón y el Dr. Juan de Castelli, querían que se nombrase una Junta provisional, en nombre de la Infanta Doña Carlota Joaquina de Borbón, Princesa del Brasil, y que una comisión de dicha Junta fuese a ofrecerle la Regencia del Virreinato, mientras durase la cautividad de Fernando VII.

Esta pretensión manifiesta que la idea monárquica y la fidelidad al Soberano legítimo de España estaban todavía arraigadas, en esa fecha, en el corazón de los argentinos más notables, y que si éstos proclamaron después la República, emancipándose del régimen de la Metrópoli, fue en fuerza de los acontecimientos.

Desechada la segunda proposición, o sea, la de ofrecer la Regencia del Virreinato a la Princesa Carlota del Brasil, fue aceptada la segunda. En consecuencia se exploró la voluntad del Brigadier Liniers; pero éste lejos de aprovechar de la coyuntura que se le presentaba para ven-

garse, por el infundado desaire que le había hecho el Gobierno Provisional de la Metrópoli, se negó, de una manera caballerosa y digna, dando pruebas de honradez y lealtad, a ponerse a la cabeza de las milicias nacionales para la resistencia tendiente a desobedecer las instrucciones que traía el nuevo Virrey Hidalgo de Cisneros. Y no contento con esto, Liniers pasó a la Banda Oriental a recibir a aquel a pesar de la tumultuosa oposición de sus partidarios. Verificóse una cordial entrevista entre el cesante y el nuevo Virrey. En ella expuso el primero al segnndo, de una manera detallada, el estado en que se encontraba aquel dilatado territorio; y le aconsejó que observase una conducta prudente, contemporizando, en lo posible, con el pueblo, y que prescindiera de poner en ejecución algunas de las instrucciones que traía.

Después de esta entrevista retiróse Liniers a Buenos Aires, donde entregó el mando de las fuerzas populares al Mariscal de Campo D. Vicente Nieto, como representante del Virrey, quien hizo su entrada solemne en aquella ciudad el 30 de Junio de 1809, siendo recibido con entusiastas aclamaciones por la población europea, pero con suma frialdad por los americanos.

Conoció, desde luego, Hidalgo de Cisneros que estaba a merced de los mismos cuerpos que tenía orden de desarmar; y que el depuesto Liniers tenía una popularidad inmensa entre el poderoso elemento criollo, propicio siempre a cualquiera asonada o revuelta. Vióse, pues, en la necesidad de acceder a que el pueblo conservase sns armas; a que Liniers eligiera el punto de residencia que mejor le pareciese, en vez de enviarlo a España; y a suspender el nombramiento de Elío para Inspector de Milicias, medida esta última que adoptó con suma satisfacción, por la antipatía que le inspiró aquel personaje, en las pocas entrevistas que con él tuvo, antes de su arribo a Buenos Aires.

Fueron, también, causas para que Cisneros se mostrara conciliador, las famosas sublevaciones de Chuquisaca y La Paz, de las que dimos cuenta anteriormente, refiriendo, al propio tiempo, el modo y forma con que consiguieron debelarlas el Virrey del Perú Abascal y el de Buenos Aires Hidalgo de Cisneros.

Sofocadas dichas insurrecciones, dedicóse este último a reformar la administración del país, pero tropezó con la gravísima dificultad de que se hallaba agotado el tesoro de la Colonia, por los gastos extraordinarios que ocasionaron las invasiones Inglesas y la prodigalidad y el desorden de las anteriores administraciones, de manera que había el déficit considerable de un millón ochocientos mil pesos para sufragar los gastos ordinarios de Gobierno.

En tan críticas circunstancias Cisneros, atendiendo a una exposición de los hacendados, decretó la libertad comercial, como medida transitoria, hasta que España libre del yugo

de los franceses, pudiera continuar surtiendo los mercados de sus Colonias. Ventajosos fueron los resultados de aquel decreto, pues no sólo se cubrieron los gastos y se pagaron las deudas atrasadas, sino que quedó en las Cajas Reales un sobrante considerable en metálico.

Pero estas ventajas fueron, al mismo tiempo, adversas para la dominación de la Península en aquella región, porque sus moradores llegaron a conocer la extensión de sus recursos, y se convencieron prácticamente de que el sistema restrictivo, en materia comercial, implantado por España, había sido una rémora para el bienestar y el progreso de sus vastas colonias americanas. La libertad comercial decretada por Cisneros, fue una verdadera revolución económica, en virtud de la que el Virreinato de Buenos Aires se emancipó comercialmente de la Madre Patria, siendo el primer paso atrevido en el sentido de su completa Independencia.

El Virrey Cisneros dictó también enérgicas medidas de represión con el objeto de extirpar los males arraigados en el territorio de su mando que producían notable malestar y diarias escenas sangrientas: tales eran el bandolerismo y los desafíos. Con la creación de partidas sueltas de caballería consiguió poner a raya a los salteadores de caminos; pero los duelos o desafíos hallábanse tan arraigados en la clase popular, que todos los medios coercitivos empleados por Cisneros resultaron ineficaces para extirparlos. Tan inmoral y perniciosa costumbre se extinguió, al andar de mucho tiempo, cuando las pulperías, focos de corrupción, fueron sustituídas paulatinamente con almacenes de comercio.

Estas represiones, los castigos impuestos a los sublevados de La Paz, y el envío de los PATRICIOS para que ellos reprimiesen el motín de Chuquisaca, le enajenaron por completo a Cisneros las pocas simpatías que entre los criollos tenía. Los peninsulares, quejosos a su vez por el decreto de libertad de comercio que perjudicaba a sus intereses, fueron apartándose del Virrey, quien, por lo mismo, quedó completamente aislado y en una situación cada día más crítica y desesperada.

Tal era el estado de las cosas, cuando a principios del año de 1810, se organizó una sociedad secreta de patriotas, cuyo objetivo era promover la revolución. Dicha sociedad, cuyos miembros eran Belgrano, Rodríguez Peña, Castelli, Terrada, Passo y considerable número de jóvenes bonaerenses, contaba para realizar sus altos ideales con el Regimiento de Patricios y con otras fuerzas populares. Los más fogosos e impacientes de los patriotas querían desde luego iniciar el movimiento revolucionario, pero Dn. Cornelio Saavedra, Jefe de los Patricios, optó por retardarlo, hasta que se recibiese la noticia de haber caído en poder de los franceces la ciudad de Sevilla, último baluarte de la resistencia de los ejércitos españoles. Convencidos en el aplaza-

miento, todos los conjurados esperaban con ansia la llegada del momento indicado por Saavedra.

Bien pronto vieron los patriotas realizado su deseo, pues el día 13 de Mayo de 1810, por medio de los oficiales de un buque inglés que había arribado a Montevideo, se recibió la sensacional e importante noticia de la invasión de las huestes napoleónicas a Andalucía, la disolución de la Junta Central y la creación de la Regencia.

El Gobernador de Montevideo, que lo era Dn. José Soria, en reemplazo de Elío que había regresado a España, se apresuró a poner en conocimiento del Virrey las nuevas que había recibido; pero éstas, al mismo tiempo, circulaban ya en Buenos Aires de boca en boca, produciendo en el pueblo la agitación y la efervescencia consiguientes.

El Teniente General Hidalgo de Cisneros, aislado como se hallaba y sin contar con fuerzas suficientes que le apoyasen, quiso anticiparse a los deseos de los patriotas. Al efecto, el 18 de Mayo de 1810, expidió una proclama, en la que, excitando la fidelidad de sus gobernados, enunciaba la idea de ponerse de acuerdo con los demás Virreyes para establecer una representación de la Soberanía Real en las Colonias Americanas, pero únicamente en el caso de que España fuese vencida por las tropas francesas.

Esta proclama no surtió el efecto deseado. Muy al contrario excitó más los ánimos del pueblo, hasta el extremo de que una comisión de la sociedad revolucionaria, compuesta de Belgrano y Saavedra, se presentó, el mismo 18 de Mayo, ante el Alcalde Dn. Juan José Lezica, incitándole para que sin demora alguna convocase un Cabildo Abierto, a fin de que, reunido el pueblo en Asamblea General, «acordase si debía cesar el Virrey en el mando y se erigiese una Junta Superior de Gobierno que mejorase la suerte de la Patria.»

El Alcalde Lezica, el 20 de Mayo, puso esta pretensión en conocimiento del Virrey, quien se resistió al principio a acceder a ella; pero después tuvo que ceder, en vista de la tibieza de algunos Jefes Militares y de la rotunda negativa de los otros para prestarle su apoyo.

Previa convocatoria del Ayuntamiento, se celebró el 22 de Mayo la reunión o Cabildo Abierto, al que concurrieron doscientos veinticuatro ciudadanos. Tres partidos se presentaron en aquella Asamblea: el dirigido por el Obispo Lue, los Oidores de la Audiencia y algunos altos funcionarios que querían, a todo trance, que el Virrey continuase en el mando, como representante de los derechos de España; el de los patriotas que estaban por la inmediata destitución de aquel funcionario y por la formación de un gobierno propio designado por el pueblo; y un partido intermedio apoyado por el General Huidobro, que pretendía que el Cabildo asumiese interinamente el mando supremo, hasta que pudie-

ra organizase un Gobierno provisional, dependiente siempre de la autoridad superior de la Península.

A las nueve de la mañana del indicado día 22 de Mayo de 1810, se reunió aquella famosa Asamblea popular o Cabildo Abierto y terminó a las doce de la noche: tan acalorados e importantes fueron los debates o discusiones que en su seno se suscitaron. Distinguiéndose entre los oradores: el Obispo Lue, que defendió los derechos de España a conservar sus dominios en América; el Dr. Castelli ardiente tribuno del pueblo, que sostuvo que, habiendo caducado el Poder de España en sus colonias Americanas, y con él las Autoridades que eran su emanación, correspondía al pueblo reasumir la soberanía del Monarca, e instituir en representación suya un Gobierno que velara por su seguridad; y el Fiscal Villota, que manifestó que, aun aceptando hipotéticamente la caducidad de los derechos de España, negaba en absoluto que la soberanía, de todos los pueblos del Virreynato residiera sólo en el Municipio de Buenos Aires, sino en todos ellos; deduciendo de aquí que todos las provincias debían nombar sus diputados para la ruenión de un Congreso, que fuese la fiel expresión de la voluntad popular, por lo cual concluyó pidiendo que se aplazase la votación hasta que todas las partes pudiesen ser consultadas.

La argumentación lógica y contundente del Fiscal Villota produjo tal impresión en el ánimo de los concurrentes, que nadie se atrevió a replicarle; y aunque al fin tomó la palabra el Dr. Passo para rebatirla, no se llegó a ninguna resolución práctica; pues comenzaba la votación que duró, según lo dijimos, hasta altas horas de la noche, se suspendió la sesión.

Al día siguiente, 23 de Mayo, el Cabildo, sin esperar a reunir la totalidad de los votos, formuló su resultado en los siguientes términos: "En la imposibilidad de conciliar la tranquilidad pública con la permanencia del Virrey y régimen establecido, se faculta al Cabildo para que constituya una Junta del modo más conveniente a las ideas generales del pueblo y circunstancias actuales, en la que se depositará la autoridad, hasta la reunión de las demás ciudades y villas"

El Cabildo no tenía fijeza en sus resoluciones. Tan cierto es esto que, habiendo mandado, el mismo día 23 de Mayo, pocas horas después de expedido el decreto que antecede, que se publicase por bando la destitución del Virrey, al día siguiente 24, publicó otro bando, en que se anunciaba la formación de una Junta de Gobierno presidida por el Virrey Dn. Baltasar Hidalgo de Cisneros y de la que eran Vocales el Presbítero Sala, Cura de Montserrat, el Dr. Castelli, el Comandante de los Patricios, Saavedra y Dn. José Santos Inchaurri.

Con esta Junta el pueblo no veía satisfecho el prin i-

pal de sus deseos que era la absoluta destitución del Virrey; de manera que al fin se amotinó, dirigido por dos jóvenes apellidados French y Berutti, logrando poner de su parte a las tropas. Y el memorable día 25 de Mayo de 1810, en circunstancias que el Ayuntamiento estaba reunido en hora muy temprana, para tratar de lo que debía hacerse en tan críticos momentos, los amotinados invadieron los corredores y las galerías de la Casa Consistorial, y obligaron a los Cabildantes a recibir una comisión del pueblo, la que les presentó una solicitud, que tenía el carácter de ultimatum, en la que, entre otras cosas, se decía: que el pueblo había reasumido las facultades y derechos que le había conferido el Cabildo, en reunión del día 22 de Mayo, porque esta Corporación había violado su mandato en la elección de la Junta antes mencionada; que, de ninguna manera quería que subsistiese ésta: y que pedia que, en lugar de ella, se constituyese otra en esta forma: Presidente y Comandante de armas, D. Cornelio Saavedra; Vocales, D. Juan José Castelli, D. Manuel Belgrado, D. Miguel de Azcuénega, D. Manuel Alberti, D. Domingo Matheu y D. Juan Larrea; y Secretarios, D. Mariano Moreno y D. Juan José Passo.

Aceptada aquella solicitud, que se hallaba apoyada por el pueblo y las tropas, los Cabildantes salieron al balcón de la Casa Consistorial que daba a la Plaza, e interrogaron a la multitud si aprobaban o rechazaban las bases constitutivas del nuevo orden de cosas. El pueblo con estrepitosas aclamaciones manifestó su aprobación; y en seguida el Ayuntamiento hizo convocar a los individuos de la nueva Junta para que tomasen posesión de sus cargos, y prestasen el juramento de desempeñarlos fielmente y de mantener la integridad del territorio bajo el Cetro de Fernando VII, guardando las leyes del Rieno.

Inmediatamente se presentaron los Vocales de la Junta y presentaron el juramento que se les exigía; y después de un discurso en tono mesurado y conciliador que pronunció el Presidente de ella D. Cornelio Saavedra, pasaron a instalarse en el edificio llamado "La Fortaleza", morada hasta entonces de los Gobernantes españoles; y la que había tenido que abandonar, momentos antes en fuerza de las circunstancias, el Teniente General D, Baltazar Hidalgo de Cisneros, último Virrey de las Provincias del Río de la Plata.

La famosa revolución del veinticinco de Mayo de 1810 se verificó, según lo acabamos de referir, sin efusión de sangre, pero pronto se la derramó en abundancia, como lo veremos en el curso de esta narración.

La nueva Juuta Gubernativa, de la que era alma el doctor Mariano Moreno, hombre de carácter fogoso y autoritario, sin perder un momento de tiempo, procedió a propagar el movimiento revolucionario en todo el Virreinato; y lo consiguió en las provincias en que no había fuerzas realistas. Re-

conocieron, pues, la autoridad de la Junta: la Colonia del Sacramento, el Puerto de Maldonado en la Banda Oriental, Corrientes, Misiones, la Bajada y Santafé, en lo largo de los rios superiores; y en el interior, San Luis, Mendoza, San Juan, Salta y Tucumán.

En las provincias del Alto Perú, y principalmente en las de Charcas y la Paz, cuyas insurrecciones, verificadas en el año de 1809, habían sido debeladas, según lo dijimos, por las armas realistas, lograron los Jefes españoles refrenar, por lo pronto, las nuevas tentativas revolucionarias de aquellos patrióticos pueblos. La provincia del Paraguay, contenta con su Gobernador D. Bernardo de Velazco, hombre recto y bondadoso, se negó a aceptar las proposiciones de Buenos Aires. La plaza de Montevideo, en abierta pugna con la Junta, reconoció la Regencia de España.

El Brigadier Liniers, que se había retirado a la ciudad de Córdoba, en connivencia con D. Juan de la Concha, Gobernador Intendente de la provincia de ese nombre, se dedicó a reunir, a toda prisa, fuerzas para marchar sobre Buenos Aires; despachó emisarios al Gobernador Velazco del Paraguay para que acudiera a unir las suyas con las que él (Liniers) allegaba; y dió aviso a la escuadrilla de Montevideo para que, posesionándose de las costas del Paraná, prestase apoyo al ejército de tierra que debía concentrarse en la ciudad del Rosario de Santafé.

En vista de estas resistencias, la Junta de Buenos Aires desplegó todos sus esfuerzos para vencerlas. Envió, ante todo, a uno de sus miembros, el doctor Passo, a Montevideo, con el objeto de conseguir que las autoridades de aquella Plaza abrazasen la causa de la Revolución; pero dicha misión resultó infructuosa, porque el Gobernador Soria y el Comandante de Marina Salazar, se negaron rotundamente a admitir las proposiciones de la Junta.

Sabedora ésta de que el Virrey Cisneros y los Oidores de la Real Audiencia trataban de trasladarse a Montevideo para establecer allí el centro del Gobierno Colonial, los citó a todos, y cuando los tuvo reunidos en el palacio del Gobierno, les manifestó que había resuelto deportarlos, como así lo verificó la Junta, fletando un buque inglés que los condujo a Gibraltar.

La misma Junta de Buenos Aires, previsora en sumo grado, decidió anticiparse al golpe que contra la Capital preparaban Liniers y Concha, en Córdoba. Al efecto, en muy pocos días, logró reunir una columna de mil trescientos hombres, poniéndola a las órdenes del Comandante del Batallón Arribeños, D. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, y de D. Antonio González Balcarce; columna que emprendió la marcha hacia Córdoba el 13 de Julio de 1810.

El Brigadier Liniers, a pesar de sus activas gestiones, no consiguió reunir hombres para la realización de sus proyectos de invasión a Buenos Aires, porque la importante po-

blación de Córdoba estaba de antemano preparada para la revuelta por los trabajos eficaces del Deán Funes. De manera que cuando se supo en aquella ciudad, que la expedición comandada por Ocampo estaba muy cerca, la agitación de sus moradores fue extremada; desalentáronse los Jefes españoles, por el aislamiento en que, en esa hora suprema, les dejaron las personas notables del vecindario que les habían ofrecido su ayuda; y obtaron por la medida de abandonar la ciudad y de replegarse a la de Salta, con la esperanza de encontrar allí las tropas de Potosí y Chuquisaca que debían avanzar al mando del General Vicente Nieto, Presidente de la Audiencia de Charcas.

Desgraciadísima fue la retirada emprendida por Liniers y Concha, porque, al llegar a Chañar, les abandonó la tropa que les acompañaba, permaneciendo fieles un reducido número de ellas y la oficialidad con que habían salido de Córdoba. Este desamparo obligó a dichos Jefes a emprender en una precipitada fuga, después de inutilizar los pertrechos, que ya no les era posible conducir; y aun en esta operación tuvieron la desgracia de que se incendiasen algunas municiones y mixtos, causando la muerte de varios individuos de su escolta.

Inteligenciada la Junta de la retirada de Liniers y los suyos, despachó al Doctor Vieytes con la orden terminante de que el Coronel Ocampo los persiguiera activamente, y los fusilara en el acto, sin formación de causa.

Ocampo, en cuanto llegó a Córdoba, y en cumplimiento de la antedicha orden, destacó partidas en todas direcciones, las que lograrnn aprisionar al General Liniers, al Gobernador Concha, al Obispo Rodríguez Orellana, al Coronel Tomás Allende, al Contador Mayor Moreno y al Asesor de Gobierno Rodríguez.

Hablando de este acontecimiento, dice López: "La captura había tenido lugar en la noche del 6 de Agosto (1810). Sintiéndose perseguidos de cerca los desgraciados Jefes, que tan honrada carrera habían hecho en los últimos sucesos del Virreinato, se habían dispersado por los caminos de la vasta campaña, y asiládose en sus extensas selvas, con esperanza de burlar a sus perseguidores. Pero habiendo llegado al paraje de las Piedritas, la partida que mandaba el Teniente D. José María Urién dió con el potrero donde estaban las mulas del General Liniers, y obligó a los peones a que le revelasen la choza donde éste se había asilado. El General estaba a obscuras; el Teniente Urién abrió impetuosamente la pnerta y le intimó la rendición; el General lanzó el gatillo de una escopeta de dos tiros, pero erró el fuego; y el vencedor de Whitelocke se entregó preso a los que habían sido los soldados y los compañeros de su gloria en días de esplendor, que harto rápidos fueron para él".

Los presos fueron conducidos a Córdoba; y entonces el doctor Vieytes reveló al Coronel Ocampo la orden reser-

vada que le habían dado la Junta de hacerlos fusilar en el acto. Semejante disposición horrorizó no solo al Jefe Patriota, sino a todo el vecindario de Córdoba, cuando se supo en ella la noticia. El Cabildo, el Clero, los principales personajes, las señoras y el mismo ejército suplicaron para que se suspendiese la ejecución de la sentencia; y el humanitario Ocampo, accedió a tales ruegos, determinando poner este particular en conocimiento de la Junta y enviando a los presos a Buenos Aires.

Pero la Junta Gubernativa, dominada por el autoritario e intransigente Doctor Moreno, confirmó la sanguinaria orden, disponiendo que el fusilamiento se verificase en un sitio desierto, fuera del recinto de la ciudad de Córdoba, comisionando, al efecto, al doctor Castelli. Este encontró a la escolta que conducía a los presos en el paraje denominado Cabeza del Tigre; comunicó al Jefe de ella la orden de que era portador; y dos horas después el desgraciado General Santiago Liniers, Ex-Virrey de Buenos Aires, y doblemente vencedor de los ingleses, junto con sus compañeros fueron pasados por las armas. Debemos advertir que al Obispo Orellana se le perdonó la vida, aunque también se le condenó a la pena de muerte.

El cruento hecho que acabamos de relatar causó dolorosa impresión a los habitantes del Virreinato, levantándose un clamor general de reprobación contra la Junta de Buenos Aires, autora de semejante atentado. Observaremos que en todo el país se notó la rara coincidencia de que con las iniciales de los apellidos de las víctimas se formaba la palabra CLAMOR. Para corroborarlo, de una manera gráfica, pondremos en el orden respectivo dichos apellidos: Concha, Liniers, Allende, Moreno, Orellana y Rodríguez.

A fuer de imparciales debemos reprobar, como lo reprueba la Historia, el fusilamiento de Liniers y sus compañeros. No había, en nuestro concepto, necesidad de matarlos, bastaba con deportarlos, como se hizo anteriormente con el Virrey Cisneros y los Oidores de la Audiencia de Buenos Aires.

"En puridad de verdad la terrible ejecución sólo tuvo por objeto hacer que por todas partes se extendiera el terror que el nuevo gobierno se proponía infundir a sus enemigos, al ver sacrificada una víctima como Liniers; y así lo confesó paladinamente la Junta diciendo en una proclama" "Hemos decretado el sacrificio de estas víctimas a la salud de tantos millones de inocentes. Sólo el terror del suplicio puede servir de escarmiento a sus cómplices". (José Coroleu—Obra citada).

A consecuencia de los acontecimientos verificados en Córdoba, la provincia de Salta se declaró abiertamente por la revolución. Estas noticias, comunicadas al Presidente del Cuzco Goyeneche por el Gobernador Intendente de Potosí, llegaron a Lima con la posible celeridad. El Virrey del

Perú, D. José Fernando de Abascal, para detener el avance de la insurrección de Buenos Aires, publicó un manifiesto declarando provisionalmente anexionadas al territorio de su mando las provincias del Alto Perú; convocó una Junta de Guerra en Lima; y con su acuerdo, dictó las órdenes más eficaces para que, por segunda vez, se reuniera sobre el Desaguadero un ejército capaz de hacer frente al de los patriotas qus avanzaba hacia el Perú.

Al efecto, y como base de dicho ejército, envió Abascal un batallón del Regimiento Real de Lima, algunas companías de PARDOS y MORENOS, armamento, municiones, tiendas de campaña y otros artículos de guerra; no pudiendo proporcionar mayores fuerzas, porque la sublevación de Quito, ocurrida el memorable Diez de Agosto de 1809, le había obligado antes a remitir a aquella ciudad cuatrocientos soldados del REAL DE LIMA, al mando del Teniente Coronel Manuel Arredondo, de triste recordación para los quiteños, por la feroz matanza de los patriotas verificada el nefasto 2 de Agosto de 1810, en la que tomó principal parte aquel sanguinario militar.

El mencionado Virrey del Perú nombró para Comandante en Jefe del ejército realista al Presidente interino del Cuzco, Brigadier Goyeneche, el mismo que debeló anteriormente la insurrección de La Paz, y por su segundo al Coronel D. Juan Ramírez Orozco, a quien había relevado al efecto del Gobierno de La Paz, con el Coronel de Milicias don Domingo Tristán.

El Brigadier D. José Manuel de Goyeneche cumplió exactamente las órdenes de Abascal, reuniendo en Zepita las milicias de Cuzco, de Arequipa y de Puno, que habían de formar el ejército de su mando; y encargó al Coronel D. Fermín Piérola que con trescientos hombres y dos piezas de artillería conservase el importante puente del Desaguadero. En Zepita y sus alrededores permaneció, durante siete meses, Goyeneche disciplinando a sus tropas, con las que venció después a las fuerzas patriotas en los campos del Huaqui y de Sipesipe, como lo veremos a su tiempo.

La Junta de Buenos Aires, por su parte, había encargado el gobierno de la provincia de Córdoba a D. Juan Pueyrredón, y separando del mando del ejército expedicionario al Coronel Ocampo, lo puso bajo las órdenes del Coronel D. Antonio González Balcarce, quien acompañado del intransigente cuanto enérgico Dr. Juan José de Castelli, se encaminó al Alto Perú, en cuyas provincias se hallaba latente el fuego de la revolución.

La primera comisión que recibió el Coronel Ramírez fue la de que, con las fuerzas que pudiese sacar de La Paz, de Oruro y de Potosí, marchase a reforzar la división del Jefe realista D. José de Córdova que se hallaba en Tupiza, pueblo situado entre Potosí y Salta, pero esta medida no surtió ningún efecto ventajoso para las armas

realistas, porque vinieron a interrumpir su inmediata ejecución los sucesos verificados en la patriótica provincia de Cochabamba, la que se insurreccionó toda, acaudillada por Don Francisco Rivero. Destituídas las autoridades españolas, procedieron los revolucionarios a apresar a las personas más afectas a la causa de la Metrópoli, logrando fugar el Gobernador Intendente Prada y su suegro el Coronel Lombera, quien se incorporó al ejército de Goyeneche.

La insurrección de Cochabamba conmovió a los habitantes de Oruro, quienes alzaron también el pendón de la revolución, excitados por los partidarios de la Junta de Buenos Aires, entre quienes figuraban algunos miembros del Cabildo y aun el subdelegado de rentas D. Tomás Barrón.

Al estallar el movimiento insurreccional que acabamos de referir, el Ministro Contador de las Cajas Reales de Oruro, don José María Sánchez Chaves, que acababa de llegar de España a esta ciudad, se encerró en el edificio en que se encontraban dichas Cajas, con quince soldados veteranos y dos piezas de artillería, única tropa existente, con el objeto de defender los caudales públicos de un arrebato de parte del pueblo amotinado. Nada le valió esta determinación a Sánchez Chaves, porque el Jefe de la insurrección de Cochabamba, Rivero, envió, a petición del Cabildo de Oruro, un piquete de soldados al mando del Teniente Arce, para vencer la resistencia del Contador Real. Con la noticia de la aproximación de esta columna, perdió aquel toda esperanza de defenderse, y adoptó el medio de salvarse por la fuga, como así lo verificó, burlando la vigilancia de los pelotones de indios que circulaban el edificio de las Cajas Reales. Sánchez Chaves consiguió salir de Oruro con fortuna, pero, alcanzado y detenido cerca de la barca de Toledo, en el río del Desaguadero, fue conducido preso a la misma ciudad de donde fugó y de aquí a Cochabamba, donde tuvo la suerte de evadirse nuevamente de la prisión. El patriota Teniente Arce se apoderó del dinero existente en las Cajas Reales de Oruro, y nombró, en remplazo de Chaves, al Oficial Mayor D. Manuel Contreras, iniciado en los planes revolucionarios.

El Coronel don Juan Ramírez, que se encontraba detenido todavía en La Paz, primero por falta de medios de movilización, y luego con motivo de la insurrección de Cochabamba, en cuanto supo lo que acontecía en Oruro, ordenó al Coronel Piérola que con la tropa de su mando saliese del Desaguadero y viniese a aquella villa, para sofocar la revolución.

En cumplimiento de este mandato, Piérola abandonó el Desaguadero y tomó el camino real que conduce a Oruro. Pero al llegar al paraje o pampa denominada AROMA, se vió repentinamente envuelto y arrollado por más de dos mil patriotas cochabambinos, la tercera parte de ellos a caballo, armados algunos de fusil, otros de lanza y chuzo,

y los más de MACANA y honda, llevaban también cañones de bronce y estaño. Tan terrible fue el desastre de las tropas realistas, que Piérola, habiendo perdido la mayor parte de las armas y todas las municiones, se retiró con algunos de los suyos precipitadamente y en el mayor desorden a Viacha, a tiempo que entraba en este pueblo el Coronel Ramírez con la gente de guerra que había podido sacar de La Paz. En vista de la derrota de Piérola, tomó aquel Jefe la determinación de replegarse al Desaguadero, donde ayudó a Goyeneche en la organización del ejército, del que era segundo Comandante.

Entre tanto el doctor Castelli, con el ejército patriota comandado por Balcarce, atravezó en triunfo los términos de las provincias de Córdova, Tucumán, Salta y Jujuy; dió nueva forma a la administración de los pueblos, y aumentó considerablemente sus fuerzas con reclutas y voluntarios que acudían a alistarse bajo sus banderas con fervoroso entusiasmo. Bajo tan buenos auspicios, investido del carácter de Representante de la Junta de Buenos Aires y de Gobernador de las provincias situadas al Sur del Desaguadero, se lanzó Castelli con osadía contra el Perú.

Sabedor el General Nieto de los proyectos y movimientos del ejército patriota, sacó las tropas que pudo de Chuquisaca y de Potosí, y se encaminó con ellas a Santiago de Cotagaita, lugar a donde se había replegado el Mayor General realista don José de Córdova, que antes había establecido su campamento en Tupiza.

Nieto se decidió a esperar a los patriotas en Cotagaita, favorecido por las buenas posiciones que el terreno le ofrecía. El 27 de Octubre de 1810, Balcarce con sus argentinos midió sus fuerzas con el ejército realista en aquel lugar, trabándose un combate en el que la fortuna le fue adversa, pues triunfaron los partidarios de la causa real, obligando a los patriotas a retirarse al sur del río de Suipacha, con alguna pérdida.

No supieron los vencedores aprovecharse de éste para ellos feliz primer encuentro, sino que dieron lugar a que el ejército patriota recibiera tranquilamente en Suipacha considerables refuerzos de Jujuy y otros puntos; y a que bien pronto tomara contra los realistas una espléndida revancha.

Engreído el General Córdova con el triunfo que acababa de obtener sobre el ejército argentino en Cotagaita, se propuso tomar la ofensiva, atacándolo en sus posiciones de Suipacha. El General Nieto, prudente y cuyo entusiasmo bélico se había enfriado con la nieve de los años, quería aguardar a las fuerzas de Balcarce en el mismo paraje de Cotagaita; pero falto de energía no pudo imponer su voluntad al fogoso Córdova, obstinado en llevar a cabo su pensamiento. En consecuencia, este Jefe, eligiendo la mejor tropa, emprendió el movimiento que tenía en mientes; y el

7 de Noviembre de 1810 trabó a orillas del río Suipacha una reñida acción con las tropas de Balcarce, en la que sufrió la más espantosa derrota.

Hablando de este acontecimiento, dice el General García Camba, en sus Memorias: "Cuando el 7 de Noviembre daba vista Córdova a Suipacha, ya halló a los enemigos no sólo prevenidos, sino preparados a salirle al encuentro. Poco tiempo tardó Córdova en comprender toda la gravedad del compromiso en que lo colocaba su temerario arrojo; intentó en vano remediar en parte el error cometido, procurando replegarse en el mejor orden posible, y al efecto, adelantó en su sostenimiento algunas guerrillas, pero arrolladas éstas y alebronados sus soldados, toda la columna se entregó a la más decidida fuga, sin que sus repetidos y arriesgadísimos esfuerzos alcanzaran nada en reparo de tamaño desorden. Este terrible desastre comprueba las ominosas consecuencias que suele producir la confianza sin prudencia . . . . . "

Funestos fueron los resultados de la derrota de Suipacha para las armas realistas. El anciano General Nieto, que había permanecido en Santiago de Cotagaita, se anonadó y acobardó por completo, porque casi supo a un tiempo la completa derrota de la flor de sus tropas en las cercanías de Suipacha, y la marcha de una gruesa columna de patriotas de Cochabamba contra la ciudad de Chuquisaca. Considerándolo todo perdido, el atortolado Nieto dió en su campamento la orden de: "Sálvese quien pueda", la que se ejecutó en la mayor confusión, dejando abandonado todo el armamento. El mismo Nieto emprendió en la fuga y tomó la dirección de la costa, acompañado de su Capellán, pero apresado por los indios de Lípez, fue conducido a Potosí, donde tuvo un fin trágico, según luego lo veremos.

"Las ciudades de la Paz y de Chuquisaca, como también la villa de Potosí, adictas por amor o por temor a los intereses de la Junta Revolucionaria, se declararon inmediatamente por ella, desarmando las cortas guarniciones con que Nieto las había dejado, y se apoderaron del numerario existente en sns Tesorerías". (Relación del Gobierno del Marqués de la Concordia, D. José Fernando Abascal).

Con el espléndido triunfo obtenido por los tercios argentinos en Suipacha, el Doctor Castelli continúo en su carrera triunfal, dirigiéndose a grandes jornadas hacia la villa de Potosí. Una diputación del Cabildo salió a recibirle y a felicitarle a nombre de la Corporación. En cuanto llegó a esa villa, exigió y obtuvo el arresto del Gobernador Intendente don Francisco de Paula Sanz, a quién, según el decir del General García Camba, debía Castelli el haber recibido una educación esmerada y el haberle sostenido con decencia en la Universidad de Chuquisaca, costeándole sus grados académicos hasta el de Doctor en Leyes.

Hallábanse reunidos en la cárcel de Potosí, el General

Nieto, el Mayor General Córdova, que también había sido apresado, después del desbande de Suipacha, y el Gobernador Sanz. A todos ellos les exigió Castelli juramento de reconocer y obedecer a la Junta de Buenos Aires. Habiendo rechazado esa propuesta los prisioneros, Castelli los hizo pasar por las armas en la Plaza Mayor de Potosí, el 15 de Diciembre de 1810.

Hablando de este cruento suceso, los escritores españoles lo pintan como un horrendo asesinato; y García Camba le da a Castelli los calificativos de feroz, sanguinario y monstruo de ingratitud.

En cambio el Historiador argentino Mitre, en su HISTORIA DE BELGRANO, dice: "Estas ejecuciones (se refiere a las de Nieto, Córdova y Sanz) se hicieron en señal de que la guerra entre realistas y patriotas era a muerte: la revolución había laureado su bandera y teñídola en sangre"

No pretendemos nosotros disculpar al doctor Castelli por haber mandado a fusilar a los expresados Jefes realistas; pero sí debemos recordar que los españoles fueron los primeros en condenar a muerte, y a muerte infamante como la de horca, a los patriotas que encabezaron el movimiento revolucionario de La Paz, considerándolos, equivocadamente, como reos del crimen de lesa—Magestad. No debían, pues, extrañar que los Jefes republicanos, en igualdad de circunstancias, hiciesen uso de las medidas de represalia o de la llamada ley del talión.

Como el doctor Juan José Castelli desempeñó un importante papel en la gran Revolución de Buenos Aires, es necesario que se conozca la silueta de aquel personaje, tal como la pinta el General Míller, que tan importantes servicios prestó a la causa de la Independencia Peruana, en sus Memorias:

"Castelli, abogado de gran talento, era capaz, activo y decidido, pero versátil y feroz. Poseía cumplidamente aquella elocuencia que cautiva y arrastra a la multitud, aunque la rigidez de su carácter le hacía enemigo de todo término medio. En todas partes proclamó la libertad y odió al despotismo, condenando al mismo tiempo a cuanto halló que se opusiera al nuevo orden de cosas. Don Francisco de Paula Sanz, Gobernador del Potosí, que se había hecho digno del respeto y consideración general, durante su larga residencia en América, junto con el General Nieto, Presidente de Charcas, antiguo militar que se había hallado en la batalla de Rioseco contra el ejército francés en 1.808, y un Oficial de marina, Córdova, fueron fusilados en la Plaza de Potosí, actos que parecen de una crueldad indisculpable. Castelli alegó en su descargo que era necesario comprometer a los patriotas y hacer cesar aquella clase de neutralidad, que hasta entonces se había observado en la masa del pueblo, que no había comprendido bien la naturaleza de la lucha o el objeto que la promovía; y que la

ejecución de hombres de alto rango difunde el terror en todos los demás. Los que ocupaban destinos creyeron ver en Castelli un segundo Robespierre, próximo a inmolar de ellos cuantos creyera conveniente al triunfo de la libertad. Castelli de hecho fue un terrorista muy imbuído en las máximas de la Revolución Francesa, y estaba muy al corriente de todos sus pormenores".

Al terminar el año de 1810, que pudiéramos llamar el año inicial de los movimientos de todas las colonias hispano—americanas en pro de su Independencia de la Metrópoli, sólo faltaban el Paraguay y Montevideo para que la Junta de Buenos Aires dominase en todas las regiones del Virreinato de ese nombre. En efecto, el Gobernador Intendente de La Paz, don Domingo Tristán, en cuanto supo la retirada de Ramírez al Desaguadero, de que antes hablamos, poniéndose de acuerdo con el Ayuntamiento, proclamó la anexión de aquella ciudad a la Junta gubernativa de Buenos Aires; y a este pronunciamiento siguió el de Chuquisaca, el 13 de Noviembre del año mencionado.

Indispensable es para cerrar este capítulo, ocuparnos, aunque sea a la ligera, del movimiento revolucionario del Reino de Chile, iniciado en el mismo año de 1810; pues su historia, en la época de la Independencia, esta íntimamente relacionada con la del Virreinato de Buenos Aires y el del Perú.

A principios de 1808 llegaron a Chile las primeras noticias de los grandes sucesos que se habían verificado en la Península: la conspiración del Escorial, el motín de Aranjuez contra D. Manuel Godoy, Ministro y favorito de Carlos IV, la abdicación de este débil Monarca, la proclamación de su hijo Fernando VII, las intrigas de Napoleón y la entrada de los ejércitos franceses en territorio español. Estos acontecimientos tan graves e inesperados produjeron en la Capitanía General de Chile, como en todas las demás colonias americanas, una agitación extraordinaria.

El 10 de Septiembre del mismo año llegó a Santiago un correo extraordinario, noticiando el cautiverio de los Príncipes españoles en Bayona, la protección dispensada a Godoy por los franceses, la pérfida y sanguinaria conducta de los Generales de Francia en la Península, la entronización de José Bonaparte y el levantamiento del pueblo español contra el rey intruso.

De todos estos sucesos deducíase, en buena lógica, por algunos patriotas americanos que, estando sin cabeza la Monarquía Española, y estando en inminente peligro de caer bajo el dominio de un Soberano extranjero, las Colonias debían estar apercibidas para proveer a su propia salvación. En otros términos más claros y precisos, la consecuencia era la necesidad de proclamarse independientes.

Los opositores al Régimen Peninsular cobraron muchos bríos en los postreros meses del año de 1809 con las no-

ticias que se recibieron de los desastres que habían sufrido los ejércitos defensores de la Independencia de España. Las alternativas de aquella lucha titánica tenían una influencia extraordinaria en la situación política de las Colonias Americanas.

El historiador Coroleu, hablando de este asunto, dice: "Por la fuerza de las circunstancias, los patriotas americanos se veían arrastrados, a pesar suyo, a acariciar un ideal enteramente opuesto al de los patriotas españoles. La Independencia de España exigía la expulsión de los franceses, mientras que la de América estribaba en su triunfo. Porque, como decían los criollos, los habitantes y provincias del Nuevo Mundo sólo habían jurado fidelidad a los Reyes de España, y por lo tanto no eran vasallos de los habitantes y provincias de la Península, que no tenían sobre ellos autoridad, jurisdicción ni mando."

Estas doctrinas, aunque verdaderas, según un criterio recto e imparcial, eran consideradas por los Gobernantes de las Colonias, como subversivas y peligrosas en sumo grado. De ahí provino que aquellos, para evitar su propaganda, llegasen a extremar su celo: ora haciendo vigilar por la policía a los tildados de tibios o desafectos al Régimen Español; ora encausando y prendiendo a los acusados de propalar tales ideas. Estos procedimientos gubernativos, casi siempre arbitrarios y fundados, muchas veces, en denuncias vagas o hijas, tal vez, de odios y enemistades, dieron margen a grandes abusos, sembrando la cizaña entre criollos y peninsulares.

Todas estas causas, unidas al influjo de la insurrección de Buenos Aires, produjeron el efecto de que el movimiento revolucionario se extendiese también al territorio Chileno.

El Brigadier D. Juan Carrasco gobernaba interinamente a Chile, por muerte del Presidente propietario el General Muñoz. Era Carrasco hombre demasiado terco y autoritario y de cortos alcances, y como tal se había atraído la animadversión de todos los chilenos, y en especial del Municipio de Santiago, con el cual había tenido muchas y muy graves disensiones.

Empeñóse el Presidente Carrasco en desterrar a tres ilustres y populares ciudadanos, don Juan Antonio Ovalle, don José Antonio Rojas y don Bernardo Vera; y esta pretensión fue causa de gravísimos disturbios que dieron por resultado la forzada dimisión de Carrasco, el 16 de Julio de 1910.

Tocóle reeemplazar a éste, por orden de antigüedad, al Brigadier don Mateo de Toro Zambrano, Conde de la Conquista, opulento vecino de Santiago; y a él, en consecuencia, le confirió el mando la Real Audiencia. Los patriotas chilenos se alegraron sobre manera con este nombramiento, pues se apoyaban en la edad avanzada y en la inexperiencia política del Conde para atraerlo a su partido; contri-

buyendo a fomentar más su esperanza la circunstancia de haber nacido el anciano Brigadier en territorio chileno.

La noticia oficial de haberse instalado el Consejo de Regencia, en cuanto se hubo disuelto la Junta Central, llegaba a Chile quince días después de haber dimitido el mando el Brigadier Carrasco. Los patriotas Chilenos se negaron obstinadamente a reconocer esa nueva entidad que pretendía representar al proscrito Fernando VII; y para ello alegaban convincentes razones, entre otras la de que una Corporación relegada a funcionar en un rincón de la Península y desprovista de mandato popular, no podía, en manera alguna, pretender la dominación de la Metrópoli y mucho menos de sus vastísimas posesiones ultramarinas. Fundaban, también, su oposición a reconocer el Consejo de Regencia, en su origen manifiestamente vicioso o espúreo, pues su pretendida autoridad emanaba de la Junta Central, la que se había disuelto, según propia confesión, ante las amenazas del pueblo que no quería acatar su gobierno.

Estas razones fueron muy favorablemente acogidas por la opinión pública, porque en Santiago muchas personas mantenían relaciones por medio de cartas con los patriotas argentinos, y ardían en deseos de secundar la revolución que había creado una Junta Gubernativa en Buenos Aires.

Sea esta la oportunidad de observar que la insurrección contra el Gobierno de la Metrópoli iba propagándose en todas las Colonias con una rapidez asombrosa, de una manera espontánea, sin previo plan o acuerdo entre ellas para el objeto. Lo que demuestra palmariamente que dicha insurrección no fue obra de una conspiración urdida de antemano, sino la explosión de sentimientos y deseos reprimidos durante muchos años. Los hechos comprueban, de una manera evidente, nuestra aserción; pues a pesar de la falta casi absoluta de comunicaciones entre los habitantes de las colonias sud-americanas, que se hallaban unas de otras a considerables distancias, vemos sin embargo que los movimientos revolucionarios explosionan, casi a un mismo tiempo, en el vasto Continente Sud-americano. En efecto, casi simultáneamente estallan movimientos de insurrección en Chuquisaca, La Paz y Quito, durante el año de 1809. En 19 de Abril, 25 de Mayo y 20 de Julio de 1810, se instalan sendas Juntas Revolucionarias en Caracas, Buenos Aires y Santafé de Bogotá; y el 18 de Septiembre del mismo año se verifica igual suceso en la Capital de la Capitanía General de Chile, del que vamos a ocuparnos.

Aconteció en Santiago, lo mismo que en Caracas, Buenos Aires y Santafé, esto es, que los más ilustres e influyentes personajes de la ciudad primeramente citada, secundados por su Cabildo, instaron al Presidente de Chile que accediese a la creación de una Junta de Gobierno semejante a las que se habían formado en todas las provincias de España, como el único medio de restablecer el sosiego y la

confianza. El Conde de la Conquista don Mateo de Toro Zambrano, cediendo a esta petición y principalmente a las reiteradas súplicas de su propia familia, consintió, después de muchas vacilaciones, en la celebración de un CABILDO ABIERTO, «para consultar y decidir los medios más oportunos para la defensa del Reino y pública tranquilidad», extendiéndose, al efecto, las respectivas esquelas de convocatoria.

En la mañana del memorable día Diez y Ocho de Septiembre de 1810, y en el gran salón del edificio construído tres años antes para Tribunal del Consulado, se reunió el Cabildo Abierto, al que concurrieron trescientas cincuenta personas, bajo la protección de las milicias que ocupaban los puntos estratégicos de la ciudad de Santiago.

Concurrieron a la Asamblea los Prelados, los Presidentes de las Corporaciones y los vecinos más pudientes y caracterizados de la Capital de Chile. No hubo acaloramiento en las discusiones, y la actitud de los oradores fue sosegada y correcta, sin que se revelase en los concurrentes el propósito de romper con España ni de molestar siquiera a los peninsulares. Prueba palmaria de lo que decimos es que, a propuesta del Cabildo Municipal, fueron nombrados por aclamación, para miembros de la Junta Gubernativa que debía instalarse, individuos netamente realistas. Tales fueron: el mismo Conde de la Conquista, para Presidente, el Obispo electo de Santiago, para Vicepresidente, y entre los Vocales, resultó electo el Coronel Reina, Jefe de la artillería, a pesar de que se había manifestado contrario a la idea de establecer una Junta.

Inmediatamente los elegidos tomaron posesión del mando supremo; y en seguida los Prelados, el Clero Secular y Regular, los cuerpo militares y vecinos de Santiago prestaron juramento de obediencia y fidelidad a la Junta instalada EN NOMBRE DEL SEÑOR DON Fernando VII.

Indecible fue el júbilo de los santiaguinos con motivo de la instalación de la Junta. He aquí como lo describe un historiador:

"Al levantarse la sesión hubo una verdadera explosión de entusiasmo que se propagó por todos los ámbitos de la ciudad. El pueblo, precedido de la personas más calificadas de ella, acompañó a los individuos de la Junta hasta sus respectivos domicilios, colmándolos de aplausos y aclamaciones; echáronse a vuelo las campanas de todas las parroquias y conventos; iluminároнse por la noche las fachadas de todas las casas; y la multitud, ebria de gozo, no cesó de discurrir hasta el nuevo día por calles y plazas, vitoreando el nuevo orden de cosas y a los promovedores de aquel gran cambio político cuya trascendencia muy pocos imaginaban".

El movimiento que acabamos de relatar no tuvo propiamente el carácter de SEPARATISTA de la Metrópoli; pero

el primer impulso estaba dado, y no había fuerzas humanas capaces de evitar que aquel movimiento inicial produjese, en virtud de la inevitable ley de la evolución, la completa emancipación de las provincias chilenas, como así se verificó al andar de pocos años.

Volvemos a repetirlo, los principales fautores y partidarios de aquel movimiento estaban muy lejos de pretender en aquellos momentos la Independencia de Chile, ni de imaginar siquiera que tal hubiese de ser el resultado final de su obra. Pero es evidente que el pueblo chileno había ejercido un acto de soberanía que abría nuevos horizontes a su actividad política.

Así lo comprendió Buenos Aires, pues al recibirse allí, dice Barros Arana, la noticia de la instalación de la Junta de Santiago, saludáronla con una salva de veintiún cañonazos, y la Gaceta de Buenos Aires anunció que los nobles y generosos hijos de Chile se habían incorporado al movimiento regenerador de América.

Realizadas la proclamación y jura de la Junta Gubernativa de Santiago, la Real Audiencia se vió obligada a reconocerla y prestarla obediencia. Igual cosa hicieron sin reparo y voluntariamente las demás provincias de Chile.

La Junta manifestó mucha moderación en todos sus actos; pero al mismo tiempo desplegó suma actividad en mantener el nuevo orden de cosas. Al efecto, dictó las medidas tendientes a la organización de un ejército para la defensa del territorio, previendo que el Virrey del Perú, Abascal, había de atacarlo de un momento a otro; y convocó un Congreso Nacional al que debían concurrir los Diputados de todas las provincias chilenas, teniendo en cuenta que la Asamblea popular solo la había investido de un poder interino. Luego decretó la libertad de comercio en los principales puertos de la Capitanía; y finalmente negóse a reconocer los nombramientos de empleados hechos para Chile por el Consejo de Regencia.

Anticipémonos a referir, en rápida síntesis, los acontecimientos que se realizaron en Chile hasta fines del año de 1812, fecha en que el Virrey Abascal envió contra aquel Reino una expedición al mando del Brigadier de la Real Armada Don Antonio Pareja, para pacificarlo y restituirlo al Gobierno de la Metrópoli.

A principios de 1811, se dió a conocer en Chile el celebérrimo patriota doctor Camilo Henríquez, Religioso de la Orden de la Buena Muerte, quien dió vida y forma concreta a las vagas aspiraciones de los revolucionarios. Henríquez proclamó sin rebozo el principio de la Soberanía Nacional en una vehemente proclama, declarando que el único remedio absoluto y eficaz en tan crítica y apurada situación era la completa Independencia de Chile, para ponerlo fuera del alcance "de gobiernos despóticos y arbitrarios, de ministerios venales y corrompidos y de leyes obscuras y

dañosas, dictadas allende los mares y sin conocimiento de las necesidades del país".

Esta proclama contribuyó mucho a enardecer los ánimos; y es indudable que la franqueza y claridad de sus proposiciones y el calor de su estilo hacían del Padre Henríquez, en aquellos difíciles momentos, el más notable de los propagandistas chilenos en pro de la Independencia de su patria.

En 1º de Abril de 1811, estalló en Santiago un movimiento contrarrevolucionario, acaudillado por el Comandante don Tomás de Figueroa, que fue prontamente reprimido, siendo el resultado de aquel motín militar el fusilamiento de su Jefe, la muerte de algunos hombres de uno y otro bando inútilmente sacrificados, la disolución de la Real Audiencia y el destierro del Expresidente Carrasco.

Por aquel tiempo empezaron a surgir en Chile disidencias intestinas y a dibujarse banderías, con notable perjuicio de la causa de la Revolución. Existían, pues, dos partidos, el radical encabezado por el doctor Juan Márquez de Rozas, y el moderado, dirigido por el Municipio de Santiago.

Con motivo de las elecciones de Diputados en Santiago, cuyo escrutinio patentizó el triunfo de los moderados, la fracción radical presentó una protesta por haber elegido la Capital doce representantes, no correspondiéndole sino seis. En esta protesta se dejaba entrever la amenaza y el deseo de un estrepitoso rompimiento.

El 4 de Julio de 1811, día jueves, se verificó la solemne instalación del Congreso, con grande aparato militar y salvas de artillería, asistiendo todos los Diputados a una Misa, en la cual predicó un brillante sermón adecuado a las circunstancias el eximio patriota Padre Camilo Henríquez. Al día siguiente, celebró el Congreso su primera sesión en el palacio que antes había ocupado la Real Audiencia, recibiendo el juramento de los Jefes Militares, los Prelados de las Ordenes Religiosas y los empleados superiores de la Administración.

Entre tanto menudeaban las conspiraciones en Santiago contra la Junta Gubernativa. Ventajosamente abortaron todas, pero en cambio se ahondaba cada día más el abismo entre los dos partidos que se disputaban la primacía.

En estas circunstancias empezó a figurar el célebre santiaguino don José Miguel Carrera, que llegó a ser uno de los más resueltos e influyentes caudillos de la Revolución Chilena. Su padre, don Ignacio Carrera, opulento capitalista, no pudiendo domeñar el genio bravío y turbulento de su hijo, lo envió a España en 1806. Allí el joven Carrera se batió con denuedo contra las huestes napoleónicas, mereciendo por ello muy honrosas distinciones.

Recibió Carrera una herida en la desastrosa batalla de Ocaña; y apenas convaleciente de ella, bajo el pretexto de

que su padre estaba enfermo, pidió licencia al Consejo de Regencia para regresar a Chile, como así lo efectuó, siendo el verdadero motivo de su venida el deseo de contribuir con todas sus fuerzas a la emancipación de su país natal.

José Miguel Carrera era intrépido, batallador, de gallarda figura, de apasionada elocuencia, y cuya largueza era proverbial en la sociedad santiaguina.

Merced a estas cualidades, aclamáronle por Jefe los radicales que se habían separado violentamente del seno de la Asamblea, bajo pretexto de oponerse, según decían, a los proyectos reaccionarios de la mayoría, fraguando para ello una conspiración, a cuyo frente debía ponerse D. José Miguel Carrera y sus hermanos don Juan José y don Luis. El segundo, que era el mayor en edad, lo era también en ambición; pero no estaba dotado del valor guerrero que distingió a don José Miguel y al menor de todos, don Luis.

El día 4 de Septiembre de 1811, estalló la conspiración, la que triunfante, a poca costa, obligó al Congreso a acceder a todas las exigencias de los conjurados: como la de nombrar una Junta Ejecutiva a gusto de ellos: la de destituir a varios Jefes militares y altos empleados tildados de reaccionarios; y la de expulsar del seno del Congreso a ocho diputados contra quienes se dirigía igual imputación.

Casi al mismo tiempo, o sea, al siguiente día del pronunciamiento de Santiago, el vecindario de la ciudad de Concepción, ignorante de este suceso, acordó, en Cabildo Abierto, residenciar a sus Diputados, quitándoles los poderes por el mal uso que habían hecho de ellos; y formó una Junta provincial con el objeto de resistir a las tendencias reaccionarias que creía aun dominantes en la Capital.

El partido radical dominaba por completo en el Congreso y en la Junta Ejecutiva, quienes hacían cuanto se le antojaba a aquel. A pesar de esto, el día 15 de Noviembre de 1811, otra sublevación militar acaudillada por don Juan José Carrera, se enseñoreaba de Santiago, y exigía de aquellas Corporaciónes la inmediata convocación de una Asamblea Popular, en la cual pudiesen tomar parte todos los vecinos, para hacer valer sus quejas y sus deseos.

El resultado final de este nuevo motín fue el de que, habiendo dimitido la Junta Ejecutiva, se constituyó otra tumultuosamente, para la cual se eligió un triunvirato, compuesto de D. José Miguel Carrera, por Santiago, del doctor Juan Martínez de Rozas, por la provincia de Concepción, y del doctor Gaspar Marín, por la de Coquimbo. Dn. Bernardo O' Higgins sustituyó a Rozas que se hallaba ausente.

O' Higgins y Marín aceptaron por la fuerza el comprometido puesto que se les había confiado, previendo el mal sesgo que iban a tomar las cosas. Y su previsión no resultó errónea.

En efecto, el arrogante don José Miguel Carrera qui-

zo imponer su voluntad a sus colegas, con qnienes estaba en continua pugna, y sus choques con el Congreso eran cada vez más frecuentes. Por estos motivos, y su mal disimulada ambición, se concitó muchas enemistades, propagándose el descontento hasta en el ejército. De ahí provino una conjuración militar, cuyo objeto era el de asesinar a los hermanos Carreras. Descubierta aquella, mediante delación de uno de los conjurados, don José Miguel Carrera se vengó con una saña y arbitrariedad tales, dictando órdenes de persecución sin consultar a nadie, que asombró y alarmó a todo el vecindario. Reconvenido por el Congreso por tan censurable y despótica conducta, Carrera le contestó en términos acres e irrespetuosos, con sobrada altanería, amenazando que lo disolvería. Así lo verificó el día 2 de Diciembre de 1811, al frente de la fuerza armada, de una manera fácil y segura, por que don José Miguel Carrera tenía todo el ejército a su disposición y el Congreso se hallaba indefenso.

Como es costumbre de todos los tiranos y aspirantes a la dictadura, Carrera pretendió sincerar tan arbitrario procedimiento, proclamando hipócritamente que obraba en nombre del pueblo, accediendo a sus justos clamores. Desgraciado pueblo que ha sido siempre víctima del engaño de déspotas y ambiciosos, sirviendo de escabel para su entronización.

La Junta Gubernativa de Concepción, alarmada y sorprendida con la estupenda noticia de la disolución del Congreso llevada a cabo por Carrera, valiéndose de la fuerza bruta, y en contestación al manifiesto o circular que le dirigió éste pretendiendo justificar su conducta, lanzó una enérgica protesta por semejante hecho, valiéndose de la bien tajada pluma del doctor Rozas.

Como dicha protesta es un anatema contra el militarismo, que ha sido siempre y en todas partes la ruina de las Naciones, juzgamos necesario reproducir algunas frases de ese valioso documento histórico: "Observe V. E. (se refiere a Carrera) que nosotros principiamos por donde han acabado los más florecientes y establecidos imperios. Roma cayó desde que las cohortes pretorianas usurparon el poder de deponer y elegir a sus altos magistrados, sofocando el imperio sagrado de las leyes y de las autoridades legítimas. El mismo destino tuvieron las más célebres Repúblicas de Grecia y por semejantes motivos... ¡Que ejemplos tan funestos sirvan a lo menos para corregir y moderar nuestras pasiones, si no para hacernos sabios, virtuosos y prudentes!"

No paró en simples palabras la noble actitud de la Junta de Concepción, sino que manifestó que las tropas veteranas de aquella provincia y todas sus fuerzas estaban listas a marchar para Santiago, con el fin de proteger la libertad, la autoridad y la independencia del Soberano Congreso.

Carrera se alarmó ante esta amenaza e hizo preparativos militares para imponer, en caso necesario, su voluntad por la fuerza a las provincias meridionales de Chile. En la de Concepción se hicieron también aprestos bélicos; y si no llegó a estallar una guerra fratricida, se debió tan sólo a la grande influencia del doctor Rozas. Por fin éste y Carrera fueron autorizados por sus respectivos Gobiernos para celebrar un acuerdo; pero la agitación promovida en Santiago por las alarmantes noticias que propalaban los enemigos de Carrera interrumpieron las negociaciones.

Vino a agravar inmensamente la situación, el hecho de que la guarnición de la plaza fuerte de Valdivia, a la cual había Carrera inducido a sublevarse contra la Junta de Concepción, pasándose a la obediencia del Gobierno de Santiago, hizo un movimiento contrarrevolucionario, aclamando a Fernando VII, a la Regencia y a Carrera.

A las reconvenciones hechas por éste y la Junta de Santiago, contestaron los sublevados poniéndose a las órdenes del Virrey del Perú. Carrera que había cometido la temeridad de jugar con fuego, y que era maestro en el arte de los pronunciamientos, recibió un golpe que no esperaba en contra de sus ideales y pretensiones. Por el contrario, Abascal se hizo sin pensarlo de una plaza fuerte de importancia, con numerosa guarnición, parque de artillería y abundantes municiones, que le podían servir de base para la empresa que abrigaba de someter nuevamente a Chile al Gobierno de la Metrópoli.

En medio de tantas desventuras, algunos hechos halagüeños se verificaron en Chile. Enumerémoslos: el jueves 13 de Febrero de 1812, se publicó el primer número de La Aurora de Chile, ardiente propagador de las ideas revolucionarias, dirigido por el benemérito Padre don Camilo Henríquez. En 24 del mismo mes fue solemnemente recibido en Santiago Mr. Joel Roberts Poinsett, primer Cónsul de los Estados Unidos en aquel país. El 4 de Julio, se dió al viento la bandera chilena con sus tres fajas azul, blanca y amarilla, hecho que muchísimos consideraron como símbolo y prenda de la Independencia Nacional.

Entre tanto el pretorianismo se mostraba cada día más audaz. Para colmo de los males que ponían en peligro las nuevas instituciones, suscitóse una funesta rivalidad entre don José Miguel Carrera y su hermano don Juan José, quien no soportaba con paciencia la supremacía de un caudillo al que aventajaba en edad.

Evitóse una escandalosa lucha armada entre los dos rivales, mediante la renuncia que hizo de su cargo don José Miguel, quien aparentó retirarse de los negocios públicos, temeroso de perder su prestigio, si lograba suplantarle su ambicioso hermano.

Don Ignacio Carrera, que a la sazón ocupaba el puesto que su hijo había dejado vacante, el Cónsul norteame-

ricano y otros personajes influyentes lograron que se verificase una reconciliación, más aparente que real, entre los dos turbulentos hermanos.

A fines de Octubre de 1812, se presentó por una comisión nombrada ad hoc el proyecto de Constitución provisional para Chile, el que examinado y revisado por otros comisionados, entre los cuales fijuraban los populares patriotas Camilo Henríquez y Salas, fue aprobado por el vecindario de Santiago, y enviado con el mismo objeto a las otras provincias, el 14 de Noviembre del mismo año.

Con motivo de la renuncia de don Ignacio Carrera, su hijo don José Miguel volvió nuevamente a ocupar el cargo de Vocal de la Junta de Santiago, y como tal volvió a ejercer actos arbitrarios y despóticos.

El proyecto de Constitución debía ser firmado por todos los ciudadanos que supiesen leer y escribir. Cometiéronse con este motivo muchas violencias en las provincias porque los satélites de Carrera atropellaron a los que tuvieron la entereza de negarse a firmar el proyecto. El Cabildo de Santiago reclamó por tan escandalosos desafueros ante la Junta; pero ésta, hechura de los Carreras, no hizo caso de tales reclamaciones y los delicuentes quedaron impunes.

La audacia de don José Miguel Carrera llegó al extremo de suprimir, por sí y ante sí, la palabra ROMANA, del primer artículo de la Constitución, que decía textualmente: "La Religión Católica, Apostólica, Ramana es y será siempre la de Chile", en la impresión que se hizo circular profusamente. Valióse de esta superchería Carrera, para rebajar la influencia del clero, al que consideraba como principal baluarte del despotismo colonial. Y a pesar de las protestas del Clero y principalmente del Obispo Villodres, esa supresión pasó casi inadvertida de las masas populares, porque Carrera ni publicó tales protestas, ni permitió que se predicara contra aquella, de lo contrario un cisma hubiera sido inevitable.

Hasta aquí los patriotas chilenos habían campado por sus respectos, dando eso así el funesto ejemplo de las discordias intestinas entre ellos; y de parte de los hermanos Carreras, el más funesto todavía de pretender sustituir la tiranía española por una oligarquía militar hija de la indis ciplina.

El Virrey del Perú don José Fernando Abascal, después Marqués de la Concordia, y llamado por los historiadores españoles ARGOS DE CIEN OJOS, no pudo mirar con indiferencia las reformas introducidas por el Gobierno chileno, y en especial el que se hubiesen dado una Constitución como Nación soberana e independiente y decretado la libertad de comercio.

En consecuencia, aquel Virrey intimó a la Junta de Santiago, sin reconecer su carácter oficial, que se aceptase

por los chilenos lisa y llanamente la Constitución de 1812, votada por las Cortes de Cádiz, amenazándoles con la intervención de las tropas reales, en caso de negarse a ello.

Las fuerzas de los revolucionarios chilenos no estaban en aptitud de repeler una agresión de parte de aquellas; pues los Carreras, con su espíritu absorvente, habían procurado alejar del ejército a militares tan entendidos y expertos como don Juan Mackenna y don Bernardo O'Higgins; y supieron, también, con sus amaños separar de la dirección política y administrativa al doctor Juan Márquez de Rozas, quien, desterrado de Chile, falleció en Mendoza, en Mayo de 1813. Pero, en ese momento supremo, triunfó el patriotismo, y aunadas las voluntades de los revolucionarios, se aprestaron para rechazar el ataque de la expedición enviada contra Chile por el Virrey Abascal, a órdenes del Brigadier de la Real Armada don Antonio Pareja, sucesos de que hablaremos a su debido tiempo.

CAPITULO III

1811 y 1812

Expedición al Paraguay al mando de don Manuel Belgrano.—Sus derrotas en Paraguay y en Tacuari.—Elío es nombrado Virrey por el Consejo de Regencia.—La Junta de Buenos Aires se niega a reconocerle.—Envía una expedición regida por Belgrano contra Montevideo. —Triunfos obtenidos por este General en la Banda Oriental.—Estalla un movimiento revolucionario en Buenos Aires.—Mutación de su Junta Gubernativa.—El ejército argentino llega hasta el Desaguadero.—Es derrotado por Goyeneche en las batallas de Huaqui y Jesús de Machaca.—Funestas consecuencias de estas batallas para la causa de la Independencia.—Batalla de Sipesipe ganada por los realistas.—Derrota de éstos en Tiquina.—El caudillo patriota Díaz Vélez derrota a Picoaga en Yavi, y es a su vez rechazado en Suipacha.—Se retira a Salta.—Nueva conmoción de Cochabamba.—Goyeneche ocupa esta ciudad, después de los combates de Rocona y San Sebastián.—Tratado del Virrey Elío con el Gobierno Argentino.—Belgrano General del ejército argentino.—Gloriosa batalla de Tucumán.—Triunfo de San Martín en San Lorenzo.—Belgrano toma la ofensiva contra el ejército realista, situado en Salta y mandado por Tristán.

Dijimos, en el capítulo anterior, que al terminar el año de 1810, solo faltaban las provincias de Paraguay y Montevideo para que la Junta de Buenos Aires dominase en todo el territorio del Virreinato.

Para conseguir que la primera reconociese su autoridad y asegurar el èxito de la Revolución aun a la fuerza, se organizó una división compuesta de quinientos hombres, a cuya cabeza se puse a un abogado, vocal de la misma Junta, Don Manuel Belgrano, hombre activo e ilustrado, que después llegó a desplegar su genio en el arte de la Guerra y a figurar en primera línea entre los Generales argentinos.

A la sazón gobernaba el Paraguay don Bernardo de Velazco, hombre recto y bondadoso que se habia captado el afec-

to de sus subordinados; y que no carecía de conocimientos estratégicos y de arrojo personal. Los habitantes de aquella región se hallaban, pues, muy contentos con -la administración de Velazco y listos a rechazar con las armas la expedición de Belgrano.

Este emprendió la marcha el 28 de Septiembre de 1810. Con los refuerzos que se le unieron en el camino, llegó a contar Belgrano con un ejército de algo más de mil hombres, y a principios de Diciembre del mismo año llegó a orillas del Paraná, río que sirve de frontera al Paraguay.

Rotas las hostilidades, avistáronse los dos ejércitos, el de Belgrano y el de Velazco, el 19 de Enero de 1811, a orillas del arroyo Paraguary. En este lugar se trabó un reñido combate, en el que, a pesar del arrojo de los argentinos, no pudieron resistir a seis mil Paraguayos que se les opusieron con igual denuedo, siendo, en consecuencia, derrotados los primeros con una pérdida de más de la quinta parte de su gente.

Después de este desastre, Belgrano se replegó precipitadamente hasta las orillas del río Tacuari, donde fue sorprendido el 9 de Marzo de 1811 por un ejército de dos mil quinientos paraguayos, al mando del Jefe realista don Manuel Cabañas, y después de siete horas de combate encarnizado, en cuyas peripecias se portó Belgrano como todo un militar consumado, tuvo el caudillo argentino que capitular con Cabañas. En virtud de esta capitulación, los restos del ejército expedicionario, en número de cuatrocientos hombres, se pusieron en marcha; y el 15 de Marzo del mismo año repasaban el Paraná, resultando completamente frustrada la expedición de la que tanto esperaba la Junta de Buenos Aires.

Tampoco fue feliz ésta en sus tentativas contra la plaza de Montevideo, en donde estaba reconcentrada toda la resistencia española de la Banda Oriental. El Comandante de Marina, Salazar, que allí mandaba, reunió cuantas fuerzas navales pudo, y con ellas bloqueó, en Septiembre de 1811, a Buenos Aires. Pero la Junta, valiéndose de la buena inteligencia que mediaba entre el doctor Moreno, hombre fecundo en recursos, y Lord Strangford, Embajador Inglés ante el Rey de Portugal, que a la sazón se hallaba refugiado en Río de Janeiro, consiguió, por medio de este Diplomático, que se levantase el bloqueo, bajo el especioso pretexto de que el Gobierno de Su Majestad Británica no podía reconocer tal bloqueo, sin violar la neutralidad.

En la ciudad de Montevideo se había reconocido al Consejo de Regencia que en España había sucedido a la disuelta Junta Central. El primer paso desacertado que dió dicho Consejo, en cuanto supo la Revolución de Buenos Aires y la deposición del Virrey Hidalgo de Cisneros, fue nombrar en su reemplazo al General don Francisco Javier de Elío, hombre sobre manera impopular, tanto en América como en España, a causa de su carácter arrogante y autoritario.

Aunque Elío empezó por ensayar medios de conciliación con los patriotas argentinos, la Junta de Buenos Aires se negó rotundamente a reconocer su calidad de Virrey, y rechazó todas

sus proposiciones. Siguióse de aquí la ruptura de hostilidades, y para llevarlas adelante, la Junta reorganizó un nuevo ejército bajo la base de las fuerzas que habían regresado del Paraguay con Belgrano. Creó, al mismo tiempo, una escuadrilla al mando de Azopardo, la que no tardó en ser completamente batida y apresada en el río Paraná por las fuerzas navales realistas.

Esta derrota de los patriotas fue compensada con la sublevación de una gran parte de las poblaciones de la Banda Oriental, hoy República del Uruguay, contra el Gobierno del sedicente Virrey Elío. En este levantamiento, figuró por primera vez el Teniente de milicias don Josè Artigas, que tan importante papel desempeñó en los sucesos posteriores de aquella región. Para fomentar aquel movimiento, la Junta de Buenos Aires encargó a Belgrano, a su regreso del Paraguay, la dirección de las operaciones militares contra Montevideo, poniendo a sus órdenes una división de más de mil hombres de todas armas.

La presencia de Belgrano en la Banda Oriental fue muy oportuna, porque con las innegables dotes organizadoras que le caracterizaban, consiguió restablecer la armonia entre los diversos Jefes sublevados, que obedeciendo a la diversidad de sus cualidades y a rencillas personales, estaban a punto de venir a las manos. Estos Jefes eran los Artigas, don Venancio Benavides, don Manuel Rodríguez y don Bartolome Zapata.

Con estos bravos caudillos, con los famosos GAUCHOS y los campesinos uruguayos, consiguió bien pronto el General Belgrano notables ventajas, como la ocupación de Maldonado, la toma de Canelones y la victoria de San Josè, obtenida por don Manuel Artigas, que costó la vida del Ayudante del Comandante en Jefe. En consecuencia, el Virrey Elìo quedó reducido a la plaza de Montevideo y a algunos lugares cercanos a ella

Lisonjeábase el caudillo argentino de que esta campaña fuese mas fructuosa que la del Paraguay; pero tan fundadas esperanzas se desvanecieron, porque la tea de la discordia civil se habia encendido en Buenos Aires, donde estalló un nuevo movimiento revolucionario, en la noche del 5 al 6 de Abril de 1.811, produciendo la consiguiente modificación en el Gobierno, el cual quitó a Belgrano el mando del ejército y le llamó a dar cuenta de su conducta en la malograda expedición del Paraguay.

En la Argentina, como en todas las Colonias Sud Americanas, se dió el funesto ejemplo de rivalidades y disenciones civiles, lo que retardò por muchos años el logro de las aspiraciones de las mismas, consistente en su Emancipación de la Metrópoli.

En Buenos Aires se habían formado dos partidos: uno, al que pudiéramos llamar CONSERVADOR, encabezado por el mismo Presidente de la Junta, don Cornelio Saavedra; y el otro, al que denominaremos DEMOCRATA, cuyo Jefe era el Secretario de aquella, doctor Mariano Moreno. Los conservadores bien avenidos con su situación actual, que les parecía indefinida, querían contener el curso de la Revolución, hasta que tuviese un resultado definitivo la suerte de España, y pudiesen arreglar

con el Gobierno de esta Nación el orden de cosas que hubiera de establecerse en el Virreinato de la Plata.

Los demócratas, cuyo cerebro era el doctor Moreno que los inspiraba, y el doctor Castelli el brazo que ejecutaba esas inspiraciones, aunque simulaban acatar todavía los derechos de Fernando VII, encaminaban todos sus trabajos a la consecución de la Independencia, proponiendo medidas radicales, como las de sostener la guerra y dictar castigos contra los realistas, que comprometieran más y más a los revolucionarios, de manera que llegase a ser imposible ningún arreglo ulterior con la Península. Los dirigentes de este partido fueron los que más se distinguieron por su actividad, por su audacia y por su innegable talento. A ellos se debió la dirección de las operaciones militares, la creación de una Biblioteca Pública en Buenos Aires, la fundación de una Academia de Matemáticas y otras obras de reconocidas utilidad.

Una circunstancia al parecer fútil vino a aumentar el antagonismo entre los individuos de la Junta. Esta fue un baile dado por el Regimiento de Patricios a su Coronel don Cornelio de Saavedra, que al propio tiempo era Presidente de aquella, en celebridad de la victoria alcanzada por el ejército argentino en Suipacha. En dicho baile se tributaron muchos honores a Saavedra, cual si fuese un verdadero Virrey, y se hizo un marcado dasaire al doctor Moreno. Ofendido éste, obtuvo, después de un acalorado discurso, que la Junta expidiese un acuerdo, en que se prohibía tributar toda clase de honores a cualquiera de sus miembros aisladamente, inclusive al Presidente, dejándose aquellas preeminencias para la Junta solamente, cuando ésta se presentara en corporación.

En situación tan vidriosa, llegaron a Buenos Aires los Diputados de las provincias para instalar el Congreso General, que debía fijar en difinitiva la forma de gobierno que se considerara más conveniente al país. Pero tergiversándose maliciosamente la misión de los Diputados, accediendo a los deseos de éstos, y por influencia del Jefe de los conservadores, Coronel Saavedra, se les admitió a aquellos como miembros de la Junta Gubernativa, a pesar de la viva oposición del doctor Moreno, quien comprendió que con tal medida se trataba de anular a sus copartidarios, los demócratas. Resultado de esta mistificación fue que el número de los miembros de la Junta llegó a diez y nueve, siendo designado para presidente de ella el Diputado por Córdoba, doctor Gregorio Funes, Deán de aquella Catedral.

A consecuencia de este acontecimiento, el doctor Moreno renunció la Secretaría de la Junta; y al cabo de un mes ésta la envió a Inglaterra con una importante misión diplomática; pero aquel benemérito prócer no llegó a su destino, pues falleció durante la travesía.

Continuando su lucha de partido demócratas y conservadores, temerosos éstos de que aquellos diesen un golpe de mano a su Jefe Saavedra, para lo cual tenían sobrado fundamento, determinaron anticiparse a los primeros. En efecto, contando con varios miembros del Ayuntamiento, con casi todas las fuerzas militares y gran parte del pueblo, organizaron una sublevación

que estalló en la noche del 5 al 6 de Abril de 1811.

Esta, como todas las de aquel tiempo, consistió en tumultuosos grupos de gente que auxiliados por las tropas de la guarnición, exigieron que el Ayuntamiento que se hallaba reunido en la casa consistorial de orden de la Junta, se retirase, pues el pueblo tenía que dirigirle peticiones en Cabildo abierto.

Habiendo el Municipio recibido aquellas peticiones, las comunicó al amanecer a la Junta, la que accedió a las exigencias de los revoltosos. Estas eran: que se destituyera a los Vocales de la Junta, Peña, Vieytes, Azcuénaga y Larrea; que se expatriara a varios demócratas influyentes; que se concentrara el mando de las armas en don Cornelio Saavedra; que se llamara al General Belgrano para que respondiese a los cargos que se le hiciesen con motivo de la malhadada expedición al Paraguay, y otras muchas que sería cansado enumerar.

En reemplazo de los Vocales destituidos, fueron nombrados el Coronel don Feliciano Chiclana, don Antonio Gutiérrez, don Juan Alagón, y don Joaquín Campana, como Secretario General. Es cosa digna de notarse que de los diez y seis individuos que componían la Junta, dos solamente eran hijos de Buenos Aires. Esta circunstancia, al parecer insignificante, fue después trascendental, porque desde aquel momento nacieron las tendencias federealistas y de descentralización, que fueron causa, poco tiempo después, de una serie de discordias y guerras civiles, que impidieron, por largos años, la difinitiva organización de la actual gran República Argentina.

Tiempo es ya de que reanudemos la relación de los sucesos del Alto Perú. Dijimos que, después de la batalla de Suipacha, tan desastrosa para las armas reales, el ejército argentino, con el Brigadier Balcarce y el doctor Castelli a su cabeza, se había enseñoreado de todas las proviacias situadas al sur del Desaguadero, y que forman lo que antes se llamaba el Alto Perú, y hoy República de Bolivia. Dijimos, también, que Castelli con los suyos se había apoderado de Potosí. De este lugar dirigióse el ejército patriota a La Paz, en la que entró el día Miércoles Santo de 1811.

El General español García Camba, que tan benevolente se manifiesta para con sus compatriotas y demasiado severo para con los caudillos argentinos, dice en sus Memorias, hablando de este suceso:

"El Gobernador Tristán facilitaba el tránsito de los enemigos de Potosí a La Paz, en cuya Capital hizo Castelli su entrada pública y solemne el Miércoles Santo de este año (el de 1811), en medio de las mayores aclamaciones, seguidas de fiestas, regocijos, bailes y borracheras a que en verdad no estaban acostumbrados los habitantes en días de Semana Santa. En la misma noche del día de la entrada de Castelli en La Paz, como en las que transcurrieron hasta su salida, fue la ciudad teatro de diferentes escenas, que causaban en los buenos profundo dolor. Recibido el enemigo con todo género de diversiones, impropias y ajenas de la santidad de aquellos días, fue a apearse en el Palacio Episcopal que le estaba preparado, y en sus salones se reunieron por las noches la mayor parte de las

señoras de la población con sus padres, esposos, hermanos, parientes y amigos para procurar en espléndidos saraos esparcimiento al nuevo Jefe, totalmente desvanecido con el humo de tanta lisonja".

Hemos transcrito las palabras anteriores, para manifestar el gran predicamento en que se encontraban los caudillos de la Revolución, y el ardiente patriotismo de los habitantes de la muy noble e hidalga ciudad de Nuestra Señora de La Paz.

Antes de que Castelli continuara en su avance hacia el Desaguadero, ambas partes beligerantes convinieron en un armisticio o suspensión de hostilidades, que debía durar cuarenta días. En virtud de este tratado, se permitió la continuación del tráfico entre el Virreinato del Perú y el de la Plata; pero se prohibió la introducción de papeles subversivos y de personas sospechosas; y se fijaron como límites entre los bandos contendientes, no sólo el Desaguadero, sino la línea que se extiende al Este por el estrecho de Tiquina y los pasos de Larecaja y Omasuyos, en el partido Huancané, provincia de Puno; y al Oeste, por Arica o Moquehua, provincia de Arequipa.

Durante la suspensión de hostilidades, el Virrey Abascal envió al ejército de Goyeneche nuevas armas, municiones, pertrechos, dinero, tropa y oficiales de artillería, infantería y caballería, con lo que se puso en un pie brillante aquel ejército, cuyo número alcanzó a seis mil quinientos hombres, veteranos y de todas armas. Las fuerzas reales se hallaban situadas, según lo dijimos antes, en la margen derecha del Desaguadero, río que servía de límite entre los Virreinatos de la Plata y del Perú.

Entre tanto, habiendo arreglado el doctor Castelli la administración de la provincia de La Paz, en armonía con el nuevo orden de cosas, salió con el grueso del ejército patriota, notablemente aumentado con contingentes de voluntarios, al mando del Brigadier don Antonio González Balcarce; y se situó en el pueblo de La Laja, camino del Desaguadero, seis leguas al Norte de La Paz y a distancia de diez y seis leguas del ejército real. Poco después se extendió parte de las fuerzas patriotas a Tiahuánaco, San Andrés y Jesús de Machaca.

El Jefe realista había establecido un destacamento en Puisacoma para observar los caminos que conducen a la Costa. Allí fue sorprendido el Oficial que lo comandaba por una columna de los valientes cochabambinos que cubrían la izquierda del ejército argentino, sufriendo aquel una completa derrota, en la que perdió cuatro hombres muertos, cuarenta y un prisioneros y la mayor partes de las armas, caballos y monturas.

Otro choque algo más serio se trabó en Machaca, entre las tropas argentinas y una división de cuatrocientos infantes y cincuenta caballos, a las órdenes del Coronel Ramírez que, por disposición de Goyeneche, había avanzado a reconocer aquel punto. El resultado de este encuentro fue la pérdida de un Capitán y doce soldados patriotas, después de lo cual Ramírez regresó a su campamento.

Pero después, Balcarce y Castelli adelantaron sus huestes al pueblo de Huaqui o Guaqui y al de Jesús de Machaca, y enviaron un gran golpe de caballería por su izquierda, sobre un

vado del Desaguadero, y una columna de infantería por la derecha al estrecho de Tiquina, con el designio de atacar la línea de los realistas por tres puntos distintos. Castelli, fundándose en las numerosas huestes con que contaba, creía seguro su triunfo, como así lo anunció en una proclama, en la que ofrecía a los peruanos hacer ondear el victorioso pabellón argentino en las deliciosas riberas del Rímac y sobre los mismos muros de la pacífica y opulenta ciudad de los Reyes. Castelli se engañó, según luego lo veremos, porque no es solamente el número de soldados, por valerosos que sean, el que da el triunfo en un combate. Se necesita, además y sobre todo, que sean disciplinados y veteranos; y estas cualidades tenían los soldados realistas comandados por Goyeneche.

Hallábanse, pues, los dos ejércitos contendientes frente a frente, tan solo les separaba el correntoso río del Desaguadero, de cuyo paso más pronto y fácil, que era el puente llamado del Inca, se habían posesionado con tiempo las armas españolas.

Como una curiosidad histórica que revela el ingenio de los antiguos Soberanos del gran Imperio del Perú, nos parece oportuno dar una idea del origen y forma de ese célebre puente, en cuya construcción no se habían empleado materiales compactos y duros como piedras, ladrillos y madera, sino únicamente paja y espadaña, materias de suyo de ninguna consistencia y expuestas fácilmente a dañarse, cuando se hallan en contacto con el agua.—He aquí como lo describe el Inca Garcilaso, en su afamada obra "Comentarios Reales de los Incas:"

"Cápac Yupanqui, quinto Inca del Perú, con el designio de extender las conquistas comenzadas al Mediodía de su Imperio, mandó construir un puente sobre el río que forma el desague de la gran laguna de TITICACA, que los españoles nombraron Desaguadero, el cual puente está formado de balsas de juncia y otros materiales y colocado sobre el agua, como el de barcas de Sevilla. En el Perú se cría una paja larga, suave y correosa, que los indios llaman ICHU, con que cubren aún la mayor parte de sus casas; y además crece en las riberas de la mencionada laguna, grandísima cantidad de juncia y de espadaña que denominan TOTORA y tiene alguna semejanza con la enea."

"Los indios de los pueblos pensionados con la obligación de mantener este puente cortan a su tiempo cantidad de totora y juncia, para que estén secas cuando hayan de emplearse. De la referida paja hacen cuatro maromas gruesas como la pierna, y echan dos sobre el agua de un lado al otro del río que lleva grandísima corriente; sobre las maromas ponen haces de juncia y totora del grueso de un buey, fuertemente atados unos con otros y con las maromas, y luego hechan sobre las haces las otras dos maromas, las aseguran con ellos. Para que éstas no se rompan tan pronto con el pisar de las bestias, ponen otra cantidad de totora encima en haces delgados, los cuales cosen unos con otros y con las maromas, y forman lo que los españoles llaman la calzada del puente. Tenía éste de trece a catorce pies de ancho, una vara de alto y sobre ciento cincuenta pasos de largo, por lo que puede imaginarse la cantidad de material que entra en el sostenimiento de tan grande obra. Y

es de advertir que la renuevan con muchísima frecuencia para evitar las consecuencias de la podredumbre en materiales de tan flaca consistencia. En tiempo de los Incas el sostenimiento de este puente estaba repartido por provincias, y como cada una sabía la parte de material con que tenía que acudir y la apercibían de un año para otro, lo habilitaban con suma prontitud. Los indios no ataban ni afianzaban en estribos de tierra los cabos de las maromas gruesas, sino que las enterraban profundamente, sistema que tenían por muy útil acaso también porque formaban el puente variando a veces de sitio, aunque en poco espacio".

El armisticio era de cuarenta días, según lo dijimos, pero el General Goyeneche, bien fuese porque recelera de los manejos de Castelli para provocar sublevaciones en el Perú, o bien porque recibiera órdenes apremiantes del Virrey de Lima, o por otra causa, lo cierto es que cuatro días antes de terminar el plazo, resolvió en Junta de Guerra atacar inmediatamente a las fuerzas patriotas. En efecto, a la señal de un cañonazo disparado en el campamento de Zepita, a las doce de la noche del 19 de Julio de 1811, Goyeneche movió su ejército hacia el Desadero y lo cruzó sin dificultad ni riesgo por aquel, al parecer, frágil puente del Inca hecho de juncos y espadañas, dejando para custodia de éste y guarda de la márgen derecha del río la división del Coronel Lombera.

Vencida la dificultad del río, por incuria y censurable descuido de los patriotas, y situado ya el ejército realista a la margen izquierda del Desaguadero, Goyeneche lo dividió en dos cuerpos: el uno a sus inmediatas órdenes, y el otro al mando de Ramírez.

Ambas columnas marcharon paralelamente en busca del ejército argentino: la del Comandante en Jefe siguió el camino que conduce a Huaqui, y la del Coronel Ramírez tomó la ruta de Jesús de Machaca. Al mediodía del 20 de Junio de 1811, Goyeneche divisó a las fuerzas patriotas, que ocupaban, a las inmediaciones del pueblo de Huaqui, una posición bastante fuerte, casi inflanqueable por la derecha, pero no de tan difícil acceso por la izquierda. Las tropas realistas continuaron su marcha hasta ponerse al alcance del tiro de cañón, y no la suspendieron, a pesar del vivo fuego que sobre ellas hacía la artillería. Entonces los patriotas cargaron con su caballería, que fue rechazada. En cuanto Goyeneche logró situarse en paraje conveniente, ordenó al Mayor General don Pio Tristán que con la fuerza que le señaló atacase el flanco izquierdo de los patriotas, y que el Jefe realista Picoaga con el primer regimiento del Cuzco, a cuya cabeza estaba, y otros batallones maniobrase amagando el centro de las fuerzas argentinas. Uno y otro Jefe ejecutaron bien y rápidamente estos movimientos, y habiéndose dispersado tres guerrillas del ejército patriota que obraban al frente, Goyeneche mandó acometer por la izqnierda el resto de la columna, lo que ejecutó el Coronel Picoaga con tal firmeza, que los patriotas, no pudiendo resistir las simultáneas arremetidas de éste y los otros Jefes realistas, perdieron su formación y se pusieron en derrota, dejando en el campo de batalla toda su artillería, doscientos ochen-

ta cajones de municiones y seis botiquines. Goyeneche persiguió a los dispersos, y ocupó seguidamente el pueblo de Huaqui, apoderándose de los hospitales, municiones y víveres almacenados que en él existían.

El Coronel Ramírez, a quien se le había confiado el ataque de los argentinos que se hallaban a las inmediaciones de Jesús de Machaca, encontró mucho más resistencia de parte de éstos y casi sufre la más completa derrota, como lo vamos a ver. Los patriotas se habían desplegado en orden de batalla, apoyando su derecha en los montes y cubriendo su izquierda con un gran golpe de caballería. El Jefe realista embistió con bizarría a las fuerzas argentinas, pero éstas, con el fuego de dos obuses que habían colocado en el centro, con el de sus baterías y con una lluvia de granadas de mano que arrojaban sobre las tropas reales, las pusieron en un desorden tal, que de continuarse él habríase convertido en la más espantosa derrota. En este estado, y cuando Ramírez hacía esfuerzos supremos para reanimar a su alebronada y maltrecha gente, fue auxiliado por las guerrillas de Goyeneche, que asomaron en aquel crítico momento por las alturas de la izquierda, amenazando el flanco derecho de las huestes patriotas. Esta circunstancia ayudó eficazmente a decidir la acción en favor de las armas españolas, después de seis horas de reñido combate. Los argentinos abandonaron el campo, que quedó en poder de Ramírez, junto con varias piezas de artillería, muchas tiendas de campaña y municiones de boca y de guerra.

Cuando el Jefe realista pensaba dar un momento de descanso a su fatigada tropa, la caballería cochabambina, en número de dos mil quinientos hombres, repasó el río del Desaguadero y asaltó el campamento realista, haciendo fuego con dos cañones; pero conociendo que su socorro era tardío, se retiró abandonando la empresa.

Por lo relacionado se viene en conocimiento que propiamente fueron dos las batallas libradas a un tiempo en Huaqui y Jesús de Machaca; más como el Comandante en Jefe, dice García Camba, dirigió personalmente el ataque de las alturas de Huaqui, por donde principió tan señalada victoria, este es el nombre que ha conservado la batalla.

El Virrey Abascal concedió ascensos y muchos honores a todos los Jefes y Oficiales realistas que en ella combatieron; obsequiando a Goyeneche el sable de su uso, y andando el tiempo el Gobierno español le premió a Goyeneche con el título de Conde de Huaqui, que hasta ahora llevan sus sucesores.

Importantísima y de favorables resultados fue la victoria de Huaqui para la causa de la Metrópoli. Al tratar de este asunto, dice el referido General García Camba:

"Todos los hombres conocedores de la Revolución de América y del estado de este vastísimo país no podrán menos de convenir en que la pérdida de una batalla por las armas de España, envolvía necesariamente por punto general la de una provincia o de un reino; más si en la época a que nos referimos el General Goyeneche hubiera sido desgraciado en Hua-

qui, la suerte de toda la América Austral hubiese quedado allí irrevocablemente decidida, porque triunfantes los insurrectos se habrían extendido y derramado como un torrente por todo el país; y favorecidos del prestigio de la victoria y de la novedad, como auxiliados por los partidarios que ya contaban en las principales poblaciones, hubieran llevado sus banderas hasta el Ecuador, y planteado sin resistencia su sistema, sofocando los sentimientos de lealtad con el desenfreno de las masas ignorantes y compuesta de distintas castas".

Después de la rota de Huaqui, Castelli fue a parar en Buenos Aires, donde falleció, al andar de poco tiempo, a consecuencia de un cáncer en la lengua. Disperso casi en su totalidad el ejército argentino, por diversos puntos, solo el caudillo patriota Díaz Vèlez, hombre de empuje y de reconocido valor, pudo retirarse con ochocientos hombres reunidos camino de Potosí, de cuya villa se apoderó y extrajo cosa de ochocientos mil pesos. Proponíase este Jefe continuar su repliegue hasta la frontera de las provincias llamadas de ABAJO, cuando recibió con sorpresa la fausta nueva de que el ejército victorioso, legos de avanzar con rapidez al Sur, como era de temer y debía haberlo hecho, habìa contramarchado al Norte del Desaguadero; y sabedor también el mismo Díaz Vélez de que otros patriotas reunían muchos dispersos en los términos de Cochabamba, se dirigió a esta capital con la tropa que le acompañaba.

La provincia de Cochabamba, antes COCHAPAMPA, una de las más pobladas y patriotas de las del Alto Perú, fue sometida por los Emperadores Incas, antes de que la conociesen y la conquistasen los españoles. Goza de un clima suave y templado en sus valles y hondonadas, siendo admirable la fertilidad de su suelo. Por estas razones, el Capitán don Luis Osorio fundò allí un pueblo en 1575. Tal es el origen de la famosa y muy noble ciudad de Cochabamba.

El General Goyeneche, sin duda porque sus tropas quedaron maltrechas después de la batalla de Huaqui, no persiguió, a los derrotados patriotas, si no que, repasando el río del Desaguadero, volvió a situarse con su ejército en el el mismo campo de Zepita, del cual había partido para el combate. Este procedimiento del Comandante en Jefe realista dió origen a la reacción de los revolucionarios, a cuya cabeza se puso el denonado Díaz Vélez, quien con las fuerzas que pudo reunir marchó hacia Cochabamba, según acabamos de relatarlo.

En vista de esto, y conociendo Goyeneche el ningún fruto que iba a sacar de las tan decantadas victorias de Huaqui y Jesús de Machaca, a fines de Junio de 1811, volvió dicho Jefe a levantar su campo de Zepita, y marchó con su ejército al Sur del Desaguadero. Después de entrar en La Paz y Oruro, donde volvió a imperar el antiguo régimen, dejando restablecida en esas provincias una tranquilidad aparente como impuesta por la fuerza, Goyeneche se dirigió con sus tropas hacia Cochabamba, con el objeto de pacificarla.

El Ayuntamiento de esta ciudad rechazó altiva y enérgicamente las propuestas del Jefe realista relativas a volver a la obediencia de las autoridades españolas. Contaban para esta ne-

gativa los cohabambinos con mucha gente voluntaria, aunque indisciplinada, con numerosos hombres de caballería, con la escabrosidad del terreno, y especialmente con grande entusiasmo y amor patrio.

A pesar de estas innegables ventajas, no pudieron las huestes cochabambinas resistir el ataque de las tropas realistas, en el combate que entre unas y otras se trabó, a las tres de la tarde del día 13 de Agosto de 1811, en las escarpadas alturas que se hallan en las cercanías del pueblo de Sipesipe. Aquellas fueron, pues, derrotadas nuevamente en la batalla conocida con este nombre, con pérdida de todo su tren de artillería y una gran cantidad de municiones; y lo que es más sensible, dejando en el campo de la lucha un considersble número de cadáveres, heridos y prisioneros, no obstante de que las sombras de la noche facilitaron la fuga de los vencidos.

Antes de continuar la relación de las operaciones del ejército de Goyeneche después del triunfo de Sipesipe, referiremos los acontecimientos que se verificaron a la retaguardia de dicho ejército. A medida que aquel General se alejaba del punto de su partida, algunos patriotas de Cochabamba lograron sublevar a los indios del partido de Pacages, sublevación que se extendió rápidamente a los habitantes de Lacareja y Omosuyos; y reuniendo una numerosa indiada cayeron con ella sobre la ciudad de La Paz y demás pueblos circunvecinos, cercándolos de tal manera que interrumpieron toda comunicación con el ejército de Goyeneche, propalando a cerca de su suerte las más funestas noticias.

Esta novedad llegó a Lima; y el Virrey Abascal dió providencias para asegurar el parque del Desaguadoro y reforzar su guarnición para que acudiese a romper el estrecho cerco en que se encontraba La Paz. Al efecto dispuso que los indios que se alistaban en el Cuzco, junto con la tropa que se remitía en auxilio de la del Desaguadero, marchasen a las órdenes del Cacique de Chincheros don Mateo de Pumacahua, a fin de que poniéndose de acuerdo con el Comandante de aquel punto, don Pedro Benavente, pudiesen obrar con acierto sobre los insurrectos.

El fuego de la revolución cundió en los pueblos inmediatos a la orilla izquierda del Desaguadero y sus vertientes hacía la costa. Dominaba, pues, la mayor agitación en las provincias limítrofes a la insurrección, cuando se supo en Lima que el ejército realista, triunfante en Sipesipe había entrado en Cochabamba; y que se había destinado la división del Coronel Lombera contra las huestes que asediaban la ciudad de La Paz. A pesar de esto, el Virrey Abascal aceleró la expedición de Pumacahua, quien salió del Cuzco con tres mil quinientos hombres, que se aumentaron en el camino con la gente del Cacique don Manuel Chuqnihuanca; pues tuvo noticia dicho Virrey de que, habiéndose acercado un número crecido de revolucionarios al pueblo de Viquina, el Comandante realista de este punto, atravezando la laguna de Titicaca, los atacó con cuarenta hombres y un cañón. Cara pagó su temeridad dicho Jefe, porque él y treinta y cuatro de sus soldados fue-

ron muertos por los sublevados, quienes se apoderaron de la plaza de Tiquina y de dos piezas de artillería.

Mientras la expedición de Pumacahua, reforzada con los auxiliares de Arequipa y Puno, sofocaba la rebelión con los pueblos que confinan con el Desaguadero, dejando expedito el tránsito hacia Potosí, el Teniente Coronel Benavides avanzaba sobre La Paz, arrollando los grupos de amotinados que cercaban esta ciudad. Pero en las alturas del cerro de Lloco, se propusieron los insurrectos defender el paso estrecho y difícil que los realistas tenían precisamente que vencer. Así lo verificaron, haciendo uso de los dos cañones tomados en Tiquina y un fuego muy vivo de fusilería. Si a esto se agrega que los sublevados empezaron a arrojar sobre el enemigo gran cantidad de piedras, a que llaman GALGAS, en el manejo de cuya arma son destrísimos aquellos indígenas y que estos, habiéndose corrido por las alturas amagaban también la retaguardia de la tropa realista, se comprenderá fácilmente el apurado y grave compromiso en que se encontraba ésta. Entonces Benavides dividió su fuerza en dos partes, y emprendió con denuedo el ataque a las dos principales eminencias. Ante este acto de arrojo, los insurrectos desampararon sus posiciones, en las que se situó aquel valiente Jefe y pernoctó en ellas.

Otros choques más con los sitiadores tuvo Benavides en su marcha hacia La Paz, hasta que apareciendo la división de Lombera, destacada del ejército de Goyeneche, lograron los dos Jefes dispersar a los sublevados, quedando aquella ciudad libre del asedio y cerco en que la tenían. Lombera quedó de guarnición en La Paz, y Benavente fue a ocupar los pueblos desde Laja al Desaguadero. Al mismo tiemdo Pumacahua guarnecía a Sicasica, habiendo contribuido a sofocar la insurrección, y a dejar expeditas las comunicaciones hasta Oruro, lo que puso a Goyeneche en aptitud de continuar sus operaciones.

Este Jefe, después del triunfo de Sipesipe, que dejaba franco el camino a la Capital de Cochabamba, entró con su ejército en esta ciudad, el 21 de Agosto de 1811, en medio de los acostumbrados aplausos y aclamacioues, producto más bien del temor que del arrepentimiento, como lo comprobó, poco después, una nueva sublevación de la indomable y patriótica Cochabamba.

Después de una permanencia de pocos días en esta ciudad, el General Goyeneche puso en movimiento el ejército real, el 3 de Septiembre de 1811, enviando al Teniente Coronel don Mariano Campero con la competente guarnición a Chuquisaca; y dirigiéndose él personalmente con el resto ee sus fuerzas, por tierras de Chayanta a la opulenta Potosí, en la que entraron las fuerzas españolas el 20 del mismo mes y año. Al propio tiempo recibió orden el Coronel Lombera para maniobrar con mil quinientos hombres contra los indios alzados de La Paz y Oruro, que obstruían los caminos e interceptaban las comunicaciones con el Virreinato de Lima.

Con tan mutiplicadas atenciones que distraían las fuerzas del ejército realista, aumentando en proporción sus bajas, el General Goyeneche dispuso que algunos oficiales fuesen al par-

tido de Chichas para reclutar cuatrocientos hombres, encargándoles la instrucción y disciplina de ellos en Tupiza, medida que vino a favorecer la revolución del Cabildo de Tarija, remitiendo al cuartel General de Potosí su reconocimiento y sumisión al Gobierno español. Con este motivo, el Comandante en Jefe envió a Tupiza una columna al mando del Teniente Coronel Barrera, para que, unida a los reclutas que allí había en instrucción, molestase a los patriotas que, en número de quinientos, se encontraban, con Díaz Vélez a su cabeza, en el lugar denominado la POSTA DE CANGREJOS.

Este valiente caudillo destacó, como era natural, algunas partidas para que procurasen impedir la instrucción de los reclutas reunidos en Tupiza, como lo consiguieron obligándolos a replegarse a Santiago de Cotagaita, donde les alcanzó la columna de Barrera, quien ahuyentó aquellas partidas hasta Mojos. Pero el intrépido Díaz Vélez avanzó desde Cangrejos en apoyo de los suyos, y obligó a Barrera a regresar a Tupiza. En sostenimiento de este Jefe, Goyeneche, a su vez, envió al Brigadier Picoaga, con la mitad de su división, fuerte de mil hombres, quien se estableció en Yavi. Entonces Díaz Vélez reunió activamente cuantas fuerzas pudo, y el 29 de Diciembre de 1811, atacó y venció a los realistas, obligando a Picoaga a retirarse sobre Tupiza; pero habiéndose incorporado a este Jefe, en su marcha, el resto de su división, en virtud de orden que había recibido al efecto, hizo alto en la banda septentrional del río de Suipacha.

Entre tanto, los caudillos, prófugos de La Paz y Cochabamba, fomentaron un nuevo alzamiento en los valles de Chia y Tarata, que se extendió rápidamente, por un lado, hasta Sicaisa, y por otro, al partido de Misque. Los sublevados se establecieron en Huata, adelantando partidas hasta las cercanías de Chuquisaca, para impedir el tráfico comercial y la entrada de víveres en esta ciudad El Brigadier don Juan Ramírez, Presidente interino de la provincia de Charcas, salió en demanda de los insurrectos, y alcanzándolos en su campo de Huata, los derrotó y puso en completa dispersión. Después de lo cual aquel Brigadier sentó sus reales en Yamparaes, por cuanto recelaba de la tranquilidad de este partido. Luego veremos el cuerpo que tomó esa mal reprimida insurrección en la indomable y aguerrida Cochabamba.

Habiendo desalojado y puesto en retirada al Brigadier realista Picoaga, no tardó el denodado Díaz Vélez en presentarse en la orilla Meridional del río Suipacha, en persecución de aquél. Llegado que hubo a ese lugar, el caudillo patriota montó su artillería que hizo algunos disparos sobre el campamento español, adelantó varias guerrillas a tirotearse con las enemigas que se encontraban en la banda Septentrional del expresado río; y ordenó, en fin, que parte de su caballería lo vadease por la izquierda de la posición de Picoaga.

El día 12 de Enero de 1811, Díaz Vélez llevó a cabo su audaz y bien meditado ataque a las fuerzas realistas, que no correspondió a sus fundadas esperanzas, porque habiendo crecido rápidamente el río de Suipacha, a causa de las lluvias en

las alturas, cosa harto frecuente en aquellos lugares, sucedió, con tal motivo, que los primeros jinetes patriotas que se lanzaron denodadamente a las turbulentas aguas del río para vadearlo, fueron arrebatados por la violencia de la corriente. Desanimados los demás jinetes por tan imponente espectáculo, no menos que por el vivo fuego que la fusilería y artillería realistas vomitaban contra ellos, desde la orilla opuesta, desistió prudentemente Díaz Vélez de tan temeraria empresa, y se replegó con alguna pérdida.

En vista de esto, el Brigadier Picoaga se decidió a tomar la ofensiva, y el 18 de Enero de 1812, se apoderó de las alturas meridionales del río de Suipacha, y se preparó a embestir a los contrarios. En aquellas circunstancias llegó al campamento el Brigadier don Pio Tristán, Mayor General del ejército, y mandó suspender el ataque para el día siguiente, manifestando que el batallón "Abancay" se hallaba en marcha, y que reunido al grueso del ejército, el resultado de la empresa, con ese refuerso, vendría a ser más seguro y decisivo. Pero no contaron los Jefes realistas con que el previsor Díaz Vélez, aprovechó de la noche para emprender su retirada por el camino de Jujuy, y no hizo alto hasta Humahuaca, dejando, de esta manera, burlado el propósito de Tristán.

Con la retirada de Diaz Vélez quedaron las tropas reales sin atención de importancia por su frente; y pudo entonces el General en Jefe destacar varias columnas con el objeto de pacificar a los partidos de La Laguna, Porco y Cinti, cuyo objeto se consiguió, dispersando a algunos cabecillas de los sublevados. Igual resultado favorable a la causa del Rey obtuvieron las divisiones de Lombera y de Astete, en varios choques con los insurrectos que interrumpían todavía la libre comunicación de Potosí con La Paz y el Virreinato de Lima. Al mismo tiempo, cerca de tres mil cochabambinos nuevamente alzados en armas, y capitaneados por el caudillo patriota Arce, atacaron denodadamente a Oruro, pero fueron rechazados por el Coronel don Indalecio González en Socasa.

Como se ve, la revolución que parecía debelada en un lugur, surgía con más vigor y lozanía en otros puntos de las provincias del Alto Perú. Bien quería el Virrey Abascal acabar con ella, adoptando remedios enérgicos y radicales, y aun llevar sus armas hasta las Provincias de Abajo, pero tuvo que aplazar su propósito, porque recibió, aunque extraoficialmente, las capitulaciones que el Virrey de La Plata, General Francisco Javier Elío, había celebrado con la Junta de Buenos Aires. Como en virtud de ellas, el ejército argentino, fuerte de cinco mil hombres, había regresado a esa capital, desocupando la Banda Oriental, temía Abascal, y con razón, que aquel ejército o parte de él, viniese contra el que comandaba Goyeneche.

Otra razón que obstaba los planes del Virrey de Lima, era la deserción continua y muy considerable, que se iba experimentando en las tropas reales.

A este propósito, el General García Camba, dice: "Por mucho que se pondere la propensión de aquellos naturales a la deserción del servicio militar, todavía distará de la realidad.

Es una inclinación irresistible, asombrosa, inexplicable, sin que se haya jamás acertado con un medio eficaz para corregirla, porque ni bastan la indulgencia y la persuación, ni los estímulos de honor y gloria, ni los castigos más severos. En los indios eran frecuente desertarse sin pensar que cometían un crimen y volverse a presentar con la tranquilidad de la inocencia. Esta funesta propensión en los referidos naturales, jamás se ha podido extinguir durante la guerra de la Revolución, y continuará aún del mismo modo, porque no consistía, a lo que creemos, en la causa que se defendía, pues en las tropas enemigas se experimentaba igual fatalidad. Ella obligó a adoptar en el ejército real medidas de precaución y de vigilancia muy exquisitas, que se han meditado poco y que se han apreciado menos."

La incesante agitación revolucionaria de varios pueblos del Alto Perú facilitaba visiblemente la deserción de los soldados del ejército realista, impidiendo la persecución de los que abandonaban las filas de éste. Quizo, pues, Abascal sofocar a todo trance el espíritu de rebelión, y comunicó, al efecto, el plan de operaciones que debía seguir Goyeneche. De conformidad con él, se destacaron dos columnas contra los sublevados, los cuales fueron completamente batidos en dos reñidas acciones libradas en las cercanías del pueblo de Huari, de cuyas resultas quedaron aseguradas las comunicaciones con el Norte, mientras tanto preparaban el golpe de gracia para debelar la insurrección de Cochabamba, y avanzar hacia las provincias de Jujuy y Salta.

Por este tiempo llegó al campamento de Potosí un emisario del General don Gaspar Vigodet, Gobernador de Montevideo, que había sido nombrado Virrey de la Plata, en lugar del General Elío. Vigodet manitestaba sus deseos de hostilizar a la Junta de Buenos Aires; indicaba la necesidad de que el ejército real del Perú coadyuvase a sus miras por el frente; y daba aviso de que contaba por su parte con dos mil hombres escogidos en la Banda Oriental, ocho mil portugueses aliados en la costa de Maldonado y Pardo, mil españoles en las riberas del río de Urzehuay, y con el auxilio de una respetable marina, además de los socorros que esperaba recibir de la Península y de Portugal.

La ocasión era, pues, favorable para que las fuerzas de Tristán emprendiesen un movimiento sobre Salta; pero antes el Virrey de Lima ordenó a Goyeneche la inmediata pacificación de la provincia do Cochabamba, para lo cual le remitió dinero y municiones.

Entre tanto la situación de Buenos Aires era por demás apurada, y las tropas que la Junta mantenía en el Norte sufrían grandes necesidades. Por este motivo, evacuaron Jujuy y Salta y se retiraron al pueblo de Yatasto, cincuenta leguas más a retaguardia, cediendo a la intimación, que de orden del Comandante en Jefe, les hizo el Brigadier don Pío Tristán, Mayor General y Jefe de la vanguardia de las tropas reales.

Aprovechando de esta coyuntura, Goyeneche salió con su

ejército de Potosí para dirigir pronta y personalmete la campaña contra los impertérritos cochabambinos. Dejó en Tupiza a Tristàn con dos mil hombres, y mandó a Picoaga que con su división pasase a Chuquisaca, adonde se trasladó también el citado Goyeneche. Desde aquel lugar se acordó una combinación terrible contra Cochabamba, remitiendo diferentes columnas con sendos Jefes a los partidos más cercanos a aquella ciudad, para cercarla por todos lados. Entonces el General Goyeneche salió de Chuquisaca, el 13 de Mayo de 1812, con dos mil quinientos hombres de infantería y caballería y ocho piezas de artillería de montaña, dirigiéndose al mismo punto por los valles de Mizque y Clisa.

Los altivos cochabambinos, sin amedrentarse ante las numerosas fuerzas que los amenazaban por todas partes, y desoyendo las proposiciones pacíficas de Goyeneche, se aprestaron a una heroica resistencia. Un grupo considerable de los sublevados ocupó la altura de Pocona, situada entre los valles de Clisa y Mizque, para disputar el paso al ejército realista. Pero atacados vigorosamente allí por el Coronel Imaz, cedieron el campo al enemigo, con pérdida de algunos muertos y heridos, varias armas y piezas de artillería.

Después de este encuentro feliz para los realistas, el General Goyeneche empezó a recibir enviados de las corporacionesde Cochabamba, rogándole entrase de paz en la ciudad, cuyos habitantes anhelaban ponerse bajo la protección de las armas españoles. En esta inteligencia, marchó Goyeneche con sus tropas a ocuparla, pero fue altamente sorprendido a la entrada de la ciudad con el estruendo de los cañones y el siniestro silbido de las balas de los fusiles, manejados por las manos de centenares de cochabambinos que se disponían a la más temeraria defensa de sus lares.

En efecto, aquellos habían tomado posición en el cerro de San Sebastián, inmediato a la ciudad, en el que habían colocado muchos cañones de estaño. Goyeneche llegó al pie de dicho cerro el 27 de Mayo de 1812, y dispuso seguidamente el ataque, sostenido por ocho piezas de artillería. Prolongada y tenaz fue la resistencia de los valientes cochabambinos, pero ante el empuje irresistible de las disciplinadas, veteranas y engreídas tropas reales, tuvieron que cejar y dispersarse, dejando abandonada su artillería y la ciudad, la que fue entrada a saco por el ejército vencedor; y para colmo de males, se prendió un incendio en uno de los principales cuarteles de la desgraciada Cochabamba, digna de eterna remembranza en la gloriosa gesta de la Independencia Sud Americana.

Del comportamiento de Goyeneche en esta larga campaña: "Debe decirse en su honor, como lo afirma Mitre, que su conducta fue bastante moderada y que no abusó demasiado del triunfo, contentándose con extraer las armas de la provincia rebelde y dictar algunas medidas de seguridad, PERO SIN DERRAMAR SANGRE". Y nosotros añadiremos que semejante buen proceder de Goyeneche fue completamente borrado con el inicuo permiso dado a sus fuerzas para que saquearan a la vencida ciudad de Cochabamba, durante tres horas, en castigo, dicen los historiadores es-

pañoles, de su tenaz rebeldía. Este hecho será siempre censurable para todo historiador imparcial, porque no puede considerarse como delito de rebelión, la legítima tendencia de las Colonias Americanas a emanciparse de la Metrópoli; y aun considerando como tal esa aspiración, no podía infligirse un castigo tan arbitrario y terrible como el saqueo, a personas inocentes como son las mujeres, ancianos y niños, que nunca pueden considerarse como propiamente beligerantes, para que queden sujetas a las funestas consecuencias de una derrota.

Después de la toma de Cochabamba volvió a restablecerse el Régimen de la Metrópoli en casi todo el territorio del Alto Perú; y Goyeneche trasladó nuevamente el cuartel general a Potosí. Pero después de su llegada a esta villa, salieron para Suipacha los batallones Real de Lima y Cotabambas, con el determinado objeto de reforzar la división de vanguardia que mandaba el Brigadier don Pío Tristán.

El sosiego, más aparente que real, de los pueblos recientemente subyugados, despertó de nuevo en el ejército de vangnardia, regido por Tristán, la idea de emprender un movimiento sobre las Provincias de abajo del Virreinato del Río de la Plata, que se dejó avanzar progresivamente hasta la ciudad de San Miguel del Tucumán, distante doscientos treinta y ocho leguas de Potosí, residencia del cuartel general realista. Este movimiento, según el criterio del Jefe de la vanguardia, tenía por objeto pacificar aquella extensión de territorio conmovido, distraer poderosamente a la Junta Gubernativa de Buenos Aires, y privar a los patriotas de los cuantiosos recursos que sacaban de las remesas de mulas al Perú, utilizándolas en provecho del ejército real. Antes de ocuparnos de esta atrevida expedición, que tuvo un desenlaee fatal para las armas españolas, la debida y lógica trabazón de los acontecimientos nos exige que relatemos los sucesos verificados en Buenos Aires, después del golpe revoluciouario del 6 de Abril de 1811, del que ya dimos cuenta anteriormente.

La numerosa Junta de Gobierno creada por aquel movimiento, tuvo poca duración por las razones que vamos a exponer.

La noticia de la derrota de Huaqui que sufrieron las fuerzas argentinas comandadas por Balcarce y el doctor Castelli, que la Junta de Buenos Aires procuró mantener oculta durante un mes, circuló en esta Capital, al mismo tiempo que una escuadrilla española, de orden del Virrey Elío, empezaba a disparar, en la noche del 15 de Julio de 1811, unas cuantas granadas contra la mencionada ciudad; y que las tropas portuguesas se encontraban en la frontera del Brasil, dispuestas a invadir la Banda Oriental. Debe tenerse en cuenta que el Gobierno de aquella Nación tenía puestas sus miras ambiciosas sobre esa región, invocando los derechos eventuales que la Infanta doña Carlota, hermana de Fernando VII, mujer del Príncipe Regente de Portugal, alegaba a la posesión de las Colonias españolas en la América del Sur.

Una nueva intimación de los marinos españoles a la Junta de Buenos Aires para que rindiese la ciudad, y el ningún re-

sultado del asedio a la plaza de Montevideo, por las tropas argentinas mandadas por Rondeau, fueron nuevas causas que unidas a las anteriores, originaron en la opinión pública suma efervescencia contra la Junta Gubernativa, a la que se acusaba de ineptitud para dirigir los negocios políticos. En consecuencia aquella Corporación, conociendo que había perdido su prestigio, y que por lo tanto no podía seguir gobernando, prefirió hacer por sí misma el cambio que no podía evitar, antes de que un alzamiento popular la obligase a ello. Desprendióse, pues, del Poder Ejecutivo, y eligió para que se hiciese cargo de él a un triunvirato, compuesto de personas que no perteneciesen a la Junta, y constituyéndose ésta en una especie de Congreso o Consejo de Estado, cuyas funciones fueron completamente nugatorias.

Este triunvirato lo formaron don Feliciano Chiclana, don Juan José Passo y don Manuel de Sarratea; desempeñando las funciones de Secretario don Bernardino Rivadavia, hombre dotado de gran talento, energía y desición, cualidades que, al andar de los tiempos, las dió a conocer cumplidamente.

Con objeto de arreglar del mejor modo posible la cuestión con el Uruguay, para poder disponer de parte de las fuerzas que asediaban a Motevideo, y detener en lo posible la marcha triunfante de las tropas realistas del Alto Perú, el Triunvirato comisionó a uno de sus miembros, don Manuel de Sarratea.

La Junta anterior, alarmada, entre otros motivos, por la entrada en la Banda Oriental de un ejército portugués al mando del General don Diego de Souza, había encargado en Abril de 1811 al mismo Sarratea que pasase a Río de Janeiro, con el fin de celebrar un armisticio y establecer un MODUS VIVENDI con el Gobierno Portugués y el Embajador español, Conde de Casa Yrujo.

Esta misión de Sarratea no tuvo ningún resultado, prolongándose indefinidamente las negociaciones. Hasta que, al fin, aquel fue llamado por la Junta, a consecuencia del glorioso combate de la Piedras, en el que los Jefes patriotas Rondeau y Artigas derrotaron completamente a las tropas españolas, el 18 de Mayo de 1811, las que tuvieron que desocupar todo el territorio de la Banda Oriental, dejando reducido al Virrey Elío a la plaza de Montevideo. Esta victoria hizo que la Junta cambiara de ideas sobre la conveniencia de un armisticio, y llamase, lo repetimos, a Sarratea.

En virtud de la segunda misión confiada al mismo Sarratea por el Triunvirato, pasó aquel otra vez a la Banda Oriental para reanudar las interrumpidas negociaciones, en circunstancias que eran favorables al Gobierno de Buenos Aires. En efecto, el Plenipotenciario de Inglaterra, Lord Strangford, había desconocido en nombre de su Gobierno el bloqueo de Buenos Aires por la escuadrilla española. Por otra parte el Virrey Elío veía con sobresalto y desconfianza el avance de las tropas portuguesas, que con pretexto de pacificar la Banda Oriental, tenían intentos de conquistarla. Estas circunstancias facilitaron las negociaciones, de tal suerte que el 21 de Octubre de 1811, se

firmó entre Elío y don José Julián Pérez, enviado al efecto por el Gobierno de Buenos Aires con los poderes necesarios, un convenio, en el que se estipulaba: que las fuerzas argentinas desecuparían la Banda Oriental, la que quedaría sujeta exclusivamente a la autoridad del Virrey; y que éste levantaría el bloqueo de Buenos Aires, dejando libre la navegación de los confluentes del río de la Plata.

El partido genuinamente realista de Montevideo, y a su cabeza don Gaspar Vigodet, Gobernador de la Plaza, levantaron una grita terrible contra el Virrey Elío, tachándole de débil e inepto por la aceptación del convenio. A tal extremo motejeron su conducta, juzgándola indigna de un Virrey de España, que, a mediados de Diciembre de 1811, a poco de haberse retirado el ejército argentino, en virtud de lo pactado, Elío regresó a España, delegando en Vigodet el mando de la Banda Oriental y de Montevideo.

El Triunvirato, con el objeto de arreglar todos sus asuntos exteriores, y en vista de la resistencia del Paraguay a continuar formando parte del Virreinato de la Plata, se vió obligado a aceptar el convenio de 12 de Octubre de 1911, por el cual aquel país quedó segregado de dicho Virreinato, formando Gobierno aparte.

Libre el Triunvirato de embarazos exteriores, empezó luego a tropezar con otros de orden interno. Tratose, a instancias del Secretario Rivadavia, de expedir una constitución en la que debían figarse las atribuciones y deberes del Poder Ejecutivo y de la Junta conservadora o Consejo de Estado. Con tal motivo se suscitaron graves desavenencias entre uno y otra, cuya finalidad fue la disolución de la Junta, decretada autoritoriamente por el Triunvirato, en 7 de Noviembre de 1811. Quince días, después, se expidió por el mismo un Estatuto provisional, obra de don Bernardino Rivadavia, que fue la primera carta constitucional que se puso en práctica. En virtud de ella, el Triunvirato tomó el título de Gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

El Triunvirato tuvo tambtén que reprimir algunos disturbios intestinos. El primero conocido con el nombre de el MOTIN DE LAS COLETAS, se debió al famoso Regimiento de Patricios, del que había sido Coronel don Cornelio Saavedra. Una causa fútil fue el origen de este motín.

Absuelto Belgrano de los cargos que se le formularon con motivo de su malograda campaña del Paraguay, obtuvo el nombramiento de Jefe de dicho cuerpo, bautizado ya con el nombre de Regimiento número primero de línea; y como tal estaba resuelto Belgrano a corregir severamente el estado de indisciplina en que aquel se encontraba, cosa que les disgustó a los soldados. Usaban èstos una trenza o coleta, de la que se enorgullecían, y la estimaban más, cuanta más larga y poblada era. Como Belgrano ordenara a sus subordinados que se la cortasen, el Regimiento entero, creyéndose humillado, opuso al principio una resistencia pasiva, y luego se declaró en abierta rebelión. Fue necesario para debelarla poner un sitio en toda regla a su cuartel; y que el General Rondeau, al frente

de los Dragones que había traído de Montevideo, los atacase y sometiese, teniendo que sostener para ello algunas horas de fuego. El Poder ejecutivo mandó fusilar a los que mayor resistencia habían opuesto, y deportar a otros muchos al presidio de Martín García.

El otro motín fue más serio, y estalló a mediados del año de 1812. El español don Martín Alzaga, que como se recordará había sido Alcalde de Buenos Aires en 1807, época en la que tuvo lugar la invación de los ingleses, con el apoyo del Gobernador de Montevideo Vigodet y del General portugués Souza, fraguó en aquella Capital una contrarrevolución. Los conjurados se proponían nada menos que apoderarse de los cuarteles y del Gobierno, castigar a los autores de la Revolución y restablecer el antiguo Régimən. Al punto de estallar el movimiento, por la indiscreción de dos de los comprometidos, uno de ellos criado de Alzaga, llegó a descubrirse lo que se tramaba. Entonces el Poder Ejecutivo acudió con presteza al remedio, y quedó frustrada la contrarrevolución. Nombróse cinco comisionados encargados de instruir y de sentenciar sumariamente a los conjurados. Con tal rigor procedieron que, durante cuarenta días, fueron colgados en las horcas de la plaza de la Victoria cuarenta y un conspirados, inclusive Alzaga y Fray José de las Animas, directores de la conjuración. Hubo, además, deportaciones en masa de personas que habían tenido simples relaciones con los conjurados.

En medio de tantas preocupaciones, el Triunvirato prestó atención especial a las operaciones de la guerra, como vamos a verlo.

Después de la derrota de Huaqui, las reliquias del ejército argentino en número de ochocientos uombres se replegaron hasta Salta. Aumentado este número paulatinamente con los dispersos que iban reuniéndose, llegó a cerca de dos mil, a cuyo frente se puso el caudlllo argentino don José Pueyrredón. Referimos ya los encuentros que tuvo Diaz Vélez, uno de los Tenientes de aquel, con el Brigadier realista Picaoga en Yavi y en las márgenes del río de Suipacha, y la retirada o repliegue del ejército argentino hasta Tucumán, En este lugar, Pueyrredón pidió su relevo; y el Triunvirato nombró al General don Manuel Belgrano Jefe de aquel ejército, quien más animoso que sus tropas y más aún que el mismo Gobierno revolucionario, no desmayó ante la aflictiva situación de ellas, sino que dictó las medidas que estimó más convenientes para detener la marcha y hacer frente al ejèrcito real comandado por el Brigadier don Pio Tristán.

Este Jefe, según antes lo referimos, se propuso llevar sus tropas engreídas y victoriosas hasta la lejana ciudad de Tucumán, donde se hallaban las fuerzas argentinas. Para llevar a cima esta audaz empresa, Tristán salió de Suipacha, el 1º de Agosto de 1812, con cuatro batallones de infantería, mil doscientos caballos y diez piezas de artillería. Cruzó con rapidez y sin oposición los términos de Jujuy y Salta, y continuó internándose hacia Tucumán, con total desprecio del ejército contrario, que consideraba muy inferior al suyo. El 3 de Septiembre del

mismo año, la vanguardia de Tristán, fuerte de quinientos o seiscientos hombres, se topó con el ejército de Belgrano junto al río de las Piedras. Trabóse allí un combate, en el que fueron derrotados los realistas, viéndose obligados a retrcoeder primero al río Blanco y después al del Pasaje. Este revés hizo proceder con más cautela al confiado General Tristán, militar más arrojado que táctico. Belgrano, por su parte, después de desorientar completamente a aquel General, dando rodeos, volvió a refugiarse en la ciudad de Tucumán, la fortificó y reforzó su ejército con los contingentes que le proporcionaron los tucumanos, con los cuales aumentó su caballería hasta seiscientos jinetes.

El 23 de Septiembre de 1812 llegó Tristán con su ejército a la vista de Tucumán, situándose en el lugar denominado Tapia. Al día siguiente, 24, marchaba la división real en columna, seguían los equipajes, la artillería y el parque, y cubrían la retaguardia a alguna distancia ocho compañías escogidas con la mayor y mejor parte de la caballería. En este orden desembocó el ejército de Tristán por los Manantiales en el llano en que está situada la ciudad de San Miguel de Tucumán, rodeada de arboledas y con espesos bosques muy inmediados a ella.

Al acercarse las confiadas tropas reales a la ciudad, reconocieron una línea de infantería argentina formada en batalla sobre un suave reprecho y con una corta reserva más a retaguardia. El Brigadier Tristán, poco cauto, dejó avanzar sus fuerzas hasta ponerlas a tiro de cañón. Entonces las tropas de Belgrano rompieron el fuego con tres piezas de artillería, con tan buena dirección, que a los primeros disparos, mordieron el polvo varios soldados de los batallones COTABAMBAS y ABANCAY que formaban la línea de combate del enemigo. El Coronel Barrera, Jefe de este último cuerpo, en vista del daño recibido, y sin consultar con el Comandante General Tristán, que en aquel momento se hallaba haciendo montar y armar su artillería, mandó cargar a su batallón a la bayoneta, pero en dispersión como habían acostumbrado los realistas en las fáciles refriegas anteriores contra los indios del Alto Perú. Siguiendo el ejemplo de Barrera, los demás Jefes del cuerpo hicieron otro tanto, con tal desición, que tomaron los tres cañones, e impusieron bastante pánico a la infantería argentina, que dió muestras de emprender la fuga y guarecerce en la ciudad. En este instante crítico, la caballería de Belgrano, que estaba emboscada, salió y cayó como un rayo sobre la caballería enemiga pulverizándola y haciéndola huir, y se presentó por retaguardia de los dos batallones Abancay y Cotabambas, que sorprendidos y aterrados a la vista de un espectáculo tan imponente como nuevo para ellos, emprendieron en la más desordenada fuga acogiéndose al inmediato bosque. Este ejemplo fue seguido por los demás batallones realistas. Entonces los infantes argentinos los persiguieron con audacia hiriendo y matando a todos los soldados realistas que pudieron alcanzar.

La destrucción de éstos habría sido completa; pero la caballería argentina, en vez de perseguir también a los dispersos,

cayó sobre los equipajes para saquearlos, y se ocupó en conducir a la ciudad los ocho cañones y el parque del enemigo, que aún estaba sobre las mulas; y en seguida muchos jinetes se retiraron a poner en salvo el rico botín que habían hecho.

Este fue el primer resultado de la expedición a Tucumán, que terminó con el combate que acabamos de describir, y en el que perdieron los realistas mil hombres, entre ellos muchos oficiales de alta graduación, ocho cañones, los equipajes, el parque, las municiones, pertrechos, etc.

En virtud de que el ejército victorioso se encerró en la ciudad, después de tan sangriento combate, sin perseguir al ejército realista, pudo éste retirarse a Salta, que dista noventa y tres leguas de Tucumán. Este espléndido triunfo robusteció el espíritu revolucionario, y disminuyó en mucho el orgullo y engreimiento del ejército real que se suponía invencible.

"Como Belgrano alcanzó la victoria de Tucumán el día de Nuestra Señora de las Mercedes (24 de Septiembre de 1812), nombró a la Virgen venerada bajo esta advocación, Generala del ejército, obrando así como hombre religioso y más aún como político, pues la reputación de impiedad que tenían los porteños o bonaerenses había perjudicado mucho a la causa de Buenos Aires en el ánimo de los habitantes de aquellas comarcas, sometidas todavía a la influencia del Clero. Las ceremonias religiosas en las que Belgrano hizo tomar parte a su ejército, modificaron mucho esta mala opinión, y como consecuencia las poblaciones le favorecieron más que hasta entonces", (Coroleu.—Obra citada).

A más de las ventajas que acabamos de apuntar, los argentinos obtuvieron otras en la Banda Oriental. Merced a las gestiones del Embajador Británico, Lord Strangford, el Gobierno portugués consintió al fin en retirar su ejército de aquel país, dejando al Capitán General de Montevideo, don Gaspar Vigodet, entregado a sus propios recursos. Aprovechando de esta oportunidad, el Triunvirato ordenó que las tropas acontonadas en el Rosario y algunos otros cuerpos invadieran la Banda Oriental, a las órdenes de uno de sus miembros, don Manuel de Sarratea.

Este Jefe dió cumplimiento a dicha orden, pasando el río Uruguayo, y quince días después de recibida en Buenos Aires la nueva de la victoria de Tucumán, la vanguardia argentina al mando del Coronel Rondeau, aparecía en la colina del Cerrito, situada a una legua de Montevideo. Durante dos meses trabáronse frecuentes encuentros entre sitiadores y sitiados, hasta que el 31 de Diciembre de 1812, las tropas de Rondeau rechazaron a las de Vigodet, en una salida que hizo de Montevideo, obligando al General español a encerrarse en aquella plaza.

Con este motivo no pudo Vigodet emprender nuevas operaciones militares por tierra; y dispuso que la escuadrilla que tenía a sus órdenes molestase de todas maneras, haciendo frecuentes desembarcos, a las poblaciones ribereñas. La escuadrilla cumplió fielmente estas órdenes, asolando todas las que se en-

cuentran en las orillas del río Paraná.

Por este tiempo había llegado, procedente de Europa, a Buenos Aires, don José de San Martín, que, después del inmortal e incomparable don Simón Bolívar, es la figura más culminante de la grandiosa epopeya de la Emancipación Sud-Americana; pues contribuyó eficazmente a la Independencia de la Argentina, su patria, y fue Libertador de Chile y Protector del Perú.

Para contener los atrevidos asaltos de la escuadrilla realista a las poblaciones y a los buques argentinos, el Gobierno de Buenos Aires dispuso que el Coronel San Martín, con el Regimiento de Granaderos a caballo, organizado, instruído y disciplinado perfectamente por él, acudiese en auxilio y socorro de aquellas. Sabedor San Martín de que la escuadrilla española había entrado por las bocas del río Paraná, la esperó emboscado en las cercanías del convento de San Lorenzo, a seis leguas al Norte del Rosario. Los marinos españoles, en número de doscientos ochenta, con dos piezas de artillería, desembarcaron en ese lugar. Entonces San Martín cayó sobre ellos, y los derrotó, con pérdida de cuarenta muertos, catorce prisioneros y de las dos piezas de artillería, pudiendo reembarcarse los restantes. Con este rudo golpe quedaron escarmentados los marinos españoles; y los pueblos ribereños libres de sus continuos e imprevistos ataques.

La marcha de las operaciones militares no impedía que se sucediesen unas a otras las discordias civiles en Buenos Aires. En efecto, el día 8 de Octubre de 1812 estalló una nueva conjuración. El autor principal de ella fue el doctor Bernardo Monteagudo, hombre de gran talento, de temperamento exaltado, pero de excesiva vanidad y de violentas pasiones. Empezó su vida pública de periodista, esgrimiendo su pluma contra el Triunvirato, y en especial, contra su Secretario don Bernardino Rivadavia. Habiendo conseguido de esta manera hacerse popular en el partido radical, Monteagudo se puso de acuerdo para derribar al Triunvirato con don Carlos María de Alvear, militar que había llegado poco antes de España, hombre audaz, de rápidos expedientes y de un valor temerario (1). Y pudo atraerse a los principales Jefes de la guarnición de Buenos Aires, tales como San Martín, Pinto y Ocampo. Con el apoyo de todos ellos y de parte del pueblo, estalló la revolución antes mencionada, cuyo resultado fue la disolución de la Asamblea Electoral, y la creación de un Gobierno provisional, compuesto de don Juan Josè Passo, don Nicolás Rodríguez Peña y don Antonio Alvarez Fonte.

Este movimiento ocasionó la caída de Pueyrredón, que había sido nombrado Triunviro y de Rivadavia, contra quien principalmente dirigía Monteagudo sus tiros.

El 22 de Octubre de 1812, el nuevo Gobierno decretó que

(1) El General don Carlos María Alvear, uno de los más notables Próceres de la Independencia, es ascendiente del doctor Marcelo de Alvear, actual Presidente de la gran República Argentina.

en todas las provincias se verificasen las elecciones de Diputados para una Asamblea general que debía tener el carácter de Constituyente.

Reanudemos la relación de las operaciones militares de los dos ejércitos beligerantes después de la batalla de Tucumán.

En cuanto se supo en el cuartel general de Potosí la noticia de la rota de las tropas reales en dicha batalla, el Comandante en Jefe Goyeneche resolvió reforzar las fuerzas de Tristán, remitiendo a Salta, donde se encontraban, el batallón de Paucartambo, con provisión de artillería y municiones; y a Jujuy, como en reserva, el batallón de Azángaro, que mandaba don José Antonio Estévez, y alguna caballería. Con estos contingentes, se creía segura la división de la vanguardia realista en Salta; y aun se pensaba, pasada la estación de las lluvias, en que el ejército emprendiese un movimiento general hacia Buenos Aires.

El Gobierno de esta Capital, por su parte, libre ya de los cuidados que le inspiraba el ejército portugués que se hallaba en la Banda Oriental, y encontrándose Montevideo en vísperas de ser rendida por las armas argentinas, resolvió tomar la ofensiva contra Tristán; y a este intento, con suma actividad, se adoptaron cuantas medidas se estimaron conducentes.

Con reclutas de Tucumán se aumentaron considerablemente todos los cuerpos del ejército que en ese lugar se hallaban, al mando del triunfante General don Manuel Belgrano. Bien pronto, con todos los recursos necesarios, pudo este Jefe abrir la campaña, dirigiéndose al río Pasaje, que algunos suponían que era una barrera infranqueable en la estación lluviosa; y sin duda por tal razón, no había sido resguardado por el enemigo. A pesar de que dicho río se hallaba, a la sazón, sumamente crecido, luego que Belgrano llegó a su orilla, como nadie le disputase el paso, se aprovechó de las enormes carretas que se usan en aquel país, y de las que llevaba muchas para el servicio de sus tropas, formó con ellas un puente y cruzó por este medio el río, empleando cerca de ocho días en esa operación. Salvada aquella barrera, Belgrano continuó su marcha hacia Salta.

De esta campaña y sus resultados, hablaremos en el capítulo que sigue.

CAPITULO IV

1813 y 1814

El primer Congreso Constituyente de las provincias unidas del Río de la Plata.—Gloriosa batalla de Salta, ganada por Belgrano.—Retirada del ejército real a Oruro.—Goyeneche renuncia el mando.—El Brigadier don Joaquín de la Pezuela reemplaza a Goyeneche.—Nueva insurrección de Cochabamba.—Batalla de Vilcapugio, ganada por los realistas.—Victoria de éstos en la batalla de Ayohuma.—Campaña marítima de Brown.—Rendición de Montevideo obtenida por el General Alvear.—El guerrillero don Martín Güemes y sus gauchos.—Retirada del General Pezuela a Suipacha.—Insurrección del Cuzco.—Los hermanos Angulos y el Cacique Pumacahua.—Primeras ventajas de los sublevados.—Diversos encuentros entre éstos y las tropas reales.—Expedición de Pareja contra los revolucionarios de Chile.—Combate de Hierbas Buenas.—Sitio de Chillán y retirada del ejército chileno.—Rendición de Talca.—Tratado de Lircay.—Disenciones civiles entre los caudillos chilenos.—Combate del Maule, entre don José Miguel Carrera y don Bernardo O'Higgins.—Llega Osorio con nuevos recursos del Perú.—Desastrosa batalla de Rancagua.—Reconquista de Chile.

Antes de ocuparnos en la batalla de Salta, tan desastrosa para la causa realista, apuntaremos, siguiendo el orden cronológico, que el 31 de Enero de 1813, se reunió en Buenos Aires el primer Congreso Constituyente, que se compuso de veinte y dos diputados. En la primera sesión se declaró que en aquella augusta Asamblea residía la plena representación y ejercicio de la Soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata; y quedaba abolida de la nueva fórmula del juramento la mención de la persona y de la autoridad del Rey de España. El General Carlos María de Alvear fue elegido por unanimidad, Presidente del Congreso.

Varios decretos importantes sancionó la Asamblea en sus sesiones posteriores. Mencionaremos el de 7 de Febrero

de 1813, que entre otras cosas, mandaba acuñar una moneda de tipo nacional con las armas de la Asamblea, que representaban dos manos enlazadas sosteniendo el gorro de la Libertad, iluminados por los rayos del sol naciente, circundado de ramas de oliva y de laurel y con la leyenda EN UNION Y LIBERTAD, escudo que reemplazó al español, el cual se mandó a quitar de todas las fachadas. En el mismo decreto se dispuso adoptar la bandera nacional azul y blanca, ya introducida por el General Belgrano en sus campañas, y que desde entonces sustituyó a la española.

Volvamos a la relación de la expedición del General en Jefe argentino. En tanto que éste se acercaba a Salta, reinaba en esta ciudad un descuido injustificable, sucediéndose unas a otras las diversiones, pues aun cuando se esparcieron rumores de que las fuerzas patriotas se aproximaban, el Brigadier Tristán y los demás Jefes españoles estaban en la persuación de que no pasarían de algunas partidas de caballería campestre, o mejor dicho, de GAUCHOS. En tan errado concepto, causó grande sorpresa y aturdimiento, la noticia positiva, recibida en Salta el 15 de Febrero de 1813, de que un cuerpo de tropas regulares se hallaba ya cerca de la población. En efecto, el General Belgrano, continuando impávido su movimiento desde el río Pasaje, campó el 17 del mismo Febrero, a la vista del atónito ejército realista, en los cerros y llanadas de la hacienda del Castañar, tres cuartos de legua distante de la ciudad de Salta. En los siguientes días 18 y 19, Belgrano hizo reconocimientos con todas sus fuerzas, en ademán de empeñar un combate, que el Brigadier Tristán, que había tomado ya posiciones al pie del cerro de San Bernardo, cubriendo la ciudad, estaba resuelto a aceptar.

En la noche del 19 de Febrero, víspera del día en que debía librarse la batalla, circuló en el campo patriota la alarmante noticia de que el General Belgrano había tenido varios vómitos de sangre, que tal vez le imposibilitarían montar a caballo. Así era la verdad, pero el denodado Caudillo argentino, sobreponiéndose a la flaca naturaleza, y llevado de su ardiente amor a la Causa que defendía, se había hecho preparar un carrito, para poder trasladarse al lugar o lugares donde fuere más necesaria su presencia.

Al mediodía del 20 de Febrero de 1813, empezó la batalla. Las columnas argentinas atacaron con decisión a los realistas aunque al principio de una manera desventajosa y poco acertada, pero una brillante carga dada con vigor por el Comandante Dorrego desbarató completamente la izquierda de los realistas, que se replegó en desorden hacia Salta, ejemplo que siguieron poco después el centro y la derecha. En esta batalla se distinguieron la famosa caballería tucumana, y el cuerpo de infantes compuesto de negros del Río de la Plata, habilísimos tiradores que diezmaron el ejército realista.

En Salta, a donde se replegó éste en completa derrota, todo era desorden, confusión e indisciplina, hasta el extremo de que el Brigadier Tristán apenas era obedecido. De manera que, a duras penas, pudo allegar alguna tropa para defender las trincheras que, con trancas y maderos, había logrado levantar en las bocas-calles de la Plaza Mayor, porque su gente aterrada se encerraba en la Iglesia Matriz y en las casas de la ciudad. Tras una débil resistencia en las calles de Salta, Tristán, viendo la inutilidad de sus esfuerzos y las considerables pérdidas de sus alebronadas tropas, resolvióse a pedir capitulación. El General Belgrano, sin abusar de su superioridad, generoso y humanitario, cualidades que casi siempre adornan a los valientes, la concedió. Estipulóse, en consecuencia, que las tropas reales saldrían de Salta, al día siguiente, a tambor batiente y banderas desplegadas; y que a cierta distancia entregarían las armas y pertrechos de guerra, obligándose, bajo juramento, desde el General hasta el último soldado, a no volver a tomar las armas contra las Provincias Unidas del Río de la Plata, hasta los límites del Desaguadero.

En virtud de esta capitulación, los dos mil ochocientos hombres que le quedaron a Tristán entregaron otras tantas armas. Las bajas que sufrió el ejército realista ascendieron a seiscientos hombres, y casi otras tantas tuvo el argentino, resultando herido el denodado General Díaz Vélez.

Es indudable que la derrota del Brigadier Tristán se debió, en gran parte, al prestigio que adquirió el ejército argentino después de la batalla de Tucumán, en la que salió también triunfante sobre las mismas fuerzas que combatieron en Salta, ejército que, como es natural, llegó a inspirar respeto y temor a los vencidos.

Se enumera también entre las causas del desastre de Salta la seducción de algunos Oficiales de las tropas de Tristán, de parte de ciertas mujeres salteñas, célebres por su voluptuosidad e incomparable belleza.

"Muy general fue la creencia, dice García Camba, de que había habido seducción en Salta, particularmente respecto de algún Jefe y de varios Oficiales, cuya posibilidad debía haber previsto Tristán para procurar disminuir la perniciosa influencia de una población abundante en mujeres de conocido mérito y en extremo insinuantes que, aunque muchas de ellas eran partidarias de la Causa Española, había también decididas por el nuevo sistema, cuyos medios era prudencia temer".

Grande fue el júbilo de los bonaerenses al saberse la fausta nueva de la victoria de Salta. El Gobierno, por su parte, sin dar oidos a las recriminaciones que se hacían a Belgrano, por haber firmado una capitulación que juzgaban inconveniente y desventajosa, concedió a tan ilustre General una recompesa, consistente en un sable de honor con guarnición de oro, y cuarenta mil pesos en fincas del Estado.

Concedió, además, honoríficas distinciones a los Jefes y Oficiales que habían tomado parte en la batalla. Es digna de toda alabanza la noble conducta del General Belgrano que, con su desprendimiento y modestia habituales, destinó la mencionada cantidad para la fundación de cuatro escuelas públicas de Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero, que carecían de tan importantes establecimientos de instrucción pública.

El Coronel don Miguel Tacón y el Ingeniero don Francisco Javier de Mendizábal que, según dijimos, fueron enviados con tropas para reforzar la vanguardia realista, llegaron a Jujuy la víspera de la derrota de Salta. Recibida la noticia de ella, el 21 de Febrero de 1813, el Coronel Tacón emprendió sin demora la retirada hacia Tupiza, de temor de que el ejército triunfante cayera inmediatamente sobre las fuerzas que comandaba.

El Brigadier Tristán envió con uno de sus Oficiales capitulados en Salta, los pliegos en que comunicaba a Goyeneche la rota de los realistas y los términos de la Capitulación celebrada con Belgrano. Juntos con los mencionados pliegos llegó a manos del General en Jefe un billete escrito en francés, en el que Tristán aconsejaba a aquel, que era su primo, pusiese a salvo su persona, retirándose por lo menos a Oruro.

Fue tal la sorpresa y el aturdimiento de Goyeneche al imponerse de esas comunicacienes, que inmediatamente convocó una Junta de Guerra, y resolvió abandonar a Potosí, donde se encontraba, según lo dijimos, el cuartel general del ejército realista. Por este procedimiento mereció Goyeneche la censura de precipitado, porque, no obstante de hallarse a ciento cincuenta leguas de distancia de Salta, y con la división de Picoaga avanzada sobre el río Suipacha, puso por obra su pensamiento de retirada, a las cuarenta y ocho horas de haber recibido los pliegos de Tristán, habiendo mandado inutilizar, por falta de acémilas, cantidad considerable de municiones, trescientas tiendas de campaña y algunas prendas de vestir. El desconcertado Goyeneche avanzó en su inmotirado repliege hasta Oruro.

Verificada la asamblea de todas las tropas reales en Oruro, en número de más de cuatro mil hombres, el General en Jefe convocó una Junta de Guerra para deliberar sí sería o no conveniente volver a ocupar a Potosí. La mayoría de los Jefes opinó que para ello era necesario aumentar el ejército hasta seis mil hombres, fundándose en que el General Belgrano, con el armamento que tomó en Salta, contaría con igual número de soldados. Prevaleció este dictamen, que lo era también de Goyeneche, y se dedicó a su realización, disponiendo mientras tanto que las tropas se ejercitasen en las evoluciones militares. Pero, bien fuese por la inacción, o por el cansancio de los continuos ejercicios doctrinales, o por efecto de las derrotas que habían sufrido,

lo cierto es que las tropas reales se entregaron a la más escandalosa deserción, la que iba en aumento diariamente, porque en el mismo ejército empezó a germinar la idea de adoptar el nuevo orden de cosas.

Por este tiempo llegaron a Oruro para unirse a las tropas del General Goyeneche, la mayor parte de los capitulados y juramentados en Salta, quienes, absueltos de su juramento por el Arzobispo de Charcas y el Obispo de La Paz, en virtud de que según su criterio, no tenían valor alguno los tratados celebrados con INSURGENTES, formaron un batallón que se tituló DE LA MUERTE.

El General Goyeneche había sufrido grave alteración en su ánimo y en su salud, tanto por la derrota de Salta y sus funestas consecuencias para las armas reales, como también por el reciente fallecimiento de su padre. Así es que dirigió una larga comunicación al Virrey Abascal, proponiéndole que se celebrase con Belgrano un armisticio, o en caso contrario, que se le admitiese la renuncia del mando del ejército, que tantas veces había elevado.

Con este motivo Abascal reunió una Junta a la que concurrieron las personas más notables de Lima, la cual declaró: que había sido precipitada la evacuación de Potosí; desechó la propuesta de armisticio; opinó que el ejército debía regresar a aquella plaza, para lo cual estimulaban el conocido honor, actividad y energía que Goyeneche había desplegado en otras circunstancias.

El General en Jefe insistió con alguna vehemencia en su intento de retirarse del ejército, defendió su anterior propuesta, y manifestóse contrario a la ocupación de Potosí.

Aceptada la renuncia por el Virrey del Perú, Goyeneche, a pesar de las representaciones de los Jefes del ejército, entregó el mando a su segundo, el Brigadier don Juan Ramírez, mientras llegaba el que debía sucederle.

Profundo disgusto causó el relevo del General en Jefe entre los oficiales y entre los soldados, quienes, por primera vez, lanzaron la trascendental idea de que se retirarían todos, puesto que los iba a mandar un Jefe europeo. Debe tomarse en cuenta que, en aquella época, casi todo el ejército real se componía de americanos, y que Goyeneche lo era también, pues había nacido en Arequipa, según antes lo dijimos.

El descontento creció hasta el punto de que, divulgada la especie de que el Comandante en Jefe se había marchado, el primer Regimiento del Cuzco, dejando los ejercicios militares en que se hallaba ocupado, se dirigió en desorden a la casa de Goyeneche, donde atropellando la guardia penetró en ella y recorrió todas las habitaciones, exclamando, que una vez que su General los había dejado, todos le habían de seguir.

El Brigadier Picoaga, Jefe de este Regimiento, logró

apaciguar algún tanto el exaltado ánimo de sus soldados, asegurándoles que Goyeneche había salido a pasear a caballo, y que pronto regresaría, como así se verificó. Restituído aquel a su domicilio reprobó la insubordinación de dicho Regimiento, en una proclama que dirigió a las tropas, excitándolas a que permanecieran fieles a la causa del Rey de España.

Calmada así la efervecencia de los ánimos, no por ello cesó la deserción. Al contrario ésta subió de punto, de manera que, a fines de Mayo de 1813, pasaban de mil las bajas de los cuerpos realistas; y muchos oficiales, en los cuales se había despertado el legítimo deseo de ver libre e independiente a su patria, solicitaron sus licencias absolutas que les fueron concedidas inmediatamente.

En reemplazo de Goyeneche, fue nombrado para el importante cargo de General en Jefe del ejército realista, el Teniente General Don Juan de Hinestrosa, y por renuncia de éste, lo fue en difinitiva, el Brigadier Subispector de artillería del Departamento de Lima, don Joaquín de la Pezuela, quien se aprestó a salir para ejercer su nuevo destino, embarcándose en el puerto del Callao el 27 de Abril de 1813, llevandoi consigo algún socorro en metálico y trescientos hombres del Real de Lima.

Encargado interinamente del mando de las tropas reales el Brigadier Don Juan Ramírez, se trató en Junta de Oficiales Generales, acerca de sí sería o no conveniente la recuperación de Potosí, ocupada ya por la vanguardia del ejército patriota, fuerte de dos mil trescientos hombres, al mando del General Díaz Vélez. En vista de los diversos dictámenes que se emitieron en dicha Junta, sin llegar a un acuerdo definitivo, Ramírez determinó poner en movimiento su ejército por pequeñas divisiones. Así lo verificó paulatinamente, y avanzó hasta Sorasora, donde recibió la noticia de que había estallado una insurrección en Cochabamba, encabezada por el fogoso caudillo patriota Arce, quien había logrado apoderarse de las personas del Gobernador Intendente y del Arzobispo Charcas. Pero, habiendo logrado fugar éstos de su prisión, se habían refugiado en Oruro.

Siguió el ejército real su marcha hasta Poopó; y allí se recibió la noticia de que el 20 de Junio de 1813, había habido un encuentro entre los cazadores españoles y cuatrocientos dragones patriotas, en el lugar denominado Pequereque, siendo su resultado la retirada de estos últimos con la pérdida de algunos muertos y heridos.

El 31 de Julio del mismo año pasó a situarse el ejército de Ramírez en Ancacato; y el 7 de Agosto llegó en este lugar, después de un penoso viaje de tres meses y medio, el nuevo Comandante en Jefe, Brigadier don Joaquín de la Pezuela, con los trescientos hombres del Regimiento veterano Real de Lima y diez cañones.

Pezuela procedió a introducir las reformas que creyó convenientes en la organización del ejército. En seguida se trasladó a los campos de Vilcapugio, permaneciendo allí hasta el 13 de Septiembre de 1813, día en que pasó a Condocondo, punto que estimó preferible, por las noticias que había recibido de que los patriotas avanzaban por el camino de Potosí y el de Chayanta, al mismo tiempo que los de Cochabamba amenazaban a Oruro.

Una partida de dos mil cuatrocientos hombres, comandada por el Caudillo patriota Cárdenas, se había adelantado hasta Ancacato. Hallábase, a la sazón, en Terepeque el Escuadrón de PARTIDARIOS, nuevamente creado por Pezuela, y su Comandante don Saturnino Castro cayó de improviso sobre aquella indisciplinada muchedumbre, la cargó y dispersó, causándola fiero estrago. Lo más sencillo para los patriotas en aquella deplorable y sangrienta jornada, fue que cayeron en poder de los enemigos ciertos papeles, en virtud de los cuales llegaron a descubrir el plan de Belgrano de atacar a Pezuela en su campo de Condocondo; para lo cual habían sido convocados los indios de los pueblos inmediatos en el mayor número posible para concurrir simultáneamente con las tropas argentinas al susodicho ataque.

Por esta razón, y porque el Maestro de postas de Vilcapugio llamado Mamani, indio adicto a los españoles, fue personalmente a comunicar a Pezuela que el ejército argentino había acampado en la tarde del 27 de Septiembre de 1813, en aquel lugar, rosolvió el Jefe realista anticiparse a Belgrano y atacarle sorpresivamente en Vilcapugio. En consecuencia, el ejército real se puso en marcha, a las doce del día 29 del mismo mes, y a la hora crepuscular ganaba la altura inmediata al histórico campo de Vilcapugio, donde acampó, sin ser apercibido por las fuerzas argentinas, que, en aquel momento, se ocupaban en evoluciones militares.

Antes de referir la memorable batalla de este nombre, es indispensable tratar de los movimientos del General argentino don Manuel Belgrano que la precedieron.

Algunos historiadores achácanle a este benemérito General el que se hubiese dormido sobre sus laureles. Ciertamente carece de explicación satisfactoria su inacción, contando como contaba con un ejército engreído por dos victorias consecutivas, con la retirada del enemigo hasta Oruro y con el llamamiento de los patriotas de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra que hubieran reforzado considerablemente sus huestes. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que a los dos meses de la batalla de Salta avanzó Belgrano hasta Jujuy, donde enfermó de calenturas intermitentes; y a fines de Mayo, la vanguardia argentina, al mando de Díaz Vélez, ocupó a Potosí.

Reunido ya todo el ejército patriota, salió de Potosí el 5 de Septiembre, y cruzando las montañas del Alto Perú, llegó, según lo referimos ya, el 27 del mismo mes a la

pampa de Vilcapugio. Allí esperó Belgrano las divisiones de Zelaya y Cárdenas, con las cuales podía contar con cinco mil hombres y otros tantos indios de Macana. Pero se recordará que la división de este último caudillo no pudo reunírsele, porque había sido destrozada, días antes, por el Comandante don Saturnino Castro, en Ancacato. Tampoco logró incorporarse, oportunamente, a las fuerzas argentinas la división de Zelaya.

Reanudemos la relación de la batalla de Vilcapugio. A las dos y media de la mañana del 1º de Octubre de 1813, principió el ejército real a descender la larga y ardua pendiente que conduce al llano de Vilcapugio, a donde no pudo llegar antes de que saliese el sol. Por esta circunstancia pudo Belgrano divisar a tiempo las fuerzas realistas, y prepararse a recibirlas. Lo primero que hizo fue mandar a incendiar los ranchos o pequeñas casas de la posta de Vilcapugio; y a favor del humo se corrieron las tropas de tan entendido General hacia su izquierda para apoyar las alas de su línea en los cerros y pantanos inmediatos.

La llanura de Vilcapugio tiene una legua de longitud, a contar desde el pie de la montaña de cuya cima descendió el ejército real, hasta la base de las alturas, en donde se encuentra el manantial de agua que da nombre al sitio. En este paraje había formado Belgrano su ejército en columnas paralelas con una proporcionada reserva, y sobre los flancos, aunque un poco más a retaguardia, tenía distribuída su caballería.

Al amanecer del indicado día 1º de Octubre de 1813, trabóse la batalla con igual energía por uno y otro bando. El mayor choque del ejército argentino lo recibieron los batallones realistas El Centro y Partidarios. Este sufrió, en pocos momentos, las pérdidas de su Jefe, el Coronel don Felipe La Hera, de treinta y tres soldados muertos y muchos heridos. Estas causas unidas a la continuación de un fuego horrible, obligaron al cuerpo últimamente nombrado a ceder el campo, con lo cual quedó descubierto el flanco izquierdo de la línea realista. Al avanzar el ejército patriota, en virtud de la ventaja que había obtenido, sobre el batallón Partidarios, cayó herido el Coronel Lombera, y el Regimiento que éste mandaba flaqueó y abandonó su puesto en dispersión, siguiéndole inmediatamente el batallón del Centro.

Rotos el centro y el ala izquierda del enemigo, parecía seguro el triunfo de Belgrano. Mas, por desgracia, sucedió lo contrario. El Brigadier Picoaga y el Teniente Coronel don Pedro Antonio Olañeta, que ocupaban el ala derecha del ejército realista, auxiliados oportunamente por un escuadrón y la escolta del Comandante en Jefe, arrollaron el ala izquierda del ejército argentino, cuando el resto de la línea contraria estaba completamente batido, según lo indicamos.

El Brigadier Pezuela y su segundo Ramírez acudieron velozmente a contener la dispersión de los suyos, pero como la reserva había huído también sin disparar un tiro, los esfuerzos de aquellos Jefes habrían resultado completamente estériles, si en tan crítico momento, no se hubiera presentado en el campo de batalla el Teniente Coronel don Saturnino Castro, que derrotó, según lo vimos, al caudillo patriota Cárdenas en Ancacato, y que había recibido orden de Pezuela para avanzar a Vilcapugio. Apareció, pues, Castro con su escuadrón por retaguardia del flanco derecho del ejército patriota, y empezó a acuchillarlo de tal modo, que introdujo la confusión en sus filas, viéndose obligadas a un precipitado retroceso.

Este inesperado incidente y las ventajas que continuaba alcanzando el ala derecha del ejército de Pezuela aceleraron la reunión de los dispersos. Y, ¡oh designios del Dios de las batallas! cambióse completamente la escena, convirtiéndose en vencedores los ya vencidos realistas, los cuales volvieron tan resueltamente sobre los patriotas, que ocuparon su campo y se apoderaron de su artillería, haciéndoles retroceder a los cerros inmediatos. Posesionado de uno de éstos el impertérrito y valiente Belgrano pretendió resistir a las tropas reales, y logró rechazarlas hasta el pie de la montaña. Pero estaba decretado por la Divina Providencia que todos los esfuerzos de aquel heroico Caudillo en el sangriento campo de Vilcapugio resultasen estériles. En efecto, Picoaga y Olañeta llegaron con sus cuerpos vencedores con tal oportunidad que el ejército argentino, a las tres de la tarde, abandonó su última posición "con la artillería, -dice el Virrey Abascal-, municiones, porción de fusiles, todo su campamento, víveres y cuanto pudo escapar de la diligencia que hacían por conservarlo." (Relación del Gobierno del Marqués de la Concordia).

La pérdida de los patriotas fue: la de seiscientos muertos, mil heridos y bastantes prisioneros, entre ellos treinta y tres Jefes y oficiales. La de los españoles fue de unos quinientos hombres entre muertos y heridos.

De esta manera terminó la sangrienta y memorable batalla de Vilcapugio, tan desastrosa para las armas independientes; pues es indudable que de triunfar éstas, la causa de la Metrópoli quedaba irrevocablemente perdida en todo el Perú.

El triunfo de Vilcapugio les valió a los Brigadieres Pezuela y Ramírez la promoción a Mariscales de Campo.

Ventajosamente para los patriotas, Pezuela no pudo perseguir al batido ejército de Belgrano, quien, con pasmosa celeridad, había reunido en el partido de Chayanta, como cuatro mil cuatrocientos hombres.

El mérito del Caudillo argentino está reconocido por los mismos historiadores españoles.

García Camba, hablando de la pronta reacción de Bel-

grano, después de la terrible rota de Vilcapugio, dice: "Esta pronta reunión hace honor al enemigo: la mayor parte de los soldados de Belgrano, rotos y dispersados en Vilcapugio, se dirigían a sus hogares, cuando el activo caudillo, valiéndose de buenos comisionados, de los subdelegados de los partidos y de las cortas guarniciones con que había cubierto los pueblos del camino de las Provincias de Abajo, logró detener los fugitivos y reunir aquella fuerza en el punto de Macha del partido de Chayanta."

Coroleu, tratando del mismo asunto, se expresa así: "Belgrano (después de la derrota de Vilcapugio) consagróse desde luego a reorganizar su desbaratado ejército, con la constancia y la fe en la causa que defendía, que hicieron de él una de las primeras figuras de aquella agitada época en el antiguo Virreinato de la Plata."

El General Pezuela, después del triunfo de Vilcapugio, se estableció en Condocondo, donde permaneció un mes, tiempo que supo aprovechar el General Belgrano para formar un nuevo ejército y contener la marcha victoriosa de su enemigo.

El 29 de Octubre de 1813 dejó el ejército real a Condocondo, y se situó, el 4 de Noviembre, en Ancacato; y el 12 del mismo mes acampó en los altos de Taquiri que dominan la pampa de Ayohuma. Desde allí divisó al ejército de Belgrano que había tomado posisión de unas lomas, y se hallaba dispuesto al parecer a aceptar la batalla. El 13 se pasó en mutuos reconocimientos y disposiciones por ambos beligerantes.

A las diez del día del 14 de Noviembre de 1813, principió la célebre batalla de Ayohuma, tan desastrosa para las fuerzas patriotas. No entraremos en los detalles de ésta. Bástenos indicar, que después de un terrible cañoneo de una y otra parte, merced a una hábil maniobra de Pezuela, la derecha de los argentinos quedó cogida entre dos fuegos, y aunque resistió algún tiempo heroicamente, se puso al fin en fuga, arrastrando tras sí al centro, con lo cual inicióse la dispersión general de los patriotas, a las tres horas de rudo batallar.

Tan seria fue la derrota, dice Mitre, que retirado Belgrano en una loma, a media legua del lugar de la lucha, solo pudo reunir unos cuatrocientos hombres de infantería y ochenta de caballería. Todo lo demás se había dispersado o quedaba en el campo de batalla: artillería, bagajes, parque, más de quinientos prisioneros, entre ellos, gran número de Oficiales, cerca de doscientos heridos que cayeron en poder de los españoles y otros tantos muertos. Las bajas del ejército de Pezuela fueron también de consideración, pues ascendieron a unos doscientos muertos y trescientos heridos.

El Virrey Abascal, en la relación de su Gobierno, hablando de las pérdidas del ejército de Belgrano, en la batalla de Ayohuma, se expresa en éstos términos: "Setenta

oficiales y ochocientos soldados prisioneros, inclusos los heridos de ambas clases, más de cuatrocientos muertos, ocho piezas de artillería, mil quinientos fusiles, una mediana provisión y hasta los equipajes y papeles de los cabezas seductores, son las señales de este glorioso triunfo".

El General Pezuela en esta ocasión no dió descanso a sus tropas victoriosas, sino que destacó a su segundo el General Ramírez, para que, con una gruesa división, persiguiese a los derrotados en Ayohuma. Ramírez, en cumplimiento de esta orden, entró en Potosí, ocho horas después de haberla evacuado el General Belgrano. El 19 de Noviembre de 1813, fue enviado a Chuquisaca el Coronel Lombera con quinientos hombres, a fin de que se encargara del Gobierno de la Provincia de Charcas.

El 4 de Diciembre del mismo año hizo su entrada pública en Chuquisaca el General don Joaquín de la Pezuela, con gran contento y aplauso de los españoles, y la mayor tibieza y señalada indiferencia de parte del pueblo. El mismo General entró en la villa de Potosí el 21 del mismo mes y año. Poco después marchó a Tupiza un regimiento, para reforzar la división de vanguardia que se hallaba en ese lugar; y el General Ramírez se preparó con ella para emprender un movimiento sobre las Provincias de Abajo del Virreinato de la Plata.

Belgrano, por su parte, en su retirada, pensó fortificarse en Potosí, pero no pudiendo hacerlo por la inmediata persecución del enemigo, salió de aquella villa, y de etapa en etapa, se replegó a Jujuy y a Salta, donde se le incorporó el regimiento de granaderos a caballo, mandados por San Martín, que le enviaba en su auxilio el Gobierno de Buenos Aires. La retirada de Belgrano continuó hasta Tucumán. A mediados de Enero de 1814, recibió en esta ciudad un oficio, en el que se le ordenaba entregar el mando del ejército al Coronel don José de San Martín y volver de nuevo a su puesto de Comandante del regimiento Nº. 19.

Al General don Manuel Belgrano se la puede aplicar la conocida frase, VAE VICTIS, porque después de los desastres de Vilcapugio y Ayohuma que amortiguaron el brillo de las victorias de Tucumán y Salta, perdió ante sus compatriotas el prestigio que como General había adquerido a raíz de estos triunfos, sin que por ello se menoscabara su bien cimentado crédito de hombre honorable y decidido patriota.

Comenzaron las operaciones del año de 1814 por el movimiento de la vanguardia sobre Jujuy y Salta, a órdenes del General Ramírez, quien se estableció sin dificultad, en la primera de dichas ciudades, y el Coronel Castro en la de Salta, de donde era natural. El cuartel General se estableció en Tupiza con un cuerpo avanzado en Suipacha.

Entre tanto el activo español europeo, don Juan Francisco Alvarez de Arenales, que había abrazado la causa de

la revolución, después de la derrota de Aychuma, se había retirado a Valle—Grande, y logrado reunir allí, con el auxilio del Caudillo indio Cárdenas, mucha gente. Para debelar esta sublevación, fue enviada una división al mando del Teniente Coronel Blanco. Con este motivo, a principios de Febrero de 1814, trabóse una reñida acción en el punto llamado San Pedrillo, en el que fueron derrotadas las fuerzas colecticias del Coronel Arenales.

Este cuya actividad y arrojo eran conocidos, se retiró a Santa Cruz de la Sierra, donde logró rehacerse más pronto de lo que se esperaba, auxiliado por el Gobernador Warnes y por los indios infieles del valle de Ingre, llamados CHIRIHUANOS. Fue, pues, necesario para batir a Arenales, reforzar la división del Teniente Coronel don José Joaquín Blanco, como así lo hizo el Virrey del Perú. Con este refuerzo, aquel Jefe entró en la capital de Santa Cruz de la Sierra, después de haber sostenido un reñido combate en el punto denominado la Angostura, en el que fue derrotado también el Coronel Arenales.

Después de este triunfo, Blanco, con una parte de sus fuerzas, se dirigió hacia la misión de la Florida. Allí le esperaba un grupo considerable de patriotas, y habiéndose trabado un recio combate, Blanco cayó muerto de un balazo, con lo cual, desalentados sus soldados, fueron completamente batidos por aquellos, con pérdida de la artillería, armamento y municiones. Los restos de la expedición de Blanco procuraron salvarse como pudieron tomando distintas direcciones, inclusive la guarnición de Santa Cruz

Continuemos hablando de la expedición de Pezuela a las Provincias de Abajo. A principios de Abril, fue atacada en los campos de Salta una gruesa partida del escuadrón de Castro, quedando en poder de los independientes cuarenta y cinco hombres prisioneros. Por este mismo tiempo, Pezuela reforzó a Ramírez con un batallón y ciento diez soldados del CENTRO. La división de la vanguardia realista ascendió, pues, entonces a tres mil doscientos números y doce piezas de artillería.

El General Pezuela, con dos batallones de nueva creación, se puso en marcha para Jujuy, y entró en esta ciudad el 27 de Mayo de 1814, porque era entonces su pensamiento dominante distraer poderosamente al ejército argentino, con el objeto de que se levante el asedio de Montevideo, cuya situación era apuradísima.

Al invadir las tropas reales la provincia de Salta, se encontraron con un obstáculo inesperado, que paralizaba su marcha. Este obstáculo eran los famosos GAUCHOS argentinos, que en grupos más o menos numerosos, y sostenidos por partidas de dragones más regularizadas, se acercaban de cuando en cuando a Salta, interceptaban con suma habilidad las comunicaciones del enemigo, en sus diversos acantonamientos, estorbaban la introducción de víveres en ellos;

y lo que es más grave, destrozaban y hacían prisioneros a los cortos destacamentos del escuadrón Partidarios, que el Coronel Castro enviaba a recorrer el campo.

Aquellas partidas fueron organizadas y dirigidas por un hombre el más a propósito que pudiera darse para esta clase de lucha, un Páez argentino, aunque no de tanta valía y renombre como el famoso y heroico triunfador en las Queseras del Medio. Este hombre era don Martín Güemes, joven salteño, perfecto conocedor del país, sumamente popular en toda la provincia de Salta, rico, espléndido y arrojado. Con tan brillantes cualidades, Güemes, muy pronto, llegó a reunir centenares de jinetes gauchos, perfectamente armados y equipados, valientes como él, y de consumada destreza en el manejo del caballo, de la lanza, el lazo y las bolas. Algo más diremos de los afamados gauchos, en el curso de esta narración.

El General Pezuela, resuelto a llevar a cabo su enunciado proyecto, dictó las medidas del caso para que todo el ejército se concentrara en Salta. Al efecto, el primer regimiento se puso en marcha para Cerrillos a mediados de Julio de 1814. Pero todos los proyectos de Pezuela de continuar la invasión y de conducir sus armas victoriosas, tal vez, hasta Buenos Aires, se frustraron y estrellaron ante los acontecimientos siguientes: la toma de Montevideo por los patriotas, la derrota de las tropas de Blanco en Santa Cruz de la Sierra, las pérdidas experimentadas por los realistas en Valle Grande, los nuevos movimientos revolucionarios del partido de Cinti; y el aumento y mayor empuje de las partidas de GAUCHOS. Estos fueron en la Argentina, lo que los indomables llaneros, en la heroica Venezuela, durante la guerra de la Independencia.

En virtud de estos acontecimientos, el General realista decidió replegar su ejército a Suipacha. En consecuencia, el 3 de Agosto de 1814 abandonó a Jujuy, y encargando a su segundo Ramírez que cubriera la retaguardia con las tropas ligeras, entró el 21 del propio mes en el lugar primeramente indidado.

El 3 de Agosto ocurrió también la famosa insurrección del Cuzco, de la que nos ocuparemos, después de referir la rendición de Montevideo y demás sucesos verificados en las Provincias Unidas del Río de la Plata, en el año de 1814.

Anteriormente dijimos que un enviado del Triunvirato de Buenos Aires, don Manuel Sarratea, había puesto sitio a la ciudad de Montevideo, al frente de un ejército argentino comandado por el Coronel Rondeau; y que éste había ganado al Gobernador de aquella plaza, don Gaspar Vigodet, la batalla del Cerrito.

Enemistades que habían surgido, en tan críticas ciscunstancias, entre Sarratea y Artigas, Jefe uruguayo, que contaba con un numeroso contingente de gauchos, produjeron un motín militar, cuya finalidad fue que sus propias tro-

pas expulsaron a Sarratea y confiaron el mando a Rondeau. Artigas depuso su actitud hostil; y entonces el ejército argentino pudo apretar el cerco de Montevideo. A pesar de ello, como las fortificaciones de la plaza exigían más poderosos elementos para batirlas, no se pudo lograr su rendición, con tanto mayor motivo, cuanto que la Regencia Española había enviado en los meses de Agosto y Septiembre de 1813, una división de dos mil hombres para auxiliar a los defensores de Montevideo.

En ese tiempo el Gobierno Argentino daba más importancia a las operaciones del ejército que obraba en el Alto Perú; y con el objeto de reforzarlo pagó el rescate de esclavos para organizar con ellos nuevos batallones. Cuando se supo en Buenos Aires la noticia de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, la Asamblea Constituyente decretó una reforma trascendental: la de la concentración del poder Ejecutivo en una sola persona. Procedióse a la designación de la que debía ejercerlo, y fue elegido por unanimidad don Gervasio Antonio Posadas, con el título de Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, disponiéndose que se asociara al Gobierno un Consejo de Estado, compuesto de nueve Vocales.

En pésimas circustancias asumió el mando Posadas, tales eran, las derrotas sufridas por los Franceses que les obligaron a ir desocupando el territorio de España; la sofocación de los movimientos revolucionarios en casi todas las colonias; y el avance por el Alto Perú del triunfante Pezuela. A este cúmulo de desgracias había que agregar que el famoso guerrillero Artigas, contando con un número considerable da gauchos, fraguaba ya planes de Independencia del Uruguay, tratando de igual a igual al Gobierno de Buenos Aires. Pretendió Artigas inducir a Rondeau para que secundase sus intentos, proponiéndole de común acuerdo, depurar el ejército que sitiaba a Montevideo, expulsando a los Jefes y Oficiales porteños o bonaerenses, sustituyéndoles con otros del amaño de Artigas. Verificado esto, se proponía reunir un Congreso en su campamento, y proclamar la Soberanía Independiente del Uruguay.

El General Rondeau se negó a secundar los planes de Artigas; y encolerizado éste, retiróse furtivamente del campamento patriota, y empezó a prestar sus servicios a los realistas. Poco después dirigiose a las fronteras de Entre—Rios y Corrientes, proclamando la Federación y el alzamiento de las provincias contra el Gobierno Central. Este, a su vez, declaró a Artigas reo de traición a la Patria, y considerándole como un bandolero, puso a precio su cabeza.

Estas circunstancias impulsaron al Gobierno de Buenos Aires a crear una escuadrilla, con el objeto de estrechar el cerco de Montevideo; y conseguir de este modo la desa-

parición del dominio español en las orillas del río de la Plata. El Director Supremo, secundado por don Carlos Alvear, General en Jefe del ejército de la Capital, compró y armó, en muy poco tiempo, tres corbetas, dos bergantines y ocho o diez embarcaciones menores, con unos cien cañones y mil doscientos tripulantes; armada que fue puesta a las órdenes de Mr. Guillermo Brown, marino irlandés, y experto Capitán de un buque mercante.

La escuadra española, compuesta de veintiséis naves de todo porte, formaba dos divisiones: la una, que era la más fuerte, guarnecía el puerto de Montevideo; y la otra cruzaba por los ríos Uruguay y Paraná, con el objeto de impedir que los sitiadores recibiesen socorro de Buenos Aires. Brown eligió atacar a esta última, que se hallaba fondeada junto a la isla de Martín García. El primer encuentro fue desfavorable al marino irlandés; pero salió victorioso en otro ataque que emprendió el 16 de Marzo de 1814, apoderándose de las baterías de dicha Isla, y obligando a los buques españoles a remontar el Uruguay. Dedicóse, en seguida, el avisado Brown a reparar las fortificaciones de la misma; puso en ella una competente guarnición y la dejó tan segura, que aquella parte de la escuadrilla realista quedó como embotellada en el mencionado río, y en la imposibilidad de prestar auxilio alguno a los suyos.

El activo Brown pasó en seguida a Buenos Aires, reforzó su escuada; y el 12 de Abril del mismo año estableció el bloqueo de Montevideo, con tan buena suerte que, en pocos días, consiguió apoderarse de cinco barcos españoles, procedentes de Málaga, que conducían víveres a los sitiados, amén de una porción de pequeños barcos de cabotaje.

El General Alvear, audaz, de grandes iniciativas, valiente como el que más y de impetuosos arranques, había sido nombrado Jefe del ejército que sitiaba a Montevideo, en reemplazo del General Rondeau, que aunque valiente también, era de temperamento apático y falto de energía, hasta el extremo de que sus mismos soldados le irrespetaban con el apodo de Mamita y Mama Dominga.

La división del General Alvear, compuesta de siete batallones de infantes, un regimiento de artillería y dos escuadrones de caballería, conducidos en veintidós transportes, desembarcó en la Colonia del Sacramento; y el 17 de Mayo de 1814, tomó dicho General el mando del ejército sitiador de Montevideo.

Esto sucedía en los momentos en que Brown obtenía una espléndida victoria sobre la armada española. Catorce naves de esta salieron del puerto de Montevideo, en busca de la escuadrilla patriota para destruirla. Pero el experto Almirante de la escuadra argentina, Brown, mediante maniobras y escaramuzas, durante tres días y batiéndolas en detal, logró apresar cuatro de las naves realistas, una de las cuales

fue la denominada BERGANTIN DE LOS CATALANES, que había causado muchos perjuicios en el bloqueo de Buenos Aires; incendiar otro bergantín y una goleta; y obligar a las restantes a buscar el amparo de los muros de la plaza sitiada. Este triunfo, conocido en la Capital el día 19 de Mayo de 1814, se celebró con gran júbilo, salvas de artillería, repiques de campanas, bandas de música, adornos de las fachadas de los edificios y otras demostraciones de justo regocijo.

El Comodoro Mr. Willan Brown, natural de Foxford en Irlanda, que triufó en los combates navales que acabamos de describir, es el mismo que, comisionado dos años después, por el Gobierno de Buenos Aires, para coadyuvar a la Independencia de los puertos del Pacífico, se presentó a las diez de la mañana, del día 10 de Octubre de 1816, con una goleta y un bergantín, en la ría de Guayaquil, frente a la ciudad, con el objeto de desembarcar en ella.

Los valientes hijos de Guayaquil, engañados por el Gobernador de la ciudad, que lo era el Brigadier don Juan Vasco y Pascual, de que la escuadrilla de Brown era pirática, defendieron denodadamente sus lares; y durante el combate, mientras la mitad del batallón, llamado CIVICOS, sostenía vivamente el fuego, la otra mitad, con heroismo sublime, se lanzó a la ría, llevando los soldados las bayonetas en las bocas, abordó al bergantín de Brown, y causó horrible carnicería en sus tripulantes. Sólo lograron escapar de la muerte éste y parte de aquellos. La malograda expedición marítima de Brown, que tenía por objeto ofrecer su contingente a los guayaquileños para su Emancipación, terminó con un convenio ajustado entre el Comodoro Irlandés y el Gobernador Vasco Pascual. En virtud de éste quedaron libres Brown y los que habían sobrevivido después del combate; obligándose aquel a devolver los presas que había hecho en su crucero por el Océano Pacífico, y los prisioneros que tenía a bordo de sus naves, entre los cuales estaba don Juan Manuel Mendiburu, que venía a relevar a Vasco Pascual en la Gobernación de Guayaquil.

Continuemos la interrumpida relación. Después del destrozo de la escuadrilla realista por el valiente Brown, quedó el Gobernador Vigodet en apuradísima y alarmante situación, pues no contaba ya con defensa por mar, y se hallaba estrechado en tierra por un numeroso ejército.

La pérdida de Montevideo para los realistas parecía, pues, irremediable. Juzgando como un medio de salvación y triunfo, el mal aconsejado Vigodet, entró en tratados con Artigas, celebrando con éste una alianza contra el ejército sitiador, al mismo tiempo que hacía proposiciones al Gobierno de Buenos Aires para una capitulación.

Acordada ésta, la firmó el General Alvear el 21 de Junio de 1814. Antes de que la firmase el Gobernador don Gaspar Vigodet, supo el Jefe argentino que las tropas de Otorgués,

Teniente de Artigas, reforzadas por la división de Frutos Rivera, se aproximaban a Montevideo para operar de acuerdo con las fuerzas de esta plaza. Entonces el General Alvear, con la impetuosidad que le era habitual y la prontitud que tenía en sus resoluciones, dando por consumada la capitulación, y aprovechándose de las vacilaciones de Vigodet, tomó posesión de la fortaleza del Cerro el 22, y el 23 de Junio de 1814, de la ciudadela, que dominaba a todas las otras, y se hizo dueño de la ciudad.

En seguida exigió Alvear que la guarnición saliese de la plaza, la desarmó, declaró prisioneros a los Jefes de aquella, y embarcó al General Vigodet en un buque de la escuadra de Brown, inter se le proporcionaba alguno que le trasladase a Río de Janeiro. Incorporó, también, en las tropas argentinas, el mayor número de soldados que pudo sacar de las fuerzas españolas; y por último se apoderó de trescientos cañones, de ocho mil fusiles y del resto de los barcos realistas surtos en el río de la Plata. Mediante este golpe de audacia y de valor, quedó consumada la rendición de Montevideo; y el nombre del General Carlos María de Alvear escrito con caracteres diamantinos en los anales de la Historia de la Independencia de la Argentina y del Uruguay.

El mismo General Alvear, cinco días después, derrotaba a una división artiguista mandada por Otorgués, que candorosamente había acudido a una cita que aquel General le había dado para tratar con él, sin sospechar el lazo que se le tendía.

A pesar de esta derrota y de la innegable importancia de la toma de Montevideo en pro de la causa de la Independencia, no mejoraron mucho los asuntos políticos en Buenos Aires, ni calmaron las preocupaciones del Gobierno Central, justamente alarmado con los disturbios intestinos. En efecto, el inquieto General Artigas había conseguido insurreccionar contra aquel Gobierno los territorios de Entre—Ríos y Corrientes, elevados ya al rango de provincias. Este ejemplo y el del Paraguay que se había constituído en Provincia Independiente, cundieron en las de Santafé y Córboba, que estaban dispuestas a proclamar la Federación. Desde entonces inicióse la guerra civil, y el Director Supremo de Buenos Aires tuvo que emplear en ella tres mil soldados veteranos, que unidos al ejército que operaba en el Alto Perú, hubieran podido, no solo contener el avance de Pezuela, sino obligar a éste a retirarse hasta el Desaguadero, línea divisoria entre el Virreinato de la Plata y el del Perú.

Empeoraba la situación, la circunstancia de que en aquella época, la revolución contra la Metrópoli, estaba al sucumbir o había sucumbido, en Méjico, Chile, Venezuela, Nueva Granada y la antigua Presidencia de Quito; y la más grave aún de que restaurado ya en su trono Fernando VII, preparaba una poderosa expedición contra el Río de la Plata, la

misma que, al cabo de un año, cambiando de destino, vino a las costas de Venezuela con el famoso Pacificador General don Pablo Morillo.

En situación tan crítica, el Gobierno de Buenos Aires pensó buscar aliados en las Potencias extranjeras; y al efecto envió una comisión a Londres, compuesta de los hombres más dignos y de más talento; siendo elegidos don Bernardino Rivadavia, don Manuel Belgrano y don Manuel Sarratea, que efectivamente estaban adornados de tan relevantes cualidades.

El objeto principal de esta misión diplomática, era el de asegurar la Independencia de la América latina, mediante el establecimiento de Monarquías constitucionales en ella; haciendo gestiones para que en las Provincias Unidas del Río de la Plata se coronase de Rey, si fuese posible, un Príncipe Español, o uno Inglés, o de otra casa poderosa poderosa de Europa.

Los enviados, aunque demócratas, convencidos como estaban de que su Patria no se hallaba suficientemente preparada para ser regida por el sistema republicano, aceptaron la comisión y se embarcaron para Londres. Llegados allí, empezaron las gestiones del caso. Pero nada, absolutamente nada, consiguieron en pro de sus miras, del Gobierno Británico ni mucho menos del español. Por fin, a indicaciones del Conde de Cabarrús, entraron en tratos con el destronado Carlos IV, que se había retirado a Roma, para que recabara de su hijo Fernando VII la autorización de designar y elegir Rey de las Provincias Unidas del Río de la Plata al Infante don Francisco de Paula, hermano de aquel. Habiendo resultado, también, infructuosa esta negociación, los comisionados regresaron a Buenos Aires, no sin que antes hubiesen surgido graves desavenencias entre Sarratea y los otros dos.

Entre tanto las operaciones militares del ejército patriota del Norte tomaban mejor aspecto. Se recordará que el caudillo Salteño don Martín Güemes, con sus partidas bien organizadas de gauchos, causaba serios quebrantos a las tropas de Pezuela. Por su parte el Coronel don José de San Martín, al encargarse del mando de las fuerzas argentinas, en reemplazo del General Belgrano, procedió desde luego a reorganizarlas, sometiéndolas a la más severa disciplina, e instruyéndolas con arreglo a los modernos adelantos de la táctica militar. San Martín tropezó con serias dificultades en esta empresa, pues, como dice un historiador, "el nuevo General no se sentía cómodo entre los Jefes de aquel ejército, a quienes encontraba soberbios y tan infatuados con su bravura personal, que menospreciaban las instrucciones teóricas y las enseñanzas que él creía indispensable darles."

Estas dificultades, unidas a las intrigas de algunos Jefes del ejército, y a la íntima persuación que abrigaba San Martín de que en las provincias del Alto Perú la campaña no

tendría un resultado definitivo, fueron las causas que indujeron a aquel bien preparado Caudillo a pedir su separación del mando del ejército, y a solicitar la humilde y oscura Gobernación de la provincia de Cuyo. Concedidas ambas peticiones por el Director Supremo, don José de San Martín se retiró a Mendoza, donde se dedicó a organizar la famosa expedición a Chile, que triunfó en Chacabuco, y de la que haremos mérito a su debido tiempo.

Al Brigadier Rondeau, por indicación de Alvear, se le confió el mando del ejército acantonado en Tucumán, con beneplácito de sus Jefes, por parecerles el General más adaptado a su indisciplinada índole. Rondeau avanzó, después de la retirada de Pezuela, hasta Jujuy, restableciendo en todos los pueblos del tránsito el Gobierno de la Revolución. El Director Supremo Posadas había enviado de refuerzo a Rondeau tres de los Batallnoes de infantería procedentes de Montevideo.

El General Alvear, de quien dice un historiador, "que como un águila recientemente salida del nido al alto vuelo (tenía veinticinco años), fijaba ya sus ojos en la región luminosa del sol peruano", fue nombrado para reemplazar a Rondeau por el Director Posadas. Cuando se supo que Alvear se hallaba ya en camino a Jujuy, para hacerce cargo del mando del ejército argentino, Rondeau y sus compañeros no quisieron esta sustitución. Como consecuencia, en la noche del 7 de Diciembre de 1814, sorprendieron y apresaron a los Jefes partidarios de Alvear, se declararon en abierta rebelión contra lo dispuesto por el Director Supremo; y rechazaron al General Alvear, quien no tuvo más remedio que regresar a Buenos Aires.

A este acto de insubordinación contra el Gobierno Central hay que agregar los movimientos anárquicos de las provincias contra el mismo. El inquieto y activo Artigas, repuesto de un descalabro que poco antes le había hecho sufrir el General Alvear, volvió a insureccionar la provincia de Corrientes, atrayéndola a su partido. El General Dorrego marchó contra Artigas, pero fue derrotado por éste. Con tal motivo las bandas del Caudillo Uruguayo se enseñorearon de aquel territorio, se aproximaron a Montevideo, se extendieron a la provincia de Entre-Ríos, y se pusieron en contacto con la de Santafé, contagiada también por el espíritu de rebelión contra la Autoridad Central.

El General Alvear, en cuanto llegó a Buenos Aires, profundamente herido por el rechazo que recibió de parte de Rondeau y sus compañeros, se propuso defenderse a todo trance, para lo cual contaba con el ejército que había organizado en Buenos Aires, y que ascendía a ocho mil hombres enteramente adictos a su joven caudillo. Alvear pensaba nada menos que en proclamarse Dictador. En este sentido trabajó con actividad y resolución, hasta que consiguió que el Director Posadas, hombre de sano juicio y desinteresado, renunciase el mando el 9 de Enero de 1815.

La Asamblea aceptó esta renuncia, y en lugar de Posadas nombró Director Supremo al General Alvear. El primer paso de éste, tomando en cuenta que las Provincias Unidas no tenían interés alguno en atraer a su seno la Banda Oriental, fue el de entrar en tratos con Artigas, ofreciéndole la absoluta Independencia de esta región, con tal que aceptase la paz, y que sus huestes se retirasen de las provincias de Entre—Ríos y Corrientes. Aunque Artigas se negó a aceptar esta proposición, el nuevo Director Supremo dispuso que las tropas argentinas abandonasen la Banda Oriental y desocupasen a Montevideo. Así se efectuó el 25 de Febrero de 1815, quedando, desde esa fecha, la Banda Oriental completamente desligada de todo vínculo político con las demás Provincias Unidas del Río de la Plata.

Suspendiendo aquí la narración de los sucesos de dichas Provincias, volvamos a la relación de los acontecimientos del Alto Perú. Se recordará que el General don Joaquín de la Pezuela, en cuanto supo la rendición de Montevideo, se retiró con su ejército victorioso desde Jujuy hasta Suipacha, donde sentó sus reales. Durante esta marcha supo aquel General que había estallado en el Cuzco, en la noche del 2 al 3 de Agosto de 1814, una insurrección contra el Gobierno español, empeorándose, de esta manera, la situación del ejército que comandaba.

Dicha sublevación pudo haber tenido suma trascendencia, ora por la rapidez con que se propagó, ora por las grandes fuerzas con que llegó a contar; siendo indudable que bien organizadas y dirigidas éstas, hubieran dado al traste con el Gobierno de la Metrópoli, tanto en el Bajo como en el Alto Perú.

Hacía algún tiempo que tres patriotas cuzqueños, los hermanos don José, don Mariano y don Vicente Angulo, fraguaban planes para derrocar el poder español en el Perú, y solo esperaban una ocasión oportuna para ello.

Presentóseles ésta con motivo de los acontecimientos que hemos apuntado, a los que deben agregarse dos motivos más: fue el primero la noticia de que las provincias del Virreinato se encontraban casi desguarnecidas, a causa de que Abascal había tenido que enviar muchas tropas para sofocar la Revolución de Chile; y el segundo, la nueva de que habiéndose recibido en el Cuzco la Constitución Política sancionada por las Cortes de Cádiz, se retardaba su proclamación en aquella ciudad, no obstante haber sido jurada ya en Lima. Con tal motivo, el abogado don Rafael Ramírez de Arellano redactó, en términos destemplados, una representación firmada por treinta vecinos, que presentó a la primera autoridad del Cuzco, exigiendo el cumplimiento de las órdenes de las Cortes Españolas.

Hallábase, a la sazón de Presidente interino de aquella ciudad el Brigadier don Mateo Pumacahua, quien mandó instruir sumario contra los firmantes de la aludida representa-

ción, y encarcelar al doctor Ramírez. Entonces los hermanos Angulos, acompañados de más de mil personas, asaltaron el cuartel y pusieron en libertad al susodicho abogado.

Promulgóse la Constitución, e instalóse, con arreglo a ella, un nuevo Cabildo, hechura de los Angulos, los que continuaron en sus tentativas de conspiración, resultando todas ellas frustradas. A causa de una de estas tentativas, el Gobernador del Cuzco, don Martín Concha, que había reemplazado a Pumacahua, redujo a prisión a varios de los comprometidos. Amotinóse, por ello el pueblo pidiendo su libertad, y atacó a pedradas el cuartel, siendo rechazado a balazos, con la pérdida de varios muertos y heridos de los inermes paisanos.

Instruído el sumario contra los sublevados, y remitido a Lima, transcurrió el tiempo sin que nada se resolviese. Mientras tanto los presos habían logrado, a fuerza de dádivas y promesas, seducir a la tropa, y auxiliados eficazmente por el pueblo, se llevó a cabo la insurrección, en la noche del 2 de Agosto de 1814, habiendo tomado parte en ella, según García Camba, algunos de los militares realistas capitulados y juramentados en Salta, que también se encontraban apresados por sus ideas revolucionarias.

Seguidamente los sublevados aprisionaron al Presidente Concha, a los Oidores de la Real Audiencia, a las demás autoridades y a muchos españoles; y como primera providencia levantaron dos horcas en la plaza principal del Cuzco.

Al día siguiente, 3 de Agosto de 1814, convocadas las Corporaciones Civiles y Eclesiásticas y muchos vecinos notables, se creó por elección un Gobierno Provisional, compuesto de don José Angulo, como Presidente, del Brigadier don Mateo Pumacahua, del Coronel doctor Luis Astete y del Teniente Coronel don Juan Tomás Moscoso, Don Vicente Angulo fue nombrado segundo Jefe Superior militar.

Don Mateo Pumacahua era Cacique del pueblo de Chincheros de la jurisdicción del Departamento del Cuzco. Tenía gran prestigio y ascendiente entre los indios, que lo designaban con el nombre de Inca. Al frente de una grande muchedumbre de ellos prestó importantes servicios a la Causa Real, contribuyendo a sofocar, en 1780, la famosa rebelión acaudillada por don José Tupac—Amaru. En premio de ellos fue recompensado, primero con el nombramiento de Coronel de Milicias, y después con el de Coronel de Ejército. Se recordará que, con una división de tres mil quinientos hombres, auxilió eficazmente, Pumacahua, en 1811, al General Goyeneche a sofocar el alzamiento de Cochabamba y otras provincias del Alto Perú. Esto le valió el ascenso a Brigadier del ejército real, que se le confirió en virtud de despacho solicitado por el Virrey Abascal. El mismo le nombró interinamente Gobernador y Presidente de la Audiencia del Cuzco, cargo que desempeñó con toda lealtad, hasta que fue sustituído por el Brigadier don Martín Concha.

Retirado se hallaba el Brigadier Pumacahua en una de sus valiosas fincas, cuando se operó una repentina y radical mundanza en sus opiniones políticas, que le indujo a seguir una conducta diametralmente opuesta a la que hasta entonces había observado. De manera que, cuando fue llamado por los revolucionarios del Cuzco, aceptó gustoso el puesto que en el nuevo orden de cosas se le ofrecía, y coadyuvó con todas sus fuerzas al mejor éxito del movimiento revolucionario.

La Revolución del Cuzco tomó desde sus principios grande incremento, porque las fuerzas realistas que podían contrarrestarla se hallaban dispersas y a grandes distancias. De manera que los sublevados tuvieron tiempo sobrado para aumentar y organizar las suyas. Reunieron, en consecuencia, considerable número de indios, muchos desertores del ejército real, Oficiales de los capitulados y juramentados en Salta; allegaron cuantas armas les fue posible, y fundieron varias piezas de artillería.

Con estos elementos formaron tres divisiones. La primera, a órdenes del Coronel don José Pinelo y del Cura de la parroquia de la Compañía, don Ildefonso Muñecas, debía dirigirse a Puno y La Paz, para molestar la retaguardia del ejército de Pezuela. La segunda, que se componía de cinco mil hombres, armados en su mayor parte de lanzas, picas y hondas, y de gran golpe de caballería, al mando del Brigadier Pumacahua y de don Vicente Angulo, debía obrar sobre Arequipa; y la tercera división, con don Gabriel Béjar, don Mariano Angulo y don Manuel Hurtado de Mendoza a su cabeza, debía abrir operaciones sobre Huamanga.

El 29 de Agosto de 1814, entró triunfante en Puno la división del Coronel Pinelo y del Cura Muñecas. El 11 de Septiembre del mismo año pasó el Desaguadero; y algunos días después se apoderó de la ciudad de La Paz, auxiliada eficazmente por el valiente y patriota vecindario de esta villa, que hizo inútil la resistencia que trató de oponer su Gobernador el Marqués de Valdehoyos. Este y varios españoles fueron reducidos a prisión, y como a los pocos días ocurriese un incendio, que se les atribuyó a aquellos, se amotinó el populacho, saqueó las casas de los españoles, invadió la cárcel y dió muerte a cincuenta y nueve presos que en ella había.

La Revolución del Cuzco marchaba, pues, viento en popa, pues tuvo a empeño secundarla casi todo el clero, con su nonagenario Obispo a la cabeza, alentando con sus predicaciones a los indios a seguir las banderas de Pumacahua, elevado ya a la categoría de Mariscal de Campo. Calcúlase que por ésta y otras causas, el número de sublevados llegó a treinta mil; pero, desventajosamente, sin disciplina y sin las armas necesarias para desbaratar a las veteranas tropas realistas.

Entre tanto la situación del General Pezuela que, según se recordará, se había retirado con su ejército a Suipacha, llegó a ser en extremo crítica, porque con la ocupación de La Paz por los patriotas del Cuzco tenía interrumpidas sus comunicaciones con la Capital del Virreinado del Perú. En estas aflictivas circunstancias, entró en negociaciones con el General argentino Rondeau, proponiéndole un armisticio y suspensión de hostilidades, hasta que Fernando VII, restituído ya al trono de España, dispusiese de la suerte de los países Sud—Americanos. La respuesta del Caudillo de Buenos Aires fue, como debía serlo, altiva, fijando por condición para cualquier arreglo la retirada del ejército realista al Desaguadero, cosa en la que no convino Pezuela.

Empeoróse la situación de éste con motivo del hecho que sigue. Don Saturnino Castro, natural de Salta, que fue, según lo vimos, el que dió la victoria a las fuerzas reales en los campos de Vilcapugio, cargando con el escuadrón que mandaba al ejército de Belgrano, por retaguardia, cuando la mayor parte de la línea enemiga había sido arrollada, don Saturnino Castro, lo repetimos, a fuer de buen americano, que quería volver sobre sus pasos movido por la imponente insurrección del Cuzco, concibió el audaz y patriótico proyecto de conseguir que todo el ejército real abrazara la causa de la Revolución.

El Coronel Castro para llevar a cabo sus propósitos, trató de seducir al primer Regimiento, compuesto de cuzqueños, y el de mayor influencia en el ejército. Contando con el apoyo de dicho cuerpo pensaba sublevar a los demás, y apoderarse de las personas de los Generales, Jefes y Oficiales que no inspirasen para el objeto la más absoluta confianza. Descubiertos los ocultos manejos de Castro por los mismos a quienes trataba de ganar, para secundar sus intentos, el General Pezuela dispuso su inmediata prisión. Avisado oportunamente aquel Jefe, se propuso evitar el golpe, precipitando la ejecución de su designio.

Al efecto, el Coronel Castro, que a la sazón se hallaba separado del escuadrón que comandaba, por haber obtenido licencia temporal para pasar a Lima, se acercó, con algunos soldados que le acompañaban, al lugar donde estaba acantonado dicho cuerpo, con la esperanza de atraerlo a sus ideas, valiéndose del poderoso influjo que sobre él ejercía. Pero fueron muy pocos los soldados que se resolvieron a seguirle. No cejó por ello Castro, en su tenaz empeño. Muy al contrario, presentóse en seguida en Moraya, donde se hallaba el primer Regimiento Cuzqueño. Allí pintó el estado de insurrección en que se encontraba ya el ejército real; aseguró que la revolución se había extendido triunfante hasta la ciudad de Lima; y exigió con altivez que el Coronel español, don Manuel González Bernedo, primer Jefe del expresado Regimiento, entregase el mando al Sargento Mayor don Mariano Antonio Noboa.

No le surtió efecto a Castro este golpe de audacia, porque descubierta la verdad, y a tiempo que se apresuraba a tomar un caballo, para sustraerse por la fuga del gravísimo compromiso en que se encontraba, el referido Noboa con un Capitán y algunos soldados se apoderaron de la persona de Castro, siendo, inmediatamente, reducido a prisión.

El realismo del primer Regimiento, a pesar de que en las filas de la Revolución cuzqueña figuraban sus parientes, amigos y paisanos, llegó al extremo, desde luego censurable, de querer castigar en el acto lo que aquel Cuerpo, fanático por el Rey de España, llamaba traición del desgraciado Castro. Este fue, pues, remitido a Suipacha, donde se le condenó a muerte; pero la ejecución se verificó en Moraya, porque los soldados del susodicho Regimiento reclamaron, como si fuese una grande honra y una prueba de lealtad para ellos, ser los ejecutores de aquella sentencia. Así acabó sus días el Coronel don Saturnino Castro, Militar distinguidísimo, que hubiera prestado importantes servicios a la causa de la Idependencia de su Patria y la del Perú, con su temerario valor e imponderable audacia.

El mismo Regimiento, dice un historiador, solicitó con ardiente afán, obediente a la voz de su Coronel, el cuzqueño don Agustín Gamarra, salir a combatir a sus compatriotas rebeldes. Don Agustín Gamarra es el mismo que después figuró en grande escala en la Historia de la República Peruana.

Habiendo abortado completamente el atrevido plan del malogrado Coronel Castro, con la trágica muerte de éste, el General Pezuela pensó en contener los avances de la Revolución del Cuzco; para la cual convocó una Junta de Guerra. En ella se resolvió que el General don Juan Ramírez marchara con una división de mil doscientos hombres contra los sublevados cuzqueños, en la cual se incluyó el primer Regimiento, a petición reiterada del mismo, según ya lo apuntamos. Aprestada con celeridad la división expedicionaria, se puso en Marcha hacia el Norte; y el General Pezuela con las demás tropas inició un movimiento de retroceso, y se replegó a Santiago de Cotagaita, donde llegó el 19 de Septiembre de 1814.

Antes de referir las operaciones del General Ramírez contra los patriotas que se habían apoderado de La Paz, ocupémonos de la expedición enviada por el Gobierno provisional del Cuzco para enseñorearse de la provincia de Huamanga, que se halla sobre el camino directo de Cuzco a Lima. Los caudillos de aquella expedición, don Gabriel Béjar, don Mariano Angulo y don Manuel Hurtado de Mendoza, ocuparon, sin ninguna dificultad, el pueblo de Andahuailas perteneciente a esa Provincia.

El Virrey Abascal, cuyo empeño y tesón en sostener la causa realista en el territorio cuyo mando se le había confiado, no debe censurarse, dispuso que el General Osorio, que

había sido enviado a Chile para emprender campaña contra los patriotas de ese país, la abandonase, y se reembarcase sin pérdida de tiempo para el Perú, a fin de coadyuvar con sus tropas a cortar de raíz el movimiento revolucionario que se extendía ya a muchas provincias de ese Virreinato.

El mismo Abascal, con el aviso de la ocupación de Andahuailas, ordenó que el Teniente Coronel don Vicente González saliese de Lima con el resto del batallón TALAVERA y algunas fuerzas más, y acudiese al socorro de la ciudad de Huamanga, seriamente amenazada por las huestes cuzqueñas. Debe saberse que el famoso batallón Talavera había llegado poco tiempo antes a Lima, enviado de España; que estaba compuesto de criminales extraídos de los presidios y cárceles de aquella Nación; y que la mayor parte de ese cuerpo, fuerte de ochocientos ANGELITOS, como los llama irónicamente el tradicionista don Ricardo Palma, había sido enviado a Chile con el General Osorio.

El Intendente interino de Huamanga había acuartelado, por su parte, cuatrocientos hombres destinados a la defensa del puente del río Pampas. El día en que debían salir de aquella ciudad los milicianos (2 de Septiembre de 1814), se levantaron las madres, mujeres y hermanas de ellos, y protestando contra su partida, se metieron en los cuarteles, y los indujeron a salir con las armas en la mano, fracasando, de este modo, el propósito del mencionado intendente. Un historiador español dice, que los milicianos emplearon sus armas en romper las puertas de alguuas tiendas de comercio, que saquearon con otras casas de particulares.

El Virrey Abascal, cuando supo la nueva del motín que dejamos relatado, adoptó la medida prudente de perdonar, por conducto del Gobernador de Huamanga, don Francisco Ruiz de Ochoa, y del Señor Silva, Obispo de esa Diócesis, a los promotores de dicho motín; pues el experto Virrey comprendía perfectamente que el tiempo no era a propósito para emplear contra ellos medidas de severa represión.

Entre tanto la expedición de don Vicente González, Teniente Coronel del Regimiento de Talavera, había llegado a Huancavelica, donde reforzada con cien milicianos, continuó su movimiento hacia el Sur. Por su parte la división cuzqueña de Béjar, Angulo y Hurtado de Mendoza, anticipándose al avance del enemigo, ocupó a Huamanga, sin la menor oposición ni resistencia.

Llegado que hubo el Jefe realista González a Huanta, aumentó su fuerza con quinientos milicianos de este lugar; y despachó un destacamento para atacar la vanguardia de los cuzqueños, que había avanzado ya hasta Huamanguilla. Trabóse allí un ligero encuentro que obligó a los revolucionarios a replegarse a la ciudad de Huamanga.

Irritados los caudillos patriotas con este pequeño revés, que no lo esperaban, movieron sus huestes contra Huanta, en número de cinco mil hombres, muchos de ellos a caba-

llo, pero de los cuales sólo trescientos estaban armados de fusil y los demás con lanzas, chuzos, macanas y hondas. El 2 y el 3 de Octubre de 1814, verificáronse en los alrededores y en las calles de Huanta recios combates entre las fuerzas reales, comandadas por González y el Coronel don José Lazón y las de los revolucionarios. Juzgamos inútil describir lo que los Historiadores españoles denominan la gran batalla de Huanta ganada por sus armas. En efecto, ¿qué podía esperarse de una lucha entre huestes, aunque numerosas, indisciplinadas y sin armas, como eran las patriotas contra los tercios reales veteranos, perfectamente armados, y subordinados, si no el triunfo de los últimos? No juzgamos que haya exageración al comparar los combates habidos entre las tropas realistas y las turbas revolucionarias de los valientes cuzqueños en 1814, a las que se libraron, en tiempo de la conquista, entre españoles y las enormes muchedumbres de los hijos del país, a quienes impusieron su yugo. Líbrenos Dios de desconocer por ello el arrojo, la audacia, el valor rayano en temeridad y la inquebrantable constancia de los conquistadores de la que hoy se llama con orgullo América—Latina.

Excusado nos parece decir que después de la sagrienta acción de Huanta, las destrozadas fuerzas de los cuzqueños abandonaron Huamanga, la que luego fue ocupada por el vencedor Teniente Coronel González.

Igual desastroso resultado tuvieron las fuerzas cuzqueñas que se apoderaron de La Paz; pues la división del General Ramírez que, según lo referimos, fue enviada desde Suipacha para contener el avance revolucionario, luego que llegó a las cercanías de aquella ciudad, en las inmediaciones del pueblo de Achocalla y del ya histórico cerro de Chacaltaya, batió a las fuerzas patriotas, el 2 de Noviembre de 1814. En poder del afortunado Ramírez quedaron ciento ochenta y cuatro fusiles y la bandera revolucionaria que el Coronel don José Pinelo y el Cura don Ildefonso Muñecas habían sacado del Cuzco para su expedición contra Puno, el Desaguadero y La Paz.

A consecuencia del triunfo de Chacaltaya, aquella ciudad quedó en poder de Ramírez; y los derrotados patriotas cuzqueños repasaron el Desaguadero y se retiraron a Puno.

Réstanos hablar de la expedición que, a órdenes del Brigadier don Mateo Pumacahua, Cacique de Chincheros y de don Vicente Angulo, debía operar contra la provincia de Arequipa. Hallábanse en la ciudad de este nombre, fuera del Intendente don José Gabriel Moscoso, el Mariscal de Campo don Francisco Picoaga y el Brigadier don Pío Tristán, quienes salieron a esperar a la división cuzqueña en el punto denominado Pacheta, a cuatro leguas de distancia de Arequipa. Trabóse en aquel lugar, el 9 de Noviembre de 1814, un reñido combate en el que fueron vencidos por las huestes de Pumacahua, los mencionados Jefes realistas,

con tan mala suerte que aun cayeron prisioneros dos de ellos, Picoaga y Moscoso, y sus alebronadas tropas emprendieron la fuga por el camino y dirección que podían y se les presentaba.

Al día siguiente, 10 del citado Noviembre, hizo Pumacahua su entrada triunfante en Arequipa, donde fue recibido, dice García Camba, con estrepitosos vivas y aplausos por los partidarios que contaba la revolución, particularmente entre los Eclesiásticos de las Ordenes Religiosas que allí había.

El Caudillo cuzqueño, noticioso de la derrota de sus compañeros en los altos de La Paz, no juzgó prudente permanecer en la ciudad del Misti; y la abandonó el 30 de Noviembre de 1814, emprendiendo su retirada al Cuzco, después de haber acampado con sus huestes durante algunos días en Apo, punto en el cual se dividen los caminos del Cuzco y de Puno.

El General Ramírez, después de haber restablecido en esta última ciudad las autoridades españolas, y encontrando expedito el camino, se dirigió a Arequipa, donde permaneció dos meses. La revolución del Cuzco, a fines de 1814, quedó pues, reducida al Departamento en que nació. Del desastroso término de esa insurrección y del fin de sus principales caudillos nos ocuparemos a su debido tiempo.

Los acontecimientos que, durante aquella época, ocurrieron en Europa paralizaron las operaciones del ejército argentino sobre las provincias del Bajo Perú. Tales acontecimientos fueron: el regreso a España de Fernando VII, EL DESEADO, el confinamiento del Emperador Napoleón I a la isla de Elba, la proclamación de Luis XVIII en Francia, y el establecimiento de la paz y alianza entre las Potencias Europeas, que prometían garantizar la integridad y dominio de la Monarquía Española en las Colonias Americanas.

El General Pezuela, que continuaba acantonado en Santiago de Cotagaita, recibió el 6 de Diciembre de 1814, por la vía de Arica, un parte del Coronel de Artillería don Mariano Osorio, Comandante en Jefe de las tropas reales en Chile, en el que le comunicaba la completa rota de las fuerzas patriotas de O'Higgins, en la batalla de Rancagua, librada el 1 y 2 de Octubre del año expresado, y la consiguiente pacificación de aquel Reino.

Este acontecimiento funestísimo para la causa de la Independencia, permitía que, libres ya de cuidados las tropas reales en Chile, pudiesen venir a reforzar el ejército del Perú, y contener los avances de las fuerzas patriotas argentinas comandadas por el General Rondeau, quien, en efecto, reforzado con otros cuerpos, las iba escalonando hasta Humahuaca; y en el último mes de 1814, estableció en Yavi su vanguardia, compuesta de un batallón de infantería y de los bravísimos GAUCHOS, a las órdenes del infatigable Caudillo salteño don Martín Güemes.

La debida trabazón de los acontecimientos y el orden cronológico exigen que refiramos aunque sea a la ligera, los sucesos verificados en Chile, durante el bienio de 1813 y 1814.

Se recordará que el acucioso Virrey don José Fernando de Abascal envió, a fines de 1812, una expedición contra Chile, confiándola al Brigadier de la Real Armada don Antonio Pareja. Al cabo de treinta y dos días de navegación llegó este Jefe a Chiloé. Allí reunió cosa de mil cuatrocientos hombres. En seguida se trasladó a Valdivia, cuya plaza, según lo referimos, se pronunció a favor de la Causa Real, y engrosó su ejército con setecientos soldados.

El 26 de Marzo de 1813 desembarcó el Brigadier Pareja en el puerto de San Vicente; y al siguiente día se apoderaba de la plaza de Talcahuano. Sin tropiezos, hasta aquí, continuó su marcha el Jefe realista hacia la ciudad de Concepción. Los patriotas de ésta se preparaban a oponer una fuerte resistencia al ejército invasor. Mas desistieron de su intento, y tuvieron que entregar la plaza a Pareja, mediante una capitulación, porque las mejores fuerzas con que contaban los revolucionarios, o sea un batallón de ochocientos hombres comandados por don Ramón Jiménez de Navia, se pasaron a los españoles.

Con la presencia de las tropas reales se introdujo el mayor desorden y desconcierto en toda la provincia de Concepción. El decreto de convocatoria de las milicias expedido por el Gobernador Intendente de aquella, don Pedro José Benavente, no surtió casi efecto; pues solo algunos Comandantes de milicias de la frontera pudieron reunir algunos soldados para retirarse al Norte. En este número se contó el Coronel de milicias de La Laja, don Bernardo O'Higgins, quien logró reunir cien hombres, y con ellos tomó la misma dirección.

Mientras tanto el Gobierno de Santiago, que había vivido en la más absoluta confianza y ajeno de todo temor, se sorprendió altamente con la invasión de las tropas reales, y se aprestó a rechazarla tomando las medidas que la urgencia del caso requería. La primera que adoptó la Junta Gubernativa, de la cual era Presidente don José Miguel Carrera, fue la de confiar a éste, con el grado de Brigadier, el mando de todas las tropas del Reino, encargándole marchar inmediatamente al Sur para rechazar la invasión realista. El 19 de Abril de 1813 salió el Caudillo patriota para Talca, donde se le reunió el Coronel O'Higgins con su gente. Paulatinamente, y merced a los esfuerzos del Gobierno de Santiago, fueron llegando los soldados que venían huyendo de Pareja, y reuniéndose las milicias de las Provincias Centrales; de suerte que, en el transcurso de pocos días, el Brigadier don José Miguel Carrera, tuvo bajo su dirección doce mil hombres que oponer a las huestes españolas, cuyo número no pasaba de cuatro mil.

El 26 de Abril del mismo año llegaron éstas a las már-

genes del río Maule, con el objeto de cruzarlo y avanzar sobre la Capital de Chile; y acamparon en el punto llamado Hierbas--Buenas. El Brigadier Carrera, que se hallaba en la orilla opuesta, dispuso que, durante la noche, un escuadrón de seiscientos hombres, atravesase el mencionado río, con el fin de sorprender la vanguardia del enemigo. Como se ordenó, se verificó, pero habiéndose retirado ésta, el destacamento patriota fue a toparse con el grueso del ejército de Pareja. Al principio introdújose gran confusión en él, mas al amanecer se rehizo, y rechazó a los agresores, causándoles grave pérdida.

Este encuentro, desde luego insignificante, para el resultado final de la campaña, tuvo desagradables consecuencias para uno y otro beligerante. Carrera, estimándolo como un desastre, ordenó la retirada de sus fuerzas a Talca. En el ejército realista sucedió algo mucho más grave: la abierta rebelión en que se declararon los soldados de Chiloé y Valdivia, alegando para ella, que se les había engañado, pues se trataba de conducirlos a Santiago, para ser destrozados por un numeroso ejército, cuando solo se les había comprometido para ocupar la ciudad de Concepción. Tal insubordinación, obligó al Brigadier Pareja a emprender la retirada hacia Linares. Esta retirada fue la causa de la deserción de los cuerpos de caballería de milicias de todos los partidos de la provincia de Concepción y de muchos dragones que se pasaron al ejército patriota, quedando reducido el español a menos de dos mil hombres, de los cuales los que se iban rezagando caían en poder de las partidas patriotas.

El Brigadier Pareja, apesadumbrado por las contrariedades recibidas y gravemente enfermo, tanto que las últimas jornadas las había hecho en camilla, resolvió salvar los restos de su ejército, refugiándose en Chillán; pero Carrera, volviendo sobre sus pasos, se propuso perseguirlos y acabar con ellos. En la mañana del 16 de Mayo de 1813, el ejército chileno alcanzó al realista a la salida del pueblo de San Carlos, y lo atacó por todas partes. Pareja imposibilitado de dirigir el combate por sus dolencias, entregó el mando a don Juan Francisco Sánchez, Comandante accidental del batallón veterano de Concepción. Este Jefe resistió el combate durante todo el día; y llegada la noche se retiró el ejército chileno. Por esta circunstancia, las fuerzas españolas repasaron en buen orden el río Nuble, y fueron a encerrarse en Chillán, donde fueron acogidas con entusiasmo, por sus habitantes, especialmente por los frailes misioneros que allí tenían un convento.

El Brigadier Carrera, en lugar de perseguir las fuerzas de Pareja, e impedir que se fortificaran en Chillán, marchó hacia el Sur y reconquistó las ciudades de Concepción y Talcahuano, permaneciendo en ellas durante dos meses.

Muerto el Brigadier Pareja, se hizo cargo del mando

en Jefe de las fuerzas realistas el Comandante Sánchez. Este no perdió el tiempo, pues practicó en Chillán varias obras de fortificación que la pusieron en regular estado de defensa; y pudo abastecerse de víveres suficientes y de todos los elementos necesarios para una larga resistencia.

Al cabo de dos meses de inútil permanencia en Concepción, según lo dijimos, se presentó el ejército chileno a la vista de Chillán, y empezó el asedio de esta plaza. En esta ocasión como en las anteriores, demostró el Brigadier don José Miguel Carrera, que no poseía grandes dotes de estratégico; pues se limitó a atacar dicha plaza por un solo punto, dejando libres los demás. En consecuencia, los sitiados pudieron hacer frecuentes salidas, proveerse de víveres y hasta sorprender y hacer prisionera una división de cien infantes y trescientos jinetes de las fuerzas sitiadoras. Los autores de esta hazaña fueron los Jefes realistas Elorreaga y Quintanilla.

Continuando el asedio, el Comandante patriota don Juan Mackenna estableció a poca distancia de la Plaza una batería de seis cañones. Con ella se empezó a hacer un fuego constante y nutrido, aunque poco certero contra los sitiados.

Con el objeto de apoderarse de dicha batería, el Comandante Sánchez ordenó, en la mañana del 3 de Agosto de 1813, una salida de sus fuerzas, las que fueron rechazadas por el ejército chileno y obligadas a replegarse. Repitióse el combate al siguiente día, con iguales resultados; pero en uno y otro, perdieron los patriotas cuatrocientos hombres entre muertos y heridos.

La falta de municiones, los rigores de un crudo invierno, las pocas ventajas obtenidas sobre la plaza sitiada, produjeron el desaliento en las tropas chilenas; y empezó la deserción de ellas y la consiguiente desmoralización. En virtud de estas causas, el General en Jefe don José Miguel Carrera dió orden a su ejército de levantar el asedio de Chillán, contra el dictamen de O'Higgins, Mackenna y otros Jefes chilenos. El Comandante Sanchez quedó, pues, en aptitud de continuar la lucha por largo tiempo todavía.

"Aquella retirada, dice el historiador Barros Arana, era señal de una gran desmoralización. El ejército patriota no se había distinguido en esta campaña por su disciplina; pero ahora los contratiempos de la guerra parecían haber concluído con la moralidad de la tropa y excitado además los malos instintos de algunos oficiales y jefes. Por todas partes cometían los más vituperables excesos que quedaban impunes, y que por esto mismo se achacaban al General en Jefe, y que no producían otro resultado que despertar el odio y resistencia contra el Gobierno patrio e inclinar a las gentes pacíficas a servir a la causa de la reacción." (Palabras transcritas por don José Coroleu, en su obra (América-Historia de su Colonización, Dominación e Independencia.)

Levantado el sitio de Chillán, y sabedor el Comandan-

te Sánchez de que no había unidad de miras en los Jefes de las fuerzas chilenas, que andaban diseminadas por las inmediaciones de los ríos Nuble e Itata, emprendió en la persecución de ellas, trabándose, con este motivo diferentes encuentros con diversos resultados.

Uno de estos encuentros, verificado en el sitio denominado El Roble, el 17 de Octubre de 1813, tuvo el carácter de batalla campal. En ella quedaron victoriosas las tropas chilenas, después de sufrir considerables pérdidas, merced a la serenidad y valor del Coronel O'Higgins. Se dice que en esta batalla, el General en Jefe Carrera se dió a la fuga. En cambio, y poco después, un destacamento chileno fue destrozado por el guerrillero español Olate.

La falta de pericia militar, de conocimientos estratégicos y aun la flojedad que manifestó el Brigadier don José Miguel Carrera en la campaña que estamos refiriendo, disminuyeron considerablemente su prestigio; y se operó una reacción desfavorable contra él en Santiago y en los personajes más conspicuos de la Revolución. La Junta Gubernativa, justamente alarmada con el pésimo aspecto que tomaban los asuntos de la guerra, se trasladó a Talca para seguir más de cerca las operaciones militares, y allí, previa una información que recibió, decretó la separación del Brigadier don José Miguel Carrera del mando del ejército, y lo confió al Coronel don Bernardo O'Higgins. Se temió que aquel se resistiera a cumplir tal orden; pero no sucedió como se pensaba, pues el 1º de Febrero de 1814, resignó Carrera el mando y lo entregó en manos de su sucesor. Dirigióse, en seguida don José Miguel Carrera a Santiago, en compañía de su hermano el valeroso don Luis, que también había sido destituído del mando de la artillería chilena, cuando uno y otro fueron apresados por una partida realista, que los condujo a Chillán, donde se encontraba todavía el cuartel general de las tropas españolas. Estas se hallaban comandadas, no ya por Sánchez, sino por el Brigadier don Gabino Gaínza.

El Virrey Abascal había elegido a este Jefe por ser de más confianza y de más alta graduación que Sánchez, a quien se le tildada de ser muy duro de carácter. Gaínza vino con nuevos auxilios enviados del Perú para el ejército realista que operaba en Chile, consistentes en doscientos soldados de línea, cuatro piezas de artillería, cincuenta mil pesos en dinero, sesenta mil en tabaco y otras especies.

Con estos elementos, a los que se agregó un batallón de seiscientas plazas de Chiloé, el nuevo Jefe realista reforzó el ejército acantonado en Chillán; y abrió, en seguida, operaciones contra las tropas chilenas, con tan buen éxito, que las derrotó en el punto llamado el Gomero; y a continuación el Comandante Elorreaga con una división española se apoderó de la plaza de Talca. Los miembros de la Junta Gubernativa que todavía permanecían en ella, pudieron

escapar a duras penas y regresar apresuradamente a Santiago.

En virtud de la ocupación de Talca por las fuerzas reales, quedó la división del Coronel chileno don Juan Mackenna sin comunicación con la del General en Jefe O'Higgins que estaba en Concepción. Esta circunstancia dejó expedito el camino de la Capital al Brigadier Gaínza. Marchó, pues, éste hacia Santiago: pero, al mismo tiempo, reuniendo cuantas fuerzas pudo, el valeroso y activo Coronel O'Higgins, corrió a cubrir aquella Capital. Del primero de los dos ejércitos que lograse cruzar el río Maule, debía ser probablemente la victoria.

La rendición de Talca causó gran exacerbación y alarma en Santiago, imputándose a la Junta Gubernativa los desastres sufridos. Se creyó y tomó incremento la idea de que se concentrase en una sola mano el ejercicio del Poder Ejecutivo. Para llevarla a cabo. el 7 de Marzo de 1814, se reunió el pueblo en la plaza mayor de Santiago, exigió la dimisión de la Junta; y se confió las atribuciones de aquel Poder al Gobernador ne Valparaiso Coronel don Francisco de la Lastra, con el título de Director Supremo.

En atención al inminente peligro que corría la Capital, el Coronel Lastra reunió cuantas fuerzas pudo, confiándolas a la dirección del Comandante don Manuel Blanco Encalada, militar chileno que había hecho sus primeras armas en la Metrópoli. Este valiente Jefe con su división se propuso sitiar a Talca; pero, habiendo desistido de su empeño, en vista de la resistencia de las fuerzas reales regidas por el Comandante don Angel Calvo, que ocupaban aquella plaza, fue perseguido por aquellas y derrotado en la llanura de Cancharrayada. El camino de Santiago quedaba, pues, otra vez, libre para el ejército del Brigadier Gainza.

Tanto este ejército, como el chileno comandado por O' Higgins llegaron casi al mismo tiempo a las orillas del río Maule. Uno y otro lograron cruzarlo; pero el activo e infatigable Jefe Patriota consiguió adelantarse, interponerse entre las tropas realistas y Santiago y cerrarlas el paso. En vano pretendió el Brigadier Gaínza romper las líneas del ejército chileno, pues fue rechazado en cuantos ataques hizo para el objeto. Proponíase, pues, el Jefe realista retroceder a Talca, cuando, repentinamente, recibió el Coronel O'Higgins orden del Gobierno de Santiago de suspender las hostilidades, y de reconocer el restablecimiento del Régimen Colonial, mediante completa sumisión a la Monarquía Española.

¿Cuáles fueron las razones fuertes y poderosas que indujeron al Gobierno de Santiago a una determinación tan urgente e inusitada, en el momento mismo en que se despejaba el horizonte tenebroso, y brillaba un rayo de fundada esperanza para el feliz éxito de los ideales de los patriotas chilenos? Sencillamente la recepción sucesiva de varias noticias funestas a los intereses de la Revolución. Tales como: las ventajas obtenidas por las armas realistas en varias Colonias

de América; las terribles derrotas de Vilcapugio y Ayohuma que sufrieron los patriotas argentinos, que permitían al Virrey del Perú enviar considerables refuerzos contra Chile; y los triunfos que las tropas españolas habían alcanzado en la Península sobre los tercios napoleónicos, lo que hacía presumir que el Gobierno de la Metrópoli enviaría, dentro de poco, gran número de tropas aguerridas y orgullosas para asegurar su dominio en las regiones de ultramar.

Por estas presunciones y temores más o menos fundados, el Director Supremo Coronel Lastra y sus consejeros, y con la mediación del Comodoro inglés Mr. Hillyar, aceptada por el Virrey Abascal, enviaron sus instrucciones a los Coroneles O'Higgins y Mackenna para entenderse con el Brigadier español Gaínza. El resultado de las conferencias habidas entre los primeros y el segundo, fue la celebración del tratado conocido con el nombre de Lircay, por haberse firmado a orillas de este río, el 3 de Mayo de 1814.

En virtud de este tratado, los chilenos reconocían la autoridad de Fernando VII, y mientras durase la ausencia de éste, la de la Regencia. Los españoles, por su parte, se convenían en dejar subsistente el Gobierno establecido en Chile después de la Revolución, y las leyes dadas por él, principalmente la que permitía la libertad de comercio, hasta que las Cortes Españolas, a las que Chile enviaría sus Diputados, resolviesen lo que estimasen conveniente. Se obligaban, además, a que las fuerzas realistas salgan de Talca y de la provincia la Concepción.

El tratado de que nos ocupamos, celebrado a la ligera y sin la debida reflección y madurez, no fue del agrado de los patriotas chilenos porque éstos aspiraban, a todo trance, a obtener su Independencia. Tampoco dejó satisfecho al Brigadier don Gabino Gaínza, temeroso de la responsabilidad que le sobrevendría, por no haber obtenido que las cosas vuelvan al mismo estado que tenían antes del grito de rebelión lanzado el 18 de Septiembre de 1810. Por esta razón, desde luego inaceptable, el mentado Brigadier eludió el cumplimiento del tratado, pues aun cuando abandonó a Talca, se acantonó en Chillán, esperando auxilios para renovar las hostilidades. Se ha calificado, y con fundamento, según nuestro criterio, de pérfida la conducta observada por Gaínza en esta ocasión; y el Coronel O'Higgins pidió permiso para castigarla.

Según uno de los artículos del tratado de Lircay, se estipulaba que los prisioneros de ambos ejércitos fuesen puestos en libertad. Mas, en virtud de un artículo secreto, se convino Gaínza en embarcar a los hermanos Carreras, que todavía continuaban presos en Chillán, en el puerto de Talcahuano y remitirlos a Valparaíso, porque el Gobierno chileno temía que aquellos con su influjo sublevasen el ejército. Así sucedió en efecto, pues los Carreras consiguieron fugarse, y aunque fueron perseguidos de orden de Lastra,

llegaron a Santiago ocultamente. Aprovechándose del descontento que había producido en las masas populares el inconsulto tratado de Lircay, valiéndose de su prestigio y eficazmente auxiliado por sus amigos, pudo fácilmente el Brigadier don José Miguel de la Carrera sublevar a gran parte de la guarnición de Santiago, destituir al Director Supremo, y crear una Junta de Gobierno cuya Presidencia asumió.

Sobrevino, en consecuencia, una deplorable guerra civil, que, en esta ocasión llegó a ser cruenta y de fatales resultados para la causa de la Independencia chilena. Muchas personas influyentes se dirigieron a O'Higgins para que fuese a la Capital a reponer el Gobierno destituído. El prudente O'Higgins, después de consultar a los Oficiales de su ejército, acordó desconocer la autoridad de la nueva Junta de Gobierno y marchar sobre Santiago con sus fuerzas. Carrera con las que pudo reunir le salió al encuentro, empeñándose un recio combate entre ambos, a orillas del Maipú, que le fue desfavorable a O'Higgins, pues tuvo que repasar este río, y prepararse a un segundo combate reorganizando sus tropas. ¡Lástima de sangre estérilmente derramada en una lucha fratricida!

Por fortuna terminó aquella contienda entre Carrera y O'Higgins, porque el Virrey Abascal se había negado a ratificar el tratado de Lircay; y como hubiese recibido de España el refuerzo de un batallón de infantería, el famoso Talavera, y una compañía de artillería, envió estas tropas a Chile, bajo el mando del Coronel don Mariano Osorio, disponiendo que este Jefe reemplazara al Brigadier Gaínza, que había perdido la confianza del susodicho Virrey.

Ante el peligro que amenazaba la causa que defendían ambos Caudillos, cesaron, según lo dijimos, las hostilidades. Y el Coronel don Bernardo O'Higgins, con un desinterés patriótico admirable, con una hidalguía digna de eterna remenbranza, ofreció a su rival don José Miguel de la Carrera ponerse a sus órdenes para rechazar de consuno al enemigo común. Este caudillo aceptó tan laudable proposición; y O'Higgins, cumpliendo con su promesa, reconoció al nuevo Gobierno de Santiago, y aceptó el mando de la vanguardia del ejército patriota.

Entre tanto, el nuevo Comandante en Jefe del ejército realista, Coronel de Artillería don Mariano Osorio, que había desembarcado en Talcahuano, organizó sus fuerzas en Chillán, las que ascendían a cinco mil hombres, y con ellas marchó hacia Santiago. En el camino recibió una comunicación del Virrey Abascal, ordenándole que regresara inmediatamente a Lima, porque la causa realista se hallaba en pésimo estado en el Perú, con motivo de la Revolución del Cuzco. Osorio desobedeció dicha orden, porque juzgó que la pacificación de Chile era obra de pocos días, y continuó avanzando.

El Coronel O'Higgins, por su parte, eligió, contra el parecer de Carrera, la línea del río Cachapoal para hacer fren-

te al enemigo, sin reflexionar que este río tiene tres pasos vadeables hasta por la infantería, y que no tenía otra retirada que la de la ciudad de Rancagua, lugar sin salida.

Efectivamente, las fuerzas de Osorio había atrevasado dicho río por el vado llamado de Cortes. Al amanecer del día 1º de Octubre de 1814, supo O'Higgins este suceso, y frustrado su plan de defenderlo, entró con sus columnas en Rancagua, donde se encontraba don Juan José Carrera. O'Higgins tomó inmediatamente el mando de la plaza.

Antes de describir la famosa batalla de Rancagua, que constituye una de las páginas más brillantes de la Historia de Chile y en que se pone de relieve el heroismo de O'Higgins y de sus soldados, debemos decir, que según el plan convenido entre éste y Carrera, mientras el primero, encerrado en la ciudad de ese nombre, con dos divisiones, debía hacer frente al ejército realista, el segundo con sus fuerzas debía caer sobre la retaguardia de los españoles, cuando más enfrascados estuviesen en el combate. "Los sucesos correspondieron al plan trazado, sólo que mientras O'Higgins peleaba denonadamente en Rancagua con las tropas de Osorio, Carrera se limitó a presenciar la lucha desde cierta distancia, y acabó por retirarse, dejando que su amigo y rival político se las compusiera como pudiese" (Coroleu–Obra citada).

En la biografía de don Bernardo O'Higgins, que se encuentra en la colección de "Biografías de Hombres Notables de Hispano–América", por don Ramón Azpurúa, describiendo la batalla de Rancagua, se dice:

"O'Higgins subió a la torre y observó. El enemigo se acercaba disciplinado y numeroso, a pasos agigantados. O'Higgins baja; distribuye sus cañones, sus capitanes y sus soldados; forma sus trincheras; y el primero de Octubre (1814) rómpese el fuego. El enemigo continuó avanzando, mientras su fusilería no se daba punto de reposo; poco después el ejército patriota estaba absolutamente rodeado por aquel; no había puerta de escape, y solo quedaban las esperanzas."

"La columna de Talaveras, la flor y nata de los enemigos, se lanzó denodadamente sobre las trincheras, hasta clavar sus bayonetas en la parte más alta de ellas. Fueron rechazados por la metralla. Siete ataques heróicos se sucedieron durante las treinta y un horas que duró el fuego."

"Ninguna noticia llegaba de las divisiones de los dos Carreras (don José Miguel y don Luis). O'Higgins envió a un valiente dragón, quien salió de la plaza y volvió a ella por los albañales de la población. O'Higgins había escrito: "Si cargan esas divisiones, todo está hecho;" y recibió esta contestación: "Al amanecer harán sacrificio estas Divisiones."

"Al amanecer del domingo dos de Octubre, O'Higgins desde lo alto de la torre contempla y escudriña con ansiedad infinita los horizontes. Todo está hecho si las Divisiones

llegan.! Pero nada.! Ni una nube de polvo que anuncie la aproximación de aquel socorro!"

"El desaliento empieza a extenderse entre sitiadores y sitiados. Montones de cadáveres llenaban los huecos que en las trincheras hacía el cañón. Una exclamación lanzada desde la torre apaga el fuego en toda la línea. Las Divisiones de Carrera se acercan. Todos estaban salvados.! O'Higgins observa y don Mariano Osorio toca retirada: divísase a lo lejos la bandera encarnada del Estado Mayor realista que huye."

"Carrera avanza, y empieza a romper la línea. O'Higgins ataca también. A las ocho de la mañana Rancagua será una gran victoria; pero a las doce se da desde lo alto de la torre la noticia de que Carrera huye con los suyos! En efecto, sus Divisiones tomaban precipitadamente la fuga: todo estaba perdido!

"Entonces el enemigo cobra bríos, reune sus hombres, fórmase de nuevo, y ataca vigorosamente. Su triunfo es seguro. La falta de municiones y de víveres, la falta de agua, el incendio de las casas, la muerte, hacen imposible una resistencia más larga. O'Higgins ordena que se reunan también sus soldados en el centro de la plaza; hácenlo así los pocos infantes que quedan en pie, montan a las grupas de los dragones, gritan ¡viva la Patria,! saludan a su bandera, y desesperados, irresistibles, como una metralla inmensa, salen de las trincheras por el costado Norte, rompen las compactas líneas de los sitiadores, y se salvan!"

Tal fue la legendaria batalla de Rancagua, que siempre constituirá un timbre de gloria para O'Higgins y sus soldados, aun cuando la victoria no haya coronado los heroicos esfuerzos que en aquella desplegaron esos valientes hijos de la que es hoy gran República Chilena.

En aquella memorable batalla, perdieron los patriotas más de mil quinientos soldados. Los miserables restos del ejército chileno, doscientos o trescientos hombres a lo sumo, lograron escapar junto con O'Higgins.

Las tropas españolas vencedoras se apoderaron de Rancagua; y en el recinto de esta desdichada ciudad cometieron tropelías y desmanes sin cuento, llevadas del furor que infundió en ellas la extremada resistencia que las opuso el valeroso ejército chileno.

Acerca de la conducta de don José Miguel Carrera en aquellas críticas circunstancias, del Caudillo ídolo del pueblo que fue de los primeros en levantar bandera contra la Madre Patria, dice el historiador Barros Arana que: "En aquella angustiosa situación, en que se resolvía la suerte de Chile, no estuvo a la altura de su puesto en la dirección general de las operaciones, y no tuvo un momento de valiente audacia que si no habría bastado para salvar la revolución, habría al menos salvado su nombre de la tremenda

censura de sus contemporáneos y de la posteridad" (Coroleu--Obra citada).

Con el decisivo triunfo de Rancagua, les quedó a las tropas españolas expedito el camino a Santiago. A esta ciudad se dirigió, pues, el vencedor Coronel Osorio, sin pérdida de tiempo; de suerte que el 4 de Octubre de 1814, las primeras avanzadas de su ejército empezaron a entrar en aquella. La ciudad estaba triste, solitaria y casi desierta, pues todos los patriotas chilenos, tanto los partidarios de Carrera, como los de O'Higgins, comprendieron que el único medio de salvación que les quedaba era el de abandonar el país. Siguióse, en consecuencia, el éxodo dolorosísimo de la mayor parte de ellos que, escoltados por las últimas reliquias del ejército chileno, al mando del Brigadier don José Miguel de la Carrera, cruzaron los Andes cubiertos de perenne nieve. Después de penalidades indescriptibles, y de sostener, diariamente, combates sangrientos y adversos, contra las fuerzas de Osorio, que perseguían, muy de cerca, a los fugitivos, lograron éstos refugiarse en la provincia argentina de Cuyo o Mendoza.

Vino, en seguida, la PACIFICACION de todo el territorio chileno, por las autoridades españolas adueñadas nuevamente de él; una PACIFICACION semejante a la que, un año después, puso en práctica el General español don Pablo Morillo en Venezuela y Nueva Granada; aun cuando, preciso es confesarlo, no hubo en Chile fusilamientos diarios de los personajes más connotados, como los hubo en esas desgraciadas Colonias, de orden de aquel inhumano General.

CAPITULO V

1815 y 1816

Los gauchos o gauderios.—Tentativa de rebelión en el ejército argentino.—Con este motivo Rondeau suspende su movimiento de avance.—El caudillo patriota Padilla en Presto.—Sorpresa de Tejada, en la que cae preso el Coronel Argentino Martín Rodríguez.—Ardid de que se valió éste para obtener su libertad.—Batalla de Humachiri.—Fin trágico de los revolucionarios del Cuzco.—Retirada del ejército real a Challapata.—El Coronel patriota Arenales ocupa a Cochabamba.—Acción de Venta y Media.—La expedición del General Morillo arriba a Puerto Santo en territorio Venezolano.—La cuarta división de esta expedición es remitida al Perú.—Pezuela toma la ofensiva.—Batalla de Sipesipe o Viluma, ganada por los realistas.—Retirada del ejército argentino.—Acción de Culpina, ganada por los patriotas.—Reorganización de las fuerzas de Rondeau.—Bloqueo del Callao por el Comodoro Irlandés Brown.—Muerte del Caudillo patriota Camargo.—El Virrey Abascal es reemplazado por Pezuela.—Refuerzos enviados de Lima al ejército que operaba en el Alto Perú.—Fin trágico del Caudillo patriota Muñecas.—Muerte de Padilla.—El General La Serna se hace cargo del ejército real.—Sucesos de la Argentina.—El Congreso de Tucumán.

Se recordará que en el mes de Diciembre de 1814, el General argentino Rondeau estableció su vanguardia en Yavi, compuesta de un batallón de infantería y de los GAUCHOS mandados por el valeroso salteño don Martín Güemes.

Como los gauchos, con su especial manera de guerrear, contribuyeron eficazmente a contener los avances de todas las expediciones peruanas realistas contra las provincias de ABAJO del Virreinato de la Plata, no nos parece inoportuno hacer conocer quienes eran aquellos seres excepcionales en su modo de ser y costumbres.

Los gauchos o gauderios habitan en las immensas PAMPAS argentinas; y los hay también en los campos de Montevideo y Maldonado, de los que se sirvió el famoso caudillo urugua-

yo don José Gervasio Artigas, en sus correrías y campañas.

El gaucho, este personaje típico del país argentino, es tan sobrio que se satisfase con un poco de agua y un trozo de carne. Su pasión favorita y mayor placer consisten en perseguir a los toros, caballos y avestruces. Es tan infatigable en este ejercicio que pasa las noches al aire libre, abrigado con su capa, o mejor dicho, poncho, tendido sobre la gualdrapa (SUDADERA) de su cabalgadura, y teniendo por cabezal o almohada el descarnado cráneo de un caballo.

Dominan en el gaucho los impulsos naturales. Le distinguen un ardor sin igual y una impetuosidad que no reconoce valla, así como una resistencia superior a todas las fatigas y un valor que desafía todos los peligros. Es indolente por naturaleza, y solo sale de ese estado a la vista de su caballo.

Este noble animal es el ídolo del gaucho, pudiendo decirse que pasa casi toda su vida a caballo, ocupado en capturar los que junto con los toros, en número incalculable, corren en estado de libertad por las inmensas pampas argentinas. Con la venta de estas presas en los mercados de los pueblos más inmediatos satisface el gaucho sus necesidades.

Usa ordinariamente el gaucho para enjaezar a su caballo una brida de cuero verde trenzado con anillos de trecho en trecho, y adorna con una especie de collar el cuello del animal; y no tiene empacho en gastar mil pesetas para adquirir una brida con adornos de plata y un collar del mismo metal. Los estribos de la montura o silla argentina son igualmente de plata, y el gaucho sólo apoya en ellos la punta de los pies.

Típica es también la indumentaria del gaucho. Para cabalgar calza las BOTAS DE POTRO, hechas con la piel fresca de dos piernas de caballo. Usa calzones de lienzo bordados en su parte inferior, camisa de lana o algodón, una pieza cuadrada de lana, llamada CHIRIPA, sujeta a la cintura con una faja bastante larga del mismo material o de seda, y poncho. Ciñe su cabeza con un pañuelo o la cubre con un sombrero muy estrecho y ligero, sujeto con un barboquejo. Son compañeros inseparables del gaucho un largo cuchillo con vaina, el látigo, el lazo de quince a veinte metros de largo, terminado en un anillo de metal formando un nudo corredizo, que sirve para cazar a los animales a la carrera; y por último las bolas, que comunmente son tres, de hierro, forradas de cuero, reunidas en un punto central, que se arrojan a los pies de los animales que se quiere derribar.

El gaucho, aunque ignorante en extremo, tiene una perspicacia extraordinaria; y es, además, sumamente hospitalario dando albergue a todo viajero que toca a las puertas de su miserable choza.

Debemos apuntar, también, que, al decir de algunos historiadores, de entre los gauchos salió una de las figuras más sombrías de la moderna historia de la Argentina, el tirano Rosas, que fue Presidente de aquella República, y debemos recordar con gratitud que el famoso escuadrón de GRANADEROS A CABALLO, compuesto de gauchos, a las órdenes del benemérito Comandante argentino don Juan Lavalle, contribuyó a la

Independencia del Ecuador. En efecto, dicho escuadrón habiéndose topado con toda la caballería realista en la pampa de Tapi, a las inmediaciones de Riobamba, hizo morder el polvo y derrotó a los jinetes españoles, el 21 de Abril de 1822. En esta acción, que fue precursora del espléndido triunfo de Pinchicha, tomaron también parte los DRAGONES colombianos mandados por el Coronel don Diego Ibarra.

Hablando de los gauchos, como soldados, dice el General español García Camba: "Los gauchos eran hombres del campo, bien montados y armados todos de machete o sable, fusil o rifle (carabina de caballería,) de las que se servían alternativamente sobre sus caballos con sorprendente habilidad, acercándose a las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría, que admiraban a los militares europeos, que por primera vez observaban aquellos hombres extraordinarios a caballo, y cuyas excelentes disposiciones para la guerra de guerrillas y sorpresas tuvieron repetidas ocasiones de comprobar. Eran individualmente valientes, tan diestros a caballo, que igualan si no exceden a cuanto se dice de los célebres mamelucos y de los famosos cosacos, porque una de las armas de estos enemigos consistía en su facilidad para dispersarse y volver de nuevo al ataque, manteniendo a veces desde sus caballos y otras veces echando pie a tierra y cubriéndose con ellos, un fuego semejante al de una buena infantería."

Reanudemos la narración. El General Pezuela, en vista de la aproximación de la vanguardia argentina al acantonamiento de su ejército, en Santiago de Cotagaita, envió al Coronel don Pedro Antonio Olañeta con una división para atacarla. Noticioso Güemes de este movimineto del enemigo, se separó de Yavi, se retiró a Cangregos, y continuó su repliegue hasta Humahuaca, donde se encontraba el cuartel general de Rondeau. Casi al mismo tiempo, o sea, a fines de Enero de 1815, dos escuadrones realistas recuperaron a Tarija con alguna pérdida de los patriotas.

El ejército argentino, al mando del General Rondeau, ascendía en aquella época a seis mil hombres, y se componia: de los batallones números primero, segundo, octavo y noveno, constando éste de ochocientos españoles de los prisioneros de Montevideo, de los batallones de cazadores y libertos, de dos escuadrones de caballería y de una numerosa artillería. El General Rondeau se proponía con tan brillante ejército atacar al de Pezuela, y es indudable que este Jefe se hubiera visto obligado a replegarse sobre el Desaguadero, dejando a discreción de los patriotas las vastas y ricas provincias del Alto Perú; pero un proyecto de insurrección del batallón número noveno, impidió a Rondeau la realización de este plan.

En efecto dicho Cuerpo compuesto según dijimos, de los españoles prisioneros de Montevideo, trató de sublevarse en Jujuy, apoderarse de la persona del General Rondeau, desarmar al número segundo, que también se hallaba en ese lugar y marchar a incorporarse al ejército de Pezuela. Descubierto, oportunamente, tan siniestro propósito, se lo frustró apresando a los Jefes promotores del fracasado complot; y desarmada,

en seguida, la tropa, fue remitida a Tucumán, bajo la custodia del expresado batallón número segundo. Por la misma tentativa de rebelión sufrieron igual suerte doscientos hombres del batallón número primero estacionado en Humahuaca; pues, habiéndose descubierto que este cuerpo se hallaba pronto a secundar el movimiento de los españoles, fueron desarmados y conducidos a retaguardia los soldados que no inspiraban confianza. Con tan inesperada disminución de fuerzas quedó el ejército argentino imposibilitado por de pronto de tomar la ofensiva contra las fuerzas realistas.

En aquellos mismos días, mediados de Enero de 1815, el valiente Caudillo patriota Padilla atacó a una compañía realista que se se hallaba en el pueblo de Presto, a 15 leguas de Chuquisaca. Al principio sufrió un rechazo Padilla; pero luego, vuelve furiosamente sobre ella, la desbarata, consigue matar al Capitán al Subteniente y a 16 soldados, pone en fuga a los demás, y por último obliga al Teniente don Felipe Claudio Rivero a entregarse a discreción con el resto de su gente. Padilla, después de este triunfo, se propuso acometer a Chuquisaca, auxiliado de una numerosa indiada; pero tan luego como se supo en el cuartel general realista estas noticias, se destinaron a aquella ciudad trescientos hombres para reforzar su guarnición. Con tal motivo el mencionado Jefe patriota se replegó a las montañas inmediatas, para emprender desde ellas nuevos ataques contra las fuerzas realistas, siempre que se presentase una ocasión oportuna para ello.

A su vez, el Coronel argentino don Martín Rodríguez, a quien el General Rondeau había confiado el mando de la vanguardia de su ejército, se había adelantado con cincuenta dragones al lugar llamado Tejada. Allí fue sorprendido por el Comandante realista don Antonio Vigil, que mandaba un escuadrón de cazadores, el 19 de Febrero de 1815; siendo el resultado de tal sorpresa, la muerte de un oficial y veinte individuos de tropa, y la prisión de los restantes, del mismo Coronel Rodríguez y otros Oficiales.

Este Jefe de acreditada reputación militar, como valiente, estaba dotado al mismo tiempo de astucia y sagacidad notables. Fingió, pues, hallándose preso en Cotagaita, que estaba decidido a abrazar el partido del Monarca español; y manifestó que tenía fundados motivos para asegurar que el General Rondeau entraría en algun amigable y decoroso acomodamiento acerca de este asunto de vital importancia. Creyendo el General Pezuela en las promesas y palabras del Coronel Rodríguez, no tuvo empacho, después de dos o tres conferencias personales que tuvo con él, en abrir relaciones con el General Rondeau, por intermedio del mismo Rodríguez. Al efecto, Pezuela le dió libertad y lo despachó, el 13 de Marzo de 1815, con pliegos para Rondeau, haciendo acompañar al emisario Rodríguez hasta Yavi, y manteniéndose el cuartel general en Cotagaita, en espera del resultado de esa misión. Claramente se comprende que lo que dejamos relatado no fue sino a ardid de que se valió el astuto Rodríguez para obtener su libertad; pues no llegó a verificarse

ningun avenimiento entre Pezuela y Rondeau, como se verá a su debido tiempo.

Si la fortuna no se mostraba muy propicia a las fuerzas reales en el Sur, no sucedía lo mismo en el Norte. Se recordará que el General Ramírez, después de ocupar a La Paz, se estableció en Arequipa. De esta ciudad marchó a Lampa, y continuó su movimiento en busca de los sublevados del Cuzco. Estos, capitaneados por don Mateo Pumacahua y don Vicente Angulo, el primero titulado ya Capitán General Inca, Marqués del Perú, y el segundo Teniente General Conde de la Estrella, esperaban a las tropas de Ramírez, en los altos de Humachiri y Santa Rosa, a orillas del río Llalli. Las fuerzas del Caudillo patriota se componían de más de quinientos hombres armados de fusil, de treinta y siete piezas de artillería y de unos veinte mil indios a pie y a caballo armados de picas, hondas y macanas.

En la mañana del 11 de Marzo de 1815, se avistaron los dos ejércitos beligerantes, y se trabó la batalla. El General Ramírez con sus tropas cruzó el rio Llalli, resistiendo un nutrido fuego de fusilería y artillería de parte de las tropas cuzqueñas. Una vez en la orilla opuesta, el ejército real arremetió impetuosamente a la muchedumbre de indios, que se desbandó a la primera acometida, arrastrando en su derrota a los soldados que hubieran podido resistir. Tal fue en síntesis la batalla de Humachiri, en la que triunfó conpletamente Ramírez, quien principió la PACIFICACION del Cuzco, mandando fusilar en el mismo campo de batalla a algunos Jefes patriotas que cayeron prisioneros. Los restos de las huestes de Pumacahua y Angulo pudieron escapar por las fragosas alturas de Macari y de la cordillera de Santa Rosa.

Para los historiadores españoles la batalla de Humachiri es digna de la Epopeya. En la Relación del Gobierno del Marqués de la Concordia, o sea del Virrey Abascal, se la describe larga y minuciosamente; y entre otras cosas, se dice:

"Que se compare esta acción con las antiguas y modernas que han dirigido los más hábiles Generales; que se examinen sus circunstancias y los gloriosos resultados de unas y otras, y se verá que por la desigualdad del número de los combatientes, por los obstáculos que los leales tuvieron que vencer, y por la calidad de unos y otros combatientes, casi todos parientes y relacionados por particulares intereses, la victoria de Llalli, o mejor dicho, de Humachiri, porque éste fue el nombre que le dió el vencedor, es un fenómeno extraordinario, un prodigioso presente con que la fortuna quiso señalar la acendrada lealtad y fidelidad de nuestros soldados cuzqueños."

No nesecitan comentario las antecedentes palabras. Ellas manifiestan la parcialidad del Virrey Abascal al narrar los hechos de armas de sus Tenientes; pues, no merecia tan hiperbólicas alabanzas, una victoria alcanzada por tropas veteranas y perfectamente armadas y equipadas, aunque poco numerosas, contra huestes indisciplinadas y provistas, en su mayor parte, solamente de hondas, lanzas y macanas.

Admirable es que al General Ramírez no se le hubiese agraciado con el título de Conde o Marqués de Humachiri (Cabeza-

fría); y así se desprende de las siguientes frases de García Camba: "Muchos títulos de Castilla se han concedido en España por merecimientos de la guerra; muy justamente obtuvieron: Goyeneche el de Conde de Huaqui; Pezuela el de Marqués de Viluma; y más posteriormente, La Serna el de Conde de los Andes; pero nadie que tenga conocimiento de la guerra del Perú dejará de admirar que una merced semejante no haya alcanzado el dignísimo General Ramírez."

En cuanto se recibió en Cuzco la noticia de la victoria de Humachiri, y cuando algunos Jefes patriotas se preparaban todavía a la resistencia, el 18 de Marzo de 1815 estalló en aquella ciudad una contrarrevolución, de cuyas resultas fueron presos los Caudillos de la Insurrección don José y don Vicente Angulo, Béjar, Becerra y Rosel. El Cacique Pumacahua, consiguió escapar del desastre de Humachiri con dirección al Cuzco, pero los indios de Ayaviri lo apresaron y lo entregaron al General Ramírez. Este le hizo pasar por las armas en Sicuani, y remitió su cabeza al Cuzco y su brazo derecho a Arequipa. Extraña suerte la de don Mateo Pumacahua, Cacique de Chincheros. Por los grandes servicios que prestó a la Causa Realista, tanto para develar la insurrección de Tupac-Amaru (Culebra-brillante), como la del Alto Perú en 1811, se confirió a Pumacahua el alto grado de Brigadier, y llegó a desempeñar el elevado puesto de Gobernador del Cuzco y Presidente interino de su Audiencia. Mas cuando quiso emplear su prestigio y su valor en pro de la Independencia del Perú, como la suerte de las armas le fue adversa, le quitaron la vida las mismas autoridades que le habían engrandecido; y no solo murió en un patíbulo el desgraciado Pumacahua, si no lo que es peor los sangrientos despojos de su cadáver fueron objeto de una exhibición macabra y horripilante. Censurable manera de la justicia de aquel tiempo de pretender ejemplarizar al pueblo, con actos que merecen el calificativo de bárbaros.

El 25 de Marzo de 1815, entrò el General don Juan Ramírez y Orozco con su división victoriosa en la antigua Capital del Imperio de los Incas; y el 29 del propio Marzo presenciaron los cuzqueños el terrible espectáculo del fusilamiento de don José Angulo, don Gabriel Béjar, don Vicente Angulo y de los cabecillas Becerra y Rosel.

El fin de los otros Caudillos de la Revolución cuzqueña fue, también trágico: don Mariano Angulo pereció en el combate de Huanta ganado por el Jefe español González; y don Manuel Hurtado de Mendoza fue asesinado por su misma gente, que, mandada por el Cacique Pacatoro, se había unido a los realistas al tener noticia de la derrota de Humachiri.

Debemos consignar el hecho de que si los realistas se mostraron tan severos en el castigo de los vencidos, y en especial en el del Brigadier Pumacahua, fue porque éste, había mandado fusilar en el Cuzco, al General don Francisco Picoaga y al Intendente de Arequipa don José Gabriel Moscoso, que, como se recordará, cayeron en poder de los revolucionarios, después de la derrota de la Pancheta.

Durante el tiempo que el General Ramírez permaneció en el

Cuzco, ocupado en el arreglo político y militar de la Provincia de ese nombre, el Coronel don Vicente González debelaba la insurrección en los partidos de Andahuailas y Abancay; y el Coronel de milicias don Francisco de Paula González, electo Gobernador Intendente de Puno, conseguía igual resultado en el de Chumbivilcas.

Tal fue el término de la imponente Revolución del Cuzco, que organizada de otro modo y dirigida por hombres menos ambiciosos y de más luces, hubiera derrocado para siempre el Poder Español en el Perú. Pero esta gran empresa estaba reservada al genio portentoso del sin rival don Simón Bolívar.

Mientras se verificaban estos acontecimientos, el cuartel general de Pezuela permanecía en Santiago de Cotagaita, donde, el 3 de Abril de 1815, se recibió contestación del General Rondeau a las comunicaciones que para éste condujo el Mayor General Rodriguez, según lo referimos. En dicha respuesta el Caudillo argentino se limitaba a manifestar que, por su parte, no tenía inconveniente en tratar del canje de prisioneros; y en una postdata que el mismo Rodríguez había escrito de su puño, se hacían indicaciones sobre la conveniencia de un arreglo amistoso, a fin de poner término a una lucha fratricida; pero no se sentaba ninguna base para el objeto.

A pesar de ello, el General Pezuela antorizó al Comandante en Jefe de su vanguardia para tratar con el General Rondeau acerca de los preliminares de un convenio de paz. En consecuencia, dicho Comandante, que lo era el Coronel don Pedro Antonio Olañeta, envió un Oficial parlamentario al General argentino, comunicándole, de una manera oficial, que se hallaba autorizado para tratar de la composición amistosa propuesta por el Mayor General Rodríguez.

Rondeau contestó que no tenía antecedente alguno de la COMPOSICION AMISTOSA de que Olañeta le hablaba; y que, en su correspondencia con el General Pezuela, sólo había tratado del canje de prisioneros. Con tal respuesta quedaba, pues, al descubierto el ardid de que el astuto Rodríguez se había valido para obtener su libertad. Pero aún sucedió algo más grave y fue lo siguiente: mientras venía la contestación de Rondeau, el mismo Coronel Rodríguez atacó personalmente con un batallón y bastantes jinetes a un escuadrón realista de cazadores avanzado en las rancherías del punto denominado Marqués; y el 17 de Abril de 1815 lo derrotó completamente, pudiendo apenas salvarse cuarenta soldados con su Comandante Vigil y algunos Oficiales realistas. Rodríguez había tomado la revancha del golpe que sufrió en el punto de Tejada, en el que cayó prisionero. En seguida, el General Rondeau se movió con todo su ejército sobre el frente de la vanguardia enemiga situada en Yavi.

El Coronel don Pedro Antonio Olañeta que la mandaba, comunicó este particular a Pezuela, participándole, al mismo tiempo, que se ponía en retirada en vista de la superioridad numérica del ejército argentino. En virtud de este aviso, y previa convocatoria de una Junta de Guerra, la que no estimó prudente aventurar una batalla, Pezuela resolvió la retirada del ejército real a Oruro para reunir mayores fuerzas, y volver so-

bre los patriotas, con probabilidades de buen éxito. En consecuencia, aquel ejército desocupó a Santiago de Cotagaita, y estableció su cuartel general en Challapata. Se retiró también la guarnición realista de Potosí, y se extrajeron las máquinas de la Casa de Modena, para impedir la acuñación de plata a los patriotas, y los caudales públicos. La ciudad de Chuquisaca fue también abandonada por las autoridades españolas, tan precipitadamente que ni siquiera se llevaron los fondos del Estado; pero su guarnición y la de Chayanta se incorporaron en el cuartel general. Antes de llegar el ejército real a Challapata, recibió Pezuela aviso oficial de que cuatrocientos hombres del batallón Talavera y algunas tropas más habían desembarcado en Arica a las órdenes del Coronel español don Rafael Maroto, procedentes del Reino de Chile; y que esta división, en breve, se pondría en marcha para Oruro.

Apenas las tropas realistas evacuaron a Potosí, el 26 de Abril de 1815, entró en ella el caudillo patriota Zárate con más de cuatro mil indios. Pocos días después llegaron a esa villa las tropas argentinas; y el mayor General Rodríguez partió, en seguida, con alguna fuerza a encargarse del Gobierno de Chuquisaca. A esta ciudad acudieron también con prontitud el Caudillo Padilla, otros de menor cuenta y el Coronel Arenales.

Este que, según se recordará, era español europeo que había abrazado la Causa de la Independencia, con la actividad que le era propia, aprestó en pocos días trescientos cincuenta infantes y quinientos caballos y un grupo considerable de indios. Con esta gente cayó impetuosamente sobre la capital de Cochabamba, la circunvaló, e intimó la rendición al Gobernador Intendente el Coronel Goiburu, conviniéndose éste en evacuar la ciudad, y dejar al Coronel Arenales las armas de la guarnición y cinco piezas de artillería con sus corespondientes municiones.

Apercibida la guarnición de los términos de aquel acuerdo se negó a entregar las armas. Aprovechàndose de tal coyuntura, el Comandante Velasco y algunos Oficiales se retiraron con esa tropa hacia el lugar llamado Paria; y en el camino recibieron un refuerzo de trescientos hombres que el General Pezuela remitió en su socorro, desde el cuartel general de Challapata, con la prevención de que se acantonasen en el lugar primeramente indicado, hasta nueva orden.

Al Norte del Desaguadero los sucesos de la guerra se presentaban bajo un aspecto más halagüeño para las armas españolas. En efecto, el Gobernador de Puno don Francisco de Paula González derrotó primero en las alturas de Paucarcolla, y luego en el cerro de Yasaca al Caudillo patriota don Mestrio Monroy, quien, abandonado de su gente que se dispersó del todo, y persiguido de cerca por los realistas, se suicidó de un pistoletazo. Sus dos compañeros Carreri y Carrión, tuvieron la mala suerte de ser apresados y fusilados inmediatamente.

No se desalentaron con estos desastres los belicosos habitantes de la provincia de Puno; pues bien pronto se reunie

ron hasta tres mil de ellos, en el pueblo de Azángaro. Allí los atacó y destrozó nuevamente el mencionado González. Este Jefe cometió la crueldad de guitar a los prisioneros en el mismo lugar del combate; y en consecuencia fueron pasados por las armas todos aquellos desgraciados a quienes les tocó en suerte el número fatal. Ni con tan horrible escarmiento cejaron en su patriótico empeño los tenaces hijos de la noble provincia de Puno, pues volvieron a reunirse nuevamente en el pueblo de Asillo, donde, por cuarta vez, los batió y dispersó por completo el Intendente González. Restábale a este destruir las fuerzas del impertérrito Caudillo patriota don Ildefonso Muñecas, Cura del Sagrario del Cuzco, que se hallaban en Huancané, para sofocar la revolución en todo el territorio de aquella Provincia. Luego veremos el trágico fin que tuvo tan activo y belicoso Sacerdote.

El General Pezuela entre tanto continuaba con su ejército en Challapata, en observación del ejército argentino, cuyo cuartel general permanecía en Potosí, extendiendo sus avanzadas hasta el punto denominado Llocalla. El 23 de Julio de 1815, llegó al campamento realista, procedente de Chile, el batallón de voluntarios de Castro, conocido también con el nombre de CHILOTES, porque se componía de naturales del Archipiélago de Chiloè, conduciendo treinta y dos cargas de armas, municiones y pertrechos que el Virrey Abascal había remitido a Arica en el pailebot MERCEDES. Este cuerpo, fuerte de cuatrocientas setenta plazas, regido por el Coronel don José Rodríguez Ballesteros, fue incorporado al famoso batallón TALAVERA, mandado por el Coronel don Rafael Maroto, que, procedente también de Chile, había llegado, anteriormente, a Challapata, a reforzar el ejército de Pezuela.

Nos permitiremos aquí una digresión. Despues del triunfo de Rancagua, en cuya célebre batalla tomó parte el batallón Talavera, los soldados que lo componían, cometieron tamaños desafueros y toda clase de atrocidades en la ciudad de Santiago de Chile. El inimitable escritor don Ricardo Palma, en su Tradición intitulada "Más malo que Calleja", reproduce la siguiente magistral octava del ilustre poeta don Andrés Bello, en la que hace la descripción del Talaverino:

"Devoto campeón de un rey devoto,
Védle del templo hacer taberna obscena,
Do la blasfemia, el desalmado voto
Y su habitual interjección resuena,
Do roba y pilla, y todo freno roto,
En los sagrados vasos bebe y cena,
Y ni a la madre de su Dios perdona
Arrancando a sus sienes la corona."

Continuemos el relato. El 26 de Julio de 1815, llegó también a Challapata la división del General don Juan Ramírez y Orozco, fuerte de dos mil hombres, después de haber debelado la revolución del Cuzco. Excusado es decir que dicha división fue recibida con grandes honores, agazajos y distinciones por el Ge-

neral Pezuela, quien dió un banquete espléndido en obsequio del referido General Ramírez y de sus Jefes y Oficiales.

El 8 de Agosto de 1815, se recibió en el cuartel general realista el correo de Lima, y por la correspondencia que trajo, se supo con disgusto y sorpresa que la expedición española a órdenes del Teniente General don Pablo Morillo, que el Rey Fernando VII había preparado para el Río de la Plata, había sido destinada a la pacificación de Costa Firme; y que solamente una parte de ella tenía orden de dirigirse, por el Istmo de Panamá, al Perú, y que, si venía a desembarcar en Arica, podía llegar a Oruro a fines de Septiembre del año indicado.

Súpose, igualmente, que el Coronel Arenales, Jefe de la provincia de Cochabamba, se había adelantado al pueblo de Sacaca, en el partido de Chayanta; que en la cabecera de éste, se encontraba el famoso Caudillo patriota Lanza con setenta fusileros y alguna indiada; que en San Pedro de Buenavista estaba Camargo con cuatrocientos infantes; y que el Mayor General Rodríguez ocupaba el pueblo de Macha con seiscientos jinetes. Con tales noticias supuso Pezuela que el propósito de los patriotas sería reunir todas aquellas fuerzas para, en el caso de que el ejército real se moviese sobre Potosí y Chuquisaca, atacar la villa de Oruro, centro de las comunicaciones de la Costa y de La Paz, y en la que existía un abundante y surtido parque.

Para resolver lo que fuere más conveniente a los intereses de la Causa Real, en vista de estas circunstancias, reunió Pezuela una Junta de Guerra, a la que concurrieron: el General Ramírez, su segundo en el mando, el Brigadier don Miguel Tacón, Mayor General del ejército, el Brigadier don Rafael Maroto, Coronel del Batallón Talavera, el Coronel don Casimiro Valdés, Comandante General de artillería, y el Coronel don Francisco Javier Mendizábal, que lo era del cuerpo de ingenieros.

En esta Junta discurrióse largamente acerca de si convendría que el ejército real marchase desde luego con dirección a Potosí, en busca de las fuerzas patriotas del General Rondeau para batirlas, dejando a Oruro en peligro inminente de caer en poder de los Caudillos arriba expresados, o sí sería preferible retardar aquel movimiento hasta el arribo de las tropas españolas que se esperaban de Panamá. Prevaleció este último dictamen, y, en consecuencia, Pezuela resolvió esperar el auxilio de dichas fuerzas para que el ejército real pudiece maniobrar desembarazadamente contra Arenales y contra Rondeau.

El General en Jefe realista recibió, poco después, noticias más detalladas sobre el plan de campaña del General argentino. Se proponía éste establecer un acordonamiento de tropas desde Llocalla a Paria, por Macha y Chayanta, para estrechar al ejército real, privándole de medios de subsistencia, caer repentina y sorpresivamente sobre Oruro, y realizar después un ataque general al ejército español. Para impedir este plan, Pezuela hizo salir para Venta—y Media al batallón PARTIDARIOS, al de Cazadores y a un regimiento de caballería, con el objeto de amenazar a Chayanta y paralizar los movimientos del Coronel Arenales por aquella parte. El mismo Pezuela se trasladó con

el resto de su ejército a Sorasora, como lugar más estratégico para proteger la villa de Oruro y el partido de Sicaisa, amenazados ambos puntos por grandes muchedumbres de sublevados; y cubrir al mismo tiempo a la ciudad de La Paz y la linea del Desaguadero; quedando en aptitud de acometer con prontitud al ejército argentino, si se presentaba una ocasión favorable para ello.

Estas disposiciones de Pezuela merecieron la aprobación del Virrey Abascal, en un oficio que éste le dirigió a aquel, con fecha 10 de Octubre de 1815. Como en su Relación de Gobierno el entendido Virrey juzga como un desacierto de Fernando VII el envío de la expedición de Morillo a Venezuela, en vez de mandarla a Buenos Aires, nos parece oportuno transcribir de dicha relación las palabras que siguen:

"Habiéndose servido Su Magestad variar de destino a la expedición del General Morillo, del Río de la Plata a Costa Firme, cuya noticia sabida por los insurgentes, les ponía en aptitud de enviar socorros de consideración al Alto Perú, no me quedaba otro recurso que buscar en la suerte de una pronta batalla la seguridad de estas provincias. Me aventuraría mucho, y en cierto modo sería una falta de decoro a la Magestad, si ignorando los motivos que decidieron la voluntad del Rey a preferir el Ataque de Cartagena, opinase abierta y decididamente por el Río de la Plata; pero en clase de opinión la mia hubiera sido siempre ésta y no aquella, la parte adonde debían concurrir las fuerzas de la Península."

"De toda la Costa Firme, solo Cartagena y la Isla Margarita se conservaban insurgentes. La primera, según me escribió el Virrey Montalvo desde Santa Marta, la tenía tan estrechada con el bloqueo por tierra que, si tuviese un par de buques que impidieran la entrada de víveres por mar, lo más que podría resistir serían sesenta días; y la segunda era una bicoca adonde se habian refugiado las últimas reliquias de los revolucionarios de aquellas provincias, tranquilizadas y contentas con el suave gobierno de don Juan Manuel de Cagigal; y por lo que correspondía al Reino de Santa Fe, tenía trazado mi plan, de que luego que se tranquilisasen las provincias del Río de la Plata, hacer navegar desde Valparaíso a Guayaquil la parte necesaria de la fuerza que quedase disponible para dirigirse por Quito y Popayán, aumentando su número con la que hubiese en ambos puntos para atacar y reducir el llamado Reino de Cundinamarca."

Sesudas nos parecen las reflecciones del Virrey Abascal, y ciertamente, en nuestro humilde concepto, fue un error de Fernando VII cambiar el rumbo o el destino de la expedición de Morillo; pero es incuestionable que de todos modos se hubiera consumado la Independencia de las Colonias Hispano-Americanas, porque así estaba decretado por la Eterna Providencia, que cabalmente se vale para la realización de sus grandiosos designios, de los errores de los hombres.

El ejército independiente, mientras tanto, se fue aproximando con mucha lentitud a los acantonamientos de las tropas reales.

A principios de Octubre de 1815, se presentó sobre Venta y Media que ocupaba la vanguardia enemiga, un gran golpe de caballería patriota, y después de cruzar algunos disparos con los cazadores realistas, se retiró llevándose dos heridos, siendo uno de ellos un fraile mercenario que, con sable en mano, se esforzaba por animar a sus compañeros.

El 20 de Octubre del año de 1815, se verificó en el mismo lugar de Venta y Media una acción reñida y sangrienta entre los dos beligerantes. El activo y valiente Mayor General Ramírez con cuatrocientos cincuenta cazadores y doscientos cincuenta dragones se propuso sorprender y atacar la vanguardia enemiga fuerte de novecientos soldados de los mejores del ejército realista que se encontraba en el paraje mencionado. Al efecto, al rayar la aurora del referido día 20 de Octubre, sorprendieron los patriotas a una de las avanzadas realistas compuesta de veinticinco cazadores, los cuales, tras una débil resistencia, fueron arrollados y degollados todos, a excepción de su Capitán, el después célebre Coronel Valdés, alias BARBARUCHO, que logró salvarse merced a la agilidad del caballo en que cabalgaba.

Al oir las detonaciones de los disparos que pudo hacer la referida avanzada, la vanguardia enemiga tomó las armas, y su Comandante Coronel Olañeta envió cuarenta cazadores más para sostenerla. Pronto toparon éstos en la llanura con un grupo de jinetes patriotas que los cercó y acuchilló en un instante, matando treinta y tres de aquellos e hiriendo a los siete restantes. En estas circunstancias, Olañeta mandó adelantar todo el batallón de cazadores, el cual se vió luego en gravísimo aprieto y tuvo que apelar a la formación del cuadro para defenderse de los jinetes patriotas, mientras acudieron a su socorro el batallón PARTIDARIOS y la caballería desmontada. Entonces se trabó un reñido combate que dió por resultado la dispersión de las fuerzas independientes, con la pérdida de cien hombres muertos y otros tantos prisioneros, amén de muchas cartucheras y trescientos fusiles que dejaron abandonados en el campo.

El 28 de Octubre de 1815, se recibieron en el cuartel general realista por correo extraordinario noticias de Europa venidas por Panamá a Lima en setenta y seis días desde Madrid. Por ellas se supo la derrota definitiva que había sufrido Napoleón en Waterloo; y lo que más interesaba a los realistas del Perú, la de que se aprontaba en España una expedición de veinte mil hombres contra Buenos Aires. Hablemos, a la ligera, de esta expedición tan esperada por los mencionados realistas.

Restituido Fernando VII al trono de sus mayores, después de terminada gloriosamente para España la guerra llamada de la Independencia, contra las invencibles huestes de Napoleón el Grande, pensó seriamente aquel Monarca en pacificar las extensas colonias hispano-américanas, que habían enarbolado el estandarte de la rebelión contra la Metrópoli, a fin de obtener su completa Emancipación de ella. Por indicación del Duque de Wellington, Fernando VII eligió al Teniente General don Pablo Morillo para Jefe de la expedición que envió con el objeto indicado.

Esta expedición la más numerosa y brillante que vino a América zarpó de Cádiz el 18 de Febrero de 1815. Se componía: de seis regimientos de infantería, del batallón CAZADORES DEL GENERAL, de algunas compañías de zapadores y de artilleros a pie, de dos regimientos de caballería, HUSARES DE FERNANDO VII y DRAGONES DE LA UNION, y de un escuadrón de artillería; formando un total de quince mil soldados veteranos de los que combatieron en Bailén, Albuera, los Arapiles, San Marcial y la Vitoria; y se cubrieron de gloria en los legendarios sitios de Gerona y Zaragoza.

En la expedición de Morillo vino don Andrés García Camba, en calidad de Ayudante Mayor del cuarto escuadrón de Húsares de Fernando VII. Hablando de ella, dice el referido García Camba:

"A mediados de Febrero se hizo la expedición a la vela, y continuó con felicidad la navegación. Rebasadas las Islas Canarias, se tardó poco en ver confirmada la especie de que el destino de la expedición era al Oeste, y esta novedad fue generalmente recibida con aplauso por la sola razón de que la navegación era más corta. El tiempo estaba claro y hermoso, la expedición que navegaba reunida, y no bajaba de setenta bajeles, presentaba a la vista el bello cuadro de una población ambulante, los buques se ponían con frecuencia al habla unos con otros, los amigos, los compañeros y los conocidos se saludaban casi diariamente y a bordo de todos los barcos había salud y buen humor."

".... Sin el menor contratiempo en la navegación, descubrió la expedición, a principios de Abril, la tierra del Nuevo Mundo que tantas vigilias costó al inmortal Colón, y cuya civilización costó también tantas vidas y tantos esfuerzos a la España. La lozana frondosidad de la elevada tierra que se presentó a la vista, causaba la más grata admiración a cuantos por primera vez la veían."

El 3 de Abril de 1815, arribó la expedición real a Puerto Santo, a barlovento de Carúpano, donde se hallaba la escuadrilla del afortunado, valiente y sanguinario Jefe realista don Francisco Tomás Morales, natural de las Islas Canarias, y segundo del feroz y valentísimo asturiano don José Tomás Boves, que murió de un lanzazo en la sangrienta batalla de Urica, librada el 5 de Diciembre de 1814, y que tan desastrosa fue para las armas de los patriotas venezolanos.

Cuando Morillo arribó a Puerto Santo, no encontró un solo enemigo armado en todo el territorio de la heróica Venezuela; pues Morales, después de haber tomado, tras recios combates, a la ciudad de Maturín, ocupó a Cariaco, Carúpano y Río Caribe; y el 15 de Febrero de 1815 se apoderó de Güiria, defendida por Bermúdez y Videau, quienes lograron escapar a la Isla de Margarita, último baluarte de las armas independientes en aquella aciaga época, y en la que gobernaba todavía el impertérrito General don Juan Bautista Arizmendi, natural de aquella Isla.

Morales instruyó a Morillo de lo adelantada que estaba la pacificación de Venezuela, y de los aprestos de que, en la actualidad se ocupaba, para reconquistar la Isla de Margarita. La primera operación del Pacificador fue ir personalmente con una

escuadrilla que conducía tres mil hombres entre españoles y criollos regidos por Morales, a aquella Isla para domeñarla.

"Cuando los soldados europeos, en esta corta travesía, vieron entre los buques de la expedición los pequeños barcos que conducían ochocientos hombres de los de Morales, naturales todos de Costa Firme, muy morenos .....no hay términos con que pintar la sorpresa que recibieron a la vista de un espectáculo tan nuevo para ellos" (Camba--Obra citada).

Comentando estas palabras, el notable historiador don Rufino Blanco--Fombona, dice: "Los puntos suspensivos sustituyen en esta edición (la de la obra de Camba), una calumnia y una injuria contra esos soldados de Venezuela que lo derrotaron a él y a sus compañeros de armas. Camba se burla, como quien no quiere la cosa, de la indumentaria de esos soldados que defendían a España y que España no supo vestir mejor....."

"Más tarde, es decir, después de 1814, estuvieron peor vestidos esos mismos soldados, ya al servicio de su patria y de ideas nobles como las de independencia y libertad. Y entonces fue cuando esos soldaditos de Venezuela, muy morenos y casi desnudos, que hicieron reir a Camba, llevaron sus harapos hasta los extremos meridionales del Continente, derrotando en todas partes a los europeos."

Sin ninguna oposición, Morillo se apoderó de la isla de Margarita; pues Arizmendi, conociendo que era imposible toda resistencia, tuvo la cordura de someterse a los invasores y obtuvo un salvoconducto de aquel. El General don José Francisco Bermúdez, siempre audaz y arrojado en extremo, censuró la resolución de sus conmilitones; y metiéndose en una pequeña embarcación, pasó por en medio de la escuadra española, compuesta entonces de ochenta y cinco buques, y después de haber recorrido algunas pequeñas Antillas, fue a parar en Cartagena.

"Con el salvoconducto que Arizmendi había obtenido se presentó en Pampatar. El General Morillo se esmeró en distinguirlo y le convidó a una comida y un baile, con que se propuso obsequiar a la Coronela Morales, prisionera y detenida en la Asunción, desde antes del arribo de la expedición peninsular, y que con la toma de la isla Margarita acababa de ser rescatada" (García Camba--Obra citada).

En nuestra obra "Cuenca en Pichincha" nos ocupamos largamente de las operaciones del ejército expedicionario en Venezuela y Nueva Granada, desde que arribó a Costa Firme, hasta el 17 de Diciembre de 1820, fecha en que el Pacificador don Pablo Morillo se hizo a la vela para Cádiz, sin haber conseguido su objeto. Muy al contrario, en la época de su regreso, se había independizado ya la Nueva Granada, después del espléndido triunfo de Bolívar en el histórico puente de Boyacá; y el célebre Congreso de Santo Tomás de Angostura, satisfizo los ardientes y constantes deseos del Libertador, expidiendo la Ley Fundamental de la Gran República de Colombia el 17 de Diciembre de 1819. Lo más curioso es que Morillo, que dejó agonizante el poder español en el inmenso territorio que vino a

PACIFICAR, se separó del Nuevo Mundo cargado de honores, pues se le concedieron los altos títulos de Conde de Cartagena y Marqués de La Puerta, y desempeñó, después, elevados cargos en España.

Consecuentes con el objeto del presente libro, bástenos decir, que fondeada todavía la expedición en Pampatar, se recibieron órdenes de la Corte de Madrid para que se remitiese, por la vía de Panamá, un refuerzo al ejército del Perú; y fue designada para el objeto la cuarta división que mandaba el Brigadier don Juan Manuel Pereira. Componíase ésta del regimiento de infantería de Extremadura, fuerte de ochocientos hombres, bajo el mando del Coronel don Mariano Ricafort, y en el que servía de Teniente don Baldomero Espartero, que, andando el tiempo, llegó a ser Capitán General, Regente de España, Conde de Luchana y Príncipe de Vergara; del cuarto escuadrón de HUSARES DE FERNANDO VII, regido por el Teniente Coronel don Joaquín Germán, al cual pertenecía el entonces militar subalterno don Andrés García Camba; del cuarto escuadrón de DRAGONES DE LA UNION, a las órdenes del Coronel don Vicente Sardina, uno de los Tenientes del famoso guerrillero español don MARTIN DIEZ EL EMPECINADO; de una compañía de Zapadores y de otra de artillería.

"Durante la corta permanencia de esta tropa en Panamá, dice Camba, la curiosidad natural suscitaba con frecuencia conversaciones sobre Lima y el Perú, cuya animada descripción oían sus individuos embelesados. Parecíales fabulosa a los nuevos europeos la existencia de una población donde nunca llovía, ni hacían fuertes vientos, ni tronaba, ni se sentía tanto calor que no se pudiera soportar la ropa de paño, ni tanto frío que fuese absolutamente necesaria la capa; pero se afirmaba al mismo tiempo que se padecían peligrosas disenterías, y se sentían con frecuencia temblores de tierra. Sin embargo era vivo el deseo que todos alimentaban por llegar pronto a conocer la célebre ciudad de los Reyes, capital actual del antiguo Imperio de los Incas."

El 14 de Septiembre de 1815 todas las tropas españolas que habían salido de Panamá llegaron al Callao, y en seguida se dirigieron a Lima, donde sus habitantes las recibieron con honores, distinciones, curiosidad y admiración, por los lujosos uniformes que llevaban, y por el renombre que habían adquirido venciendo a las invencibles huestes napoleónicas. El Virrey del Perú, don José Fernando Abascal Marqués de la Concordia, salió también a recibirlas fuera de la puerta que llaman del Callao.

Habíase prometido a la tropa expedicionaria en España, para llevarla gustosa al otro lado de los mares, pagarla sus sueldos atrasados devengados en la Península, y abonarla, además, en dinero la ración de vino correspondiente al tiempo de la navegación. No habiéndose cumplido con tal oferta con la prontitud debida, a consecuencia de la escasez de los fondos públicos, dicha tropa se amotinó, el 7 de Noviembre del año mencionado, pidiendo en actitud sediciosa el pago de lo que se les adeudaba. Este incidente terminó sin derramamiento de sangre, merced a los hábiles y prudentes manejos del Brigadier don Juan Manuel Pereira, del Comandante Germán y de los demás

Jefes de la división amotinada, y principalmente a la intervención oportuna y personal del Virrey, Marqués de la Concordia.

El ejército auxiliar recientemente llegado a Lima se estacionó en esta ciudad, para marchar después a unirse con el del Alto Perú, comandado por Pezuela. Es tiempo pues de que reanudemos el hilo de la narración de las operaciones de este último ejército.

Después de la acción de Venta y Media, librada, según se recordará, a principios de Octubre de 1815, continuaban las fuerzas reales en Sorasora, y las del General Rondeau ocupaban el inmediato partido de Chayanta. El General Pezuela, tomando en cuenta que la estación de las lluvias estaba próxima; que las fuerzas de Lanza, Zárate y otros caudillos patriotas podían apoderarse de ciertos lugares importantes, para cortar la línea de las comunicaciones de los realistas con el resto del Perú; que las tropas españolas, que acababan de llegar a Lima, habían de tardar mucho en reunirse al ejército del Alto Perú; y principalmente, que desembarazado el Gobierno de Buenos Aires del inminente peligro que le amenazaba, la expedición de Morillo, destinada ya a Costa Firme, podía reforzar las tropas del General Rondeau; tomando en cuenta todas estas causas, Pezuela, lo repetimos, determinó acelerar los aprestos necesarios para tomar la ofensiva, buscando decididamente al ejército argentino.

Así lo verificó el General en Jefe realista, y después de varias marchas y contramarchas, acampó con su ejército en la hacienda de Viluma, al pie de las lomas de este nombre; y avistó a las tropas argentinas que se hallaban situadas en la pampa de Sipesipe.

El día 29 de noviembre de 1815, se empeñó en aquel lugar una batalla, en la que el ejército patriota mandado por el General Rondeau llevó la peor parte, pues fue completamente derrotado por las tropas reales, con pérdida de quinientos muertos, mil heridos, ochocientos prisioneros, once piezas de artillería y mil quinientos fusiles. Las bajas de los españoles fueron muy cortas, pues se redujeron a cinco oficiales y treinta y dos soldados muertos y ciento noventa y ocho heridos.

La retirada de los vencidos, dice Mitre, aunque la persecución no pasó de tres horas, fue desordenada, casi individual; nadie mandaba, nadie obedecía.

La batalla de Sipesipe o de Viluma, como la llamó el vencedor, fue, después de la de Huaqui, la más desastrosas para los independientes, por las considerables pérdidas que éstos sufrieron. El General Pezuela obtuvo por esta victoria el título de Marqués de Viluma, siendo ascendido, además, a Mariscal de Campo; y don Juan Ramírez lo fue a Teniente General.

Al día siguiente de la batalla de Viluma, las tropas ligeras al mando de don Pedro Antonio Olañeta, hecho ya Brigadier, marcharon en persecución de los derrotados, y con el objeto de ocupar también a Potosí. Este Jefe hizo algunos prisioneros, recogió varios fusiles, y supo que el General Rondeau, que había sido herido en el combate, con su segundo el Coronel Cruz y otros Jefes argentinos, se retiraban hacia el lado de

Chuquisaca, solamente con cuatrocientos hombres, de los cuales casi la mitad iban desarmados.

El General Pezuela descansó dos días en Sipesipe; y el 2 de Diciembre de 1815 se puso en marcha para Cochabamba, donde estableció su cuartel general. El 6 del mismo mes, el Teniente General Ramírez marchó con una división a Chuquisaca con el encargo de restablecer el Régimen de la Metrópoli que, por tercera vez, había sido derrocado por los hijos de aquella patriótica Provincia. El 16 de Diciembre del propio año Olañeta ocupó a Potosí, donde llegó, poco después, con el carácter de Gobernador titular don Miguel Tacón, ascendido también a Mariscal de Campo. Este Jefe realista es el mismo que ejercía la Gobernación de Popayán, cuando estalló el glorioso grito de Independencia en Quito, el 10 de Agosto de 1809.

El año de 1815 debe considerarse como uno de los más nefastos para la causa de la Independencia Sud América. Puede decirse que desde las costas del mar Caribe hasta el nevado y rico Potosí flameaba de nuevo la triunfante bandera española; y solamente en las Provincias de Abajo del Río de la Plata, se mantenía enhiesto el pendón de la causa Emancipadora.

El Brigadier Olañeta, con la división de vanguardia, continuó hacia el Sur de la provincia de Potosí, la persecución de los patriotas derrotados en Viluma. Mientras tanto el Generel Rondeau había reunido en Tupiza mil hombres, pero en vista del avance de la división de Olañeta se puso en retirada para Suipacha, dejando un pequeño destacamento de observación en la angostura de Salta, destacamento que fue sorprendido y dispersado por la vanguardia enemiga.

Con este nuevo contratiempo Rondeau se replegó sobre Jujuy; y Olañeta ocupó a Suipacha y Libilibi. Pezuela reforzó la división de su vanguardia con un regimiento mandado por el Brigadier don Antonio María Alvarez. Cerca de la hacienda que lleva el nombre de Culpina, cuyo terreno es a propósito para que pudiese maniobrar la caballería, le esperaba el valiente Comandante patriota La Madrid con un escuadrón y una numerosa indiada capitaneada por el no menos valeroso Caudillo independiente Camargo.

En la pampa de Culpina, se trabó un encarnizado combate, el 31 de Enero de 1816, en el que fue derrotado el Jefe realista Alvarez, viéndose obligado a replegarse sobre Cinti, por el camino más corto que le ofrecía la profunda quebrada de Uturungo de escarpados y casi inaccesibles bordes, lo que verificó sosteniendo el 2 y 3 de Febrero de ese año varios y adversos choques con las denodadas fuerzas de La Madrid y Camargo. Estos persiguieron a los enemigos hasta el mismo pueblo de Cinti, compeliendo a Alvarez a retirarse sucesivamente a Santiago de Cotagaita, Moraya y Mojos, donde logró al fin acantonarse con los restos de sus fugitivas huestes.

La rota de Viluma no abatió tanto los ánimos de los Independientes, como las anteriores de Huaqui, Vilcapugio y Ayohuma. Al contrario la confianza en el triunfo de la Causa que defendían se había robustecido y afirmado mucho más; pudiendo decirse que las fuerzas argentinas, como el fénix de la fábu-

la renacían de sus propias cenizas, o mejor dicho de sus propias derrotas.

En efecto el Gobierno de Buenos Aires levantó un nuevo ejército, a lo cual coadyuvaron varios Jefes patriotas. Los mil hombres salvados del desastre de Sipesipe pudieron concentrarse en Jujuy, a los que se reunieron otros tantos enviados por aquel Gobierno a órdenes del General French. La provincia de Salta se levantó en masa, y su Gobernador don Martín Güemes proporcionó una división de los afamados gauchos para cubrir la vanguardia. El Coronel Campero, Marqués de Yavi, organizó a su costa un batallón; y por último en Buenes Aires se armaron otro y dos compañías de dragones para salir a campaña.

Arreglados los negocios del Gobierno de Cochabamba, el Mariscal de Campo don Joaquín de la Pezuela estableció su cuartel general en Potosí, a donde llegó también procedente de Chuquisaca el Teniente General Ramírez con su división, y continuó la marcha a Santiago de Cotagaita.

El Coronel realista don José Santos La Hera se había encargado interinamente de la Presidencia de Charcas, y el batallón del Centro hacía la guarnición de Chuquisaca. El célebre Caudillo patriota Padilla, habiendo engrosado considerablemente sus fuerzas con oficiales y soldados de los dispersos de Viluma empezó a moverse con notable actividad sobre Chuquisaca; y el 9 de Febrero de 1816, la acometieron con tanta confianza, que no tardaron en penetrar osadamente en algunas calles de la ciudad; pero el Coronel La Hera y su ayudante don Felipe Ribero con las fuerzas de que disponían lograron rechazar a Padilla y los suyos, causándoles alguna pérdida.

Pezuela, sabedor de lo que ocurría en la provincia de Charcas, remitió a Chuquisaca el batallón del General. La Hera con este refuerzo salió en persecución de Padilla, quien le esperó en la Laguna, y fue, de nuevo, batido en esta villa, en la que se detuvo el Jefe realista algunos días con el fin de favorecer las operaciones del Coronel Aguilera en Valle Grande.

Con todo la Revolución tomaba gran incremento en la provincia de Charcas, las comunicaciones con Lima estaban interrumpidas, y escaseaban las municiones y los recursos en la Laguna. Para poner algún remedio a tan perentorias necesidades, La Hera remitió a Chuquisaca la compañía de tiradores del Centro, la cual tuvo que regresar al punto de partida, porque fue atacada vigorosamente por un grupo de patriotas. Entonces La Hera dió la misma comisión al Comandante don Pedro Herrera, con la mayor parte del batallón del General. El Caudillo patriota Serna atacó con tanto denuedo y bizarría a esta tropa, que obligó a capitular y entregarse prisionero al mencionado Herrera con todos los suyos. Lo sensible fue que Serna mandó dar la muerte a aquel Jefe y a los demás oficiales y soldados que habían caído en su poder; con lo que se encrudeció bárbaramente la guerra. Dos días después de este sangriento suceso, y en cuanto tuvo noticia de él, La Hera resolvió replegarse a todo trance a Chuquisaca, como así lo verificó, teniendo que batirse casi diariamente con las fuerzas patriotas hasta llegar a aquella ciudad.

A principios de Enero de 1816, se presentó en la boca

del puerto del Callao una escuadra compuesta de cuatro buques de guerra al mando del famoso Comodoro Irlandés William Brown, con el objeto de bloquearlo. Se recordará que este audaz marino, el 16 de Mayo de 1814 destruyó completamente la escuadra realista que defendía a Montevideo, lo que dió por resultado la rendición de este puerto a las armas argentinas mandadas por el General Alvear, que la ascediaba por tierra. Aquella plaza era considerada por el historiador Torrente como el paladión de la Autoridad Real en la América Meridional.

Después de este glorioso hecho de armas, el Gobierno de Buenos Aires destinó a que cruzara el mar Pacífico, la escuadrilla de Brown. Este audaz marino, doblando el Cabo de Hornos, empezó a surcar con su flota las aguas del Grande Océano; y se presentó, según lo acababamos de referir, frente a la plaza fuerte del Callao. Durante el bloqueo de ella, que fue de corta duración, Brown tuvo la suerte de apresar dos fragatas mercantes, la CONSECUENCIA, procedente de España, y la CANDELARIA, de Chile. En la primera, que traía un rico cargamento, fueron aprisionados varios pasajeros, y entre ellos don Juan Manuel Mendiburu, nombrado Gobernador de Guayaquil.

La primera noticia que tuvo el Virrey del Perú de que una escuadra cruzaba entre las islas de las Hormigas y el Callao, aunque sin dejarse ver de tierra, la recibió del subdelegado de Chancay, con referencia a los prisioneros que habían logrado escaparse de dichas islas y arribar a ese lugar en una lancha. Abascal, en virtud de esta nueva, dictó inmediatamente las órdenes oportunas para la vigilancia y defensa de la costa, aumentó la guarnición de los fuertes del Callao con soldados del batallón Extremadura, mandó que los buques surtos en el puerto se acoderasen de la manera más conveniente, a juicio del Jefe del apostadero; y adoptó otras medidas tendientes a rechazar el ataque de la escuadra bloqueadora.

El 21 de Enero de 1816, a las tres y media de la tarde, se divisaron los cuatro buques de Brown con banderas desplegadas, a la distancia de cuatro leguas al Oeste del Callao. A las cuatro de la mañana del día siguiente, el audaz marino irlandés atacó con cinco o seis botes armados, apoyados con una fragata y un bergantín, la escuadrilla real, pero fue repelido por ésta. Repitió Brown su arremetida en la noche del 27 de Enero del mismo año, bajo la protección de uno de sus buques mayores a la vela; pero después de un largo y nutrido fuego de cañón y de fusilería, fue también rechazado, con la pérdida de algunos muertos y heridos y probables averías en el buque que con más tenacidad sostuvo el combate.

Después de estos sucesos, Brown tomó rumbo hacia el Norte, y bloqueó y quizo apoderarse de Guayaquil, siendo completamente vencido y aún hecho prisionero, habiendo obtenido su libertad, mediante el canje de su persona con los presos que traía a bordo de su escuadrilla, entre los cuales estaba el nuevo Gobernador de aquella plaza Mendiburu, según antes lo relatamos. Vuelto Brown al mando de su escuadra hizo rumbo hacia la costa de Panamá, mientras los buques armados españoles

se hallaban en la de Chile, en persecución de aquel activo y valiente marino.

Volvamos a narrar las operaciónes del ejército de Pezuela. De Potosí marchó éste a Santiago de Cotagaita, donde llegó y se acantonó el 24 de Marzo de 1816. Poco antes había dirigido el General en Jefe realista una comunicación al Virrey, en la que le exponía que no contaba con las fuerzas suficientes para dar mayor extensión a sus operaciones, y concluía pidiendo que se remitiesen las tropas peninsulares que se hallaban en Lima, y habían formado la cuarta división del ejército expedicionario de Morillo.

Abascal le contestó que de esta tropa sólo podía enviar los dos escuadrones de Húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión, después de la estación de las lluvias, tentando el arbitrio de que fuesen por tierra. Al mismo tiempo el Virrey comunicó a Pezuela que una expedición de dos mil hombres, había zarpado de Cádiz en Noviembre de 1815, directamente al Callao, compuesta de los batallones BURGOS, GERONA y CANTABRIA; y que en cuanto llegasen a su destino, enviaría los dos primeros y el batallón Extremadura al cuartel General de Cotagaita.

Mientras Pezuela esperaba en este lugar el refuerzo pedido, una columna realista, compuesta del Batallón CASTRO y setenta caballos descubrió cerca de la hacienda Culpina que las fuerzas del Caudillo Camargo se habían posesionado de un cerro áspero y de muy difícil acceso.

Ideando se hallaba el Jefe de aquel batallón la manera de desalojar a Camargo de la formidable posición que ocupaba, cuando se le presentaron dos indios desertores del campamento de éste, y dieron noticias puntuales de la fuerza de los patriotas y de sus preparativos de defensa. Y uno de ellos, se ofreció a servir de guía para que la tropa realista ganara sigilosamente la cumbre del cerro, donde acampaban los independientes.

Fácil le fue, en consecuencia, al Jefe del batallón Castro, caminando, durante toda la noche, por la ruta indicada por el traidor y felón indio que hacia de guía, situarse a la madrugada del 3 de Abril de 1816, en un lugar que dominaba completamente el campamento de los patriotas, sin que nadie le sintiera. Fueron éstos, en seguida, atacados de improviso con tal ímpetu de parte de los enemigos, y tanta sorpresa de los independientes que no acertaron ni pudieron defenderse, y se dieron a la fuga en la dirección que les era posible; dejando en el campo gran número de muertos y heridos, contándose entre los primeros al denonado Camargo, al Caudillo Villarrubia y once oficiales más. La muerte del Coronel Camargo fue una pérdida irreparable para la causa de la Emancipación por el valor, la actividad y notoria influencia de aquel Caudillo en el fértil y extenso valle de Cinti y todos sus alrededores. En cambio aquella muerte causó gran contento a los Jefes realistas; y fue tal su insana y censurable alegría, que como un trofeo glorioso, fue remitida la ensangrentada cabeza del malogrado Coronel Camargo al cuartel general del ejército español; y allí se la mantuvo expuesta al público, durante largas horas. Actos de la naturaleza del que

acabamos de relatar no produjeron otro efecto, que el de engendrar el odio de los americanos a los españoles, y el de encender en el corazón de todos ellos el santo amor a la Libertad y a la Independencia.

El 14 de Octubre de 1815, Fernando VII expidió una Real Orden, en la que mandaba que el General Pezuela relevase interinamente al Marqués de la Concordia don José Fernando Abascal en los cargos de Virrey y Capitán General del Perú; y al mismo tiempo nombraba al Teniente General don Juan Ramírez y Orozco Presidente del Reino de Quito, en reemplazo de don Toribio Montes. El 10 de Abril de 1816, recibiéronse estas noticias en Santiago de Cotagaita, por correo extraordinario, con expresa prevención del Virrey Abascal para que Pezuela entregase el mando del ejèrcito al General Ramírez, hasta el arribo del Mariscal de Campo don Estanislao Sánchez Salvador, que debía haber salido de la Península en Noviembre de 1815, con dos mil hombres, para ponerse al frente del ejército del Alto Perú. Como veremos, después, no fue Sánchez Salvador sino La Serna quien vino de España con ese objeto.

El 13 de Abril de 1816, se recibió, asimismo, en el cuartel general realista una comunicación del Brigadier Olañeta, participando haber entrado en la villa de Tarija, que había sido evacuada por los patriotas.

En las provincias que se hallaban a la retaguardia del ejército español, menudeaban entre tanto las partidas revolucionarias en pro de la Independencia. Una de ellas se había apoderado de una fuerte posición en el lugar de Ayopaya, en la provincia de Cochabamba. Atacada por una columna realista, no supo su Jefe resguardarse de las muchas galgas, grandes piedras, que hicieron rodar sobre ella los patriotas, quienes mataron diez y seis hombres, y pusieron el resto en precipitada fuga.

El Mariscal de Campo don Joaquín de la Pezuela, electo Virrey del Perú, salió de Santiago de Cotagaita con dirección a Lima, el 15 de Abril de 1816. El ejército que dejaba no podía emprender ninguna operación de importancia por su frente, ora porque tenía empleada parte de su fuerza en pacificar las provincias de retaguardia, cuyos habitantes se levantaban diariamente en armas contra el Régimen de la Metrópoli; y ora, también, por escaséz de municiones. La falta de éstas era tanta, que el primer pedido que hizo el Teniente General Ramírez, encargado ya interinamente del mando del ejército real, al Virrey, fue el de quinientos mil cartuchos de fusil; demanda que fue satisfecha inmediatamente por aquel funcionario, pues remitió a Arica trescientos noventa quintales de pólvora, para que con el plomo que allí se conseguía muy barato, se fabricasen los respectivos cartuchos.

Había ocurrido un nuevo alzamiento de los indios de Puná y de San Lucas, quienes en gran número se habían apoderado del cerro de Ñuqui, lugar estratégico, distante cinco leguas de Vitiche; y desde el cual podían invadir fácilmente el camino real de Potosí, para cortar toda comunicación entre esta villa y el cuartel general de los españoles. Para evitar este grave in-

conveniente, salió el 25 de Abril del año indicado de Cinti el batallón real Castro, con el objeto de desalojar a los snblevados.

Apenas abandonó este cuerpo aquel lugar, sus indomables y tenaces habitantes se levantaron en armas. El Subdelegado marchó contra ellos con alguna tropa; y, habiendo caído en una emboscada, le derribaron de una pedrada de su caballo, lo cogieron y lo acabaron de matar.

En cambio, el Comandante del batallón Castro, después de haber desalojado dos veces del cerro de Ñuqui a los patriotas, tomándoles algunos prisioneros, cometió la barbaridad, no solo de dar muerte a éstos, como era ya costumbre en uno y otro beligerante, sino la de mandar incendiar al pueblo de San Lucas. ¿Cuál fue la causa de tan excecrable atropello? La de castigar, diz que, la rebeldía de sus habitantes! Como si fuese monstruoso crimen la légitima aspiración de los pueblos a conseguir su Emancipación de la Metrópoli.

A principios de Mayo de 1816, salieron de Lima para el Alto Perú los escuadrones de Húsares de Fernando VII y de Dragodes de la Unión. El Virrey Pezuela llevaba el mismo camino desde Santiago de Cotagaita. Unos y otros tenían que caminar cosa de quinientas leguas, en sentido inverso, atravezando las provincias de Potosí, Oruro, La Paz, Puno, Cuzco, Huamanga, Huancavelica y parte de la de Lima. Al llegar el Virrey electo a Huamanga se encontró con los escuadrones europeos que lo recibieron de gran parada, continuando el primero su marcha a Lima, en la que hizo su entrada pública y solemne el siete de Julio del año indicado, y los segundos la suya hacia el cuartel general acantonado en Santiago de Cotagaita.

Poco antes se supo en este lugar que se hallaba en Panamá con destino al Perú un refuerzo de tropas europeas, y que el Mariscal de Campo don José de La Serna, con alguna fuerza, había zarpado de Cádiz, nombrado General en Jefe del ejército real del Perú, en lugar del General Salvador.

Con todos estos refuerzos, cuya pronta llegada esperaban y con el regimiento de infantería Extremadura que había salido de Lima, de orden del nuevo Virrey, para engrosar el ejército de operaciones, se creyeron los realistar invencibles. En tal concepto, continuaron matando a los prisioneros, creyendo imprudentes y engañados, que con estas crueles medidas, pronto se apagaría el incendio revolucionario en el Alto Perú. En efecto, en dos encuentros que tuvieron con los patriotas los españoles en el cerro de Ñuqui y en una quebrada inmediata a él, apresaron éstos a veintiseis de los primeros, a quienes en seguida los mataron a palos. Comentando este hecho, García Camba, en defensa de sus compatriotas, dice: "Véase por esta muestra el carácter de ferocidad que la guerra había tomado, provocado indudablemente por la atroz inhumanidad con que aquellos facciosos habían sacrificado y continuaban sacrificando a los prisioneros realistas."

Por el mismo tiempo ocurrió un suceso deplorable para la Causa de la Revolución. Los indios del partido de Larecaja se levantaron contra sus Jefes, y prendieron al principal de ellos que lo era el conocido patriota cuzqueño, Presbítero don Ilde-

fonso Muñecas, y a otros treinta más, y los entregaron a las autoridades realistas. Todos fueron pasados por las armas, excepto el Cura Muñecas, a quien el Virrey Pezuela mandó conducir de La Paz al Cuzco, para que, previa degradación, sufriese la pena a que había sido condenado. "Más en el camino, dice Camba, fue muerto Muñecas de un tiro escapado CASUALMENTE a uno de los soldados de la escolta, según avisó el Comandante." De ser esto cierto, feliz CASUALIDAD, decimos nosotros, porque le libró a equel Caudillo de la infamante pena de degradación, peor, desde luego, que la de muerte.

Varios prisioneros de categoría tenía en su asiento de Jujuy el General argentino Rondeau, tales como el Ilmo. Moxó, Arzobispo de Charcas, el Gobernador de Cochabambs, Goiburu y la mujer de Olañeta, que era natural de Salta. A todos ellos envió dicho General a Yavi, donde se encontraba la vanguardia realista, con un oficio dirigido al Brigadier Olañeta, manifestando que lo hacía en cumplimiento del canje, acordado en el año anterior con Pezuela, cuando fue apresado el Coronel Rodríguez, Mayor General del ejército patríota, quien se escapó, según se recordará, engañando a aquel Jefe realista.

El 15 de Agosto de 1816, llegaron a Santiago de Cotagaita, los Dragones de la Unión y los Húsares de Fernando VII, y fueron acantonados éstos en Vitiche, y aquellos en el valle de Cinti.

El 7 de Septiembre del mismo año, arribó a Arica la fragata de guerra Venganza, conduciendo a su bordo al Mariscal de Campo don José La Serna, nombrado, según lo indicamos, por el Rey de España, General en Jefe del ejército del Alto Perú. Con él vinieron, destinados al Estado Mayor, el Teniente Coronel don Jerónimo Valdés y los Capitanes don Bernardo La Torre y don Antonio Seoane. El General La Serna encontró en Arica al batallón peninsular Gerona, listo para emprender su marcha hacia el cuartel general de Cotagaita.

Muchísimo empeño pusieron las autoridades peninsulares en destruir la numerosa partida que acaudillaba el valentísimo y temible patriota Padilla, que tenía completamente insurreccionada la provincia de Charcas. Para conseguir este objeto, salió el General Tacón con una fuerte división de Chuquisaca, mientras hacía, con otra, lo mismo de Valle Grande, el Coronel Aguilera, para cortar toda retirada a Padilla y acabar con él.

Principió esta campaña el batallón del Centro, que mandaba el Coronel español La Hera, quien logró sorprender y hacer prisionero un destacamento patriota en Tarabuco. Padilla emprendió su retirada hacia la Laguna, evitándose de las tropas de Tacón, cuando repentinamente se encontró con las de Aguilera, empeñándose un combate que duró dos días, sin que éste pudiese vencer al impertérrito Jefe patriota.

Al tercer día, disminuída la fuerza patriota por la dispersión, Padilla tomó el partido de fugar acompañado de un Sargento Mayor y de un Religioso Franciscano que le servía de Capellán. Así avanzó hasta el pueblo de Villar, en el que le dió alcance el Coronel Aguilera con un destacamento de jinetes muy bien montados. Las pocas fuerzas que seguían a Padilla se

alebronaron, creyendo habérselas con toda la división de Aguilera; y desesperado el Jefe patriota de no poder contener a los suyos, volvió a emprender en la fuga, junto con los mencionados Capellán y Sargento Mayor. Aprovechando de esta circunstancia, el Jefe realista, dando rienda suelta a su brioso caballo, alcanza al Mayor y lo mata de un pistoletazo, descarga otro sobre Padilla y lo derriba muerto al suelo, y coge prisionero al atortolado Capellán. Este hecho de Aguilera, que lo pintan como una hazaña fabulosa los historiadores españoles, no es, en concepto nuestro, digno de alabanza, y ni merece calificarse de tal, porque el acto de matar a fugitivos, bien respaldado, como lo hizo Aguilera es indigno de un valiente e incompatible con los sentimientos humanitarios, que siempre con raras excepciones acompañan a los hombres verdaderamente valerosos.

La derrota de las huestes de Padilla fue cruentísima. Setecientos cadáveres quedaron tendidos en el campo; y setenta y cinco hombres que tuvieron la desgracia de caer prisioneros, fueron inmediatamente pasados por las armas. Otra gran proeza del Jefe realista Aguilera!

La mujer del malogrado Padilla, valiente y heróica como su marido, estuvo también en las refriegas que hemos apuntado; y se retiró herida a un paraje oculto, donde se decía tenía sepultado aquel una suma de sesenta mil duros.

Con la sensible muerte de Padilla quedaron, por de pronto, pacificados los partidos y subdelegaciones de la provincia de Charcas; y pudo el Coronel Aguilera llegar a su acantonamiento de Valle Grande, y el General Tacón al suyo de Chuquisaca.

Cansado sería enumerar los diarios encuentros que tenían las veteranas y bien organizadas tropas reales, entre las cuales se contaba ya varios cuerpos venidos de España, con los casi inermes indios de varios partidos del Alto Perú, principalmente del de San Lucas y del Tambillo; pues todos ellos terminaban, si se ha de creer a Camba, con la derrota de los alzados, "con bastante destrozo, porque continuaba aún la terrible autorización o costumbre de disponer de la vida de los rendidos prisioneros."

Una acción de mayor importancia se verificó en la villa de Tarija, el 14 de Octubre de 1816, entre una división realista comandada por el Coronel Lavín y otra del ejército argentino, que puso en grandes aprietos a la primera, pero, al fin, se dispersó con algunas pérdidas.

Y ahora que hemos mencionado al ejército argentino; y, antes de cerrar este capítulo, apuntaremos, brevemente, los sucesos de más bulto ocurridos en las provincias de Abajo del Río de la Plata, para lo cual es indispensable indicar que dicho ejército, o sea el auxiliar del Alto Perú, lo mandaba en el último trimestre de 1816, el General don Manuel Belgrano, el triunfador en Tucumán y Salta y vencido en Vilcapugio y Ayohuma.

Cuando Belgrano se hizo cargo de dicho ejército, en virtud de nombramiento hecho en su persona, por el Congreso de Tucumán, apenas llegaba aquel a tres mil hombres desmoralizados por la derrota y por la indisciplina que su antecesor Rondeau

había dejado tomar creces. Los principales Jefes de los cuerpos habían pedido su separación por no servir bajo las órdenes de Belgrano, hombre metódico y formal, estricto cumplidor de sus deberes, gran organizador y amigo de establecer en sus soldados una disciplina severa y casi monástica. Con semejantes tropas no pudo Belgrano hacer otra cosa que apoyar las operaciones del famoso guerrillero don Martín Güemes, cubriéndole a éste y a sus valentísimos gauchos la gloria de impedir que La Serna pudiesen pasar de Salta, como lo vereremos en el curso de esta narración.

Continuándola diremos que el 12 de Noviembre de 1816 entró en Santiago de Cotagaita el nuevo General en Jefe don José de La Serna, quien, en el mismo día, se hizo cargo del mando del ejército real. Con aquel llegó también el batallón peninsular Voluntarios de Gerona. El Teniente General don Juan Ramírez y Orozco, que había desempeñado interinamente el comando de dicho ejército, desde la separación de Pezuela, partió para hacerse cargo de la Presidencia de Quito.

A los pocos días de la llegada de La Serna, empezaron a correr voces de que el ejército argentino, en número de seis mil hombres, y con Belgrano a su cabeza, avanzaba sobre las posiciones enemigas. Con este motivo el Jefe realista trasladó su cuartel general al pueblo de Tupiza, con el ánimo de hacer frente a las tropas patriotas. Mas aquellos rumores habían esparcidos de intento por el Marqués de Tojo, que avanzaba sobre Yavi con seiscientos infantes y el escuadrón de Dragones Infernales de Güemes. La vanguardia realista que se encontraba acantonada en aquel lugar, en el concepto de que todo el ejército de Belgrano caía sobre ella, se retiró precipitadamente, y en el mayor desorden a Moraya, abandonando equipajes y pertrechos. Los patriotas entraron en seguida en Yavi, y se apoderaron de todos los objetos abandonados por los realistas; pero, creyéndose seguros, y que éstos se habían retirado lo menos hasta Suipacha o Cotagaita, se descuidaron de establecer avanzadas y tomar otras medidas para su propia seguridad.

Caro les costó a los independientes semejante descuido, porque avisado con oportunidad el Brigadier Olañeta, voló aceleradamente y con un gran golpe de gente a Yavi. El Marqués de Tojo, sorprendido de tan repentino e inesperado ataque del enemigo, se levantó de la mesa en que estaba almorzando, tomó un caballo y cabalgándolo en pelo echó a huir. Siguiendo su ejemplo hicieron otro tanto la mayor parte de los suyos. El resto tomó posición en un cerro vecino, donde hizo una heróica resistencia a las tropas de Olañeta, logrando matar a un oficial y varios soldados, pero tuvo que ceder al número de los enemigos; y todos los que formaron aquel pequeño núcleo de combatientes pagaron con la vida su laudable empeño. De los que emprendieron la fuga, cayeron trescientos cincuenta prisioneros, inclusos el Comandante General Marqués de Tojo, el Comandante Quezada y un Jefe indio llamado Caba. Este desgraciado fue pasado inmediatamente por las armas, y los demás conducidos al cuartel general de Tupiza.

Otro golpe sufrieron también cien soldados del escuadrón

Dragones INFERNALES, de parte del mismo Olañeta, en el pueblo de Tojo a donde conducían varias cargas de fusiles y otras armas, con el objeto de introducirlas a algunos pueblos sublevados. Solamente lograron escapar del sorpresivo ataque el bravo Comandante Lanza con pocos hombres que cubrían una avanzada, tomando la direcctón del pueblo de Libilibi.

El General La Serna en persona fue con una fuerte división a recuperar la provincia y villa de Tarija, que había sido abandonada por el Coronel realista don Antonio Vigil, a la noticia de que todo el ejército argentiuo avanzaba sobre el español. Así lo verificó el mentado La Serna, entrando en Tarija el 1º de Diciembre de 1816, sin poder sorprender al Gobernador patriota Uriondo, que oportunamente se puso en cobro con su gente en la villa de Salinas.

Los Caudillos patriotas Cardoso y Fuentes eran los principales sostenedores del espíritu de independencia en las subdelegaciones del Porco y San Lucas, haciendo frecuentes correrías a los pueblos inmediatos, distrayendo, atacando y causando bajas siempre que podían a las columnas realistas que contra ellos destacaba La Serna.

Para acabar con las partidas de aquellos afamados y temibles caudillos, los realistas aprovecharon de que dos indios de la facción de Cardoso habían sido apresados, y los amenazaron de muerte si no descubrían el paradero de su Jefe. Ante tan terrible conminación, los indios condujeron a una columna mandada por los Capitanes García Camba y Medinaceli al lugar que ocupaban Cardoso y los suyos que no pasaban de ciento. Aquel lugar era una rinconada situada a dos leguas de distancia del pueblo de Tirahoyo. Allí, Camba, según el mismo lo refiere, al ragar la aurora del día 26 de Noviembre de 1816, con veinte húsares de Fernando VII, sorprendió a los inermes y soñolientos patriotas, matando quince hombres, cogiendo prisionero a Cardoso y otros siete más, y apoderándose de gran cantidad de víveres y de un considerable número de ganado vacuno y lanar. Como se vé, los españoles no se paraban on medios, por más reprobados que fuesen, para sostener el bamboleante Poder de la Metrópoli en el vasto Continente Americano.

Igual suerte le cupo, tres días después de la fecha indicada, a la partida que acaudillaba el cabecilla Fuentes, quien fue hecho prisionero. A su compañero Cardoso le pasaron por las armas en Tupiza, un poco más tarde.

Por la misma fecha, desembarcaron en el puerto de Huacho, treinta leguas al Norte de Lima, más de cien hombres procedentes de la Península, destinados al regimiento de infantería del Infante don Carlos, que debía formarse sobre la base del antiguo Real de Lima. Pocos días después arribaron también al Callao doscientos soldados más bajo el mando del Coronel don Juan Antonio Monet, con un cuadro de oficiales, entre los cuales se contaba el Capitán Ayudante Mayor don José Ramón Rodil, el futuro y afamado defensor del Callao, último baluarte del poderío español en el antiguo Imperio de los Incas.

No pararon aquí los desastres de los patriotas, alto-perua-

nos; pues el valentísimo Caudillo Warnes, sufrió el 27 de Noviembre de 1816, un horrible desastre que le costó la vida a él y a gran número de los suyos, en un combate reñidísimo que sostuvo con una obstinación increible, con las fuerzas de nuestro conocido, el Corenel realista americano Aguilera. Costóle a éste también carísima la victoria; pues perdió la mitad de su gente, es decir, cerca de cuatrocientos hombres y siete oficiales fuera de combate.

Debemos advertir aquí en honor de La Serna, que, como los prisioneros hechos en la sorpresa de Yavi, quedaron bajo su inmediata autoridad, no permitió que a ninguno de ellos se le quitara la vida sin su aprobación. Igual humanitaria orden impartió a todos los Comandantes de columnas y partidas de su dependencia. Con tan laudable medida empezó a regulrizarse aquella guerra de muerte y exterminio.

Tan lisonjera le pareció para la causa que defendía la situación del Perú al Virrey Pezuela, a fines de 1816, que dió orden al General La Serna para que con el ejército que comandaba, reforzado como se hallaba con tropas peninsulares, invadiese el territorio argentino hasta Tucumán, con el objeto principal de llamar la atención del General San Martín, que hacía tiempo estaba preparando en la ciudad de Mendoza una expedición para libertar a Chile.

La Serna hizo objeciones de peso a las órdenes del Virrey, siendo la principal de ellas, la de que el avance del ejército del Alto Perú, que estaba a sus órdenes, al Tucumán, no paralizaría sino que más bien activaría las operaciones de San Martín sobre Chile, porque éste entendido y prudente General no podía dejar de comprender que invadiendo aquel Reino con sus tropas, si llegaba a poner sus plantas en las playas del Pacífico, obligaría precisamente al ejército de operaciones del Perú a retroceder, como así se verificó, según se verá a su tiempo. A pesar de tales objeciones, La Serna tuvo que someterse a la volvntad del Virrey Pezuela, y decidirse, en consecuencia, a realizar el movimiento ordenado.

Al efecto dictó las medidas del caso, tales como la de que la división de vanguardia, a órdenes de Olañeta, marchase sobre Humahuaca; y el resto del ejército a Yavi, a donde llegó efectifamente el 24 de Diciembre de 1816. Se propuso también La Serna introducir algunas reformas en la organización de los cuerpos del ejército; y empezó su labor en este sentido, disponiendo que los batallones llamados primero y segundo del Cuzco, compuesto de hijos de la provincia de ese nombre, se refundiesen en los cuerpos europeos. En consecuencia, el primero de dichos batallones recibió orden de pasar a Yavi para incorporarse al batallón Gerona. En cumplimiento de tal orden llea este lugar a fines de Diciembre, el mencionado cuerpo cuzqueño con considerables bajas ocacionadas por la deserción; pues causó profundo disgusto en los omericanos esa imprudente medida; aumentándose la prevención de los soldados naturales del país contra los peninsulares, que, sin fundamento sòlido, se creía en todo superiores a aquellos.

Hablando de este asuuto dice Camba, historiador que siem-

pre ha mirado de reojo a los partidarios de la Independencia Sud-Americana:

"Desgraciadamente concurría a robustecer esa triste prevención (entre americanos y peninsulares), alguna ligereza a que solían dar lugar la emulación y los celos por un lado, y por otro el atolondramiento propio de los pocos años y la inexperiencia, y acaso el porte más marcial de los europeos comparado con la apostura menos garbosa de los veteranos del país. Los jóvenes militares europeos, ufanos con el recuerdo de la guerra a que habían concurrido en la Península, engreídos algunos con haberse hallado en Vitoria, en San Marcial, en el paso del Vidasoa y en Tolosa de Francia, midiendo la superioridad que se atribuían hasta por su continente y el mayor lucimiento de su uniforme, se permitían a veces chanzas poco meditadas sobre los vencidos, a que les daba lugar la vista de los vencedores, las cuales, cuando entendidas eran desgradablemente comentadas."

Para cerrar este capítulo, referimos brevemente los principales acontecimientos verificados en las Provincias de Abajo del Río de la Plata, durante los años de 1815 y 1816, por hallarse en íntima conexion con los que acabamos de relatar.

Se recordará que, a principios de Enero de 1815, el General don Carlos María de Alvear fue nombrado por la Asamblea de Buenos Aires, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata; y que su primer paso fue el de entrar en tratos con el turbulento, audáz y valentísimo Jefe uruguayo, don José Gervasio Artigas, a fin de que éste retirase sus huestes de las provincias de Entre-Ríos y Corrientes, ofreciéndole en cambio Alvear la absoluta Independencia de la Banda Oriental, hoy República del Uruguay.

Se recordará también que Artigas se negó a acceder a lo que de él se solicitaba; y que, a pesar de ello, el Dirrector Supremo dispuso que las tropas argentinas se retirasen de la Banda Oriental y desocupasen a Montevideo; lo que se efectuó el 25 de Febrero de 1815, quedando aquella región desligada de todo vínculo político con las demás provincias de la Unión Argentina.

Ni con esta concesión se aplacó Artigas, quien pretendía, a todo trance, levantar en armas a las provincias contra el Gobierno de Buenos Aires y caer sobre esta Capital. Al efecto, había conseguido el Jefe uruguayo insurreccionar también la provincia de Santa Fé. En tales circunstancias, Alvear dispuso que fuese a sofocar dicha insurrección el Coronel Alvarez Thomas, a quien consideraba como uno de sus mejores amigos y partidarios, y a cuyo mando confió una división de mil seiscientos hombres.

Pronto, muy pronto perdió su popularidad y cayó del Directorio Supremo el General Alvear. Su mismo amigo, el Coronel Alvarez Thomas, inició la sublevación en las Fontezuelas, el 3 de Abril de 1815. Secundado este movimiento en Buenos Aires por el General Soler, el Jefe que acababa de evacuar a Montevideo con las tropas que abandonaron esa ciudad, así como por una gran parte del pueblo, Alvear se vió obligado a renunciar arrastrando en su caída a la Asamblea.

El Municipio de Buenos Aires asumió momentáneamente el mando: y reunido un Cabildo Abierto, el 20 de Abril del indicado año, se creó una Junta, con el nombre de JUNTA DE OBSERVACIÓN, compuesta de cinco individuos, cuya misión era: la de elegir el Director Supremo, fiscalizar sus actos y desempeñar las funciones del Poder Legislativo, hasta que se instalase el Congreso General de las Provincias, cuya convocatoria y reunión en la ciudad de Tucumán se acordó en dicho Cabildo Abierto.

La Junta de Observación nombró para Director Supremo al General Rondeau; pero como éste se hallaba al frente del ejército que operaba en el Alto Perú, se eligió Director Suplente al Coronel Alvarez Thomas, el mismo que había iniciado y encabezado el movimiento revolucionario contra el General Alvear.

De la campaña del General Rondeau contra el ejército peruano comandado por Pezuela, y de la famosa rota que sufrió en los campos de Sipesipe o de Viluma, nos ocupamos ya en este mismo capítulo.

Pero al mismo tiempo que los argentinos se unían contra el enemigo común, las facciones interiores produjeron la anarquía, que en breve se enseñoreó de todo el país.

Güemes, que no tomó parte en la batalla de Viluma, envalentonado con el apoyo de sus gauchos y con el buen éxito de las empresas de Artigas, y aprovechándose del desquiciamiento general del país, se apoderó del poder en Salta, haciendo que el Cabildo de esta ciudad le nombrase Gobernador Intendente, y declarándose de hecho independiente del Poder Central. El Caudillo Salteño llegó al extremo de hostilizar al ejército de Rondeau, en su repliegue de Jujuy a Salta y de obligarle a un convenio vergonzoso para aquel General, que era el de volver a sus antiguos acantonamientos. La desmedida ambición de mando personal y de independencia fueron los móviles de esta conducta, desde luego, censurable de Güemes. Pero después veremos que él y sus DRAGONES INFERNALES fueron los que contuvieron el avance de las tropas de La Serna hacia las Provincias de Abajo del Río de la Plata.

Las provincias de Entre-Ríos y Corrientes, siguiendo las inspiraciones de Artigas, se emanciparon del Poder Central. Santa Fé, parte de la provincia de Buenos Aires, aspiró también a disgregarse de ésta, proclamándose en provincia independiente, y se sublevó con tal objeto, bajo los auspicios del mismo Artigas. Córdoba se declaró asimismo independiente, arrió la bandera nacional que quemó en la plaza pública, enarbolando la federal tricolor de Artigas, y se incorpó a la liga de las demás provincias. La Rioja, separándose de Córdoba, de la cual formaba parte, se erigió en provincia independiente. Ocurrieron poco después serios disturbios en Santiago del Estero. Unicamente, para gloria y honra de San Martín, la provincia de Cuyo, con su capital Mendoza, se mantenía compacta y disciplinada bajo la mano firme y la incontrastable voluntad de aque Prócer.

El Directorio había nombrado Jefe de un cuerpo de tropas, que tomó el nombre de ejército de observación, al General Viamont, con el objeto de cerrar el paso del río Paraná a las fuerzas de Artigas que ocupaban su margen occidental, para lo cual debía primero apoderarse de Santa Fé. Viamont se posesionó de esta ciudad, sofocando la primera sublevación, pero no pudo resistir otra nueva, encabezada por don Mariano Vera, y tuvo que capitular aquel Jefe, entregándose prisionero.

En tales circunstancias, la Junta de Observación y el Director confiaron al General Belgrano, recièn llegado de Europa el mando de un ejército que apenas se componìa de unos cuantos escuadrones de milicias y de ocho buques de guerra menores surtos en el puerto de Buenos Aires.

Belgrano fue recibido con tibieza por los Jefes, y en especial por el General Díaz Vélez, que, aprovechàndose de la anómala situación del país, se proponía hacer con el Director Alvarez lo que éste hizo con el General Alvear.

Comisionado Díaz Vélez por Belgrano para hacer un arreglo pacífico, abusó de la confianza depositada en él; y el 9 de Abril de 1816 celebró un pacto con los santafesinos, en el que se estipulaba: la separación de Belgrano del mando del ejército, y su reemplazo con Díaz Vélez; el retiro de las tropas de Buenos Aires, y la destitución del Director Supremo. Habiéndose adherido los Jefes y Oficiales a este pacto, el General Belgrano no tuvo más remedio que retirarse solo a la Capital.

Pronto repercutieron en Buenos Aires estos sucesos; y en vista de ellos, el Director Supremo, Coronel Alvarez Thomas, resignó el mando, cumpliéndose en él el refrán que dice: EN LA VARA QUE MIDES SERAS MEDIDO. La Junta de Observación nombró entonces para Director Supremo interino al General don Antonio González Balcarce, hasta que el Congreso reunido en Tucumán eligiese el propietario.

Debe tomarse en cuenta que la reunión de un Congreso General, acordada a raíz del movimiento revolucionario del 20 de Abril de 1815, se imponía más que nunca a principios de 1816, como la única medida salvadora del país completamente anarquizado, y como el único poder revestido de alguna autoridad moral que representase la unidad nacional. Dicha Asamblea se instaló, pues, el día 24 de Marzo de 1816, en la ciudad de Tucumán, con la concurrencia de treinta y tres Diputados, que representaban a todas las provincias del Río de la Plata, con excepción de las de Santafé, Entre-Ríos y Corrientes, que se negaron a enviar sus Representantes al Congreso.

El primer acto de esta Corporación fue el de nombrar Director Supremo del Estado al General don Juan Martín Pueyrredón, hombre merecedor del alto puesto que se le confiaba, tanto por los servicios que había prestado desde el movimiento inicial de la Revolución, cuanto por su energía y actividad, cualidades que adornaban a aquel benemérito patriota.

Como Pueyrredón se hallaba ausente, y el Director interino General Balcarce trató de encabezar una revolución en la Capital, para que se declarase a Buenos Aires provincia federal, el Cabildo y la Junta de Observación destituyeron a este General,

y se nombró para reemplazarle a don Francisco Antonio Encalada y a don Miguel de Irigoyen, hasta que asumiese el mando el Director propietario.

En la sesión del Congreso, celebrada el 9 de Julio de 1816, se declaró la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata; y para constancia de tan notable y trascendental suceso, se extendió una acta suscrita por todos los Diputados que integraban la Asamblea.

El encabezonamiento de dicha acta es el siguiente: "En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel de Tucumán, a nueve días del mes de Julio de mil ochocientos diez y seis, terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre el grande, augusto y sagrado objeto de la independencia de los pueblos que la forman."

Y la declaratoria de la Independencia se halla contenida en estas solemnes palabras:

"Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso General, invocando al Eterno que preside al Universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al Cielo, a las naciones y hombres de todo el globo la justicia que regla nuestros votos, declaramos solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los Reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de Nación Libre e Independiente del Rey Fernando VII, sus sucesores y Metrópoli. Quedan, en consecuencia, de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse la forma de gobierno que exijan la justicia y el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su volnntad, bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama."

El 21 de Julio de 1816, se juró solemnemente la Independencia en la sala de sesiones del Congreso; y ese mismo día se decidió, por una ley, que la bandera nacional fuese la blanca y azul ideada por el General don Manuel Belgrano en sus primeras campañas en pro de la Emancipación de su patria.

Resuelta la cuestión de la Independencia, se discutió en el Congreso otro asunto de vital importancia: la forma de gobierno que debía adoptarse para la nueva Nación. No faltaron Representantes que propusieron la de una monarquía Constitucional, bajo los auspicios de la dinastía de los Incas, y con el Cuzco por Capital del nuevo Reino. Otros se pronunciaron por la Federación, hasta que al fin, después de largas y acaloradas discusiones, y de acuerdo con la opinión popular, se adoptó la forma Republicana unitaria, desechando la Monárquica, a pesar de patrocinar públicamente esta idea hombres tan notables y respetados como Belgrano y San Martín.

Ya indicamos que el Congreso de Tucumán había nombrado para General en Jefe del ejército argentino auxiliar del Alto Perú al General Belgrano. La campaña entre este ejército y el rea-

lista comandado por La Serna terminó, según luego lo veremos, no por el triunfo definitivo del uno sobre el otro, sino porque la noticia de la pérdida de Chile para el Poder Español, y la de la expedición del General don José de San Martín para llevar la guerra al Perú, obligaron al General La Serna a retirarse a sus acantonamientos del Alto Perú.

Con esta retirada puede decirse que la frontera Norte de las Provincias Unidas del Sur quedó definitivamente asegurada, las que no podían contar ya con las del Alto Perú. Estas manifestaban desde entonces tendencias a formar un Estado independiente, como en efecto lo formaron diez años después, con el nombre de Bolivia, para perpetua memoria de su ilustre Fundador, el incomparable, el inmortal don Simón Bolívar.

La lucha de los argentinos para obtener su Emancipación de la Metrópoli quedó, pues, cerrada, en virtud de la declaración de la Independencia de las Provincias Unidas de Sud América, hecha el 9 de Julio de 1816, por el Congreso de San Miguel de Tucumán.

Pero sensible es consignar que, en aquella nueva Nación, como en todas las de origen hispano, la anarquía interior duró por espacio de largos años, y devoró, con sus insaciables fauces, unos trás otros, a los más notables Próceres de la Emancipación del Río de la Plata, a quienes debió su feliz éxito el movimiento revolucionario iniciado en el memorable 25 de Mayo de 1810.

Las Provincias Unidas del Río de la Plata tomaron después el nombre de República Argentina, la que es, en la actualidad, una de las Naciones más poderosas, extensas e importantes del Continente Sud Americano; y cuya Capital, Buenos Aires, puede competir con las principales ciudades de Europa.

Para terminar este capítulo, no nos parece inoportuno recordar que un argentino ilustre, el Deán don José María Landa y Ramírez, se radicó en Cuenca, a principios del siglo pasado, y fue insigne y desinteresado protector de la Instrucción Pública, tanto que obtuvo del Gobierno Colombiano la creación de la Cátedra de Derecho Canónico, costeando con su peculio al Profesor de ella, que llegó a serlo el notable y probo Jurisconsulto doctor don Ramón Cortázar y Requena. El Canónigo de la Catedral de Cuenca, don Bernardino de Alvear, fue también oriundo de la Argentina, y creemos que la familia Alvear que existe en esta ciudad está entroncada con la del famoso vencedor de Ituzaingó.

CAPITULO VI

1817 y 1818

Movimiento del ejército realista sobre la provincia de Salta.—Ocupación de Jujuy por el mismo. —Desastres sufridos por los Caudillos patriotas en el Alto Perú.—Continuos encuentros entre realistas y gauchos.—Ocupación de Salta.—Episodios de aquella campaña.—Retirada de La Serna de Salta a sus posiciones primitivas.—Derrota del Jefe patriota La Madrid.—Don José de San Martín, Gobernador de Cuyo.—Organiza una expedición en Mendoza para invadir a Chile.—Pasa los Andes y triunfa en Chacabuco'—Entrada de los patriotas en Santiago.—O'Higgins es nombrado Director Supremo de Chile.—El Brigadier don José Ordóñez, Jefe de las tropas realistas, se fortifica en Talcahuano.—Las fuerzas chilenas sitian esta ciudad.—Su retirada.—El General realista Osorio llega del Perú con nuevos refuerzos.—Declaración de la Independencia de Chile.—Batalla de Cancharrayada.—Triunfo de los patriotas en Maipú.—Regreso de Osorio al Perú.

Vimos en el capítulo anterior que el Virrey Pezuela había dispuesto que el ejército que operaba en el Alto Perú tomase la ofensiva contra el argentino y avanzase hasta la ciudad de San Miguel de Tucumán, con el objeto de distraer la atención del General San Martín, que trataba de invadir el territorio chileno con una expedición que había organizado en Mendoza. En cumplimiento de esta orden, la vanguardia comandada por el Brigadier Olañeta ocupó a Humahuaca; y en seguida este Jefe franqueó las diez y ocho leguas que lo separaban de Jujuy, arrollando algunas partidas de patriotas que le disputaron el paso de los ríos León y Reyes, y entró en aquella población el 6 de Enero de 1817. El General en Jefe La Serna, después de dictar las medidas del caso para la conservación y defensa de las provincias de Charcas, Cochabamba, Oruro, La Paz, Potosí, de las subdelegaciones de Chichas, Cinti y Tarija, salió de Yavi con el grueso del ejército el 10 de Enero, y el 14 del mismo mes llegó a Humahuaca.

Este pueblo es el primero que se encuentra después de un despoblado de treinta leguas que lo separa de Yavi; y puede considerarse, ya por su clima, ya por la diversidad de costumbres de sus moradores, como la línea divisoria entre el Alto Perú y las provincias llamadas de Abajo. Parecióle a La Serna de importancia la conservación de Humahuaca, tanto porque podía servir de depósito de efectos de guerra, de proviciones y de hospital, como también para asegurar las comunicaciones con el Perú. En consecuencia, hizo fortificar cuanto pudo dicho pueblo, dejando en él una guarnición de ciento treinta hombres y seis piezas de artillería a las órdenes del Comandante La Rosa.

El ejercito real expedicionario, según revista pasada por el General en Jefe La Serna, en Humahuaca, se componía: de los batallones de infantería denominados Gerona y Extremadura, ambos peninsulares, Castro o CHILOTES, Cazadores y Partidarios, con un total de dos mil setecientos ochenta infantes: de los escuadrones de caballería llamados San Carlos, Húsares de Fernando VII, Dragones de la Unión, Cazadores y Escolta del General, en todo setecientos jinetes; y doce piezas de artillería con ciento treinta artilleros.

El 20 de Enero de 1817 salió el ejército de Humahuaca para Yala, tres leguas cortas de Jujuy, donde La Serna se proponía concentrar todas sus fuerzas.

"El país, dice Camba (que actuó en la campaña que estamos relatando como Capitán del escuadrón Húsares de Fernando VII) se hallaba en la más completa insurrección; todos los hombres capaces de llevar armas habían acudido a la campaña, y así se hallaron solo en Jujuy los muy ancianos, uno de los párrocos, un ciego, un lego de San Francisco, a quien fue preciso prohibir que tocase las campanas, porque se descubrió que servían de aviso a los enemigos, y las mujeres que, como era natural, servían también algunas a los suyos, y con harta ventaja por cierto."

La guerra en esta campaña, a diferencia de las anteriores, había tomado un aspecto completamente diverso; reduciéndose a ardides, sorpresas, emboscadas, en una palabra, a encuentros y acciones parciales. Ya no se libraban, como en otro tiempo, batallas en las que tomaban parte las huestes enteras de uno y otro bando, ni se formaban planes para grandes operaciones militares; pero, a la postre, el resultado venía a ser el mismo, porque aun cuando ninguno de los beligerantes llegaba a darse un golpe decisivo, al fin se sumaban las pérdidas de uno y otro. Indudablemente toda la gloria de la campaña de que nos ocupamos, recayó sobre don Martín Güemes y sus indomables gauchos, que merced a su especial modo de combatir, obstaron que La Serna pudiese pasar de Salta. En aquella ocasión, según lo dijimos, el ejército argentino mandado por Belgrano, no hi-

zo más que apoyar las operaciones de aquel activo, audaz y valeroso guerrillero.

Sería, pues, cansado e impropio del objeto de este libro, referir prolija y detalladamente las correrías, marchas, contramarchas y encuentros casi diarios y siempre sangrientos, de las fuerzas realistas y de las de los patriotas. Nos limitaremos, por lo mismo, a referir las acciones de guerra más importantes, libradas entre unas y otras, y algunos episodios curiosos, tomándolos del libro intitulado "Memorias del General García Camba, para la Historia de las Armas Españolas en el Perú." Este escritor, salvo su ESPAÑOLISMO, merece entero crédito, porque fue testigo presencial de los hechos que relata, por haber intervenido personalmente en ellos.

En una expedición a Nueva Orán, a órdenes del Coronel realista don Guillermo Marquiequí, cuñado de Olañeta, y auxiliada después por éste, hubo, durante el transcurso del mes de Enero de 1817, varios encuentros con las partidas patriotas comandadas por los Caudillos Ramírez, Arias y Rojas, y con los gauchos de Güemas. La pérdida de éstos en aquellas acciones fue la de ciento veinte hombres y la de los realistas la de ochenta entre muertos y heridos.

El 6 de Febrero del mismo año, cuatrocientos jinetes patriotas, tan bien dirijidos como resueltos, cayeron de improviso sobre los realistas que se encontraban en San Pedrillo, en las cercanías de Jujuy; y mataron, en reñida lucha, a setenta soldados criollos, y cuarenta peninsulares pertenecientes al batallón Extremadura y al Escuadrón Dragones de la Unión, inclusive al Teniente Cadórniga del primero, y al Capitán Arregui del segundo. Pronto pagó éste la temoraria arrogancia con que solía decir que solo con su compañía ocuparía a Buenos Aires. Este feliz suceso aumentó mucho el entusiasmo y el poder moral de los patriotas. La Serna procuró disminuir las funestas impresiones del referido desastre; y al siguiente día 7 de Febrero de 1817, trasladóse a Jujuy, dejando en Yala un destacamento para mantener expeditas las comunicaciones con Humahuaca.

A principios de Marzo del mismo año cayó en poder de los patriotas la guarnición de aquel pueblo, con todas las cosas que en él había depositado el enemigo, tales como municiones de boca y de guerra, cañones etc.

El autor de esta sorpresa fue el bravo y activo Coronel argentino La Madrid, con cuatrocientos jinetes bien montados, y auxiliados por el cabecilla Arias. La Madrid encargó a éste la conducción de la presa hecha en Humahuaca a Nueva Orán; y en seguida se puso en marcha sobre Tarija, de la que logró también apoderarse. El objeto principal de aquel Jefe era el de penetrar en las provincias del Alto Perú para fomentar el alzamiento de sus pueblos y dividir de esta manera la atención del ejército de La Serna.

Este General envió sendos destacamentos a órdenes de

Olañeta y del Coronel Centeno para recuperar a Humahuaca y rescatar el botín llevado a la Nueva Orán; lo que consiguieron a costa de ligeros encuentros habidos con las fuerzas patriotas. Hablando de aquella población dice Camba: "....su clima es cálido y húmedo, propenso a calenturas perniciosas y a bultos o hinchazones en el pescuezo (bocios), que llaman COTOS, de cuya deformidad ni los perros se ven exentos...."

Después que las columnas del Brigadier Olañeta y del Coronel Centeno habían salido en distintas direcciones hacia la Nueva Orán, según antes lo indicamos, los gauchos que no ignoraban las pocas tropas que habían quedado en Jujuy," de tal modo hostigaban la ciudad que llegaron a hacer prisioneros al pie de las mismas casas. El General en Jefe, entonces, para precaver un golpe de mano de aquellos atrevidos jinetes, mandó cerrar las bocacalles con parapetos ligeros de campaña que se levantaron con la mayor actividad."

El 12 de Marzo de 1817, el Coronel Sarabia, Jefe de Estado Mayor de Güemes, había preparado una emboscada con trescientos jinetes contra los forrajeadores (soldados que se ocupaban en pastorear a los caballos). Mas descubierta aquella, fueron batidos los gauchos en sus propios reales por el Coronel español don Jerónimo Valdés, con pérdida de treinta y cuatro hombres entre muertos y heridos. Los realistas sufrieron la de tres muertos y diez heridos, y de doscientas caballerías de silla y carga que los gauchos habían sacado por el lado opuesto de la ciudad. Esta pérdida les fue en estremo sensible y perjudicial a los realistas, porque dificultaba su movilización que tanto les importaba conservar.

Al día siguiente 13 de Marzo, seiscientos gauchos atacaron todos los puestos avanzados del cuartel general. La Serna tuvo que desplegar todas sus tropas para contener tan atrevido ataque, cuyo resultado fue la retirada de los gauchos, con algunas pérdidas, porque esa era su manera peculiar de combatir, que no dejaba un instante de reposo a las fuerzas enemigas. En esta acción murieron, de parte de los realistas, el Comandante Torres, siete soldados peninsulares, y resultaron quince heridos.

El 15 de Marzo de 1817, tuvo lugar un combate más serio pue los anteriores. He aquí como lo describe Camba:

"Los lanceros del Tucumán que, en la noche anterior, se habían incorporado a la fuerza de Güemes, con su Coronel Gorriti, atacaron a Jujuy por el camino de Salta, con el arrojo más sorprendente. Los restos de Extremadura, de Gerona y de caballería que habían quedado en la ciudad salieron inmediatamente a tomar posición sobre el río Chico, con sus respectivos Jefes Carratalá, Villalobos y Ferraz, al mismo tiempo que, levantándose de la cama el General en Jefe, que guardaba por notoriamente enfermo, hacía cubrir

los parapetos con los asistentes y los convalecientes que podían manejar las armas. El choque fue sumamente vivo y empeñado por ambas partes, y hubiera sido de mayor satisfacción para los realistas, si el valiente Capitán Martínez con los veinte y cinco granaderos de la Guardia, no se hubiese comprometido, llevado de su fogosidad, contra fuerzas enormementes superiores en momentos en que no era posible sostenerlo con la prontitud que se requería. Estos bravos europeos hicieron los prodigios más asombrosos de valor, vendiendo muy caramente sus vidas; pero al fin quedaron muertos en el campo, menos el Capitán, un trompeta y un soldado, que fueron prisioneros, cubiertos de heridas de sable y lanza. Los enemigos perdieron más de cien hombres muertos, heridos y prisioneros; y sin embargo se creyeron vencedores, apellidando esta jornada EL DIA GRANDE DE JUJUY. Los realistas perdieron sobre veinte y ocho soldados muertos y un oficial, con doce heridos y dos oficiales."

Las tropas realistas, después de este combate, regresaron a la ciudad; y el General La Serna se vió en la crítica situación de no poder abandonar a Jujuy, ni mucho menos continuar el avance hasta Salta.

"Los ataques sobre los puestos, avanzados de la ciudad eran frecuentes; la pérdida de toda mula o caballo, que se separaba sin escolta de la población, era segura; no se descansaba, pues, ni de día ni de noche, y hasta algunas de las mujeres residentes en Jujuy, acusadas de tener el encargo de servir de espías a los enemigos, extendiendo su comisión hasta el extremo de seducir a los soldados peninsulares, sin que fuese tampoco posible castigar con pleno conocimiento de causa este peligroso crimen. En tan desesperado estado tuvo el General en Jefe que recurrir a un arbitrio repugnante y opuesto a sus generosos sentimientos, cual fue el de enviar a fines de Marzo al campo enemigo, con un oficial parlamentario, más de veinte mujeres de todos rangos que se designaban como las menos cautas en ese odioso género de servicio" (Camba–Obra citada).

El 2 de Abril de 1847, llegó al cuartel general de Jujuy el Coronel don Vicente Sardina, conduciendo el segundo batallón de Extremadura, el segundo escuadrón de cazadores, un convoy de municiones y algún numerario procedente de Potosí. Con el mencionado Coronel llegó también la correspondencia atrasada del Perú, y en ella una Real Orden en que se mandaba que el regimiento de Extremadura cambiase su nombre con el de Imperial Alejandro; y una comunicación del Virrey Pezuela, con apremiantes órdenes para que La Serna avanzara, lo más pronto posible, hacia Tucumán, con el fin de paralizar los aprestos que el General San Martín hacía en Mendoza contra Chile.

En virtud de tales órdenes, el General La Serna resolvió avanzar a Salta distante diez y ocho leguas de Jujuy, dejando en esta ciudad una competente guarnición, cuyo

mando confió al Brigadier don Pedro Antonio Olañeta. El 15 de Abril de 1817, después de sostener algunos encuentros con las partidas patriotas que les disputaban el paso, todas las tropas reales desembocaron en la gran llanura o PAMPA de Castañares, que se extiende hasta la ciudad de Salta.

A las tres de la tarde del mismo día, el ejército real continuó su movimiento; y pronto descubrió la fuerza patriota, que ascendía a poco más de mil cien jinetes, bajo las órdenes del eximio GAUCHO don Martín Güemes, formada en línea de batalla delante de Salta, cuyas azoteas estaban pobladas de mujeres y niños.

Güemes, a la par que valiente, estaba dotado de gran prudencia, de manera que no se propuso combatir con el ejército español provisto de infantería, artillería y caballería, si no tan solo hacer alarde de la fuerza con que contaba, y manifestar que con ella, y en combates parciales, acabaría con las huestes realistas, como lo había principiado a verificar hasta entonces.

Tan cierto es lo que acabamos de decir, que, cuando La Serna marchaba contra los gauchos en tres columnas, a derecha e izquierda la caballería y en el centro la infantería y artillería, aquellos sobresalientes jinetes se retiraron hacia el lado opuesto de la ciudad de Salta.

"Los primeros que, atravesando esta población abierta, salieron al campo llamado de las Carretas, por cuyo extremo corre el río de Arias, fueron el Coronel don Pedro Antonio Castro, hijo de la misma ciudad y hermano del desgraciado don Saturnino, el Capitán de Dragones de la Unión, don José Auxeró y el de Húsares de Fernando VII don Andrés García Camba con algunos soldados de los mejor montados. Entre los grupos enemigos que por diferentes calles desembocaban también al citado campo, notóse un jinete que llevaba poncho color de rosa y sombrero redondo de felpa de seda blanca; y el Coronel Castro digo: ESE ES GUEMES. Montaba el Capitán Camba un caballo de carrera muy conocida, con que el Virrey Marqués de la Concordia había señalado el aprecio que le mereció este oficial, y contestó inmediatamente: SI USTEDES ME SOSTIENEN, LE ALCANZO. Recibiendo una respuesta afirmativa, todos dieron rienda a sus caballos. Poco tardó, en efecto, Camba en ponerse al costado del mencionado jinete, mandándole detener y que se rindiera; más él, sin contestar, si bien disminuyó la velocidad de su caballo, echó mano a una pistola en ademán de servirse de ella. Recibió entonces un golpe de sable en la mano, que le obligó a soltar la pistola, y al mismo tiempo, un húsar que seguía a su Capitán, le disparó la tercerola y derribó al enemigo, que ofrecía rendirse cuando ya estaba herido de muerte. Castro, en lugar de Güemes, como había creido, reconoció a su paisano Senarrusa, oficial de la caballería enemiga, que fue seguidamente conducida a su propia casa y asistido con esmero por los Facultativos

españoles, aunque inútilmente, porque aquella misma noche expiró en los brazos de sus inconsolables madre y hermanas" (Relación del mismo García Camba).

De esta manera quedó ocupada la ciudad de Salta por el ejército realista, que desde su salida de Jujuy había perdido más de treinta hombres entre muertos y heridos, siendo mayores las bajas snfridas por las tropas patriotas. Excusado es decir que no se veían en Salta, después de la entrada de los españoles sino contadísimos hombres; y entre ellos probablemente algunos que se habían quedado de acuerdo con el Gobernador Güemes.

Los invasores, una vez adueñados de Salta, tuvieron que recurrir el arbitrio de las columnas volantes para explorar el campo y apoderarse de mulas, caballos y ganado vacuno; pues, en cuanto a artículos de subsistencia, solo encontraron en aquella ciudad una pequeña cantidad de harina que se destinó para los enfermos y convalecientes.

Una de aquellas columnas salió para el Bañado, lugar distante diez leguas de Salta, al mando del Coronel Sardina. Al acercarse éste con su división a las casas del pueblo que lleva ese nombre, quinientos gauchos la atacaron con su acostumbrado denuedo, y acuchillaron a los tiradores del batallón Gerona, sin que la reserva realista pudiera auxiliarlos. "Algunos caballos ocultos en el bosque cayeron repentinamente sobre dichos tiradores, y no solo los mataron, sino que los despojaron con una celeridad, que solo comprenderán bien los que sepan que aquellos jinetes (los gauchos) no necesitan apearse para desnudar un muerto ni para recoger del suelo un real de plata."

En este encuentro los realistas hicieron algunos prisioneros, quienes le informaron que el ganado se encontraba en la quebrada de Escoipe. Sardina, en virtud de esta noticia, contramarchó hacia aquel lugar. Entonces los incansables gauchos, persuadidos de que aquel movimiento del enemigo era una retirada, atacaron furiosamente la retaguardia, los flancos y la cabeza de la columna realista, siendo atravezado por un balazo el Coronel de ella don Vicente Sardina. Los realistas se vieron en apuradísima situación, porque los ataques de los gauchos continuaron hasta la noche, en que lograron acampar en la boca de la expresada quebrada, donde tampoco encontraron el ganado que con tanta ansia y a costa de sus vidas lo buscaban.

En tan críticas circunstancias, siendo preciso conducir en camilla al Coronel Sardina, el Coronel don Antonio Vigil, en quien recayó el mando, resolvió regresar al cuartel general.

Al amanecer del día 21 de Abril de 1817, los españoles se pusieron en marcha para los montes; y a las nueve de la mañana se hallaban en la espaciosa llanura del Rosario, donde se toparon con más de mil jinetes regidos por el indomable y valeroso Güemes en persona.

En seguida trabóse un ardoroso y desesperado combate, cuya descripción dejaremos a la pluma del español García Camba.

"Los Dragones de la Unión que formaban la mejor parte de la poca caballería realista, fueron luego abrumados por el número, arrollados y batidos; la columna toda quedó circunvalada desde este momento; Gerona formó rápida y serenamente el cuadro, puso dentro los heridos, y en este orden continuó la marcha, reehazando con bravura, al animoso grito de ¡Viva el Rey!, todos los reiterados ataques que Güemes le dirigió; pero como el terreno era muy llano y grande el objeto que presentaba el cuadro, sufrió bastante de los fuegos de los tiradores enemigos. Cansados éstos de tantas horas de continuados refuerzos, sin haber podido penetrar en el cuadro, como se prometían, hicieron alto en los Cerrillos, algo más de tres leguas de Salta, destacando algunas partidas que tirotearon la columna hasta las inmediaciones del cuartel general. En estas expediciones, si los españoles llevaban generalmente la mejor parte era a costa de oficiales y soldados difíciles de reemplazar, y de proporcionar al enemigo una escuela práctica de la guerra, como los soldados de Carlos XII enseñaron a los moscovitas de Pedro el Grande."

La expedición al pueblo de Bañado les fue, pues, contraproducente a los realistas que la formaron, porque lejos de traer una sola cabeza de ganado vacuno, trajeron herido al Coronel Sardina, que falleció al llegar a la ciudad de Salta, y perdieron sesenta hombres, entre muertos y heridos, casi todos europeos.

El Jefe de Estado Mayor Coronel don Jerónimo Valdés salió con una fuerte división, con el objeto de sorprender en Cerrillos a las tropas de Güemes; pero éste, noticioso de tal suceso, evitó el golpe; contentándose el Jefe realista con apoderarse de algunos reses y mulas en la embocadura de la quebrada de Toro.

Mientras Valdés se replegaba, luchando sin cesar para poner en salvo el ganado recogido, cuatrocientos gauchos se apoderaron de las mulas del parque y de las de personas particulares, que se hallaban pastoreando entre el cerro de San Bernardo y el Convento de San Francisco de Salta.

"La situación de las tropas españolas en medio de una campaña tan activa y fatigosa empeoraba por momentos; experimentábanse muchas privaciones, las enfermedades se aumentaban, y el número considerable que contaban de heridos y la disminución de transprotes acrecían sin embarazos. Los enemigos habían llevado su osadía al extremo de enlazar y arrastrar con sus caballos algunos centinelas sobre sus mismos cuerpos de guardia, y este nuevo método de ofender causó singular horror; y, en fin, hasta el horno en que se cocía el pan para los enfermos, situado en un arrabal de Salta, fue atacado por aquellos atrevidos jinetes

en la mañana del 28 de Abril: pero los soldados del Gerona, que daban este servicio, acudieron a cerrar prontamente la puerta de la casa y a defenderse por las ventanas, hasta que les auxiliaron las tropas más inmediatas. El forraje, también, sobre ser escaso y de mala calidad, se había hecho tan difícil que, para protegerlo convenientemente, era preciso emplear muchas precauciones y fuertes escoltas." (Camba-Obra mencionada).

En tan aflictivas circunstancias llegó a Salta la correspondencia del Perú. Por ella se supo, de una manera cierta, la ocupación de Santiago por el General José de San Martín, después de haber obtenido un triunfo brillante en Chacabuco, sobre las armas realistas. Se supo igualmente, que el Coronel patriota La Madrid había aparecido a retaguardia del ejército español en las provincias del Alto Perú, para fomentar el alzamiento de ellas.

Desbaratado completamente, con estas noticias, el objeto de las expediciones de La Serna, y siéndole imposible a éste la permanencia en Salta, dió las órdenes conducentes a su ejército para evacuarla y regresar a Jujuy.

El 4 de Mayo de 1817, por la noche, empezó el éxodo de las tropas realistas. Los patriotas picaron la retaguardia con poco empeño al principio: mas, al siguiente día, reunidas todas ellas en el lugar denominado Sauces, los gauchos atacaron el campamento español de un modo tan nuevo y extraño, que hubiera producido las más fatales consecuencias para las tropas reales, si la posición que ocupaban no hubiese estado resguardada por un pequeño barranco.

He aquí como describe este singular ataque, uno que lo presenció, o sea García Camba:

"Los enemigos reunieron un considerable número de yeguas cerriles, de que abundan aquellos campos, y con la habilidad con que ellos saben dirigirlas, las lanzaron en tropel, a media noche, sobre el campamento, con grande algazara de los conductores, al mismo tiempo que cuatrocientos gauchos hacían fuego en distintas direcciones sobre las mismas yeguas y sobre el campamento. Este inexplicable tumulto, del que sin haberlo presenciado, nadie se formará un cabal juicio, tenía todas las apariencias de un ataque general y decidido. Los cuerpos realistas tomaron inmediatamente las armas; la compañía de granaderos de Castro o Chilotes defendió el barranco del frente con una serenidad admirable, y su vivo fuego vastó para frustrar los efectos de tan diabólico estratagema; pero por los flancos adonde se había dirigido la mayor fuerza enemiga, fue necesaria más empeñada resistencia. Al fin, los gauchos tuvieron que ceder, dejando en el campo algunas yeguas y hombres muertos, con pérdids de tres españoles heridos.

El 6 de Mayo de 1817 llegó el ejército real a Jujuy, después de haber tenido que sostener, durante ese día, un

continuado tiroteo en el camino con los pertinaces e indomables gauchos.

En Jujuy, ciudad más pequeña que la de Salta y de clima mucho menos sano, La Serna reunió una Junta de Jefes; y por unanimidad se resolvió el pronto repliegue de las tropas españolas a sus antiguas posiciones de Mojo y Talina.

El 13 de Mayo del mismo año comenzaron parte de estas su retirada hacia las provincias del Norte, llevando un crecido número de enfermos y heridos. Los tenaces y diligentes gauchos seguían esta marcha, sin cesar de tirotear a sus enemigos, dándoles mucho que hacer para cubrir el convoy; y al amanecer del 15, prendieron fuego a la yerba del campamento del Volcán, que estaba ya seca por la estación; costándoles a los realistas grandísimo trabajo salvar de las llamas el parque y el hospital.

La columna del Brigadier Olañeta, al salir de Jujuy, se había dirigido a los altos de la quebrada o río de León, a fin de recoger todo el ganado vacuno, mulas y caballos que pudiera. Al llegar a ellos encontró Olañeta la más viva resistencia de parte de los patriotas, y se halló su división tan seriamente comprometida, el 19 de Mayo de 1817, que fue preciso enviar en su auxilio al Coronel Carratalá con el primer batallón del Imperial Alejandro y algunos jinetes del escuadrón San Carlos. Merced a este refuerzo se pudo salvar la columna de Olañeta, y regresó al cuartel general, pero sin haber logrado coger una sola res. En este encuentro perdieron los realistas doce hombres entre muertos y heridos, incluyéndose en el número de los últimos el Capitán don Diego Pacheco.

El resto de las fuerzas reales y el General La Serna salieron de Jujuy el 21 de Mayo del mencionado año, y fueron a acampar a orillas del río León, sosteniendo un fuego de guerrillas que costó a los españoles cuatro heridos.

Hablando de esta retirado dice Camba: "Era doloroso ver y contemplar el estado lamentable en que se retiraban estas tropas tan valientes, tan sufridas, tan constantes y que habían batido y dispersado a sus contrarios, cuantas veces se les habían presentado; pero era tal la naturaleza de aquella guerra, que el vencedor salía perdiendo más que el vencido."

Desde el campamento a orillas del río León, se destacaron gruesas partidas en busca de ganado; y pasó el cuartel general a la margen izquierda de dicho río para esperar el regreso de aquellas. El Coronel don Jerónimo Valdes, uno de los Jefes realistas que más se distingió en aquella campaña y en las posteriores, por su incansable actividad, conocimientos estratégicos y por su valor, estuvo a punto de ahogarse por salvar a un soldado arrastrado por la corriente del río, cuando lo vadeaba el ejército real; pero tuvo Valdés la satisfacción de ver recompensado su filan-

trópico y arriesgado acto, con el feliz éxito de tan atrevida empresa, la que, como es natural, mereció el aplauso de todos los que la presenciaron.

El 1º de Junio se reunió todo el ejército en Tilcara. Los primeros cuerpos que llegaron a él, antes de que se les reuniesen los demás, se habían visto obligados a no dejar las armas ni de día ni de noche, rechazando las continuas agresiones de los gauchos. Los artículos de subsistencia llegaron a escasear tanto, que se repartió carne de caballo y de burro hasta a los enfermos. "El chocolate y aguardiente de inferior calidad que conservaba algún vivandero, llegó a valer diez y seis duros la libra del uno, y de diez a doce duros la botella del otro."

Continuó su retirada el ejército realista, y continuaron los indomables gauchos la persecusión de él, causándole irreparables sensibles pérdidas. Aquellos, ya en corto número, siguieron a las tropas enemigas hasta el campamento de la NEGRA--MUERTA, al principiar el despoblado que separa a Humahuaca de Mojo y de Talina, y el 21 de Junio de 1817, el ejécrto real volvió a su antiguo acantonamiento de Tupiza.

«Las penalidades, los sufrimientos y las pérdidas que experimentó el ejécito real en esta campaña y retirada, ni fuera fácil describirlas con puntualidad, ni a ser posible se creyeran, tal vez por lo singular y extraordinario de sus pormenores. En esta célebre retirada a la que no obligaba la superioridad de los enemigos, faltaron todos los recursos de subsistencia, y aun a veces fue indispensable apelar a la carne de LLAMA y de burro. Como los pastos se hallaban secos por lo avanzado de la estación, los extenuados caballos y mulas de carga quedaban sembrados por el camino, consumidos de hambre, de fatiga y de cansancio: hubo, en consecuencia, necesidad de destruir y abandonar muchos efectos de parque y municiones: la caballería llegó al Alto Perú a pie, habiendo tenido que quemar los bastos de la mayor parte de las sillas para cargar los cascos en LLAMAS. Las tropas vencedoras del enemigo presentaban el aspecto de la más desastrosa derrota." (Camba--Memorias).

Al mismo tiempo que se verificaban al Sur del Alto Perú los sucesos que acabamos de relatar, había tomado gran incremento la Revolución contra el Poder Español en la provincia de Charcas, en Tarabuco, La Laguna, en Santa Cruz de la Sierra, Mojos, Choclocla, San Agustín de Tarija, Tapacari, el valle de San Andrés, y en la provincia de Cochabamba. En todas estas regiones, y durante el curso del año de 1817, se libraron muchos encuentros, y fueron batidos los célebres Caudillos patriotas: Fernández, Mercado, Nogales, Méndez, Uriondo, Garay, Rojas, Guerrero, Lira, Chinchilla, Callejas, Arias, etc. La acción de más importancia fue la que tuvo lugar en Sopachuy, el 14 de Junio,

en la que fue derrotado el benemérito General argentino La Madrid. Los Jefes realistas que se distinguieron en estos combates, y en la persecusión de las partidas patriotas, fueron: el General Tacón, los Brigadieres Ricafort, O--Relly y Olañeta, el Coronel La Hera y su segundo don Baldomero Espartero, los Capitanes don José Rufo y don Felipe Ribero y el Capitán de caballería don Andrés Santa Cruz, el mismo que, al andar de los tiempos, tomó partido con los independientes, y obtuvo la alta graduación de Gran Mariscal y el elevado cargo de Presidente de Bolivia.

El orden cronológico y la debida trabazón de los acontecimientos exige que nos ocupemos de la expedición del General don José de San Martín a Chile, y de la pérdida de este reino para España.

A don Mariano Osorio que, según se recordará, derrotó a las fuerzas patriotas en la famosa batalla de Rancagua, le reemplazó en el cargo de Capitán General de Chile, en virtud de nombramiento de Fernando VII, el Mariscal de Campo don Francisco Marcó del Pont, el 26 de Diciembre de 1815. En consecuencia Osorio regresó al Perú.

Marcó del Pont, militar fastuoso y afeminado, dice un historiador español, se presentó en Chile con pompa verdaderamente soberana, haciendo ostentación de vestidos, galas y preseas riquísimas a los que no estaban acostumbrados los chilenos, modestos por lo general.

Apenas Marcó del Pont se hizo cargo de la Gobernación de Chile, recibió dos alarmantes noticias: la primera de que en Buenos Aires se había preparado una expedición corsaria contra los puertos españoles del Pacífico; y la segunda de que, al otro lado de la cordillera de los Andes, en territorio argentino, se preparaba una expedición terrestre, compuesta de un numeroso ejército de patriotas, para invadir a Chile.

El nuevo Capitán General se sobresaltó con tales noticias, y expidió órdenes y mandó publicar bandos tendientes a recrudecer las persecuciones a los patriotas, a cobrar con desusado rigor los impuestos extraordinarios, y a establecer un Tribunal de Vigilancia con amplias Facultades para juzgar breve y sumariamente a los tildados de desafectos a la Causa Española.

Estas y otras medidas no menos rigurosas, como la de construir dos fuertes en el cerro de Santa Lucía, que domina a Santiago, y en cuya construción se obligó a tomar parte a cuantos eran aprehendidos por infractores de los bandos, causaron profunda indignación a los chilenos, captándose, en conseccencia, Marcó de Pont la animadversión de aquellos.

En pro de la verdad histórica debemos decir que los recelos del Capitán General no eran infundados, porque en realidad, al otro lado de la Andina cordillera, se hacían grandes preparativos para invadir el territorio chileno, como lo vamos a ver.

Se recordará que cuando las últimas reliquias del ejército derrotado en Rancagua, se refugiaron en Mendoza, desempeñaba el cargo de Gobernador de la provincia de Cuyo, de la que era Capital aquella ciudad el Coronel Argentino don José de San Martín. Como este personaje llegó a ocupar un puesto eminente entre los Próceres de la Independencia Americana, nos parece justo que tracemos a grandes rasgos su biografía.

San Martín nació el 25 de Febrero de 1778 en el pueblo de Yapeyú, situado en la provincia de Misiones que los jesuitas habían fundado en las fronteras del Paraguay. Fue cuarto hijo de un Capitán español, que desempeñó en aquel distrito el cargo de Teniente de Gobernador. Muy niño aun, se trasladó con su familia a Buenos Aires, y de allí fue enviado a España, cuando solo tenía nueve o diez años de edad.

A los once entró San Martín, como cadete del Regimiento de Murcia, en el Seminario de Nobles de Madrid, donde adquirió los conocimientos necesarios para ejercer la carrera militar.

Desde 1791 sirvió San Martín en los presidios españoles de Africa; y tuvo frecuentes ocasiones de luchar con los marroquíes. Hallóse en las campañas del Rosellón y de Portugal; y tomó parte en la famosa guerra de España contra las huestes napoleónicas. Combatió en las célebres batallas de Bailén y de la Albufera, libradas en 1808 y 1811 respectivamente; obteniendo por su brillante comportamiento el grado de Teniente Coronel.

Las noticias que se recibieron en la Península acerca de los movimientos revolucionarios en pro de la Independencia de las Colonias Americanas, influyeron poderosamente en el ánimo de San Martín, como en el de muchos otros, para auxiliar con sus esfuerzos la grande obra de la Emancipación de aquellas. Con tal motivo abandonó el ejército español, pasó a Londres, y de allí a Buenos Aires, a donde arribó en Febrero de 1812, apresurándose a ofrecer sus servicios al Gobierno revolucionario, que fueron inmediatamente aceptados.

Se recordará que San Martín organizó en aquella Capital un escuadrón de granaderos a caballo, que supo poner en el mejor estado de disciplina e instrucción; y que con él causó un serio descalabro a una escuadrilla realista, sorprendiéndola mientras sus tripulantes desembarcaban cerca del Monasterio de San Lorenzo a orillas del río Paraná.

Después de las terribles derrotas que sufrió el ejército argentino comandado por el General Belgrano, en los campos de Vilcapugio y Ayohuma, se nombró a San Martín Jefe de los reducidos restos de aquel ejército, tomando en cuenta las dotes de organizador experto y de militar prudente y valeroso que distinguían al referido San Martín.

Este trabajó con el mayor empeño para cumplir con su cometido, y aun lo consiguió en parte; pero luego se con-

venció de que ni el terreno en que operaba ni las tropas de que disponía eran a propósito para batir a las que mandaba el General Pezuela.

Concibió entonces la atrevida y grandiosa idea de reunir en Mendoza un ejército, aunque poco numeroso, bien disciplinado e instruído, para invadir el territorio de Chile, atravesando la cordillera de los Andes, con el objeto de levantar nuevamente aquel país; y una vez victorioso llevar sus armas a la Capital del Virreinato del Perú.

Para llevar a cabo su proyecto, San Martín se fingió enfermo, y solicitó de que se le relevase del mando del ejército del Alto Perú, y se le nombrase Gobernador de la provincia de Cuyo, que en esa época era de grande extensión, pues comprendía las actuales provincias de Mendoza, San Luis y San Juan. La Junta de Buenos Aires accedió a los deseos de San Martín, concediéndole el Gobierno que solicitaba.

La llegada de este General a Mendoza coincidió con la de los chilenos derrotados el 2 de Octubre de 1814, en Rancagua, los que perseguidos por las tropas reales triunfantes, tuvieron que transponer los Andes, y buscar un refugio en aquella ciudad. Desde los primeros momentos hubo desavenencias entre San Martín y el Brigadier don José Miguel Carrera, Jefe de las tropas chilenas emigradas. Para cortarlas, el primero redujo a prisión al segundo y lo remitió junto con sus soldados a Buenos Aires.

Las rencillas entre los emigrados, o sea, entre los partidarios de Carrera y los opuestos a él continuaron en Buenos Aires, hasta el extremo de que en esta ciudad se verificó un episodio sangriento: un desafío, a pistola, en el que don Luis Carrera dió la muerte a don Juan Mackenna, por la antipatía que hacía tiempo se profesaban mutuamente uno y otro.

Firme San Martín en su proyecto de invadir a Chile, procuró allanar con laudable paciencia todas las dificultades que para su realización se presentaban. Procuró y logró levantar el espíritu patriótico de los habitantes de la provincia de Mendoza; pidió a Buenos Aires auxilios de tropas, armas y dinero; consiguió de los vecinos pudientes que diesen libertad a sus esclavos para enrolarlos en el ejército que estaba formando; organizó sus tropas bajo la más regida disciplina; y se atrajo a los chilenos emigrados desafectos a Carrera, entre ellos al General don Bernardo O'Higgins y a sus partidarios, empleándoles con los mismos grados que tenían en su patria.

San Martín, aprovechando también del descontento producido en Chile por las medidas violentas y represivas de Marcó del Pont, envió emisarios que fomentaran aquel descontento, y armaran, a la vez, guerrillas para atacar a las fuerzas reales siempre que pudiesen hacerlo con ventaja. Como Jefe y organizador de esas guerrillas, distinguióse, des-

de entonces, el abogado chileno don Manuel Rodríguez, quien supo multiplicarlas, hasta el punto de ocupar en poco tiempo todo el territorio comprendido entre los ríos Cachapoal y Maule, logrando diseminar las fuerzas españolas por diversas partes, y causando con ello la desesperación y el desconcierto del Capitán General Marcó del Pont, quien no podía disponer de un núcleo de importancia para rechazar cualquier invasión un tanto seria.

Merced a su constancia, a su trabajo incesante y a sus innegables dotes de mando, San Martín había llegado a reunir un cuerpo de tropas que ascendía a tres mil soldados obedientes y disciplinados. Entonces dicho General comunicó sus proyectos de invasión a Chile al Gobierno de Buenos Aires, que los aprobó y aún le auxilió con nuevas fuerzas, armas y municiones; reconoció personalmente los pasos de la Cordillera; y finalmente supo arbitrar tales medidas, que a fines de 1815 disponía de un ejército de seis mil hombres, de los que poco más de mil quinientos eran soldados de línea y los restantes milicianos, casi todos de caballería, pero todos dispuestos a combatir y a vencer.

A pesar de esto, pasó todavía un año sin que San Martín, con extremada prudencia, se decidiera a llevar a cima su premeditada expedición, porque, según se recordará, por aquel tiempo, el ejército argentino comandado por el General Rondeau, sufrió una tremenda derrota en el campo de Sipesipe o Viluma; lo que abatió el espíritu de las tropas organizadas en Mendoza y produjo el desaliento en el Gobierno de Buenos Aires; pero este mismo desastre puso de relieve las previsiones y conocimientos de San Martín, e hizo que aquel Gobierno prestara más atención a los planes propuestos por dicho Caudillo y procurara prestarle auxilios de toda clase.

Pasado algún tiempo, durante el cual se recobraron de su abatimiento las tropas argentinas, hallándose diseminadas, según indicamos, las fuerzas españolas en Chile; y reforzado el ejército de Mendoza con los chilenos que se separaron del partido de los Carreras y principalmente con Jefes de tanta nombradía como O'Higgins y otros, decidióse San Martín a ponerlo en movimiento.

En efecto, desde el 9 al 24 de Enero de 1817, salieron de Mendoza todas las fuerzas expedicionarias, distribuídas en varias divisiones, algunas de ellas provistas de artillería, siendo sus principales Jefes don Juan Gregorio de las Heras, don Ramón Freire, don Bernardo O'Higgins y el Brigadier argentino don Estanislao Soler, segundo del General en Jefe don José de San Martín. Las tropas patriotas fueron conducidas por dos distintos puntos, o sea, por el camino de Uspallata y por el de los Patos, debiendo reunirse todas en el valle de Aconcagua.

Con tanta precisión se verificó el atrevido y bien meditado plan de marcha trazado por San Martín merced a los

minuciosos informes que, por espacio de largo tiempo, había adquirido de todos los pasos de la famosa cordillera de los Andes, barrera que separa por el lado oriental, la Argentina de Chile, que la reunión de las fuerzas expedicionarias se verificó tal como lo dispusiera su benemérito Caudillo.

En breve la provincia de Aconcagua quedó en poder de los patriotas, porque las tropas realistas que la guarnecían se replegaron hacia el Sur con dirección a Santiago. Las de San Martín pudieron, por lo mismo, avanzar sublevando a su paso todo el país, cuyos habitantes llenos de entusiasmo les proporcionaban hombres, caballos y víveres.

El Capitán General de Chile Mariscal de Campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont no podía dar crédito a tan repentina e imponente invasión; y alelado vacilaba acerca del partido que en tan críticas circunstancias, debería adoptar. Resolvióse al fin, llevado de su pusilanimidad y de su poco deseo de correr peligrosas aventuras, a que el escaso ejército español saliese al encuentro de las tropas de San Martín para detenerlas en su triunfante marcha.

El Brigadier don Rafael Maroto, el mismo que, andando el tiempo, adquirió renombre en España, como último General en Jefe del ejército carlista, y celebró con el General isabelino don Baldomero Espartero, el tratado conocido en la Historia con el nombre de EL ABRAZO DE VERGARA, el Brigadier Maroto, repetimos, salió de Santiago con mil cuatrocientos infantes, doscientos jinetes y dos piezas de artillería, y se situó en Chacabuco. En este lugar aguardó a las tropas de San Martín, cuya llegada no se hizo esperar; y el 12 de Febrero de 1817 se libró entre uno y otro bando, la célebre batalla de Chacabuco, que fue de gran trascendencia para las armas patriotas, que en ella triunfaron, por cuanto puede decirse que decidió la suerte de la campaña y de la Independencia de Chile.

He aquí como describe esta batalla el biógrafo de O' Higgins.

"Soler mandaba la vanguardia, en el centro iba O'Higgins, y la retaguardia componíala la caballería, a cuya cabeza estaba San Martín."

"O'Higgins tenía el encargo de hacer movimientos fingidos sobre el frente del enemigo por el camino real, mientras que Soler ejecutaba el verdadero movimiento con el grueso del ejército, tomando por un flanco la Cuesta--vieja."

"Pero O'Higgins al ver el enemigo de cerca, se olvidó de la subordinación de soldado, enardeciéndose con el fuego del guerrillero, y resolvió atacarle sin esperar la llegada de Soler y sin reparar en la superioridad numérica del enemigo."

"Púsose al frente de su infantería, que no pasaba de setecientas plazas, se adelantó en dos columnas, y cayó denodadamente, pasando por entre el nutrido fuego de la metralla, hasta chocar con la masa imponente que presentaba

el cuadro contrario y arrojaba una mole inmensa de fuego, que consiguió hacer vacilar y poner en fuga la infantería de O'Higgins; pero en aquel mismo momento un escuadrón al mando de Medina pasa, por un movimiento atrevido, por un claro que dejaba la infantería, carga sobre los cañones realistas, y los infantes que los sostenían se declaran en completa derrota."

"O'Higgins galopaba en tanto a la cabeza de la artillería acosando a los fugitivos; mató o aprisionó a los célebres Jefes Elorreaga y San Bruno."

"Cuando el ejército realista fue completamente vencido, O'Higgins fue severamente reconvenido por Soler, que le acusaba de insubordinación. Mientras tanto Chile le proclamó como su libertador y su héroe, pues había devuelto a Chile su libertad."

El efecto moral del triunfo de Chacabuco fue tan grande que llenó de orgullo y de confianza a las tropas independientes; fomentó el levantamiento de la parte Norte de Chile; y causó el mayor pánico a las Autoridades españolas.

Tanto éstas como las tropas que habían quedado en Santiago, cuyo número pasaba de mil quinientos hombres, suficientes para preparar una seria resistencia, evacuaron aquella ciudad, en la misma noche del día en que se libró la batalla de Chacabuco.

El día siguiente entró la vanguardia del ejército vencedor en Santiago, y puso coto a los desmanes a que se había entregado el pueblo, en cuanto los españoles abandonaron esa Capital.

El 14 de Febrero de 1817 verificó su entrada en Santiago el General San Martín al frente del grueso de su ejército, en medio de las aclamaciones de un pueblo frenético de entusiasmo, que no sabía como manifestar su júbilo y reconocimiento al que acababa de librarle del pasado yugo de la administración de Marcó del Pont y sus consejeros.

Reunidas en Cabildo Abierto las personas más notables de la Capital, le confiaron a San Martín el mando Supremo de Chile; pero aquel, tan diestro militar como hábil político, no queriendo perder su prestigio en un mando civil, no aceptó tan elevado cargo, fundándose en que su misión era dirigir el ejército, sin inmiscuirse en el Gobierno interior del país.

En virtud de esta negativa, reunido nuevamente el pueblo en Cabildo Abierto, el 16 de Febrero del mismo año, nombró Director Supremo del Estado al General don Bernardo O'Higgins.

Algunos destacamentos de tropas enviados por San Martín para perseguir a los soldados españoles derrotados en Chacabuco, por los campos situados entre Santiago y Valparaíso, apresaron, mediante denuncia de un campesino, al Capitán General de Chile Marcó del Pont, al Teniente Coronel de artillería Cacho, al Fiscal Lazcano, al Inspector

del ejército Bernedo y a dos o tres militares más, los que habiendo fugado hacia Valparaiso, para embarcarse en este puerto, fueron encontrados en una quebrada, en virtud de la referida denuncia. Trasladado Marcó del Pont a Santiago, se le hizo salir de allí desterrado a Mendoza, juntamente con gran número de españoles que habían trabajado asiduamente en pro de la Causa Realista.

El Director Supremo O'Higgins, tan activo y laborioso como San Martín, se dedicó a reorganizar la administración pública y a afianzar las conquistas de la Revolución, dictando algunas medidas severas que contrastaban con su modo de ser humanitario y generoso.

O'Higgins se ocupó muy especialmente en la organización del ejército: creó nuevos regimientos y batallones; estableció una escuela militar, una maestranza y almacenes de armas y municiones. En una palabra, reunió todos los elementos que juzgaba necesarios, sea para repeler una probable invasión a Chile de parte del Virrey del Perú, sea para llevar a este país la guerra, según los proyectos de San Martín.

Mientras tanto el Coronel realista don José Ordóñez, Intendente de Concepción, obrando por sí, sin instrucciones de ninguna clase y a fuer de buen español, reunió con suma actividad todas las fuerzas diseminadas después de la rota de Chacabuco; y organizó con ellas y otras más un ejército para resistir al patriota, al Sur de Santiago.

El Coronel Ordóñez tuvo un excelente auxiliar e imitador en el Coronel don Juan Francisco Sánchez, Comandante del Cantón de Chillán, el mismo que, según se recordará, defendió tenazmente esta plaza, cuando fue sitiada por las fuerzas independientes mandadas por don José Miguel Carrera, en 1813. Sánchez reunió, pues, todas las tropas y milicias que a sus órdenes tenía, allegó todas las provisiones que pudo, y se retiró a Talcahuano, fortificándose en este puerto.

Los Jefes chilenos no dieron, al principio, grande importancia a la resistencia que preparaban los Coroneles Ordóñez y Sánchez; pero al fin comprendieron que con ella surgía un grave peligro para la causa de la Emancipación. En consecuencia, las fuerzas patriotas encabezadas por los Coroneles Las Heras y Freire avanzaron, a principios de Abril de 1817, hacia Concepción, ciudad que la ocuparon, después de sostener un ligero combate con una columna realista enviada a su encuentro por Ordóñez. Este Jefe se replegó a Talcahuano para unir sus fuerzas a las de Sánchez, y oponer una resistencia más eficaz a las patriotas, contando allí, además, con la ventaja de comunicarse con el Virrey del Perú.

El Mariscal de Campo don Joaquín de la Pezuela, que desempeñaba a la sazón ese cargo, en cuanto vió la llegada de las tropas realistas al Callao, a donde arribaron des-

pués de haber abandonado a Santiago, a raíz de la batalla de Chacabuco, las reunió, las reorganizó, y en número de mil hombres, las reembarcó para Talcahuano, con la cual Ordóñez aumentó las fuerzas que tenía en este puerto.

Las que comandaba el Coronel don Juan Gregorio de Las Heras en Concepción recibieron también un refuerzo; pues el Director Supremo O'Higgins salió de Santiago con dirección a aquella ciudad al frente de otros mil hombres.

Sabedor Ordóñez de este movimiento, y antes de que O'Higgins pudiera reunir con Las Heras, quiso dar a este último un golpe de mano acometiéndole en su campamento de Concepción; pero rechazado por el Jefe patriota, con algunas pérdidas, tuvo que replegarse y encerrarse nuevamente en Talcahuano.

En tal situación, dedicóse Ordóñez a fortificar ese puerto; y entre otros medios de defensa mandó abrir una trinchera en la lengua de tierra que une a Talcahuano con el Continente, delante de la cual levantó gruesas empalizadaz artilladas con setenta cañones; pudiendo proveerse de víveres para la guarnición, por medio de embarcaciones pequeñas que mandó a construir exprofeso, las que podían traerlos de la costa del Sur de Chile dominada aún por los españoles.

En el mes de Julio de 1817, O'Higgnis puso sitio a Talcahuano. En frecuentes escaramuzas y encuentros entre ambos contendientes pasaron cinco meses. Al fin, habiendo recibido el Director Supremo un considerable refuerzo de gente y de armas, resolvió dar un ataque formal a las fortificaciones, el 6 de Diciembre del mismo año. Para el asalto se había aceptado el plan del General Brayer, quien después de haber servido a las huestes de Napoleón pasó a Chile a ofrecer su espada a la Causa de la Revolución.

Desde los primeros momentoss del desigual combate, cayeron los principales Jefes de los asaltantes; y a pesar del valor heroico que éstos desplegaron, la artillería realista sembró el campo de cadáveres, siendo pocos los patriotas que quedaron en pie; y sufriendo un descalabro que repercutió dolorosamente en todos los ámbitos del territorio chileno.

A raíz de esta horrible hecatombe, se tuvieron noticias de que había salido del Perú con rumbo a Chile, una fuerte expedición realista. Entonces los Generales San Martín y O'Higgins, puestos de acuerdo, decidieron levantar el sitio de Talcahuano, y cubrir con todas sus fuerzas la orilla Norte del río Maule. La situación para los patriotas y realistas vino a ser idéntica a la de 1813, cuando se verificaron las operaciones del General español Pareja, con la diferencia de que ahora contaban los chilenos con tropas más aguerridas y disciplinadas y con Jefes más inteligentes y versados en el arte de la guerra.

Desgraciadamente la noticia de la expedición enviada del Perú a Chile era cierta. En efecto, en Agosto de 1817,

había arribado al Callao la fragata de guerra ESMERALDA, procedente de España, convoyando los transportes que conducían el primer batallón del regimiento de Burgos, un escuadrón de lanceros del Rey y una compañía de artilleros a caballo. El Virrey Pezuela, con este refuerzo, concibió el audaz proyecto de reconquistar el reino de Chile; y aceleró los aprestos de una expedición, cuyo mando confió a su yerno el Brigadier don Mariano Osorio, el mismo que triunfó en Rancagua. Dicha expedición, compuesta de tres batallones, dos escuadrones y doce piezas de artillería, zarpó del puerto del Callao, a fines del año indicado; y arribó felizmente a Talcahuano a principios de 1818. Reunidas las fuerzas de Osorio a las de Ordóñez, daban un total de cinco mil hombres.

El primero de estos Jefes llevaba instrucciones para batir en detal o separadamente a las tropas que comandaban O'Higgins y San Martín, quien tenía las suyas en el lugar llamado las Tablas. Mas el primero tuvo conocimiento de aquellas instrucciones, por la infidencia de alguno de los empleados en la Secretaría del Virrey, quien se las comunicó a los parlamentarios enviados por San Martín a Pezuela, con el objeto aparente de tratar de un canje de prisioneros, pero en realidad, para adquirir noticias do lo que acontecía en Lima.

Dicho comisionado arribó a Chile poco después del desembarco de Osorio en Talcahuano; de manera que San Martín pudo tomar a tiempo las medidas convenientes para contrarrestar el ataque de las tropas realistas; siendo una de éstas la del levantamiento del asedio de aquel puerto, a fin de que todas las fuerzas patriotas se concentraran, según lo indicamos, al Norte del río Maule, como así se verificó, acampándose todas ellas reunidas en Talca.

La retirada de O'Higgins, dice un historiador español, deslumbró sin duda a Osorio, y ansioso además de obtener la gloria de reconquistar a Chile, resolvió tomar la ofensiva, mandando al Capitán de fragata don Luis Coy que fuese a bloquear el puerto de Valparaíso con la ESMERALDA y el bergantín POTRILLO, que mandaba el Teniente de Navío don Ramón Bañuelos.

En tan críticas circunstancias, se proclamó la Independencia de Chile.

He aquí como refiere el historiador Barros Arana este hecho trascendental:

" .....Chile tenía bandera propia, escudo de armas que consistía en una columna coronada por una estrella de cinco puntas, símbolo de un Estado independiente, y éste era el que aparecía en el cuño de la moneda nacional. En realidad no faltaba más que hacer una declaración expresa, como la habían hecho los Estados Unidos en 1776, Venezuela en 1811, Nueva Granada y Méjico en 1813 (aquella el 16 de Julio y ésta el 6 de Noviembre), y las Provincias

Unidas del Río de la Plata en 1816. Pero para que esa declaración tuviese el valor de que se la quería revestir, era preciso que fuera un acto de la voluntad nacional, representada por una asamblea, como se había hecho en aquellos Estados. Mientras tanto O'Higgins, aleccionado por los disturbios y trastornos del primer período de la revolución, y convencido de que la reunión de un Congreso sería origen de perturbaciones y dificultades de mayor gravedad, estaba resuelto a no convocarlo, mientras no estuviese el territorio chileno libre de enemigos y regularmente asentado el orden interior, y fue necesario ocurrir a otro arbitrio para dar prestigio a aquella declaración."

Este arbitrio fue un decreto expedido de acuerdo con el Director Supremo, en el que se "disponía que en cada uno de los cuatro cuarteles en que estaba dividida administrativamente la ciudad de Santiago, y a cargo de sus respectivos Inspectores y Alcaldes, se mantuviesen abiertos durante quince días dos libros, uno en favor de la declaración de Independencia y otro en contra de ella, en que podían firmar todos los ciudadanos que quisiesen apoyar una u otra proposición. En los demás pueblos del Estado se observaría el mismo procedimiento por medio de una o más comisiones, según la extensión de cada cual."

"El resultado de este plebiscito fue el que era de esperarse. Mientras que se cubrían de nombres los registros en que debían firmar los partidarios de la Independencia, nadie se atrevió a poner su firma en los otros."

En el acta de la Independencia de Chile, se leen estas solemnes palabras: "..... hemos tenido a bien, en ejercicio del poder extraordinario con que para este caso particular nos han autorizado los pueblos, declarar solemnemente a nombre de ellos, en presencia del Altísimo, y hacer saber a la gran confederación del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes forman de hecho y por derecho un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la Monarquía de España con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses." ..... "Dada en el palacio dictatorial de Concepción, a 1º de Enero de 1818, firmada de nuestra mano; signada con el sello de la Nación y refrendada por nuestros Ministros y Secretarios de Estado en los departamentos de Hacienda, Gobierno y Guerra.—Bernardo O'Higgins.—Miguel Zañartu.—Hipólito de Villegas.—José Ignacio Centeno."

El 12 de Febrero de 1818, aniversario de la batalla de Chacabuco, se proclamó la Independencia de Chile en Santiago, con toda la pompa y solemnidades que acto tan trascendental requería.

Levantóse un grande y bien adornado proscenio en la plaza Mayor de Santiago. Leyóse el acta de Independencia a presencia de un numeroso pueblo que allí se había reuni-

do. Acto continuo, O'Higgins y San Martín colocados en dicho tablado prestaron individualmente el siguiente juramento: "Juro a Dios y prometo a la Patria, bajo la garantía de mi honor, vida y fortuna sostener la presente declaración de Independencia absoluta del Estado Chileno, de Fernando VII, sus sucesores y de cualquiera otra Nación extraña." Después de ellos, prestaron igual juramento el Gobernador del Obispado de Santiago don José Ignacio Cienfuegos y otras autoridades.

Con motivo de este fausto acontecimiento se celebraron en la Capital animadas, alegres y brillantes fiestas, que duraron cuatro días, las que estuvieron a punto de convertirse en un duelo nacional.

En efecto, el Brigadier Osorio con sus tropas se aventuró a pasar el río Maule y tomar la ruta de Santiago en busca de las fuerzas patriotas para atacarlas. Ventajosamente, O'Higgins había logrado reunir su división a la que mandaba San Martín, constituyendo ambas un ejército de siete mil infantes, mil quinientos caballos y treinta y dos piezas de artillería.

Crítica llegó a ser la situación de Ordóñez, que no contaba sino con cinco mil hombres; pues tenía a la vista, y listo a acometerle, un ejército superior al suyo, y a cinco leguas a su retaguardia el caudaloso Maule; y era más que probable que antes de que pudiese repasarlo, se viera obligado a sostener una batalla desigual, en la que hubiera sido completamente destrozado. En consecuencia, el Jefe realista emprendió con rapidez su retirada, acompañado paralelamente por las tropas de San Martín; y el 19 de Marzo de 1818 llegó a Talca, encerrándose en esta ciudad.

El ejército independiente acampó en la llanura de Cancharrayada, y estaba listo a atacar al realista, contando como suya la victoria, ya por su superioridad numérica, ya por la pericia de su General en Jefe. Indeciso se hallaba Osorio acerca del partido que debía adoptar en tan apuradas circunstancias. Entonces el Brigadier Ordóñez, el Coronel del batallón Burgos, Baeza y otros Jefes manifestaron a Osorio que no había otro medio de salvación que el de caer de noche y por sorpresa sobre el ejército chileno. Aceptado este proyecto por el General en Jefe, éste confió su ejecución al mismo Ordóñez.

Las tropas destinadas para llevar a cabo este golpe de audacia, y cuyo número llegaba a cuatro mil hombres, se dividieron en tres columnas, la de la derecha, al mando del Coronel Primo de Ribera, Jefe del Estado Mayor, la del centro, al del Brigadier Ordóñez, y la de la izquierda, al del Teniente Coronel don Bernardo La Torre. Algo debió recelar San Martín, por cuanto de improviso ordenó cambiar las posiciones de los dos cuerpos que componían su ejército, haciendo que pasaran a colocarse al Norte de la ciudad de Talca. El primero había ejecutado ya este movimiento. El se-

gundo lo estaba efectuando, cuando de improviso cayeron sobre él las fuerzas de Ordóñez y lo atacaron desesperadamente, causando a los patriotas un pánico y un dosorden indescriptibles, y su más completa derrota y aniquilamiento. Tal fue la batalla de Cancharrayada, de la cual dice el General Guillermo Miller, en sus "Memorias", lo que sigue:

"El General San Martín se proponía atacar en la mañana del 20 (se refiere al 20 de Marzo de 1818). La situación del ejército realista se había hecho muy crítica, puesto que el discreto y acertado movimiento del General San Martín en el día anterior, dejaba poca esperanza a los realistas para arriesgarse a dar batalla, mientras que la retirada hacia el difícil vado del Maule, distante aún cinco leguas, a la vista de un eiército superior, exponía al suyo a una total ruina....Hallándose San Martín en esta resolución (la de atacar), dos o tres regimientos españoles cayeron repentinamente en columna, favorecidos de la obscuridad de la noche, sobre los patriotas, en el momento mismo que de la izquierda a la derecha de la línea pasaban algunos batallones y la artillería de Buenos Aires. Los puestos avanzados de los patriotas colocados al descubierto, fueron dispersados o hecho prisioneros. La línea hizo una descarga casi sin dirección, y en seguida se apoderó de ella un pánico terror, habiendo sido herido en aquel momento el General O'Higgins (esta herida fue causada por un proyectil que le atravesó el brazo a este valiente Jefe); todos huyeron en una confusión espantosa, excepto el ala derecha. Habiendo participado el oficial que mandaba la artillería de Buenos Aires de la sorpresa general, tomó el camino de Santiago y abandonó las piezas. Así, pues, el ala izquierda y el centro de la línea se dispersaron completamente."

Las fuerzas realistas persiguieron por espacio de tres leguas a los restos de la división patriota sorprendida en Cancharrayada, la que entre muertos, heridos y dispersos quedó casi totalmente aniquilada. San Martín pudo retirarse a San Fernando, donde consiguió reunir solamente los tres mil hombres de la división mandada por Las Heras, que según se recordará, no entró en combate ni fue, por lo mismo, atacada por los españoles.

"Un sueño, dice Camba, parecía el triunfo que los realistas acababan de conseguir, y pudiera haber sido seguido de la anhelada reconquista de Chile, si Osorio hubiese acertado aprovechar tanta fortuna; pero después de la victoria de Cancharrayada, en lugar de seguir al enemigo con toda la celeridad compatible con el orden, para impedir que se rehiciera y completar asi tan brillante triunfo, cometió el grave error de dar a sus tropas el más pernicioso descanso, de resultados funestísimos."

La noticia de la terrible rota de Cancharrayada llegó a Santiago, el 21 de Marzo de 1818, causando la alarma, y el pavor consiguientes, con tanta más razón, cuanto que

se aseguraba que en aquella sangrienta jornada habían perecido San Martín y O'Higgins: y que el ejército realista marchaba sobre la Capital, sin obstáculo de ninguna clase. Fue tal el pánico en los primeros momentos que se pensó en huir a Mendoza, como después del desastre de Rancagua. Iban a tomarse ya las medidas para emprender la retirada hacia esa ciudad, cuando el afamado guerrillero doctor Manuel Rodríguez, secundado por algunos patriotas de pecho esforzado, procuró levantar el abatido espíritu de sus compatriotas, exortándoles a que se aprestaran a defender a Santiago. Poco después, habiéndose recibido las consoladoras noticias de que no era muy difícil la reorganización del ejército patriota, sobre la base de la división de Las Heras, que se había salvadode la hecatombe de Cancharrayada; y de que las tropas reales no se acercaban a la ciudad tan rápidamente como se temía, renació la confianza; y el pueblo reunido en Cabildo Abierto acordó que Rodríguez se asociase al Coronel don Luis de la Cruz, en el Gobierno del Estado, mientras durase la ausencia de O'Higgins.

El 24 de Marzo entró este General en Santiago y se hizo cargo del mando supremo. Inmediatamente dictó las órdenes más terminantes y enérgicas para reunir las milicias, recoger los dispersos y aumentar el ejército. Pasados dos o tres días llegó también a la Capital San Martín. Este Jefe, con su actividad y constancia notorias, unido al Director Supremo lograron formar muy pronto un ejército de seis mil hombres, inclusos mil de milicias; y lo acamparon a dos leguas de Santiago, en la extensa llanura de Maipú.

El 5 de Abril de 1818, se avistaron en esta llanura los dos ejércitos beligerantes; y se libró la famosa batalla de Maipú, una de las más sangrientas de cuantas hubo en la América del Sur. He aquí como la describe el General Miller:

"A las once de la mañana, desplegaron los realistas casi paralelamente a los patriotas, y en seguida principió un vivo fuego de cañón por ambas partes. Poco después atacaron dos batallones patriotas la derecha de los españoles; pero fueron rechazados con pérdida considerable. Dos batallones españoles avanzaron en columna; pero en el momento en que estaban desplegando, los atacó y batió la reserva patriota, mandada por el valiente General don Hilarión de la Quintana, que sostenido por los dos batallones que habían sido rechazados, se colocó entre la línea española y su reserva, situada a retaguardia del centro de ella. Al mismo tiempo algunas cargas de la caballería patriota, dirigidas contra el ala izquierda de los españoles produjeron efecto, y en menos de una hora de acción abandonaron éstos cuantos puntos ocupaban. El bizarro Ordóñez reunió alguna gente y sostuvo un desesperado aunque inútil combate en la hacienda de Espejo, una legua a retaguardia. Osorio y unos cien hombres con él, habían huído ya; y con gran dificultad pu-

dieron llegar a Talcahuano por caminos desusados y a campo través. Perecieron dos mil realistas en la acción, y tres mil quinientos fueron hechos prisioneros. La actividad del celoso Capitán don Juan Apóstol Martínez y del Teniente Olavarría, que con una partida operaron sobre la retaguasdia del enemigo, produjo grandes efectos, y junto con los patriotas que seguían a Rodríguez, contribuyeron a hacer completa la victoria. Los patriotas perdieron más de mil hombres entre muertos y heridos: entre los primeros lo fueron el valiente Teniente Coronel Bueras y el Teniente don Juan Gama, joven emprendedor y atrevido."

Poquísimos fueron los oficiales y soldados derrotados en Maipú, que lograron salvarse de la activa persecución de los patriotas, acogiéndose a la provincia de Concepción. El entonces Comandante del batallón Arequipa, don José Ramón Rodil, el futuro defensor del Callao, fue del número de los que se salvaron.

"La batalla de Maipú, de la cual dijo el mismo San Martín en su parte, que jamás se había visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido por parte de los independientes, ni resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz por la de los realistas, decidió definitivamente el triunfo de la causa revolucionaria y de la Independencia del antiguo Reino de Chile" (Coroleu-Obra citada).

Se recordará que la fragata española ESMERALDA y el bergatín POTRILLO bloqueaban el puerto de Valparaíso, de orden de Osorio. Por su parte, el Gobierno chileno, antes de la batalla de Maipú, había destacado al Capitán Miller con una compañía de infantería para que tomase posesión de la fragata Lautaro, con el objeto de asegurar los buques que estuvieran surtos en aquel puerto, para que en caso de un revés, pudiesen trasladarse en ellos a Coquimbo los patriotas que consiguiensen retirarse. La LAUTARO, antiguo navío de las Indias Orientales, era una fragata de cuarenta y cuatro cañones, mandada por el Capitan O'Brien, que había sido Teniente de la marina inglesa; y que la había comprado el Gobierno de Chile, un día antes de la batalla mencionada.

Sucedió, pues, en tales circunstancias que la fragata LAUTARO se acercó a la ESMERALDA; y habiendo ganado la primera la cuarta de popa de barlovento de la segunda, arrió la bandera inglesa, izó la chilena y rompió el fuego con la parte de batería más inmediata. El bauprés de la LAUTARO cortó el aparejo de mesana del buque enemigo, y lo dejó colgante de una manera tan incómoda para abordar, que sólo O'Brien con treinta hombres pudieron saltar a la ESMERALDA. La tripulación de ésta, sorprendida y aterrada al ver ya abordada la fragata, huyó al entrepuente, y los que habían entrado en ella arriaron la bandera. Desgraciadamente, a nadie se le ocurrió impedir que se separasen las dos fragatas, lo que se verificó mediante un golpe de mar. Entonces la LAUTARO echó sus botes para enviar refuerzo; pero antes de que esto pu-

diera realizarse, apercibidos los tripulantes de la ESMERALDA del corto número de patriotas que había sobre su cubierta, se reunieron, rompieron el fuego desde el entrepuente, y mataron al valiente O'Brien, cuyas últimas palabras fueron: NO LA ABANDONEIS MUCHACHOS: LA FRAGATA ES NUESTRA. La LAUTARO viró nuevamente hacia la ESMERALDA; pero antes de que pudiera aproximarse, habían sido ya vencidos los que la asaltaron; y entonces pudo salvarse por su superior andar. (Relación tomada de las "Memorias" de Miller, testigo presencial del hecho).

El mismo Miller refiere: que antes que la LAUTARO volviese al puerto apresó un buque que llevaba a bordo muchos pasajeros españoles muy ricos, que habían huído de Concepción para refugiarse en Lima; y que el Gobierno de Chile les impuso una contribución por vía de rescate, la que le reembolsó de la cantidad que había empleado en la compra de la aludida fragata.

Dijimos que el Brigadier Osorio con los pocos oficiales y soldados que pudieron salvar de la tremenda rota de Maipú se habían acogido al puerto de Talcahuano. Allí no pensó el Jefe realista en organizar una nueva resistencia contra las tropas patriotas, sino únicamente en regresar a Lima, como así lo realizó en Septiembre de 1818. Antes de emprender su viaje, el puerto de Talcahuano fue desmantelado, sus fortificaciones destruídas, y abandonado, en fin, sin tomar en cuenta el próximo arribo de una expedición española que por momentos se esperaba, y que venía en refuerzo de las tropas reales que militaban en Chile. Al trasladarse Osorio al Callao con varios Jefes, oficiales y soldados, dejó encomendando al Brigadier Juan Francisco Sánchez la conservación de la provincia de Concepción con algunas tropas realistas del mismo país, cuyo número ascendía a mil quinientos hombres.

CAPITULO VII

1818 y 1819. HASTA EL 7 DE SEPTIEMBRE DE 1820.

La expedición española a órdenes del Coronel Hoyos.—La fragata María Isabel que la convoyaba es apresada por la escuadra chilena en Talcahuano.—Diversos encuentros entre patriotas y realistas en el territorio del Alto Perú.—La Serna renuncia el mando del ejército real.—Matanza de los prisioneros españoles de Maipú, en la Punta de San Luis.—Lord Cochrane es nombrado Jefe de la escuadra chilena.—Su primera expedición infructuosa al Callao.—Sus correrías en la costa Norte de Lima.—Segunda expedición de Lord Cochrane al Callao.—Le resultan inútiles los cohetes a la Congreve y los brulotes con que pretendió incendiar la escuadra realista.—Toma de Pisco por los marinos chilenos.—Cochrane avanza hasta la ría de Guayaquil y se apodera del Aguila y la Begoña.—Heroica toma del puerto de Valdivia por la escuadra de Cochrane.—Esta sufre un rechazo en la Isla de Chiloé.—Triunfo del Mayor Beauchef sobre el Jefe Realista Bobadilla, en Osorno.—Fin trágico de los hermanos Carreras.—Correría del ejército realista por los territorios de Jujuy y Salta.—Preparativos de Pezuela para hacer frente a la expedición de San Martín.—Jura de la Constitución española de 1812, en Lima.

La expedición española de que hicimos mención en el último párrafo del capítulo anterior había salido de Càdiz el 21 de Mayo de 1818; y se componía de dos batallones del regimiento de Cantabria, de un escuadrón de dragones y de una compañía de artillería volante, con un total de dos mil ochocientos hombres. Esta expedición, mandada por el Coronel Hoyos, venía en nueve transportes, convoyados por la MARÌA ISABEL, hermosa fragata de cincuenta cañones, y una de las cuatro que el Gobierno español había comprado a la Rusia.

Antes de llegar esta expedición a su destino, o sea, al puerto de Talcahuano, aconteció que la tropa del transporte TRINIDAD, procedente de España, después de asesinar a sus oficiales, se entregó a los patriotas en el Río de la Plata, poniendo en sus manos los planes del derrotero y señales de la

expedición que convoyaba la mencionada fragata española REINA MARÌA ISABEL, que mandaba don Dionisio Capaz.

El Gobierno de Buenos Aires comunicó, al acto, por correo extraordinario, al Director Supremo de Chile esta noticia, remitiéndole, al mismo tiempo, los planes de que acabamos de hablar. En consecuencia, 'OHiggins, curado ya de la herida que recibió en Cancharrayada, aprestó una escuadrilla para salir al encuentro de la mentada expedición, y oponerse, en lo posible, a su desembarco.

La armada chilena, formada con algunos buques comprados poco tiempo antes en Inglaterra y los Estados Unidos, estaba mandada por don Manuel Blanco Cicerón, que en su juventud había servido en la marina española; y se componía del navío SAN MARTÌN, de sesenta cañones; de la fragata LAUTARO, de cuarenta y cuatro; de la corbeta CHACABUCO; del bergatín ARAUCANO, de diez y seis cañones, y del bergantín Galvarino de diez y ocho.

Esta escuadra salió de Valparaíso el 9 de Octubre de 1818; y el 26 del mismo mes avistó la isla de Santa María y un buque que se hallaba a cinco millas. Reconocido este buque, resultó ser el SHAKESPEARE, ballenero Inglés, el cual informó que la MARÌA ISABEL había tocado en dicha Isla; y que hacía cinco dias había dado la vela para Talcahuano, a donde le habían seguido dos transportes españoles. Con tales antecedentes, el SAN MARTÌN y la LAUTARO hicieron fuerza de vela, y a las doce del día (28 de Octubre), estaban a la vista de la fragata MARÍA ISABEL, anclada a tiro de pistola de Talcahuano, y después de algunas peripecias, lograron los buques chilenos apresarla.

"El 1º de Noviembre de 1818 ancló la escuadra chilena con'la fragata apresada entre la isla Santa María y la tierra..... En el transcurso de una semana llegaron sucesivamente siete transportes, y como veían izada la Bandera española en todos los buques, obedecían la señal de anclar a popa de la MARIA ISABEL A proporción que llegaban se vió a los oficiales apresurarse a ponerse de uniforme para cumplimentar a su Jefe, a bordo de la fragata, y una porción de soldados, mujeres y niños se asomaban desde los transportes llenos de gozo, y se congratulaban recíprocamente por haber terminado una larga y penosa travesía de seis meses. Así que anclaba, un tiro de fusil disparado del navío que montaba el Jefe de la escuadra, servía de señal para sustituir la bandera patriota a la española. Al descubrir su error, un grito espantoso y la mayor confusión reemplazaban a su alegría, y tanto más cuanto que todos creían que los patriotas no daban cuartel» (Miller--Obra citada).

De la manera que queda relatado cayeron en poder de los patriotas chilenos la fragata de guerra REINA MARIA ISABEL y la expedición que convoyaba desde Cádiz, menos la tropa de los tres primeros transportes que arribaron a Talcahuano y desembarcaron seguidamente. También se escapó de ser apresada por la escuadra de Chile, el transporte ESPECULACION que, separándose de las instrucciones y órdenes recibidas, se dirigió al puerto del Callao, con el Coman-

dante don Rafael Cevallos Escalera, y parte del batallón Cantabria que acompañaba a este Jefe.

"De este modo, dice un historiador español, quedó deshecha una expedición peninsular que, unida a las tropas del Brigadier Osorio en la provincia de Concepción de Penco, hubieran con toda probabilidad podido reconquistar el reino de Chile, asegurar la futura tranquilidad del Perú, y aun concurrir con su ejército real a mayores y muy importantes empresas."

A pesar de que la tropa peninsular que llegó a desembarcar en Talcahuano vino a aumentar las fuerzas realistas que regía el Brigadier Sánchez, se vió éste obligado a abandonar la provincia de Concepción, y a refugiarse en el territorio de los indios araucanos. No pudiendo tampoco sostenerse en la ciudad de Arauco, resolvió Sánchez trasladarse a la plaza de Valdivia, lo que realizó a costa de muchas penalidades, y a condición de dejar a órdenes del Comandante Benavides una pequeña columna en la frontera de Arauco para vencer la resistencia que oponían los indios a permitir el paso de la tropa por su teritorio. De Valdivia se embarcó Sánchez para el Perú.

Parecía, pues, terminada la guerra terrestre en Chile, si un oficial chileno de nacimiento, cabalmente Benavides, que acabamos de nombrar, no la hubiese prolongado, aunque infructuosamente, durante tres años. Llamábase Vicente, siempre había servido en el ejército realista, y de simple soldado había ascendido a capitán por su valor y arrojo; y bien merece que consignemos algunos datos de su novelesca vida.

En una de las acciones habidas entre españoles y patriotas cayó Benavides prisionero en manos de éstos. Habiendo logrado fugarse, se distinguió en la batalla de Rancagua y en la defensa de Talcahuano. En la jornada de Maipú, volvió a caer prisionero. Por su anterior fuga, Benavides fue condenadb a muerte. Llevado al patíbulo y en el momento de ser fusilado, por rarísima casualidad, las balas de los soldados que dispararon contra él, le rozaron ligeramente la piel. Entonces Benavides se fingió muerto; y sus parientes le recogieron en la misma noche de la ejecución y lo escondieron cuidadosamente. Oculto se mantuvo Benavides durante siete meses. En Noviembre de 1818 tuvo la audacia de presentarse al General San Martín, revelándole lo ocurrido, implorando su perdón y ofreciendo servir lealmente en el ejército chileno. Aquel Jefe, llevado de su generosidad, perdonó a Benavides, y creyendo poder utilizar las relaciones que tenía con los españoles, le encargó que acompañase al Coronel Freire en su expedición al Sur, para que procurase la deserción de los soldados de Sánchez.

Lejos de proceder de esta manera, Benavides se presentó ante ese Jefe, en circunstancias que se retiraba a Valdivia, y a petición suya, le dejó, según indicamos, setenta soldados para mantener la guerra en la frontera de Arauco.

Con este pequeño núcleo logró Benavides reunir algunos soldados, dispersos indios araucanos, y formando con ellos una división, empezó las hostilidades contra los patriotas con tanta pericia, audacia y estratagemas que mantuvo en jaque, durante tres años, a las fuerzas chilenas enviadas contra él.

UNIVERSIDAD BIBLIOTECA Vicam Bta. Va. ECUADOR S. A.

Aunque Benavides tuvo, como es natural, varios reveses, prontamente se rehacía de ellos; tanto que logró reunir bajo sus órdenes un ejército de tres mil hombres, acorraló en Talcahuano al Coronel Freire, y hasta concibió la esperanza de reconquistar a Chile, como así lo manifestó al Virrey del Perú, quien le envió auxilio de armas y el despacho de Coronel.

Al principio, el Director Supremo O'Higgins hizo poco caso de las correrías de Benavides; pero alarmado al saber que éste se encaminaba a Santiago con toda su gente, reforzó considerablemente las tropas destinadas a batirle, las cuales derrotaron por completo al audaz guerrillero en Vegas de Salinas. Poco después de este desastre, Benavides fue apresado por sus mismos soldados y remitido a Santiago, en cuya plaza principal se le ahorcó en Febrero de 1822.

Dirijamos una mirada retrospectiva a los sucesos que se habían verificado al Norte de Chile y la Argentina, durante el año de 1818. El Virreinato de Lima gozaba de perfecta tranquilidad; y el cuartel general del ejército realista que operaba en el Alto Perú permanecía en Tupiza. Desde este lugar se destacaban por el General en Jefe La Serna, al Sur y al Norte, varias columnas para batir a los Caudillos patriotas y recoger cuantas mulas y ganado vacuno pudieran.

Cansado, prolijo y nada interesante sería enumerar esas correrías y los diversos encuentros parciales habidos entre las fuerzas reales y las partidas patriotas que pululaban por aquellos lugares, causando a aquellas grave molestia y diarios daños. Bástenos apuntar que fueron batidos: el Caudillo Solís, a quien se dió la muerte junto al molino de Yala; el Comandante Mayor Morales, cerca de Hornillos; y los Cabecillas Isidro Toritolay, José Cruz Obando y Quinteros, los dos primeros en Casavindo y el segundo en Tuiquipaya, donde fue muerto.

En la provincia de Santa Cruz de la Sierra fueron destrozadas las partidas patriotas encabezadas por los caudillos Vaca, Rocha, Lorenzo, Fernández, Tejada, Aracena, Martínez y Miza. Igual suerte tuvieron en la provincia de Tarija los Jefes revolucionarios Subiría, Agreda, Molina, Araníbar, Barrera y Palenque; y en otros diversos lugares los hermanos Uriondos, Rojas, Guzmán, Moncocaca, los Capitanes Salazar y Barañado y el cabecilla Mollo. Todos estos sucesos tuvieron lugar de Enero a Junio de 1818.

En el curso de este último mes llegó al cuartel general de Tupiza el Brigadier don José Canterac, nombrado Jefe de Estado Mayor por Fernando VII. Había salido de España con una expedición destinada a Venezuela; y de allí, atravesando el istmo de Panamá, llegó a Lima, de donde se dirigió al campamento del ejército del Alto Perú, tomando inmediatamente posesión de su destino. El Coronel don Jerónimo Valdés, que antes lo desempeñaba, fue nombrado Subinspector de dicho ejército.

Desde el mes de Julio hasta Diciembre inclusive de 1818, continuaron diversos destacamentos de las tropas reales combatiendo en diferentes lugares a las partidas patriotas y sus respectivos Caudillos y derrotandolas. En tales correrías tomaron

parte activa: los Brigadieres españoles Canterac y Olañeta, los Coroneles Valdés, Ostria, Fulgencio Toro, Germán, Vigil y Centeno y el Teniente Coronel Gabriel Poveda.

Al concluir de referir minuciosamente estos acontecimientos, dice García Camba: "Tan activa era la guerra que se sostenía en el Alto Perú; pero la fortuna de nuestras armas, aunque en pequeños encuentros, no sólo iba adelantando en la pacificación, de que tanta necesidad tenían sus combatidos y exhaustos pueblos, sino que aseguraba la paz y tranquilidad de que gozaba todo el vasto Virreinato de Lima."

Mas por la parte de Chile, no podía el Virrey Pezuela tener la misma confianza. En efecto en aquel territorio existía a las órdenes de San Martín un brillante ejército sin ocupación y engreído naturalmente con las victorias de Chacabuco y Maipú. En Chile era recibida con aplauso y entusiasmo general, la idea de enviar una expedición al Perú, para que lo libertara del Régimen de la Metrópoli. El Gobierno chileno contaba, en fin, con la poderosa cooperación de una escuadra superior a las fuerzas marítimas españolas en el océano Pacífico, formada con asombrosa celeridad, y capitaneada ya por el valiente y experto inglés Lord Cochrane, que había aceptado el mando de ella, en Noviembre de 1818.

Para aumentar su ejército y hacer frente a la proyectada y probable invasión chilena, juzgó Pezuela oportuno formar un cuerpo de tropas de reserva en Arequipa, a las órdenes del Brigadier Ricafort. La Serna aprobaba esta idea; pero quería, que dicho cuerpo se situase en Puno y no en Arequipa. Con tal motivo suscitóse una viva controversia entre el Virrey y el General en Jefe, hasta el extremo de que se cruzaron comunicaciones destempladas y reñidas con la cultura y las prácticas admitidas entre superior e inferior. Agriado, pues, el ánimo del General La Serna pidió al Rey su relevo y el consiguiente permiso para regresar a España, alegando que su salud estaba quebrantada y tenía necesidad de repararla.

Por la misma razón apuntada, se dedicó Pezuela con mucho interés a aumentar las tropas que guarnecían la Capital, la plaza y puerto del Callao y otros puntos de la costa, organizando lo que se llamaba el ejército de Lima.

Tócanos referir ya los acontecimientos más notables que se verificaron en Chile y el Perú, en el año de 1819.

Uno sangriento tuvo lugar en la Punta de San Luis, en donde se hallaba gran parte de los prisioneros españoles de la batalla de Maipú, a cargo del Jefe patriota don Vicente Dupuy; y consistió en la matanza de casi todos ellos, pues solo lograron escapar de la muerte dos. Muchas relaciones han circulado acerca de este deplorable suceso, unas disculpando a Dupuy, y otras recriminándole terriblemente. En tal duda, creemos que es aceptable la siguiente narración que hace Mr. Stevenson, entonces al servicio de los patriotas, en su obra Relación Histórica y Descriptiva.

"En la noche del 7 de Febrero de 1819, jugando los oficiales prisioneros en San Luis con don Vicente Dupuy, Teniente Gobernador, y habiendo perdido éste algún dinero, echó en

seguida mano del que tenía delante de sí el Coronel Rivero, quien reprendió agriamente el hecho, y a pesar de la interposición de los concurrentes, dió un bofetón a Dupuy, cuyos amigos, lo mismo que algunos españoles, echaron mano de las armas que había en la habitación. El tumulto que resultó de aquí alarmó la guardia, y los prisioneros españoles, temiendo las consecuencias de este lance, entregaron les que habían tomado y pidieron perdón a Dupuy, que las fue concedido, y les empeñó su palabra de honor, que si lo dejaban salir, calmaría la efervescencia de la guardia y del populacho."

"Salió, en efecto, Dupuy, más en vez de apaciguar los espíritus, difundió la alarma y excitó al pueblo a vengar los insultos que había recibido de los GODOS, nombre con que se designaba a los realistas. Dupuy entonces volvió a entrar en la habitación con algunos soldados y gente armada, y el Brigadier Ordóñez, el Coronel Morgado y seis oficiales más fueron asesinados. El Coronel Primo, viendo la inevitable suerte que le esperaba, se tiró un pistoletazo y se mató. Todos los españoles que se encontraron en las calles fueron pasados a cuchillo, y muchos fueron también muertos en sus casas: han sido cincuenta los asesinatos cometidos en este fatal día; y de los oficiales retenidos en San Luis sólo dos se librarou de la muerte. En recompensa de esta acción tan memorable, ha sido ascendido Dupuy a Coronel Mayor y agraciado con la Legión de Mérito de Chile."

Dn. Vicente Dupuy trató, desde luego, de vindicarse de la horrenda inculpación que se le hacía; y, después de explicar el motivo de la matanza de los prisioneros realistas, concluyó la publicación que hizo en la Gaceta de Chile del 5 de Marzo de 1819, con estas palabras:

"Inmediatamente después (se refiere a la muerte de los españoles detenidos en San Luis) descubrí que todos los oficiales españoles habían formado el proyecto de ponerse en libertad y pasarse a las guerrillas de Carrera y Artigas. Sin embargo, alarmada la tropa y el pueblo, muchos prisioneros pagaron con su vida la temeridad del plan que habían concebido. Ordené en seguida a don Bernardo Monteagudo que instruyese una sumaría información; cuatro días después me dió parte de que estaba terminada; y de conformidad con su dictamen hice pasar por las armas a los individuos siguientes: los Capitanes González, Sierra y Arriola; los Subtenientes Riesco, Vidaurrázaga y Cabello, y los soldados Moya y Pérez. El número de enemigos que han perecido consta de un Brigadier (el valiente don José Ordóñez), tres Coroneles, dos Tenientes Coroneles, nueve Capitanes, cinco Tenientes, siete Subtenientes, un Intendente de ejército, un Comisario, un Sargento y dos soldados."

Este cruento suceso, injustificable ante un criterio imparcial, causó profunda impresión en Lima; y ocasionó, al mismo tiempo, grave daño a la causa de la Revolución, precisamente en los momentos en que se hacían más esfuerzos para propagarla y extenderla.

Mientras tanto, puestos de acuerdo los Gobiernos de Chile

y Buenos Aires, convinieron en enviar una expedición marítima, compuesta de las fuerzas navales chilenas, bajo la inmediata dirección y mando de Lord Cochrane, antiguo Oficial de la marina real inglesa, a fin de que, con alguna tropa de desembarco, recorriese las costas del Perú, procurando levantar el espíritu patriótico de los pueblos, y explorar la voluntad de los mismos.

El Virrey Pezuela, sabedor del apresto de esta expedición, como operación preliminar de la que se proponía emprender más tarde el General San Martín; y sabedor, asimismo, de que el audaz marino Lord Cochrane trataba dar un golpe de mano al puerto del Callao, dictó las providencias del caso para guarnecer los buques realistas, aumentar la defensa de los castillos de aquel puerto y de otros puntos de la costa peruana.

La escuadra real surta, en ese tiempo, en el Callao, se componía: de las fragatas VENGANZA y ESMERALDA, de la corbeta SEBASTIANA, de los bergantines PEZUELA y MAIPU, del pailebot ARANZAZU y de seis lanchas cañoneras. Estaban, además, armadas en guerra dos fragatas mercantes y veinte lanchas de propiedad particular. Estas fuerzas protegían los tres castillos o fuertes del Callao, que se llamaban Real--Felipe, San Miguel y San Rafael, los cuales, con otras baterías, contaban con más de ciento cincuenta piezas de artillería gruesa.

En la mañana del 28 de Febrero de 1819, hallábase el Virrey Pezuela con varios militares, entre ellos el Brigadier don José de La Mar, Subinspector General del Perú, en el Callao presenciando un simulacro de guerra de las fuerzas marítimas reales, y principalmente de las sutiles. Como la costa estuviese cubierta con una densa y espesa niebla que reducía a corto espacio el alcance de la vista, para poder distinguir más de cerca los movimientos y maniobras de los buques, se embarcó el Virrey con los que le acompañaban, en el velero bergantín Maipú, el que se había aproximado bastante a la isla de San Lorenzo. De repente, y todavía entre alguna niebla, se divisó una larga y hermosa fragata próxima a la costa, con bandera española, las portas de la batería cerradas, y las velas con el color que éstas toman después de una larga navegación. ¡BUQUE DE ESPAÑA!, fue el grito unánime que resonó a bordo del MAIPU; y el Virrey y las demás personas que lo acompañaban, creyendo que realmente lo era, pidieron al Comandante del MAIPU, don Francisco Sevilla, que se acercase a la fragata avistada; pero éste prudentemente, desconfiando de la construcción de la misma, se negó a ello.

La fragata, objeto de la curiosidad de los que se hallaban a bordo del MAIPU, se puso en facha; y habiéndose cerrado nuevamente la niebla que la cubrió enteramente, el MAIPU llegó al fondeadero, desembarcó el Virrey y su comitiva y regresaron, en siguida a Lima.

Aquella fragata resultó ser la REINA MARIA ISABEL, que según se recordará fue apresada en Talcahuano por la escuadra chilena, a la cual se le había cambiado el nombre con el de O'HIGGINS, en honor del Director Supremo de Chile; y la montaba el célebre Lord Cochrane.

En cuanto la niebla volvió a ocultar, según lo indicamos, los

movimientos de la fragata O'Higgins, dirigióse ésta aceleradamente hacía el Callao, y consiguió apoderarse de una de las lanchas enemigas, que regresaba confiadamente al fondeadero. En seguida, con el arrojo más temerario, se lanzó Cochrane dentro del puerto, y dejando caer al agua un anclote por la popa, rompió el fuego sobre los buques de la escuadra real y sobre los castillos del Callao, que luego fue contestado vivamente por unos y otros. Los demás navíos de la armada chilena el San Martim y el Lautaro, menos dilegentes que la O'Higgins, tardaron algo en poderla secundar; y conociendo Cochrane que era de todo punto inútil permanecer expuesto por más tiempo a los tiros de ciento cincuenta bocas de fuego de los fuertes del Callao y a los que lanzaban los cañones de los buques españoles, se retiró con los suyos a la isla de San Lorenzo, donde fondeó para reparar las averías que habían experimentado, las que fueron pocas y de corta entidad, si se toma en cuenta el horrible fuego que se les había hecho y la corta distancia a que lo recibieron.

Apenas había entrado el Virrey en su palacio de Lima, oyóse una terrible detonación producida por centenares de cañones, que anunciaba que algo muy grave ocurría en el Callao; y poco después se recibió parte oficial de lo que acabamos de relatar. Aquí cabe la reflección de que, si el Capitán del Maipú hubiese condescendido con el Virrey para ir a visitar la supuesta fragata española, éste, los Jefes, y demás personas que le acompañaban, inclusive el mismo bergantin español, hubiesen sido fácil presa de Lord Cochrane.

El marino inglés, desde el cabo de la isla de San Lorenzo donde había fondeado, envió al Mayor Miller con alguna gente a tierra; quién se apoderó de un sargento y diez soldados que en dicha isla custodiaban a algunos prisioneros destinados a la explotación de sus canteras, los que fueron incorporados en las filas de los patriotas. En la misma isla de San Lorenzo mandó construir Cochrane un laboratorio para fabricar los brulotes con que proyectaba incendiar los buques fondeados en el puerto del Callao.

En la noche del 22 de Marzo de 1819, la escuadra chilena atacó vigorosamente dicho puerto, con el objeto de proteger la dirección de uno de aquellos brulotes, el cual, maltratado, sin duda, por los fuegos de las baterías enemigas, se fué a pique antes de causar el daño que se intentaba.

Cochrane, con el arrojo que le caracterizaba, se acercó temeriariamente al muelle del Callao, en su velera fragata O'Higgins; pero no habiendo sido secundado por los demás buques de su escuadra, de inferior marcha, regresó al fondeadero de la isla de San Lorenzo, después de haber sufrido un fuego vivísimo. "Muy poca gente pereció, y hubo pocos heridos; pero la jarcia sufrió y perdió el botalón la O'Higgins. El Capitán Guisse fue herido gravemente al principio del combate, y su Teniente maniobró tan mal, que se separó la Lautaro y no volvió a entrar en combate." (Stevenson--Obra citada).

A su vez las fuerzas sutiles de la escuadra española atacaron, el 25 del propio Marzo, a la armada chilena en su fon-

deadero; pero rechazadas con energía por la invencible O'Higgins, tomaron la prudente resolución de regresar al Callao.

Lord Cochrane, por su parte, dejando la corbeta Chacabuco encargada de cruzar al frente de aquel puerto, hizo rumbo hacia la costa del Norte. En esta marcha, desembarcó alguna gente en Huacho y ocupó la villa de Huaura y el valle de Supe. En el primer lugar, recibió el Jefe de la escuadra chilena el refuerzo de los bergantines Galvarino y Pueyrredon, al mando del Contralmirante Blanco Cicerón, quien se trasladó al navio San Martin.

Tan luego como supo el Virrey Pezuela el desembarco de los patriotas en los lugares indicados, destacó una columna de quinientos infantes y doscientos jinetes de Lima para atacarlos, nombrando Comandante General de ella al Teniente Coronel don Rafael Cevallos Escalera, y por segundo y Jefe de la caballería al de igual grado don Andrés García Camba. Este ocupó sin ninguna dificultad a Huacho y a Huaura, porque los invasores se habían retirado a sus buques. Cuando Cevallos Escalera llegó con la infantería a Huacho, destacó a Camba sobre el pueblo de Supe que, por la misma razón apuntada, lo ocupó también fácilmente, después que los marinos chilenos habían hecho embarcar ciento cincuenta esclavos, algunas arrobas de azúcar y unos cuantos bueyes de la hacienda de don Manuel García, partidario de la causa. Debemos apuntar que el Comandante Cevallos Escalera hizo fusilar dos individuos en Huacho y castigó severamente a otros, por haber ayudado a la partida de marinos patriotas que desembarcaron en ese lugar para hacer la aguada.

La partida de los mismos que desembarcaron en Supe, se apoderó de setenta mil duros que los españoles traían de Lima para embarcalos en el puerto de Huambacho. La escuadra chilena tocó, también, en Guarmey, en cuyo puerto tomó del bergantín francés Griselle sesenta mil duros de propiedad española. Después fue a fondear en la bahía de Paita. El Capitán Forster con ciento veinte hombres desembarcó en aquella ciudad, cucuya guarnición lo mismo que sus habitantes se retiraron precipitadamente, dejándola abandonada; y fue entregada al saqueo.

Para evitar estos continuos desembarcos, el Virrey dispuso que se situara una guarnición en Huaura; y nombró Comandante de la costa del Norte al Teniente Coronel don Mariano Cucalón, quien batió a una partida de marinos que había desembarcado nuevamente en Supe. Por aquel tiempo ocurrió un alzamiento de los indios de Huailas, con cuyo motivo fue enviada a ese lugar la compañía de cazadores de Cantabria al mando de don Joaquín Bolívar. ¿Sería éste pariente del Libertador del inmortal don Simón Bolívar?

Al tiempo que la escuadra chilena recorría las costas del Perú, se hicieron correr voces de que el General argentino Belgrano con sus tropas avanzada sobre las posiciones del ejército real comandado por La Serna. Con tal motivo éste se dirigió desde su cuartel general de Tupiza hacia el Sur, avanzando la caballería española hasta Jujuy. Dichos rumores eran falsos,

porque Belgrano lejos de moverse hacia el Norte, había tenido que marchar con su ejército de dos mil quinientos hombres de Tucumán a Córdoba para combatir a Artigas que hostilizaba al Gobierno de Buenos Aires. Con tal seguridad, empezaron las tropas reales a regresar a sus anteriores acantonamientos, no sin tener que rechazar contínuamente a los obstinados GAUCHOS que no cesaron en molestarlas en su retirada. Estos acontecimientos tuvieron lugar del 12 de Marzo al 4 de Abril de 1819, día en que, así como en el anterior, el Brigadier Olañeta, sorprendió en Huancalera y Tilcara al Sargento Mayor Jiménez y al Comanante Alvarez, tomándoles prisioneros lo mismo que a treinta gauchos. Olañeta se hizo, además, de un gran botín, consistente en cien cabezas de ganado vacuno, seis mil de lanar y doscientos LLAMAS.

Después de los ataques temerarios de Lord Cochrane al Callao y de sus subsiguientes correrías en las costas del Norte de Lima, se regresó con su armada a Chile, de donde, al cabo de tres meses, volvió otra vez para bloquear y atacar dicho puerto, como se verá a su tiempo.

Las continuas noticias que se recibían en Lima acerca de los preparativos de una expedición en Chile, que el Genaral San Martín se proponía conducir personalmente al Perú, indujeron al Virrey Pezuela a concertar con el General en Jefe del ejército real las medidas tendientes a la defensa de la extensísima costa que existe entre el desierto de Atacames y Paita. Al efecto, La Serna salió para Oruro, el 1º de Mayo de 1819, y con algunas tropas sacadas del cuartel general de Tupiza, formó una división intermedia que puso a las órdenes del Coronel Jerónimo Valdés. De Oruro se trasladó La Serna a Cochabamba, donde recibió, a fines del referido mes, una Real Orden, admitiéndole la dimisión del mando del ejército, que reiteradamente había hecho, concediéndole Fernando VII licencia para regresar a España. El Teniente General don Juan Ramírez y Orozco, que a la sazón desempeñaba el cargo de Presidente de Quito, fue nombrado para sucederle a La Serna en el mando del ejército.

Las expediciones de las tropas realistas contra las partidas de los patriotas alzados en armas, en los diversos lugares del vasto territorio del Alto Perú a contar desde el 7 de Junio hasta fines de Diciembre de 1819, tuvieron todas ellas favorable èxito para la causa de la Metrópoli.

Habiéndo llegado a Lima el nuevo General en Jefe del ejército del Alto Perú, de conformidad con el Virrey Pezuela, entregó el General La Serna, en Septiembre del año indicado, interinamente el mando al Brigadier Canterac; y se puso en marcha para Lima, con el objeto de embarcarse en el primer buque que zarpara del Callao a Europa.

Durante los tres meses que Lord Cochrane permaneció en Chile, después de su primera expedición a las costas peruanas, de cuyos detalles nos ocupamos ya, se empleó con incesante trabajo en la fabricación de cohetes a la Congreve, y en otros preparativos para atacar nuevamente y destruir los buques españoles fondeados en el puerto del Callao. Advertiremos que la relación que vamos a hacer de esta segunda expedición del

Vicealmirante Cochrane la hemos extractado de las "Memorias del General Miller," escritas en inglés por Mr. John Miller y traducidas al castellano por el General Torrijos; advirtiendo también que dicho General Mires tomó parte en los acontecimientos que se refieren en el citado libro.

El 12 de Septiembre de 1819, salió de Chile la armada comandada por Cochrane, y se componia de los buques siguientes: la O'Higgins, que era la capitana, el San Martin, en el que iba el Contraalmirante Blanco, la Lautaro, cuyo Capitán era Guisse, la Independencia, La Victoria y la Jerezana, dispuestas para emplearlas como brulotes, y el Galvarino y el Araucano que se reunieron después a la escuadra. Se aumentó la guarnición de estos buques con cuatrocientos soldados. El Teniente Coronel Charles, que tenía a su cargo la elaboración y dirección de los cohetes, fue nombrado Comandante de las tropas embarcadas, y el Mayor Guillermo Miller su segundo.

El 30 de Septiembre de 1819 entró en la bahía del Callao la escuadra chilena. La O'Higgins izó bandera blanca; y Lord Cochrane envió un bote a tierra con una carta para el Virrey, desafiándole a enviar fuera del puerto los buques que quisiera, que él ofrecía atacarlos buque a buque y cañón a cañón. Esta propuesta recibió una lacónica negativa; y la medida de enviar un cohete en un bote, para enseñarlo a los realistas, no produjo la impresión que esperaba el Vicealmirante de la armada chilena.

En la noche del 2 de Octubre del mentado año ejecutó dicha escuadra un ataque parcial. Colocado a vanguardia el Galvarino, llevó a remolque una balsa que conducía un mortero mandada por el Mayor Miller, quien, bajo un vivísimo fuego de los buques realistas y de los fuertes y demás baterías del Callao, la colocó a ochocientas varas de unos y otras. El Pueyrredon le seguía remolcando otra balsa en que iban las bombas, y el repuesto. Después marchaba el Araucano, conduciendo la balsa que cargaba los cohetes, al mando del Capitán Hind. Por último, el Teniente Coronel Charles montaba una cuarta balsa remolcada por la Independencia, y el resto de la armada permaneció anclada.

Este ataque resultó no solo estéril, sino contraproducente para los marinos patriotas. En efecto, tan solo uno de cada seis cohetes reventaba cual correspondía, los demás resultaron completamente inútiles. Con la luz del día principiaron a descubrirse los objetos, y no habiéndo llenado el suyo los cohetes, se mandó retirar las balsas en la misma forma en que se las había conducido.

La pérdida de los atacantes fue la de veinte hombres entre muertos y heridos, pérdida desde luego insignificante, si se toma en cuenta el horrible fuego que sufrieron. El Galvarino recibió cuarenta balazos. El teniente Baily, joven bizaro y valiente, recibió un balazo de a veinte y cuatro que le partió por la mitad del cuerpo, llevándose, al mismo tiempo, la cabeza de uno de los marinos de la balsa en que iba el mortero. La explosión repentina de algunos cohetes causó horribles quemaduras a doce individuos. El Capitán Hindl y muchos marinos de los que servían en las

balsas cayeron al mar en medio de la confusión de la noche; pero no se ahogaron por el salva-vidas que cada uno de ellos llevaba.

En la noche del 4 de Octubre, la escuadra patriota tuvo una gran diversión, por la alarma que produjo en la costa un barril de alquitrán encendido, que la marea conducía hacia los buques españoles surtos en la bahía del Callao. Estos y los fuertes empezaron a vomitar un fuego horroroso contra el barril, que duró cerca de una hora, con sumo gusto, algazara y burlas de los soldados y marineros chilenos.

Igual frustráneo efecto que los cohetes produjeron los brulotes. Aprestado uno de ellos, el Teniente Murgell se hizo a la vela, a las ocho de la noche del 5 de Octubre de 1819; y navegó directamente con el mayor valor hacia los navíos españoles; pero el viento calmó y acribillado a balazos el brulote empezó a hacer agua. Con tal motivo pusieron fuego a la mecha del artefacto, mas habiendo explosionado a demasiada distancia de los buques realistas no les causó el menor daño.

El Araucano, buque de la armada chilena, cruzaba fuera de la bahía, y habiendo avistado, el 6 de Octubre, una fragata que le pareció sospechosa, volvió a dar parte. Cochrane se hizo inmediatamente a la vela con la escuadra, pero persuadido de que era un buque ballenero, regresó a su fondeadero. Luego se supo que era la fragata española Prueba, procedente de Cádiz, de donde había salido con los navíos Alejandro y San Telmo, en tan mal estado, que el primero tuvo que regresar a Europa, y el segundo se perdió en el cabo de Hornos sin que se salvara un solo hombre. La Prueba, habiendo avistado, la escuadra patriota, viró hacia el Norte y salvó, por entonces, acogiéndose al puerto de Guayaquil.

Persuadido, sin duda, el Almirante Cochrane de la ineficacia de sus cohetes, de sus brulotes y de sus temerarios ataques al puerto y plaza del Callao, se hizo a la vela con la escuadra chilena, en la tarde del 7 de Octubre de 1819, con la intención de ir a Arica. Pero algunos de los buques eran tan poco veleros, que, después de navegar tres semanas a barlovento y contra la corriente, resolvió Cochrane desembarcar parte de la marinería en Pisco para proveer a la armada de aguardiente. Con tal objeto fueron reforzados con trescientos soldados el bergantín Galvarino, la Lautaro y la Jerezana; y el Almirante inglés hizo rumbo al Norte, con la O'Higgins, el San Martin, el Araucano y el Pueyrredon, confiando el mando de las fuerzas que debían ir a Pisco, al Capitán Guisse.

Al amanecer del dia 7 de Noviembre de 1819, se verificó el desembarco de cuatrocientos hombres al mando del Teniente Coronel Charles y del Mayor Miller, y de una partida de coheteros encabezada por el Capitán Hind.

La fuerza de los españoles en Pisco se componía de seiscientos infantes, ciento cincuenta caballos y cuatro piezas de artillería de campaña. El Mariscal de Campo don Manuel González que regía esta división se aprestó a la defensa, tomando muy buenas posiciones para hacer frente a los marinos y soldados que habían desembarcado en aquel puerto.

El combate se verificó de la manera siguiente: Los españoles

hacían un fuego horroroso, tanto con la artillería de campaña y del fuerte, como con la infantería colocada detrás de las tapias, en los tejados de las casas y en la torre de la Iglesia. La columna patriota avanzó sin disparar un tiro, y en el mayor silencio, conservando la serenidad y la firmeza de unos veteranos, a pesar de las pérdidas que sufrían a cada paso. La rapidez y el buen orden de este avance infundieron tal terror y pánico a los realistas, que cuando los patriotas se acercaron a quince varas de sus bayonetas, huyeron aquellos vergonzosamente, y fueron derrotados por completo.

El bizarro Teniente Coronel Charles, que había sido educado en la Academia Militar de Woolwich, recibió una herida mortal que le causó la muerte a las pocas horas de haber sido conducido a bordo de la LAUTARO. A la cámara de popa de esta fragata se le trasladó, asímismo, al Mayor Miller que había recibido varias heridas de consideración causadas por la última descarga de los realistas en la plaza de Pisco.

Hablando de aquellas heridas se dice en las Memorias del General Miller: Una bala de fusil le hirió en el brazo derecho; otra le inutilizó la mano izquierda para siempre; y una tercera le entró por el pecho, y rompiéndole una costilla, le salió por la espalda. A pesar de esto, el Mayor Miller sobrevivió, y continuó prestando sus servicios a la Causa de la Independencia, no solo en Chile, sino también en el Perú.

El General español González, después de la derrota, se retiró a Caucato, hacienda situada a la margen derecha del río de Pisco.

La villa del mismo nombre quedó, pues, en poder de los expedicionarios. El Capitán Sowersby, que murió en la batalla de Junín, cinco años después, sucedió en el mando de los marinos, y permaneció cuatro días en la costa, sin que nadie osara molestarle. Durante este tiempo embarcaron todos los efectos que necesitaban los buques. Una partida de marinos destruyó por valor de doscientos mil duros en aguardientes (el afamado Pisco) que estaban en la playa.

El 11 de Noviembre dejó Guisse el puerto de Pisco para dirigirse al Norte; y el 16 del propio mes del año de 1819, se incorporó con sus buques a los de Cochrane, en frente de Santa, cuya población fue tomada por el Subteniente Vidal, natural de Supe, joven valientísimo que solo tenía diez y siete años de edad, y que se había alistado como voluntario en la escuadra chilena, cuando hizo su primera expedición a las costas peruanas.

Con motivo del desastre de González en Pisco, el Virrey Pezuela nombró al Teniente Coronel don Andrés García Camba, Comandante General de la costa del Sur en la provincia de Lima, con encargo de instruir y organizar las milicias que se había mandado reunir en Pisco. Camba se estableció en este lugar a principios de Diciembre de 1819, y fue auxiliado con la primera compañía del célebre batallón NUMANCIA, que mandaba el Capitán venezolano don Luis Urdaneta, y con algunos oficiales y tropa de los dragones del Perú.

Provista la escuadra chilena en Santa del agua y provi-

siones que necesitaba, volvió a hacerse a la mar. La O' Higgins, la Lautaro, el Galvarino y el Pueyrredon tomaron rumbo hacia el Norte. El San Martin y la Independencia con el Contra almirante Blanco recibieron orden para hacer fuerza de vela a Valparaíso, con motivo de haberse desarrollado en la escuadra, y principalmente en estos dos últimos navíos, una especie de calentura maligna, llamada chavalongo.

El 27 de Noviembre de 1819 entró el infatigable Lord Cochrane en la boca de la ría de Guayaquil, y despreciando con su genial temeridad y audacia los peligros que ofrecen los muchos bancos de arena que se encuentran en dicha ría, continuó navegando de subida la noche íntegra a toda vela; y a la mañana siguiente apresó el Aguila y la Begoña, grandes goletas del comercio de Lima, de ochocientas toneladas y veinte cañones cada una, cargadas de tablazón. La fragata española Prueba, que había escapado de ser apresada en el Callao, se salvó también esta vez, porque cinco días antes la habían subido río arriba, y aligerada de su artillería, la fondearon en un bajo al abrigo de las baterías de la plaza de Guayaquil. (Relación tomada de las Memorias del General Miller). Se dice también en las mismas Memorias: "El 30 de Noviembre desembarcaron sesenta marinos al mando del Teniente Carson para procurarse carne fresca, verduras y frutas, artículos de que abunda el país. La fruta, y particularmente la piña es, deliciosísima. Las orillas del río son llanas, pantanosas y cubiertas de maleza; el río está lleno de aligadores o especie de cocodrilos; el clima es insufriblemente caluroso; la tierra está cubierta de reptiles; y el aire infestado de insectos. Los mosquitos son tan numerosos que apagan algunas veces una luz. Las casas están construídas sobre estacas o pilotaje, de modo que el piso bajo se eleva del terreno algunos pies."

El 13 de Diciembre de 1819, salieron de la ría de Guayaquil la Lautaro y la O'Higgins, llevándose las dos goletas apresadas, y con orden de hacer fuerza de vela para Valparaiso. Los bergantines Galvarino y Pueyrredon quedaron cruzando por aquellas aguas.

Don Camilo Destruge, en su importante obra "Historia de la Revolución de Octubre," manifiesta que el apresamiento de el Aguila y la Begoña no se verificó en la ría de Guayaquil, sino en el fondeadero de la Puná; y lo prueba con datos concluyentes.

Al terminar el año, cuyos principales sucesos en el Perú y en Chile hemos referido, llegó a Lima el General La Serna en demanda de un buque para regresar a España, en uso de la autorización que Fernando VII le había concedido. Pero las autoridades de Lima pidieron oficialmente su permanencia en el Perú, solicitud a que accedió el Virrey Pezuela, ascendiendo a Teniente General a La Serna. Quedóse en consecuencia éste en dicho territorio para ser el último Vírrey del Perú y el actor principal en la campaña que terminó con la batalla de Ayacucho, en la que fue completamente derrotado, quedando consumada la Independencia de Sud América.

Tócanos narrar ahora los acontecimientos de bulto que ocu-

rrieron en la parte meridional de Chile y en el Perú, durante el año de 1820.

Hallándose Lord Cochrane a su regreso al Sur a los 110º de longitud Oeste, casi a la misma distancia de Valparaíso que de Valdivia, resolvió hacer un reconocimiento en este último puerto.

El 18 de Enero de 1820 se presentó en él el Almirante inglés enarbolando bandera española. En el acto, se hizo señal pidiendo práctico, el cual con un oficial y cuatro soldados de la guarnición de Valdivia, engañados por la bandera que ondeaba en la O'Higgins se acercaron a ésta para señalarla un fondeadero seguro, y fueron detenidos, y por su medio obtuvo Cochrane noticias importantes relativas a la consecución de su objeto.

Poco después se presentó a la vista de la O'Higgins un buque sospechoso, que fue apresado. Este era el bergantín de guerra español Potrillo, que hacía dos días había salido de Chiloé con dirección a Valdivia, conduciendo comunicaciones oficiales y veinte mil duros para el pago de la guarnición de aquella plaza.

Con esta ventaja y con las noticias adquiridas por los prisioneros de que hablamos, concibió Cochrane el atrevido proyecto de tomar la plaza fortificada de Valdivia. Al efecto, hizo rumbo a Talcahuano, en cuya bahía tuvo la suerte de encontrar inesperadamente al bergantín de guerra Intrepido, perteneciente a Buenos Aires y mandado por el Capitán Carter, y a la goleta Motezuma. Además obtuvo Cochrane del General Freire, que mandaba en la provincia de Concepción, un pequeño refuerzo de doscientos cincuenta hombres, a las órdenes del Mayor Beauchef, oficial francés al servicio de Chile, los cuales fueron embarcados en los buques referidos y en la fragata O'Higgins.

Todos ellos se dieron a la vela el 25 de Enero de 1820. Al pasar al frente de la isla Quiriquina, y muy cerca de ella, tocó la O'Higgins contra una piedra saliente de una roca, y quedó suspendida por medio de la quilla. El choque fue tal que produjo la mayor alarma, pues si la marejada hubiese aumentado, la fragata se habría hecho mil pedazos.

Esta inesperada novedad trajo a Lord Cochrane sobre cubierta, a medio vestir, y con su acostumbrada serenidad, mandó echar los anclotes, lo presenció todo por sí mismo, y al fin salvó del peligro a la O'Higgins Algunos oficiales indicaron al Almirante que sería conveniente reconocerla: un NO seco fue la contestación de éste; y volviéndose a Miller dijo: "Y bien Mayor, es preciso tomar a Valdivia. Antes que volver atrás, fuera mejor que nos ahogásemos todos."

Lord Cochrane estaba sumamente contraído por el mal éxito de sus ataques al Callao; y estaba dispuesto a correr toda clase de riesgos y haciendo algo decisivo, como lo era la toma de Valdivia, para alcanzar nuevos laureles que enmudecieran a sus émulos y compesaran sus desgraciadas tentativas. Los oficiales de la armada participaban del mismo espíritu emprendedor de su Jefe, y entusiastas aplaudían una resolución, que había

de restablecer el crédito y lustre de aquella, haciendo olvidar los antiguos descalabros.

A la puesta del sol del día 26 de Enero de 1820 se hallaba la O'Higgins a treinta millas de tierra; y a las ocho de la noche tenía siete pies de agua en su bodega, hallándose las bombas en tan mal estado que no se podía hacer uso de ellas.

"El almacén de la pólvora se había inundado, y las municiones de todas especies se habían inutilizado, excepto los cartuchos que tenían los soldados en las cartucheras. La alarma y desesperación se veían marcadas en los semblantes de la mayor parte de la gente. Entonces Lord Cochrane se quitó la casaca, se remangó las mangas de la camisa, y a media noche consiguió poner en uso dos bombas. Por su infatigable actividad y destreza, no se fue a pique la fragata, y por la firmeza y serenidad de su conducta, impidió que la abandonasen, como parecía indicar el deseo general." (Memorias de Miller).

Después de mil vicisitudes y penalidades, la escuadrilla llegó, el 2 de Febrero de 1820, a la latitud de Valdivia. Al estar a treinta millas de tierra, y con una furiosa marejada, trasbordaron las tropas de la fragata O'Higgins, a la goleta Motezuma y al bergantín Intrepido; y el Almirante se trasladó a la segunda, dejando a la primera para que cruzara fuera de vista de tierra.

El puerto de Valdivia forma una especie de grande dársena rodeada por un bosque impenetrable de árboles gigantescos que llega hasta la misma orilla, y está circundado por una cadena de fuertes colocados al Este, Oeste y Sur, de tal manera que no sólo defienden la entrada, sino todos los puntos del puerto.

Tales fuertes son: el Niebla, el Amargos, el Corral, Chorocomayo, San Carlos, el Manzanera, el Piojo y el Carbonero, y en todos ellos había ciento diez y ocho piezas de artillería. La guarnición ascendía a setecientos ocho hombres de tropa veterana y ochocientos veinte y nueve de milicias. La mayor parte de los milicianos estaba en Osorno, situada treinta leguas hacia el estrecho de Magallanes; y los restantes en la ciudad de Valdivia, catorce millas adentro del río.

En la prolongación de la parte meridional de la bahía, y fuera del puerto, está situado el fuerte exterior, el Ingles, y a media milla al Oeste de él, se encuentra la caleta o pequeño sitio donde puede desembarcarse. Los fuertes se comunican entre sí por medio de una senda tan estrecha, tortuosa y escarpada, que en ningún punto permite el paso de más de un hombre a la vez.

A las tres de la tarde del 3 de Febrero de de 1820, arbolando bandera española, anclaron la Motezuma y el Intrepido, bajo el tiro del fuerte Inglés, en la bahía de Valdivia, frente a la caleta o sitio de desembarco.

Con grandes dificultades, y en dos lanchas, con el Mayor Miller a la cabeza, que se encontraba muy débil y todavía convaleciente de las heridas que recibió en Pisco, lograron desembarcar trescientos cincuenta soldados patriotas en menos de una hora, desalojando a los realistas que defendían el único punto

de desembarque; los que que se retiraron por la senda de que antes hablamos, y entraron en el fuerte Inglés por una escala, que quitaron en seguida.

Los asaltantes avanzaron entonces bizarramente, aunque, en larga desfilada, por el único camino que conducía al ángulo saliente de dicho Fuerte, bañado por un lado por el mar, y por el otro defendido por el bosque, cuyos troncos y ramas cubrían un espacio considerable. Favorecidos por la obscuridad de la noche, por el fuego alternado de la artillería y fusilería, por el estruendo furioso de las olas, y por la gritería de la misma guarnición, pasaron a gatas unos cuantos soldados, al mando del intrépido Subteniente Vidal por bajo del ángulo entrante del Fuerte. En seguida, sin ser vistos del enemigo, se ocuparon en sacar algunas estacas sueltas y formando con ellas una rústica escala, colocaron un extremo de ésta contra la muralla, y el otro sobre un montón de tierra que favorecía sus intentos. Treparon por ella Vidal y su partida, entraron en el Fuerte y cayeron como una avalancha, contra los españoles que hacían la guarnición del castillo, los que llenos del más espantoso pánico, huyeron inmediatamente, arrastrando en su fuga a una columna de trescientos realistas formada en una especie de plaza de armas detrás del Fuerte del Inglés, el que, de esta manera portentosa, cayó en poder de Miller y los suyos.

Tal fue la rapidez con que los patriotas supieron aprovechar de esta victoria, que en la mañana del día 4 de Febrero de 1820, se hallaban en posesión de cinco Fuertes: Inglés, San Carlos, Amargos, Chorocomayo y Corral. Cien españoles murieron a bayonetazos, y otros tantos fueron hechos prisioneros. Entre los apresados en el castillo del Corral, estaba el Coronel Hoyos, Jefe del Regimiento de Cantabria.

Este, con motivo de la aflicción que tenía por la pérdida de los Fuertes, "y casi fuera de sí, había bebido tanto ron, que cuando Miller se presentó principió a insultarle del modo más horroroso, y a tal punto, que con la mayor dificultad se pudo contener a los soldados victoriosos para que no lo matasen. A la mañana siguiente, dijo Hoyos a Miller: "Doy a U. las gracias por haberme salvado la vida, aunque después de lo que ha pasado, el morir habría sido mejor" (Memorias del General Miller).

En la misma mañana del 4 de Febrero entraron en el puerto de Valdivia la goleta MOTEZUMA y el bergantín INTREPIDO, y anclaron bajo el castillo del Corral. Como los españoles estaban todavía en posesión de los fuertes situados hacia el Oriente, se embarcaron en dichos navíos doscientos hombres para desalojarlos. Alarmados los realistas por aquel movimiento, abandonaron el Castillo de Niebla y los Fuertes Carbonero, Piojo y Manzanera.

Sorprendidos y gozosos a la par, se vieron, de la manera indicada, los patriotas dueños del formidable puerto de Valdivia, que, según la expresión de un historiador, es el Gibraltar de Sud América. A la tarde del mencionado día 4 de Febrero de 1820, entró la O'HIGGINS en el puerto casi llena de agua; y para

evitar que se fuese a pique, la vararon en un paraje cenagoso, con objeto de reparar sus averías.

En el parte oficial que dió el Mayor Miller a Lord Cochrane de la toma de Valdivia, se leen estas palabras: "La formidable posición que ocupaban los realistas, les hacía crer que estaban completamente seguros de cuantos ataques pudieran intentarse; y si se consideran debidamente los obstáculos que hemos tenido que vencer por sendas estrechas y casi impenetrables, no es de admirar tuviesen tal confianza. Pero nada resistió al valor e intrepidez de nuestros oficiales y soldados; y la victoria más completa coronó nuestros esfuerzos en una empresa que, si no es la más atrevida de cuantas se han ejecutado con número tan reducido de tropas, a lo menos añadirá nuevos laureles a los valientes hijos de la América del Sur".

El 5 de Febrero del mentado año se apoderó Lord Cochrane, a la cabeza de doscientos hombres, de la ciudad de Valdivia, situada a la margen izquierda del río del mismo nombre. Los realistas en número de quinientos, con su Gobernador el Coronel Montoya, la habían abandonado el mismo día, dirigiéndose a Osorno, para embarcarse a Chiloé.

En los fuertes del puerto de Valdivia, se apoderaron los vencedores de ciento veinte y ocho cañones, ochocientos cuarenta barriles de pólvora con ciento veinte libras cada uno, ciento setenta mil cartuchos, diez mil balas, muchas de ellas de cobre, y una cantidad inmensa de otras municiones de guerra. Apoderàronse, también, en la ciudad de Valdivia, de varios ornamentos y vasos sagrados que el General realista Sánchez había sacado de las Iglesias de Concepción, y conducido a esa ciudad, inclusive una custodia de oro con piedras preciosas, y de una gran cantidad de azúcar, licores y otros artículos. Por último, fue apresado un buque llamado DOLORES, anclado al frente del fuerte Corral, en la noche del ataque a éste, y vendido en Valparaíso por la suma de veinte mil duros.

Adoptadas las disposiciones conducentes a la seguridad de Valdivia, y ufano Lord Cochrane con el brillante triunfo que acababa de obtener, e impulsado por su genial audacia y bravura, se lanzó a otra empresa atrevidísima; la toma de la importante isla de Chiloé, sin que le arredrase para ello el que estuviese defendida por mil hombres de tropas regladas y una milicia compuesta de fanáticos por la causa real.

Chiloé es la mayor de un archipiélago de setenta y dos islas, que se extiende a lo largo de la espantosa e inabordable costa que media entre el estrecho de Magallanes y Valdivia.

Para llevar a cabo su temerario propósito, Lord Cochrane hizo embarcar la tropa del Mayor Miller en la goleta MOTEZUMA, en el bergatín INTREPIDO y en el transporte apresado DOLORES; y a la puesta del sol del día 17 de Febrero de 1820 logró tomar tierra con su gente en la espaciosa playa donde se halla el fuerte llamado Corona de Chiloé, del que se apoderó al rayar la aurora del 28. La tropa que lo sostenía se replegó al castillo principal, denominado San Miguel de Aguy, que es el mejor situado y construído para defender la entrada del puerto de San Carlos, de, Ancud capital de Chiloé y residencia del Gobernador.

Este cargo lo desempeñaba, a la sazón, el bravo y activo Brigadier español don Antonio Quintanilla, quien, en vista del desembarque de los patriotas, reforzó la guarnición del fuerte de Aguy; y aprestó la tropa y las embarcaciones necesarias para la navegación de las tres millas que separan aquel castillo de la plaza de San Carlos, con el objeto de coadyuvar a la defensa del mismo.

Mientras Quintanilla se ocupaba en estos preparativos, los valientes soldados de Cochrane, con Miller a la cabeza, marcharon inmediatamente, después de la toma del fuerte Corona, sobre la fortaleza de Aguy, y la atacaron con denodado coraje, sosteniendo, durante largo tiempo, el vivísimo y nutrido fuego de los defensores de aquella. Pero la situación elevada del fuerte, por una parte, y por otra, el inminente peligro de verse atacados por la espalda por la tropa que se había embarcado ya en San Carlos, con ese objeto, obligaron a los patriotas a retirarse, con alguna pérdida entre muertos y heridos, siendo de este número y de gravedad el impertérrito Mayor Miller.

Unidas las fuerzas venidas de San Carlos con las que guarnecían el castillo de Aguy persiguieron a los patriotas, quienes defendiéndose valerosamente, en su retirada, y llevando consigo a sus heridos, inclusive al mayor Miller, lograron guarecerse en sus buques, recorriendo en este movimiento retrógado un trayecto de dos leguas de extensión.

Frustrado el proyecto de la toma de Chiloé, la escuadra chilena se hizo a la vela para el puerto de Valdivia, en el cual entró el 19 de Febrero de 1820.

El mayor Beauchef que quedó mandando en aquel lugar, había marchado con doscientos hombres en persecusión de los realistas fugitivos que se habían acogido a la isla de Chiloé. El Gobernador Quintanilla dispuso que éstos regresasen a ocupar a Osorno y los Llanos. En consecuencia, contramarchó el Comandante Bobadilla, alias Bragadocio, (un cobarde fanfarrón de apariencia imponente, según el decir de Miller), en dirección de los puntos indicados, y del 5 al 6 de Marzo de 1820, se encontró con el Mayor Beauchef en el paraje, denominado el Toro, quien obtuvo un completo triunfo sobre los realistas. Diez y siete oficiales y doscientos veinte hombres fueron hechos prisioneros, y el resto pereció en el combate, excepto unos pocos soldados que con su Jefe Bobadilla y algunos oficiales se refugiaron a la izquierda de la ría de Maullín, que separa el Continente del archipiélago de Chiloé. El 10 del indicado mes regresó el triunfante Beauchef a Valdivia. Lord Cochrane, el Mayor Miller y los heridos habíanse dirigido antes para Valparaíso, en el navío Motezuma, por no haberse completado la reparación de la fragata O'Higgins.

Antes de cerrar este capítulo y con él la primera parte de esta obra, debemos dar cuenta del destino que cupo a los principales corifeos de la Revolución chilena, los hermanos Carreras.

Después de la terrible derrota de Rancagua, se refugiaron éstos en Mendoza, de donde pasaron a Buenos Aires, porque el

General San Martín se negó a emplearlos en el ejèrcito que organizaba en aquella ciudad para invadir a Chile.

No pudiendo el ambicioso don José Miguel Carrera resignarse a la obscura inacción a que se le había reducido por su carácter inquieto y turbulento, pasó a los Estados Unidos, en 1815. Al cabo de dos años regresó a Buenos Aires con naves, armas, y acompañado de algunos oficiales franceses emigrados de su patria después de la caída de Napoleón. En dicha ciudad se propuso el General Carrera, convocar a sus partidarios, y emprender por su cuenta una campaña en las costas chilenas.

Pero el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sabedor de que los planes de Carrera se encaminaban a suscitar una guerra civil en su patria, para apoderarse otra vez del mando, se opuso con energía a tal intento, impidiendo la salida de la expedición para Chile. Como los Carreras pretendiesen burlar la vigilancia de las autoridades, zarpando sigilosamente del puerto de Buenos Aires, fueron reducidos a prisión e incautadas las tres naves que poseían. Poco después se les puso en libertad a don Juan José y a don Luis Carrera, y a don José Miguel se le deportó a los Estados Unidos.

Este caudillo tuvo la fortuna de que el Capitán del barco que lo conducía lo dejase en Montevideo, puerto dominado a la sazón por los portugueses. Mientras tanto sus otros dos hermanos, poniéndose de acuerdo con sus parciales de Chile y de Buenos Aires, organizaron una conspiración para derribar el Gobierno de aquel país. Al efecto emprendieron el viaje para pasar a Santiago; pero en Mendoza fueron descubiertos, reducidos a prisión y procesados, actuando como Auditor de Guerra don Bernardo Monteagudo, quien despues de la dispersión del ejército patriota en Cancharrayada, no se quedó en Santiago, sino que continuó su retirada hasta Mendoza.

El 8 de Abril de 1818, y antes de que pudiera saberse en Mendoza el resultado de la batalla de Maipú, fueron condenados a muerte don Juan José y don Luis Carrera. "Aprobada la sentencia por el Gobernador Luzuriaga, tres horas después marcharon agarrados del brazo aquellos hermanos desgraciados, desde sus calabozos a la plaza pública, donde debían ser ejecutados; se abrazaron del modo más tierno, se sentaron con serena compostura en el banquillo fatal, y mandaron hacer fuego a la escolta. Los dos hermanos cayeron en tierra juntos, de forma que quedaron abrazados aun después de muertos."

Cuando don José Miguel Carrera supo la desastrosa muerte de sus hermanos, juró vengar sin reparar en los medios. Al efecto, se evadió de Montevideo, y se puso al servicio de los federalistas en la guerra civil que contra los unitarios había estallado en las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Realizado el objeto de los federales, los principales Caudillos a quienes había acompañado Carrera, dándose por satisfechos se negaron a secundar sus planes. Entonces, desatentado y fuera de sí, se refugió en la pampa, supo atraerse a los indios salvajes que vagaban por aquella inmensa región; y consiguió que le nombrasen su caudillo o PICHI-REY. Al frente de és-

tos y de algunos soldados chilenos que le habían permanecido fieles, don José Miguel Carrera emprendió otra vez la guerra, con el doble objeto de vengarse del Gobierno de Buenos Aires, y de abrirse un camino por el Sur de Chile.

Después de una lucha de tres años y de una larga serie de vicisitudes, prósperas las unas, adversas las otras, fué, por fin, vencido Carrera, en el combate de Punta de Médano, por el Jefe mendocino don Albino Gutiérrez. Casi en seguida cuatro de sus mismos subalternos se apoderaron de Carrera y lo entregaron al Gobernador de Mendoza, y se le siguió la causa correspondiente.

Carrera fue sentenciado, como era de esperarse, a la pena de muerte. En la mañana del 4 de Septiembre de 1821, y en momentos en que se hallaba escribiendo una carta de despedida a su mujer, se le sacó de la cárcel para llevarlo al lugar de la ejecución, que era el mismo, donde tres años antes, habían sido fusilados sus hermanos.

"Iba vestido, dice Vicuña Mackenna, como en los días de sus victorias, con su traje favorito de jinete. Ceñía su cintura vistiendo su antiguo traje de húsar, esto es, la misma chaqueta bordada de paño verde, que llevó en la jornada de la Cañada de la Cruz, pantalón de paño con bota de imitación hasta la rodilla, chaleco claro con botones de metal ojalados hasta el corbatín, gorra redonda de campaña, y una limpia y elegante manta bordada con una orla de seda de diferentes matices. Su rostro respiraba una serenidad a la vez altiva y resignada."

Don José Miguel Carrera murió con la entereza de que siempre había dado pruebas; y con él fueron también pasados por las armas sus fieles compañeros don Felipe Alvarez y Monroy.

"Tal fue el fin de aquel hombre que ha tenido sus panegiristas y detractores, apasionados unos y otros; del hombre a quien puede decirse que debió Chile su Independencia; pues él fue el primero que enseñó a sus compatriotas conduciéndolos a los campos de batalla, que podían ser tan buenos soldados, como antes habían sido tranquilos ciudadanos; pero a quien un ánimo siempre inquieto, una desapoderada ambición y un vengativo afán neutralizaron, esterilizándolas, las demás excelentes dotes que en su corazón abrigaba." (Coroleu--Obra citada).

Reanudemos la relación acerca de los acontecimientos ocurridos en el Virreinato de Lima. El ejército real del Perú continuaba en las mismas posiciones en que estaba el año de 1819. Su fuerza disponible no bajaba de siete mil hombres, y se hallaba a su cabeza el Teniente Genaral don Juan Ramírez Orozco, que había sido nombrado para reemplazar en el mando en Jefe, al General La Serna. Ramírez, dejando la Presidencia de Quito, llegó al cuartel general de Tupiza el 5 de Febrero de 1820.

Este ejército se ocupaba en batir las partidas patriotas que diariamente se levantaban en armas en diversos parajes del territorio del Alto Perú; y efectivamente fueron derrotadas en la provincia de Cochabamba las huestes de los Caudillos Flórez, Calderón, Cáseres, Rifarache, y Román, del 8 al 12 de Marzo de 1820.

El seis de Abril del mismo año, el Coronel realista de la

provincia de Tarija, don Antonio Vigil, batió en Punta de Piedra al Cabecilla patriota Hidalgo, y herido de muerte se apoderó de su persona; y habiendo expirado al cabo de dos horas, hizo colocar Vigil la cabeza de aquel valiente caudillo en el Abra de Pulcara.

El nuevo General en Jefe, sin tener tropas regladas que combatir por su frente, porque no las tenía disponibles el Gobierno de Buenos Aires, dispuso un movimiento sobre las ciudades de Jujuy y Salta. En esta correría, que duró un mes, hubo, como en las anteriores, frecuentes encuentros con los infatigables y activos gauchos; y aunque éstos se retiraban como de costumbre después de cada ataque, volvían, de nuevo, a cargar donde podían a las tropas realistas, causándolas irreparables pérdidas. Como esta manera de guerrear era inacabable, y nunca obtenía un triunfo definitivo el ejército español, tuvo que regresar a sus anitguas posiciones el 8 de Junio de 1820.

Al ocuparse de esta expedición dice García Camba: "Al replegarse el ejército a su primitiva línea tuvo aún que sostener, como de costumbre, varios choques con el enemigo, brillando en todas ocasiones a porfía la intrepidez e inteligencia de nuestros Jeles y oficiales, y la bravura, disciplina e instrucción de la tropa. El General en Jefe contaba el número de las ventajas que había conseguido, por las veces que sus subordinados habían llegado a las manos con los contrarios; pero tuvo repetidas ocasiones de notar por sí mismo que los GAUCHOS que ahora le hacían frente, casi en nada se parecían a los que había conocido en épocas anteriores. Tales eran los progresos que habían hecho con la pràctica en el arte de guerrear."

A poco de haber regresado el ejército real a Tupiza, se denunció una conspiración en él, que se suponía dirigida por el Coronel don Agustín Gamarra. Hechas las averiguaciones del caso nada pudo ponerse en claro. Gamarra, dice Camba, fue destinado después al ejército de Lima, donde se pasó a los independientes, confirmando de este modo los fundamentos de la mencionada denuncia.

Habiéndose recibido en Lima datos positivos y seguros de lo adelantados que se hallaban los aprestos de la expedición chilena contra el Perú, el Virrey Pezuela dictó las medidas que le parecieron oportunas para su defensa. Llamó, en consecuencia, a las armas a las milicias; reforzó la guarnición del Callao; hizo pasar a la Capital al batallón Victoria; nombró Comandante General de la costa del Sur al Coronel graduado de milicias don Manuel Quimper; y previno al Teniente Coronel Camba, que desempeñaba ese cargo, que regresase a Lima con la tropa veterana que tenía a sus órdenes en Pisco. Como el ejército real del Alto Perú no tenía atenciones de consideración por su frente ni por sus flancos y retaguardia, el General en Jefe, en cumplimiento de las disposiciones del Virrey, preparó la división que había de dirigirse al Norte.

En consecuencia, el 31 de Agosto de 1820, salió el Coronel Valdés en esa dirección con un regimiento y el batallón de voluntarios de Castro o Chilotes. Estando en marcha, recibió Valdés la orden de trasladarse rápidamente a Lima, como lo hizo

encargando al Coronel Loriga la conducción de aquel destacamento. Sucesivamente fueron tomando el mismo rumbo hacia el Norte las demás tropas disponibles del Alto Perú, quedando en Tupiza el Brigadier Olañeta con la vanguardia. El General Ramírez trasladó su residencia a Puno, y luego a Arequipa.

Poco antes de estos sucesos, se recibió en el Perú la noticia de que el ejército expedicionario español reunido en la isla de León, encabezado por los Coroneles don Rafael Riego y Quiroga, se había insurreccionado, proclamando el restablecimiento de la Constitución de 1812. Esta noticia llenó de gozo a los patriotas, porque Fernando VII quedaba imposibilitado de remitir auxilio alguno para mantener su vacilante trono en las Colonias Americanas.

Habiendo llegado a Lima las órdenes del Gobierno español para publicar y jurar la predicha Constitución, el Virrey Pezuela las cumplió en aquella Capital el 17 de Septiembre de 1820, precisamente cuando el General Dn. José de San Martín, hacia ya nueve días, que con su expedición había desembarcado en Pisco.

Con el arribo de esta expedición empieza propiamente la historia de la Independencia del Perú, de la que nos vamos a ocupar en la segunda parte de nuestra narración.

PARTE SEGUNDA

La Independencia del Perú bajo la dirección de San Martín

CAPITULO I.

DESDE EL 7 DE SEPTIEMBRE DE 1820 HASTA 1821.

Fuerzas que componían la Expedición Libertadora del Perú, a órdenes del General San Martín.—La expedición fondea en la ensenada de Paracas.—Ocupación de Pisco.—San Martín establece en esta villa su cuartel general—Negociaciones de Miraflores.—El General Arenales ocupa a Ica.—Acción de Nazca, en la que triunfan los patriotas.—Desembarco de San Martín en el pueblo de Ancón.—Llega a este puerto la goleta Alcance, con la noticia del Crito de Independencia de Guayaquil.—La escuadra de Cochrane bloquea el Callao; y se apodera este Almirante de la fragata de guerra española la Esmeralda.—San Martín establece su cuartet general en el valle de Huaura.—El campamento realista en Aznapugio.—Encuentro de Chancay entre el Coronel Valdés y el Capitan patriota Bransden.—El batallón Numancia se pasa a los Independientes.—Salaverry.—El General Arenales ocupa a Huamanga, a Huanta y a Jauja, y derrota a O'Relly en Pasco.—Proclamación de la Independencia en Trujillo.

La perseverancia y los incesantes trabajos del General don José de San Martín vencieron al fin los obstáculos que por tanto tiempo habían impedido la realización de su grande empresa: la invasión al Perú.

Las tropas libertadoras se reunieron en Valparaíso el 16 de Agosto de 1820, y en los días 19 y 20 del mismo se embarcaron los cuerpos siguientes: los Batallones de Infantería números 7º, 8º y 11º, los Escuadrones de Granade-

ros y Cazadores a caballo, y dos compañías de Artillería que formaban la DIVISION DE LOS ANDES, y los Batallones números 2º, 4º y 5º y otra compañía de artillería, que formaban la DIVISION DE CHILE.

Estas tropas, cuyo número total, inclusa la que después se embarcó en Coquimbo, no excedía de cuatro mil quinientos hombres y doce piezas de artillería, se hicieron a la vela el 21 de Agosto, escoltadas por las fuerzas marítimas de Chile, cuyo Almirante era Lord Cochrane. Las que tenía el Virrey Pezuela a sus órdenes en el Bajo y Alto Perú, en aquella época, según un manifiesto publicado por el mismo en Madrid en 1821, ascendían a veintitrés mil hombres de tropas regladas, distribuídas en divessos lugares de aquellos vastos territorios.

A las seis de la tarde del 7 de Septiembre de 1820, empezaron a fondear en la ensenada de Paracas, cincuenta leguas al Sur de Lima, los buques expedicionarias. El Coronel Las Heras, Jefe del Estado Mayor, desembarcó, el 8, con tres batallones, dos piezas de artillería y algunos caballos, en un paraje situado a dos leguas al Sur de Pisco; y se apoderó de esta villa y su fuerte, sin que el Coronel realista Químper opusiera la menor rasistencia. Este Jefe se retiró a la ciudad de Ica, tomando una dirección opuesta a su base natural de operaciones.

El 13 de Septiembre del mencionado año, el General San Martín estableció au cuartel general en Pisco. El 22 el Coronel Alvarado, con el regimiento de Granaderos a Caballo, tomó posesión de los llamados Alto y Bajo Chincha. Al día siguiente el Ceneral San Martín recorrió el valle del mismo nombre; y fue recibido con gran entusiasmo por sus habitantes.

Tan luego como se supo en Lima la nueva del desembarco de San Martín en Pisco, el Virrey Pezuela dispuso que el Coronel Marqués de Valleumbroso reforzara a Químper con el escuadrón de su mando; pero el primero, con motivo de la errónea retirada del segundo a Ica, tuvo que establecerse en el valle de Cañete.

Pezuela mandó también situar en Lurín al Brigadier don Diego O'Relly, con dos escuadrones, los cuales con la tropa de Valleumbroso, formaban la división de vanguardia del ejército realista, de la que fue nombrado Mayor General, el Teniente Coronel don Andrés García Camba.

Proclamada y jurada, según antes indicamos, la Constitución española de 1812 en Lima, el Virrey, consecuenre con las prevenciones de la Corte, propuso al General San Martín un acomodamiento pacífico, sirviendo de base la misma Constitución. El General argentino accedió gustoso a esta invitación en aquellas circunstaneias, y nombró para sus plenipotenciarios al Coronel don Tomás Guido y a don Juan García del Río. Pezuela eligió, por su parte, al doctor Hipólito Unanue, que después fue Ministro de la República

del Perú, al Coronel Conde de Villar de Fuentes y al Teniente de navío don Dionisio Capaz. Unos y otros se reunieron a conferenciar en el pueblo de Miraflores, distante dos leguas cortas de Lima.

El Virrey en persona tuvo una conferencia con los delegados de San Martín, en el pueblo de la Magdalena; pero no se llegó a ningún acuerdo, porque aquellos pretendían que la base para cualquier tratado fuese el reconocimiento de la Independencia del Perú. San Martín utilizó todo el tiempo empleado en estas negociaciones en propagar la revolución en el país, y combinar un plan de operaciones que diera a la misma el mayor impulso posible.

El General Arenales, español europeo, al servicio de los independientes, fue destacado del cuartel general de Pisco, con una división de mil hombres, para que se internase en la sierra. El 6 de Octubre de 1820 entró en Ica, donde las tropas patriotas fueron recibidas con marcadas señales de júbilo de parte de sus moradores. El Coronel realista Químper y el Conde de Montemar abandonaron aquella ciudad con los ochocientos hombres que la guarnecían, parte de tropas regladas y parte de milicias. Dos compañías de éstas con sus respectivos oficiales se pasaron a las filas patriotas.

En persecución de los realistas que habían hecho alto en la ciudad de Nazca, salió el Teniente Coronel Rojas, segundo del General Arenales, con una columna de ciento sesenta hombres.

Algunos soldados de caballería patriota, encabezados por los Capitanes Lavalle y Bransden y el Teniente don Vicente Suárez, entraron a galope a Nazca, atacaron a seiscientos realistas que la guarnecían y los pusieron en vergonzosa huida, persiguiéndoles más de una legua, matando e hiriendo a sesenta hombres. Seis oficiales, ochenta soldados y gran número de milicianos fueron hechos prisioneros. Los habitantes de Nazca recibieron a los patriotas como a sus libertadores; y por información de ellos, envió Rojas al Teniente Suárez con un piquete de caballería a Acarí, distante treinta leguas de Nazca, para que se apoderase de cien mulas de pertrechos sacados de Ica por los realistas. Aquel infatigable oficial cumplió fielmente su comisión, y regresó trayendo consigo tan valioso botín.

El 20 de Octubre de 1820, avanzó al interior del Perú el General Arenales, dejando un destacamento a órdenes del Teniente Coronel Bermúdez y del Mayor Aldao para conservar la posesión de la provincia de Ica. El 25 del mismo mes y año, las restantes tropas libertadoras zarparon de Pisco, con rumbo hacia el Norte.

El 29 del propio Octubre ancló la escuadra chilena en la bahía del Callao, donde permaneció bloqueando los buques españoles, mientras los transportes que conducían las tropas, convoyados por el San Martín, dieron la vela hacia la pequeña bahía de Ancón, a seis u ocho leguas al Norte de Li-

ma. El 31 desembarcaron en el miserable pueblo de Ancón algunos infantes y jinetes a órdenes del Teniente Raulet, oficial francés, el mismo que ocupó a Cuenca por pocos días en el año de 1829, destacado por el General La Mar del grueso de su ejército, antes de la batalla de Tarqui. Dicho oficial avanzó a Copacabana, a cinco leguas de Lima. También desembarcaron en Ancón y marcharon a Chancay doscientos infantes y cuarenta caballos, a órdenes del Mayor Reyes.

El 4 de Noviembre de 1820, la goleta ALCANCE llegó a Ancón, conduciendo a los Tenientes Coroneles don José de Villamil y Don Miguel de Letamendi, portadores de sendos oficios, en los que se comunicaba a Lord Cochrane y y al General San Martín el glorioso grito de Independencia lanzado por Guayaquil, el memorable 9 de Octubre de 1820. Tanto uno como otro recibieron con entusiasmo y júbilo tan fausta nueva, que contribuía eficazmente a que se realizara la Emancipación completa de Colombia y el Perú. El 14 de Noviembre del mismo año se embarcaron para Guayaquil los Coroneles don Tomás Guido y don Toribio Luzuriaga, con el fin de cumplimentar a la Junta de Gobierno de aquella ciudad por su movimiento separatista y establecer relaciones entre esa Junta y el General San Martín. Pero, en realidad el verdadero objeto de la misión de dichos Jefes era el de obtener la anexión de la provincia de Guayaquil al Perú.

Estando anclada, como dijimos, la escuadra chilena en la bahía del Callao, Lord Cochrane concibió un proyecto audaz, como todos los suyos, tal proyecto era el de apresar la fragata de guerra española ESMERALDA, hermoso buque de cuarenta y cuatro cañones con trescientos treinta tripulantes, perfectamente surtida de jarcia y enseres marítimos, con provisión para tres meses y repuestos para dos años, y mandada por el Capitán de navío don Luis Coy.

La fragata ESMERALDA estaba fondeada en la rada del Callao entre los bergantines ARANZAZU, PEZUELA, MAYPU, y veinte y cuatro lanchas cañoneras; bajo los fuegos de los castillos Real--Felipe, San Miguel y San Rafael y de las baterías del Arsenal y de San Joaquín.

Temeridad, y más que temeridad, locura parecía el proyecto de apoderarse de un buque tan bien amparado y defendido; y sin embargo esa empresa, al parecer irrealizable, la ejecutó con éxito feliz Lord Cochrane, Almirante de la escuadra Chilena.

Concebido el plan, el audaz y valentísimo Cochrane lo puso en obra, en la noche del 5 al 6 de Noviembre de 1820. Eligió, al efecto, ciento ochenta marineros y cien soldados de marina, distribuyéndolos en catorce lanchas, que formaron dos divisiones, una a las órdenes del Comandante Jorje Guise, y otra a las del Capitán Crosbie. Dispuso, además, que toda la gente fuese armada de afilados machetes y pistolas, vestida de blanco con un brazalete azul para conocerse, y que se forraran los remos con

una tela para que no hicieran ruido al surcar las aguas de la bahía.

"Tomadas estas disposiciones, dice un historiador español, se alejaron las catorce lanchas del costado de la O'Higgins, a las diez de la noche, yendo el mismo Cochrane a la cabeza; y dos horas después llegaban a la empalizada en berlinga que defendía la entrada del puerto. Allí tropezaron con una lancha cañonera, de cuya descuidada tripulación se apoderaron fácilmente; y pocos momentos después arribaban cautelosa y silenciosamente a los costados de la Esmeralda."

"Por medio de cabos afianzados en los hierros y salientes del casco escalaron la nave, siendo el Almirante el primero que intentó saltar sobre su cubierta; pero un centinela que allí había, alarmado con el ruido y asomándose a la borda, vió aquel bulto blanco, y de un vigoroso culatazo le hizo caer de espaldas sobre su bote, dejándole algún rato sin movimiento. Pero su gente había ya invadido la cubierta, y cuando la tripulación de la fragata se pudo dar cuenta de lo que pasaba, ya los agresores estaban distribuídos por toda ella, hasta por las cofas. Esto no obstante, parte de aquella se reunió como pudo en el alcázar de proa y entre invasores y defensores se entabló un desesperado combate, en el que por espacio de algún tiempo, sólo se vió el centelleo de los machetes y se oyó el estampido de los pistoletazos y las voces de unos y otros. La lucha pasó de la cubierta al entrepuente, y de éste a la bodega, que si los chilenos ganaban terreno palmo a palmo, palmo a palmo lo defendían los españoles. Acorralados, por último, éstos en la bodega, habiendo perdido bastante gente y sin poder organizarse, a causa de la sorpresa, para prolongar la resistencia, no tuvieron más remedio que rendirse."

Mr. Steveson y el General Miller, en sus respectivas Memorias, nada dicen acerca del culatazo que sufrió Lord Cochrane, según la relación que acabamos de transcribir. El primero, relatando la captura de la Esmeralda se expresa en estos términos:

"A las once de la noche del 5 de Noviembre, ciento ochenta marineros y cien soldados de marina, en dos divisiones, mandadas por los Capitanes Guise y Crosbie, salieron en lanchas de la escuadra, dirigidos por Lord Cochrane en persona, y se aproximaron a la Esmeralda sin ser vistos, hasta que dió el "quien vive" un centinela de proa de una lancha cañonera de guardia a la fragata. Lord Cochrane contestó: "silencio o mueres," y en medio minuto los botes se hallaron al rededor de la Esmeralda, y la abordaron a un tiempo por babor y estribor. Los españoles hicieron una valerosa resistencia al arma blanca; pero antes de la una de la mañana del 6, la Esmeralda estaba ya en poder del Almirante."

Miller concluye su relación con estas palabras: "En toda la carrera naval de Lord Cochrane no se hallará quizás ningún hecho que exceda a esta operación, que fue tan hábilmente concebida como brillantemente ejecutada."

Mr. Steveson testigo presencial de este heróico hecho de armas, dice sustancialmente: "Cuando Lord Cochrane, montando la primera de las chlaupas invasoras, se acercaba a la Esmeralda, una de las cañoneras enemigas le dió el "quien vive," Cochrane entonces mandó acelerar la boga, se echó sobre ella, amenazó de muerte al oficial, y pasando rápidamente al costado de la ESMERALDA, subió a su bordo y mató uno tras otro dos centinelas. Seguidamente los asaltantes quedaron dueños del castillo de popa, y aunque la guarnición y tripulación del buque abordado sostuvieron un vivo fuego por espacio de diez y nueve minutos desde el de proa, todo fue inútil para los realistas, que quedaron completamente vencidos. Cortado el cable de la fragata capturada se retiraron con ella los vencedores.

En el abordaje a la Esmeralda, Lord Cochrane salió herido en un muslo de bala de fusil. Los españoles perdieron ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos, inclusive el Capitán de aquella, don Luis Coig, quien sufrió una gran contusión proveniente de una bala de cañón disparada por una lancha cañonera española, la que rompiendo la cubierta de la Esmeralda cayó a los pies de Coig, causándole la indicada contusión y matando además a tres marineros. Los patriotas perdieron treinta y dos hombres entre muertos y heridos.

Sobre manera extraño parecerá que las baterías de la plaza del Callao no hubiesen estorbado el apresamiento de la Esmeralda, tan audazmente llevado a cabo por el Almirante Cochrane; pero para ello hubo fundado motivo que lo explica un historiador español de la manera que sigue:

"Había surtas en la bahía del Callao dos fragatas de guerra extranjeras, la inglesa HYPERION, y la norteamericana MACEDONIAN, y en previsión de algún ataque nocturno por la escuadra chilena, habían convenido sus Comandantes con las autoridades de la plaza que izarían ciertos fanales para que, en el caso recelado, se reconociese el puesto en que se hallaban fondeadas, a fin de que no se les dirigiese ningún disparo. Pero el Comandante de la MACEDONIAN, que días antes había ofrecido asilo a los chilenos en caso de ser vencidos, se apresuró a dar noticia a Cochrane del susodicho convenio, y este mandó izar aquellas luces en la ESMERALDA, de suerte que los artilleros de la plaza, no sabiendo a donde dirigir sus fuegos, hubieron de cesar en ellos."

Sin asegurar nosotros que sea cierta o no esta relación, lo evidente es, según se refiere en las Memorias de Miller que: "La guarnición del Callao se exasperó de tal manera con las resultas de este ataque atrevido, que mataron a un oficial y a la tripulación de un bote que, poco después del día, envió la fragata de los Estados Unidos la MACEDONIAN, bajo el pretexto de que el DIABLO de Cochrane nunca habría alcanzado su objeto, si no le hubiesen ayudado los buques neutrales de guerra que habían en el puerto."

Acerca de lo que le ocurrió, por su parte, al Comandante de la MACEDONIAN, a quien se le creyó en conniven-

cia con Cochrane para la captura de la ESMERALDA, se refiere la siguiente curiosa anécdota:

"Este se hallaba de paseo en Lima, y habiendo llegado a su conocimiento que lo buscaban, quiso disfrazarse para escapar, para lo cual se estaba rapando sus bien pobladas patillas y ya tenía una rapada, cuando llegó un coche escoltado por veinte y cinco coraceros que le enviaba el Virrey para que fuese inmediatamente a Chorrillos a embarcarse. No esperó para raparse la otra patilla, sino que, metiéndose en el coche, partió a todo galope y llegó a Chorrillos, donde encontró uno de sus botes esperándole, y se embarcó, salvando así la vida."

El apresamiento de la ESMERALDA, que después fue bautizada con el nombre de VALDIVIA, produjo gran desaliento en Lima, por cuanto daba a las fuerzas navales chilenas marcada superioridad sobre las españolas.

Después de la captura de la ESMERALDA toda la escuadra chilena hizo rumbo a la bahía de Ancón. En la noche del 8 de Noviembre de 1820, dicha escuadra y los transportes que conducían las tropas de San Martín, se dirigieron al puerto de Huacho, donde desembarcaron todas ellas en los dos días subsiguientes. Huacho está situado a veinte y ocho leguas al Norte de Lima y es el puerto de Huaura. El valle de este nombre tiene dos leguas de ancho en su desembocadura al mar, y diez leguas de largo de Oriente a Occidente. San Martín estableció su cuartel general en este valle, colocando sus tropas a la orilla derecha de un río vadeable solamente en algunos puntos. Desde esta posición cortaba la comunicación por los caminos de la costa entre Lima y Trujillo, Lambayeque y Paita.

El Virrey Pezuela, por su parte, había ido reuniendo en la hacienda de Aznapuquio, situada cerca de Lima, cuantas fuerzas le había sido posible, muchas de ellas procedentes del ejército del Alto Perú y del de reserva de Arequipa; y nombró al General La Serna para Comandante en Jefe de las fuerzas reunidas en la mencionada Hacienda. Por sugestión del mismo La Serna, fueron llamados a Lima sucesivamente los Jefes Canterac, Valdés, Seoane, Loriga y otros más sumamente adictos a su persona. Canterac fue nombrado Jefe de Estado Mayor de este ejército, en reemplazo del General don José de La Mar, quien, como Subinspector General nombrado por el Rey de España, era Gobernador de la plaza del Callao.

Se recordará que el Mayor Reyes, al desembarcar las tropas chilenas en Ancón, se situó con una columna en Chancay. El Virrey destacó a su vez sobre este pueblo al Coronel Jerónimo Valdés, con una división compuesta del batallón Numancia, mandado por el Coronel graduado don Ruperto Delgado, del escuadrón de Dragones de la Unión y del de Dragones del Perú que regía el Teniente Coronel García Camba. Valdés se propuso sorprender a la partida

chilena; pero ésta que amaneció sobre las armas se puso desde luego, en retirada. Entonces el Jefe realista marchó decididamente sobre Chancay, adelantándose con el escuadrón de Dragones de la Unión, y ordenando a Camba le siguiese con el suyo.

El capitán patriota Bransden se había quedado con cuarenta dragones a retaguardia, para ganar algún tiempo, a fin de que la infantería con el Mayor Reyes adelantase; y aprovechando Bransden de que el Coronel Valdés había entrado solamente con los dragones de la Unión en un callejón estrecho cerrado por ambos lados, los cargó con empuje y denuedo; y acuchillados algunos de ellos, se puso el resto en fuga a toda brida. A ese tiempo entraron también en el mencionado callejón los dragones del Perú; y su Jefe García Camba, según el mismo lo refiere, retrocedió velozmente con los suyos hasta las primeras casas, donde el terreno le permitía evitar el desorden de los fugitivos; y adelantó, aprovechando de la tapia de la derecha, media compañía de los cazadores de Numancia, cuyos fuegos contuvieron la persecución de los patriotas, y salvaron, tal vez, la vida del Coronel Valdés. Entonces el entendido y arrojado Bransden continuó su retirada, salvando, de esta manera, a la columna de infantería que había tomado la delantera. Reforzada la vanguardia del Jefe realista se situó en Chancay y Chacaillo, y lo único que hizo fue sorprender y apresar una descubierta patriota, compuesta de un oficial y de veinte y cinco granaderos de caballo.

El General San Martín envió la caballería que se hallaba en Huacho, a órdenes del Coronel Rudesindo Alvarado, para que fuese a reconocer la vanguardia enemiga. Sabedor de esto Valdés trasladó su campo a Tecuán. El 28 de Noviembre de 1820 se verificó el reconocimiento ordenado por San Martín, pero no se trabó ninguna acción de empeño entre Alvarado y Valdés; y al anochecer de aquel día se retiró el primero a Retes y el segundo hizo lo mismo, tomando la dirección de la hacienda de Basurto, donde permaneció hasta el 1º de Diciembre. En la tarde de aquel día se presentaron nuevamente las fuerzas del Coronel Alvarado sobre la referida hacienda; pero tampoco se verificó combate alguno.

Siguiendo las instrucciones del Virrey, que había llamado a Valdés con sus tropas, continuaron éstas su retirada sobre Lima por el camino del Trapiche Viejo. El 2 de Diciembre de 1820, por la tarde, se unió a las fuerzas de Valdés otro escuadrón de Dragones del Perú, con el Teniente Coronel don Ignacio Landázuri. Como el terreno era muy quebrado, y hubiese necesidad de dar un pienso a los caballos y mulas, se adelantó el Coronel Valdés con los jinetes a los alfalfares de Trapiche Viejo, dejando a retaguardia al batallón Numancia. El Coronel Ruperto Delgado, Jefe de él, resolvió

descansar al pie de la escabrosa cuesta de Huachos, para subirla de noche con menos molestia del calor.

El batallón Numancia, fuerte de seiscientas cincuenta plazas, que por su disciplina en nada era inferior a un cuerpo europeo, había sido enviado al Perú por el Pacificador Morillo, y se componía casi en su totalidad de colombianos, ansiosos de separarse del servicio de la Causa Real, y de abrazar la de la Independencia. Aprovecharon pues de esta oportunidad para llevar a cabo su patriótico y laudable deseo.

Los Capitanes don Tomás Heres y don Ramón Herrera, secundados por los Tenientes Guas, Izquierdo y otros subalternos, sublevaron dicho batallón, y apresando al Coronel Delgado y dos oficiales de quienes desconfiaban, fueron a reunirse, en Retes, con el ejército patriota, en la madrugada del 3 de Diciembre de 1820.

El batallón Numancia, bautizado después por el Libertador con el nombre de Voltijeros, se trasladó en dos transportes desde Chancay a Huacho, a donde llegó el día cuatro del propio mes y año; siendo recibido por las tropas libertadoras con júbilo y entusiasmo.

Sabida por Valdés, en Trapiche-Viejo, ésta, para los realistas, tristísima noticia, dió cuenta de ella al Virrey, y marchó con la caballería y artillería a San Lorenzo, y de aquí al campamento de Aznapuquio, en virtud de orden superior.

El 8 de Diciembre del mismo año, treinta y ocho oficiales y varios cadetes se escaparon de Lima y se incorporaron al ejército patriota presentándose en los puntos avanzados de Chancay. Entre ellos estaba un muchacho de catorce años, que se había escapado de la casa de sus padres, y que desplegó una extraordinaria firmeza al ser perseguido por su familia, para no regresar a su hogar. Este muchacho se llamaba Felipe Santiago Salaverry, natural de Lima, que al andar de los tiempos llegó a la categoría de General; el mismo que el 23 de Febrero de 1835, alzó en la fortaleza del Callao, el pendón de la revolución contra el Gobierno constitucional del Presidente del Perú don Luis José de Orbegoso.

El valiente y joven General Salaverry, el ídolo del pueblo limeño, fue derrotado, después de su triunfo en Uchumayo, en la batalla de Socabaya, librada el 7 de Febrero de 1836, por las tropas bolivianas comandadas por el General Andrés Santa Cruz, cuyo auxilio había solicitado Orbegoso. Salaverry cayó prisionero, y fue fusilado por el vencedor, en la plaza de Arequipa, a las cinco de la tarde del 18 del mismo mes y año, sin que revelase, al recibir la muerte, la menor flaqueza de ánimo.

Hecha esta digresión que no nos parece inoportuna, reanudemos el hilo de la narración.

El 2 de Diciembre de 1820, fue un día de emociones en el campamento de Supe. Veinte y dos oficiales y ochenta y cinco sargentos y soldados patriotas que habían estado pri-

sioneros en poder de los realistas llegaron a dicho campamento. Estos desgraciados habían sido puestos en libertad, en cumplimiento de un convenio de canje de prisioneros, celebrado entre el General San Martín y el Virrey Pezuela; y eran los únicos sobrevivientes de más de mil patriotas que habían sido apresados al principio de la Revolución en el territorio del Alto Perú. Encadenados juntos, habián tenido que andar de cuatrocientas a seiscientas leguas, para ser sepultados después en las horrendas casamatas de los castillos del Callao. Uno solo de cada diez pudo sobrevivir a los terribles sufrimientos de nueve años de duro e inhumano encarcelamiento.

"Fue una cosa interesante presenciar la llegada de estos heroicos desgraciados: sus pálidos rostros, sus descarnados miembros, su mirar triste, su marcha pausada y vacilante, manifestaban a primera vista, los fatales efectos que su larga cautividad, bajo tan bárbaros guardianes, habían producido en su parte física y en su parte moral. Como era debido, fueron recibidos con los brazos abiertos por los oficiales y tropas de San Martín, entre los cuales hallaron muchos antiguos amigos y compañeros de armas."

"El General San Martín dió permiso a estos beneméritos militares para volver a sus casas y restablecer su salud; pero tal era su entusiasmo, que todos se alistaron voluntariamente para servir en el ejército libertador, defender la causa de su país y vengar sus agravios personales. Varios de ellos murieron al poco tiempo a consecuencia del repentino cambio de salir de un calabozo hediondo, al goce del aire puro y de la libertad; otros murieron en acciones de guerra; y de todos ellos quizá no existen en el día veinte individuos." (Se refiere a la época en que se escribieron las "Memorias del General Miller," de donde es tomada esta relación).

Entre los prisioneros mentados se encontraban don Gregorio Fernández y don Ramón Estomba, ambos naturales de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que después llegaron a los más altos grados de la milicia, y desde ese tiempo (1820) sirvieron con el crédito más distinguido en el ejército peruano. Merece también citarse a los Coroneles Tojo, Salvadores, Echenique, Pardo de Zela y algunos otros, que habiendo obtenido su libertad de la manera indicada, prestaron importantes servicios a la Causa de la Independencia del Perú.

Se recordará que el General Arenales ocupó a Ica con una división de mil hombres, de la que se retiró el Coronel realista Químper. El 21 de Octubre de 1820, salió de Ica dicho General, se dirigió osadamente a la Sierra, cruzó la estupenda mole de los Andes, y ocupó a Huamanga. Poco se detuvo Arenales en esta provincia; pasó luego a la de Huacavélica, ocupó a Huanta y a Jauja; y atravesando el río grande de este nombre por el puente de maromas y no por el de piedra de Iscuchaca, como lo suponían los realistas,

se apoderó de Tarma el 23 de Noviembre del año indicado.

El Brigadier don José Montenegro, Intendente de Huancavélica, se había replegado con algunos soldados a la villa de Jauja, en la que fue alcanzado y derrotado por las fuerzas de Arenales, cayendo él mismo prisionero. También cayeron en poder de éstas de doscientos a trescientos caballos que el Subdelegado don Domingo Jiménez había reunido en aquel lugar, de orden del Virrey, para la división del Brigadier O'Relly que había sido destacado contra Arenales.

Este Caudillo aceleró su marcha sobre el cerro de Pasco, sabedor de que O'Reilly había llegado a Canta en su viaje para el mismo lugar con una división compuesta del mil infantes, ciento ochenta jinetes y una compañía de artillería. Arenales, con sus fuerzas, llegó al Cerro de Pasco el 6 de Diciembre de 1820, donde halló a los realistas desplegados en batalla detrás de un barranco profundo, apoyando su derecha en un terreno pantanoso, y su izquierda en un lago pequeño. El batallón patriota número 2º, con su bizarro Jefe el Teniente Coronel José Santiago Aldunate, dando vuelta al lago, amenazó por su flanco a los realistas, al mismo tiempo que el batallón número 11º, mandado por el intrépido Teniente Coronel Deza, atacó de frente.

Pronto cedieron los realistas a la violencia del bien combinado ataque, y se pusieron en fuga. Las pérdidas del enemigo fueron: un oficial y cincuenta y ocho soldados muertos; otro oficial y noventa hombres heridos; y veinte y ocho oficiales y trescientos quince soldados prisioneros; trescientos sesenta fusiles y dos piezas de campaña.

La caballería patriota, a las órdenes del Mayor Lavalle, persiguió activamente y tan de cerca a los derrotados que hizo prisionero al Brigadier O'Reilly, y no escapó casi ninguno de su división. El Teniente Coronel don Andrés Santa Cruz se entregó el mismo a Lavalle, y desde aquel momento entró a servir en el ejército independiente. Uno y otro vinieron un año después con la División Auxiliar Peruana, el primero de Jefe, y el segundo de Comandante del famoso batallón Granaderos de caballo; se unieron con el ejército de Sucre en Saraguro, llegaron a Cuenca el 21 de Febrero de 1821, e hicieron la campaña que terminó gloriosamente en Pichincha.

"O'Reilly era irlandés. A este General le permitieron regresar a España; pero el último revés que había experimentado influyó de tal modo en su espíritu, que en la travesía se arrojó al mar desde cubierta, en un estado absoluto de delirio, y se ahogó." (Memorias de Miller).

Con el brillante y decisivo triunfo de Pasco, terminó la expedición del General Arenales; pero no mantuvo el terreno conquistado, porque, desgraciadamente, el Coronel Alvarado, que mandaba las fuerzas patriotas avanzadas en Palpa, cerca de Chancay, engañado por falsas noticias, escribió a Arenales en términos que le indujeron a repasar los

Andes. Tan pronto como supo esto el General San Martín, mandó a Arenales que contramarchara a Pasco; pero cuando llegó tal orden ya había pasado la cordillera; y le dejó continuar su marcha a Retes, a donde arribó con su división, el 8 de Enero de 1821, en un estado lamentable, a consecuencia del cansancio, fatigas y privaciones que había sufrido al atravesar los Andes.

La atrevida expedición de Arenales, aunque gloriosa, bajo el punto de vista militar, no lo fue bajo el aspecto práctico, pues pronto se perdió para los patriotas todo el territorio que logró ocupar aquel activo Jefe, como lo vamos a relatar.

Con motivo de la marcha triunfante de Arenales, el Intendente de Huamanga, Recabarren, se retiró a la derecha del río Pampas, hizo quemar el puente colgante de maromas que sirve de paso de este caudaloso río; y se trasladó al pueblo de Andahuailas, desde donde pidió auxilios al Brigadier don Pío Tristán, Gobernador del Cuzco. Este envió a su segundo, el Brigadier don Antonio María Alvarez, con cuantos medios estaban a su alcance, a Andahuailas, donde encontró un batallón y dos escuadrones que se hallaban en marcha hacia el Norte, en cumplimiento de órdenes del Virrey. El Brigadier Ricafort por otra parte, con una división que había sacado de Arequipa marchaba directamente a Lima; pero, a consecuencia de las alarmantes noticias que había recibido, respecto de los triunfos de los patriotas, estimó prudente dicho Jefe tomar la vuelta de la sierra desde cerca de Nazca; y se incorporó en Andahuailas con las fuerzas de que hemos hecho mención.

Autorizado Ricafort por el Virrey, se puso al frente de las tropas que se hallaban en Andahuailas; y se dirigió a Huamanga, Huancavélica y Jauja, restableciendo el antiguo orden de cosas en los pueblos por donde había pasado el General Arenales. Después de la marcha triunfante de éste por el valle de Jauja, se insurreccionaron casi en masa los numerosos indios que lo poblaban; y para sostener entre ellos el espíritu de independencia y patriotismo, dejó Arenales en dicho valle a su segundo el Coronel Bermúdez con una pequeña columna compuesta de trescientos infantes y cien caballos.

Deslumbrado Bermúdez con la numerosa hueste que le obedecía, la que, fuera de la mencionada tropa, ascendía a más de diez mil indios armados de lanzas, chuzos, hondas y macanas, tomó posición en las inmediacios de Huancayo para esperar a Ricafort, atreviéndose, temerariamente, con esa indisciplinada y casi inerme muchedumbre, a dar la cara a tropas regladas y acostumbradas a hacer uso de las armas y a vencer, como lo habían hecho ya en muchas ocasiones, a turbas de la misma clase. La resistencia de los patriotas fue, pues, de corta duración; pero de sangrientos re-

sultados, porque las tropas de Ricafort hicieron en ellos una horrible carnicería.

Después de esta matanza, que no puede llamarse combate, que se verificó el 30 de Noviembre de 1820, las tropas realistas cruzaron la cordillera, y descendieron a Lima, de donde el Brigadier Ricafort tornó al interior con una nueva comisión del Virrey.

El Mayor Aldao que había quedado con un destacamento patriota en Ica llegó a Pasco después que Arenales había salido; y por lo mismo tuvo que seguir el mismo movimiento que éste.

Tal incremento iba tomando la causa de la Independencia en el Perú, y tan aflictiva era la situación de Lima, que muchos habitantes de ella, opinaban que debían reducirse las operaciones militares de parte del Virrey a la defensa de la Capital y el Callao, mientras fuera posible, y terminar la guerra con una capitulación con el Jefe de las tropas libertadoras. De aquí provino el que se presentase al Cabildo de Lima, el 16 de Diciembre de 1820, una exposición firmada por setenta vecinos notables, pidiendo al Gobierno que celebrase con el General San Martín tratados de paz y amistad, a fin de que cesasen las discordias entre españoles y americanos. Dicha corporación ordenó que los dos Síndicos Procuradores emitan su dictamen respecto de aquella solicitud, como así lo verificaron, aplaudiendo y apoyando el pensamiento de los que la habían suscrito.

El Ayuntamiento de Lima, en vista del dictamen de los Síndicos, expidió un decreto, cuya parte final dice: "En premio de la heroica fidelidad y servicios notorios de esta benemérita Capital, se ha de servir V. E. acceder a las preces de dichos ciudadanos, solicitando por cuantos medios dicte la prudencia, del expresado Señor General (habla de San Martín) se reabran dichas negociaciones (se refiere a las de Miraflores), en cuyo caso nombrará este Ayuntamiento el diputado que represente a la ciudad." Siguen diez y seis firmas de los cabildantes, entre las que figuran las del Conde de San Isidoro, del Conde de la Vega del Ren y la del Marqués de Cerpa. Este decreto con todos sus antecedentes fue entregado al Excmo. Señor don Joaquín de la Pezuela, Virrey, Gobernador y Capitán General del Reino del Perú.

La exposición susodicha y el anterior decreto causaron la indignación del ejército realista y de varios individuos del Regimiento de la Concordia, formado por vecinos de la Capital, tanto que aquellos dirigieron al Virrey una solicitud en la que se leen estas palabras: "Esta se dirige a que sean removidos de los empleos que en el regimiento ejercen, por haber estampado su degradante firma en ese mal meditado y antipolítico papel, el Teniente Coronel don Francisco Arias de Saavedra, el Comandante don Francisco Javier de Izcue, el Sargento Mayor don Juan Salazar, el Capitán don Pedro Abadía y otros diferentes subalternos."

El Virrey desestimó la representación de los vecinos de Lima apoyada por el Cabildo; pero no dictó providencia alguna contra los Jefes y oficiales de milicias disciplinadas y del Regimiento de la Concordia que la suscribieron, a pesar de haber recibido la solicitud mencionada, en que se pedía la remoción de ellos. Los firmantes empezaron a justificar su conducta, alegando que se les había indicado que el Virrey estaba enterado y consentía en el paso que iban a dar. Con tal motivo, se abrió vasto campo a conjeturas desfavorables, que causaban el desprestigio de la primera autoridad; y que bien pronto acasionaron su destitución, como luego lo veremos.

En las postrimerías del año de 1820, los realistas sufrieron un golpe terrible en el Perú. Tal fue la proclamación de la Independencia en la importante ciudad de Trujillo, debida en gran parte, a la conducta sagaz de San Martín, quien, desde que estableció sus fuerzas a lo largo de las orillas del río Huaura, haciendo de esta línea un campamento fortificado, se propuso, sin gran peligro, difundir la revolución por todo el territorio peruano.

"No estaba en su ánimo, dice Coroleu, jugar el todo por el todo aventurando una batalla, sino apoyar las inclinaciones revolucionarias de los pueblos, mermar con las deserciones las fuerzas del Virrey, excitar por medio de sus agentes la oposición que los partidos hacían a éste, y principalmente interponerse entre la Capital y las provincias del Norte. De este modo con calma, pero con seguridad, con astucia y prudencia, pero sin perder gente, antes bien ganándola, lograba más ventajas que las que hubiera podido proporcionarle algún hecho de armas de dudoso éxito. Lima se encontraba, pues, por el Este con los pueblos de la cordillera levantados, por el Oeste con la escuadra de Cochrane, y con el ejército chileno por el Norte."

Pronto palpó San Martín los resultados de su sagaz proceder. El 24 de Diciembre de 1820, el Marqués de Torre-Tagle, grande de España de primera clase, acaudalado limeño, Exdiputado del Perú a las Cortes Españolas, Brigadier de ejército, y a la sazón Intendente Gobernador de la dilatada provincia de Trujillo, en la costa del Norte, sentía marcada inclinación a la causa de la Independencia; y solo aguardaba una ocasión propicia para llevar a cabo públicamente sus patrióticos y laudables deseos.

Esta oportunidad se le presentó con motivo del desembarco del General San Martín en Huacho, y de una carta que este caudillo le escribió, invitándole a tomar partido entre los independientes. Torre-Tagle aceptó gustoso tal insinuación, convocó al pueblo a un Cabildo Abierto, exponiendo en él la dificultad de oponerse a las manifestaciones de la opinión pública, y dimitió su cargo de Intendente. El pueblo lo aclamó, proclamó la Independencia, y confió al Marqués el mando de la provincia de Trujillo.

Según Camba, Torre-Tagle mandó apresar al Ilmo. Carrión

y Marfil, Obispo de la Diócesis, y a varios españoles notables, vecinos de la ciudad; y embarcándoles los remitió a Huacho a las órdenes del General San Martín.

El primer Obispo de la Diócesis de Cuenca fue cabalmente el mentado Señor don José Carrión y Marfil, quien la gobernó desde 1787 hasta 1799, época en la que, con motivo de las desavenencias que tenía con el Gobernador don José Antonio Vallejo, fue promovido a la Sede Episcopal de Trujillo, donde permaneció hasta fines de 1820, fecha en la que, con motivo del suceso que acabamos de relatar, se restituyó a España donde murió.

Poco después proclamó también su Independencia Piura, siguiendo el ejemplo de Trujillo. De esta manera quedó en poder de los independientes todo el territorio peruano desde Chancay hasta Guayaquil. En consecuencia, el General San Martín, no solo tenía asegurada su retaguardia y podía contar con los abundantes recursos que le proporcionaban aquellas feraces provincias, sino que dominaba en la mitad del Perú, y en el Océano Pacífico con la escuadra de Lord Cochrane.

Con sucesos tan halagüeños para la Causa de la Emancipación Peruana, terminó el año de 1820.

CAPITULO II.

1821.

San Martín ocupa a Retes.—Los realistas tratan de atacarle, y se retira a su primera posición de Huaura.—Pronunciamiento militar de algunos Jefes españoles en Aznapuquio.—Es destituído el Virrey Pezuela.—La Serna se encarga del Virreinato del Perú.—Apresamiento del bergantín español Aranzazu.—Lady Cochrane.—Valdés derrota a los patriotas en Alaura.—Acción de Canta, desfavorable a los mismos.—Expedición infructuosa de Miller a Pisco.—Llegada del Comisionado Regio don Manuel Abreu a Lima.—Negociaciones de Punchauca.—Entrevista del Virrey La Serna y San Martín.—No llegan a ningún avenimiento.—La Serna abandona a Lima y se retira a Jauja.—Expedición del General Arenales a la Sierra y su retirada.—Expedición de Miller a Arica.—Desembarca en el Morro de Sama.—Ocupación de Arica y Moquehua por los expedicionarios.—Combate de Mirave, en que es derrotado el Coronel realista La Hera.—Reembarco de Miller.—Ocupa nuevamente a Pisco y derrota al Jefe español Santalla, cerca de Nazca.—Llegada de Miller a Lima.

A principios del año 1821, después de los faustos acontecimientos que acabamos de relatar, y para evitar la nota de dejadez e inercia con que le tachaban algunos de sus subalternos, resolvió San Martín avanzar con sus tropas; y al efecto, levantó su campamento de Huaura y vino a ocupar la hacienda de Retes, situada a una legua próximamente al Nordeste del pueblo de Chancay; y estableció sus avanzadas a siete leguas de la Capital.

Tal movimiento criticable desde el punto de vista militar, puso en inminente peligro de ruina a las tropas libertadoras; y hablando de èl dice Camba sustancialmente:

Supuestos el sigilo y prontitud necesarias, las tropas españolas, saliendo a las cuatro o cinco de la tarde de su campamento, podían al amanecer del siguiente día caer sobre la posición de San Martín con fuerzas superiores, particularmente

de caballería: pues se habían incorporado en Aznapuquio los dos escuadrones de granaderos de la guardia que mandaba Ferraz, los dos de lanceros regidos por Bedoya, y el de dragones de Arequipa por Horna, procedentes todos del Alto Perú y de esta última ciudad.

San Martín para salvar su peligrosa situación hubiera tenido que retirarse, bien sea a Huacho o a Sayán, posiciones más estratégicas, y en tal caso quedaban sus tropas privadas del agua y con terribles arenales a su retaguardia; exponiéndose de esta manera a sufrir considerables pérdidas, o, tal vez, la disolución completa de su ejército.

Los Jefes superiores realistas, conociendo la falsa posición en que se había colocado San Martín, propusieron al Virrey ir a atacarle con todas las fuerzas acantonadas en Aznapuqio. Pezuela convino en ello, y confió la ejecución de tal proyecto a su segundo el General La Serna. Afortunadamente no faltó quien diese noticia de este proyecto a San Martín, y, en consecuencia, se retiró con oportunidad y a tiempo a sus primeras posiciones, o sea, a Huaura.

En cuanto se supo que el ejército patriota volvía a sus antiguos acantonamientos, Pezuela dispuso que el Brigadier Canterac con la caballería y algunos batallones de infantes marchara inmediatamente sobre Chancay; y que el Teniente General La Serna le siguiese con el resto de las tropas situadas en Aznapuquio; pero, antes de verificar su salida, tuvo orden contraria, y Canterac recibió en el rio Pacoomayo la de regresar sín demora al campamento que acababa de abandonar, orden esta última fundada en el temor de que las tropas de San Martín se reembarcasen y cogiesen a Canterac entre dos fuegos.

Tales órdenes que frustraban las operaciones que acabamos de relatar, acabaron de minar el crédito del Virrey, y contribuyeron a que aumentasen las censuras que muchos militares hacían de la dirección de Pezuela, juzgándole incapaz de ahuyentar la tormenta que se cernía sobre Lima.

No pararon aquí las cosas. El 28 de Enero de 1821, los Jefes constitucionales del ejèrcito real contrajeron el compromiso de destituir al Virrey Pezuela, mediante un pronunciamiento militar. El 29 lo llevaron a la práctica, redactando una intimación firmada por diez y nueve Jefes, entre ellos algunos de los que después figuraron, en alta escala, en las luchas políticas y civiles de la Península, tales como: Jerónimo Valdés, José Canterac, José Ramón Rodil, Valentín Ferraz, Antonio Seoane, y Andrés García Camba.

En aquella representación, recapitulaban los cargos que la desconfianza o la antipatía dirigian contra Pezuela; y concluían intimándole que, en el perentorio término de cuatro horas, depositara en otras manos el Gobierno de un país que en las suyas estaba perdido.

El General Pezuela, herido en lo más vivo con semejante ofensa, envió en los primeros momentos orden a su segundo el General La Serna, que por casualidad se encontraba en Lima, para que se trasladara al campo de Aznapuquio a sotocar

el momiviento revolucionario; pero este General, según lo afirma el historiador Torrente, se excusó por delicadeza, fundándose en la designación que se había hecho en su persona (la de La Serna), para suceder en el mando del Virreinato del Perú a Pezuela.

Este, no encontrando tampoco ningún apoyo en una Junta de Generales que convocó para darles cuenta de la representación mencionada, y en virtud de una nueva intimación de los mismos Jefes, en la que pedían ya explícitamente que hiciera reconocer por Virrey a La Serna, entregó el mando a este General, el 29 de Enero de 1821, y se traladó a la Magdalena, donde fijó su residencia hasta que se embarcó para España. En concepto de Pezuela, los autores del pronunciamiento fueron el Brigadier Canterac, el Coronel Valdés y los Tenientes Coroneles Seoane y García Camba.

Hasta el 29 de Junio no pudo embarcarse el Virrey depuesto; y en esa fecha lo hizo en el Callao en una barquilla de pescadores que lo llevó a bordo de la goleta Washington, la la cual lo condujo a Río de Janeiro, de donde se pasó a España.

De esta manera terminó su vida pública el Teniente General don Joaquín de la Pezuela: el triunfador en Vilcapugio, Ayohuma y Viluma, en los primeros años de la Revolución, contra el Gobierno de la Península.

Mendiburu, en su Diccionario histórico--biográfico del Perú, dice: "merece atención no sólo el modo como salieron del país el primer Virrey Blasco Núñez de Vela en 1544, y el último que lo fue legalmente don Joaquín de la Pezuela, sino que el uno y el otro fueron depuestos por la ambición desenfrenada de los militares que acaudillaron Gonzalo Pizarro y el General La Serna."

En cuanto se hizo cargo del Virreinato del Perú el General La Serna, uno de los primeros actos de su Gobierno fue nombrar General en Jefe del ejército de Lima al Brigadier don José Canterac, y Jefe de su Estado Mayor al Coronel don Jerónimo Valdés.

Antes de estos sucesos se verificaron otros. El 9 de Enero de 1821, el ARAUCANO con su Capitán Carter, apresó, después de una valerosa resistencia, al bergantín español ARANZAZU.

El 24 de Enero del mismo año, se pasaron al campamento de los patriotas, desde Lima, cien individuos. Entre los militares se contaban el Coronel don Agustín Gamarra, natural del Cuzco, que hasta esa época había guerreado a favor de los españoles, y los Tenientes Coroneles Velasco y Eléspuro; y de las clases civiles, los más notables fueron el doctor López Aldana, don Miguel Otero y don Joaquín Campino. Por aquel tiempo, y en virtud de orden del General San Martín, se formó un batallón de peruanos.

El Teniente Coronel Miller recibió instrucciones, el 25 del indicado mes y año, de embarcarse con seiscientos infantes y sesenta jinetes, para un servicio secreto, a órdenes de Lord Cochrane. Con tal objeto aquel Jefe marchó a Huacho; y cuando al siguiente día, estaba pasando revista a las tropas en la plaza

de aquel lugar, llegó a galope Lady Cochrane a hablar con Miller.

"La repentina presencia de una señora joven y hermosa, manejando con destreza y elegancia un caballo fogoso, dice el mismo Miller, electrizó absolutamente a la tropa, que nunca había visto ninguna señora inglesa: QUE HERMOSA. QUE GRACIOSA. QUE LINDA. QUE GUAPA. QUE AIROSA. ES UN ANGEL DEL CIELO, fueron exclamaciones que se escaparon de un extremo a otro de la línea. Complacido Miller de aquel involuntario homenaje rendido a la belleza de una paisana suya, dijo a la tropa: ESTA ES NUESTRA GENERALA. Lady Cochrane volvió sus expresivos ojos a la línea y saludó graciosamente: Las tropas entonces no pudieron por más tiempo contener la expresión de su admiración a simples interjecciones, y prorrumpieron en vivas, repetidos con el mayor entusiasmo por cuantas se hallaban presentes. Lady Cochrane con una agradable sonrisa manifestó su agradecimiento, volvió el caballo pausadamente, y con una gracia encantadora se retiró a galope."

El objeto de la expedición, en la que debía tomar parte Miller con la columna mencionada, era la de apoderarse de los Castillos del Callao, por cuanto algunos oficiales realistas que se encontraban en ellos, se habían comprometido con el General San Martín a enarbolar la bandera independiente, siempre que fuesen sostenidos por el desembarco de un cuerpo respetable de patriotas. La escuadra de Cochrane se dió al efecto a la vela, pero ni siquiera llegó a desembarcar, porque el día antes de la salida de las tropas de Huacho, había sido depuesto el Virrey Pezuela, y relevada la guarnición del Callao con fuerzas adictas al nuevo Virrey. La expedición regresó, pues, a Huacho, el 19 de Febrero de 1821.

La Serna dispuso que el Coronel Valdés saliera el 25 de Marzo, de Asnapuquio, con mil doscientos hombres, con dirección al valle de Jauja para unir esta fuerza a la del Brigadier Ricafort que se hallaba en Huancavélica; y debelar la insurrección de los partidos de Huarochirí y de Yauyos, que contribuían a estrechar el asedio de Lima. Antes, o sea, el 3 de Marzo, había batido ya Ricafort a los indios alzados de Concepción, causándoles muchas bajas.

El General San Martín, por su parte, envió al valle de Jauja una columna a órdenes de Gamarra y del Teniente Coronel don León de Febres Cordero, uno de los principales Corifeos de la Revolución de Guayaquil, pero no se atrevieron a hacer frente a los realistas, a causa de la mala calidad de sus tropas, y se retiraron a Oyón.

Verificada la reunión de Ricafort y Valdés en la margen occidental del río grande de Jauja, el primero con la caballería logró vadearlo; y restableció el puente colgante de maromas de Concepción, pasó toda la tropa y ocupó la margen oriental de dicho río. Dirigióse, en seguida Valdés, con la caballería y algunos infantes a la villa de Jauja; y como le hiciesen frente en Ataura más de cuatro mil indios mal armados, los atacó y derrotó completamente, haciendo en ellos una terrible carnicería.

Después de esta matanza, toda la división realista marchó

por Tarma al cerro da Pasco, y de aquí a Lima; quedando el Coronel Carratalá con un escuadrón y una compañía de cazadores en observación del paso de la cordillera por Oyón, que era el más próximo al ejército patriota.

En el tránsito de Pasco a Lima, y en el lugar denominado Canta, topóse la división de Ricafort y Valdés con una partida patriota; y se empeñó entre una y otra un combate, en el que triunfaron las armas españolas, a costa de una compañia del batallón Imperial Alejandro, que por haberse adelantado del grueso del ejército realista, cayó casi toda ella prisionera con su Capitán don Juan Garrido, en poder de los patriotas. En el combate susodicho resultaron heridos el Oficial don Vicente Garín, y de bastante gravedad el mismo Brigadier Ricafort, que tardó mucho en convalecer.

"La entrada en Lima del Brigadier Ricafort, en una camilla dice Camba, causó mucha sensación a sus habitantes, no acostumbrados a este género de espectáculos."

El nuevo Virrey no se descuidó de noticiar al Gobierno español el verdadero estado de los negocios públicos del Perú, reclamando con urgencia los auxilios pedidos por sus antecesores, principalmente de fuerzas navales.

Para dar más fuerza a su petición envió a España dos comisionados, que lo fueron los Coroneles Marqués de Valleumbroso y don Antonio Seoane, para que se entendiesen personalmente con la corte de Madrid. El 29 de Marzo de 1821, zarparon del Callao, en el bergantín de guerra Maipú, con rumbo a España dichos comisarios; pero al recalar al puerto de Río de Janeiro, estando el mar en calma, cayó de inproviso sobre el Maipú una corbeta de Buenos Aires, lo abordó y se apoderó de él.

Aunque este accidente retardó el viaje de los comisionados, éstos llegaron al fin a su destino; pero solo obtuvieron de Fernando VII cruces para los Jefes Superiores, y la confirmación del ascenso a Teniente General y del nombramiento de Virrey a favor de La Serna.

El 13 de Marzo salió nuevamente de Huacho Lord Cochrane a bordo del SAN MARTIN, con quinientos infantes y ochenta soldados de caballería desmontados, a órdenes del Teniente Coronel Miller. Este destacamento, unido a los soldados de marina de la escuadra, desembarcaron en Pisco, en la noche del 21 del mismo mes; y ocuparon, en seguida, el valle de Chincha Baja y la grande hacienda de Caucato.

Noticioso el Virrey La Serna de este desembarco de los patriotas, envió para atacarlos al Teniente Coronel García Camba con doscientos caballos; y a mediados de Abril se situó en Chincha Alta, ocho leguas al Norte de Pisco. Tanto Miller como Camba fueron acometidos de las calenturas o tercianas propias de aquel clima; y por lo mismo ni uno ni otro estaban aptos para empeñar ninguna acción decisiva; limitando los segundos respectivos sus operaciones a movimientos y amagos; pero manteniéndose ambos Jefes a la defensiva.

La misma enfermedad grasaba en la tropa de Miller, de tal manera que, de seiscientos hombres que desembarcaron, murie-

ron veinte y ocho en un mes, y ciento ochenta enfermos pasaron al hospital, y el resto de la tropa se encontraba débil y estenuada.

El 18 de Abril de 1821, fue conducido Miller en una litera al navío del Almirante Cochrane, quién, después de un crucero sobre el Callao, había regresado a la bahía de Paraca, el día anterior.

La salud de las tropas continuaba de mal en peor, por lo que Cochrane determinó abandonar a Pisco. En consecuencia de esta resolución, se reembarcaron las tropas en el SAN MARTIN, y dieron la vela hacia el Sur con el objeto que luego veremos. Los enfermos de más gravedad fueron trasladados a Huacho; y los otros buques de la escuadra volvieron al Callao.

Rico fue el botín que los expedicionarios sacaron de las valiosas haciendas de ese territorio, consistente: en cien esclavos negros, destinados al servicio de las armas, y aquienes, y a otros que anteriormente habían sido incorporados al ejército, se les dió el nombre de INFERNALES, por que estaban vestidos con gorras encarnadas y ponchos; en seis mil duros, quinientas botijas de aguardiente, mil cargas de azúcar, gran cantidad de tabaco y varios otros géneros, pertenecientes a los españoles o naturales del país, que estaban al servicio de los realistas.

Camba, por su parte, regresó al valle de Cañete, y poco después a Lima.

En los primeros días de Abril de 1821, regresaron de Guayaquil los Coroneles Luzuriaga y Guido, participando que el Gobierno de aquel puerto estaba ya firmemente establecido.

En esa misma fecha llegó a Lima el Capitán de fragata don Manuel Abreu, uno de los dos comisionados por Fernando VII para entrar en tratados de paz con los independientes, pues su compañero el Brigadier don José Rodríguez Arias había fallecido en Panamá. Abreu había desembarcado en Paita, y siguió por tierra su viaje a Lima, pasando por Huaura, donde San Martín y los suyos le recibieron y obsequiaron cumplidamente, como lo mandaban la educación y la cortesanía. El Comisario Regio se entendió, pues, primero con los patriotas, que con el Virrey; y al entrar en Lima prodigó indirectamente elogios a San Martín y sus compañeros; deslizando, al propio tiempo, algunas palabras que tendían a hacer recaer sobre los Jefes españoles la obstinada continuación de la guerra; causando, con este proceder, en los sostenederos del Régimen Realista, el más profundo sentimiento.

Apesar de que, por los motivos expresados, se creía que la misión de Abreu no había de producir utilidad alguna a la causa española, se firmó no obstante, conforme a las instrucciones de la Corte de Madrid, una Junta PACIFICADORA, presidida por el Virrey; y éste escribió a San Martín invitándole a abrir negociaciones para llegar a la paz.

San Martín aceptó la invitación, pues le interesaba, sobre manera, ganar tiempo para extender la Revolución por todo el país, fomentar las guerrillas o MONTONERAS, y hacer pesar más sobre Lima la escasés de víveres, que, desde hacía meses, estaba sufriendo.

En consecuencia se nombraron Comisionados por ambas partes: designándose por la de los realistas, y como auxiliares del Comisario Regio, al Mariscal de Campo don Manuel del Llano y Nájera y a don José María Galdeano, Alcalde de segundo voto del Cabildo de Lima, y al Capitán don Francisco Moar como Secretario; y por la de los patriotas, al Coronel don Tomás Guido, a don Juan García del Río y a don José Ignacio de la Rosa, actuando como Secretario don Fernando López Aldana.

El 4 de Mayo de 1821 comenzaron las negociaciones en la hacienda de Punchauca, a cinco leguas al Norte de Lima. Después de veinte días de conferencias, resultó acordado un armisticio por otros veinte, que luego se prorrogó por doce más.

Niuguna esperanza de feliz éxito se esperaba de las negociociones de Punchauca; con todo para facilitarlas se verificó en la misma hacienda una entrevista entre San Martín y el Vírrey La Serna, la que se verificó de una manera cordial y franca. Este último fue acompañado del General La Mar y de los Comandantes Landázuri, Camba y Ortega de los Brigadieres Canterac y Monet; y el primero del General don Gregorio de las Heras y de otros Jefes del ejército patriota.

Bien pronto se trabó entre unos y otros una franca conversación sobre sus respectivas miras. Los patriotas manifestaron un deseo vivo, verdadero o aparente, de pedir a España un Príncipe de la familla real para que Gobernara el Perú, en calidad de monarca independiente pero Constitucional. Los realistas les contestaron, que si las Cortes con el Rey así lo acordaban, la obligación del ejército era obedecer; y que, por lo mismo, era de precisa conveniencia una suspensión leal de hostilidades, durante el tiempo necesario para recíbir instrucciones de la Corte de Madrid.

En estas discuciones se pasó el día hasta la hora de comer. Durante el banquete, que fue presidido por San Martín y La Serna, dice Camba, testigo presencial: "La conversación fue geral, y reinó entre los circunstantes bastante franqueza y buen humor. El Virrey brindó POR EL FELIZ EXITO DE LA REUNION EN PUNCHAUCA. San Martín brindó luego por la prosperidad de la España y la América, y después se propusieron otros brindis alusivos al restablecimiento de la unión y fraternidad entre los españoles, europeos y americanos.

"Concluída la comida, San Martín, que nada había podido adelantar para que se admitiese la Independencia por base de la negociaciòn, propuso al Virrey una conferencia particular, a la que asistieron los comisionados pacificadores, el General La Mar, el General Las Heras y el Brigadier Canterac."

Principiada la conferencia, el General San Martín, haciendo uso de la palabra, concluyó por presentar una proposición, cuyos términos sustaciales eran: Que se nombrase una Regencia compuesta de tres individuos, debiendo ser su Presidente el General La Serna, con facultad de nombrar otro de los miembros que debían componerla; y que el General San Martín 'eligiría el tercero: que esta Regencia gobernaría independientemente el Perú, hasta la llegada de un Príncipe de la familia real de España; y que para pedirlo, el mismo San Martín se embarcaría

en seguida a la Península, dejando las tropas de su mando a las órdenes de la Regencia.

Tan inesperada proposición, que fue apoyada por el Comisionado Regio y por sus dos compañeros Llano y Galdeano, puso al Virrey en embarazo para contestarla; pero al fin respondió: "que siendo lo que proponia el General San Martín, no sólo asunto de suyo gravísimo, sino contradictorio a las instrucciónes del Gobierno de S. M., origen de aquella negociación, no podía por sí resolver, sín tomarse tiempo para consultar y meditar lo más conveniente;" añadiendo que daría su contestación definitiva, dentro de dos días a más tardar; y San Martín ofreció esperarla a bordo de uno de sus buques en la bahía del Callao. Al llegar la hora de la separación ambos personajes se abrazaron cordialmente.

Vuelto el Virrey La Serna a Lima no dudó en desechar la referida propuesta; pero contestó a San Martín con otra, cometiendo al Coronel Valdés y a García Camba el encargo de ponerla en manos de aquel General. En dicha respuesta, el Virrey decía: "Que se acordase una suspensión de hostilidades por el tiempo necesario para obtener una resolución definitiva de la Corte; que, en tanto, tirando una línea de Este a Oeste por el río Chancay, gobernasen al Norte los independientes el país que ocupaban; que el resto del Perú sería regido por la Constitución Española, nombrando S. E al intento una Junta de Gobierno; que el mismo Virrey se embarcaría para Europa a instruir a Su Majestad de lo que pasaba; y que si San Martín quería llevar a cabo su proyecto de pedir un Príncipe de la familia real de España, podrían hacer el viaje juntos."

Como en esta proposición se hacía caso omiso del reconocimiento previo de la Independencia del Perú, San Martín la desechó a su vez, después de una larga conferencia habida entre él y los comisionados Valdés y Camba, a bordo de la goleta MOTEZUMA.

Debemos apuntar aquí, que el General San Martín, viendo que la anarquía y la guerra civil se habían enseñoreado de su patria, las Provincias Unidas del Río de la Plata, se mostraba decidido, de buena fé, por el establecimiento de una monarquía constitucional en ellas y el Perú, con un príncipe de la familia real de España; pues estaba íntimamente convencido de que las colonias de América no estaban absolutamente preparadas para que se pudiese implantar en ellas el régimen democrático -republicano.

Las negociaciones de Punchauca continuaron todavía por algún tiempo más; y para auxiliar los trabajos de la Junta Pacificadora aumentó el Virrey sus miembros con el Conde de Vallehermoso, Ministro de la Audiencia y el Coronel Valdés, sin que se llegase a ningún advenimiento. Mientras duraron aquellas, San Martín supo aprovechar el tiempo: ora extendiendo el movimiento revolucionario en el país; ora levantando nuevas guerrillas; ora adelantando tropas al interior; y ora, en fin, haciendo sentir a la Capital los efectos de la falta de víveres; y causando a las tropas realistas considerables bajas, así por la

deserción, como por el desarollo de las enfermedades en el campo insalubre de Aznapuquio.

Lo único práctico, dice un historiador, que resultó de las nuevas conferencias, fue el pacto de un armisticio que se prolongó hasta el 30 de Junio de 1821, asi como la concesión hecha por San Martín para permitir en la bloqueada Lima, la entrada de subsistencias por espacio de doce días.

El estado de los realistas en la Capital del Perú había llegado a tal extremo, por la excesiva escasez de bastimentos, por la falta de recursos para mantener y reemplazar las bajas del ejército, y porque gran número de veteranos habían muerto o se encontraban en los hospitales, que el Virrey La Serna resolvió evacuar prontamente aquella ciudad, escogitando el momento y modo de realizar su propósito con la posible seguridad de sus tropas.

Una de las primeras medidas adoptadas para detener los avances de la expedición del General Arenales a la Sierra, de la que nos ocuparemos después, fue la de disponer la salida de una división al mando de Canterac, quien efectivamente marchó con dirección a Huancavélica; pero ocultando todavía el acuerdo de abandonar totalmente a Lima, donde se mandaron a dejar los equipajes de aquella, que vinieron luego a perderse, con gran disgusto de sus dueños.

En cumplimiento del referido acuerdo, el Virrey abandonó también la Capital, el día 6 de Julio de 1821, dejando guarnecidos con dos mil hombres los castillos del Callao, a las órdenes del Mariscal de Campo don José de La Mar, quien por su calidad de Subinspector de infantería y caballería y Segundo Cabo del Perú, era Gobernador nato de aquella plaza, a la que se proveyó asimismo, de víveres, en cuanto las circunstancias lo permitián.

La víspera de su retirada, el Virrey ofició al General San Martín, comunicándole que el Mariscal de Campo, Marqués de Montemira, vecino de Lima, quedaba encargado de conservar la paz y tranquilidad en esa ciudad hasta que él con sus tropas la ocupase. Recomendábale, también, la observancia de las leyes de la guerra respecto de mil soldados enfermos que quedaban en los hospitales; y el buen trato de las familias realistas que se hallaban en Lima.

Ocupémonos de la expedición del General Arenales, que antes mencionamos. En los primeros días de Abril de 1821, marchó este General hacia la sierra, con una división de cuatro mil trescientos hombres, compuesta del regimiento de Granaderos a caballo, y de los batallones, Numancia y cazadores números 2º y 7º El 21 de Mayo del mismo año, Arenales ocupó a Pasco, retirándose la división del Jefe realista Carratalá que, segun se recordará, operaba por aquellos lugares. Arenales no pudo sacar fruto de lo ventajoso de su posición, porque a ese tiempo se le notificó el armisticio celebrado en Huanchauca. Si se hubiera retardado el armisticio, dice Miller, habría sido hecha prisionera la division de Carratalá cerca de Huancayo.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Arenales, después del armisticio, estableció su cuartel general en el valle de Jauja; y que el Coronel Carratalá se acogió a los pueblos de Huando y Moya sobre el puente de Iscuchaca. En estas circunstancias, la división de Canterac, que había tomado el camino real de Huancavélica por Lunahuaná, venciendo algunas dificultades, llegó a Chongos, pueblo grande de indios, situado al extremo meridional del valle de Jauja, distante once leguas del cuartel general de los patriotas. En aquel pueblo se incorporó también la columna del Coronel Carratalá, que había sufrido bastante disminución.

Sabedor Arenales de la proximidad de las tropas reales, cuyo número y verdadero estado ignoraba, emprendió su retirada sobre Lima, ocupada ya por San Martín; y Canterac, después de avanzar hasta la Oroya, en seguimiento de los patriotas, retrocedió al fértil y poblado valle de Jauja, asegurando, de este modo, una abundante manutención para su tropa y la comunicación con las provincias del interior.

El 26 de Julio de 1821, llegó Arenales a las inmediaciones de Lima con su división. Hablando de esta retirada dice Miller: "De este modo los patriotas abandonaron las importantes provincias de la sierra, de las cuales tomaron posesión tranquila los realistas en divisiones aisladas; y este incomprensible error de parte de los patriotas compensó a sus enemigos de la pérdida de Lima."

El Virrey La Serna con el resto de las tropas reales había tomado la dirección de Yauyos para trasladarse al lado oriental de la Cordillera Andina; y a principios de Agosto de 1821, entró en el valle de Jauja, habiendo tenido que vencer los mayores obstáculos en su penosa marcha; y que sufrir considerables pérdidas, ya por las hostilidades de las guerrillas patriotas, ya porque muchos soldados veteranos perecieron en el tránsito de la costa a la sierra, atacados de la horrible enfermedad conocida vulgarmente con el nombre de SOROCHE.

Acantonado el disminuído ejército español en el valle de Jauja, con maravillosa prontitud se reaccionó, a beneficio de la conocida abundancia y fertilidad de aquel privilegiado país.

A pesar de la marcha de La Serna, las negociaciones pacíficas continuaron en Miraflores hasta el 21 de Agosto. Luego los comisionados se trasladaron a Lima, después al Callao; y terminaron el 1º de Septiembre a bordo de un buque de guerra, sin que, después de tantas discusiones y proposiciones, se llegara a resultado alguno.

Hablando de la retirada del ejército realista a Jauja, y de la que emprendió Arenales desde este valle a Lima, dice un historiador español:

"Y aquí ocurre ahora preguntar: ¿Cómo es que después de rotas nuevamente las hostilidades, y cuando a Arenales le hubiera sido fácil destruir con sus descansadas y numerosas fuerzas a las de La Serna y Canterac, que, al llegar al valle de Jauja, y por lo tanto cerca de él, estaban postradas, enfermas, descontentas y minadas por el deseo de la deserción, San Martín, en lugar de dar orden a su Teniente de atacarlas y

deshacerlas, le previno que regresara a Lima con su división?. ¿En qué consistió que el mismo San Martín, en lugar de marchar tras el Virrey y picarle la retaguardia e impedir que reorganizase su abatido ejército, entró en Lima y se detuvo en aquella ciudad que, como punto estratégico, no merecía ser ocupado, o a lo sumo por una reducida columna que coadyuvase a proclamar la Independencia y mantener el órden?".

Se han emitido varias opiniones respecto de la conducta de San Martín en esas circunstancias. Algunos historiadores la han calificado de funesta para el porvenir del Perú y para el crédito de aquel General. Otros la justifican, alegando, que la entrada de San Martín, y su posterior inmovilidad en Lima, se debieron al fundado recelo de que sí el ejército libertador recibía orden de marchar a la sierra, se sublevaría, privándole del mando y tal vez de la vida a su General en Jefe. Volvemes a repetir que era fundado dicho recelo, porque todos los soldados patriotas estaban convencidos de que entrando en Lima tendrían término sus fatigas, su probreza y y sus enfermedades, y que serían pagados, vestidos y recompensados; y por lo mismo hubieran sufrido la màs cruel decepción, cuando llegado el caso de cumplir estas promesas que San Martín y los demás Jefes les habían hecho, se les hubiera mandado abrir una áspera campaña en la Sierra. Por otra parte la indisciplina de aquel ejèrcito daba sobrado motivo para que San Martín abrigara tales temores.

Pero queda en pie la otra pregunta: ¿porqué la orden de regreso a Lima dada al General Arenales, que contaba en sus filas más de cuatro mil hombres, y entre ellos muchos peruanos?.

La contestación a la anterior pregunta la da el General Pinto en sus "Apuntamientos sobre la Campaña del Perú", de la manera que sigue:

"..... Cuando el General San Martín partió de Chile con la expedición, llevaba el corazón ulcerado por los estragos que hacía la anarquía en su patria (la República Argentina), devorando de un extremo de ella a otro, hombres, instituciones y propiedades..... Su bello ideal para el Perú era una monarquia constitucional.....; y, sea dicho en honra de sus sentimientos, jamás, jamás pensó en ser el soberano, sino en un Príncipe de la Casa de Borbón. Temía sobre manera ver a los pueblos del Perú entregados a sí mismos, y que se repitiesen las deplorables escenas de las provincias argentinas; y quería, por último, que los ejércitos patriota y realista coincidiesen en este pensamiento, para cuya realización había tenido algunas conferencias con el Virrey La Serna en Punchauca, a quien encontró propicio al proyecto, que se habría llevado a cabo, si el General Valdés no se hubiese opuesto tenazmente a su ejecución. Lo que años después aconteció en el Brasil era todo lo que aspiraba para el Perú."

No es nuestro ánimo criticar al General San Martín por las medidas que adoptó entonces; pero, a fuer de historiadores imparciales, diremos que ellas comenzaron a minar el crédito y el prestigio de aquel ilustre General; y dieron lugar, tal vez,

a que la guerra se prolongara algo más de tres años, cuando le hubiera sido posible terminarla, dadas la escasez de recursos de los españoles y el quebrantamiento de sus fuerzas.

Al tratar el General Miller, ferviente partidario y panegirista de San Martín, de la retirada del Virrey a la sierra, dice: "Para aumentar lo crítico de su situación (la de La Serna) y las dificultades de que se hallaban rodeados, los indios se levantaron en favor de los patriotas, mientras que los monteros, pegados siempre a su retaguardia, hacían prisioneros a cuantos se separaban del grueso de las columnas."

"Si el ejército libertador, en vez de tomar cantones en la ciudad de Lima, como lo hizo, hubiese secundado los esfuerzos de aquellas bandas de patriotas armados, apenas puede dudarse que se habría terminado la guerra en pocas semanas; así pues, por falta de previsión continuó desgraciadamente el Perú, su Capital y provincia, cayendo alternativamente en manos de los amigos y enemigos de la libertad. Cada ejército tenía que ser gravoso hasta a sus mismos partidarios, y por consiguiente era el azote de los habitantes que habían abrazado el partido opuesto, y cada partido lo sufría a su vez." (1)

Hablando de los daños y perjuicios que, con tal motivo, sufrían los pueblos y sus habitantes, refiere Miller el siguiente curioso episodio:

"Cuando el General Carratalá se retiraba de Pasco delante de la división de Arenales, encontró a un indio en una hermosa yegua de vientre, le mandó desmontar y entregarla. En vano el pobre paisano le manifestó que privarle del único animal que tenía en el mundo, era dejarle sin medios para procurar su sustento: el General fue inexorable, y le quitaron la yegua; pero el paisano, lleno de indignación, siguió a pie detrás de las tropas. Al llegar al pueblecillo de Moya, enfrente de la Concepción, cerca de Jauja, la división realista hizo alto; el indio, aprovechando de la confusión que reinaba, cuando las tropas iban alojándose, se montó en el mejor caballo de Carratalá, y echó a correr por medio de cuatro mil hombres, que en aquel momento ocupaban la plaza y las calles. El indio fue inmediatamente perseguido; ya cerca del río le iban muy inmediatos, y le dispararon algunos tiros; pero él conocía perfectamente el vado, y escapó sin que le tocasen. Algunos españoles se metieron en el agua detrás de él, y tres se ahogaron. Al llegar al campamento patriota situado a la orilla opuesta, el indio recibió por el caballo de Carratalá una onza de oro y una yegua tan buena como la que le habían quitado."

Antes de ocuparnos de la entrada de San Martín en Lima, y de la proclamación de la Independencia del Perú, que serán

---

(1) "Cuando el Virrey estuvo en Huamanga, un propietario de festivo humor pidió hablarle, y le manifestó que, habiéndole quitado la MADRE PATRIA el dinero que tenía y sus alhajas, y el PADRE REY los ganados y sus granos, pedía respetuosamente al Señor Virrey que le dijera a que partido debía entregar lo piel, única cosa que ya podía llamar suya." (Memorias del General Miller).

BIBLIOTECA "Juan Bta. Vázquez" CUENCA ECUADOR S. A.

materia de otro Capítulo, el orden cronológico exige que tratemos de la expedición de Lord Cochrane hacia el Sur de la costa peruana.

Se recordará que dicha expedición zarpó de Pisco el 22 de Abril de 1821. Habiendo llegado el 6 de Mayo a veinte y cinco o treinta millas de Arica, parte de las tropas, a las órdenes del Teniente Coronel Miller, se embarcaron en botes, y bogaron por espacio de cuatro horas a lo largo de la costa sín hallar ningún paraje donde desembarcar. Hallábanse ya extenuados por la sed y el calor los tripulantes de los botes, cuando el bergantín San Martin, pudo merced a un vientecillo fresco, acercarse a ellos, y los tomó a su bordo.

En seguida este buque ancló fuera del tiro de cañón del fuerte de Arica, y Lord Cochrane envió una intimación al Gobernador de la plaza para que se rindiese, quien la rechazó con altivez y desprecio, pues contaba con una guarnición de tres cientos a cuatrocientos hombres; y el único punto de desembarco estaba defendido por una batería de seis cañones. Otra tentativa de desembarco pretendieron hacer un poco hacia el Sur de Arica; y efectivamente venciendo mil obstáculos y peligros ocacionados por el choque violento de las olas que reventaban furiosamente contra las escarpadas rocas, el Capitán Wilkinson y Miller con treinta hombres pudieron saltar a tierra, con tanta fortuna, que apenas lo hicieron, una ola gigantesca hizo estrellar la lancha en que navegaban, contra una enorme mole de granito haciéndola volar en mil pedazos.

Las lanchas que seguían a la que tuvo tan desastrada suerte, advertidas del peligro se mantuvieron a la distancia, siendo juguete de las embravecidas olas, sin poder llegar a la ansiada orilla. La partida que había logrado desembarcar, no teniendo otro medio de salvación, concibió el temerario proyecto de marchar sigilosamente a la ciudad de Arica, sorprender la guardia, apodorarse del fuerte, y conservarlo hasta la llegada de algún esfuerzo. En consecuencia la tropa formó y comenzó su marcha para encontrar algún camino o senda que la condujese a la realización de tan audaz designio. Después de rodar por una y otra parte por el espacio de dos horas, en la oscuridad de la noche trepando y cayendo, no pudieron los soldados descubrir la ansiada ruta, porque la pequeña playa en que habían desembarcado solo tenía unas cuantas varas de extensión, y estaba cortada por la parte de tierra con un peñasco casi perpendicular. La tropa volvió, pues, al punto de partida, y se sentó para descansar de sus ímprobas fatigas, en un estado de inconcebible desesperación.

De tan crítica situación salieron los expedicionarios de una manera verdaderamente providencial, que la refiere Miller, Jefe de la partida, en estos términos:

"El Capitán Wilkinson descubrió una roca que se prolongaba hacia el mar y penetraba bien dentro de él, e inmediatamente puso en juego los recursos de su profesión y experiencia adoptando un plan que en tiempos ordinarios se habría considerado como un acto de locura. Mandó a una de las lanchas bogar por avante y anclar tan inmediata a la costa como fuera

posible, lo cual ejecutaron, aunque con gran peligro de los que estaban a bordo de ella. Desde la lancha enviaron un bote ballenero con una pequeña guindaleza un extremo de la cual tiraron sobre la roca y aseguraron inmediatamente. Por este medio, el bote ballenero se llevaba y traía de la lancha a la roca. Sólo dos hombres podían estar a la vez en la punta de la roca, en la cual tenían que estar colgados pendientes de la cuerda hasta que una calma, que generalmente ocurría cada siete o nueve oleadas, permitía al bote ballenero atracar a sotavento de la roca, y permanecer el tiempo únicamente preciso para que los dos hombres que estaban colgados de la cuerda bajasen por ella precipitadamente dentro de él. De este modo trabajoso, largo y tan peligroso, se reembarcó toda la gente, con solo la pérdida de un hombre. Al salir el sol vieron en lo alto del peñasco una partida de realistas, la cual justificó los temores (de ser atacados) que en la noche habían concebido."

Una tercera tentativa de desembarco, hacia el Norte, quedó también frustrada, corriendo los botes y sus tripulantes grandes riesgos y peligros como en las veces anteriores; pero ni por esto, desistieron de su empeño los expedicionarios. "Habían visto por casualidad, dice Miller, pasar recuas de mulas muy cargadas desde la ciudad al interior, y en todos los puntos donde las percibieron, todos los anteojos se desenvainaron y asestaron al convoy. La AURI SACRA FAMES, multiplicando el número de los animales, y convirtiendo sus cargamentos de fardo de géneros en cajones de duros, dió origen a inumerables gestiones para desembarcar la tropa en la costa, y al fin Lord Cochrane cedió a tantas importunidades."

En seguida los soldados se trasbordaron en dos pequeñas goletas y dieron rumbo al Morro de Sama, puerto sumamente miserable, situado a diez leguas al Norte de Arica. Desembarcaron, por fin, los patriotas, y después de caminar ocho leguas, sin una sola gota de agua potable, llegaron a lo alto del Morro de Sama, montículo tan escarpado que no puede subirse ni bajar por él a caballo, y que tiene de ascenso por los rodeos del camino tres millas. Continuando su marcha la partida mandada por el Teniente Coronel Miller llegó a la entrada del valle de Sama; ocupó a esta población; y con notable atrevimiento avanzó a la villa de Tacna, distante veinte leguas, del sitio en que desembarcó. Miller entró en ella con diez o doce soldados montados, y fue recibido con el mayor entusiasmo por el Clero, el Ayuntamiento y los habitantes que salieron a encontrale fuera de la villa.

El Mayor Soler argentino, segundo de Miller, se dirigió, por su parte, con una columna a Arica, cuya guarnición abandonó la ciudad a la noticia de la proximidad de dicho Mayor; pero éste la alcanzó en el valle de Asapa e hizo cien prisioneros. Gran parte de ellos, con cuatro oficiales realistas, fueron admitidos al servicio de los patriotas, por Miller, a cuyas fuerzas se unió Soler en Tacna.

Cuantioso fue el botín hecho por los expedicionarios en Arica. Hablando de él dice Miller: "Un destacamento enviado

por Soler se apoderó, cerca de Locumba, de ciento veinte mil duros, suma que con cuatro mil duros encontrados en la Aduana y trescientos mil en mercaderías de propiedad española, se trasladaron a bordo. Se condenó, además, el cargamento de tres buques que estaban dentro del puerto.

Los cargamentos de dichos buques consistían en crespones de Cantón y otros géneros de la India, junto con una gran cantidad de vinos y aguardientes franceses, cerveza inglesa de diversas calidades y otras cosas no menos apetitosas, todo, propiedad realista, hallada en la Aduana de Tacna. Una parte la enviaron a Arica y embarcaron en el San Martín.

Con las ventajas obtenidas, y confiado en la cooperación de los partidarios que iban aumentando sus filas, y en las relaciones y conocimientos locales del Teniente Coronel Landa que se había pasado al servicio de los patriotas, concibió el valiente y activo Miller el proyecto de dirigirse al interior e insureccionar el país. Proyecto, desde luego bien meditado y factible, porque el General don Juan Ramírez y Orozco, Jefe del ejército del Alto Perú, se hallaba en Arequipa con poca tropa; la división de Olañeta cubría los confines australes de aquel territorio; el batallón Gerona ocupaba a Oruro, teniendo dos compañías en los valles de Ayopaya; y el batallón del Centro, que mandaba Espartero, guarnecía la ciudad de Puno.

Sin embargo, el General Ramírez, instruído del desembarco de los patriotas en la costa de Arica, y de sus primeros rápidos progresos, tomó para contenerlos las medidas que siguen: previno al Teniente Coronel don Cayetano Ameller que, con la fuerza disponible del Gerona marchase desde Oruro sobre Tacna; al Jefe del batallón Centro que remitiese desde Puno, en la misma dirección, doscientos cincuenta hombres; y al Coronel La Hera que, desde Arequipa se trasladara a Moquehua con una división, a fin de que procurara la reunión de las mencionadas fuerzas; y con ellas destruyera o ECHARA AL MAR A LOS INSURGENTES.

Oportunamente supo Miller los movimientos de los destacamentos realistas; determinó, en consecuencia, batirlos separadamente; y con tal objeto avanzó desde Tacna para encontrar la columna dirigida por el Coronel La Hera, que venía desde Arequipa. Las fuerzas de Miller ascendían a trescientos diez infantes, setenta jinetes y sesenta paisanos voluntarios bien montados. Con tan escasas fuerzas y sin tener retirada, avanzó denodadamente Miller contra el enemigo, y llegó el 20 de Mayo de 1821, al pequeño pueblo de Buenavista, situado al pie de la cordillera. En este lugar, supo el Jefe de los patriotas que La Hera había tomado en Locumba la dirección de la sierra por Ticapampa, y como se interesaba en impedir que el destacamento realista procedente de Puno, mandado por el Comandante don Felipe Rivero, se uniese a las fuerzas del primero, Miller se puso en seguida en marcha para Mirave, distante quince leguas, tan ignorante de que ya se hallaba allí La Hera, como éste lo estaba de la proximidad de aquel.

En la noche del 21 de Mayo, se encontró la descubierta patriota con un piquete realista, y aunque el oficial de éste y

dos soldados fueron hechos prisioneros, los otros escaparon y dieron la alarma, en el campamento enemigo, que se hallaba a muy corta distancia de las fuerzas de Miller. Despertados los soldados de La Hera que habían estado profundamente dormidos, rompieron un fuego vivísimo pero desacertado. Varias fueron las peripecias que ocurrieron durante esa noche; y en ellas perdieron los patriotas un oficial y diez y siete soldados. Al siguiente día se libró combate en Mirave, cuya descripción la dejaremos a la pluma de John Miller, hermano del Jefe de la división patriota.

"La aurora del 22 de Mayo (de 1821) descubrió las tropas combatientes del uno y del otro bando, unas frente de otras, y a dos tiros de fusil de distancia; en una especie de ladera de media milla de ancho. Miller dispuso inmediatamente el ataque, y la celeridad con que lo ejecutaron frustró los esfuerzos de los realistas para apoderarse de una loma que tenía a su izquierda. Su retirada por donde habían subido desde los cercados de las tierras cultivadas del valle, la tenían también cortada. Desalojados de su posición y arrojados a la extremidad de un monte cortado por un precipicio, los realistas combatieron por espacio de quince minutos con un valor desesperado, pero sin fruto. Noventa y seis murieron en el sitio que ocupaban, y ciento cincuenta y seis la mayor parte heridos, fueron hechos prisioneros: también tomaron los patriotas cuatrocientas mulas; sólo escaparon sobre sesenta infantes y ochenta caballos. Así que los realistas habían desaparecido, el refuerzo tan deseado de Puno y La Paz, montado en mulas, se presentó a la vista en su ayuda, los patriotas se reunieron en el acto, y se prepararon a hacer frente a un nuevo enemigo que venía de refresco. En el acto en que estas tropas principiaron a atravesar el río que los patriotas habían pasado durante la noche, éstos les dirigieron algunos cohetes; pero los realistas, percibiendo que había llegado demasiado tarde, inmediatamente contramarcharon."

En la tarde del indicado día 22 de Mayo, Miller persiguió la derrota de los pocos soldados de la división de La Hera, que habían emprendido la fuga hacia Moquehua, treinta leguas a Norte. Ocupó, en seguida a Locumba; y al cabo de una marcha incómoda y penosa, llegaron los patriotas a la mencionada ciudad de Moquehua, a las nueve de la mañana del 24 de Mayo de 1821; y alcanzaron a una partida realista que el Coronel La Hera había dejado a retaguardia, la que fué completamente batida por el bizarro Mayor Soler, segundo de Miller, dejando un oficial y trece soldados muertos y los demás fueron hechos prisioneros, a excepción de un ayudante y su asistente que escaparon a la vigilancia de sus perseguidores. El Coronel Portocarrero, Subdelegado de la provincia de Moquehua, se pasó a los patriotas y abrazó la Causa de la Independencia, premiándole el Gobierno de la República con el ascenso a General.

El Comandante realista Rivero que, se presentó con su destacamento a retaguardia de los patriotas a la conclusión del combate de Mirabe, enterado de la ocupación de Moquehua por Miller, se dirigió a Arequipa, pasando por las alturas de

Torata. Al llegar a Calera, la partida de Rivero, fué sorprendida por una columna mandada por Miller, el 25 de Mayo de 1821. Los realistas apenas tuvieron tiempo para ensillar sus caballos y huir, cuando los patriotas entraron en Calera; pero en el curso de dos leguas de persecución emprendida por éstos, todos fueron hechos prisioneros o dispersados.

"De más de seiscientos realistas que componían los dos destacamentos enviados desde Arequipa y Puno, quizás no se reunieron al ejército español veinte hombres; cuatrocientos que formaban la guarnición de Arica, habían sido muertos o hechos prisioneros; de manera que, en menos de quince días después del desembarco de unos pocos patriotas, habían sido muertos, aprisionados o puestos fuera de combate más de mil hombres del ejército realista. Tantas ventajas fueron el resultado de marchas largas, penosas y continuadas, que los patriotas ejecutaron con una alegría y una paciencia dignas del mayor elogio y admiración. El hambre y la sed en los desiertos y en las montañas yermas, los sobrellevaron con resignación completa, y sin un sólo lamento o queja; la irresistible necesidad de dormir rendía con frecuencia al soldado, y caín de las mulas en tal estado de postración, que algunas veces era preciso dejarlos a retaguardia para que siguieran cuando pudiesen." (Memorias del General Miller).

Dejando un oficial y seis soldados y establecida una guerrilla en Calera, llegó a Torata la columna de Miller; y de éste pueblecito regresó a Moquehua.

El Coronel La Hera, después de la derrota que sufrió en Mirave, se había replegado hacia la sierra para adquirir noticias de la ruta que debía traer el batallón Gerona y tomar con él la ofensiva contra Miller. Este juzgó prudente retirarse a Tacna en cuya villa entró el 14 de Junio de 1821.

En estas circunstancias, cesaron las hostilidades, a consecuencia de la noticia del armisticio celebrado en Punchauca; y Lord Cochrane dió la vela desde el puerto de Ilo para Chorrillos y Ancón el 2 de Julio para tener una entrevista con el General San Martín. En aquella fecha, tenía Miller adelantados sus puestos avanzados a catorce leguas de Arequipa, a doce de Santiago de Machaca y a pocas millas de Iquique; de manera que los patriotas ocupaban los puntos principales en una extensión de cien leguas de Norte a Sur y de treinta de Oriente a Poniente en teritorio peruano.

Vencido el plazo del armisticio, el Coronel La Hera avisó a Miller la renovación de las hostilidades. El Jefe patriota no reconociéndose, en ese momento, en estado de aventurar un combate, no obstante todas las ventajas que había obtenido anteriormente, se replegó con sus tropas de Tacna a Arica. Cuando los realistas llegaron a cinco leguas de distancia de este puerto, empezó, venciendo mil dificultades, el embarque de las fuerzas patriotas; y a las dos de la tarde del 22 de Julio de 1821, levaron ancla los buques que las conducían e hicieron rumbo hacia el Norte.

Las causas de la retirada de Miller, se explican en "Las Memorias" de este General, de la manera que sigue:

"Cuando Lord Cochrane se aproximó a Arica en Mayo, sus miras eran mucho más extensas que hacer una mera diversión en favor de San Martín. Este Jefe había importunado repetidas veces al Gobierno de Chile para que reforzara al Teniente Coronel Miller con mil hombres, o al menos con quinientos, y le enviase mil armamentos de repuesto de los muchos que había en los almacenes de Santiago; pero ni una ni otra reclamación fueron nunca atendidas; y Miller, sin ser auxiliado a tiempo, no pudo aprovecharse de la excelente oportunidad de aumentar sus fuerzas que le ofrecía la buena voluntad de los habitantes. Fácilmente puede concebirse con que pesar tendría que abandonar las ventajas obtenidas a tanta costa, y más cuando el halagüeño aspecto de las cosas, no sòlo le ofrecía la posibilidad de mantener el terreno que ocupaba, sino tomar posesión de Arequipa, cuyos habitantes estaban decididamente dispuestos a su favor. En esta rica y populosa ciudad habría aumentado y organizado sus fuerzas, se habría dirigido hacia el Cuzco, y por este medio, habría puesto al ejército realista que estaba a las órdenes del Virrey en Huancayo y Jauja en una situación muy crítica."

El Teniente General Miller, en su marcha hacia el Norte, pretendió desembarcar en Quilca, y marchar rápidamente sobre Arequipa, a la que suponía sin defensa, por haber enviado el General Ramírez las tropas quela guarnecían a Arica; pero el viento era tan recio, tan malo el desembarcadero del puerto de Quilca, y tan escasas las provisiones de los buques, que, en vista de tales dificultades desistiendo de su proyecto, Miller se dirigió nuevamente a Pisco, ansioso de adquirir noticias de Lima y del General San Martín.

El 1º de Agosto de 1821 entró la división de Miller en la bahía de Pisco, desembarcó, y al amanecer del día siguiente tomó posesión de esa Villa, la cual fué abandonada, a los pocos disparos, por un destacamento de cincuenta hombres de caballería realista. En seguida, Miller despachó pequeñas partidas en todas direcciones para procurarse caballos y mulas, con el objeto de perseguir a doscientos hombres, mandados por el Coronel realista Santalla, que se había retirado a Ica.

Los realistas abandonaron esta ciudad, en cuanto se aproximaron los patriotas, quienes la ocuparon, siendo recibidos con entusiasmo por los iqueños. Después de recorrer varios lugares en persecución de la columna de Santalla, Miller regresó a Ica; y desde allí destacó a los Capitanes Plaza y Carreño con veintitrés jinetes hacia el lugar denominado Caguachi, situado a tres leguas de Nazca, donde encontraron noventa y seis soldados realistas profundamente dormidos dentro de un corral. Excusado es decir que la partida de Plaza logró sorprenderlos, matando a algunos, hiriendo a otros, y aprisionando a quince oficiales y sesenta y cinco hombres. Santalla y unos pocos que le acompañaban fueron las únicas personas que lograron escaparse; y lo consiguieron por haber tenido la precaución de dormir a alguna distancia de su tropa, y huyeron, por lo mismo, desde el primer momento de alarma. Para este ob-

jeto, tenían sus caballos ensillados y con las bridas puestas, y dormían con éstas atadas a un brazo.

El Coronel real don Juan de Santalla, uno de los Jefes que fué derrotado en Valdivia, era de una fuerza hercúlea, pero al propio tiempo, cobarde y sanguinario. Hablando de aquel Jefe, que desempeñaba el cargo de Comandante General de la provincia de Ica, dice Miller:

"Cuando Santalla oyó la primera vez que los patriotas habían desembarcado, dijo a voces al pueblo reunido en la plaza, que si sabía que un solo individuo se comunicaba con el Jefe insurgente quemaría la ciudad y pasaría a cuchillo a hombres, mujeres y niños. Al oir esta amenaza, su mujer, que era española, le gritó desde la casa del Marqués de Campo-Ameno: "Santalla, todo eso debe hacerse, en vez de decirse. ¿Por qué no quemar, desde luego una ciudad, cuyos habitantes son todos rebeldes? . . . . . Santalla era hombre de grande estatura y tenía las fuerzas de un gigante; podía partir con los dos dedos un duro en dos pedazos y romper una baraja en dos mitades, pero su pusilaminidad era aún mayor que su fuerza personal."

Miller en premio de tan importantes servicios fué ascendido a Coronel y asumió el mando militar y político de un extenso distrito, cuyo centro era la ciudad de Ica; y como tal aumentó los recursos militares y estableció MONTONERAS o partidas de guerrillas para que cayesen sobre los flancos del enemigo, acantonado entonces entre Huamanga y Jauja.

Hallándose en el ejercicio del cargo mencionado, supo Miller que Canterac se había movido del campamento de Jauja hacia la costa; y que una acción general cerca de Lima era más que probable. Con este motivo dejó en su reemplazo en Ica al Mayor Videla, y marchó solo a la Capital, a la que llegó el 12 de Agosto, siendo recibido por San Martín con expresivas muestras de aprobación por su brillante comportamiento en la expedición que acabamos de relatar.

CAPITULO III.

1821.

Entrada de San Martín en Lima.—Proclamación de la Independencia del Perú.—San Martín toma el título de Protector del Perú.—Decretos de San Martín.—Bloqueo y defensa del Callao.—Expedición del General Canterac para auxiliarla.—Grandes penalidades de la tropa en la marcha.—Canterac entra en el Callao.—La evacua, sin haber podido auxiliarla.—Se retira Canterac a la Sierra.—Espantosa deserción de las tropas realistas.—Capitulación del Callao.—El General don José de La Mar abraza la Causa de la Independencia.—Resuelve el Virrey trasladarse al Cuzco.—Expedición de Pasco.—Reposición del ejército realista.

Al evacuar La Serna a Lima, encargó, según se recordará al anciano General Marqués de Montemira, el mando político y militar de aquella ciudad; pero éste no contaba para mantener el orden sino con doscientos hombres del Regimiento de la Concordia que lo componían los vecinos de la Capital.

Tres días después de la salida del Virrey, o sea, el 9 de Julio de 1821, entraron doscientos jinetes patriotas, y atravesaron la ciudad de Lima, en el momento en que la población, asustada y llena de pánico, sufría un temblor de tierra de los más fuertes y de mayor duración que se habían experimentado en Lima, donde son harto frecuentes. A la vista de los gallardos jinetes, gran parte de la plebe prorrumpió en atronadores vivas a la PATRIA, resonando, al mismo tiempo, las numerosas campanas de la ciudad. Lo sensible fué que algunos desalmados, que no faltan nunca en las poblaciones aprovechando de la algazara, pusiéronse a robar los artículos de las tiendas conocidas con el nombre de PULPERIAS; pero semejante desorden duró muy poco, porque los vecinos honrados acudieron a contenerlo, y la misma fuerza armada que penetró en la ciudad prestóles oportuno auxilio.

El Marqués de Montemira, después de este suceso, con

vocó a las demás autoridades y a las personas principales a una reunión, en la que se acordó enviar a San Martín un comisionado para pedirle que entrara en Lima con sus tropas. El General en Jefe del ejército chileno se mostró dispuesto a acceder a tal petición. Antes no lo había hecho porque había manifestado que no quería ocupar la ciudad, sino en el caso de ser llamado por sus habitantes. No he vencido, decía San Martín, como conquistador del Perú, sino como auxiliar de cuantos deseen la Independencia.

Una vez que se había cnmplido lo que deseaba, San Martín dispuso que el ejército se moviese hacia la Capital. Entonces los limeños se prepararon a engalanarla para hacerle un recibimiento suntuoso; pero el Caudillo argentino, tan modesto como ilustre, rehuyendo toda pompa y aparato, entró el 12 de Julio de 1821, por la tarde, a Lima, acompañado solamente de un ayudante; y se encaminó a la casa del Marqués de Montemira. Tan luego como hubo llegado en ella fué a saludarle el Cabildo; y divulgada, a poco rato la noticia de este suceso, reunióse en dicha casa y en las calles adyacentes un gran concurso de gente que aclamó al General San Martín con frenesí y extraordinario entusiasmo.

El 15 de Julio de 1821, verificada ya la entrada de las tropas libertadoras en Lima, el General don José de San Martín ofició al Cabildo, insinuándole que creía llegado el caso de conocer la resolución del pueblo acerca de su Independencia, pues hasta entonces, nadie había tomado la iniciativa para proclamarla; y le pedía que se celebrara al efecto un Cabildo Abierto.

Verificóse éste con gran pompa y solemnidad en las salas capitulares del Ayuntamiento de Lima, con la concurrencia del Arzobispo, de los Prelados de las Ordenes Religiosas, de los Títulos de Castilla y de otros muchos ciudadanos notables. Los miembros de tan respetable Asamblea unánimente acordaron y firmaron, en la fecha indicada **15 de Julio de 1821,** una acta en la que se declaraba la **Independencia del Perú** de España y de toda otra Potencia extranjera.

El 17 del mismo mes y año, mandó el General San Martín que se quitasen las armas de España de todos los sitios públicos; y al propio tiempo hizo la prevención siguiente:

"Habiendo sabido, con mucho pesar mío, que con desprecio de todas las conveniencias y de todos los sentimientos de humanidad, algunos individuos, llevados de sus pasiones, se permiten ejercer vejaciones contra los españoles e insultarles, ordeno y mando que todas las personas que cometieren tales excesos sean denunciados al Gobernador Político y Militar de la ciudad, para que, probado el hecho, sean castigados como merecen." (Stevenson—Relaciones Históricas).

El 18 de Julio, San Martín expidió un Decreto creando

una guardia cívica, en reemplazo del Regimiento español de la Concordia; y el gran Mariscal Marqués de Torre Tagle fue nombrado Coronel de aquel Cuerpo.

Entre tanto Lord Cochrane con su escuadra bloqueaba el puerto del Callao; y el 24 de Julio, el Capitán Crosbie, con el mayor arrojo, apresó tres buques mercantes y quemó cuatro más. En esta ocasión se distinguieron los Capitanes de la marina chilena Morgell y Sipson.

Los sitiados hicieron una salida de los fuertes del Callao, pero fueron rechazados por una partida de caballería mandada por el valiente Mayor Necochea y por el intrépido e incansable Capitán Raulet, quien salió herido en la refriega.

El día 28 de Julio de 1821 se había fijado para la proclamación de la Independencia. Tan fausto acontecimiento se anunció por medio de una proclama dirijida a todos los habitantes del Perú. En aquel día, salieron del Palacio de los Virreyes, el General San Martín, el Marqués General de Montemira, que llevaba la nueva bandera peruana, los veteranos del ejército, el Estado Mayor, la Universidad, los cuatro colegios, los Prelados de las Ordenes Religiosas, los Tribunales, el Ayuntamiento y demás Corporaciones civiles y muchos miembros de la antigua nobleza, todos cabalgando en sendos caballos ricamente enjaezados y escoltados por un batallón con las banderas desplegadas de Buenos Aires y de Chile.

Tan brillante y numerosa comitiva llegó a la plaza Mayor, donde se había levantado uñ suntuoso tablado. Colocáronse en éste los concurrentes, y el General San Martín empuñando el pabellón peruano, rojo y blanco lo tremoló varias veces, y, pronunció en alta voz estas solemnes palabras: «EL PERU ES DESDE ESTE MOMENTO LIBRE E INDEPENDIENTE POR LA VOLUNTAD GENERAL DE LOS PUEBLOS Y POR LA JUSTICIA DE SU CAUSA; QUE DIOS LO PROTEJA. ¡VIVA LA PATRIA! ¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA LA INDEPENDENCIA! En seguida la comitiva recorrió las principales calles de la ciudad en paso triunfal y regresó al Palacio.

El domingo siguiente hubo una función solemne en la Catedral; el Arzobispo celebró la misa de pontifical y se cantó el Te Deum. Acto continuo todas las autoridades y principales ciudadanos prestaron sobre los Santos Evangelios el juramento de defender sus opiniones, sus personas, sus propiedades y la Independencia del Perú, no sólo contra el Gobierno Español, sino contra cualquiera Potencia Extranjera.

Proclamada la Independencia del Perú, era indispensable establecer un Gobierno que supiera conservarla y consolidarla. "Hasta entonces, dice un Historiador español, la revolución peruana no había producido ningún hombre dotado de las condiciones y de la popularidad necesarias pa-

ra ponerse a su frente. Tres eran los más convencidos, pero uno de ellos el Marqués de Montemira, era un anciano achacoso, sin influencia política ni servicios a la causa revolucionaria; otro, el Marqués de Torre Tagle, aunque segregó la provincia de Trujillo de la dominación española, era débil y demasiado reciente su conversión para inspirar entera confianza, sobre todo a San Martín; y por último Riva Agüero, el corresponsal de este General mientras organizaba su expedición invasora, y uno de los pocos peruanos notables que había corrido verdaderos riesgos por fomentar la revolución, no era considerado como hombre a propósito para dirigir las riendas del Gobierno.»

Lo imperioso de las circunstancias exigía de San Martín que asumiera el mando Supremo, tanto más cuanto que la guerra, propiamente hablando, ni siquiera había principiado. Por un Decreto expedido el 3 de Agosto de 1821, tomó, pues, el General San Martín, el título de Director Supremo y Protector del Perú, y nombró Ministro de Relaciones Exteriores a don Juan García del Río; de Hacienda a don Hipólito Unanue; y de Guerra y Marina al Coronel don Bernardo Monteagudo, el mismo inquieto personaje que, según se recordará, fué Secretario y luego Presidente de la Sociedad Patriótica de Buenos Aires. A consecuencia de la caída del General don Carlos María de Alvear del Directorio Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Monteagudo se expatrió a Europa, de donde regresó en 1818, y pasó a Santiago de Chile, obteniendo el empleo de Secretario de San Martín. Para General en Jefe del ejército Libertador fué designado don Juan Gregorio de Las Heras.

El 4 de Agosto, se nombró a don José de la Riva-Agüero, Presidente del Departamento de Lima; y en lugar de la antigua Real Audiencia se estableció una ALTA CÁMARA DE JUSTICIA, cuyos individuos eran nombrados por el Protector. El mismo dictó, con el nombre de Estatuto, una Constitución provisional para el Perú. En ella se creaba un Consejo de Estado, compuesto de doce individuos, a quien el Protector pediría su parecer cuando lo juzgase conveniente. Se declaró inviolable el domicilio, aunque en determinados casos podía ser allanado. Se declaró, igualmente, que toda persona nacida en territorio peruano, hasta los hijos de esclavos, eran libres. Suprimióse la mita; concediéndose a los indios los mismos derechos políticos y civiles que a los demás ciudadanos del Perú. Estableciόse un sistema más liberal en materia de comercio, aboliéndose el monopolio que pesaba sobre él. Dispúsose, que todo peruano, de diez y seis a cuarenta años, sirviese en el ejército por espacio de ocho meses, tiempo que se consideraba necesario para concluir la guerra. Dictóse, también un decreto para el establecimiento de una Biblioteca Nacional.

Con el objeto de premiar los servicios prestados a la In-

dependencia del Perú, San Martín creó la ORDEN DEL SOL, bajo el modelo de la Legión de Honor de Francia. Esta Orden se dividió en tres clases: primera, fundadores; segunda, beneméritos, y tercera, asociados. A los miembros de la primera clase, y aún a cierto número de las otras, se les asignó una pensión.

El Protector San Martín dirigió una proclama a los españoles residentes en Lima, en la que se encuentra el siguiente párrafo: "Españoles: no ignoráis que la opinión pública se ha pronunciado de tal modo, que aun entre vosotros existen muchos individuos que espían y observan vuestra conducta. Estoy perfectamente instruído de cuanto pasa, aún en lo más reservado de vuestras casas; temblad si abusáis de mi indulgencia."

Semejante proclama, dice Mr. Stevenson, anulaba el objeto aparente de la del 17 de Julio (que antes reproducimos), y servía para encender las teas de la discordia y de la guerra civil, los mayores y más peligrosos enemigos de la tranquilidad pública.

El día 4 de Agosto de 1821, comenzaron las fuerzas patriotas a hacer fuego con obuses contra la plaza del Callao; y lo continuaron todas las noches hasta el amanecer del 14 del propio mes y año. En este día, ciento cincuenta jinetes republicanos partieron de Bellavista, a toda brida, hacia la puerta principal del Real Felipe, seguidos de mil infantes, igualmente a la carrera; pero no pudieron penetrar en el Castillo, porque al primer grito de alarma se había levantado el rastrillo.

Entonces la caballería patriota se derramó por las calles del Callao, acuchilló algunos soldados realistas que habían ido a la ciudad para verificar sus compras, y apresó a otros, entre ellos, al Brigadier Ricafort, que aun se hallaba convaleciente de la grave herida que recibió en Canta, quien fue rescatado casi por milagro por los suyos. La infantería republicana, en tanto, se había adelantado hasta el glacis; pero recibida por los fuegos de la artillería y de la infantería realista, se replegó a Bellavista, después de sufrir una pérdida de cincuenta hombres.

Por la noche del 15 de Agosto, las embarcaciones menores de Lord Cochrane apresaron tres buques mercantes españoles, sacándoles del fondeadero de la bahía del Callao, a pesar del vivo fuego que se les hizo desde la plaza.

Graves desavenencias se suscitaron entre el Ministro de la Guerra Monteagudo y el Arzobispo de Lima don Bartolomé de Las Heras quien se negó a las exigencias del primero, y acabó por hacer dimisión de su cargo, que le fue aceptada. En consecuencia se le mandó salir de la Capital, dentro de cuarenta y ocho horas, y que esperase en Chancay la resolución del Gobierno. Fundándose el Prelado en su avanzada edad de ochenta años y en los achaques consiguientes, pidió pasaporte a España por la vía de Panamá,

no creyéndose capaz de resistir el peligroso paso del Cabo de Hornos. Más adelante, sin embargo, tuvo que embarcarse para Río de Janeiro. Al abandonar las playas del Perú, el Arzobispo escribió una carta a Lord Cochrane, agradeciendo las atenciones que éste le había dispensado, carta que terminaba con estas palabras: "Estoy convencido que la Independencia de este país está sellada para siempre; yo manifestaré esta opinión al Gobierno español y a la Santa Sede; haré, al mismo tiempo, cuanto pueda para vencer su obstinación, mantener la tranquilidad y segundar los votos de los habitantes de la América, que tanto aprecio.»

El Obispo de Huamanga, peruano y residente entonces en Lima, recibió, igualmente, orden de salir del país, en el término de ocho días.

A principios de Septiembre de 1821, se esparció en Lima la noticia de que una fuerte división realista se acercaba a la ciudad para atacar al ejército libertador. Con tal motivo alarmóse la población; y el Protector San Martín pronunció un discurso en el Teatro con el objeto de calmar los ánimos. El 5 del mismo mes, anunció al público, por medio de una proclama, que algunas partidas realiatas ocupaban los lugares denominados San Mateo y San Damián; exortaba a los habitantes a la defensa; y ofrecía morir antes que abandonarlos.

La noticia de la venida de una división realista sobre Lima era cierta, como vamos a referirlo.

Al evacuar el Virrey La Serna a Lima, había ofrecido auxiliar a la plaza del Callao, lo más pronto que le fuera posible. Reunidas las tropas españolas en el valle de Jauja, se repusieron rápidamente de sus fatigas y se aumentó el número de ellas. En vista de esto, La Serna resolvió enviar una expedición a la costa, con el objeto expresado. No faltaron personas en el ejército que, alegando solidísimas razones, calificaron semejante proyecto de descabellado y temerario. A pesar de esta oposición, La Serna, considerándose comprometido a cumplir caballerosamente la palabra empeñada, se mantuvo firme en su propósito, prevaleciendo con la suya la opinión de algunos Jefes que le apoyaban.

Se decidió, pues, que la tropa más disponible, toda de superior calidad, se moviera hacia Lima, permaneciendo el Virrey con el resto en el valle de Jauja. En consecuencia, dos mil quinientos infantes, novecientos caballos y nueve piezas de artillería emprendieron la marcha el 25 de Agosto de 1821, a órdenes del Brigadier Canterac, llevando de Jefe de Estado Mayor al Coronel Valdés. Era Jefe de la Caballería el Coronel Loriga y la infantería estaba mandada por los Coroneles Carratalá y Monet.

Sin mayor contratiempo llegó la división a Santiago de Tuna, atravesando los Andes. Cerca de aquel lugar cayó en poder de una partida patriota el Teniente Coronel don José García Sócoli; incidente que fue favorable a San Martín, por-

que pudo informarse del número de la fuerza expedicionaria; y tomar, por tanto, las medidas oportunas para la defensa de Lima.

En el mencionado pueblo de Santiago de Tuna, dividió Canterac su fuerza en dos columnas, que siguiendo distintas direcciones, debían reunirse en la hacienda de Cieneguilla. La caballería, un batallón de infantería y la artillería a las órdenes del Coronel Juan Loriga bajaron directamente a esa hacienda, batiendo y dispersando al paso la MONTONERA de Huarochirí. Canterac con el resto de las tropas después de seguir durante el día el curso de la quebrada de San Mateo, al anochecer varió de dirección hacia la izquierda en busca de la quebrada del Espíritu Santo que conduce a la Cieneguilla; y sin guía ni ruta conocida se determinó a descender, creyendo que no tendría mayor dificultad para ello. Pronto recibió el confiado Canterac el más cruel desengaño, los padecimientos que sufrió en aquella ponosa marcha, los describe García Camba, testigo presencial, en los términos que siguen:

"Sin camino de ninguna especie, sin agua en un terreno arenoso y ardiente, acosados los hombres y las bestias de una sed devoradora, después de una marcha de más de diez leguas, a doce grados de la equinoccial, los Jefes, los oficiales y la tropa se arrojaron a bajar por donde ningún ser humano habría andado jamás."

"Allí se perdieron mulas y caballos con la mayor parte de las maletas de grupa; allí hubo piernas, brazos, cabezas y cuerpos estropeados, porque los hombres y las bestias rodaban a la par de precipicio en precipicio; allí hubo muchos que recurrieron a sus propios orines para mitigar su mortal sed, y con igual fin mascaban otros las áridas cortezas de algún arbusto que por fortuna encontraban; allí varios bravos desesperanzados se tendían en el suelo como resignados con su fin, mientras otros se esforzaban por continuar el descenso con la lisonjera idea de hallar agua en el fondo de la quebrada. En tan azarosa situación, si los Jefes y oficiales mandaban, eran a veces obedecidos y otras apenas escuchados: basta decir, en prueba, que reunidos el Brigadier Monet y el Coronel Carratalá, viendo porción de tropa tirada al suelo, inciertas de sí el resto seguía, iba adelante o se quedaba rendido de la sed y el cansancio, ofrecieron a nombre del Rey un grado al individuo que, continuando la bajada, pudiera avisar de si se hallaba luego agua, y no hubo a su inmediación quien se sintiese en estado de ganar la recompensa prometida, siendo de advertir que cuando se hizo este ofrecimiento, faltaría poco más de un cuarto de legua para llegar al río que toma luego el nombre de Lurín."

"El Comandante en Jefe Canterac, que llevaba la cabeza de aquella inexplicable dispersión, fue de los primeros que gozaron del placer de descubrir la deseada agua, e inmediatamente hizo retroceder a los que le acompañaban de cer-

ca con cantiploras llenas para auxiliar a sus afligidísimos compañeros."

"La nueva de este hallazgo salvador, comunicada de unos a otros hasta los más rezagados, como por ensalmo, reanimó sus espíritus abatidos, y puso en movimiento hasta a los casi resignados a no levantarse del paraje que su mala estrella les había deparado. Uno de los que se hallaban al borde de este triste extremo era el Coronel don Jerónimo Valdés, Jefe del Estado Mayor que cubría la retaguardia: fatigado por el continuo afán de animar a la tropa, después de haber apelado a su orina, a las cortezas de los áridos arbustos y aún a ponerse plomo en la boca para mitigar la sed que lo consumía, rendido y falto de fuerzas se acostó al fin en el suelo; al lado de una gran peña, donde le acompañaban algunos leales oficiales y soldados; y allí les alcanzaron primero la noticia del descubrimiento del agua, y poco después algunas cantimploras."

Repuestas algún tanto las tropas de Canterac de tan penoso viaje, pudieron emprender la marcha y reunirse con la caballería en la hacienda de la Cieneguilla, desde donde bajó a la costa; y el día 8 de Septiembre llegaban las fuerzas realistas a la vista del ejército de San Martín, acampado en la hacienda llamada Mendoza, a una milla de Lima, en el camino de Arequipa.

El objeto de Canterac era el de atacar a los patriotas y protejer a la plaza del Callao bloqueada por mar por la escuadra de Cochrane y asediada por tierra por las fuerzas libertadoras. Probablemente animáronle a Canterac a esta atrevida operación, las noticias que los españoles residentes en Lima habían enviado al campamento real, acerca de la mala organización y falta de disciplina del ejército patriota, aunque su número pasaba entonces de siete mil hombres. Mas cuando el Jefe realista los vió fuertemente atrincherados detrás de tapiales, y sostenidos a retaguardia por los habitantes de Lima, muchos de los cuales estaban a caballo con sables, cuchillos, picas etc. manifestando de esta manera su entusiasmo por la causa de la Revolución, Canterac juzgó prudente eludir el combate, y mediante movimientos atrevidos, entró con sus fuerzas en la plaza del Callao, en la tarde del 10 de Septiembre de 1821.

La guarnición del Callao, los habitantes que se habían refugiado en la plaza y la población en general, agobiados por los sufrimientos del asedio, recibieron a la división expedicionaria con salvas de artillería, vítores, y manifestaciones de alegría y entusiasmo indescriptibles. Las fuerzas de Canterac acamparon bajo los fuegos del castillo, denominado Real Felipe.

Después de este acontecimiento, el ejército patriota varió su posición, y tomó otra no menos fuerte, apoyando su derecha en el rio Rímac que da nombre al valle, y extendiéndose luego por el tambo de Mirones hacia el pueblo de

la Magdalena. Se colocó también una batería sobre el camino real que sirve de comunicación entre Lima y el Callao.

"El General San Martín, dice Miller, ha sido censurado severamente por no haber atacado a los realistas en esta ocasión; pero si se considera que muchas de sus tropas eran reclutas, sin casi instrucción, quizá tendrá que convenirse que obró sabiamente, tanto más cuanto que los realistas, por el contrario, eran soldados veteranos y bien disciplinados. De todos modos es curioso el ver que algunos de los Jefes patriotas que más han gritado condenando la inacción del Protector, fueron aquellos que habían dejado pasar las oportunidades más brillantes para destruir a los realistas, cuando estaban esparcidos por la sierra, así como cuando poco después se retiró Canterac desde el Callao a Jauja."

Los sacrificios, penalidades y dotes estratégicas con que Canterac había llevado a cabo la campaña que acabamos de describir fueron completamente estériles. En efecto, la principal mira de Canterac, según las instrucciones del Virrey, era conducir al Callao todo el ganado que se pudiera recoger en el tránsito, para introducirlo en esa plaza. Este proyecto, según lo hemos visto, quedó completamente frustrado, pues lejos de introducir víveres, el Jefe Español no hizo otra cosa que empeorar la angustiosa situación del puerto bloqueado con el aumento de cerca de cuatro mil bocas más. Para el caso de que no se pudiese abastecer la plaza de subsistencias, La Serna había ordenado que se extrajesen de ella la guarnición y el armamento que fuere posible, que se arrasaran las fortalezas, y que la expedición regresara al valle de Jauja. Para ejecutar semejante proyecto, Canterac procedió de la manera que el mismo explica en el parte que, de su expedición dió al Virrey.

"Este día—11 de Septiembre—se dice en el aludido parte, se celebró una junta de guerra, en la que hice ver al General Gobernador el Mariscal de Campo don José de La Mar, los oficios e instrucciones de V. E., y este señor manifestó la imposibilidad de evacuar e inutilizar la plaza, por hallarse refugiadas en ella más de seiscientas personas de ambos sexos que quedarían en el mayor compromiso y expuestas al furor del enemigo. Proveerla de víveres sacándolos de Lima para poder continuar su defensa, tampoco era posible, puesto que para ello era preciso antes batir al ejército, y esta operación se oponía a las instrucciones de V. E, por ser en extremo aventurada contra un enemigo que tenía reunidas todas sus fuerzas en una posición naturalmente fuerte, y en la que no podía obrar nuestra caballería, no contando yo a mis órdenes ni una tercera parte del número de infantería que tenía aquel; y sobre todo no reconociendo en mi posición otro punto de retirada, en caso de desgracia, que la plaza misma del Callao, y falta ésta de

víveres, era consiguiente la total pérdida de mis tropas, y con éstas la del Perú."

Comentando las palabras preinsertas, dice Camba: "En este razonamiento sobresale indudablemente lo respetable y atendible de las observaciones del Gobernador La Mar; pero divulgado en el campo español el motivo de la reunión de la mencionada Junta, cuando la creencia general estaba en favor de buscar al enemigo, sacando del Callao al efecto cuantos auxilios fuera posible mover, la idea de haber emprendido una expedición tan penosa y arriesgada para venir a presenciar la destrucción de aquellas fortalezas, produjo gran disgusto, harto disculpable por la nobleza del sentimiento que la ocasionaba."

Frustrado este segundo proyecto, Canterac intentó comprar víveres a los buques mercantes surtos en la bahía del Callao,y no pudo conseguirlo. Entonces mandó salir una columna para que los recogiesen en las inmediaciones, pero dos buques de la escuadra chilena que mantenía el bloque la cañonearon, obligándola a retroceder. Trató por último, el Jefe español de llevarse el armamento, cargando los fusiles a las grupas de los soldados de caballería, o en las cabalgaduras de los oficiales; pero hubo de desistir de tal proyecto, refleccionando que sería un gran embarazo para el ejército en el caso de tener que sostener algún combate en su retirada.

Convencido Canterac de la inutilidad de todos sus esfuerzos, salió del Callao con su división a las cuatro de la tarde del día 16 de Septiembre de 1821, pasó el río Rímac por frente de la chacra de Villegas, y caminando durante toda la noche, llegó al amanecer del 17 en Oquendo, quedando, de esta manera, fuera del flanco del ejército patriota. Poco después se acampó el ejército real en el valle de Carabaillo.

El General Las Heras con el ejército libertador, recibió órdenes de San Martín para perseguir a los realistas. Al llegar a la hacienda llamada de los Caballeros, a nueve leguas de Lima, Las Heras desistió de perseguir al enemigo, quedando encargado de esto el Coronel Miller con una división compuesta de setecientos infantes, ciento venticinco caballos y quinientos montoneros.

"El General Las Heras, dice Miller, no atacó al enemigo, y muchos de los Jefes parecían menos ansiosos de continuar las hostilidades que de gozar de las diversiones y placeres en Lima, donde tantos oficiales como soldados habían sido perfectamente recibidos, y donde ya cada uno había contraído amistades y relaciones que deseaban renovar."

La pequeña división de Miller, en seguimiento del ejército realista, llegó y acampó al pie de la cuesta de Puruchuco, donde seis españoles desertores informaron al Jefe patriota que el General Canterac se hallaba una legua más distante, y a la mitad de la subida de la montaña.

Al amanecer del día 22 de Septiembre de 1821, el Coronel Miller, con los montoneros, mandado por el Teniente Coronel Dávalos, una compañía del batallón número 7º y la caballería marcharon al pueblo de Puruchuco, situado en un paraje oculto al lado oriental de la montaña; y desde un pico muy elevado divisaron a los realistas que estaban acantonados en Huamantanga, población pequeña sita en una eminencia a dos leguas de Puruchuco.

Habiéndose adelantado el Coronel Miller a caballo, el día 23 de Septiembre, hasta muy cerca de Huamantanga, para hacer un reconocimiento, vió al ejército real formado y en actitud de hacer algún movimiento. Inmediatamente Miller volvió a Puruchuco, hizo retirar a la caballería, formó la compañía y colocó a los montoneros desmontados en los barrancos del lado de la montaña.

Aun no estaba concluída esta operación, cuando los realistas descendieron de Huamantanga en número de dos mil, arrollaron a los montoneros, desalojando a Miller de su fuerte posición, con la pérdida de quince hombres muertos, veinticinco heridos y seis prisioneros. El Teniente Coronel O'Brien, con una pequeña partida de infantes, mediante un fuego oportuno y bien dirigido, contuvo a los realistas, y dió tiempo a los patriotas para verificar su retirada en orden.

"O'Brien y Miller estuvieron más de una vez a punto de ser hechos prisioneros, pero les salvaron los buenos caballos que montaban, precipitándose a galope por laderas que en otra ocasión difícilmente hubiera podido bajar a paso." (Memorias del General Miller).

Los patriotas derrotados en Huamantanga llegaron a Macas a media noche; y considerando Miller que su división era insuficiente para contrarrestar una persecución activa y eficaz del enemigo, la mandó a regresar a Lima, a excepción de treinta dragones escogidos. Con éstos y algunos montoneros, Miller y O'Brien avanzaron por diferente camino, reuniéndose el 25 de Septiembre a una partida de montoneros, mandada por un Comandante llamado Quirós. Era éste un hombre de grandes luces naturales, de acreditado valor y con aptitudes para el mando. Si hubiese recibido una educación esmerada, habría llegado a ser un militar sobresaliente. Pero había sido Capitán de bandoleros, y como tal azotado públicamente al salir de la cárcel por segunda vez.

La partida de Quirós, dice Miller, se componía de hombres de las inclinaciones más bajas y ruines; llevaban luengas barbas e iban vestidos en la forma más grotesca. Al hacer alto a la noche, era curioso oir sus conversaciones, sentados al rededor de las hogueras: el uno confesaba haber cometido diez y siete asesinatos; el otro haber ahogado a una mujer de setenta años y violado a su hija; en fin casi todos contaban hechos atroces. Como casi todos ellos habían sido compañeros de Quirós al principio de su carrera, tenía sobre los mismos una absoluta autoridad, a pesar de la familiaridad con que

los trataba. Esta partida de ciento cincuenta hombres de fuerza era la más atrevida y la más terrible de los montoneros. Quirós fue muerto después en una acción cerca de Pisco y su mujer murió peleando valientemente al lado de aquel célebre bandolero.

El 25 de Septiembre, el ejército de Canterac había remontado por tercera vez, en el corto plazo de dos meses, la famosa Cordillera de los Andes, y acampó en las pintorescas aldeas escalonadas entre Tarma y Huancayo. No teniendo ya objeto la permanencia de Miller en aquellos agrestes lugares, se despidió de los Jefes montoneros; y el 28 del mismo mes regresó a Lima.

La retirada de Canterac fué de consecuencias más desastrosas que la pérdida de una batalla. Hablando de élla, dice Camba, testigo presencial:

"Vista la escandalosa deserción experimentada en Pueblo-Viejo, Canterac resolvió replegarse inmediatamente a la sierra.....En consecuencia marchó el 19 de Septiembre a Macas, el 20 al pueblo de Porochuco, y el 21 a Huamantanga, continuando de tal modo la deserción en oficiales y tropas, que en estas tres jornadas, perdieron los españoles casi la mitad de su infantería y algunos caballos. El cuerpo de Dragones del Perú, que mandaba el Teniente Coronel Camba, tuvo siete oficiales y treinta y cinco individuos de tropa desertados desde el valle de Carabaillo a Huamantanga ....El cuadro que presentaba la división de Canterac en su regreso a la sierra era horrible, y no ofrecía más que un ominoso porvenir...."

Cundió de tal manera la deserción en el ejército de Canterac, que solamente merced a la activa energía de Valdés, Lorija y otros Jefes realistas, se pudo evitar una sublevación general, fusilando a dos oficiales, nueve sargentos y algunos cabos y soldados.

"Con razón o sin ella, dice Coroleu, vituperóse entonces, por segunda vez, a San Martín, a causa de su inacción, que dió por consecuencia la retirada inmune del ejército español, cuando, según todas las apariencias, hubiera sido fácil destruirle, y acabar en una sola batalla la guerra. Entendidos escritores militares han aprobado esta inacción, que produjo la desmembración de más de la mitad de aquel ejército, y el conocimiento de los españoles de que era imposible sostener la importante plaza del Callao; otros la censuran, fundándose en que, tal como habían llegado a Lima las tropas de Canterac, hubiera sido cosa llana y hacedera destrozarlas con un ejército descansado, deseoso de combatir y que llegaba, según afirma Miller, en sus MEMORIAS, a ocho mil hombres, poniendo así término, de una vez, a la guerra. Lo cierto fué que desde entonces creció aun más el desprestigio del General argentino, sin tenerse en cuenta que con su plan y su táctica mesurada había logrado, en un año, que la Revolución se enseñoreara de la mitad del

Perú, apoderarse de la Capital, contar con la seguridad de la inmediata rendición de su puerto más importante y su plaza más formidable, y reducir al ejército español a un apurado extremo y a un territorio relativamente limitado."

Mientras tanto, se verefició la capitulación del Callao, suceso trascendental y de grande importancia para la causa de la Emancipación del Perú. He aquí como tuvo lugar aquella.

Desde que el Virrey La Serna evacuó a Lima y San Martín la ocupó, llevaba la plaza del Callao más de dos meses de un riguroso bloqueo por mar y de asedio por tierra; y cuando Canterac salió de aquella ciudad, sin haber podido socorrerla, y se retiró a la sierra, quedaban víveres tan solo para tres días.

El Mariscal de Campo don José de La Mar, Gobernador nato del Callao, había recibido reiteradas proposiciones tanto de Lord Cochrane, como del General San Martín, para que entregase la plaza; pero pundonoroso como era y agradecido por las distinciones y honores que le había dispensado el Rey de España, no quiso La Mar aunque americano y patriota de corazón, acceder a tales peticiones, verificando un acto que, según su conciencia delicadísima, le era deshonroso.

Al siguiente día de que Canterac salió del Callao, o sea el 17 de Septiembre de 1821, por la tarde, el Coronel Guido entregó personalmente a La Mar un pliego del General San Martín, en el que decía que estaba a su discreción los defensores de la plaza, porque las tropas de Canterac iban dispersas y perseguidas por las suyas; y que si a las diez de la mañana del día siguiente se le entregaban las fortalezas, concedía a la guarnición las vidas, los empleos y los equipajes. El General La Mar contestó que necesitaba de mayores datos sobre la suerte de las tropas reales; y que, si San Martín facilitaba este conocimiento, entraría entonces en el arreglo de una capitulación.

El 18 de Septiembre, por la mañana, se recibió en el Callao otro oficio de San Martín, autorizando al Gobernador La Mar para que enviase un oficial, con el objeto de cerciorarse de la suerte de las tropas de Canterac, de las cuales, decía el Protector, tenía en su poder diez y ocho oficiales y muchos soldados. En consecuencia, fué comisionado el Brigadier don Manuel Arredondo (1) para averiguar la verdad de lo acontecido.

---

(1) Arredondo es el mismo que con trescientos hombres del REAL DE LIMA fué enviado por el Virrey Abascal para sofocar el movimiento revolucionario de Quito. El mismo que, después de la matanza de los patriotas quiteños, en el nefasto 2 de Agosto de 1812, permitió que sus soldados cometiesen tropelías sin cuento en aquella indefensa y heroica ciudad.

Este Jefe, de funesta memoria para los ecuatorianos, regresó por la tarde del día indicado, a la plaza del Callao, con nueva comunicación de San Martin, instando a que inmediatamente se le contestara acerca de si admitía o no la capitulación propuesta. El General La Mar contestó que al día siguiente irían dos comisionados a tratar con el Protector sobre el asunto.

Para salvar su responsabilidad, el Gobernador del Callao, reunió en la mañana del 19 de Septiembre una Junta de guerra. En ella se acordó la entrega de la plaza y se sentaron las bases de la capitulación, tomando en cuenta: que no había víveres más que para tres días; que la guarnición había disminuído considerablemente, a causa de que muchos soldados habían fallecido con motivo de las enfermedades que reinaban en la plaza, otros se encontraban enfermos en el hospital, y otros se habían desertado, pasándose a las filas patriotas; y por último que el estado de las tropas de Canterac, según las noticias que se habían recibido en la plaza, no podía ser más deplorable.

En virtud de esta resolución de la Junta de guerra, se comisionó al Brigadier Arredondo y al Capitán de navío don José Ignacio Colmenares para que fuesen al Cuartel General de los patriotas y pusiesen las bases de la capitulación en manos de San Martín, quien convino en ellas. Las principales condiciones de la rendición del Callao fueron las que siguen:

1ª.—La guarnición de la plaza del Callao saldría por la puerta principal con todos los honores de la guerra, dos cañones de batalla con sus conrrespondientes tiros, bandera desplegada y tambor batiente

2ª—La tropa de línea conservaría el derecho de incorporarse al ejército español de Arequipa; los batallones cívicos el de regresar a sus casas; y los marinos al servicio de los castillos tendrían cuatro meses para arreglar sus asuntos particulares y retirarse del Perú.

4ª—Los individuos que existiesen en las fortalezas podían extraer los bienes que tuviesen guardados en ellas.

5ª—El Protector prometía un olvido completo por las opiniones que hubiesen manifestado los defensores de la plaza, y se obligaba a ponerlos a cubierto de cualquier ataque o atropello.

6ª—Los buques fondeados en la bahía del Callao pertenecerían a sus dueños, y el Gobierno de Lima se obligaba a prestarles los auxilios que se franquean entre sí las naciones amigas, para que pudiesen emprender viaje a los puertos de España o de Méjico.

12ª—El día 21 de Septiembre, a las doce de la mañana, la plaza debía ser entregada por inventario.

Con arreglo a lo estipulado, a la hora prefijada del día 21 de Septiembre de 1821, los destacamentos patriotas destinados al efecto tomaron posesión de las dos puertas del

Real Felipe y de los torreones; y una hora después salió la guarnición por la puerta principal, con todos los honores militares, hasta la distancia de ciento cincuenta varas, pasando por entre las tropas bloqueadoras. Allí dejaron los realistas en pabellones las armas; y se les permitió retirarse libremente a Lima o a la población del Callao, según el deseo de cada uno. "De este modo pasó a poder de los enemigos de España, dice Camba, la única plaza fuerte que había en el Perú, y este destino era de todo punto inevitable sólo por falta de subsistencias."

"En aquel día, se refiere al 21 de Septiembre de 1821, el General La Mar abandonó la Causa de España para abrazar la revolucionaria, y una buena parte de sus tropas pasóse con él a las filas de los separatistas." Estas palabras del historiador español Coroleu no son del todo exactas; porque, aun cuando es verdad, que La Mar abrazó la causa de la Independencia, antes de hacerlo, según refiere Camba, dirigió al Virrey La Serna, que estaba en Jauja, una exposición renunciando los empleos, grados y condecoraciones que había recibido del Gobierno Español.

Hecha esta renuncia que manifiesta la hidalgía y exquisita escrupulosidad del General La Mar, publicó éste una proclama, en la que decía a sus compatriotas: QUE TODA SU VIDA HABIA ANHELADO UN MOMENTO FAVORABLE EN QUE PODER MANIFESTAR SUS SENTIMIENTOS POR LA CAUSA DE LA INDEPENCIA. Poco tiempo después marchó La Mar a Guayaquil, y fué nombrado Comandante General de aquella plaza; prestando desde entonces y a su regreso a Lima importantes servicios a la Emancipación del Perú; como veremos en el curso de esta narración.

En aquella misma época se habían suscitado gravísimas desavenencias entre el General San Martín y Lord Cochrane. Stevenson las refiere prolijamente en su Relación Histórica, pero como Secretario que fué del Almirante, se manifiesta demasiado parcial respecto de éste. Preferimos pues, la relación que sobre el particular se hace en las "Memorias del General Miller," y es la que sigue:

"Hacía algún tiempo que existía entre uno y otro (San Martín y Cochrane) cierta mala inteligencia, y sin entrar en los motivos ni razones que cada uno tuvo, diremos sencillamente el hecho que les hizo irreconciliables. El Almirante presentó las reclamaciones siguientes:

1ª.—Por atrasos debidos a la escuadra.

2ª.—Un premio, igual a la paga de un año de cada individuo de la escuadra, con arreglo a la oferta hecha antes de salir de Valparaíso.

3ª—Cincuenta mil duros prometidos a la gente del mar, en el caso de que tomaran la ESMERALDA; y,

4ª—Ciento diez mil duros, valor en que se estimaba la fragata,"

"El Protector sostuvo que el Gobierno chileno era res-

ponsable únicamente a la primera y cuarta reclamación; que admitía la justicia de la segunda y tercera, pero necesitaba tiempo para liquidarlas. El Almirante se ofendió altamente con esta contestación. Al mismo tiempo el ejército realista se aproximó a los muros del Callao, y entonces, como una mera precaución, el dinero, la plata y oro para acuñarse, pertenecientes al Gobierno y a los particulares, se trasladaron de la casa de moneda de Lima a los transportes que estaban en Ancón. El Almirante dió la vela para aquel punto, y se apoderó de todo el caudal para pagar a la escuadra. Este manifestó que el tesoro de que se había apoderado debía pertenecer al Gobierno o ser contrabando, esto es, plata enviada a bordo sin ir acompañada de un documento para probar que el derecho de embarque se había pagado, y que el todo ascendía a doscientos cincuenta mil sucres. El Protector, por su parte, sostuvo que una gran porción era propiedad privada de particulares, y que la suma total pasaba de cuatrocientos mil duros.

Después de este hecho, Lord Cochrane volvió al puerto del Callao. Entonces el Protector San Martín le transcribió a aquel una copia de aquella parte de las instrucciones privadas que había recibido del Gobierno de Chile, que le autorizaban como General en Jefe de la expedición libertadora, para disponer del todo o parte de la escuadra, según lo considerase conveniente. En virtud de estos amplios poderes, San Martín previno a Cochrane, de la manera más terminante, que saliera de las costas del Perú con los buques que mandaba, persuadido de que no podía hacerlo por falta de marinos europeos.

A pesar de ello, el 6 de Octubre de 1821, ocho días después de la aludida intimación, todos los buques de guerra de la escuadra chilena, con dos presas, se hicieron a la vela, saliendo de la babía del Callao para el puerto de Ancón. De este lugar, envió Cochrane a Chile el bergantín LAUTARO y el GALVARINO; y él, con las fragatas O'HIGGINS y VALDIVIA, la corbeta INDEPENDENCIA, el bergantín ARAUCANO y los buques apresados SAN FERNANDO y la MERCEDES, hizo rumbo para Guayaquil, a fin de reparar su escuadra, y buscar luego con ella, en las costas de Méjico las fragatas españolas PRUEBA y VENGANZA y la corbeta ALEJANDRO. En esta expedición llegó Lord Cochrane hasta la costa de California.

"Por este medio inesperado, quedó el Perú independiente sin fuerzas navales, y la causa de España se vió libre de un enemigo tan superior como el inteligente y bravísimo Lord Cochrane." (Camba).

Poco después de la retirada de Canterac, se formó la LEGION PERUANA DE LA GUARDIA, cuyo mando general se le confió al Marqués de Torre Tagle. Esta división constaba de los cuerpos siguientes: Un regimiento de húsares, mandado por el Teniente Coronel Brandsen, compuesto de cua-

tro escuadrones de doscientos hombres cada uno, siendo su uniforme semejante al de los húsares ingleses. Una compañía de artillería a caballo, cuyo número era el de ciento veinte hombres, regida por el Capitán Arenales, y uniformados como los soldados de igual clase de la artillería inglesa; y un regimiento de infantería mandado por el Coronel Miller, quien, para formarlo y organizarlo, eligió de los desertores del enemigo cuarenta buenos cabos y sargentos y de doscientos a trescientos soldados, reclutó en Lima un número igual de mulatos y mestizos, y le enviaron del interior seiscientos indígenas.

El regimiento de infantería llegó a componerse de dos batallones, cada uno de mil doscientas plazas. Miller eligió para el mando de las compañías de aquellos a los oficiales más activos e inteligentes que antes habían servido bajo sus órdenes, fuera de una gran parte de jóvenes distinguidos de Lima.

La organización de su regimiento fue la ocupación favorita de Miller, quien procuró darle un carácter verdaderamente nacional, logrando infundirle un espíritu disciplinario que hizo de él uno de los mejores cuerpos del ejército peruano independiente. El uniforme era azul, con cuello y vueltas encarnadas, barras y vivo blanco. Los granaderos tenían gorras altas de piel de oso; los cazadores, gorros parecidos a los que usan los RIFLEMEN o negrillos ingleses, y los fusileros, morriones a la francesa.

Mientras tanto el ejército de Canterac situado en el abundante y saludable valle de Jauja, se reparaba y organizaba activa y brevemente contando con abundantes provisiones para la manutención de los soldados, y regalados pastos y forrajes para los caballos. Verdad es que carecía de los artículos más indispensables para la recomposición del armamento, y aun de medicinas para los pocos enfermos que se hallaban en los hospitales. Para proveerse de tales objetos, salió del valle de Jauja una columna ligera al mando del Comandante don Dionisio Marcilla, para el cerro de Pasco. Aquel cumplió su misión satisfactoriamente, y sin ningún contratiempo, recogiendo hierro y medicinas y regresando al cuartel general realista.

El resultado favorable de esta expedición movió a Canterac a enviar otra más fuerte a órdenes del Coronel Lorija, al mismo punto, y con igual objeto, y entró sin oposición en el cerro de Pasco. Mas cuando se preparaba a regresar la columna, fue repentinamente atacada por cincuenta jinetes, más de trescientos infantes y crecido número de indios en combinación con el pueblo, en la noche del 6 a 7 de Diciembre de 1821 Los patriotas arrollaron al principio a los realistas, pero el Coronel Lorija logró apoderarse del atrio de la Iglesia y de las casas más próximas, donde se hizo fuerte y se mantuvo a la defensiva hasta que amaneciese. Entonces la columna realista reconoció la posición

de los patriotas y los atacó y puso en retirada. Al día siguiente regresó la expedición de Lorija al valle de Jauja con porción de cargas de hierro y algunos cajones de medicinas.

En el mismo mes de Diciembre se estableció el Virrey La Serna en el Cuzco, antigua capital del Imperio de los Incas. Allí el ejército realista empezó a recibir toda clase de recursos con mayor regularidad; y los Jefes españoles se dedicaron a la reorganización, aumento e instrucción de los cuerpos, con tanto empeño y ahinco que, al andar de pocos meses, no sólo se encontraban en estado de disputar la posesión del rico valle de Jauja, sino de tomar confiadamente la ofensiva contra las fuerzas patriotas, como luego veremos.

La división del Brigadier Olañeta que ocupaba la quebrada de Humahuaca al Sur del Perú, se había replegado a Tupiza, y como no tuviese atenciones de importancia por aquella parte, vino después a situarse en Oruro, y algunos de sus cuerpos se acantonaron en la provincia de Puno.

El ejército del Alto Perú guarnecía las provincias situadas al Sur del Cuzco, inclusa la de Arequipa y su extensa costa. El Jefe de aquel ejército Teniente General don Juan Ramírez, residía en Arequipa, sin gozar de perfecta salud. Con tal motivo, y para dar mayor impulso a las operaciones militares, fue enviado allá de Jefe de Estado Mayor, el activo Coronel español don Jerónimo Valdés.

Anotaremos también que el 19 de Diciembre de 1821, se concedió a veinte Generales y Jefes del ejército libertador la suma de quinientos mil duros, en recompensa de sus pasados servicios, que fué dividida en partes iguales, tocándole, por consiguiente, al Coronel Miller veinticinco mil duros.

Tal era el estado de los beligerantes y de los asuntos públicos con el Perú al finalizar el año de 1821.

Este año fué terrible para la Causa de la Metrópoli en la América Latina. En efecto, el Teniente General don Juan O'Donojú, quincuagésimo séptimo y último Virrey de Méjico, apenas desembarcó en Veracruz, a mediados de dicho año, dirigió una proclama a los mejicanos, declarándose protector de su Independencia, marchó poco después a Córdoba, donde le esperaba el General don Agustín de Itúrbide, y ambos celebraron allí un tratado basado sobre el plan de Iguala, tratado que privó a España de la posesión del vasto reino de Méjico.

Casi al mismo tiempo el 24 de Junio de 1821, se libró la famosa batalla de Carabobo, en la que obtuvo un brillante y decisivo triunfo el Libertador don Simón Bolívar contra las huestes realistas mandadas por el Brigadier don Miguel de La Torre;con lo cual quedó sellada la Independencia de Venezuela; y aquel incansable Caudillo en libertad de llevar sus invencibles armas contra Quito, de donde vencedoras pasaron al Perú, como se verá oportunamente.

CAPITULO IV.

1822.

Sublevación de Potosí a favor de la Independencia.—Es sofocada inmediatamente por el Brigadier Maroto.—Torre-Tagle es nombrado Delegado Supremo.—Derrota del General Domingo Tristán en Ica.—Ocupación de esta plaza y de la de Pisco por las fuerzas realistas.—Las fragatas españolas **Prueba y Venganza** *son entregadas en Guayaquil al Comisionado del Gobierno del Perú; y la Corbeta Alejandro al de Colombia.—Derrota del Caudillo patriota Lanza por Valdés.—Entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil.—Conmoción popular en Lima contra el Ministro Monteagudo, su destitución y destierro.—San Martín de regreso a Lima reasume el mando supremo.—Instala el Congreso Constituyente.—Renuncia el mando, se embarca para Chile.—Honores que le decreta el Congreso.—Esta Corporación nombra una Junta de Gobierno compuesta de Lamar, Aivarado y el Conde de Vista Florida.—Expedición de Alvarado a los Puertos Intermedios.—Es derrotado en Torata y Moquehua.—Riva-Agüero es nombrado Presidente del Perú.*

El año de 1822 comenzó con un movimiento revolucionario en la villa de Potosí, encabezado por los Tenientes Coroneles Salgado y don Casimiro Hoyos natural de aquella villa, quienes sedujeron y sublevaron la guarnición el 2 de Enero de ese año, redujeron á prisión á los españoles europeos que habitaban en el lugar; y con gran pompa y solemnidad proclamaron la Indenpendencia de la imperial villa,

Desgraciadamente la mayoría de la población de Potosí, y en especial su numerosa indiada no tomaron parte en favor del movimiento indicado; y como sus promotores se hallaban en la imposibilidad de ser auxiliados por ningún cuerpo patriota, pronto cayeron sobre ellos fuerzas realistas que salieron casi simultáneamente de Chuquisaca, Tupiza y Oruro.

El Brigadier don Rafael Maroto, Comandante General y Pre-

sidente de la provincia de Charcas, fue, el primero que llegó a Potosí el 12 de Enero con trescientos infantes y cien jinetes; y después de un tiroteo de corta duración derrotó a los patriotas que le hicieron frente; siendo apresados los principales autores de la revolución, juzgados sumariamente por una comisión militar y pasados por las armas.

Al día siguiente del fácil triunfo de Maroto, entró en Potosí el Brigadier Olañeta con un destacamento de las tropas que mandaba; y casi en seguida llegó á dicha villa el batallón PARTIDARIOS, que había salido de Oruro, á marchas forzadas, sin tener ya nada que hacer contra los que se habían levantado en armas contra el Régimen Peninsular.

Con la venida a Potosí del Brigadier don Antonio María Alvarez, nombrado Gobernador Intendente y Comandante General de la provincia de ese nombre, se completó la dispersión de los patriotas mandados por el Teniente Coronel Salgado en aquel territorio.

Habiendo resuelto el Protector San Martín marchar á Guayaquil para tener una entrevista con el Libertador Bolívar, Presidente de Colombia delegó sus poderes civiles y militares al Marqués de Torre Tagle, el cual, en consecuencia, fué nombrado Delegado Supremo el 19 de Enero de 1822. San Martín, para cumplir su propósito, se hizo a la vela en el Callao, con rumbo al Norte, y habiendo tocado en Trujillo el 8 de Febrero del mismo año, supo que Bolívar no se hallaba en el territorio de la presidencia de Quito, por lo cual diferió su entrevista con aquel; y regresó a Lima el 13 de Marzo; pero Torre Tagle conservó su puesto de Delegado Supremo, porque San Martín pensaba siempre ir a Guayaquil para tener la conferencia con Bolívar.

San Martín, en medio de sus preocupaciones políticas, se ocupó, según se recordará, en organizar el ejército peruano y lo consiguió en gran parte. Como las provincias del sur eran las más refractarias a la causa de la revolución, remitió a la ciudad de Ica una división de dos mil trescientos hombres al mando del General don Domingo Tristán, el que fue Gobernador de la Paz, cuando se verificó la primera invasión del ejército argentino al mando del doctor Castelli y del General Balcarce. Las instrucciones de Tristán se redujeron a que, en caso de la proximidad del enemigo, por muy inferior que fuese, se retirase sin combatir, pues su encargo principal era fomentar la insurrección en los pueblos de aquella región y aumentar las fuerzas patriotas con la recluta que en ellos pudiera hacerse. El Coronel don Agustín Gamarra fue nombrado segundo de Tristán para cuidar de la organización de los nuevos cuerpos que debían formarse, para lo cual era muy entendido y capaz.

La división de Tristán, situada en Ica, a sesenta leguas al Sur de Lima en la costa, amenazaba de flanco las provincias de Huancavélica y Huamanga, y podía interponerse entre las posiciones del ejército realista de Jauja y el resto del Perú. Conocedores de esto los Jefes españoles y del considerable aumento que había tenido dicha división, y del que aún podía tener, si se la dejaba continuar tranquilamente

su organización, resolvieron atacarla y destruirla, con tanta más razón, cuanto que gruesos destacamentos de las fuerzas de Tristán alcanzaban a Caravelí, conmoviendo los pueblos y amenazando de frente la provincia de Arequipa.

Hallábase en esta ciudad el General en Jefe del ejército del Alto Perú don Juan Ramírez, y en virtud de instrucciones del Virrey, dispuso que su Jefe de Estado Mayor don Jerónimo Valdés, ascendido ya a Brigadier, marchara con una columna en dirección a Ica para obrar de concierto con otra que desde Huancayo debía salir con el mismo objeto. En efecto, el 26 de Marzo de 1822, se puso en marcha desde Huancayo para Ica, el General Canterac con mil cuatrocientos infantes escogidos, seiscientos buenos jinetes y tres piezas de montaña.

El General Canterac, forzando las jornadas, en cuanto le fue posible, y al cabo de una marcha de más de cincuenta leguas, llegó el 6 de Abril, en las inmediaciones del pueblo del Carmen Alto, a dos leguas y media de Ica. Al anochecer del mismo día, el General realista hizo un movimiento sobre el camino de Pisco, y cortó la retirada del General Tristán, colocándose en la hacienda de "La Macacona", a legua y media de Ica. Ignorando este Jefe el movimiento del enemigo, principió su retirada, y a la una de la madrugada del 7 de Abril de 1822 fue atacado durante su marcha y sus fuerzas se dispersaron, después de haber resistido hasta las tres de la mañana del expresado día. El campo quedó cubierto de cadáveres y heridos, y cayeron en poder de los españoles más de mil soldados prisioneros, cincuenta Jefes y oficiales, cuatro piezas de artillería, dos mil fusiles, todas las cajas de guerra y una imprenta completa y gran número de caballos, mulas y bueyes.

El escuadrón de Granaderos de la Guardia, mandado por el Comandante don Dionisio Marcilla, fue enviado por Canterac a Pisco, y en la madrugada del día 8 de Abril, se encontró en el camino con el escuadrón de lanceros del Perú que avanzaba desde Chunchanga para reforzar a Tristàn. El segundo fue atacado repentina y resueltamente por el primero, y los lanceros patriotas fueron casi todos muertos y hechos prisioneros por los dragones realistas.

En la mañana del referido día 7 de Abril de 1822, las fuerzas de Canterac ocuparon a Ica, y en esta ciudad recogieron a varios soldados patriotas dispersos en la noche anterior, y se entregaron prisioneros dos oficiales y el Teniente Coronel Aldunate, oficial muy distinguido, perteneciente a una de las principales familias de Chile, que se hallaba gravemente herido. El Mayor Gumer, alemàn, fue asesinado, cuando estaba herido, en el campo de batalla por el Coronel español don Mateo Ramírez: la razón alegada para justificar semejante crimen cometido a sangre fría fue la de que Gumer era extranjero.

Canterac envió una división a órdenes del Brigadier Lorija a ocupar a Pisco, donde se apoderó de una gran cantidad de fusiles, sables, municiones y otros efectos almacenados en aquel puerto, y abandonados por los patriotas, que tomaron la vía de

Lima, en cuanto supieron la derrota de las tropas de Tristán en Ica.

Dejando al Brigadier Carratalá con una columna en Ica para mantener expedita la comunicación con el cuartel general realista y con Arequipa, Canterac emprendió su regreso al valle de Jauja con alguna tropa. La restante siguió la misma dirección, tan luego como se incorporó a ella el Brigadíer Lorija conduciendo los prisioneros y un gran convoy.

El Brigadier Valdés llegó al pueblo de Huaitará a tiempo que Canterac arribó a él, a su regreso de Huancayo. Ambos Jefes realistas pernoctaron en aquel pueblo, conferenciando sobre operaciones militares ulteriores.

Valdés en su marcha desde Arequipa había batido las partidas patriotas que se le presentaron en Caravelí, Salamanca y otros puntos; y había obligado al Jefe de Estado Mayor del ejército independiente Coronel don Agustín Gamarra a que se replegase desde Nazca a Ica, donde con Tristán sufrieron la derrota que narramos. El infatigable Valdés marchó en seguida a dirigir personalmente las operaciones contra el famoso Caudillo patriota Lanza en los valles de Yungas, provincia de La Paz, distante más de doscientas ochenta leguas al Sur.

La victoria de Ica obtenida por Canterac fue de funestos resultados para la causa de la Independencia Peruana, porque: paralizó los progresos de las armas patriotas; disipó la idea que hasta entonces se había tenido de la superioridad de las mismas; produjo el mayor desaliento en la masa de la población que gustosamente había prestado su poderosa asistencia al ejército libertador; reanimó visiblemente el espíritu abatído de las tropas reales y de los partidarios del Régimen Peninsular; y proporcionó reemplazos a los cuerpos españoles y más de tres mil fusiles de que tanta necesidad tenían.

En recompensa de los servicios prestados en la campaña sobre Ica, y de otros anteriores, el Virrey La Serna ascendió a Coroneles a don Gabriel Pérez, don Baldomero Espartero, don Cayetano Ameller, don Valentín Ferraz, don Manuel y don Mateo Ramírez, don Tomás Barandalla, don Andrés García Camba y don Ramón Gómez de Bedoya. Antes, el mismo Virrey había conferido el grado de Mariscal de Campo al Brigadier Canterac; y había promovido al de Brigadier a los Coroneles Valdés, La Hera, Lorija y Carratalá.

Las ventajas obtenidas por los realistas después del triunfo de Ica, y el gran contento que con tal motivo tuvieron, se acibararon con la noticia de la Independencia total del Reino de Quito en Pichincha, donde triunfó el benemérito General Antonio José de Sucre contra los tercios reales mandados por el Presidente Aymerich; y con la pérdida de las fragatas españolas PRUEBA y VENGANZA y de la corbeta Alejandro. Vamos a ocuparnos de este último asunto.

Se recordará que en Noviembre de 1820, desaparecieron de las costas del Perú las fragatas de guerra españolas Prueba y Venganza. Se recordará, también, que Lord Cochrane, en Octubre de 1821, disgustado con el Protector San Martín, se hizo a la vela con rumbo al Norte con la fragata O'HIGGINS, la corbe-

ta INDEPENDENCIA y el bergantín Araucano. Llegó a Guayaquil para reparar su maltrecha escuadra, y buscar después a las mencionadas fragatas realistas, a las cuales era muy probable que se hubiese unido la corbeta ALEJANDRO, que, a consecuencia de una contrarrevolución fracasada en la ría de Guayaquil, se había hecho a la mar perseguida por la flotilla patriota.

Lord Cochrane salió de Guayaquil el 1º de Diciembre de 1821, y el 25 de Enero del año siguiente entró en el puerto de Acapulco de Méjico. No habiendo podido adquirir noticias de las fragatas españolas que con tanto tezón perseguía hizo rumbo a las costas de California, con el objeto de proveerse de artículos de guerra. Después de padecimientos indescriptibles en su regreso al Sur, la escuadra del Almirante fondeó el 7 de Marzo de 1822, en el puerto de Atacames de la provincia de Esmeraldas. En este lugar supo Cochrane que el Teniente don Juan de la Cruz Mourgeón, con un cuadro de oficiales y ochocientos hombres de tropa, había desembarco allí, procedente de la Península, dirigiéndose acto continuo a Quito para hacerse cargo de la Presidencia de esta región. Supo, también, que las fragatas PRUEBA y VENGANZA, llegaron a Panamá, poco después de haber salido de este puerto el General Mourgeón, y en circunstancias que el Itsmo había proclamado su Independencia; y aunque los Capitanes de dichos buques habían celebrado una especie de armisticio con la nueva Autoridad de Panamá el Coronel don José Fábrega el momento menos pensado, hicieron rumbo hacia el Sur, y arribaron a la Isla de Puná, habiendo capturado antes la corbeta Alejandro.

Lord Cochrane se hizo a la vela en la misma dirección y fondeó frente a la mencionada Isla el 10 de Marzo de 1822, y allí recibió las noticias que refiere Mr. Stevenson, Secretario del Almirante, en estos términos:

"Supimos, dice, que la PRUEBA Y LA VENGANZA habían estado varios días al ancla a la vista de la Isla; que la ciudad de Guayaquil había enviado diputados para negociar con los dos Capitanes, don José Villegas, de la PRUEBA, y don José Joaquín Soroa, de la VENGANZA; que el 23 de Febrero la VENGANZA y el ALEJANDRO habían entrado en el río de Guayaquil, y que la PRUEBA se había hecho a la vela para el Callao el 25 del mismo mes."

"El Almirante entró tambien en el río, y fondeó en la mañana del 13 de Marzo a la vista de la ciudad, donde encontramos a la VENGANZA con pabellón peruano. Lord Cochrane supo entonces que los Capitanes Villegas y Soroa habían negociado la entrega de las fragatas españolas con los comisionados enviados por don Francisco Salazar, representantes del Perú, en Guayaquil, y que las condiciones habían sido ratificadas el 15 y el 16 de Febrero."

"Las principales de éstas eran: que los oficiales y tripulación de los mencionados buques recibirían del Gobierno Peruano los sueldos que se les debía; que los que quisieran permanecer en América gozarían todos los derechos y privilegios de la ciudadanía, y los que prefiriesen volver a Europa serían transportados por cuenta del Gobierno del Perú."

"Según varios datos recogidos en tierra, resultaba que las negociaciones estuvieron a punto de romperse por la oposición de algunos oficiales y marineros españoles, indignados de la conducta de sus Capitanes, que vendían los buques españoles a los enemigos de la España; pero el Gobierno de Guayaquil usó del subterfugio de publicar que estaba en correspondencia con Lord Cochrane, que se hallaba en la bahía de Manta con la escuadra chilena. Esta estratagema produjo el efecto que se deseaba, y asegurado y convencido el Almirante de que sin el temor de la escuadra chilena, los Capitanes españoles no se habían decidido a entregar los buques, envió el 14 por la mañana al Capitán Crosby a bordo de la VENGANZA, con orden de izar en ella el pabellón de Chile al lado del peruano."

El honorable Prócer don Joaquín Mosquera, nombrado Agente Diplomático de Colombia ante el Gobierno del Perú, que se hallaba en Guayaquil de viaje á esta última República, fue testigo presencial de los hechos que estamos relatando, y los refiere, en carta dirigida al General Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de Colombia, con fecha 25 Marzo de 1822, de la manera que sigue:

"El 13 del corriente se presentó en el río, frente á esta ciudad, el Almirante Cochrane con las fragatas O'HIGGINS y VALDIVIA, y vino a tierra donde fue recibido con aplauso, pero al día siguiente muy temprano mandó oficiales á tomar posesión de la fragata VENGANZA y corbeta ALEJANDRO, enarbolando en la primera la bandera de Chile con la del Perú. Este Gobierno(el de Guayaquil), creyendo que trataba de llevarse ambos buques, le pidió una explicación de su conducta, a la que contestó que como Almirante del Perú debía mandar los buques que pertenecían á aquel Estado. El fundaba esta pretensión en un Decreto antiguo del Protector, en que declaraba reconocer como oficiales del Perú a todos los del ejército y marina de Chile, cuando abrió la campaña sobre el Perú. Entonces este Gobierno le mandó un mensaje con el señor General La Mar, exponiendo que no podía consentir que se sacasen por fuerza los buques que estaban bajo su protección, y el señor La Mar, que se ha conducido con mucha energía, le intimó que antes consentiría que fuese reducida á cenizas la ciudad que permitir que se llevase los buques. El Lord, con la sangre más fría, manifestando mil consideraciones en favor de Guayaquil, y asegurando que no tenía la más pequeña intención hostil, seguía aparejando la VENGANZA, y esto dió lugar á una alarma general; pues el Gobierno le hizo las más serias intimaciones preparándose para romper el fuego. Se montó mucha artillería gruesa sobre toda la orilla del río, y se puso sobre las armas mucho pueblo que manifestó algún entusiasmo"

"Así pasamos en alarmas y contestaciones los días 14, 15, y 16, hasta que el 17 se concluyó con el Almirante el tratado que verá V. E. en el impreso que acompaño."

Las bases de este tratado fueron: que la fragata VENGANZA quedaría, por lo pronto, como perteneciente al Estado de Guayaquil, hasta que los Gobiernos de Chile y el Perú decidieran a cerca de ella lo que tuviesen por conveniente; y que la corbeta EMPERADOR ALEJANDRO, como perteneciente a Colombia, de-

bía entregarse a su propietario, o a su apoderado, que lo era don José Villamil, quedando esa Nación obligada a pagar los sueldos atrasados de la tripulación y los gastos de rescate o salvamento.

Poco después la Junta de Guayaquil entregó la fragata VENGANZA al Gobierno del Perú, y ésta y la fragata PRUEBA, formaron la base de la marina de aquella República, las que tomaron después el nombre de GUAYAS y PROTECTOR.

La pérdida de estas fragatas fue un golpe de gracia para los españoles y de la imponderable importancia para la emancipación de las colonias hispano-americanas. Hablando de este suceso, dice un historiador español:

....."Por aquel extraño medio lograron los disidentes hacerse con dos excelentes fragatas, y pudieron, no solo dar un impulso imponente a sus operaciones militares, invadiendo a su voluntad cualquier punto de tan dilatadas e indefensas costas, sino fomentar con facilidad el alucinamiento en otros pueblos que por su situación carecían de comunicaciones frecuentes con el Gobierno legítimo. (1) ..... Increíble parecía el grado de abatimiento a que la marina militar de España había llegado en aquellos mares, cuando no estaba aún lejana la época en que competía con la de otras naciones, y que siempre había defendido con honor su pabellón, aunque no siempre con fortuna."

El General don Antonio Josè de Sucre, que se encontraba en esta ciudad de Cuenca, de Comandante en Jefe de la División Unida del Sur, para emprender la campaña sobre Quito, recibió por correo extraordinario, la noticia de la entrega de las indicadas fragatas españolas al Gobierno del Perú. Con este motivo, y con fecha 2 de Marzo de 1822, mandó publicar un bando que termina con eslas palabras:

"Este importante acontecimiento que arruina enteramente el poder marítimo de los españoles por esta parte, ha afianzado la seguridad de dos grandes Repúblicas (Colombia y el Perú), cuyas relaciones podrán ahora estrecharse libremente sín este obstáculo, deja expedita nuestra utilísima comunicación con el Atlántico, destruye toda traba y temor al comerciante, y produce otras muchas ventajas, que lo hacen digno de la celebridad y participación al pùblico."

Después de los sucesos que hemos referido, Lord Cochrane zarpó del puerto de Guayaquil, llegó a la bahía del Callao el 25 de Abril de 1822, y pidió que le entregasen La PRUEBA y LA VENGANZA, como presas suyas. El Gobierno peruano le contestó que no tenía derecho a ellas, y se negó a acceder a su petición. Esto produjo algunas contestaciones entre uno y otro; y por último Cochrane hizo rumbo para Chile.

---

(1) La marina española no contó en el Océano Pacífico con otro suceso próspero que el apresamiento del bergantín de guerra patriota el MAIPU, llevado a cabo por el Teniente de navío don Francisco Sevilla; pero este mismo buque según se indicó antes, fue represado por una corbeta de Buenos Aires en las costas del Brasil.

Este célebre marino inglés, que tan heroica y acertadamente capitaneó las fuerzas marítimas patriotas en el Océano Pacífico, tan luego como arribó al puerto de Valparaíso en Junio de 1822, dirigió a la escuadra de su mando la siguiente proclama, que es una síntesis de sus proezas, como Almirante de la armada chilena.

"Los deseos más ardientes de S. E. el Director Supremo están cumplidos, y el pueblo chileno indemnizado de sus sacrificios. El poder marítimo de la España en el Pacifico ha sucumbido y se halla actualmente anonadado. A los constantes esfuerzos de este Estado libre cedieron los buques que siguen: La fragata PRUEBA, de cincuenta cañones; la fragata VENGANZA, de cuarenta y cuatro; la fragata ESMERALDA, de cuarenta y cuatro; la RESOLUCION, treinta y cuatro; la SEBASTIANA, de treinta y cuatro; el bergantín PEZUELA, de diez y ocho; el bergantín Potrillo, de diez y seis; la goleta PROSERPINA; de catorce; la goleta ARANZAZU, diez y nueve lanchas cañoneras, las fragatas mercantes AGUILA y BEGOÑA, armadas en Guayaquil y otros buques empleados en el Callao. Después de haber experimentado toda clase de contrariedades nunca vistas tal vez a bordo de un buque de guerra, me es muy grato anunciar el arribo de la escuadra de Chile al puerto de Valparaíso, que fue su cuna, donde es el objeto de la admiración y de la gratitud de todo el mundo nuevo, por los importantes servicios que ha prestado a la causa de la Libertad y de la Independencia de Chile, del Perú, de Colombia y de Méjico."

Pocos días después, pasó Lord Cochrane a Santiago de Chile, y solicitó licencia para retirarse a la hacienda llamada de Quintero, que el Gobierno de aquella Nación le había adjudicado. En ella residió durante las disensiones civiles que dieron por resultado la abdicación del Director Supremo. Don Bernardo O'Higgins. Allí recibió una comunicación muy satisfactoria del Congreso del Perú, reconociendo sus importantes servicios; y allí, en fin, recibió otra del Emperador del Brasil, ofreciéndole el mando de la armada imperial, en cuya virtud salió para Río de Janeiro, el 19 de Enero de 1823.

Reanudemos la narración. Después de la ocupación de Ica por los realistas, las fuerzas patriotas intentaron, por diferentes veces, apoderarse nuevamente de aquella ciudad. El Teniente Coronel Raulet fue el primero que volvió sobre Ica con doscientos jinetes escogidos; y si bien este valiente francés, distinguidísimo en el arma de caballería, penetró en la villa, pronto fue desalojado y obligado a replegarse por el Brigadier español Carratalá.

El Brigadier don Jerónimo Valdés, que según indicamos, se puso en camino para La Paz, después de haberse visto con Canterac en Huaitará llegó a esta provincia, que se hallaba amenazada por las fuerzas del intrépido Caudillo patriota Coronel Lanza. Valdés con la gente que pudo reunir en aquella ciudad y con sendos destacamentos que salieron de Oruro y Cochabamba, marchó rápidamente sobre Lanza, a quién logró alcanzar y derrotar en los escabrosos valles de Yungas; pudien-

do refugiarse este denonado Jefe con un corto resto de sus tropas entre los indios infieles fronterizos.

En estas circunstancias nada favorables a la causa de la Independencia del Perú, el General San Martín consideró necesario tener una entrevista personal con el Libertador de Colombia don Simón Bolívar, para tratar, según algunos historiadores, de tres puntos importantes: de la suerte de Guayaquil, de el modo de propocionar el auxilio ofrecido por Colombia al Perú, y de la forma de gobierno que convenía adoptar en definitiva para la América emancipada.

Según nuestro criterio y el de muchos historiadores, es indudable que el principal objeto del viaje de San Martín a Guayaquil fue para obtener su incorporación al Perú

El Protector se hizo a la vela para Guayaquil en la goleta Motezuma, el 14 de Julio de 1822, no llevando consigo más que algunos Ayudantes de Campo y al francés Mer. Soyez, su Secretario General. El Marqués de Torre Tagle, como Delegado, quedó ejerciendo la Autoridad Suprema en Lima.

San Martín arribó a la ría de Guayaquil el 25 del expresado mes y año, encontrándose con la para él desagradable noticia de que Bolívar le había ganado la partida, obteniendo la incorporación de la importante provincia de Guayaquil a la República de Colombia la Grande, con lo que quedó redondeada aquella Nación, obra del genio, del prestigio y de la espada vencedora del primer Capitán de Sud América. Tal noticia desconcertó, como era natural, al Protector, y no le dejó bien predispuesto para la conferencia que iba a tener.

Al saber el Libertador la llegada inesperada de tan ilustre personaje envió sus edecanes a cumplimentarle, y al Coronel Torres con esta carta:

"Excmo. señor: en este momento hemos tenido la muy satisfactoria sorpresa de saber que V. E. ha llegado a las aguas del Guayaquil. Mi satisfacción está turbada, sin embargo, porque no tendremos tiempo para presentar a V. E. una mínima parte de lo que se debe al Héroe del Sur, al Protector del Perú. Yo ignoro, además, si esta noticia es cierta, no habiendo recibido ninguna comunicación digna de darle fe."

"Me tomo la libertad de dirigir cerca de V. E. a mi Edecán el Señor Coronel Torres, para que tenga la honra de felicitar a V. E. de mi parte y de suplicar a V. E. se sirva devolver a uno de mis Edecanes, participándome para cuando se servirá S. E. honraros en esta ciudad,"

"Yo me siento extraordinariamente agitado del deseo de ver realizada una entrevista que puede contribuir en gran parte al bien de la América Meridional, y que pondrá el colmo a mis más vivas ansias de estrechar con los vínculos de una amistad íntima al Padre de Chile y el Perú."

Al aproximarse al puerto la goleta que conducía a San Martín, en la mañana del 26 de Julio de 1822, pasó Bolívar a bordo de ella, y tuvo la satisfacción de dar un estrecho abrazo al más distinguido de sus colaboradores en la magna obra de la Emancipación de la America del Sur.

"El General San Martín fue recibido en Guayaquil del modo que correspondía a su alto rango y a los grandes servicios que había prestado a la Causa Americana. Durante los dos días que permaneció en la ciudad compartió el tiempo entre los importantes negocios oficiales y las festividades que para celebrar tan fausto acontecimiento improvisó aquel pueblo hospitalario. Todas las Corporaciones de la ciudad se apresuraron a darle la bienvenida, y las señoras, sin cuidarse de la etiqueta, le visitaron y ciñeron su frente con una corona de laurel. Empleó las mañanas en conferencias con el Libertador, y después de la comida en casa de èste, asistieron ambos a los bailes que en su obsequio se dieron En sus conversaciones con el Libertador, tratóse del estado de la América y del mejor modo de llevar la guerra a feliz término. Habíase ajustado hacía poco, un tratado entre los Plenipotenciarios de Colombia y el Perú, por el cual se comprometían ambas Repúblicas a ayudarse recíprocamente, mientras durase la guerra con España; y como la de Colombia había ya terminado, San Martín venía a pedir auxilios al Libertador para dar cima a la del Perú." (Memorias del General O'Leary.—Tomo II.—Narración).

Respecto de los asuntos de que trataron en aquella célebre conferencia los dos ilustres Caudillos, veamos lo que el mismo Bolívar dijo en una carta dirigida a Santander, fechada en Guayaquil, a 29 de Julio de 1822.

"Antes de ayer por la noche partió de aquí el General San Martín, después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas; si se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos. Yo creo que él ha venido para asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva mil ochocientos colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de seiscientos hombres: así recibirá el Perú tres mil hombres de refuerzos por lo menos."

"El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia, intervenir en favor del arreglo de límites, NO MEZCLARSE EN LOS NEGOCIOS DE GUAYAQUIL: una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del Congreso Guayaquil; ha convenido mandar un Diputado por el Perú a tratar de mancomún con nosotros los negocios de España con sus enviados: también ha recomendado a Mourgeón a Chile y Buenos Aires para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro Estado. En fin él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, por que conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Dice que no quiere ser Rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un Príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último creo yo que es PROFORMA. Dice que se retirará a Mendoza porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos."

"No me ha dicho que trajera proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso sólo se ha empeñado mucho en el negocio

de canje de guarniciones y por su parte no hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho."

"Su carácter me ha parecido muy militar, y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a U. le gustan, pero no me parece bastante delicado de los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas. Ultimamente U. conocerá su carácter por la memoria que mando con el Capitán Gómez de nuestras conversaciones, aunque les falta la sal de la crítica que yo debiera poner a cada una de sus frases."……

Algunos historiadores como Sarmiento y Pinto, afirman que Bolívar opuso algunas dificultades a llevar su ejército, mandándolo personalmente, para terminar la campaña del Perú, fundándose en que como Presidente de Colombia no podía ausentarse del territorio de la República; pero San Martín, adivinando su pensamiento, brindóse hidalga y patrióticamente a servir bajo sus órdenes, a ser su segundo, con tal de obtener la Independencia Americana, proposición que el Libertador no aceptó. Como en lo relativo a formas de Gobierno ambos tenían ideas diametralmente opuestas, Bolívar se negó en lo absoluto a convenir en el establecimiento de monarquías en las colonias hispano americanas, propuesto por San Martín.

Por el resultado de la entrevista se comprende que ésta distó mucho de ser cordial; y no podía ser de otra manera, porque las miras de los interlocutores eran tan contrarias como sus caracteres. Bolívar era franco, ingenuo, locuaz, ardiente, generoso, en una palabra, todo espíritu, todo fuego, de quien dijo, en frase lapidaria, el Duque de Manchester, Gobernador de Jamaica al saber su prematura muerte: "The flame has absorved the oil." "La llama ha consumido el aceite": San Martíntranquilo, frío, reservado. Ambos consiguieron el fin que se proponían por medios tan opuestos, como los caminos que les habían llevado a encontrarse en el Ecuador, San Martín, desde las márgenes del Plata, Bolívar desde las riberas del Orinoco. Este creyó ver en San Martín una modestia fingida y falsa; y el primero en Bolívar una ambición desapoderada. Ni uno ni otro se comprendieron, y se separaron reselosos y disgustados.

En las siguientes palabras dirigidas a su amigo don Tomàs Guido, se sintetiza la impresión que el Protector sacó de la conferencia de Guayaquil: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú; he penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. El no excusaría medios, por audaces que fuesen, para penetrar en esta República seguido de sus tropas, y quizás entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo." ("El General San Martín; su retirada del Perú", por Tomás Guido.)

Durante la ausencia del Protector, y en los mismos días en que tenía su célebre conferencia con Bolívar, se verificó una conmoción popular en Lima, que trajo como consecuencia la destitución y destierro del Ministro de Guerra, don Bernardo Monteagudo, que se había hecho odioso a muchos habitantes

de aquella capital, no sólo por su enconada persecución contra los españoles y su altanería, sino también por las medidas de igual clase que había adoptado contra los patriotas que le eran desafectos.

"El 25 de Julio de 1822 se reunió el pueblo en la plaza mayor, y pidió Cabildo Abierto, una sesión pública en el Ayuntamiento, a lo que esta Corporación accedió en seguida. El grito general fue que debía deponerse al Ministro Monteagudo, juzgarlo y hacerle experimentar todo el rigor de las leyes. A las siete de la noche del mismo día el Cabildo dirigió una comunicación al Delegado Supremo, pidiéndole la deposición del Ministro. El Consejo de Estado se reunió, y convencido de la necesidad de separar del Ministerio a Monteagudo le instruyó de lo que pasaba. Entonces, para salvar las apariencias, dió Monteagudo su dimisión, que fue admitida, y el Delegado Supremo contestó al Ayuntamiento, asegurándole que el Ministro sería citado ante una comisión del Consejo de Estado, para responder de su administración, en corformidad de los Estatutos provisionales" (Stevenson--Relación Histórica).

No contenta con esto, la Municipalidad pidió que el Exministro fuese arrestado, hasta que se le llamase a defenderse: y así se efectuó. El 29 de Julio volvió a reunirse el pueblo de Lima, temeroso de que, por el gran ascendiente que Monteagudo tenía sobre Torre Tagle, quedasen burladas sus pretensiones. Con este motivo pidió el Cabildo que el Exministro fuese embarcado secretamente y desterrado siempre del Perú; y el 30 del citado mes, Monteagudo fue conducido al Callao con escolta, y salió a las seis de la mañana con rumbo a Guayaquil.

Don Bernardo Monteagudo fue uno de los principales corifeos de la Revolución en pro de la Independencia Americana. Era escritor elegante aunque amanerado; no tenía las dotes de orador; pero su conversación era fluida y agradable. Distinguióse por su odio profundo a los españoles, contra quienes dictó órdenes severas y hasta inhumanas, cuando desempeñó el cargo de Ministro de Guerra de San Martín; y no tuvo empacho en vanagloriarse de ello, hasta el extremo de estampar, en un folleto titulado "Memoria de los principios políticos que seguí en la administración del Perú," las siguientes frases:

"Cuando el ejército libertador llegó a las costas del Perú, existían en Lima más de diez mil españoles distribuídos en todos los rangos de la sociedad, y por los estados que pasó el Presidente del departamento al Ministerio de Estado, poco antes de mi separación, no llegaban a seiscientos los que quedaban en la Capital. ESTO ES HACER REVOLUCION, porque creer que se puede entablar un nuevo orden de cosas con los mismos elementos que se oponen a él, es una quimera."

De Guayaquil pasó Monteagudo a Quito, y de allí a Ibarra con el objeto de visitar al Libertador, quien, después de los acontecimientos que se verificaron con motivo de la insurrección de los pastusos encabezada por el caudillo realista Benito Boves, se había retirado, en busca de reposo, a una casa de campo situada en las cercanías de aquella ciudad, a orillas del pintoresco lago de Cuicocha. En este lugar le recibió pues Bolívar a

Monteagudo con hospitalidad y cortesanía, sin parar mientes, o no queriendo recordar, que éste se había extrenado, en sus días prósperos, en censurar apasionadamente la administración del Libertador.

Monteagudo residió en Quito hasta 1824, en cuya época volvió al Perú, bajo la garantía y protección de Bolívar; y el año siguiente fue asesinado en Lima.

El Protector llegó a Lima el 19 de Agosto, después de haber sabido en el Callao la destitución de Monteagudo. Esta contrariedad unida a las que hacía tiempo venía sufriendo, le confirmó en la idea que tenía de separarse del mando y de la vida pública. El 21 del mismo mes reasumió el mando supremo; y se empeñó vivamente en la reunión del Congreso del Perú. Instalada la Asamblea el 20 de Septiembre de 1822, con toda pompa, el General San Martín, que vestía el uniforme de General de División, y llevaba la banda bicolor distintivo de su cargo, se acercó a la mesa presidencial, dejó sobre ella la banda, y prenunció un brevísimo discurso haciendo dimisión de todos sus cargos. En seguida se trasladó a la Magdalena, casa de campo situada a inmediaciones de Lima.

El Congreso aprobó una moción del Diputado Colmenares apoyada por el General La Mar y por Olmedo, nombrando a San-Martín Generalísimo del Ejército del Perú. Dos horas después una Comisión del Congreso fue a comunicarle este decreto, y otro, expresándole la gratitud del pueblo peruano. San Martín aceptó el título, pero rehuzó el ejercicio del mando.

La Asamblea, perdida ya toda esperanza, de conseguir que San Martín desistiera de su revolución que era irrevocable, pero admirando su noble proceder, expidió el siguiente Decreto:

"El soberano Congreso Constituyente ha resuleto que S. E. el Generalísimo de las armas del Perú don José de San Martín, se distinga con el dictado de FUNDADOR DE LA LIBERTAD DEL PERU; que conserve el uso de la banda bicolor, distintivo que fue del Supremo Jeje del Estado, que en todo el territorio de la Nación se le hagan los mismos honores que al poder Ejecutivo; que se levante una estatua, poniendo en su pedestal las inscripciones alusivas al objeto que la motiva, concluída que sea la guerra; colocándose entre tanto su busto en la Biblioteca Nacional; que goce del sueldo que anteriormente disfrutaba; y que, a semejanza de Washington, se le asigne una pensión vitalicia, cuyo arreglo se ha pasado a una comisión."

El sabio y elocuente Luna Pizarro, natural de Arequipa, que se había distinguido por la firmeza política de su carácter, fue elegido Presidente del Congreso, y como tal firmó el Decreto que precede.

El General don José de San Martín se embarcó en el Callao, con rumbo a Valparaíso, despidiéndose del Perú, con una sentida proclama, cuyos tèrminos son los que siguen.

"Presencié la declaración de la Independencia de los Estados de Chile y el Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas; y he dejado

de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra."

"Mis promesas para con los pueblos en que ha hecho la guerra están cumplidas: hacer su Independencia y dejar a su voluntad la elección de sus Gobiernos."

"La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible a los Estados que de nuevo se constituyen; por otra parte, ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular, Y NO MAS."

"En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo."

"Peruanos: os dejo establecida la Representación Nacional: si depositais en ella una entera confianza, contad el triunfo; si no la anarquía os va a devorar."

"Que el acierto presida vuestros destinos y que éstos os colmen de felicidad y paz.--José de San Martín—Pueblo Libre y Septiembre 20 de 1822."

De esta manera terminó su vida pública el benemérito General don José de San Martín, cuya conducta ha sido muy aplaudida. Sus conciudadanos vieron grandeza de alma y verdadero patriotismo en el acto de desprenderse del poder supremo y retirarse a la vida privada.

Como el General San Martín prestó eminentes servicios a la causa de la Independencia del Nuevo Mundo, justo es que completemos los datos biógraficos de tan ilustre Prócer

San Martín permaneció pocos días en Santiago de Chile, atravesó uego en una mula los Andes, fue a Buenos Aires y de allí pasó a establecerse en una hacienda de su propiedad cerca de Mendoza. Habiendo tenido la desgracia de perder a su esposa llena de gracias y atractivos, a fines de 1822, abandonó su patria y se embarcó para Londres, donde residió diez y seis meses. Después pasó a Bruselas para completar la educación de una preciosa y única hija que le había quedado. Fue por tercera vez a Inglaterra y de allí, en el puerto de Falmouth, se hizo a la vela para la Argentina, llegando a Buenos Aires en Enero de 1829. Como un partido revolucionario quisiera elegirle por Jefe, regresó de nuevo a Europa, para no fomentar la anarquía y las luchas intestinas que devoraban a su querida patria. Estableciόse en Francia, y en una casa de campo, en Boulogne, rindió la jornada de la vida, el 17 de Agosto de 1850, a los setenta y dos años de edad, el gran Prócer, Don José de San Martín, que dió la Independencia a Chile y enarboló el primero el estandarte de la Libertad en el Perú.

El General O'Leary, en la parte histórica de sus "Memorias", refiere la siguiente anécdota relativa a San Martín: "En 1812 regresó a Buenos Aires en compañía de Alvear; durante el viaje los dos amigos solían disputar sobre asuntos políticos y sus discusiones terminaban siempre con chanzas amistosas." "San Martín, decíale Alvear, U. nunca será más que un buen sargento", "Y U., Alvear, será ahorcado un día de éstos", replicaba San

Martín. Corriendo el tiempo, éste llegó a ser un héroe, y su predicción respecto a Alvear estuvo a punto de verificarse."

Miller que fue subalterno, amigo y que conoció, por lo mismo, muy de cerca al Protector del Perú, hace de él la descripción que sigue:

"San Martín es alto, grueso, bien hecho y de formas marcadas; rostro interesante, moreno, y ojos negros, rasgados y penetrantes. Sus maneras son dignas, naturales, amistosas, sumamente francas, y que disponen infinito a su favor. Su conversación es animada, fina e insinuante, como la de un hombre de mundo y de buen trato. Las amistades que contrae son sinceras y duraderas; sus costumbres son sencillas, poco dispendiosas y sin ostentación, pero nobles y generosas. Escribe bien su idioma y habla muy bien el francés. Aunque ha tenido enemigos políticos, siempre fue personalmente popular; y aun cuando su ejército pesaba demasiado sobre los recursos de una provincia, los habitantes hablaban de él con respeto y entusiasmo. Tanto en la formación del Gobierno del Perú, como en las épocas anteriores, manifestó lo profundo de su juicio y discernimiento, eligiendo hombres de talentos distinguidos como Jonte, Monteagudo, Guido, García del Río y otros."

Con la partida de San Martín, inicióse una serie de contratiempos en la guerra, así como en la marcha política del Gobierno, y casi dieron al traste con la Causa de la Independencia en el antiguo territorio de los Incas.

En sustitución del Protector, el Congreso de Lima nombró una Junta de Gobierno, compuesta del General don José de La Mar, natural de Cuenca del Ecuador, como Presidente, de don Felipe Antonio Alvarado, argentino, y del Conde de Vista-Florida, peruano.

El 25 de Septiembre de 1822 prestaron el juramento de obediencia y fidelidad al Congreso, todos los cuerpos peruanos existentes en Lima. Para este acto tan solemne formaron en gran parada en el camino del Callao, e hicieron el saludo y descargas de ordenanza.

La Junta Gubernativa se apresuró poner en ejecución los proyectos anteriormente ideados por San Martín, siendo uno de ellos enviar una fuerte división a los Puertos Intermedios, para que desembarcando en uno de ellos, se apoderase del Alto Perú, batiendo en detalle las fuerzas realistas que se encontraban diseminadas, a grandes distancias en aquel vasto territorio.

Después de mil retardos por la falta de fondos necesarios, y de algunos altercados entre el General en Jefe y la Junta de Gobierno, las tropas expedicionarias se embarcaron en ocho transportes en el Callao.

La expedición se componía: del primer batallón de la Legión Peruana, a órdenes del Coronel Miller; de los batallones chilenos número 4º, cuyo Jefe era el Teniente Coronel Sánchez; número 5º, y de la artillería servida por cien hombres; y de los siguientes cuerpos de Buenos Aires: batallón número 11º, mandado por el Teniente Coronel Deza, regimiento del Río de la Plata, a las órdenes del Coronel Correa, y del regimiento de Granaderos a Caballo mandado por el Teniente Coronel Lavalle, el

UNIVERSIDAD DE CUENCA
BIBLIOTECA
"Juan Bta. Vázquez"

vencedor en la acción de Riobamba o Tapi. Toda la división ascendía a tres mil ochocientos cincuenta y nueve hombres; siendo su General en Jefe Don Rudesindo Alvarado, hermano del miembro de la Junta, y Jefe de Estado Mayor el Coronel don Fracisco Antonio Pinto.

Cuatro mil hombres, incluyendo mil doscientos colombianos, quedaron en el departamento de Lima, a las órdenes del General Arenales, con el objeto de avanzar sobre Jauja y amenazar a los realistas en aquel valle, para evitar que destacasen fuerzas hacía el Sur contra Alvarado, de quien se esperaba que no hallaría dificultad en tomar posesión de las importantes provincias del Alto Perú.

Del 27 de Noviembre al 3 de Diciembre de 1822 fueron desembarcando sucesivamente en el puerto de Arica las tropas independientes, después de una travesía que duró cerca de dos meses por varios contratiempos que durante ella tuvieron. Ciento cincuenta expedicionarios desembarcaron en Iquique y pasaron a Tarapacá para operar en las provincias inmediatas y observar los movimtentos de Olañeta en el Alto Perú.

El Virrey La Serna tenía en aquella época, cinco mil hombres en el valle de Jauja, a las órdenes de Canterac; tres mil, a las de Valdés en la costa o inmediaciones de los Puertos Intermedios, y otros tantos, con Olañeta a la cabeza, en las cercanías de Potosí; y unos cuantos destacamentos y cuadros de batallones en el Cuzco, La Paz y otros lugares.

El plan de operaciones de los patriotas para la campaña que iban a abrir parecía excelente y de éxito favorable, porque, como lo indicamos, las divisiones realistas estaban muy distantes unas de otras, y tan diseminadas en uno de los países más quebrados del mundo, que parecía muy fácil atacarlas y destruirlas separadamente.

El Virrey La Serna, sabedor del movimiento del ejército patriota pudo tomar las medidas necesarias para impedir que éste consiguiese o realizase su bien meditado proyecto. Ordenó, en consecuencia, que el Brigadier Valdés se trasladase con toda diligencia a Arequipa para encargarse del mando de las tropas que en ella había; pues, debe saberse que el Teniente General don Juan Ramírez y Orozco, General en Jefe del ejército del Alto Perú, habiendo obtenido permiso para trasladarse a la Península, se había embarcado en la caleta de Quilca, dejando vacante aquel puesto, que lo ocupó el mentado Valdés. Constaban aquellas tropas de los batallones Gerona y Centro, de cinco escuadrones y alguna artillería. El Coronel García Camba fue nombrado Jefe de Estado Mayor de esta división, la que marchó a la costa de Tacna.

Dispuso, igualmente, La Serna, que desde el valle de Jauja fuesen hacia el Cuzco dos batallones y dos escuadrones a las órdenes del Brigadier Monet; pero el General Canterac, que, según la expresión de un historiador, ambicionaba estar en todas partes donde hubiera mayor riesgo, contra la voluntad del Virrey, se puso al frente de estas tropas, aumentándolas con dos escuadrones más dejando en el valle de Jauja al Brigadier Loriga con el resto de la división que mandaba dicho General. Previno,

por último el Virrey que el Brigadier Olañeta marchase desde Oruro sobre Tarapacá para atacar a la columna patriota que allí existía.

Las fuerzas del General Alvarado desembarcadas en Arica ascendían a tres mil quinientos hombres; pero como permanecieron en la inacción, los realistas tuvieron tiempo sobrado para retirar de las comarcas inmediatas toda clase de auxilios, a excepción de aquellos que pudieron ocultar los patriotas del país. Valdés con menos de tres mil hombres ocupaba en escalones los valles de Moquehua, Locumba y Sama, teniendo un piquete avanzado en Tacna, mientras que Canterac y Olañeta estaban separados de aquel, y cada uno en diferentes lugares, por una distancia de más de ciento cincuenta leguas. El partido que en tales circunstancias debía adoptar el General Alvarado era el de avanzar resueltamente contra el enemigo que tenía a su frente, antes de que se verificase la reunión de las fuerzas reales; y a ello le instaban el Coronel Miller y otros Jefes independientes.

Incomodado Alvarado por tales instancias hechas tal vez de una manera impropia, tuvo un disgusto con Miller, quien trató de reembarcarse para volver a Lima; pero tuvieron una entrevista, en la que se convino que este Jefe con la compañía de cazadores de la Legión Peruana se hiciese a la vela con rumbo al Norte, con orden de aterrizar en la costa de Camaná, y llamar la atención de Canterac y Carratalá, o en todo evento, atraer una parte de sus fuerzas. Así lo verificó el Coronel Miller, en la noche del 21 de Diciembre de 1822.

El 24 del mismo mes ocuparon, al fin, a Tacna el regimiento del Río de la Plata y el de Granaderos a Caballo, a las órdenes del Coronel Correa.

El activo Valdés estaba en el valle de Sama con cuatrocientos infantes y otros tantos jinetes y dos piezas de campaña, esperando una oportunidad favorable para dar un golpe de mano a los patriotas. Habiendo recibido noticias de que las fuerzas de Alvarado existentes en Tacna no pasaban de mil hombres, salió Valdés con su división de Sama, a las 4 de la tarde del 31 de Diciembre, para sorprenderlas aquella noche; pero se perdió durante ella y anduvo vagando por una y otra parte, de manera que no pudo llegar a la vista de Tacna, hasta después de haber amanecido, o sea, el 1º de Enero de 1823.

El Jefe realista, en vez de encontrar ocupada dicha villa, solo por mil hombres, como él, engañado, suponía, vió que le salían al encuentro no solo la división de Correa, sino también el batallón de la Legión Peruana y el número 11 que habían sido enviados para reforzar a aquella, con el General don Enrique Martínez, quien, como de mayor graduación, tomó el mando de todas las tropas.

La situación de Valdés era sumamente crítica: su gente y sus caballos estaban demasiado fatigados para atravesar nuevamente el desierto, carecía de fuerzas suficientes para arriesgar un ataque; y no podía permanecer en los ardientes arenales en que se hallaban. Su pérdida y completa destrucción parecían irremediables; y sin embargo, Valdés audaz y valientísimo como

era, logró retirarse primero a Calana, pequeño lugar distante dos leguas al Oriente, y después a Puchia, haciendo frente a las fuerzas patriotas, siendo muy poco molestado por éstas.

"Parece que Martínez se creyó tan seguro de hacer prisionero a Valdés, que no consideró necesario hacer un serio ataque contra sus fatigadas tropas, las cuales descansaron ocho horas para reponerse de su cansancio, y después continuaron su marcha a Torata, catorce leguas de Tacna. El General en Jefe Alvarado no se había aun movido a este tiempo de Arica. Valdés, que después ha confesado que lo consideró todo perdido, aseguró que su pérdida había ascendido solo a trece hombres entre muertos, heridos y extraviados." (Memorias del General Miller).

El 13 de Enero todo el ejército patriota se hallaba acantonado en Locumba. El Coronel don Cayetano Ameller, Jefe de la vanguardia realista, suponiendo que Locumba estaba ocupado sólo por doscientos o trescientos patriotas, se adelanto con cuatrocientos hombres con la esperanza de sorprenderlos. Al amanecer del 14 de Enero, se encontró Ameller, con gran sorpresa, bajo el tiro de cañón de todo el ejército de Alvarado, y tuvo inmediatamente que replegarse cuanto pudo a las alturas de Candarave. Alvarado envió en su seguimiento un batallón de infantería y un escuadrón de caballería; pero no le molestaron mucho, porque Ameller verificó su retirada a Moquehua por un camino tortuoso.

"Es singular, dice Miller, que Ameller hiciese un movimiento tan arrojado sobre Locumba, precisamente igual al de Valdés sobre Tacna, ambos originados por falta de exactas noticias, y nada puede probar más claramente el incorruptible patriotismo de los habitantes de aquellos distritos. No es menos singular que hubiesen permitido escapar a ambos de tan extraña manera, pues aunque puede llamárseles con grande justicia los dos mejores y más emprendedores Oficiales al servicio realista, las probabilidades estaban de tal modo contra ellos, que nada sino la inercia e irresolución de Martínez y de Alvarado pudieron salvarlos del compromiso en que se vieron."

El ejército patriota llegó a las cercanías de Moquehua, e hizo alto casi a tiro de la división de Valdés ya reunida y acampada en unas alturas inmediatas. En la mañana del 19 de Enero de 1823, avanzaron las tropas de Alvarado; y el Jefe realista principió a retirarse, disputando palmo a palmo el terreno, a las alturas de Torata, donde a las tres y media de la tarde llegó el General Canterac que había hecho marchas forzadas desde Puno, acompañado de un pequeño destacamento de caballería, habiendo quedado el resto de su división algunas millas a retaguardia.

Cuantos esfuerzos hizo Alvarado para desalojar a los realistas de la fuerte posición que habían tomado, resultaron infructuosos. Entonces Valdés y Canterac, de cuya división había llegado una parte, se convirtieron, a su vez en agresores. La acción fue reñida y cruenta: el regimiento del Río de la Plata manifestó gran falta de disciplina; pero la Legión Peruana y el batallón número 4º de Chile se portaron heroicamente. Con todo los pa-

triotas fueron batidos; y el General Alvarado se retiró, durante la noche, sobre Moquehua, cinco leguas a retaguardia.

Allí hizo alto con su natural indecisión hasta el 21 de Enero de 1823, mientras que reunidos a la división de Valdés los batallones Cantabria y Burgos, la caballería y artillería de Canterac avanzaron sobre Moquehua, donde hallaron a Alvarado que se había situado en una fuerte posición; y ocurrió una segunda batalla, tan reñida y sangrienta como la primera, cuyo resultado fue una completa derrota del ejército libertador. Según los partes oficiales de los realistas, éstos perdieron en las dos acciones de Torata y Moquehua ciento cincuenta muertos y doscientos cincuenta heridos, incluyéndose en este número el Brigadier Valdés, que sufrió una fuerte contusión, con motivo de que le mataron dos caballos en la última batalla. Los que más se distinguieron en estos combates, entre los Jefes españoles, fueron Valdés, Ameller y el Coronel Baldomero Espartero, futuro Regente del Reino de España.

Alvarado, Martínez, Correa y Pinto huyeron al puerto de Ilo, y se embarcaron con menos de mil fugitivos. El primero pudo únicamente conseguir que unos trescientos de éstos le acompañasen a Iquique, donde había quedado el cuadro del batallón número 2º.

Al llegar Alvarado a este puerto, supo que las tropas de Olañeta, que habían avanzado desde Potosí a la costa, habían obligado a dicha columna a embarcarse. Alvarado envió a tierra la mayor parte de la gente que le acompañaba, en la suposición de que Olañeta se había retirado de Iquique, pero éste, dando la vuelta, había escondido sus soldados en el pueblo. Al llegar los patriotas, salieron de su emboscada, y todos fueron muertos o prisioneros. Desgraciado en todas partes, y en cuanto emprendía, dice Miller, Alvarado dió la vela para Lima.

El mismo Miller hace la siguiente semblanza de este General: "Alvarado es un caballero amable, muy instruído, sumamente cortés, y de modales que disponen altamente a su favor. Desde el principio de la Revolución siempre estuvo empleado; pero aunque animado del más puro patriotismo y de las mejores intenciones, este hombre benemérito fue singularmente desgraciado como soldado."

Dos jòvenes peruanos el Teniente Coronel don Pedro de La Rosa y el Mayor Tarramona, se distinguieron sobre manera en la desastroza campaña que acabamos de relatar. Anbos eran amigos íntimos e inseparables; ambos se pasaron al servicio de la Independencia, después de haber sido cadetes en un mismo regimiento realista; y los dos mandaban sendas compañías en la Legión Peruana, muy poco después de su formación.

Hablando de estos mancebos, dice Miller: "Su conducta en la batalla de Torata fue igualmente heroica: ambos adelantaron al frente de su batallón,' a bastante distancia del tiro de fusil de línea enemiga, y La Rosa les gritó: "Aquí están La Rosa y Tarramona, cadetes que fueron en el ejército real, pero que en el día sirven en la Legión Peruana, y que nada desean con tanta

ansia como batirse por su patria. Venid, españoles, venid y probad el valor de la Legión." La Rosa y Tarramona se retiraron ilesos en medio de un diluvio de balas de fusil. El desprecio que estos oficiales manifestaron al peligro, inspiró a sus soldados un entusiástico valor, y el batallón rechazó diferentes cargas sucesivas, y no se retiró hasta que quedó reducido a la cuarta parte de su fuerza. La Rosa condujo la retirada con tanta destreza como serenidad; pero, desgraciadamente, èl y su amigo Tarramona fueron muertos al mismo tiempo en Iquique, los dos en la temprana edad de veintidós años, y ambos fueron enterrados en un mismo sepulcro."

Para perpetuar la memoria del Comandante La Rosa, se expidió un Decreto de honores fúnebres, semejante al que dictó el Libertador Bolívar para inmortalizar a nuestro conterráneo Abdón Calderón que murió heroicamente en Pichincha.

Al tratar de este asunto, dice Miller: "El Gobierno Peruano decretó que el nombre del Teniente Coronel La Rosa se conservase en la plana mayor de la Legión, y que cuando el Comisario le nombrara en las revistas, el batallón pusiese armas a la funerala, y el Ayudante contestase: MUERTO GLORIOSAMENTE EN EL CAMPO DE BATALLA. El Gobierno concedió una pensión a la hermana de La Rosa."

Se recordará que el Coronel Miller se embarcó en Arica con la compañía de cazadores de la Legión Peruana, compuesta de ciento veinte hombres con el objeto de llamar la atención del enemigo al Norte de Arequipa. Esta pequeña expedición logró desembarcar en la caleta de Quilca, el 25 de Diciembre de 1822, y a pesar de no haber recibido los auxilios ofrecidos por Alvarado, llenó cumplidamente su cometido. Las operaciones de Miller están sintetizadas en el siguiente artículo publicado en la GACETA de Lima, del 15 de Marzo de 1823:

"El 12 del corriente llegó al puerto del Callao el Coronel de la Legión Peruana, don Guillermo Miller, después de haber llenado de terror al enemigo en cuantas ocasiones tuvo la fortuna de encontralo. Este benemérito Jefe, separado del cuartel general con sólo una compañía de cazadores, ha hecho prodigios de valor y de pericia militar. El avanzó con sólo tres soldados y tres paisanos hasta el valle de Víctor, doce leguas distante de Arequipa, donde, después de la más penosa jornada por quebradas y cerros, batió completamente una partida, haciendo prisioneros al Teniente Coronel Vidal, que la mandaba, y diez dragones. Recorrió con su pequeña fuerza multitud de pueblos, sin que la división enemiga (la de Carratalá), de más de mil hombres, que casi siempre estuvo a su frente, se atreviese a atacarle; antes bien repetidas veces se puso en retirada, temiendo ser destrozada por nuestros valientes. En las inmediaciones de Nazca persiguió, acompañado de muy corto número de soldados, a una partida de cincuenta y seis hombres mandados por el Coronel Olachea; la alcanzó y tomó diez y ocho prisioneros y cantidad considerable de armas de toda especie. El cobarde Olachea logró escaparse en compañía del Subdelegado Rivero, a favor de los buenos caballos que tenían; pero todos sus equi-

pajes quedaron en nuestro poder (1). Precisado, por fin, a embarcarse por una grave enfermedad que le había acometido, y principalmente por haberse perdido en el puerto de Acari la única ancla del bergantín que seguía su marcha y que estaba ya en muy mal estado del mismo modo que los botes, se dirigió al puerto del Callao" (Memorias de Miller).

La campaña del General Alvarado fue tan desastrosa, que cuando los restos de su ejército regresaban por mar a Lima desde los puertos Intermedíos, un transporte que conducía más de trescientos hombres del escuadrón Granaderos a Caballo, se estrelló contra la costa y se hizo pedazos, a doce leguas al Sur de Pisco y a catorce al Oeste de Ica. Todos los soldados llegaron a tierra, pero buscando el camino que conducía al primer lugar, se perdieron en el desierto y vagaron por él, durante treinta y seis horas, en la aflicción más dolorosa y desesperada producida por el cansancio y la sed. El Jefe que mandaba a los náufragos era el Coronel Lavalle, quien fue uno de los que sobrevivió, junto con doscientos más, quedando cerca de cien cadáveres insepultos en aquellos lúgubres e imensos arenales. La salvación de aquellos se debió a que, en cuanto se supo en Pisco el naufragio, salió inmediatamente un regimiento de caballería con agua de repuesto para recoger a los errantes; pero ya muchos de ellos habían perecido víctimas de la fatiga y de la falta de agua, en medio de dolorosas y terribles ansiedades.

Las noticias de los desastres sufridos por el ejército de Alvarado, y la inacción del comandado por Arenales, quien alegaba que no podía operar sobre el valle de Jauja, porque el Gobierno no le propocionaba zapatos ni capotes para los soldados, prendas que consideraba indispensables para atravesar los Andes, produjeron el efecto de excitar un clamor general contra la Junta Gubernativa de Lima, a la que se acusaba de apatía e indecisión, y trajeron como consecuencia la caída del triunvirato.

La Junta Gubernativa, y hasta el General La Mar, su Presidente, fueron objeto de pública censura, y hasta llegó a acusársele a éste de mantener correspondencia secreta con los realistas; pero semejante cargo carecía de fundamento y era una vil calumnia, según lo afirma el historiador O'Leary enemigo de La Mar, de quien dice que era caballero por nacimiento y por educación.

El 26 de Febrero de 1823, los Jefes y oficiales del ejército de observación, que así se llamaba el mandado por Arenales, encabezados por el General Santa Cruz, segundo de aquel, presentaron una exposición al Congreso, pidiendo expresa y terminantemente que nombrase Presidente de la República al Coronel don José de la Riva---Agüero. El Cuerpo Legislativo vaciló, pero, al día siguiente, se reunió el ejército en el Balconcillo, fuera de las murallas de Lima, y de allí, Santa Cruz envió una

(1) En la Gaceta de Lima del 18 de Marzo, el Coronel Miller atribuye el mérito de la acción con Olachea exclusivamente al Capitán Valdivia (Nota tomada de las Memorias de dicho General).

segunda petición al Congreso, exigiendo perentoriamente la proclamación de su amigo Riva-Agüero, como Presidente. Ante esta exigencia armada, la Asamblea Legislativa, como sucede en semejantes casos, se vió obligada a acceder a ella.

Elegido Presidente Riva Agüero y habiéndose retirado repentinamente del ejército el General Arenales y embarcádose para Chile, se confió a Santa Cruz el mando en Jefe del ejército peruano. Gamarra fue nombrado Jefe de Estado Mayor y don Ramón Herrera, Ministro de Guerra.

El Presidente Riva-Agüero desplegó grande actividad; y Santa Cruz, natural de Guarina, pueblo del Alto Perú e hijo de la Cacica Calaumani, de raza indígena, logró poner el ejército en excelente estado, aumentando su número y disciplinándolo. Por primera vez el ejército peruano se vió mandado por un peruano; lo que produjo un sentimiento nacional sumamente provechoso para la Causa de la Independencia.

El 8 de Abril de 1823, Santa Cruz fue ascendido a General de División, y los Coroneles Gamarra, Pinto, Herrera y Miller a Generales de Brigada. Este último retuvo el mando de la Legión Peruana, que tenía cerca de ochocientas plazas.

Los realistas, después que expulsaron a los patriotas de los Puertos Intermedios, concentraron cerca de nueve mil hombres en el valle de Jauja a las órdenes de Canterac; mil quinientos quedaron de guarnición en el departamento de Arequipa, y un número casi igual en Puno, La Paz y otros lugares. La división de Olañeta, de dos a tres mil hombres, estaba en el Alto Perú, y el Virrey La Serna y demàs autoridades en el Cuzco, de donde se enviaba al ejército realista reclutas y recursos de todas clases.

Tal era el estado de las cosas en el Perú, cuando arribaron a Lima las primeras tropas auxiliares colombianas, el futuro vencedor de Ayacucho, y poco después el gran Libertador don Simón Bolívar, para quien estaba reservada la inmarcesible gloria de independizar al Perú, crear a Bolivia y completar la Emancipación del Continente Sud Americano.

Los sucesos que produjeron tan estupendos resultados, serán materia de la tercera parte de esta narración.

PARTE TERCERA

AYACUCHO

La Independencia del Perú bajo la dirección de Bolívar y Sucre.

PAPITULO I.

Mirada retrospectiva a los sucesos de la Presidencia de Quito.—La Revolución de Guayaquil del 9 de Octubre de 1820.—Importancia de este movimiento.—Primer triunfo de los patriotas en Camino Real.—Cuenca proclama su Independencia el 3 de Noviembre de 1820.—Urdaneta es derrotado en Huachi, el 22 de Noviembre del mismo año.—Los patriotas cuencanos son batidos en Verdeloma.—Desastre de Tanizagua.—Mires y Sucre en Guayaquil.—El segundo se hace cargo del Ejército Libertador.—Traición de López y Ollague. —Triunfo de Sucre en Yaguachi.—Segundo combate de Huachi, desfavorable a los republicanos.—Armisticio entre Sucre y Tolrá. —Unidas en Saraguro la división peruana de Santa Cruz con la de Sucre, marchan a Cuenca.—La última campaña.—Glorioso triunfo de Pichincha.—Capitulación de Pasto.—Bolívar en Quito, Guayaquil y Cuenca.—Las insurrecciones de Pasto.

Antes de tratar de los acontecimientos verificados en el Perú, desde la fecha en que llegó a Lima la primera división auxiliar de Colombia. es indispensable dirigir una mirada retrospectiva a los sucesos más notables que tuvieron lugar en la Presidencia de Quito, a contar desde el 9 de Octubre de 1820.

En este día memorable en los Anales de la Independencia Sud-Americana, la ínclita ciudad de Guayaquil, llamada

con razón la PERLA DEL PACÍFICO, lanzó el Grito de Emancipación del Gobierno Español.

Los principales autores de tan trascendental movimiento fueron: don José de Villamil, don José Antepara, el doctor Luis Fernando de Vivero, don Juan Francisco y don Antonio Elizalde, don Francisco de Paula Lavayen y otras personas notables. Tomaron, además, parte activa y principal en la revolución, el segundo Jefe del batallón GRANADEROS DE RESERVA, compuesto de indígenas del Cuzco, Comandante don Gregorio Escobedo, el Capitán don Antonio Farfán, el Teniente don Hilario Alvarez y los demás oficiales y clases de dicho batallón; don José María Peña, uno de los Jefes del cuerpo de milicias PARDOS LIBRES; y el segundo Jefe del escuadrón DAULE, Comandante Tirapegui con los Sargentos Isidro Pavón y Vargas.

Los que desempeñaron el principal papel en la revolución del 9 de Octubre fueron el Sargento Mayor don Miguel Letamendi, el Capitán don Luis de Urdaneta y el de igual grado don León de Febres Cordero, especialmente el último que fue el cerebro y el brazo de ella. Estos jóvenes venezolanos habían sido oficiales del célebre batallón de Numancia, creado por el Jefe realista don José Yáñez en 1813, que estaba acantonado en Lima en 1819. Separados del servicio por sospechas políticas pasaron a Guayaquil; y en este puerto fraguaron, de acuerdo con Villamil y otros Próceres, la rebelión contra el Gobierno colonial.

"Don León de Febres Cordero nació en Altagracia de Maracaibo el 28 de Junio de 1797, hijo del Capitán realista don Bartolomé Febres Cordero y doña Prudencia Oberto. Casó en Guayaquil con doña Isabel Morlás, hija de don Pedro Morlás, Ministro de las Cajas Reales, y murió en Mérida el 6 de Julio de 1872, y la viuda el 9 de Abril del año siguiente en la misma ciudad. Sus hijos León, Amalia, Agripina y Francisca María solicitaron pensión el 76, 90 y 91, sin resultado, por haber combatido el ilustre Prócer a los bolsheviques federales, y solo el 93 la obtuvieron» (Boletín del Archivo Nacional de Caracas.—Tomo II.—Nº 5º, correspondiente a Marzo de 1924).

Según los datos biográficos publicados en dicha Revista, el General don León de Febres Cordero regresó a Venezuela el año de 1833, de donde no volvió más al Ecuador. De lo dicho se desprende, que aquel Prócer no es el ascendiente de Fracisco de Febres Cordero cuencano que, en la Congregación de los Hermanos Cristianos, se distinguió como sabio humanista, consumado literato y afamado poeta, bajo el humilde nombre del HERMANO MIGUEL, cuyo proceso de beatificación se está instruyendo en la actualidad.

Con lo exunesto redificamos lo que dijimos respecto a que el Hermano Miguel fue nieto del General Febres Cordero, en la página 214 de nuestra obra "Cuenca en Pichincha";

resultando que el abuelo de nuestro conterráneo fue don Joaquín Febres Cordero, hermano de don León.

Como en la mencionada obra referimos detalladamente todo lo concerniente al glorioso movimiento del 9 de Octubre, en ésta, dada su índole y objeto principal, nos limitamos a expresar que dicho movimiento tuvo un feliz resultado mediante audaces y bien combinados GOLPES DE CUARTEL, sin más derramamiento de sangre que el del Comandante don Joaquín Magallar y ocho soldados del escuadrón DAULE. Estos fueron muertos, cuando penetraron en el cuartel el Capitán don Luis de Urdaneta, veinticinco soldados del GRANADEROS de RESERVA y nueve jóvenes guayaquileños, con el objeto de obtener el pronunciamiento de ese escuadrón a favor de la revolución, por haber pretendido contener Magallar con unos pocos soldados la sublevación del cuerpo del cual era Jefe.

Con el triunfo de la revolución se despertó el patriotismo latente en los corazones de todos los guayaquileños, quienes, desde aquella fecha, supieron conservar la ansiada Emancipación, con las armas en la mano, en posteriores sangrientos campos de batalla, sin pasar por los horrores que hubiera traído consigo una PACIFICACION ESPAÑOLA.

"Con esta revolución, dice el historiador doctor don Pedro Fermín Cevallos, Guayaquil privó a la corona de España del único arsenal que tenía en todo lo largo del Pacífico, de los mil quinientos hombres que guarnecían la ciudad, de cuantioso número de pertrechos almacenados para distribuirlo por donde requiriesen las circustancias, de ciento cincuenta mil pesos que había en caja, reservados para Panamá, y en fín de la comunicación de las fuerzas de la Corona acantonadas entre Quito y Pasto. Los patriotas de la sierra pudieron contar desde entonces con los auxilios pecuniarios de Guayaquil, con esas armas que no pudieron obtener cuando se insurreccionaron en 1809, y con un conducto seguro para comunicarse y entenderse con otros pueblos de América que gozaban ya de Independencia, aunque pendiente todavía de los resultados de la guerra que se mantenía cruda."

Organizada definitivamente una Junta de Gobierno, fueron elegidos para componerla: el doctor don José Joaquín Olmedo. que debía presidirla, el Coronel don Rafael María Jimena y don Francisco María Roca; y para Secretario el doctor don Francisco Marcos.

Inmediatamente salió a campaña una división, con el nombre de PROTECTORA DE QUITO, bajo el mando del Coronel don Luis de Urdaneta. En el punto llamado CAMINO REAL, situado entre Sabaneta y Guaranda, el denonado Coronel don León de Febres Cordero, segundo Jefe de la antedicha división, con dos secciones de ésta, el 9 de Noviembre de 1820, destrozó a bayonetazos y puso en vergonzoza fuga a doscientos ochenta hombres, fuertemente atrincherados en aquel lugar, al mando del Jefe realista Forminaya.

En esta acción de guerra, bautismo de sangre de los patriotas guayaquileños, se distinguió el futuro héroe del Pichincha, el cuencano Abdón Calderón, mereciendo ser ascendido a Teniente, a la edad de diez y seis años, por su brillante comportamiento, a petición del Coronel Urdaneta.

La noticia del movimiento separatista de Guayaquil llegó a Cuenca, mediante oficio dirigido por el Cabildo de aquella ciudad al de ésta, el 15 de Octubre de 1820. Al andar de pocos días, el 3 de Noviembre del mismo año, se dió en Cuenca el grito de Independencia, cuya importancia ha sido desconocida hasta hace algunos años. Este acontecimiento no fue una consecuencia de la Revolución del 9 de Octubre, como lo han creído algunos escritores. Ese suceso memorable fue no solamente patriótico, sino útil, para la causa de la Emancipación de la antigua Presidencia de Quito.

Los patriotas cuencanos, que estaban en correspondencia con los de Guayaquil, en varias juntas o conferencias previas que tuvieron, se pusieron manos a la obra, para llevar a cabo su ansiado ideal, el de la Emancipación, en cuanto supieron la fausta noticia de la Revolución de Guayaquil.

Los jóvenes patriotas don Tomás Ordóñez, Teniente de infantería, José Sevilla y otros, sabedores de dicha nueva, fuéronse a la Iglesia de Todos Santos; y aprovechando del gran golpe de gente que salía de ella, después de oir la misa de doce, porque era día Domingo (15 de Octubre), empezaron a comprometer a los individuos que formaban la muchedumbre, a fin de que se trasladasen a la casa consistorial para la celebración de un CABILDO ABIERTO.

Habiendo llegado gran número de personas a la Casa Episcopal, donde vivía el Licenciado don José María Vázquez de Noboa, uno de los principales comprometidos en el movimiento revolucionario que pretendían ponerlo en práctica; y encontrándose también en ella el español don Juan Antonio Jáuregui, éste se opuso tenazmente a la proyectada reunión, increpando ásperamente a Ordóñez; y haciéndole responsable de las consecuencias de la rebelión contra el Gobierno de la Metrópoli. Con la intervención de Jáuregui que hizo salir a la tropa que guarnecía la plaza, y colocar piezas de artillería frente al Palacio Municipal, para impedir la entrada en el salón de sesiones de los diversos grupos de pueblo que se habían congregado, abortó la celebración del Cabildo Abierto.

Entonces los patriotas trataron de realizar otro proyecto para salir avantes en su tenaz propósito de obtener la Independencia de Cuenca. Al efecto, el doctor Joaquín Salazar y Lozano, don Francisco Chica y el Teniente Tomás Ordóñez, cuñado del primero, fueron comisionados por los patriotas para entenderse con el Gobernador don Antonio Díaz y Cruzado, Teniente Coronel graduado y Capitán efectivo del ejército del Perú, a fin de que éste, como primera autoridad de la provincia de Cuenca, proclamase la Independencia,

ofreciéndole que, si aceptaba la propuesta, quedaría el mismo al frente de la Gobernación. Díaz Cruzado accedió a la petición. Más el Comandante militar de la plaza, Coronel don Antonio García Trelles, español de nacimiento y consumado realista por añadidura, sabedor de las miras de Cruzado, le hizo arrestar y conducirle preso a la Casa Consistorial; y a poco con una escolta de veinte hombres le remitió a Quito.

Aunque fracasó, también, esta segunda tentativa, produjo siquiera el benéfico resultado de que, separado Díaz y Cruzado, y ausente el Alcalde de primer voto, recayó la Gobernación, como Alcalde de segundo voto, en el Licenciado don José María Vázquez de Noboa, que de realista fervoroso se había trocado en patriota, y que con el doctor Salazar y Lozano compartía la dirección del movimiento revolucionario.

Después de varias conferencias celebradas en casa de Vázquez de Noboa, se acordó definitivamente prescindir de medidas pacíficas, hacerse de armas, y con ellas batir en forma y de frente a la tropa realista que guarnecía la plaza, para lo cual los patriotas concibieron y ejecutaron un atrevido plan que era el siguiente.

El Gobernador interino mandó publicar el día señalado, que era el Tres de Noviembre de 1820, unas Reales Ordenanzas, por bando solemne, con la respectiva escolta militar. Mientras se leía el dicho BANDO en una de las esquinas de la ciudad, nueve de los conjurados se echaron sobre la escolta y la desarmaron a la fuerza, antes de que pudieran salir de su sorpresa. Esos nueve valientes estaban capitaneados por el Teniente don Tomás Ordóñez, que fue el héroe de la jornada, y en la cual un soldado le atravesó la pierna de un golpe de bayoneta, cuando se hallaba Ordóñez luchando fuertemente con otro soldado para desarmarle. Los otros asaltantes fueron el Escribano don Zenón de San Martín y Landívar, don Vicente Toledo y don Ambrosio Prieto; los nombres de los cinco restantes no hemos podido descubrir con toda exactitud.

Dueños de las armas de la escolta del Bando, los patriotas se replegaron a la plazuela de San Sebastián, en donde reunidos ya a numeroso pueblo, proclamaron la libertad e Independencia de la provincia de Cuenca.

La fuerza con que contaba el Coronel realista García era la de ciento nueve hombres, al mando inmediato del Teniente don Jerónimo Arteaga, los que unidos a la gente que se había colectado el mismo día de la revolución, o sea el 3 de Noviembre, se habían atrincherado en la plaza principal.

No estimando adecuado el primer sitio elegido, trasladáronse los patriotas en gran número de San Sebastián, a pesar del vivo fuego de cañon y fusil de los realistas, al barrio del Vecino, donde establecieron su cuartel general. Dicho barrio que se halla situado al Norte de Cuenca, es un lugar estratégico, tanto porque desde allí se domina a la ciudad, cuanto porque se puede recibir refuerzos de los pueblos de

mayor número de habitantes de la Provincia; como así sucedió en efecto; pues muchos hombres de los lugares circunvecinos acudieron a reforzar a los patriotas.

Y no solamente de las inmediaciones, sino de parrioquias distantes como la de Chuquipata (1), vino el Cura de ella, Maestro don Javier Loyola, A LA ENTRADA DEL VECINO, CON UN COPIOSO NUMERO DE HOMBRES BLANCOS E INDIGENAS ARMADOS, A AUXILIAR AL SEÑOR JOSE NOBOA, Y LUEGO DE ESTA MISMA SUERTE EMGROSADO EL EJERCITO ENTRO EN ESTA PLAZA. (Palabras que se hallan en el Certificado de Civismo dado al Maestro Javier Loyola por el Cabildo de Cuenca en 1825).

Al siguiente día, 4 de Noviembre, continuó el asedio de la plaza; aumentándose más y más la presión sobre las autoridades y fuerzas realistas, aisladas y sin apoyo en la opinión pública, se vieron precisadas a rendir las armas y entregar el Gobierno a la Revolución triunfante.

El 4 de Noviembre de 1820, fue proclamado Jefe de la República de Cuenca, con el título de Jefe Político y Militar el doctor don José María Vázquez de Novoa, natural de la ciudad de Concepción de Chile; el 5 de Noviembre del mismo año se verificó la Jura de la Independencia y se celebró la misa de acción de gracias en la Iglesia Catedral; y el 15 del propio mes se expidió por una Asamblea, cuyos miembros fueron elegidos libremente por todos los pueblos de la Provincia, el PLAN DE GOBIERNO DE LA REPUBLICA DE CUENCA.

Proclamada la Independencia, era necesario sostenerla a todo trance, para lo cual los patriotas cuencanos se aprestaron a la lucha; pues era de temerse que, decidida la campaña en el Norte, entre las fuerzas del Coronel don Luis Urdaneta y las del Presidente de Quito, don Melchor Aymerich, cayesen parte de éstas, en caso de triunfo, sobre Cuenca, para tener una vía expedita al Perú, como así se verificó al andar de poco tiempo.

Urdaneta después del triunfo de CAMINO REAL, avanzó con la división PROTECTORA DE QUITO hasta Ambato. Aymerih, por su parte, hizo salir de Quito con dirección a esta ciudad al afamado escuadrón de caballería llamado DRAGONES DE GRANADA, comandado por el Coronel don Francisco González, de los expedicionarios de Morillo y algunos cuerpos de infantería, poniéndoles a las órdenes de aquel Jefe y del Comandante don Francisco Eugenio Tamariz, español, que después se radicó en Cuenca, y fue tronco de numerosa y distinguida familia.

---

(1) Esta parroquia se se llama hoy LOYOLA, en memoria del Prócer de este nombre, el Maestro don Javier Loyola, que tan eficazmente contribuyó al triunfo de la Revolución del 3 de Noviembre.

Urdaneta cometió el error de no esperar al enemigo dentro de la ciudad de Ambato, para de esta manera inutilizar su poderosa caballería, sino en campo abierto, y se trasladó a una planicie arenosa, situada al S. O., y a poca distancia de la indicada ciudad, denominada Huachi. En este lugar funesto para las armas republicanas del Ecuador, como lo fue el de la Puerta para los patriotas venezolanos, avistáronse los dos ejércitos beligerantes, el día 22 de Noviembre de 1820; y las fuerzas de Urdaneta cedieron el campo a los enemigos, y se declararon en derrota, dejando empapados los arenales de Huachi, con la sangre de seiscientos mártires de la libertad.

Bien hubieran podido los tercios realistas victoriosos en el aciago campo de Huachi caer sobre Guayaquil, pero creyeron más oportuno y práctico atacar a Cuenca, con el objeto de que quedase expedito el único camino que tenían entonces para comunicarse con el Perú, donde el Gobierno español contaba con un ejército numeroso y aguerrido para hacer frente a las tropas de San Martín; y así lo verificaron.

Y vino el 20 de Diciembre de 1820; y en ese funesto día los patriotas cuencanos fueron derrotados en Verdeloma, por las engreídas tropas de González. Ni podía esperarse otro resultado de un choque entre soldados veteranos, como eran los Dragones de Granada, que habían combatido en Bailén, y el improvisado ejército de los patriotas. Estos se batieron con heroico empeño, y solo cuando el campo y la agria pendiente en que tuvo lugar el combate quedaron sembrados de cadáveres, heridos y moribundos, cejaron ante el enemigo.

La Revolución eminentemente popular de Cuenca del 3 de Noviembre de 1820, fue, pues ahogada en torrentes de sangre en el funesto campo de Verdeloma. Pero este movimiento Emancipador fue no sólo patriótico, sino utilísimo para la causa de la Independencia de la antigua Presidencia de Quito. Podemos asegurar imparcialmente que, habiéndose desatado en Verdeloma la tempestad preñada de rayos que aniquiló a las entusiastas, aunque bizoñas e indisciplinadas tropas cuencanas, pudo la libérrima Guayaquil escaparse de ella, o sea, de las consecuencias de la terrible derrota que sus valerosos hijos sufrieron en los arenales de Huachi. Bendito Verdeloma que, aun cuando dió al traste con nuestra Independencia, la dejó subsistir en la noble ciudad de Guayaquil; suceso venturoso que, en no lejano día, permitió a los cuencanos recuperar su perdida y ansiada Libertad.

Después de la derrota de Huachi, y separados del ejército patriota los Coroneles Urdaneta y Febres Cordero, que fueron al Perú a prestar sus servicios a San Martín, confióse el mando de las pocas fuerzas independientes acantonadas en Babahoyo, a don Toribio Luzuriaga, Coronel Mayor de los ejércitos de la Plata y Coronel General de los de Chile, quien según se recordará, vino a Guayaquil en compañía

del Coronel don Tomás Guido; uno y otro enviados por San Martín a este puerto, el segundo con el carácter de Agente Diplomático, y el primero, con el objeto de ofrecer sus servicios a la Junta de Gobierno.

Luzuriaga mandó una fuerza expedicionaria a órdenes del valiente y pundonoroso Coronel Don José García, hijo de Tucumán, en la República Argentina, para que abriese operaciones sobre Guaranda.

El Coronel García cumplió su cometido y se apoderó de aquella ciudad; pero habiendo recibido orden de reconcentrarse con sus fuerzas en Babahoyo, al cumplirla, fue sorprendido y víctima de una emboscada en el lugar denominado Tanizagua por el Cura de Guaranda don Francisco Benavides y por un Comandante Piedra, el día 3 de Enero de 1821. Casi todos los patriotas, encerrados en un círculo de fuego por los realistas, en dicha emboscada cayeron muertos, heridos y prisioneros, siendo de este número García, quien inmediatamente fue fusilado y degollado, siendo remitida su cabeza a Quito. Allí el Presidente Aymerich la hizo colocar en una jaula de hierro y exponerla a la pública exhibición en el puente de Machángara; acto de feroz cobardía propio de los Gobernantes coloniales de aquella época.

Los restos dispersos en la funesta jornada de Tanizagua se reunieron en Babahoyo. Allí pudieron rehacerse los patriotas guayaquileños, porque Aymerich no podía persiguirlos, tanto poque había comenzado la estación lluviosa en la costa, como también porque tenía lo mejor y más granado de sus fuerzas ocupando a Cuenca. Poco tiempo después recibió Guayaquil el auxilio de Colombia.

El Libertador, en cuanto recibió la noticia de la Revolución de Guayaquil, conociendo la gran importancia de ese movimiento, se propuso auxiliarlo. Al efecto fue enviado a dicho Puerto, en calidad de comisionado ante la Junta de Gobierno, el General don José Mires que, aunque español de nacimiento, se había consagrado con entusiasmo al servicio de la causa de la Independencia.

A mediados de Febrero de 1821, llegó el General Mires a Guayaquil, trayendo consigo mil fusiles y otros artículos de guerra. La Junta aceptó agradecida tan oportuno auxilio.

No pudiendo Bolívar venir en persona, como era su deseo, para redimir a la Presidencia de Quito e incorporarla al territorio de Colombia como parte integrante de ésta, dió al General don Antonio José de Sucre, meritísimo cumanés y de imponderables cualidades ya como militar, ya como estadista, la comisión de que viniese a Guayaquil con dos objetos: el de obtener de la Junta de Gobierno el mando en Jefe del ejército patriota; y el de conseguir la incorporación de la Provincia libre de Guayaquil a Colombia.

El 6 de Mayo de 1821 llegó el General Sucre a Guayaquil, donde fue muy bien recibido por el pueblo y por

el Gobierno. Bien pronto se captó Sucre la simpatía y afecto de los guayaquileños, con su porte caballeroso, sus maneras cultas, y su conducta prudente, sagaz y tinosa; de manera que la Junta no tuvo empacho en confiarle a dicho General el mando en Jefe del ejército patriota, que se componía de cuatro batallones organizados en Guayaquil y de los cuerpos auxiliares de Colombia: SANTANDER, GUIAS y ALBION.

Sucre acantonó parte de su ejército en Babahoyo, poniéndolo a las órdenes del Comandante don Nicolás López de Aparicio, hijo de Coro en Venezuela, quien había servido antes a los realistas; y apresado por una guerrilla patriota que obraba en Machachi, no volvió a las filas de Aymerich, después del desastre de Huachi, sino que fue a Guayaquil con su paisano el Coronel Urdaneta; y manifestó que, como americano, quería prestar sus servicios a la causa de la Independencia. Engañada la Junta con esta promesa, al organizarse el nuevo ejército patriota, nombró a López, Jefe del batallón Libertadores, y de segundo al Comandante Bartolomé Salgado. La otra parte del ejército, bajo el personal comando de Sucre se acantonó en Samborondón.

En estas circunstancias, la más negra traición sentó sus reales en la ría de Guayaquil y en Babahoyo, poniendo en inminente riesgo la Causa de la Independencia; pues el ejército de Sucre que se hallaba en Samborondón, quedaba entre dos fuegos, si triunfaban los autores de aquella felonía.

Fue el caso que, en la madrugada del 17 de Julio de 1821, el Teniente de Fragata don Ramón Ollague, puesto de acuerdo de antemano con el Señor Caamaño español y con López que mandaba el ejército de vanguardia en Babahoyo, consiguió sublevar la escuadrilla que se hallaba anclada en la ría de Guayaquil frente a la ciudad.

Inmediatamente el bergantín ANA BOLIVAR, la corbeta ALEJANDRO y diez lanchas cañoneras, que componían la escuadrilla, empezoron a hacer disparos de cañón sobre Guayaquil.

Cundió la alarma en toda la ciudad, y pronto la única guarnición que había en ésta, compuesta de los CIVICOS, la mayor parte CUENCANOS, de los derrotados en Verdeloma, honraron el nombre de DEFENSORES o BATALLON DE HONOR, que también tenían, haciendo brillantemente la defensa de la ciudad.

El traidor Ollague conociendo su impotencia de rendir la plaza, abandonó el puerto, al medio día, en la corbeta ALEJANDRO que sufrió bastantes averías y fue a parar en Panamá.

Por su parte los felones López y Salgado debían sublevar el batallón de vanguardia acantonado en Babahoyo, en cuanto Ollague se hubiese apoderado de Guayaquil con la escuadrilla que se rebeló. Habiendo fracasado la tentativa de éste, y llegada la noticia a Babahoyo, López se resolvió a proceder inmediatamente.

Ordenó que su segundo Salgado hiciera formar todo el batallón LIBERTADORES en la plaza. En seguida López se presentó y dirigió una arenga a los soldados, manifestándoles que eran víctimas del engaño, y que la única causa legítima era la del Rey de España; terminando su perorata con el grito de ¡Viva el Rey!. Los soldados titubean un instante, pero en seguida, casi todos responden: ¡Viva el Rey!, y queda consumada la traición.

El Capitán don Francisco de Paula Lavayen y el Teniente don Ciriaco Robles ambos guayaquileños. en cuanto traslucieron las siniestras miras de López, se embarcaron sigilosamente, el primero en una canoa y el segundo en una BATEA; y llegando a Samborondón comunicaron a Sucre la horrenda felonía que trataban de cometer los Jefes del batallón LIBERTADORES.

Sucre despachó, en el acto, un escuadrón de caballería al mando del Coronel Cestaris y del Comandante Castro en persecución de los traidores. Este último alcanzó en Playas a gran número de rezagados que iban quedando atrás voluntariamente, a los que se agregaron los que se iban separando a medida que avanzaba la columna hacia el interior; de manera que volvieron con Castro algo más de trescientos hombres.

Mientras se verificaban estos acontecimientos en Guayaquil, Aymerich había establecido su cuartel general en Riobamba con un lucido ejército compuesto de más de dos mil hombres; y empezó a moverse por la vía de Guaranda hacia Babahoyo. Al mismo tiempo el Coronel don Francisco González con una división de mil doscientas plazas, compuesta, en gran parte, de reclutas de Cuenca, salió de aquí en los primeros días de Agosto de 1821 y llegó al pueblo de Cañar para tomar la dirección a la costa por el camino de la Quebrada-Honda. Aymerich y González, en combinación y puestos de acuerdo, debían caer en un momento dado sobre el ejército de Sucre, y tal vez aniquilarlo.

Un patriota cuencano, don Miguel del Pino y Jijón, que se hallaba en Cañar, haciendo un viaje rapidísimo a Babahoyo por el indicado camino, vino a salvar a Sucre de la peligrosa situación en que se encontraba, participándole que González avanzaba contra sus fuerzas.

En virtud de esta noticia, y colocado Sucre entre dos divisiones enemigas, la de Aymerich y González, se propuso batir primero a la de éste, que era la más débil, y después a la otra antes de que pudieran reunirse. Así lo verificó, avanzando a Yaguachi, donde derrotó completamente a las fuerzas de González el 19 de Agosto de 1821.

Este Jefe escapó del desastre de Yaguachi con trescientos hombres y fue a parar con ellos en Alausí, de donde regresó nuevamente a Cuenca. La pérdida de los realistas consistió en ciento cincuenta muertos, setenta y nueve heridos y seiscientos prisioneros, entre ellos el Comandante don Fran-

cisco Eugenio Tamariz, español, que después se radicó en Cuenca, fue ascendiente de numerosa y distinguida familia, y llegó a figurar dignamente en la política ecuatoriana, desempeñando, entre otros cargos, el de Ministro de Hacienda del ilustre Presidente don Vicente Rocafuerte.

De los seiscientos prisioneros de Yaguachi, más de cuatrocientos eran cuencanos; y para gloria de Cuenca debemos decir que todos ellos no quisieron ser canjeados, cuando vino a Guayaquil el Teniente Coronel don Francisco Jiménez, comisionado por Aymerich para verificar con Sucre un canje de prisioneros; ingresando después en las filas del ejército que Sucre, después de su tremenda derrota en Huachi, formó y con el que triunfó en Pichincha. Muchos de los prisioneros de Yaguachi, dice el Coronel López Borrero, fueron a morir en Pichincha, Ayacucho y el sitio del Callao, fieles a las banderas de la Patria.

El General Sucre, después del triunfo de Yaguachi, dispuso un movimiento de conversión para caer sobre Aymerich; pero éste que sabía ya la castástrofe de la división de González, retrocedió para la sierra y se puso en cobro en Guaranda, de donde pasó a Riobamba.

El Jefe republicano, por su parte, antes de marchar con el grueso de su ejército en busca del enemigo, despachó al Coronel don Juan Illingworth con trescientos hombres por la vía de Zapotal. Este valiente Jefe cumplió brillantemente su cometido, pues siguiendo ese derrotero entró a Latacunga a fines de Agosto de 1821, y poco después se presentó en los alrededores de Quito, donde había una escasa guarnición.

Sucre con su ejército ocupó a Guaranda y se detuvo algunos días en Guanujo, donde supo que Illingworth se encontraba en las cercanías de Quito. Entonces Sucre marchó por la falda occidental del Chinborazo, con el ánimo de dejar a retaguardia al ejército realista y seguir de largo para esa Capital.

Aymerich que supo este movimiento y la aparición del Coronel Illingworth por Latacunga, salió con su ejército de Riobamba hacia el Norte, y fue a situarse en ese mismo campo de Huachi que, diez meses antes, fue tan aciago para las armas republicanas. Apenas hay diferencia de trescientas metros entre los dos palenques de Huachi, tan funestos para la causa de la Independencia.

El 12 de Septiembre de 1821, se encontraron, por segunda vez, los dos ejércitos, el realista y el republicano, en aquel campo; sufriendo éste una terrible derrota. Ochocientos hombres entre muertos y heridos, cuarenta prisioneros, inclusive el General Mires y casi todo el armamento fueron los trofeos del victorioso Aymerich, a quien le costó muy caro el triunfo, pues perdió más de mil hombres, mayor número que el de los vencidos.

El Coronel Illingworth, que recibió oportuno aviso de Sucre

de la derrota de Huachi, emprendió su retirada con su columna en perfecto orden por el áspero y escabroso camino de Santo Domingo de los Colorados, burlando la persecución del enemigo, llegó a Balzar, después a Daule y por último a Guayaquil. Esta brillante retirada del bizarro Coronel Illingworth es digna de loanza y equivalió a un verdadero triunfo.

El General Sucre, con una contusión en un pie y una pequeña herida en la mano izquierda, en su caballo también herido, se salvó de la hecatombe de Huachi, juntos con los Comandantes Federico Rasch (alemán), Cayetano Cestaris, el Capitán Jordán y cien hombres de tropa. Estos miserables restos, cincuenta derrotados más que pudieron llegar a Guayaquil, la columna de Illingworth y los prisioneros de Yaguachi, en su mayor parte cuencanos, sirvieron de base para formar una nueva división libertadora, la que luego fue aumentada, merced a la constancia y patriotismo de los guayaquileños y con la venida del batallón colombiano PAYA.

Repuesto Aymerich de la pérdida que sufrió su ejército en Huachi, despachó al Coronel don Carlos Tolrá con una división de dos mil quinientos hombres, para que emprendiese nueva campaña contra las tropas de Guayaquil. Tolrá llegó hasta Sabaneta, y conociendo las dificultades de invadir aquella Provincia, invitó al General Sucre a una conferencia. Este, aunque logró reorganizar su ejército, según lo indicamos, no se consideraba con fuerzas suficientes para atacar a Tolrá; y por lo mismo no tuvo inconveniente en aceptar aquella invitación.

Celebróse, en consecuencia, una entrevista entre Sucre y Tolrá, en Babahoyo, el 19 de Noviembre de 1821; y en seguida un armisticio por el cual debía suspenderse toda clase de hostilidades entre las armas españolas y las de Colombia; y como se acercase ya la estación lluviosa, Tolrá con su división se regresó a Riobamba.

Este armisticio, aunque fue reprobado por Bolívar que, por la distancia, no podía estar al tanto de la verdadera situación de Guayaquil, fue utilísimo para Sucre, a quien le quedó sobrado tiempo para poner aquella plaza en un brillante pie de defensa, aumentando y disciplinando el ejército patriota, y aun para emprender una nueva campaña contra el enemigo por distinta ruta, como lo vamos a relatar.

El General Sucre, hablando de este proyecto, en oficio dirigido al Vicepresidente Santander, le dice, con fecha 17 de Diciembre de 1821:

"Todas las consideraciones no me habrían hecho salir de una rigurosa defensiva, si el conocimiento que tengo del país no me convenciese de que absolutamente es menester tomar un punto de la Sierra, antes de que éntre el invierno en su fuerza. **Este punto debe ser Cuenca porque es el que nos dará recursos, es el más defensible, es el más fácil de tomar, sin comprometer seriamente la división,** y es el único en el cual cuento con la

cooperación de la columna de Piura, que fuerte de mil hombres da mucha esperanza. El Señor Coronel Santa Cruz, que manda esta columna, es buen oficial, muy afecto a la República, muy dedicado al servicio, y muy ansioso de concurrir a la campaña de Quito. He mandado al señor Coronel Heres para concertar la operación, y espero saber si el Jefe de Piura lo acepta, y con sus contestaciones, intimar el rompimiento de las hostilidades, a que ya tenemos demasiados derechos y los más justos motivos, con la venida de Cruz Mourgeón que hace cesar el objeto del armisticio."

Efectivamente el Coronel don Tomás Heres fue enviado a Piura, y después de algunas dificultades, consiguió del Gobernador de aquel departamento, General Alvarez de Arenales, que una división a órdenes del Coronel don Andrés de Santa Cruz, compuesta de mil doscientos hombres, marchase por la vía de Loja a cooperar a la libertad de Quito.

El 15 de Enero de 1822, estuvo el Coronel Heres de regreso a Guayaquil; y el 24 y 25 del mismo mes y año empezaron a llegar los cuerpos del ejército patriota en Machala. El 26 se movió de Guayaquil el Cuartel General, y el 28 por la tarde llegó a aquel lugar.

Después de una penosa y larga marcha, desde Machala, llegó la división libertadora a Saraguro el 9 de Febrero de 1822; y en ese lugar se unió con las fuerzas peruanas comandadas por Santa Cruz, que habían recorrido cientos de leguas con ese plausible objeto.

Unidas las dos divisiones continuaron su marcha hacia Cuenca. "Los enemigos, dice Heres, abandonaron a Cuenca sin combatir y se retiraron a Riobamba, y la División Unida entró en esta ciudad el 21 de Febrero de 1822. "*Aquí (en Cuenca) descansó, se vistió lo mejor posible, se aumentó, y también se consiguieron muchas y buenas bestias y el dinero suficiente para pagar lo que se debía y llevar alguna cantidad en cajas.*"

De los auxilios de toda clase que Cuenca prestó al ejército libertador, para la campaña que terminó gloriosamente en Pichincha, tratamos extensamente en nuestra obra "Cuenca en Pichincha." Ahora nos limitaremos a reproducir lo que respecto de ellos dijo Sucre, en carta dirigida a Santander, de esta ciudad, con fecha 5 de Abril de 1822.

" ....Mañana continúan su marcha los cuerpos y yo los sigo en tres días. El 15 nos habremos visto con el enemigo o habremos ocupado a Riobamba, cuyo punto por su posición en el país es importantísimo: *Mi estadía aquí, (Cuenca), cuarenta y cinco días, ha sido muy útil: he reforzado los cuerpos, los he vestido, se han reposado y siempre he molestado al enemigo.* De dos mil infantes que tengo, los mil cuatrocientos son regulares y los demás, así, así. De cuatrocientos caballos, los doscientos son muy buenos jinetes y soldados, aunque no he conseguido muy buenos caballos. Ten-

go, además, en instrucción, quinientos reclutas que se aumentan hasta ochocientos para reemplazos."

Como lo manifiesta Sucre, en la carta que antecede, la salida de los cuerpos de la División Unida Libertadora empezó en los primeros días de Abril; y el General Sucre partió de Cuenca hacia el Norte el 12 de Abril, después que una Asamblea compuesta de las principales personas de la ciudad, acordó aceptar y jurar la Constitución de Colombia, dictada por el Congreso de Cúcuta, el 11 de Abril de 1822; y dejando al Coronel don Tomás Heres, al frente del Gobierno de Cuenca, con amplias facultades.

El 14 del propio mes llegó el Ejército Libertador a Guasuntos, y continuó su marcha hasta colocarse a dos leguas de Riobamba. Entonces las fuerzas realistas, mandadas por el Coronel López, el traidor de Babahoyo, se situaron en las colinas de Santa Cruz para impedir a las tropas de Sucre el paso de la quebrada de San Luis, colocando dos escuadrones en Guaslán. Los DRAGONES colombianos los cargaron, los arrollaron y los obligaron a repasar la quebrada. Como fuese ya tarde, la División Libertadora acampó a la vista del enemigo, a la entrada del pueblo de Punín, en el que se detuvo el día 20 de Abril de 1822, aguardando la artillería que había quedado a retaguardia.

Por impericia de los realistas, contraídos a defender exclusivamente las colinas de Santa Cruz que son de muy difícil acceso, descuidaron el paso de la quebrada llamada Pantús, único por el cual podía atravesarla el Ejército Libertador. En consecuencia la vanguardia de éste, a las diez de la mañana del 21 de Abril de 1822, por un movimiento rápido logró ocupar dicho paso, atravesar la quebrada de San Luis y situarse en un punto estratégico para proteger el tránsito del resto del ejército. Estando al otro lado, Sucre presentó batalla a los realistas, pero no la aceptaron, y abandonando su posición por un movimiento de flanco se retiraron a Riobamba.

Al llegar a esta ciudad, la infantería enemiga la abandonó inmediatamente y la caballería quedó en ella sólo para proteger su retirada. En estas circunstancias, y cuando las casas de la población ocultaban a los realistas, el General Sucre, que no quería perder ocasión de forzarlos a una batalla, dispuso que el bizarro Comandante argentino don Juan Lavalle, con el escuadrón GRANADEROS DEL RIO DE LA PLATA, atravesando la villa de Riobamba, saliese al lado opuesto por detrás de unas pequeñas colinas, y que la infantería siguiera el mismo movimiento, debiendo el Coronel Diego Ibarra con el resto de la caballería marchar por el flanco derecho a la vista del enemigo, con dirección al mismo punto para llamar su atención. El Comandante Lavalle se adelantó a galope con los GRANADEROS, topóse, de repente, a poca distancia de Riobamba, detrás de las colinas, con toda la caballería realista; y entonces un puñado de aguerridos jinetes

de las pampas argentinas hizo morder el polvo, y derrotó a los jinetes españoles en la pampa de Tapi. Contribuyeron eficazmente a este triunfo los DRAGONES de Colombia.

Después de este combate, el General Sucre ocupó a Riobamba el 22 de Abril; y el 30 del mismo mes llegó a Ambato.

Los hechos posteriores de esta campaña y el triunfo espléndido que obtuvo el Ejército Libertador en Pichincha, constan del siguiente parte que dió el General don Antonio José de Sucre de aquella trascendental, legendaria y celebérrima batalla.

"República de Colombia.—Ejército Libertador.—Comandancia General de la División del Sur.

Cuartel General en Quito, a 28 de Mayo de 1822.—12º —Señor Ministro:

"Después de la pequeña victoria de nuestros granaderos y dragones sobre toda la caballería enemiga en Riobamba, ninguna cosa había ocurrido de particular. Los cuerpos de la división se movieron el 28 (de Abril), y llegaron a Latacunga el 2 (de Mayo). Los españoles estaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana y la Viudita. Fue necesario excusarlos, haciendo una marcha sobre su flanco izquierdo; y moviéndose el 13, llegaron el 17 al valle de Chillo (cuatro leguas de la Capital), habiendo dormido y pasado los helados del Cotopaxi. El enemigo pudo penetrar nuestra operación, y ocupó a Quito el mismo día 16 por la noche."

La colina de Puengasí que divide el valle de Chillo de esta ciudad, es de difícil acceso; pero pudimos burlar los puntos del enemigo y pasarla el 20. El 21 bajamos al llano de Turubamba (que es el Ejido de la Capital) y presentamos batalla que creíamos aceptarían los españoles, por la ventaja del terreno en su favor: pero ellos ocupaban posiciones impenetrables; y después de algunas maniobras, fue preciso situar la división en el pueblo de Chillogallo, una milla distante del enemigo. El 22 y 23 los provocamos nuevamente a combate, ydesesperados de conseguirlo, resolvimos marchar por la noche a colocarnos en el Ejido del Norte de la ciudad, que es mejor terreno, y que nos ponía entre Quito y Pasto, adelantando, al efecto, al Señor General Córdova con dos compañías del batallón Magdalena." (1)

"Un escabroso camino nos retardó mucho la marcha;

---

(1) El batallón ALTO MAGDALENA, a órdenes de los valentísimos Coroneles don José María Córdova y don Hermójenes Maza, salió de Cartagena, el 16 de Enero de 1822, llegó en la ría de Guayaquil, y vino a Cuenca por la vía de Naranjal, sufriendo muchas bajas en los Altos de Molleturo. Estas fueron reemplazadas con cuencanos. Dicho batallón llegó a esta ciudad, algunos días después de la salida de la División Libertadora, a la que alcanzó en Latacunga; y tomó parte brillante en la jornada de Pichincha.

pero a las ocho de la mañana del 24 (de Mayo de 1822) llegamos a las alturas del Pichincha que dominan a Quito, dejando muy atrás nuestro parque, cubierto con el batallón ALBION. Mientras las tropas reposaban, la compañía de cazadores de PAYA fue destinada a reconocer las avenidas: seguía luego el batallón TRUJILLO (del Perú) dirigido por el Señor Coronel Santa Cruz, Comandante General de la división del Perú."

"A las nueve y media, dió la compañía de Cazadores con toda la división española que marchaba por nuestra derecha a la posición que teníamos; y roto el fuego se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad llegó el batallón Trujillo, y se comprometió el combate; muy inmediatamente las dos compañías de YAGUACHI reforzaron este batallón, conducido por señor Coronel Morales en persona. El resto de nuestra infantería, a las órdenes del señor General Mires, (1) seguía el movimiento, excepto las dos compañías de MAGDALENA, con que el señor Coronel Córdova marchó a situarse por la espalda del enemigo; pero, encontrando obstáculos invencibles, tuvo que volverse. El batallón Paya pudo estar formado, pero consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos, tuvieron que retirarse, no obstante su brillante comportamiento. El enemigo se adelantó, por consiguiente, algún poco; y como el terreno apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dió orden a PAYA que marchase a bayoneta y lo ejecutó con un brío que hizo perder al enemigo, en el acto, la ventaja que había obtenido; y comprometido nuevamente el fuego, la maleza del terreno permitió que los españoles aún se sostuviesen. El enemigo destacó tres compañías de ARAGON a flanquearnos por la izquierda; y a favor de la espesura del bosque conseguían estar ya sobre la cima, cuando llegaron las compañías de ALBION, que se habían atrasado con el parque, y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido a este cuerpo, puso en completa derrota a los de ARAGON. Entre tanto el señor Coronel Córdova tuvo la orden de relevar a PAYA con las dos compañías del MAGDALENA; y este Jefe, cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable; y desordenando al enemigo y derrotándole, la victoria coronó, a las doce del día, a los soldados de la Libertad. Reforzado esto Jefe con los cazadores de PAYA, con una compañía de YAGUACHI y con las tres de ALBIONA, persiguió a los españoles, entrándose hasta la Capital, y obligando a sus restos a encerrarse en el fuerte del Panecillo."

"Aprovechando de este momento, pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del fuerte y la defensa que permitía aún la ciudad, e intimé verbalmente al General

(1) El General don José Mires, prisionero en el segundo Huachi, logró escapar, unirse con Sucre en Chillo, y tomar parte en la batalla de Pichincha.

Aymerich por medio del Edecán O'Leary, para que se rindiese; y en tanto me puse en marcha con los cuerpos y me situé en los arrabales, destinando antes al señor Coronel Ibarra (que había acompañado en el combate a la infantería) que fuese con nuestra caballería a perseguir a la del enemigo, que observaba se dirigía a Pasto. El General Aymerich ofreció entregarse por una capitulación que fue convenida y ratificada al siguiente día, en los términos que verá V. S. en la copia que tengo el honor de someter a la aprobación de S. E."

"Los resultados de la jornada de Pichincha han sido la ocupación de esta ciudad y sus fuertes el 25 por la tarde, la posesión y tranquilidad de todo el Departamento, y la toma de mil cien prisioneros, catorce piezas de artillería, mil setecientos fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra y cuantos elementos de guerra poseía el ejército español."

"Cuatrocientos cadáveres enemigos y doscientos nuestros han regado con su sangre el campo de batalla: además tenemos ciento noventa heridos de los españoles y ciento cuarenta de los nuestros. Entre los primeros, contamos al Teniente Molina y al Subteniente Mendoza; y entre los segundos, a los Capitanes Cabal, Castro y Alzuru; a los Tenientes Calderón y Ramírez, y a los Subtenientes Borrero y Arango."

"Los cuerpos todos han cumplido su deber: Jefes, Oficiales y tropa se disputaban la gloria del triunfo. El Boletín que dará el Estado Mayor recomandará a los Jefes y subalternos que se han distinguido; y yo cumpliré con el deber de ponerlos en consideración del Gobierno; en tanto *hago una particular memoria de la conducta del Teniente Calderón, que*, habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas, no quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabrá recompensar a su familia los servicios *de este Oficial Heroico.*"

"La caballería española va dispersa y perseguida por el cuerpo del Comandante Cestaris, que antes había yo interpuesto entre Quito y Pasto. El 26 han salido comisionados de ambos gobiernos para intimar la rendición a Pasto, que creo será realizada por el Libertador; otros Oficiales marchan para Esmeraldas y Barbacoas; de manera que, en breve, el reposo y la paz serán los primeros bienes de que gozarán estos países, después que la República les ha dado Independencia y Libertad."

"La división del Sur ha dedicado sus trofeos y laureles al Libertador de Colombia.—Dios guarde a V. S. mucho años —A. J. de Sucre."

Tal fue la batalla de Pichincha que selló la Libertad del Pueblo Ecuatoriano. La única, en los anales de la Historia, Americana que se libró a cuatro mil seiscientos metros de altura y casi a los bordes del cráter de un volcán. En ella tocaron las dianas del triunfo las cornetas y las cajas de guerra fabricadas por el genial cuencano don Gaspar Sangurima.

En ella combatieron los cuencanos prisioneros en la acción de Yaguachi. En ella pelearon, con denuedo, como ochocientos azuayos, incorporados a los cuerpos de la División Colombiana que más se distinguieron en la lucha. En esa homérica jornada, derramó hasta la última gota de su sangre el valentísimo mancebo cuencano don Abdón Calderón, que fue el héroe del Pichincha. Cúpole pues, a Cuenca honrosísimo y glorioso lugar en la campaña y en el subsiguiente legendario combate, en que se selló la Independencia de la antigua Presidencia de Quito.

Es digno de notarse que el país clásico de los volcanes hubiese obtenido su Libertad, en un combate librado en uno de aquellos colosos andinos que TIENEN NIEVE EN SUS CIMAS Y EN SUS ENTRAÑAS FUEGO; y que el Pichincha fuese, como debía serlo, el pedestal de la gloria imperecedera de Sucre, el incomparable Adalid, que acabó para siempre con la tres veces secular dominación Española en las tierras ecuatorianas.

Mientras se verificaban estos sucesos en la Presidencia de Quito, el Libertador don Simón Bolívar, triunfante en Carabobo, dejó al General don José Antonio Paez encargado del sitio de Puerto Cabello, puso en marcha para Bogotá los batallones RIFLES y VENCEDOR y los escuadrones HUSARES y LANCEROS, y se vino a Cúcuta, donde tomó posesión de la Presidencia de la República de Colombia. El Congreso Constituyente reunido en aquella ciudad autorizó a Bolívar para mandar personalmente el ejército. En virtud de esta autorización se separó del ejercicio del Poder Ejecutivo; y después de haber tocado en Bogotá, emprendió su marcha hacia el Sur.

Llegada a Popayán la división compuesta de los cuerpos que mencionamos en el párrafo anterior, bajo el mando del General Manuel Valdés; y unida ésta con la que regía en aquella ciudad el General don Pedro León Torres, asumió el Libertador el mando de General en Jefe de todo el ejército. En seguida emprendió la campaña sobre Pasto, atravesando, sin dificultad, el río Mayo y el correntoso y casi invadeable Juanambú, y fue a dar con el ejército del Coronel realista don Basilio García, que se había situado en la fortísima posición de Cariaco; y allí se libró el 7 de Abril de 1822 la famosa batalla llamada también de Bomboná (1), una de las más sangrientas que registran los Anales de la Guerra de la Independencia Colombiana; en la que Bolívar se declaró vencedor porque quedó dueño del campo, de su artillería y de algunos heridos: pero, como dice un historiador, para conseguirlo fue necesario superar muchos obstáculos, derramar mucha sangre, hacinar cadáver sobre cadáver y ostentar un lujo extraordinario de heroísmo. El resultado estratégico

(1) Una descripción detallada de la batalla de Bomboná puede verse en nuestra obra "Cuenca en Pichincha."

de esa jornada consistió en paralizar las operaciones de una gran fuerza que auxiliando al ejército español de Quito, habría puesto en conflicto al General Sucre.

Después de la batalla de Bomboná, en la que quedaron reducidos a cuadros los bizarros y disciplinados batallones BOGOTA, VARGAS y VENCEDOR, se retiró el Libertador al Trapiche; donde recibió un auxilio de mil ochocientos hombres que le envió el Vicepresidente Santander. Con este refuerzo se movió Bolívar de aquel lugar, y el día 6 de Junio de 1822, encontrándose en Berruecos, se le presentaron los Tenientes Coroneles Pantaleón de Fierro y Miguel Retamal, comisionados por el Gobernador de Pasto, Coronel don Basilio García, para proponerle una capitulación. Este Jefe realista, vivo y astuto, sabía ya la ocupación de Quito, después del triunfo obtenido por Sucre en Pichincha, por cuanto se le había notificado que en la capitulación de aquella ciudad quedaban comprendidas las fuerzas realistas de Pasto. El susodicho Coronel, calculando que el Libertador ignoraba estos sucesos, como así era la verdad, se propuso celebrar unos tratados ventajosos con éste, proponiéndoselos como un acto espontáneo suyo. Bolívar creyó que don Basilio García daba este paso por haberse persuadido de que no podía resistir al Ejército Libertador y recibió gozoso a los referidos comisionados, exclamando: ESTO VALE PARA MI Y ES MAS GLORIOSO QUE UNA BATALLA GANADA.

Celebróse, en consecuencia, un tratado entre los comisionados del Libertador y los del Coronel García, en Berruecos, a 6 de Junio de 1822. En virtud de este convenio o capitulación, quedó incorporado a la República de Colombia todo el territorio de Pasto, ocupado por las armas realistas, concediéndose amplias garantías a los Jefes, Oficiales y tropa del ejército español, como a todos los habitantes de Pasto.

Ratificada esta capitulación, el Libertador entró en Pasto, el 8 de Junio da 1.822, y sus habitantes le recibieron con manifestaciones tales, como si siempre hubieran sido patriotas.

En el largo trayecto desde Pasto hasta Quito, en donde llegó Bolívar el 15 del propio mes y año, fue agazado y objeto de grandes demostraciones de júbilo, simpatia y amor de todos los habitantes de los pueblos del tránsito, sin distinción de personas. La recepción del Libertador en la antigua Capital de los Zhiris fue espléndida. De ésta pasó a Guayaquil, donde hizo su entrada triunfal el jueves, 11 de Julio de 1822, a las cinco de la tarde.

El objeto principal de Bolívar, durante su permanencia en Guayaquil, fue obtener la incorporación de esta importante Provincia a la República de Colombia. Después de vencer algunas dificultades, logró el Libertador su ansiado proyecto, con lo que quedó redondeada aquella gran Nación. En efecto reunida la Asamblea de Representantes de esa Provincia, en Guayaquil, a 31 de Julio de 1822, declaró, por aclamación:

QUE DESDE AQUEL MOMENTO QUEDABA PARA SIEMPRE RESTITUIDA A LA REPUBLICA DE COLOMBIA.

Antes de este acontecimiento, tuvo lugar en Guayaquil la famosa entrevista entre Bolívar y San Martín, de la que tratamos en el capítulo anterior.

El 31 de Agosto de 1822, se despidió de Guayaquil el Libertador por medio de una proclama, dejando al General Bartolomé Salom en el cargo de Intendente de esa Provincia. El 1º de Septiembre de 1822 se embarcó para seguir a Cuenca por la vía de Naranjal; y el 8 del propio mes y año, a las diez de la mañana, hizo su entrada en esta ciudad.

La discripción de esta solemnidad se halla en el "Diario de operaciones del Ejército; y en ella, entre otras cosas, se dice: "El recibimiento se hizo con la mayor pompa; si más hubieran sido las facultades del pueblo, más y mejor habría sido la complacencia en franquearlas....."

El Libertador marchó para Loja, la última provincia meridional de Colombia, el día 4 de Octubre. Estuvo de regreso en Cuenca el 25, y el 30 del mismo mes de 1822, salió de esta ciudad, y llegó a Azogues, donde pernoctó, en viaje para Quito.

Hallándose Bolívar en Cuenca, se dirigió, con fecha 9 de Septiembre, al Gobierno Peruano, ofreciéndole mandar cuatro o cinco mil soldados colombianos; y aconsejándole que debía solicitar igual auxilio del Gobierno de Chile, y aun del de Buenos Aires.

Antes, o sea durante su permanencia en Guayaquil, envió el Libertador los primeros auxilios de tropa, para el Perú. Veamos lo que dice el mismo acerca de esto, en carta escrita a Santander, el 22 de Julio de 1822.

"Ya se embarcó el batallón YAGUACHI, seguirá el de PICHINCHA compuesto del MAGDALENA y PAYA, y he dado además el batallón de CUENCA por las bajas sufridas en la División del Perú. (Habla de la que trajo Santa Cruz para la campaña y batalla de Pichincha)..... "Esta división (se refiere a la auxiliadora) pasó ayer por aquí y fue a embarcarse a los buques de guerra del Perú que trajo el Almirante Blanco Cicerón. Este sujeto es excelente y muy amable, lo mismo me parece el General Salazar. El General, La Mar es de un carácter muy noble y también se va, porque él es Gran Mariscal del Perú, aunque es colombiano de corazón y por nacimiento...."

Mientras los habitantes del Sur de Colombia se entregaban a un justo regocijo por haber obtenido la ansiada Libertad, un suceso de cuenta vino a turbarlo. La rebelde y ultrarealista ciudad de Pasto, no contenta con el nuevo orden de cosas, y alentada por el Teniente Coronel don Benito Boves, pariente del famoso Caudillo del mismo apellido, que asoló el territorio de Venezuela, en los primeros años de la guerra de la Independencia, en esa región, se insurreccionó a fines de Octubre de 1822.

El Genral Sucre, que era Intendente del Departamento de Quito, voló con fuerzas respetables a sofocar la rebelión, antes de que tomara incremento. Los pastusos posesionados del invadeable y correntoso Guáitara, rechazaron en la inaccesible Cuchilla de Taindala, a tres compañías del batallón Rifles, uno de los mejores de la afamada Guardia Colombiana, el día 24 de Noviembre del año indicado.

En vista de este fracaso, Sucre tuvo que engrosar sus tropas con las milicias de Tulcán, Ibarra y Quito; y con este refuerzo, al cabo de un mes, avanzó sobre el Guáitara, con el objeto de atravesarlo por la noche y caer al amanecer del día 22 de Diciemdre sobre el enemigo. Lo tempestuoso y lóbrego de la noche hizo que se frustrase tan audaz proyecto y quedase descubierta la empresa de construir un puente. En consecuencia, fue preciso ponerlo de día, a la vista de los enemigos, como lo verificaron bajo sus fuegos. Al mismo tiempo las compañías segunda y quinta del Rifles los desalojaron de sus estupendas fortificaciones.

El Comandante de este batallón, Coronel Mr. Arturo Sands (irlandés) pidió para sí la honra de tomar la revancha del fracaso que sufrió aquel cuerpo en la Cuchilla de Taindala, un mes antes. Habiéndose accedido a tal petición, las expresadas compañías del Rifles atacaron a los pastusos con tal arrojo y rapidez, que los desconcertaron y derrotaron completamente. Como no se pudiese verificar la persecución de los rebeldes por estar demasiado fatigados los soldados victoriosos, lograron aquellos rehacerse en Yacuanquer, reuniendo mil quinientos hombres.

En este lugar fueron derrotados nuevamente, los pastusos por los batallones Bogotá y Rifles, siendo perseguidos hasta el puente de la Trocha; pero la oscuridad de la noche obligó a los vencedores a retroceder a Yacuanquer, donde pernoctaron, descansando de las fatigas de casi un día de combate.

Al amanecer del 24 de Diciembre de 1822, el General Sucre intimó la rendición de la ciudad de Pasto, y no solo fue rechazada tal pretensión sino que pusieron preso al que había conducido el oficio del caso. Entonces aquel General mandó cargar contra los pastusos, y después de hora y media de combate en las alturas y quebradas que rodean a Pasto, y aun en las mismas calles de esta población, fueron derrotados totalmente; y Sucre ocupó la ciudad desierta; y los vencedores furiosos contra un pueblo tan tenaz, la saquearon.

El General Sucre no consiguió que los moradores de Pasto regresasen a sus hogares, a pesar de sus repetidos llamamientos, ofreciéndoles garantías. El mismo Bolívar que se trasladó a aquella ciudad en los primeros días de Enero, no pudo vencer la rebeldía y tenacidad de los pastusos, sin embargo de que publicó un indulto para cuantos se presentasen dentro de cierto término. Entonces el Libertador dictó las medidas más enérgicas contra aquellos, con las cua-

UNIVERSIDAD DE SAN... BIBLIOTECA ... Vázquez ECUADOR S. A.

les logró medio apaciguar la ciudad; y se regresó a Quito, de donde pasó a Guayaquil para estar a la mira de los sucesos del Perú.

Apenas había transcurrido seis meses de estos sucesos, volvió a insurreccionarse la provincia de Pasto. El Coronel don Juan José Flores estaba de Jefe militar en ella, y, sabiendo que se habían levantado los facciosos capitaneados por un individuo de apellido Enríquez, voló tras ellos y los dispersó. En mala hora, y deseando amedrentarlos, mandó Flores incendiar las casuchas donde se habían refugiado y otras inmediatas y pasar por las armas a veintitrés de los aprehendidos. Estos actos de crueldad enardecieron más los ánimos de los facciosos, y lejos de deponer las armas, las empuñaron con mayor saña y venganza. Flores entonces trató de apaciguarlos, ofreciéndoles cuantas seguridades quisieran, con tal que entregasen las armas y volviesen a sus casas. Los rebeldes convinieron en ello, pero solo de una manera aparente y por ardid; pues luego supo el Coronel Flores que trataban de apoderarse de Pasto, por cuyo motivo pasó a esta ciudad, donde esperaba que sus moradores, mediante el buen tratamiento que se les daba, se irían aficionando paulatinamente a las instituciones republicanas,

Los cálculos del Jefe militar resultaron fallidos. En efecto, el 12 de Junio de 1823, apareció el Jefe realista Agustín Agualongo, con ochocientos hombres, por el lado de Yacuanquer y acampó en Catambuco. El Coronel Flores, con seisientos soldados provistos de buenas armas y municiones, pero reclutas, atacó, en aquel lugar, a los rebeldes; y fue derrotado completamente, a pesar de todo su arrojo y esfuerzos. Flores perdió en el combate ciento cincuenta muertos, trescientos prisioneros, más de quinientos fusiles y la ciudad de Pasto que inmediatamente fue ocupada por el victorioso Agualongo

Enseñoreado este Caudillo de la Provincia de Pasto, organizó un ejército de mil quinientos hombres; y aprovechando de que las tropas veteranas de Colombia se hallaban en el Perú y de la ausencia del Libertador y de Sucre, avanzó con arrojo y audacia hasta la probincia de Imbabura.

En cuanto supo Bolívar esta gravísima noticia, se vino rápidamente de Guayaquil a Quito; y destacó al General Salom con las dos únicas compañías veteranas y alguna caballería que había en la Capital, para contener los avances del invasor; y el mismo Bolívar le siguió con otra columna mandada a traer de Guayaquil y con las milicias de Ambato, Latacunga y Quito.

El Jefe de los rebeldes, Agustín Agualongo, era un indio pastuso de sangre pura, a quien, por sus servicios a la causa realista, se le había elevado a la categoría de Coronel de milicias. Auque ignorante, era Agualongo de buen sentido, audaz y de valor acreditado, y se hizo acreedor a que sus compatriotas le pusieran a la cabeza de la rebelión.

La fortuna y osadía de Agualongo llegaron al extremo de obligar al General Salom, que se había asentado ya al otro lado del río Chota, en el lugar denominado Puntal, a replegarse a Ibarra; y aun tuvo que abandonarla cuando el Jefe pastuso se acercó a esta plaza, que la ocupó el 12 de Julio de 1823.

Unidas las fuerzas del Libertador y las de Salóm en Guaillabamba, ascedieron a mil quinientos hombres. Dividido el ejército en tres cuerpos, uno al mando de Salóm, el otro al del General Barreto, y el último al del famoso Coronel don Hermógenes Maza, Bolívar levantó sus reales, y tomó la vía de Tabacundo, para en seguida tomar la del Abra.

El 17 de Julio de 1823, cayó el ejército del Libertador sobre el de los rebeldes, en circunstancias que éstos no habían tenido siquiera la precaución de colocar centinelas, y de hallarse ocupados en trasladar a su retaguardia las cosas robadas en Ibarra. Agualongo que, al principio, creyó habérselas con alguna corta avanzada, desengañado luego, salió de la ciudad y colocó ventajosamente sus fuerzas a la margen derecha del río TAHUANDO que la baña. Trabado el combate, después de dos horas de resistencia, los pastusos cedieron el campo al Libertador. "Ochocientos hombres tendidos por las calles y afueras de la ciudad, o por el camino de la derrota fueron las víctimas sacrificadas en expiación de su rebeldía y temeridad. No hubo piedad ni con los rendidos ni prisioneros, y Bolívar, por demás irritado contra un pueblo que despreciara su clemencia y seguía aborreciendo a Colombia, obró con vengativa crueldad, como contra enemigos que habían de turbar de nuevo la tranquilidad de la República" (Pedro Fermín Cevallos—Resumen de la Historia del Ecuador).

El ejército victorioso persiguió a los fugitivos pastusos hasta más allá del río Chota, los obligaron á repasar el Guáitara y recuperó la rebelde ciudad de Pasto.

El Libertador se volvió para Guayaquil, preocupado siempre en los asuntos del Perú, que en ese entonces andaban mal, como luego lo veremos.

El General don Bartolomé Salom quedó encargado de la pacificación de la provincia de Pasto; recibiendo al efecto las más severas instrucciones de Bolívar. Aquel General, ejecutó fielmente tales órdenes que pecaban de impolíticas e inhumanas; y empezó, en consecuencia, a perseguir con suma actividad a los facciosos y a castigarlos con crueldad; lo que dió por resultado una nueva rebelión de los pastusos, con el fin de librarse de la muerte o del destierro y de la confiscación de sus bienes.

En efecto, apenas habían transcurrido quince días de la entrada de Salom en Pasto, cuando aparecieron en diversos puntos gruesas guerrillas capitaneadas por el incansable Agualongo y por Estanislao Merchancano. Estos, sin hacer caso de las ofertas de indulto del General colombiano, le atacaron con sus fuerzas que ascendían a mil qunientos hombres, en sus

propios reales; y aunque perdieron ciento once muertos y otros tantos heridos, pronto volvieron a rehacerse en su primitivo campo.

Ofrecióles, nuevamente, Salóm idulto a los caudillos de los pastusos, y éstos, en contestación, le intimaron con arrogancia que les rindiese las armas. Y no pasaron en esto, si no que, ardiendo en deseos de vengar tantos ultrajes y males recibidos, los Caudillos Agualongo y Merchancano con sus valientes hordas atacaron de nuevo al ejército republicano; y el General Salom tuvo que aguantar un asedio de veintiseis días, sosteniendo muchos combates parciales en las calles de la ciudad y en las mismas puertas de los cuarteles, hasta verse forzado a desamparar a Pasto y replegarse al Sur, para lo cual se vió obligado a tomar la dirección opuesta y dar un largo rodeo para lograr su objeto.

En cuanto descubrió Agualongo la retirada de Salom con sus tropas, movióse al acto en su persecución; y habiéndose topado con el Teniente Coronel Farfán (1), Jefe del batallón Yaguachi, que iba a la retaguardia, lo atacó briosamente en Catambuco. El sereno y valiente Farfán no se desconcertó por el gran número de pastusos que le acometieron, sino que les hizo frente y sostuvo una lucha desigual, hasta que vino en su auxilio el Teniente Coronel Martínez Pallares, con el batallón Quito, enviado por Salom, en cuanto supo los conflictos en que se encontraba el Teniente Coronel Farfán. Al incorporarse este cuerpo, Agualongo y los suyos quedaron vencidos, con la pérdida de cosa de ciento setenta hombres.

Después de tantos descalabros, los pastusos consiguieron rehacerse, y en número de mil quinientos penetraron en Pasto, obligando al Coronel don Juan José Flores, Jefe de la guarnición, a refugiarse en Yacuanquer, donde Salom tenía su cuartel general. Muy pronto este mismo Jefe tuvo que cambiar de posición, situándose en Túrquerres, después de haber cortado el puente del Guáitara.

Interminable sería referir detalladamente las continuas rebeliones de los indomables pastusos. Para nuestro objeto

---

(1) Don Antonio Farfán, natural del Cuzco, que después llegó a ser General de la República Ecuatoriana, se radicó en Cuenca, donde contrajo matrimonio con la señora doña Rosa Avílés. Fueron hijos de aquel Prócer: el doctor Antonio Farfán, notable Jurisconsulto, que desempeñó en varias ocasiones el cargo de Ministro de la Corte Superior del Azuay; el doctor Manuel Farfán, distinguido y afamado Médico; y el Teniente Coronel don Francisco Farfán, militar valiente y pundonoroso, que acompañó al Expresidente de la República doctor Antonio Borrero Cortázar, cuando fue desterrado a Colombia por el traidor General Ignacio de Veintemilla, después del triunfo de éste sobre las armas leales, en los aciagos campos de Galte y los Molinos. Las señoritas Asunción y Matilde Farfán, hijas también del General Farfán, viven en la actualidad.

basta apuntar, que el General Mires, que se hizo cargo de la división acantonada en Túquerres, logró forzar el paso del Guáitara, y después que el Coronel Flores que iba a la vanguardia, batió a los rebeldes en Cebadal, las fuerzas republicanas ocuparon a Pasto el 14 de Diciembre de 1823.

Aburrido Mires con el género de guerra que se hacía en aquellos lugares, se vino para Quito, dejando al Coronel Flores al frente del ejército. Desalentado Agualongo por los reveses que había sufrido, marchó hacia Barbacoas con ánimo de posesionarse de esta provincia y sublevarla contra el Gobierno de Colombia; y el 1º de Junio de 1824 entró con cien hombres sorpresivamente en la ciudad. El Teniente Coronel don Tomás Cipriano Mosquera, que la guarnecía con solo cuarenta hombres, la defendió con bizarría y rechazó a los invasores, saliendo herido en el combate con un balazo en la quijada. Agualongo, al retirarse, mandó prender fuego a algunas casas, el que se comunicó a otras y otras, de manera que Barbacoas quedó casi totalmente devorada por las llamas.

Derrotado Agualongo, se determinó volver a Pasto; pero habiéndose propalado la noticia de su desastre y contramarcha, el Teniente Coronel don José María Obando, que hacía de Comandante de la línea del río Mayo, le salió al encuentro, le persiguió y tomó prisionero en junta de otros doce facciosos; solo lograron escapar el cabecilla Angulo con algunos pocos hombres.

El Coronel, don Agustín Agualongo, que tuvo en jaque a las tropas de Colombia, y que midió sus armas con las del mismo Libertador, fue enviado a Popayán, donde, juzgado breve y sumariamente, se le fusiló en unión de otros rebeldes,

Ni la trágica muerte de Agualongo y sus compañeros, ni destierros, ni confiscasiones de bienes de muchos habitantes de Pasto, ni tantos otros ultrajes infligidos a los mismos, pudieron apagar el fuego latente de la insurrección en aquella Provincia. Muy al contrario la memoria de esos actos inhumanos hizo resucitar la causa realista por el mes de Abril de 1825.

El corifeo de esta revuelta fue un clérigo de apellido Benavides, quien ayudado de otros cabecillas, logró reunir como mil hombres al andar de pocos días. Una vez organizados se apoderaron de la línea del río Mayo, sorprendiendo a varios destacamentos. El Coronel don Antonio Farfán, que desempeñaba la Comandancia General en Pasto, y que contaba con setecientos hombres, rechazó y contuvo a los facciosos; y con todo no consiguió que se extinguiera el incendio revolucionario.

El Coronel don Juan José Flores, que se hallaba por entonces, de Comandante General del departamento del Ecuador, al conocer el peligro que corrían las tropas republicanas de Pasto, voló hacia ese lugar con trescientos hombres, el escuadrón de LANCEROS DE VENEZUELA y dos compañías

de milicias de Quito. En Túquerres e Ipiales aumentó sus fuerzas con algunos milicianos, y cubriendo con una parte de ellas uno de los pasos del Guáitara, atravesó con la otra las selvas de Puerras y fue a dar en Chapal. Farfán, al mismo tiempo, ocupó a Telles; y acorralados los faccciosos por todos lados, se situaron en la encumbrada cima del Sucumbio. Allí les acometió Flores por el frente, y Farfán por un flanco. Los facciosos resistieron con firmeza; pero habiendo llegado a tiempo la reserva mandada por el Coronel Mina y el Comandante Klinjer, tuvieron que ceder el campo, y refugiarse en las selvas y montes inmediatos.

Después de este hecho de armas, solo quedaron los cabecillas Benavides y el negro Angulo que tenían algún prestigio y valor; pero como éstos no podían causar mayor inquietud ni daño, puede asegurarse que con la victoria de Sucumbio, terminó aquella larga y cruenta guerra que sostuvieron los impertérritos pastusos para resucitar la muerta causa del Rey de España en aquel territorio.

Es tiempo ya de que volvamos a reanudar el roto hilo de la narración de los acontecimientos realizados en el Perú, en capítulo aparte.

———

CAPITULO II.

Primera División Colombiana enviada al Perú.—Su regreso.—El Presidente Riva.—Agüero envía a Guayaquil al General Portocarrero de Comisionado ante el Libertador para solicitar el auxilio de Colombia.—Bolívar acepta tal petición, y remite al Perú tropas colombianas.—Nombra el mismo de Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno Peruano, al General Antonio José de Sucre.—Acertada elección del Libertador y buena acogida de Sucre en el Perú.—Riva-Agüero despliega dotes de actividad e inteligencia para formar un ejército peruano, que lo pone a las órdenes del General Santa Cruz.—Expedición de éste a los Puertos Intermedios.—El General Canterac con una fuerte división marcha sobre Lima.—Se confía al General Sucre el mando supremo de las tropas.—Lo acepta en fuerza de las circunstancias.—Los patriotas evacuan a Lima y se retiran al Callao.—Entrada de Canterac en Lima.—Bloqueo del Callao.—Desavenencias entre Riva--Agüero y el Congreso.—Se retiran a Trujillo.—Sucre es nombrado Jefe Supremo Militar del Perú.—Canterac evacua a Lima, la que es ocupada nuevamente por el ejército patriota.

Se recordará que la primera división colombiana que envió el Libertador para auxiliar al Perú, se componía del batallón YAGUACHI, del PICHINCHA, que se formó del PAYA y MAGDALENA, y del BATALLON DEL SUR. Esta división mandada por el General de Brigada don Juan Paz del Castillo arribó a Lima por el mes de Agosto de 1822.

Anotaremos de paso que el BATALLON DEL Sur se organizó en Cuenca, con soldados cuencanos, y se le armó en parte con los fusiles dañados que dejó en esta ciudad la división de Sucre cuando marchó a la campaña que terminó en Pichincha, los cuales fueron compuestos por los maestros armeros Pedro Alvarez y Luis Mogrovejo.

Dicho batallón, fuerte de cuatrocientas plazas, y regido por el Teniente Coronel don Francisco Eugenio Tamariz (1), se

(1) El Teniente Coronel Tamariz llevó, cuando fue a Guayaquil, veinte mil pesos erogados por los habitantes de Cuenca, para ponerlos a disposición del Libertador.

trasladó de Cuenca, por la vía de Naranjal, a Guayaquil, de donde, como lo dijimos, pasó al Perú con los otros cuerpos que arriba mencionamos.

El General Paz del Castillo regresó con la división auxiliar colombiana, en los primeros días del año de 1823, porque el Gobierno del Perú mantuvo en un estado de mucho abandono a dicha división; y no quiso acceder a que las bajas que ella tuviera, se llenaran con peruanos, ni tampoco la asistió puntualmente con las pagas y raciones que se la debían.

Según lo dijimos antes, el Coronel don José de la Riva--Agüero, fue nombrado por el Congreso Presidente del Perú el 27 de Febrero de 1823, en virtud de una intimación hecha a esa Asamblea y sostenida por las armas. Uno de los primeros actos del nuevo Presidente fue enviar al General don Mariano Portocarrero, a Guayaquil en calidad de Comisionado, para solicitar del Libertador el auxilio de tropas que él había ofrecido desde su llegada a Cuenca el año anterior, y para darle satisfacciones por la conducta de la Junta Gubernativa de Lima, a la que había subrogado Riva--Agüero.

El General Portocarrero, al presentar sus credenciales, pronunció un discurso, que terminaba con estas palabras: "Este digno Jefe (se refiere a Riva-- Agüero), lo primero a que aspira es a buscar los recursos de que carece, en el héroe de América, en el gran Bolivar, a quien todo elogio es corto, si pensara mensurar sus grandes méritos. A este interesante fin elige mi persona para que sea el órgano por donde se sirva V. E. oir las súplicas del Perú, y como el objeto de ellas es su salvación, me felicito desde ahora por el mejor éxito de mi misión, pues tengo el honor de estar ya a la presencia del Libertador de Colombia y el Perú."

Bolívar respondió."

"El Perú no podía elegir ni un Jefe más digno de su administración que el Presidente Riva--Agüero ni un mensajero más agradable y más digno de representar al Perú en Colombia. La suerte de la bella República Peruana está ya asegurada, porque tiene un gobierno de su corazón, un ejército Peruano y a Colombia de auxíliar. Si: Colombia hará su deber en el Perú: llevará sus soldados hasta el Potosí, y estos bravos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuído a destruir los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no pretende un grano de terreno del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fijan en conservar la libertad para sí y en dejar independientes a sus hermanos."

"Señor General.-Responda US. al Gobierno del Perú, que los soldados de Colombia ya están volando en los bajeles de la República, para ir a disipar las nubes que turban el sol del Perú."

No había un ápice de exageración en los promesas del ínclito Bolívar, pues los buques que conducían a dos mil bravos soldados colombianos estaban navegando aguas abajo del caudaloso Guayas, hacia las costas del Perú cuando aquel contestaba el discurso del Ministro peruano; y dos días después dos mil hombres más siguieron la misma ruta.

El 18 de Marzo de 1823, celebróse una convención formal, entre el Ministro Plenipotenciario de Colombia y el del Perú, Generales Juan Paz del Castillo y Mariano Portocarrero. En la primera cláusula de ese tratado, se estipulaba, "que la República de Colombia auxiliaría con seis mil hombres a la República del Perú, y con cuantas fuerzas disponibles tenga, según las circunstancias." Se estipularon, además, las condiciones de subsistencia, vestido y paga de las tropas auxiliares, y el modo de reemplazar las bajas que sufrieren causadas por la guerra o por las enfermedades.

Habiendo obtenido el Enviado Peruano el auxilio que había venido a solicitar, le dirigió una comunicación al Libertador, instándole vivamente para que fuese en persona a dirigir la guerra en el Perú. En dicha comunicación, entre otras cosas, se decía "Este auxilio es el principal, el mayor y el único que puede salvar la Patria de los Incas, como el mayor y principal encargo de mi Gobierno. La presencia sola del Libertador Simón Bolívar quitará el eclipse que padece el hermoso sol del Perú, alentará a los pusilánimes y confundirá al miserable resto de aventureros españoles que tienen oprimidos a los pueblos del Perú."

El Libertador contestó:

"En cuanto a mí, estoy pronto a marchar con mis queridos compañeros de armas a los confines de la tierra que sea oprimida por tiranos; y el Perú será el primero, cuando necesite mis servicios."

"Si el Congreso General de Colombia no se opone a mi ausencia, yo tendré la honra de ser soldado del grande ejército americano, reunido en el suelo de los Incas y enviado allí por toda la América Meridional."

Cumplida satisfactoriamente su misión, el General don Mariano Portocarrero regresó al Perú con las más halagüeñas noticias. Al saberlas, la alegría de los patriotas de la ciudad de los Reyes no tuvo límites. No podían concebir que el Libertador que había sido víctima de las más viles calumnias, hubiese tenido la magnanimidad de perdonarlas. Al desengañarse, su gratitud fue vehemente y quizá sincera. La prensa de Lima que tantos insultos había publicado contra Bolívar, pasó al extremo opuesto, y se engalanaba diariamente con los más fervorosos elogios en prosa y en verso, en loor de aquel superhombre que tan generosamente olvidaba las ofensas personales para emplear todas sus eminentes cualidades en pro de la Liberad de los pueblos.

Bolívar consecuente con la oferta que había hecho al Perú, se dedicó a preparar la segunda expedición auxiliar de tres mil colombianos para el completo de los seis mil que había ofrecido enviar a aquella Nación.

"Fueron muy grandes, dice el historiador Restrepo, los sacrificios que la República tuvo que hacer para los aprestos de tan hermosa expedición. Armas, municiones, vestuario, víveres, transportes, todo fue necesario alistarlo con una prontitud extraordinaria y con un erario exhausto. Empero los talentos y actividad de Bolívar sacaban recursos de donde parecía no haberlos. El sabía inspirar a los pueblos su mismo entusiasmo, cuan-

do se trataba de atrevidas empresas para dar la Independencia a la América del Sur, venciendo a los españoles en su último albergue. Así fue que los departamentos del Ecuador, Azuay y Guayaquil hicieron en aquellas circunstancias grandes y dolorosos sacrificios, y parecía que nada les costaba. El más rico por su comercio y producciones agrícolas, el de Guayaquil, proporcionó al Libertader un empréstito de cien mil pesos para hacer frente a los gastos; los otros dos contribuyeron con igual suma, fuera de los víveres y vestuarios que dieron. Estos sacrificios, que aseguraron para siempre su Independencia, no deben olvidarse por la Patria agradecida."

En la primera división auxiliar colombiana que marchó al Pe a las órdenes del General Manuel Valdés fue el batallón NUMANCIA, a quien se le dió el nombre de VOLTIJEROS, colocándolo entre los cuerpos de la Guardia Nacional (1).

Mientras el Libertador concluía el envío de los seis mil soldados ofrecidos al Gobierno del Perú, determinó que fuera a Lima el General don Antonio José de Sucre, el vencedor de Pichincha. Dióle el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. El objeto principal de esta misión era acordar el plan de operaciones de la guerra más conveniente; y fijar el modo y las circunstancias en que debían obrar las tropas colombianas que se encontraban en aquella Nación.

"Ninguno más idóneo que el General Sucre para desempeñar este encargo; instruído y sagaz, se había adiestrado en el arte de las negociaciones diplomáticas, y en el conocimiento del carácter, pasiones y costumbres de los hombres; de trato suave y afectuoso, sostenía desembarazadamente con donaire esos delicados torneos de la culta vida social en que se combaten las opiniones ajenas, honrándolas; se convence a un adversario sin ofenderle; de costumbres puras, insinuábase sin esfuerzo en la confianza de las familias de los más distinguidos personajes; dotado de don de gentes, sabía agradar mejor que nadie, por sus maneras, gracias y conversación, bajo la más encantadora modestia; sostenía sus ideas con firmeza; cuidaba de su reputación de hombre de honor y de principios, y caracterizaba todos sus procedimientos con el sello de la dignidad personal y de la alteza de su posición oficial" (Laureano Villanueva---Vida de don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho).

El General Sucre fue saludado en Lima con marcadas señales de simpatia: y la prensa al dar cuenta de su recepción oficial, dijo, entre otras cosas: EL INMORTAL BOLIVAR PARA ASEGURARNOS DE SUS SENTIMIENTOS GENEROSOS, NOS ENVIA DE PLENIPOTENCIARIO AL COMPAÑERO DE SUS GLORIOSAS ACCIONES, AL GENERAL ANTONIO JOSE DE SUCRE.

Menester es recordar el estado de los negocios Públicos en la antigua tierra de los Incas, cuando llegó a Lima el Enviado

(1) El batallón Numancia, después que se pasó al servicio de San Martín, vino a Guayaquil con el General Paz del Castillo, cuando éste regresó de Lima con los primeros cuerpos auxiliares a principios del año 1823.

Colombiano, cuya recepción como tal se verificó, con severa solemnidad, en el gran salón del Palacio Presidencial, antes de los Virreyes.

El Perú estaba ocupado por las tropas reales en su mayor y más rica porción, o sea, desde la frontera Argentina hasta el Desagüadero, y desde este caudaloso río, que separa el Alto del Bajo Perú, hasta el término del fértil y abundante valle de Jauja. Las tropas libertadoras dominaban el territorio del Norte, la costa y el Océano Pacífico, con un ejército de siete a ocho mil soldados peruanos, chilenos y argentinos; y una escuadra al mando del Vicealmirante don Martín Jorge Guisse, antiguo Oficial de la marina inglesa.

El Presidente Riva-Agüero desplegó en esta ocasión grandes dotes de actividad y patriotismo, pidió refuerzos a Buenos Aires, a Chile y a Bolívar, quien, según lo dijimos, los envió inmediatamente; alcanzó la cooperación eficaz de los comerciantes, extranjeros y nacionales, de mayor influencia; adoptó medidas para hacer efectivo, siquiera en parte, un empréstito ruinoso contraído en Londres; celebró contratas de abastecimientos; formó como por ensalmo un numeroso ejército compuesto de peruanos; e hizo los preparativos para tener listos los transportes necesarios que había de conducir una expedición que se proyectaba para los Puertos Intermedios.

El mismo Riva-Agüero pidió por escrito a los Oficiales Generales su opinión sobre el plan de operaciones militares que debería adoptarse, y reunió un Consejo de Guerra. En él se acordó que el General don Andrés Santa Cruz que tenía cinco mil hombres de tropas regladas peruanas, a sus órdenes, marchase a los Puertos Intermedios, a los cuales debía arribar también una división de Chile, para operar sobre los pueblos del Sur del Bajo Perú, o bien sobre los del Alto Perú. Para coadyuvar a esta operaicón debía, asimismo, salir de Salta una división sobre la línea de Tupiza. Mientras tanto el General Sucre con las tropas colombianas y el resto de las argentinas y chilenas, debía guarnecer la plaza del Callao o amenazar el centro de la línea realista de Jauja al Cuzco. El plan era vasto y atrevido, y la ocasión favorable para llevarlo a la práctica, pues persuadidos los realistas de que los patriotas, después de los desastres de Torata y Moquehua, no podían intentar un nuevo ataque a los Puertos Intermedios, habían dirigido todos sus esfuerzos contra Lima, con cuya ocupación creía Canterac dar un golpe de muerte a la causa de la Independencia.

Las tropas destinadas a la expedición encomendada al General Santa Cruz, se embarcaron en el Callao, y dieron la vela al Sur del 14 al 25 de Mayo de 1823.

Este ejército se componía: del primer batallón de la Legion Peruana, a cargo del Teniente Coronel Cerdeña; del batallón Cazadores, mandado por el Teniente Coronel Alegre; de los batallones números primero, segundo, cuarto y sexto, regidos por el Coronel Eléspuro, Teniente Coronel Garzón, Coronel Pardo Zela y el Marqués de San Miguel, respectivamente; del regimiento de Husares de la Legion, a las órdenes del Coronel Brandsen; de dos escuadrones de Lanceros, cuyo Jefe era el Coronel Placencia;

y de ocho piezas de campaña, al comando del Teniente Coronel Morla; formando un total de poco más de cinco mil peruanos. Toda la expedición se reunió al frente de Iquique el 15 de Junio de 1823.

Hablando de esta expedición, dijo el General Suere en una larga carta dirigida al Libertador desde Lima, con fecha 15 de Mayo:

"..... Una parte de la división de Santa Cruz salió ya y la otra sale mañana, y si no le secundamos su operación es perdida esa expedición: en fin mil males asoman para presagiar que todo se desbarate, y en un desmoranamiento la división de Colombia será parte de las ruinas....."

"No puedo dar a U. una idea de la moral de la división de Santa Cruz; pero en general sus Jefes y Oficiales no se pueden contar, con pocas excepciones, entre los más aguerridos y veteranos. La gente que lleva es buena, pero el mismo me ha confesado que apenas tiene tres mil hombres y los demás reclutas. Si él observa sus instrucciones progresará .... Poseyendo como bases suyas el mar, y teniendo un ojo en sus buques y otro en las provincias interiores y los dos sobre el enemigo hará algo. Si se le une la expedición de Chile, ya puede penetrar con más seguridad si nosotros marchamos por aquí a impedir que le carguen. El tiene en sus buques la ventaja de reembarcarse y venir a Camaná para obrar por allí, con la ventaja de hacer en dos días de navegación lo que los españoles tendrían que ejecutar en veinte.....

"....De oficio hablo de que se construyan allá zapatos, aquí no se hallan de ningún modo, y no conseguiremos ni calzar una vez la tropa para salir a campaña. Se le harán cotisar y por tanto es bueno que en Ambato, Quito y CUENCA nunca se dejen de hacer zapatos para remitir de aquí a donde estén las tropas....." (Memorias del General O'Leary.—Tomo I.—Correspondencia).

A fines de Mayo, corría como muy válida la noticia de que el General Canterac se movía, desde su acantonamiento de Jauja, con un poderoso ejército, sobre Lima.

El General Suere dudaba de la veracidad de aquella nueva, tanto que, en carta escrita a Bolívar, con fecha 31 de Mayo de 1823, le decía:

"..... Nuestros datos hasta ahora no son para calcular fijamente si el enemigo viene o nó. Militarmente hablando no parece que ejecute la operación de bajar a la costa, alejándose tanto de sus bases; pero como escriben del Janeiro que habían participado los españoles de allí a La Serna la venida de dos navíos, pueden aventurarse a atacar la Capital y esperar si llegan o no tales navíos; más contra esta resolución en falso hay el muy positivo argumento de que en tanto que ellos bajasen, SantaCruz ganaba tiempo con su expedición para trabajar en el Sur"

"Yo creo más que nada que los enemigos ejecutan un movimiento a su espalda para atender a Santa Cruz, y es por esto del más grande interés aprestarnos nosotros, o para segundar la expedición del Sur obrando de frente, o para llevar tres o cuatro mil hombres más al Sur....."

En esa misma carta decía Sucre:..... "La fragata AMBERS (una de las dos que recibió en Naranjal la recluta de CUENCA) aun no aparece y tiene cincuenta días de viaje. Probablemente ha arribado a alguna parte; pero hasta hoy carecemos del menor aviso de donde esté. Temo mucho que por lo menos traiga toda la gente enferma, y es sensible sobre todo por los cuarenta húsares que venían a bordo....."

El General Sucre, con fecha 23 de Mayo de 1823, se había dirigido a los Secretarios del Congreso, manifestándole: "que la División auxiliar colombiana ofrece sus armas a la Representación Nacional por garantía de su libertad, y que se honrará de servirle tan celosa y fielmente como soldados peruanos"

Aun cuando la conducta de Sucre fue siempre sin mancilla, algunos historiadores han calificado de FALAZ esta comunicación, asegurando que con ella pretendió ahondar la división que en esa época existía entre el Poder Legislativo y el Presidente Riva-Agüero, para llevar a cabo el propósito atribuído a Bolívar de querer destruir el Gobierno del Perú, para entrar a dominar esta Nación, sin estorbos, como dictador.

Esta especie calumniosa queda completamente desvanecida con las siguientes palabras que se encuentran en un oficio dirigido por Sucre al Secretario General del Libertador, en la misma fecha que envió al Congreso la mencionada comunicación:

"Cualquiera que haya sido el modo como fue colocado el Señor Riva-Agüero en la primera magistratura; cualquiera que sea su comportación respecto de las divisiones auxiliares; cualquiera que sea su buena o mala fe respecto de nosotros; lo cierto es que él, puesto al frente de los negocios públicos, restableció la opinión, conservó el país y empleó todos los medios de expedicionar sobre los enemigos. Conserva buena armonía con nosotros, y lo que es más, no le es contrario el pueblo, ni es la voluntad de éste cambiar de mandatario cada día."

"Además ya conocemos el carácter del Presidente actual e ignoramos cuál será el de su presunto sucesor; y las frecuentes mundanzas de Gobierno presentarían a los enemigos la más risible farsa, de que a la vez sacarían algún partido....."

Para la debida concatenación de los hechos, es indispensable relatar las operaciones de las tropas realistas. Apenas el Virrey La Serna tuvo noticia del nuevo plan de campaña de los patriotas, y no contando, según Camba, más que con tres batallones y tres escuadrones desde el Desaguadero al Cuzco, ordenó que los escuadrones de GRANADEROS DE LA GUARDIA y los batallones GERONA y EL CENTRO permanecieran en Huamanga, mientras Canterac se movía sobre Lima con el resto del ejército que consideraba suficiente para la operación.

Canterac no se conformó con la disposición del Virrey e insistió en manifestar la necesidad de mover sobre Lima todas las tropas anteriormente señaladas. Suscitáronse, con tal motivo, graves desavenencias entre La Serna y Canterac, hasta el extremo de que éste llegó a dejar el mando del ejército y lo entregó al Jefe más antiguo, que lo era el Brigadier Monet, dando cuenta de su determinación al Virrey La Serna. Gracias a

la oportuna intervención del Brigadier don Jerónimo Valdés, terminaron las diferencias entre Canterac y La Serna, accediendo éste a las pretensiones de aquel. En consecuencia se aceleraron los aprestos de la marcha del ejército real sobre Lima, el que abandonó los acantonamientos del valle de Jauja el 2 de Junio de 1823 y atravesó la cordillera de los Andes.

Aun cuando se había previsto este movimiento, en cuanto se supo su ejecución, se difundió en Lima la más grande alarma y consternación y puso en apuros al Gobierno. Para excogitar las medidas que debían adoptarse ante el grave peligro que amenazaba a la Capital, convocóse una Junta de guerra, compuesta de los Oficiales Generales y presidida por Riva-Agüero, en la que, de acuerdo con el Congreso, se acordó ofrecerle al General Sucre el mando supremo de las tropas.

Este que, de buena fe no deseaba inmiscuirse en los negocios interiores del Perú, que quería mantener a todo trance la neutralidad de las tropas colombianas, que carecía de ambición, que conocía por último la pesada carga que, en tan críticas circunstancias, se pretendía colocar sobre sus hombros, se excusó al principio de aceptar el Comando General de las tropas republicanas. Con todo, hubo al fin de convenir en aceptar el nombramiento, cuando los clarines del enemigo resonaban ya cerca de la Capital. Pero, antes de encargarse del mando del ejército, pasó el oficio que sigue:

"Lima, a 31 de Mayo de 1823.—13º.—Al Señor Ministro de Guerra del Perú.—Senor Ministro: Antes de ahora he mostrado a U. S. mi agradecimiento a la honra con que S.E. el Presidente del Perú se sirve distinguirme nombrándome General en Jefe del ejército unido; y habiendo manifestado cuán distante se halla este destino de mis deseos y de mi carácter en el Perú, sólo me queda indicar en contestación a la apreciable nota de U. S. de ayer; que obligado por las presentes circunstancias que U. S. ha tenido la bondad de significarme, me encargaré del mando del ejército unido; pero para resolverme a tomar sobre mí la responsabilidad de este destino, permitirá S. E. el Presidente de la República que antes se me imponga.

1º Cuáles sean las divisiones o cuerpos del ejército que forman el ejército unido, dónde se hallan. quiénes son los Comandantes Generales de División o Generales en Jefe de los cuerpos del ejército, y la fuerza que ellos tengan a su mando.

2º Cuál es la organización del ejército unido.

3º Qué elementos tenga el ejército unido, cuál sea su material, y cuáles sus medios de movilidad.

4º Cuál sea el plan de campaña adoptado hasta ahora por el Gobierno y las medidas dictadas sobre él.

5º Para en caso que los enemigos hagan una invasión a la costa con todas sus fuerzas, o la mayor parte de ellas, qué es lo que el Gobierno desea que se haga, si seguir a todo trance el plan de campaña trazado uniendo los intereses del ejército al Perú, o prefiriendo la defensa de la Capital.

6º Cuáles son las provincias en asamblea, y si las plazas fuertes y parques comprendidos en estas provincias están bajo

el conocimiento inmediato del General en Jefe con sus guarniciones, artillería y almacenes.

Observará U. S, señor Ministro, que sin tener conocimiento de estos particulares es difícil encargarse de una responsabilidad que pesa tanto como la suerte del Perú.

Respecto del sueldo asignado al destino que se me confiere, podrá S. E. permitirme expresarle, que asistiéndome el Gobierno de Colombia con lo necesario para mis gastos, es inútil por ahora gravar la Tesorería del Perú con este desembolso que servirá con provecho para otras atenciones importantes.----D U.S----A. J. de Sucre."

En el preinserto oficio se nota la rectitud de miras, la delicadeza personal, la dignidad y la previsión de un General experto, como lo era el vencedor de Pichincha.

El Presidente, por órgano de su Ministro de Guerra, General don Ramón Herrera, suministró a Sucre los datos que pedía, y le excitó a encargarse inmediatamente del mando del ejèrcito; pues S. E. decía el Ministro: LIBRA LA SUERTE DE LAS ARMAS QUE DEFIENDEN LA LIBERTAD DEL PERU, AL ACIERTO Y PRUDENCIA DEL BENEMERITO GENERAL SUCRE, CUYA PERICIA Y CORAJE EN LOS COMBATES HA CORONADO MIL VECES DE GLORIA EN LOS CAMPOS DE MARTE LAS SIENES DE LOS SOLDADOS DE COLOMBIA.

El número total de las fuerzas patriotas era el de cuatro mil setecientos hombres, de los que separados mil para defender el Callao, solo restaban tres mil setecientos, insuficientes para defender a Lima, si era atacado por ocho o diez mil soldados. En tal emergencia, propuso Sucre, como lo más acertado, retirarse al Callao para conservar este importante puerto y el dominio del Pacífico, no siendo prudente comprometer una batalla con un ejército inferior en número y moralidad al del enemigo.

El proyecto de Sucre consistía en distraer el ejército de Canterac, para dar tiempo a que el General Santa Cruz con su división realizase en el Sur la parte que le correspondia en el plan general de operaciones formulado por el Gobierno; y en seguida embarcarse él o Valdés con tres mil hombres para reforzar las tropas expedicionarias; internar mil hombres por Pisco o Ica, para impedir que se enviasen socorros a Lima y asediar a los realistas por hambre; y con el resto de las fuerzas patriotas conservar la plaza del Callao. La caballería debía pasar al Norte; y el batallón de Huanuco, reforzado con el escuadrón acantonado en San Mateo, se movilizaria por la cordillera para cortar las comunicaciones de Canterac con su base de operaciones, inquietarle por su retaguardia, y cojerle los cansados hospitales, bagajes y cuanto dejase retrasado en la penosa travesía de los Andes.

Sucre sacó sin dilación de Lima ochocientos enfermos que habían en los hospitales, y los trasladó a Bella Vista, a media legua del Callao, para de allí conducirlos a Trujillo, con el objeto de ahorrar víveres. Mandó recoger los ganados y cuantos granos hubiese en las cercanías, y almacenó en dicho puerto harina, aguardiente, trigo, vinos, medicinas, paños para vestuarios, suela para zapatos y correajes, camas de hospital, y cuanto juzgó menester para el equipo de la tropa y la defensa de la plaza. Pidió víveres y caballos a Chile, señalando

el punto de la costa, donde convenía desembarcarlos; y solicitó, del Libertador el envío de todos los transportes que hubiese disponibles en Guayaquil, por si se resolvía hacer la campaña sobre el Alto Perú.

Ocupábase afanoso Sucre en la labor que acabamos de relatar, cuando sus batidores le anunciaron que las fuerzas realistas avanzaban resueltamente sobre Lima. El mismo día en que recibió tal noticia, 12 de Junio de 1823 dispuso evacuar la ciudad. En cuanto trascendió al público esta operación militar, se levantó un clamor general de toda la sociedad capitalina que se veía de súbito entregada a la voluntad discrecional de un ejército enemigo. Salieron a la calle las mujeres arrasados de lágrimas los ojos, buscando el amparo y protección del Caudillo Colombiano; formáronse grupos numerosos de los jóvenes limeños pidiendo a voces armas para engrosar las filas del ejército patriota; abrièronse los templos, donde una multitud inmensa imploraban la protección del Cielo; y todos desalados corrian a proveerse de cuanto podían llevar consigo para emprender la marcha hacia la plaza fortificada del Callao, determinados a sufrir toda clase de penalidades y los rigores de un sitio, antes que someterse nuevamente al yugo de las Autoridades españolas.

El General Sucre, tan benévolo como valiente, oprimida su noble alma de dolor, "pero firme en salvar el ejército, aunque perdiese por algún tiempo la Capital, ofreció cubrirla por algunas horas, para dar tiempo a que saliesen las familias, y se pusiesen a salvo los intereses de los particulares" (Villanueva--Obra citada)

Sucre, fiel a su promesa, se acampó en la tarde del 13 de Junio de 1823, en las afueras de la ciudad, y durante los cinco días siguientes maniobró con su pequeño ejército con tanta maña y astucia, que logró engañar a Canterac, y contener su avance, mientras se verificaba la desocupación de la Capital.

El ejército realista, según lo dijimos, salió del valle de Jauja el 2 de Junio, atravesó la cordillera de los Andes, descendió a Lima por la Subdelegación de Huarochirí, mientras una pequeña columna avanzada de Ica por la costa, batió sobre la marcha las montoneras patriotas de los Caudillos Huavique, Ninalvica y Vivas en Yurasmayog y Chincha, y ocupó a Lima el 18 de Junio de 1823.

Las tropas invasoras de Canterac se componìan: de los batallones de infantería GERONA, CENTRO, primero y segundo del INFANTE, primero y segundo del IMPERIAL ALEJANDRO, primer REGIMIENTO, AREQUIPA, CANTABRIA y BURGOS, cuyo número total ascendía a cinco mil setecientos hombres; de catorce piezas de campaña con cien artilleros; y de mil setecientos jinetes, distribuídos en los escuadrones de la GUARDIA, CONCEPCION, LANCEROS DE LA UNION, GAUCHOS DE SAN CARLOS y HUSARES DE TALMA.

"La desocupación de la Capital, dice con mucha razón Villanueva, era una necesidad del plan general de la campaña. El General Sucre abandona a Lima para salvar al Perú, como Bolívar dejó a su amada Caracas entregada a Boves, para re-

conquistarla después con las armas de Colombia. Los rusos evacuan a Moscow y la incendian, para sepultar bajo las cenizas de sus lares el aborrecido ejército francés; así como en día triste desocupan los españoles a Madríd, para irse a sus bosques a morir todos en defensa de la tierra santa de la patria, que recibieran luengos siglos atrás de sus ilustres abuelos, independiente, libre y grande."

El General Sucre refiere la evacuación de Lima y los hechos posteriores a este suceso, en carta dirigida al Libertador y fechada en el Callao, a 19 de Junio de 1823, en la forma que sigue:

"Al fin hemos perdido ayer a Lima, aunque hemos salvado el ejército. Se ha cumplido el pronóstico que hice a U., desde que observé la posición en que estaban colocados los negocios del Perú, y probablemente van a terminarse otras esperanzas de remediar inmensos males que amenazan la suerte de estos países, si alguna casualidad no proporciona el aprovechar la única ocasión que nos queda de sacar ventajas de la necesidad. Haré a U. una exposición de lo que ha sucedido, de lo que pienso y de lo que preveo para que U. juzgue y resuelva."

"Después de todas mis negativas de aceptar el mando del ejército que residía en Lima, tuve que recibirlo el mismo día que determiné evacuar la ciudad en caso de ataque, porque observé que sin esta valerosa resolución iba no solo a perderse la Capital, sino con ella el ejército. No es describible el estado de anarquía en que todo estaba sepultado; yo tuve que ceder al torrente de males para ver la víctima de un sacrificio, con tal que él produjese algún bien a la América, más a Colombia, y que pudiese llenar los planes trazados por U. He hecho a U. el servicio que quizás no hubiera hecho a la Patria; he comprometido mi reputación y perdido a Lima estando en mis manos el ejército; dejo pendiente para los resultados mi opinión y mi crédito. Crea U. que he maldecido el momento en que yo vine a Lima. Cuánto ha sido lo que U. ha exigido de mí!"

"En fin, mi General, el 12 supimos con evidencia que el enemigo atacaba la Capital, y este día fatal de mi Santo (no es el 12 sino el 13 el día de San Antonio) me encargué del ejército, sacándolo por la tarde de Lima para acamparlo donde pudiese saber con que fuerza contaba. Hallé que dejando mil hombres en el Callao me quedaban para formar en todas armas y clases, reclutas etc., etc., todo, todo, todo tres mil setecientos hombres, mientras que los partes eran que los enemigos venían con siete mil. Juzgué, pues, que no había otro recurso que defender el Callao y tratar de echar lo que no necesitaremos en la plaza para obrar por de fuera; más permanecí con el ejército cubriendo a Lima para proteger la extracción de los intereses de los particulares, y lo que es más, de algunos artículos militares que debían pasar aquí. Nuestra permanencia en el campo en son de esperar al enemigo produjo la detenciòn de éste en varios puntos hasta observarnos, pero informado ayer sin duda de nuestras fuerzas marchó sobre Lima resueltamente. Yo verifiqué la retirada aquí, habiendo despachado nuestra caballería con caballos sobrantes, mulas, etc., etc., para el Norte al cargo del

Coronel Lavalle, con orden de no comprometer nada su tropa, y molestar al enemigo sobre la Capital."

"Nuestra operación ha sido muy azarosa para Canterac: él no pensaba ni que la expedición a Intermedios hubiese sido fuerte como lo es, sino de mil quinientos a dos mil hombres, ni calculaba sobre nuestra fuerza en Lima ni los medios de expedicionar sobre ella. No ha querido, pues, entrar en Lima, y ayer mandó decir al Cabildo que se le facilitaran trescientos mil pesos y tres mil fusiles en término de tres días, o entraba en la ciudad dándola fuego. Hoy, sin entrar todavia y acampado a un cuarto de legua de Lima, repitió esta mañana que si esta tarde no le daban trescientos mil pesos, tres mil fusiles o su valor, y cuarenta mil vestuarios de paño, saqueaba la ciudad y la quemaba; y lo cierto es que a todo esto ha respondido la Municipalidad, cuando ha pasado esta nota al Presidente, que los españoles hagan lo que gusten, entendidos que si incendian a Lima serán degollados trescientos o cuatrocientos españoles que hay aquí presos. Una de las condiciones que también exigió ayer Canterac fuè que nuestro ejército saliese a batirse dos leguus fuera del Callao. Hasta ahora ní se ha acercado aquí, ni ha quemado a Lima, y tal vez se vuelva a la sierra (que será la más mala operación para nosotros) después de algún saqueo de Lima; y esto le costará mil hombres, porque se le desertará mucha gente. Todos los partes convienen en que el ejército español es compuesto de mil doscientos hombres de caballería y más de seis mil infantes, y algunos escriben que es de ocho mil hombres; más no creo que exceda de los siete mil...."

"El Perù no es importante a los españoles sino en el interior, mientras no tengan marina. El ejército español está todo aquí y apenas ha dejado en el Sur dos mil hombres en las guarniciones, porque de las guarniciones de la Cordillera no pueden disponer, y ellos saben ahora qne hemos mandado al Sur cinco mil hombres, y que tenemos otros tantos de que disponer. Es presumible que ellos vuelvan su atención allá y evacuen la Capital no pudiendo sostenerla con utilidad. Entre tanto la primera división de Santa Cruz estará llegando a las costas de Arequipa, y en quince días tendrá rennidas sus tropas allí y podrá penetrar impunemente y obrar sin obstáculos cuarenta días, porque los españoles no pueden volar allá sino en sesenta."

"Esta mañana ha salido una goletita muy velera a instruir a Santa Cruz de estas circunstancias para que aproveche el tiempo; y si trabaja con actividad y prudencia él puede apoderarse de la línea del Apurímac antes que los enemigos; y, cubriendo un inmenso país, muy patriota, de muchos recursos y de muy fàcil defensa, será impenetrable y protege la revolución de las Provincias. Canterac tiene un gran desprecio por Santa Cruz, y tanto que cuando él supo su expedición, considerándola de mil quinientos hombres, dijo que mandaba un corneta para derrotarlo; pero sea lo que sea, lo indudable es que Santa Cruz llevó entre sus cinco mil hombres, tres mil buenos soldados y que van a trabajar eu un país patriota. Así es que Canterac está muy cuidadoso desde que está impuesto de las cosas, y repito que tal vez evacua a Lima...."

Y repito a U lo que tantas veces he dicho, que este país sin un centro de autoridad que le dé marcha, sin un concierto en sus negocios, y sin un Jefe que reuna los partidos, difícilmente se salvará. Para dar a U. una idea de las divisiones y quisquillas que hay aquí, bastará decirle que esta mañana cuando se reunió el Congreso tuvo por objeto decretar la destitución del señor Riva-Agüero, y habiéndolo sabido yo por una casualidad, dije a los Diputados que son amigos, cuán ridícula e inoportuna era tal medida, y cuánto ella podia desconcertarnos: tuve que empeñar no sólo razones, sino la amistad para disuadirlos de tal resolución; y les pedí, por último que se fuesen a Trujillo con Dios, y que nos dejasen trabajar aquí a los militares. Juzgue U., pues, si metido entre los enemigos y esta clase de gente, tendré yo mi cabeza menos que sin jucio. Estoy loco con estos caballeros, y más loco de ver esta plaza en el estado en que la tienen; la confusión, el gentío inmenso qne han admitido en ella, mi poca esperanza de arreglarnos, si todos estos señores no nos dejan...."

En 20 de Junio del mismo año le escribía Sucre al Libertador lo que sigue:

"Esta mañana ha llegado correspondencia de Santa Cruz. Llegó a Arica el 11, y bajaba a Iquique en aquella noche a saber si habia arribado algún transporte de su expedición. Arica estaba ocupado por el Almirante Guisse, y lo defendia contra un pequeño cuerpo de los españoles. Santa Cruz dice que solo habia mil hombres en Arequipa, y saliendo para esa fecha la expedición contra Lima, asegura que si Canterac no varía su plan y sigue a la Capital dejándole quince días de tierra a su expedición, es segura la campaña. El puede, pues, disponer de cuarenta a cincuenta días para obrar con gusto sin la menor oposición. Santa Cruz me escribe que todo su empeño es que nosotros salgamos por tierra."

"Hoy los enemigos han avanzado un escuadrón y un batallón y parecían marchar a reconocer nuestros puestos; pero no ha sido así y han vuelto a sus posiciones. Espero que se acerquen para empezar a hacer nuestras salidas y no quedarnos mano sobre mano. No puede U. pensar cual es mi sentimiento de esta inacción; pero creo que U. aprobará que, en cumplimiento de sus instrucciones, no haya comprometido nuestras fuerzas contra una superioridad en número y en moral de parte de los enemigos ....."

"Si vienen buques de Guayaquil, que traigan todas las pipas para aguada, porque sin ellas no podemos expedicionar, y aquí está consumido cuanto tenemos para aguada. Que traigan leña, y U. mandará para la guarnición algún cacao pues no hay absolutamente ninguno, y U. sabe qué es lo que más agrada a nuestros Oficiales."

"Mañana se va el Señor Olmedo para esa, y diré a U. cuanto más ocurriere. En tanto repito a U., mi General, que considere el conflicto en que me ha puesto, y que crea que es el más alto testimonio de deferencia con que puede justificar que es muy cordial y sincero amigo de U.—Su afectísimo servidor—A. J. de Sucre."

Dejemos qne este mismo General continúe refiriendo los sucesos, pues su narración merece más crédito que la de cualquier otro historiador, no solo por su honorabilidad, sino porque él desempeñó el principal papel en aquellos.

En 25 de Junio de 1823, escribió al Libertador lo que sigue:

"Desde que se fue O'Leary han ocurrido porción de novedades; la peor de todas para mí fue que al día siguiente caí enfermo de cama donde todavía estoy: el médico dice que me levantaré en dos días, y ojalá sea verdad. Supóngase U. (y compadézcame) los laberintos en que he estado metido, y en los que estoy, sin poder ver nada por mí mismo."

"Vamos a asuntos políticos. El Congreso declaró guerra abierta al Presidente Riva-agüero, y por decretos que se sucedían en cada sesión, llegaron a determinar su destitución antes de ayer, elevándome a mí con facultades infinitas, y titulándome Jefe Supremo militar del Perú. No les he aceptado tal nombramiento, sino la autorización extraordinaria para las provincias donde vaya a hacer la guerra; y respecto al señor Riva-Agüero les he dicho que, siendo negocios puramente peruanos, se arreglen entre sí, contando con que el ejército compuesto de aliados no se mezclará en estas disenciones. He sabido que hay disputas infinitas entre ellos, y se ha querido ponerme de blanco en todas las cosas; pero como dicen, NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA, mi enfermedad me ha servido para sacar el cuerpo con más franqueza. La multitud de comunicaciones y decretos que han ocurrido, son muchos para mandarlos a U. por ahora; y basta para su satisfacción que la división colombiana y yo nos hemos conducido de una manera digna del país a que pertenecemos, y que U. quedará muy contento de la moderación y generosidad con que nos hemos comportado."

"Hoy el Congreso trataba de proceder contra el Presidente por no querer éste poner el cúmplase al decreto de su destitución, pero ha contestado que conforme al decreto del 19, se trasladaba a Trujillo donde respondería a los cargos que se le hicieran. Tras de la respuesta se fue a bordo donde permanece para verificar su viaje mañana. Probablemente el Congreso también se irá mañana o pasado. ¡Será de ver ese Trujillo! . . . ."

El Congreso, con mayor calma y cordura, dictó un acuerdo, con fecha de 26 de Junio de 1823, en el que se declaraba, QUE LAS COSAS PERMANECERIAN COMO ESTABAN, HASTA QUE SE PRESENTARA LA DEBIDA OPORTUNIDAD. El mismo Congreso, antes de disolverse, nombró una comisión compuesta de don José Joaquín Olmedo, que pronto había de cantar con sublime inspiración las gloriosas batallas de Junín y de Ayacucho, y de don José Sánchez Carrión, para ir a Guayaquil en busca del Libertador, en nombre de la Representación Nacional; y dirigió a Sucre un oficio, en el que le decía: EL SOBERANO CONGRESO DEJA EN MANOS DE V. E. LA SUERTE DE LA REPUBLICA PERUANA.

Riva-Agüero se había comprometido con Sucre, en 22 de Junio de 1823, a ocupar con las fuerzas peruanas el territorio de Jauja, e interceptar a los enemigos sus comunicaciones y víveres. Después de este compromiso solemne se dió a la vela, y junto con él se fueron los Diputados y demás empleados. Al

llegar a Trujillo, Riva--Agüero se olvidó de sus promesas, desatendió la guerra por la política; disolvió el Congreso, desterró a los Diputados de la oposición; y de entre los que le eran adictos escogió uno por cada Departamento del Perú, y constituyó con ellos una corporación, a la que dió el nombre de Senado—Consultivo de la República.

"Distinguíase don José de la Riva--Agüero, dice Villanueva, por su poderosa inteligencia, audacia y actividad. Ambicioso, como ninguno, no para medrar, justo es decirlo, sino para servir a su país en el grado culminante de Jefe Supremo, para lo cual se creía apto por sus relevantes aptitudes. Tenía la liberalidad propia de un Jefe de partido, la arrogancia de un Caudillo y la probidad de un patriota. Pero deslumbrado por la ambición al mando, cometió el error de querer disputar la supremacía al Congreso de su país, y de creerse capaz de libertar por sí solo al Perú sín la cooperación de los extraños."

"Pero su ambición le perdió, llevándole al bochornoso extremo de solicitar el apoyo de los españoles para vengarse de sus enemigos personales. Nueva falta que le deshonró para siempre."

Mientras ocurrían estas censurables discordias entre el Congreso Nacional y el Presidente Riva--Agüero, en mengua de la causa que defendían, el General Sucre, como diligente y hábil Capitán, atendía a la guerra y a todas las necesidades de la plaza; y se preparaba a salir personalmente con una gruesa división, por mar, hacia los puertos del Sur, a donde llamaría la atención del enemigo, dejando al Norte una considerable reserva sobre las fronteras de Colombia. El historiador García Camba, al juzgar este plan de campaña, dice: "El pensamiento era grande, su buena combinación y ejecución podría ser funestísima para los realistas. Véase, pues, que las operaciones militares iban a tomar ahora una extensión asombrosa."

Noticioso el General Canterac de este grandioso plan de campaña, que iba a tener por teatro todo el inmenso territorio peruano; y cuyo objetivo era romper la línea de defensa formada por sus tropas y las del Virrey, desde el Cuzco hasta Jauja, se propuso, antes de haberse vencido un mes de su llegada, levantar el campo, retirarse de Lima y suspender el bloqueo del Callao. Decidióse, al fin, a tomar definitivamente esta resolución, por haber recibido órdenes terminantes del Virrey de despachar al Cuzco al General Valdés con parte del ejército, y de que él mismo se retirase al valle de Jauja, y de allí a Parinacochas, para observar los movimientos del ejército patriota, debiendo La Serna penetrar con sus tropas en los términos de la provincia de Puno.

En cumplimiento de dichas órdenes, marchó el General Valdés con dirección al Cuzco el 5 de Julio de 1823, con los tres escuadrones de Granaderos de la Guardia que mandaba Ferraz, y tres batallones, inclusos el de Gerona y el Centro, de los cuales eran Jefes los Coroneles Ameller y Espartero.

Las demás fuerzas realistas continuaron el bloqueo del Callao por el lado de tierra; verificándose diarios encuentros en el camino real de Lima entre las avanzadas de Canterac y las des-

cubiertas que Sucre hacía salir de la plaza. Veintidos días duró el asedio de ésta; y durante ellos no cesaron de tronar los cañones de las fortalezas que contestaban con granadas y bala rasa los fuegos de los ocho batallones y de las baterías de los enemigos que rodeaban aquellas.

"Muchas acciones meritorias tuvieron lugar en este sitio. Peruanos acaudalados y a la par de excelso mérito, ofrecieron a Sucre sus recursos para ayudar a la manutención de las tropas; y el pueblo, el virtuoso pueblo, nervio de las naciones, dió de sí más de un ejemplo de virtud eminente y de culto a la patria. Cuando los marqueses y mariscales se pasaban al enemigo, un mancebo, que llevaba en las venas la pura sangre de los hijos del sol, se inmolaba generosamente por la libertad de su país."

"Llamábase José Olaya, de veinte y ocho años. Vivo y audaz, iba y venía con la correspondencia entre los sitiados y los patriotas de Lima. Sorpréndenlo una noche las patrullas realistas, llevado a presencia de Canterac, se resiste a decir los nombres de las personas a quienes iban dirigidas las cartas. El español enfurecido le manda azotar, y el preso sufre el castigo sin derramar una lágrima, ni exhalar un ay, ni decir una sola palabra que pudiera comprometer a los patriotas de la Capital. Expiró en medio del tormento con la sublime fortaleza de los mártires. Es de la masa del pueblo de donde salen siempre los grandes talentos y las grandes virtudes."

"Reconquistada la Capital, dispuso el Gobierno Nacional, que por cincuenta años pasara revista de Comisario, como Subteniente; y que al llamársele, contestara el Mayor de la plaza: PRESENTE EN LA MANSION DE LOS HEROES." Su madre y hermana debían resibir el sueldo de su grado, y su retrato debía colocarse en la Sala Consistorial de la parroquia de Chorrillos, de donde era natural. Más tarde, en 1867, se colocó su busto en Chorrillos; y por muchos años hubo la piadosa costumbre de celebrar oficio y misa en sufragio de su alma, el día que se cumplía el año de su sacrificio" (Villanueva---Obra citada).

Veamos como el General Sucre refiere los preparativos de los realistas para abandonar a Lima, la evacuación de esta Capital por Canterac y las órdenes que aquel impartió antes de marchar al Sur con su expedición proyectada.

"Desde la salida de Valdés (el Jefe español) han estado llevando los enemigos todo lo que hay en Lima útil para ellos; han sacado inmensa cantidad de cargas y efectos comerciales y los trescientos mil pesos de la contribución de Lima. Ayer parece que han salido todas las familias españolas o comprometidas con los españoles, porque a todas las ha mandado salir Canterac para el interior. Dicen que antes de ayer han roto todas las máquinas de la Casa de Moneda; y en fin todo anuncia la retirada de los enemigos. Creo que en cuatro días Lima, estará otra vez en nuestro poder, aunque esquilmada y miserable. Si las guerrillas cumplen las órdenes que les he dado, es probable que Canterac tenga en su retirada una gran pérdida, y que no será menos el total de sus bajas en la operación sobre Lima que la de mil quinientos hombres. Es cierto que él lleva dinero con que reponerlos, pero es presumible que

nosotros aumentemos un poco nuestras filas con soldados enemigos, o que a lo menos ellos pierdan hombres disciplinados."

"Los enemigos han podido inpunemente hacer todos los daños a su gusto en Lima, porque habiendo echado fuera nuestra fuerza principal, está al arbitrio de ellos retirarse a su antojo. No obstante si los GRANADEROS a caballo llegan a tiempo, como se les ha mandado, deben sufrir mucho los enemigos en su retirada, porque sobre el daño de las guerrillas se les perseguirà con los GRANADEROS y los RIFLES. Estas serán las órdenes que yo dejaré."

"Mucho he pensado a quien deje encargado de todos los negocios para que aproveche de la retirada de los enemigos, y saque de Lima todos los recursos para mover las tropas del Norte. La estadía aquí del General Torre--Tagle, me deja sin elección. El quedará encargado de todo, mientras llegue el Presidente, y Valdés con el mando de las tropas."

"Los enemigos sacan seis o siete mil hombres para el Sur. Si con todos marchan de Jauja serán superiores a nosotros; pero podemos colocarlos en el caso, o de no llevar todas sus fuerzas, o de perder a Jauja, Huamanga, etc. Aquí queda el batallón de RIFLES con mil plazas, la división de los ANDES, que entre el RIO DE LA PLATA, Número 11 y GRANADEROS formarán mil doscientos a mil trescientos. El batallón de HUANUCO con seiscientas plazas, el de TRUJILLO otras seiscientas, dos escuadrones de TRUJILLO, uno de VICTORIA y cuadros del 2º de la LEGION PERUANA, y del 2º del NUMERO 1º del PERU. De toda esta fuerza puede sacarse tres mil quinientòs o cuatro mil hombres bastante útiles y buenos; y con ellos marchar el General Valdés a Jauja, siguiendo la retirada de los enemigos. Con interés y actividad puede empezarse a realizar esta operación en veinte días. Si ella se ejecuta, U. vé cuántas ventajas se sacarán de llamar la atención de una gran parte del ejército español, o de ocupar a Jauja, Huancayo, Huamanga, etc, y seguir trabajando en ese país. Si no se verifica esta operación, y se deja que todos los enemigos marchen al Sur inpunemente, nos veremos en conflictos, porque al fin nos forzarán a una batalla con más tropas y más medios. Temo mucho y mucho que nos van a dejar solos en el Sur, y que evacuada la Capital nuestras tropas se estacionen en Lima. Desde allà meta U. todo el fuego que pueda para obligar a estos señores a obrar con firmeza y actividad."

"Quedarán en Lima de guarnición los CIVICOS y una compañía de artillería: y en el Callao el batallón BOGOTA con ochocientas o mil plazas y cuatrocientos artilleros."

"Dejaré las órdenes más terminantes para que no quede más que esta fuerza en Lima y en el Callao, y que todo, todo marche para Jauja aunque no sean bien organizados; porque lo más importante es situarnos sobre la cordillera y dejar a Pasco libre para que produzca algún dinero a Lima. Pocos recursos tendrá Lima en un mes para el ejército, no obstante que

aquí quedan cuarenta mil pesos en plata de piña, que no he querido tocar para nada, reservándolos para una urgencia; y también quedan más de cien mil pesos en tabaco...." (Carta de Sucre al Libertador, fechada á 13 de Julio de 1823, que se encuentra en las "Memorias del General O'Leary).

Con fecha 16 de Julio del mismo año le decía Sucre a Bolívar: "Esta madrugada han abandonado los enemigos su campo y se han puesto en retirada. El General Martínez con el batallón del Rio de la Plata, Rifles y los escuadrones de Granaderos ha marchado a perseguirlos. Se le han tomado algunos pasados y prisioneros; pero creo que tengan poca pérdida, porque el orden de marcha de los enemigos no deja lugar a la tropa a separarse ni dispersarse: con todo, las guerrillas no le permitirán el pase sin algún daño...."

Apenas se hubo alejado Canterac de Lima, el pueblo en masa se precipitó a las calles y plazas alborozado y lleno de júbilo, dando vivas a la Libertad, echáronse a vuelo las campanas de todos los templos; abrazáronse los ciudadanos contentos y alentados; y acto continuo instalóse la Municipalidad en sesión solemne para dictar las medidas tendientes a la seguridad pública. En ese momento el clarín de guerra anunció la entrada en la ciudad de las descubiertas de los patriotas, que fueron recibidas en medio de las más fervientes y calurosas aclamaciones de un pueblo frenético de alegría.

A poco llegó a la Plaza Mayor el General de Brigada don Tomás Guido con una compañía del batallón Rifles, pasando inmediatamente, en medio de una inmensa multitud, a la sala consistorial, con el objeto de participar a la Corporación Municipal que, de orden del General Sucre, iba a encargarse del Gobierno y cuidado de Lima. En medio de frenéticos aplausos y expresiones de alegria, se clausuró la sesión para entregarse los Concejales y la inmensa muchedumbre a toda clase de regocijos. Los soldados y el pueblo consiguieron apoderarse en las afueras de la ciudad de parte del botín que llevaban los invasores.

En la Gaceta de Lima, correspondiente al 19 de Julio de 1823, se decía: "Lima ha visto a los españoles apoderarse de su recinto, desnudar los templos, saquear las casas, violentar al sexo, quemar sus fábricas, insultar a sus habitantes, derramar la sangre de los sacerdotes e inocentes, y devastar sus campos...."

Llegado que hubo, en su retirada, el General Canterac al pueblo de Lurín, situado seis leguas al Sur de Lima, envió un batallón y los escuadrones de Husares de Fernando VII a cruzar la cordillera por Santo Domingo de los Olleros, que era el camino más recto para Tarma y Jauja. En el valle de Cañete, resolvió Canterac dirigirse a Huancavelica por Lunahuana remitiendo al Brigadier Loriga con una columnna para que se encargase del mando de la línea de Tarma a Pampas, y al

Brigadier Monet con una división por Ica a Córdoba. Molestados todos estos cuerpos por los guerrilleros patriotas, perdieron cosa de trescientos hombres, gran número de bestias y parte del botín que sacaron de Lima.

Recuperada esta ciudad por Sucre, delegó en el Marqués de Torre-Tagle las facultades que había recibido del Congreso Nacional, mientras volvía a Lima el Presidente Riva-Agüero, y resolvió ponerse al frente de la expedición que había marchado al Sur del Perú para auxiliar a Santa Cruz; de lo cual vamos a ocuparnos en capítulo aparte.

———

CAPITULO III.

Expedición del General Sucre al Sur.—Su arribo a Chala.—El General Santa Cruz con sus fuerzas llega a Arica.—El mismo con una parte de ellas ocupa a La Paz; y Gamarra con la otra se apodera de Oruro.—Derrota de los realistas en Pisco.—Combate de Zepita entre las tropas de Santa Cruz y las de Valdés.—El Virrey La Serna une sus fuerzas a las de Valdés, atraviesa el Desaguadero, y verifica su reunión con las de Olañeta en Sorasora.—Desastrosa retirada de Santa Cruz.—Pérdida del ejército que comandaba.—Derrota de Lanza en Alzuri.—El General Sucre ocupa a Arequipa.— Avanza hasta Apo en auxilio de Santa Cruz.—Sabe allí la dispersión del ejército patriota y retrocede a Arequipa.—Sucre evacua a esta ciudad, y los realistas se apoderan de ella.—La división auxiliar de Chile desembarca en Arica, y se regresa a Coquimbo.—Funestas rivalidades entre Torre Tagle y Riva-Agüero.—Llegada del Libertador a Lima, su pomposa y solemnísima recepción.—El Congreso le faculta para que termine las diferencias entre esta Corporación y Riva-Agüero.—Resultan frustráneas las medidas adoptadas por Bolívar para el objeto.—Solemne sesión del Congreso Peruano, en la que el Libertador reconoce la Soberanía Nacional.—El Congreso deposita en Bolívar la Suprema Autoridad militar en el Perú.—Descúbrese que Riva-Agüero se hallaba en tratos con los realistas.—Marcha el Libertador con una división a debelar la facción de Riva-Agüero.—El Coronel La Fuente toma prisionero a éste, y se evita la guerra civil.—Conducta desleal de Torre Tagle.

El futuro vencedor de Ayacucho partió del Callao el 19 de Julio de 1823, con rumbo al Sur, en la corbeta BOMBONÁ llevando el resto de las tropas expedicionarias. Estas y las que se habían embarcado antes se componían de tres mil doscientos cinco soldados; de los cuales dos mil quince eran colombianos, distribuídos en los batallones VENCEDOR, PICHINCHA y VOLTIGEROS, y un diminuto escuadrón de Húsares. El resto se componia de los batallones NUMEROS 4 Y 9 DE CHILE, de Dragones,

artilleria y Maestranza de la misma Nación y de ochenta y dos Guías del Perú.

El tres de Agosto del año indicado arribó Sucre a la caleta de Chala, punto señalado para el primer lugar de la reunión de las fuerzas expedicionarias; encontró en ese lugar al General Lara con cuatrocintos sesenta soldados de Voltigeros y todo el batallón VENCEDOR; y supo que el Pichincha y el resto de Boltigeros estaba en Quilca.

"Mi objeto en venir aquí, dice Sucre en carta dirigida a Bolívar, desde Chala, en 5 de Agosto de 1823, ha sido tan completamento lleno que si las cosas marcharan en un orden regular, tendríamos mucho de la campaña adelantado; pero todo anda como va todo en el Perú, y siempre que la guerra se dirija así, hay que contar con pocos progresos. Suponga U. que después de haber desembarcado el General Santa Cruz en Ilo tranquila y pacíficamente y que no tenía otra oposición a todo su ejército que Carratalá con setecientos hombres en Arequipa, yo debí pensar que aprovechando la ocasión habría caído sobre esta fuerza, y seguidamente sobre el Cuzco, donde por todo existían trescientos veteranos y ochocientos o mil reclutas acabados de tomar. Tenía tiempo para esto y para tomar el Apurímac antes que Canterac pudiera mandar ningún refuerzo. Contando con esto como una cosa que no podía dejar de suceder, para usar del único medio de aprovechar nuestra situación, yo traté de obrar en consecuencia viniendo a este punto, que es el único en que han quedado bestias en la costa, y que toma por la espalda a Parinacocha, y es el sólo lugar por donde el enemigo podía descabezar el Apurímac para venir al Cuzco. Al efecto de conseguir caballos, ganados y mulas adelanté al General Miller; y él ha proporcionado lo necesario para que pudiéramos marchar, si no comodamente, a lo menos con lo preciso para internarnos al Cuzco, que era el punto donde calculaba que podíamos alcanzar al General Santa Cruz; más no sucedió así. El General Santa Cruz, (según las noticias de un sujeto muy patriota y respetable) estaba el 20 del pasado en Moquehua y parece que sin pensar todavía en adelantarse, porque el 24 los enemigos poseían a Arequipa con mil doscientos hombres (todos montados), esperando la reunión de sus diferentes guarniciones con lo que contaban poner en operaciones tres mil hombres y con otros tres mil de Valdés, la cosa es más seria."

Tiempo es ya de que hablemos de la expedición de Santa Cruz. Se recordará que dijimos que el 15 de Junio de 1823 se reunió aquella al frente de Iquique. De aquí dispuso que un destacamento de cuatrocientos hombres, a las órdenes del Coronel Eléspuru, se dirigiese a Arica, con el objeto de sorprender dos compañías de caballería realista, situadas en el valle de Azapa, una legua al interior. El valiente Eléspuru procedió con tanta actividad, que en la noche del 16 logró hacerlas prisioneras; y se apoderó, además, de ciento treinta y nueve caballos y doscientas tres mulas.

El 18 de Junio todas las tropas expedicionarias aterrizaron en Arica; y una parte de la caballería se posesionó inmediatamente de Tacna. El Coronel Pardo de Zela con dos compañías se hizo a la vela para Quilca, a fin de llamar la atención del enemigo, y evitar que la guarnición de Arequipa molestase el flanco izquierdo del ejército de Santa Cruz, en su marcha al interior. En seguida avanzó éste sobre Moquehua, donde se adoptaron las medidas tendientes a realizar el plan de operaciones.

Santa Cruz dividió sus fuerzas en dos cuerpos, uno de los cuales confió al General Gamarra, su segundo en el mando, y el otro lo puso a sus órdenes inmediatas. Santa Cruz con su división salió de Torata el 23 de Julio hacia el Desaguadero, por la Cordillera de Iscuchaca; y Gamarra marchó con la suya hacia Oruro, por el camino de Tacora y San Andrés de Machaca.

Sin más inconvenientes ni sufrimientos que los propios de la rigidez del clima y de lo escabroso de los caminos, Santa Cruz tomó posesión del puente del Inca, por el cual atravesó el río del Desaguadero; y el 7 de Agosto de 1823 se apoderó de la ciudad de La Paz, cuya pequeña guarnición la abandonó, dejando en poder de los patriotas todos los pertrechos y repuestos militares.

La división de Gamarra llegó el 10 del propio mes y año a Calamarca, donde se topó con una división realista de mil quinientos hombres comandada por el Brigadier Olañeta, quien se replegó sobre Potosí, contentándose Gamarra con seguir su movimiento a Oruro, en donde encontró algunas piezas de artillería y cantidad de pertrechos militares.

Antes que el General Gamarra ocupase a Oruro, se le unió con seiscientos hombres el infatigable y valiente Coronel Lanza, Comandante de una guerrilla, que se había mantenido firme y con admirable constancia, durante seis años, haciendo frente a todos los esfuerzos de los españoles para desalojarlos de los valles orientales de La Paz.

Al mismo tiempo, o sea, el 11 de Agosto de 1823, en Pisco a cuatrocientas leguas al Norte de Calamarca, tres escuadrones realistas habían sido derrotados por los montoneros peruanos, ayudados por un destacamento de GRANADEROS A CABALLO, mandado por el Teniente Coronel Bogado.

Bajo muy buenos auspicios había empezado, pues, la campaña del General Santa Cruz. Todo parecía concurrir al éxito feliz de ella; pudiendo decirse que, LA FORTUNA SE ANTICIPABA A SUS PASOS, SEGUN EXPRESION DEL MISMO SANTA CRUZ; quien parece estaba tan seguro de su triunfo, que no aceptó los ofrecimientos de ayuda y cooperación que Sucre le había hecho desde Chala.

Mientras tanto el infatigable y activo General realista don Jerónimo Valdés, que según indicamos partió de Lima, el 2 de Julio, siguió su marcha por Andahuaylas y Sicuani a Puno, donde se reunió con Carratalá habiendo recorrido un

día con otro, a razón de siete leguas diarias, durante un mes y medio. El General Santa Cruz se hallaba en posesión tranquila de la parte del Alto Perú, comprendida entre el puente del Inca sobre el Desaguadero y Oruro, teniendo su cuartel general en La Paz. El General Gamarra se encontraba en Oruro, de manera que las dos divisiones del ejército patriota estaban a cincuenta leguas de distancia.

En cuanto supo Santa Cruz que Valdés se aproximaba, marchó desde La Paz al puente del Inca para defender el paso del Desaguadero; y dejando un destacamento de cada batallón en el puente indicado, continuó su marcha sobre Zepita, donde se había situado el General realista Valdés. La fuerza de éste se componía de los batallones VICTORIA, PARTIDARIOS, un destacamento del primer regimiento de infantería, setecientos jinetes y cuatro piezas de campaña, que daban un total de mil ochocientos hombres. Santa Cruz tenía poco más o menos mil doscientos infantes, distribuídos en los batallones de la LEGION, CAZADORES, NUMEROS 2º y 4º, cuatrocientos caballos y dos piezas de campaña.

El 25 de Agosto de 1823 se verificó el combate de Zepita, entre las fuerzas de Valdés y Santa Cruz.

Al avistarse las dos divisiones principiaron a batirse, el Coronel Cerdeña, a la cabeza del batallón de la LEGION, iba atacando bizarramente cuando fue gravemente herido, y, al verle caer, su tropa vaciló y fue rechazada: y ya el batallón de Cazadores principiaba a ceder el terreno y el NUMERO 2º manifestaba igual disposición, cuando una brillante carga dada por los HUSARES, digida por el Mayor Soulange y el Comandante Aramburo, cambió la suerte del combate (en favor de los patriotas). Los individuos de este regimiento, cuyo Coronel y Oficiales superiores eran extranjeros, no dieron cuartel, con arreglo a la declaración que habían hecho. Animados los soldados de los mismos sentimientos, se batieron con un valor desesperado. Valdés tuvo que replegarse a Pomata, y Santa Cruz repasó el Desaguadero por el puente para aproximarse a Gamarra, que aun estaba en Oruro" (Memorias del Generl Miller).

Esta acción fue calificada por Miller de indecisa; y ciertamente puede decirse que ninguno de los dos combatientes se llevó la palma de la victoria, aunque uno y otro se titularon vencedores.

"En Zepita, decía Valdés al Virrey La Serna, hubiéramos concluído gloriosamente la actual campaña si la caballería de esta división hubiera podido cumplir como la bizarra infantería."

El Virrey, en cuanto supo el desembarco y progresos de Santa Cruz, salió del Cuzco con las fuerzas de que disponía; y el 28 de Agosto de 1823 se incorporó con las que tenía Valdés en Pomata, y en seguida continuó su movimiento al Sur. Dividió, al efecto, su ejército en dos divisiones de infantería, que puso a las órdenes de Carratalá y Villalobos. Con la caballería formó otra, al mando del Coronel Ferraz, y nombró

Jefe de Estado Mayor General a Valdés. Al mismo tiempo previno al General Canterac que se trasladara al Cuzco para cuidar de la conservación de esta provincia y de la de Puno, expuestas a las incursiones del General Sucre, desde que éste ocupase a Arequipa. Adoptadas estas medidas, y sabedor de que el puente del Inca se hallaba fuertemente defendido por fuerzas patriotas, La Serna se puso en marcha para el bado de Calacoto, distante cuarenta leguas al Oeste de dicho puente; y el 3 de Septiembre atravesó en balsas el río del Desaguadero.

Trasladado el Virrey a la margen izquierda de este río, ocupó sucesivamente a la hacienda del Marqués y a las pampas de Viacha; y continuando su avance por Calamarca, Molinos, Sicasica, Panduro y Quererani, llegó el 11 de Septiembre al lugar denominado Sepulturas, con el objeto de ponerse en comunicación con Olañeta, como lo consiguió aquella misma noche, habiendo verificado una marcha de sesenta y cuatro leguas en ocho días. La Serna tomó una fuerte posición en Sepulturas para esperar en ella la llegada del Brigadier Olañeta con dos mil quinientos hombres, que estaban ya en marcha desde Potosí.

Santa Cruz se había reunido el 8 de Septiembre con Gamarra en las inmediaciones de Oruro; y aunque el primero aseguró que quiso obligar al Virrey a una batalla, lo cierto fue que maniobrando éste diestramente para evitar el combate, unió sus fuerzas con las de Olañeta en Sorasora, seis leguas al Suroeste de Oruro, el 14 de Septiembre de 1823.

"Si Santa Cruz, dice Miller, en vez de ir a Oruro, hubiese mandado a Gamarra que se le uniese en las cercanías de Viacha, habría obtenido la ventaja de asegurar su retirada a Puno por el puente del Inca, que, defendido por una corta fuerza, hubiera obligado a los realistas a hacer otro gran rodeo, el cual habría dado tiempo a Santa Cruz para reunirse con Sucre, que estaba en marcha desde Arequipa, o, si lo hubiese preferido, dirigirse a Potosí y abrir comunicación con Urdininea y Arenales, que se hallaban en la provincia de Salta. En cualquiera de estos casos su retirada la hacía por puntos donde no sólo hallaría los recursos necesarios para subsistir; sino que habría sido reforzado; pero, desgraciadamente, no se decidió a plan alguno, hasta que no le quedó otra alternativa que retirarse a la costa."

En cuanto se verificó la reunión del Virrey con Olañeta, principió Santa Cruz su retirada hacia el puente del Inca sobre el Desaguadero, con la esperanza de encontrar la división de Sucre, cuya cooperación no había querido aceptar días antes, engreído con el dudoso triunfo de Zepita, y que ahora la buscaba como su única tabla de salvación. Los realistas le siguieron inmediatamente, y al amanecer del día 17 de Septiembre se presentaron a la vista del ejército de Santa Cruz, en Sicasica. El Coronel Brandsen a la cabeza de la caballería, que tanto se distinguió en Zepita, cubrió la retaguardia y fue

conteniendo al enemigo, durante el trayecto de nueve leguas, hasta Ayoayo; sin embargo los patriotas perdieron en la marcha de aquel día muchos soldados por la deserción y muchos bagajes.

En Ayoayo, Santa Cruz, dando oidos a las súplicas de los oficiales y satisfaciendo los ardientes deseos de los soldados, habría hecho frente al ejército realista y admitido la batalla que se le ofrecía; pero, por equivocación, la artillería patriota había tomado un camino diferente. En consecuencia, Santa Cruz continuó su precipitada fuga. "Un terror pánico se apoderó de todos; siguió la insubordinación, y, como debía suceder, se dispersó el ejército." (Memorias de Miller).

Patriotas y realistas sufrieron en Ayoayo los rigores de una gran nevada. Con tal motivo perecieron muchos extraviados de uno y otro bando; y el Virrey se vió obligado a permanecer en aquel lugar, desde donde destacó al General Valdés con ochocientos infantes y una parte de la caballería para que continuase la persecución del ya deshecho ejército de Santa Cruz.

Valdés envió al Capitán Martín con un escuadrón escogido adelante, y este oficial alcanzó en Viacha, en la noche del 18 de Septiembre de 1823, a doscientos lanceros patriotas que mandaba el Teniente Coronel Nabajas; y los destruyó completamente, logrando escapar a duras penas este Jefe y cuarenta jinetes.

A pesar de tantos reveses, Santa Cruz repasó el Desaguadero con la gente que le había quedado, y situó una compañía a la derecha de este río, para obstar el paso de los realistas y poder, de esta manera, ganar tiempo en su retirada. Para colmo de las desgracias de los patriotas, el Oficial encargado de esta defensa, se rindió sin la menor resistencia, dejando expedito y libre el paso del Desaguadero a las tropas reales. En consecuencia, el Virrey con sus tropas ocupó a Zepita el 22 de Septiembre.

"Los fugitivos del ejército de Santa Cruz tomaron el camino de Ilo por Santa Rosa y Moquehua, cometiendo grandes desórdenes en la marcha. Sobre mil trescientos hombres llegaron a embarcarse en los transportes; pero trescientos húsares de la LEGION embarcados en uno de ellos fueron apresados por un corsario español y enviados a Chiloé. Cerca de treinta oficiales de diferentes cuerpos fueron transbordados al corsario, el cual se fue a pique. El bizarro Soulange, Correa, Hill y muchos otros beneméritos oficiales, entre los cuales estaba el Marqués de San Miguel, perecieron con cuantos estaban a bordo. De este modo, de siete mil hombres, número a que Santa Cruz había aumentado sus fuerzas, menos de mil llegaron a Lima. Santa Cruz fue a bordo de la O'Higgins, donde el generoso Almirante Guisse recibió a su amigo en la adversidad, con dobladas muestras de finura, de estimación y aprecio." (Memorias de Miller).

El impertérrito Coronel Lanza, que había sido destacado del ejército patriota, al llegar éste a las inmediaciones

de Sicasica; y que había engrosado su partida hasta llegar a mil hombres con los enfermos, convalecientes y extraviados de las tropas de Santa Cruz, se dirigió a las montañas de Cochabamba. El Brigadier Olañeta que, por orden del Virrey, había tomado ya posesión de la ciudad de La Paz, salió de ésta y alcanzó a Lanza cerca de Alzuri el 16 de Octubre de 1823, y lo derrotó completamente; logrando salvarse este Caudillo con un pequeño número de los suyos, que se refugiaron en las montañas.

Hablando de esta campaña, dice el General García Camba: "Las extraordinarias marchas ejecutadas en ella por los defensores del dominio español exceden todo encarecimiento; los mismos soldados realistas la apellidaron por chiste LA CAMPAÑA DEL TALON."

Deshecho el ejército de Santa Cruz, el Virrey La Serna continuó su marcha en demanda de la división colombiana comandada por el General Sucre. Tiempo es de que nos ocupemos ya de las operaciones de este General.

Del Puerto de Chala se dirigió al de Quilca; pero un recio temporal que duró muchos días dispersó a la escuadrilla que conducía al ejército republicano. Con tal motivo unos buques recalaron a Chala, otros avanzaron a Quilca; hasta que, al fin, todos ellos averiados fueron entrando en este último puerto, encontrándose en un territorio sin agua ni subsistencias, un arenal ardiente, semejantes a los yermos de Arabia. El 28 de Agosto de 1823, avanzó el General Sucre con su división al valle de Vitor; de allí destacó el General Miller con ciento cincuenta jinetes y algunos infantes montados, quien entró en Arequipa el 30 del mismo mes y año. El Coronel realista don Mateo Ramírez que la ocupaba con ochocientos hombres, se retiró después de un pequeño tiroteo con una partida patriota mandada por el bizarro Comandante don Isidoro Suárez.

En consecuencia, el 1º de Septiembre Sucre tomó posesión de Arequipa cuyos habitantes le recibieron con entusiasmo y le prestaron toda clase de auxilios. La ocupación de esta cuidad era una acertada operación, porque le proporcionaba a Sucre todos los recursos de la comarca, y llamando la atención del enemigo podía obligarle a distraer alguna fuerza sobre aquel lugar; flanqueábale, además, por su espalda; y le ponía en aptitud de maniobrar libremente desde Quilca hasta Arica.

Desventuradamente vino a frustrar todos los planes de Sucre la pérdida del ejército comandado por Santa Cruz, de cuya conducta se queja aquel General en carta dirigida al Libertador, desde Arequipa, con fecha 25 de Septiembre de 1823, y la censura, en los términos que siguen:

"....Hay dos cosas muy graciosas en estas circunstancias, las cuales admirará U. como yo lo estoy hasta el aturdimiento: la una es que Santa Cruz teniendo cinco mil hombres y un río por medio, como el Desaguadero, haya permitido a su vista y paciencia reunir tropas venidas de Lima con las

que estaban en el Potosí, consintiendo que los enemigos formen un cuerpo de seis mil hombres, cuando él los encontró tan en detal, que aquí había mil quinientos, en Sicuaní mil con Olañeta, secciones todas dispersas, y solo había de formal lo que trajo Valdés de Lima que estaba atrasado. Lo segundo es que si Santa Cruz preveía que no tenía los medios de evitar la reunión, ¿cómo jamás me ha hecho conocer sus operaciones y me ha ocultado todo? En su carta del 30 de Agosto, fechada en el Desaguadero, nada, nada me dice, sino hablarme de la acción de Zepita, y no me indicó siquiera su retirada a Oruro, y la necesidad de concentrarnos antes; me habló de alejarnos más, proponiéndome que yo fuese para el Cuzco. Sin embargo, para mostrar nuestra buena disposición, yo he movido el ejército a las catorce horas de recibir su insinuación, no obstante que este es un país infernal en donde es menester poner desde la leña hasta el agua para comer la tropa en el tránsito. . . . No puedo negar a U. que marcho con una desconfiianza de que no hay la menor idea, porque cada vez temo más que la división va a perderse, o en combates con el enemigo, o entre los disgustos que han de consumirnos. Creo poder repetir a U., por quinta u octava vez, que debemos considerar las tropas colombianas más perdidas que aventuradas."

"La campaña presentó un semblante risueño después de la accíón de Zepita, aun como ella fue; pero no estaba en cálculo de nadie, que Santa Cruz permitiera la reunión de Valdés con Olañeta: me tiene abismado que, bajo la vista de cinco mil hombres, háyase ejecutado una tal operación, añadiendo el río que naturalmente lo dificulta y que Valdés tendría poco más de tres mil hombres. Yo no dudé indicar a U. la risueña vista de la campaña, pero pienso que me engañé en esto, porque también me engañaron en las noticias. . . ."

". . . .Si yo me hubiera internado un mes antes y reuníndome con Santa Cruz, las cosas tendrían otro semblante; pero las intrigas de Riva--Agüero para demorar mi expedición, y la idea de Santa Cruz de que estemos separados nos ha puesto en el aprieto en que estamos. . . . "

El General Sucre, a pesar de que Santa Cruz no quiso admitir la cooperación que le ofreció, salió de Arequipa con dirección a Puno, con el doble objeto de sostenerle en caso de un revés, o alcanzar mayor fruto en el de una victoria; pero al llegar a Apo (doce leguas de Arequipa) supo la total dispersión del ejército de Santa Cruz y la proximidad de las tropas realistas. Efectivamente el Virrey y Valdés avanzaban desde Puno, mientras Canterac que había llegado al Cuzco emprendía su marcha con cinco mil hombres hacia Arequipa por el Despoblado. En tales circunstancias, Sucre tuvo que contramarchar para eludir un encuentro con fuerzas tan superiores a su frente, teniendo, al mismo tiempo, amenazada su retirada a la costa por Canterac.

Llegado que hubo Sucre a Arequipa salió para Moquehua, donde tuvo una entrevista con los Generales Santa Cruz y Gamarra, que se hallaban en este último lugar de paso para embarcarse en Ilo; y el 6 de Octubre regresó el General venezolano a Arequipa. En seguida la infantería patriota principió su retirada hacia Quilca, pero la mayor parte de la caballería permaneció en aquella ciudad, teniendo un piquete establecido en Cangallo, cuatro leguas distante sobre el camino de Apo.

Mientras tanto el Virrey y Valdés habían llegado con todas sus fuerzas a Pati, desde donde salió destacado el Coronel Ferraz con ciento cincuenta jinetes y doscientos cincuenta infantes bien montados con el objeto de sorprender a los patriotas que todavía permanecían en Arequipa. Ferraz había tomado la senda del Botadero para dirigirse a esta ciudad, pero habiéndose perdido por la oscuridad de la noche, algunos de los soldados de aquel Jefe anduvieron errantes y fueron a parar en Cangallo, donde dieron la voz de alarma al piquete patriota establecido en este punto. Una hora antes del amanecer del 8 de Octubre de 1823, recibió Sucre la noticia de la proximidad de los realistas. Entonces el General Miller montó a caballo para reconocerlos; y viendo que el destacamento de Ferraz avanzaba rápidamente hacia la ciudad, volvió al galope para informar a Sucre de tal acontecimiento.

El Teniente Coronel Raulet con su escuadrón salió a disputar con mucho valor la entrada del enemigo en Arequipa; pero habiendo sido rechazado con pérdida considerable, retiróse a las calles de la ciudad, donde aun dió algunas cargas brillantes, viéndose, no obstante de ello, obligado a desalojarlas.

El General Miller actor principal en estos sucesos los refiere de la manera que sigue:

"El General Sucre estaba en la plaza mayor (de Arequipa), cuando los realistas entraron en ella, y mandó al General Miller se pusiese a la cabeza de los patriotas que se retiraban, reducidos ya a ciento cuarenta caballos, por las pérdidas que habían experimentado, y porque el destacamento de DRAGONES de Colombia había marchado con la infantería."

"Antes que Sucre saliese de la plaza, algunos individuos del Clero y uno o dos de la Municipalidad, que habían hecho grandes protestas de patriotismo, hicieron repicar las campanas en celebridad de la entrada de los realistas, y al mismo tiempo sacaron desde un balcón el retrato del Rey Fernando. Los más adelantados de la caballería española siguieron y lancearon a los patriotas, cuando iban cruzando mezclados por las calles y el puente para salir del pueblo al campo, y formar otra vez en el desierto de cuatro leguas de ancho hasta Uchumáyo. Al atravesar vió Miller una oportunidad favorable para volver caras y cargar a unos cien hombres que los perseguían más de cerca. Este General había hecho todo lo

posible para animar el espíritu abatido de la tropa, y ya parecía contenta y estar dispuesta a hacer el último esfuerzo, tanto más cuanto tenían la ventaja del número. En esta confianza, mandó volver caras y cargó; pero fueron otra vez completamente rechazados. La tropa no desplegó su acostumbrado valor, pues aun estaba desanimada por los acontecimientos que habían ocurrido, los cuales habían animado en inversa proporción a los realistas. Los patriotas que se salvaron del primer choque huyeron a todo escape. Varios dragones realistas, que quizá habrían servido anteriormente en el ejército patriota y habrían sido hecho prisioneros, reconocieron al General, y saludándole por su nombre, le invitaron a que se rindiese, y procuraban cortarle y salirle al frente en cualquiera dirección que tomaba, pero como estaba bien montado y hacía su retirada por un inmenso arenal burló todos sus esfuerzos; es, sin embargo, digno de notarse que no hubo uno que le hiciese fuego, a pesar de que le seguían tan de cerca. Los realistas estaban demasiado fatigados para seguir más allá de las inmediaciones de Uchumayo, en cuyo pueblo permaneció Miller con un oficial y dos o tres ordenanzas hasta obscurecido, para asegurarse si el enemigo intentaba aproximarse en seguida a la costa o permanecía en Arequipa."

Los Generales Sucre, Lara y Alvarado, Jefe del Estado Mayor, se embarcaron en Quilca y dieron la vela hacia el Norte. De aquel puerto, y con fecha 11 de Octubre de 1823, le escribía Sucre a Bolívar lo que sigue:

"Mis temores respecto a la campaña del Sur se han verificado. El ejército del Perú no existe, y cinco mil hombres perfectamente situados, con bastante moral, en un país, patriota, y en la oportunidad de haber libertado al Perú, no tiene ya sino los recuerdos de sus faltas para contemplar su disolución sin una sola batalla. Nadie sabe porque se ha perdido el ejército. Santa Cruz cuando le he preguntado por qué no libró su suerte a una batalla, me ha respondido que cuando trató de darle, se le había extraviado el parque, con artillería, etc. y que no le pareció hasta los dos días en que ya disminuído hasta en la mitad de la fuerza, no le era posible emprender nada. Lo cierto es que se ha perdido el ejército con la más grande vergüenza, y por una fortuna no he perdido estos cuerpos que debieron ser envueltos en la ruina de los del Perú. . . . . ."

". . . . . Todavía estoy admirado de cómo pasó La Serna el Desaguadero por donde cien infantes se le hubieran impedido: más asombroso es que pudiera reunirse Olañeta, y no sé como es que Santa Cruz habiendo hallado tan débiles guarniciones no batió ninguna y se entretuvo en marchas y contramarchas sin el menor provecho ni utilidad. . . . ."

Esta fue la primera campaña que hicieron las tropas auxiliares colombianas en el Perú al mando del futuro vencedor de Ayacuho, campaña que duró tres meses; y aunque no tuvo los resultados favorables que se proponía Sucre, este

benemérito General conservó incólume su ejército para las ulteriores campañas que dieron al traste con la dominación española en el antiguo Imperio de los Incas.

El General Sucre se mantuvo algunos días en Quilca, en espera del arribo de la anunciada expedición chilena, pero cansado de aguardarla se dió a la vela y llegó a Pisco el 20 de Octubre de 1823, donde dejó el ejército, y se fue a Lima a conferenciar con el Libertador que, como luego se referirá, había llegado ya a aquella Capital. De allí regresó inmediatamente, reembarcó las tropas, y las puso en tierra al Norte del Callao para contribuir al plan ideado por Bolívar de someter por la fuerza a Riva-Agüero, y de prepararse, sin más demora, para la campaña de la sierra, que Sucre llevaba en mientes desde hacía un año.

En cuanto llegó Sucre a Lima, pidió al Supremo Gobierno de la República que sometiera a un juicio militar las operaciones de la campaña del Sur. En contestación, el Ministro de Guerra y Marina don José de Piñera le dirigió un oficio muy satisfactorio que termina con estas palabras:

"... Bajo este supuesto, (el de haber salvado su división), no le ha parecido a S. E. un acto de justicia prestar por esta vez su acción a la solicitud de V. S., y me previene indicarle que cuando se llegue el caso de que se forme el Consejo de Grerra correspondiente al General Santa Cruz, entonces resultará que el benemérito General Antonio José de Sucre, si no recogió laureles en los campos de Arequipa, tampoco obscureció las glorias que ha adquirido de los de Colombia. ..."

"Y si no fuera bastante a su gloria (le de Sucre) el fallo de aquel Gobierno, encargóse la Historia, el juez más alto y angusto de los hombres públicos, de inmortalizar su veredicto sobre esta campaña con la pluma magnífica del ilustre escritor peruano, doctor Paz Soldán, quien condensa sus jucios en estas frases que recuerdan los de Tácito, severos y grandiosos: EN ESTA CAMPAÑA COMPROBO SUCRE, dice, SU PRUDENCIA Y PATRIOTISMO, Y SE LLENO DE HONOR." (Villanueva---Obra citada).

Mientras Sucre se dirigió por mar con el grueso del ejército al Norte, el General Miller, con la caballería dispersa y una compañía de infantería, recibió orden para efectuar su retirada a Lima, por tierra, dirigiéndose por el camino de Camaná, Ocaña, Carabelí, Chala, Nasca e Ica, debiendo recorrer una extensión de más de doscientas leguas, como así lo verificó aquel activo, valiente y denodado General, llegando a la Capital del Perú con seiscientos caballos y mulas y cuatrocientas cabezas de ganado vacuno, que llevó consigo para el ejército patriota acantonado en aquella ciudad. Miller fue perseguido por los realistas hasta Lucanas, por espacio de ciento diez leguas.

"Durante esta persecución, recurrieron los Generales realistas a estratagemas para sacar dinero de los patriotas ricos.

Entre otros casos, el General Canterac se apeó en la casa del doctor Saens, Rector de Chumpi, y se anunció coma Oficial patriota. En el acto prepararon una excelente comida para el nuevo huésped y los cinco o seis oficiales que le acompañaban; en el curso de la conversación procuró Canterac sonsacar al Cura la opinión que tenía formada de los diferentes Generales realistas; pero cuando llegó a hacer con fuego la que tenía del mismo Canterac, éste no pudo fingir por más tiempo, se dió a conocer, multó en cinco mil duros al incauto Cura y le hizo marchar preso hasta que pagó aquella suma. En Coracora dió igual chasco el mismo General al Cura del pueblo, y castigó con la propia severidad su ligereza en hablar. Estos Curas y otros que estaban en su caso, escribieron después al General Miller noticiándole la trama que les había urdido y su inadvertencia. Después de la capitulación de Ayacucho, contó a Miller las mismas aventuras el Brigadier Bedoya, el cual había acompañado a Canterac, y hablaba de ellas como burlas muy graciosas." (Memorias del General Miller).

Para colmo de las desgracias de los patriotas, en el momento en que se estaba reembarcando en Quilca la infantería de Sucre, llegaron procedentes de Valparaíso a Arica dos mil chilenos a las órdenes del Coronel Benavente; pero este Jefe fue reemplazado en el mando de la tropa auxiliar por el General chileno Pinto, el cual había convenido en que a la salida del General Sucre de Quilca, ocuparían los chilenos a Iquique, o bien se trasladarían a cualquiera de los Puertos Intermedios, con objeto de conservar siempre una fuerza patriota en aquellas provincias, hasta que se pudiera enviarles refuerzos de Lima. Pinto, cuya energía había disminuído considerablemente con motivo de los acontecimientos de las últimas campañas, y noticioso, según un historiador, de que Bolívar trataba de incorporar su gente a las tropas colombianas, regresó a Chile con aquella, inutilizando y echando al agua los hermosos caballos que habían venido con la expedición, sin órdenes y en contradicción de lo que había pactado con Sucre.

El Virrey La Serna, después que ocupó a Arequipa, dió una nueva organización a sus tropas, formando de ellas dos ejércitos, que denominó uno del Norte y otro del Sur. El primero lo puso a las órdenes del Teniente General don José Canterac, y el segundo a las del Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés. El primero se dirigió con sus fuerzas desde el valle de Mages a Huamanga, para situarse otra vez en el de Jauja; y el segundo con las suyas debía permanecer en las provincias de Arequipa, Puno, etc. El Virrey, hecho este arreglo, regresó al Cuzco, lugar de la residencia del Gobierno, y punto central, desde donde podía atender a todas las operaciones de la guerra.

Al mismo tiempo que se verificaban estos sucesos tan fatales para la causa de la Independencia del Perú, la discordia

civil y la más espantosa anarquía se habían enseñoreado del territorio ocupado por los patriotas. En efecto, el Marqués de Torre Tagle, en quien, según se recordará, delegó Sucre las facultades que había recibido del Congreso, cuando marchó con su expedición en auxilio de Santa Cruz, se propuso usurpar el poder, reteniéndolo en sus manos, para lo cual alentó a los enemigos de Riva--Agüero, y halagó a los Diputados que se encontraban en Lima para constituir el Congreso y desconocer la autoridad de su rival. Enconáronse los partidos: los Diputados partidarios de Riva--Agüero fueron expulsados del país; éste, a su vez, protestaba desde Trujillo contra Torre Tagle y el Congreso; y reunía tropas en el Norte para someterlos a su obediencia. En estas circunstancias, el Congreso, arrebatado de cólera, depuso a Riva Agüero, declarándole traidor a la Patria, y nombró Presidente del Perú al Marqués don José Bernardo de Torre Tagle.

"Empero, dice un historiador, cuando más violenta era la situación, porque estaban ya para irse a las manos las fuerzas de los dos pretendientes, cundió de súbito la noticia de que el bergantín Chimborazo, a cuyo bordo navegaba el Libertador, estaba al amanecer del 1º de Septiembre (1823) a la vista del puerto del Callao. Un repique general y la voz estruendorosa del cañón, anunciaron que el Padre de Colombia había puesto su planta olímpica sobre el ensangrentado suelo del Imperio del Sol."

"Los partidos quedaron atónitos; al paso que el pueblo, enloquecido de entusiasmo, corrió al camino real del Callao para recibir en sus brazos al Caudillo armipotente, vengador de la raza americana."

"Jamás mortal alguno recibió honores más grandiosos."

"A las tres de la tarde penetró por entre la muchedumbre de Lima; no a manera de los conquistadores arrastrando tras sí prisioneros encadenados, sino como el gran LIBERTADOR DEL NUEVO MUNDO, que infundía en todas las almas, con su mirada mágica, la redentora esperanza de un venturoso porvenir, basado en la Independencia y en la Libertad."

Indispensable es tratar de los antecedentes que originaron la venida al Perú del incomparable, del magnánimo guerrero llamado por antonomasia el Libertador, título honrosísimo a que se hizo acreedor el inclíto caraqueño don Simón Bolívar.

Sabido es que este incomparable varón con el don milagroso de su genio había creado y formado la gran República de Colombia, que en el año de 1823, había llegado a un grado excelso de gloria y poderío. Hablando de Bolívar, dice un historiador:

"De indios descalzos, como los soldados galos, sin escudos, que galopaban sobre sus caballos en sillas de cuero crudo, formó centauros, que rendían con sus lanzas las escuadrillas del Apure; titanes que trepaban las altísimas cumbres de los Andes a templar sus armas en las llamas de los vol-

canes, niños héroes, como el ángel mártir que espanta a Boves en San Mateo, incendiando los cielos, para consumar el holocausto más grandioso por la patria que nunca jamás vieron los siglos."

Con la gloriosa batalla de Pichincha y la capitulación de Pasto quedó consumada la Independencia de Colombia la Grande; pero no había terminado la sublime misión de Bolívar. Este hombre providencial estaba llamado a conducir los invencibles tercios colombianos desde las orillas del caudoloso Orinoco hasta el argentado Potosí. Sentíase impulsado a ello por una mano invisible y poderosa; y todo su empeño, su más ardiente deseo, era realizar, cuanto antes, tan grandioso proyecto.

Vimos ya que, en cuanto llegó a Guayaquil, en Julio de 1822, envió una división colombiana en auxilio del Perú, la que regresó a principios del año siguiente. Vimos, también, que inmediatamente que recibió la invitación del Gobierno del Perú, por medio del General Portocarrero, remitió Bolívar al mismo territorio los batallones de la guardia colombiana VENCEDOR, VOLTIGEROS, PICHINCHA, RIFLES y BOGOTA.

El Presidente del Perú envió una segunda diputación, compuesta del Marqués de Villa Fuerte y del Coronel J. Francisco de Mendoza, A INSTAR AL LIBERTADOR A DIRIGIR LAS OPERACIONES DE LA CAMPAÑA, MANIFESTANDOLE QUE SIN SU PRESENCIA ALLI CREEN INUTILES CUANTOS ESFUERZOS HAGAN LOS ESTADOS DEL MEDIODIA PARA DESTRUIR EL EJERCITO ESPAÑOL.

A pesar de su ardiente deseo de satisfacer el anhelo de los peruanos, Bolívar se vió obligado a reprimirlo, respetando las instituciones fundamentales de la Nación de la cual era Presidente; y resolvió esperar en Guayaquil el permiso que había solicitado del Congreso de Colombia para poder trasladarse al Perú. Además de este motivo, nuevos disturbios ocurridos en la indomable y ultra-realista provincia de Pasto, exigieron su presencia en el departamento del Ecuador.

Referimos ya que el Libertador en persona, con las fuerzas que reunió, derrotó al rebelde Jefe pastuso Agustín Agualongo en Ibarra. Después de este triunfo, regresó a Quito, donde le aguardaba la tercera embajada del Perú. Las invitaciones anteriores habían sido hechas a nombre del Poder Ejecutivo de aquella Nación: ésta provenía directamente del Congreso. Don José Joaquín Olmedo, el antiguo Presidente de la Junta de Guayaquil, que ocupaba una curul en el Congreso Peruano, era el miembro principal de la comisión. Esta circunstancia le fue muy grata a Bolívar, quien recibió al futuro cantor de sus glorias, con suma cordialidad. Olmedo manifestó el objeto de su misión al Libertador, en un brillante discurso, en el que, entre otras cosas, se dice:

"Señor: el Congreso del Perú ha querido fiar a una di-

putación de su seno el honor de renovar a V. E. sus sentimientos de consideración y gratitud, y de reiterarle los ardientes deseos de que su presencia vaya a poner un fin pronto y glorioso a los males de la guerra."

"Los enemigos han ocupado la Capital de la República. La devastación precede y sigue por todas partes la marcha del engreído y sanguinario Canterac, todas las huellas de sus pasos quedan cubiertas de sangre y de cenizas....Pero pasada la tempestad presente, parecerá más hermosa la Libertad sentada sobre ruinas...."

"Y todos los ojos, todos los votos se convierten naturalmente a V. E. V.E. acaba de quebrantar con pie firme la última cabeza de la hidra de la rebelión, y nada puede impedirle de satisfacer unos votos de que pende la libertad de un gran Estado, la seguridad del Sur de Colombia y la corona del destino del pueblo americano. Rompa V. E. todos los lazos que le retienen lejos del campo de la batalla. Después de la revolución de tantos siglos, parece que los oráculos han vuelto a predecir que tantos pueblos confederados en una nueva Asia por la venganza común, de ninguna manera podrán vencer sin Aquiles. Ceda V. E. al torrente que quizá por la última vez le arrebate a nuevas glorias."

"Estos son los votos que por nuestro medio transmite a V. E. el Congreso peruano, en la segura y firme esperanza de que V. E., como hasta ahora, será siempre fiel a sus comprometimientos con la patria y con la victoria"

El Libertador contestó: "Señor Diputado: mi religioso respeto por las instituciones de Colombia ha sido premiado por una victoria que el Cielo ha querido conceder a nuestras armas destruyendo para siempre los elementos de la guerra civil."

"Mucho tiempo há que mi corazón me impele hacia el Perú: mucho tiempo há que los más valientes guerreros de toda la América colman la medida de mi gloria, llamándome a su lado; pero yo no he podido vencer la voz del deber que me ha detenido en las playas de Colombia. He implorado el permiso del Congreso general para que me fuese permitido emplear mi espada en servicio de mis hermanos del Sur: esta gracia no me ha venido aún. Yo me desespero en esta inacción, cuando las tropas de Colombia están entre los peligros y la gloria, y yo lejos de ellas."

"Señor Diputado: yo ansío por el momento de ir al Perú; mi buena suerte me promete que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas y el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar, hasta que el Nuevo Mundo no haya arrojado a los mares todos sus opresores."

El compañero de Olmedo era el Diputado del Congreso del Perú don José Sánchez Carrión, hombre de relevantes cualidades, erudito y patriota, que después llegó a ser Se-

cretario general del Libertador, y cuya muerte prematura se atribuyó a que había sido envenenado.

Bolívar tan luego como pudo dejar asegurados el orden y la tranquilidad de Quito, marchó a Guayaquil, a donde, llegó el 2 de Agosto de 1823. En esta ciudad le esperaba un edecán del Marqués de Torre Tagle, quien, según se recordará, había sido nombrado Presidente del Perú, en reemplazo de don José de la Riva--Agüero. Dicho Edecán era conductor de pliegos del mentado Torre Tagle, solicitando la pronta marcha del Libertador a Lima, porque los recientes acontecimientos verificados en el Perú, de que dimos cuenta, hacían más que nunca necesaria la presencia de aquel en esa Capital.

A las seis de la mañana del día 7 de Agosto del año indicado, recibió Bolívar el Decreto en que el Congreso de Colombia le concedía el permiso que con tantas instancias había solicitado. Una hora después se embarcó para el Callao, a bordo del bergantín nacional CHIMBORAZO. HOY ES el ANIVERSARIO DE BOYACÁ, dijo uno de los de la comitiva, al embarcarse, BUEN PRESAGIO PARA LA FUTURA CAMPAÑA.

Referimos anteriormente que el 1º de Septiembre llegó el Libertador en Lima, en medio de las más entusiastas aclamaciones de todos sus pobladores que le llevaron en triunfo hasta la casa que se le había designado. Informado el Congreso de su llegada, nombró una diputación de su seno a presentarle sus congratulaciones, y a manifestarle, de una manera sincera, que estimaba su llegada como el acontecimiento más propicio a los intereses de la causa de la Independencia. El Libertador les dió las gracias por el honor que se le hacía y por la confianza que en él se depositaba; y les aseguró que podía contar con su cooperación y todos sus esfuerzos, "con tal que se destruyeran los abusos y se introdujeran reformas radicales en todos los ramos de la administración, que hasta entonces había sido viciosa y corrompida." Torre Tagle y sus Ministros escucharon con atención estas palabras que envolvían una verdadera censura contra sus actos administrativos; pues era público y notorio que ellos no habían manejado con limpieza los caudales de la Nación, y tenían sobrado motivo para temer que se investigase su conducta.

Mientras tanto los asuntos políticos de Trujillo iban cada día de mal en peor. Riva--Agüero, pretendiendo sostener a todo trance su autoridad, a pesar de su destitución decretada por el Congreso, reclutaba tropas en las provincias que lo habían reconocido, y contaba ya con un ejército de tres mil hombres. Riva--Agüero tenía la falsa e infundada idea de que el General Sucre había sido la causa de las disenciones entre él y el Congreso, de las que resultó que se le privase del ejercicio del Poder Ejecutivo, y como consecuencia creía que el Libertador le sería hostil y que sostendría las pretensiones de su supuesto rival. Esta idea hizo que Riva--Agüero se preci-

pitase de error en error, con grave mengua de su reputación, y lo que era más censurable, de los verdaderos intereses del país en general.

Por las comunicaciones del inmaculado Sucre a Bolívar, que publicamos anteriormente, se conocerá cuan errónea y temeraria era la creencia de Riva-Agüero.

Persuadido el Congreso de que ningún mediador era más a propósito para transigir sus diferencias con el Jefe disidente, que Bolívar, expidió, con fecha 2 de Septiembre de 1823, un Decreto, cuya parte dispositiva, dice:

"1º El Congreso autoriza al Libertador Presidente de Colombia Simón Bolívar, para que termine las ocurrencias promovidas de la continuación del Gobierno de don José de la Riva--Agüero en una parte de la República, después de su destitución en 23 de Junio, y de la disolución de la Representación Nacional."

"2º Se le confieren todas las facultades necesarias al cabal lleno de este negocio, pudiendo designar para el efecto, la persona o personas de su confianza."

El Libertador aceptó este encargo porque Riva--Agüero no se había propasado a vías de hecho, y animado de sus sentimientos patrióticos le escribió una carta, en la que le trazaba la conducta que debía seguir, carta que terminaba con estas palabras:

"Tenga U. la bondad, mi querido amigo, de disimular la franca exposición que he hecho a U., sin rebozo ni miramiento alguno de mi creencia política, porque estando a la cabeza de un pueblo libre y constituído, no puedo, sin faltar a mi más riguroso deber, callar el efecto que, en mi sentir, debe sufrir la América por la conducta de U. en estos tristes momentos; por lo demás, yo no puedo olvidar lo que U, ha hecho por la América y particularmente por el Perú, cuyas reliquias U. ha salvado."

Esta carta conciliadora y admirable, como la llama el General O'Leary, fue enviada a Riva--Agüero por medio de don José María Galdiano y el Coronel Luis Urdaneta, a quienes el Libertador dió plenos poderes para arreglar las diferencias que existían, autorizándoles para conceder una amnistía y ofrecer a Riva-Agüero el mando del ejército del Perú, o una misión diplomática en Europa. Esta medida no produjo el resultado que se esperaba, como luego lo veremos.

"El Congreso señaló las doce de la mañana del día 13 (Septiembre de 1823), para que el Libertador se presentase en la sala de sus sesiones a reconocer la Soberanía Nacional y manifestarle su sumisión, en conformidad del carácter que le daba en la República el decreto del día 10. Rara vez acaso presenció Lima una escena más interesante. Las calles, avenidas y balcones estaban apiñados de expectadores, así como las galerías de la sala de sesiones.

Acompañado del Presidente de la República y de todas las Corporaciones Civiles, Eclesiásticas y Militares se presentó el Libertador ante el Soberano Congreso para asegurarle su independencia y ofrecerle su espada. Al entrar en la sala, prorrumpió toda la concurrencia en estrepitosas aclamaciones, todos los miembros del Congreso, en señal de respeto, se pusieron de pie, y su Presidente le señaló el puesto a su derecha. A los ruidosos vivas sucedió un gran silencio y el Libertador levantándose de su asiento" pronunció un brillante discurso, como todos los suyos, que terminó con estas proféticas frases:

"Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre el Perú o todos morirán: Señor, yo lo prometo."

El discurso del Libertador fue calurosamente aplaudido.

Restablecida la calma, el Presidente del Congreso, Don Justo Figuerola, tomó la palabra, y entre otras cosas, dijo:

"¡Libertador! mucho debéis a la patria y a vuestro nombre, pagad esta deuda pública y sagrada. Ya mil páginas de los anales de la gloria están llenas de vuestras hazañas. Bolívar... que las fojas que aun restan en blanco, aparezcan escritas por la misma mano de la inmortalidad, pues se os presenta un gran teatro en que desplegar toda la energía de vuestro valor, luces, talentos y amor a la patria. ¡A la patria! -oh! palabra encantadora! palabra que en las almas grandes como la vuestra llama en tropel a todas las virtudes. Bolívar! El Presidente del Congreso del Perú únicamente os dice patria, patria, patria: vos, obrad según las emociones de vuestro corazón al escuchar este nombre divino."

Apenas acabó de hablar el Presidente del Congreso, cuando nuevamente se levantó el Libertador y dijo:

"Señor: Yo ofrezco la victoria, confiando en el valor del ejército unido y en la buena fe del Congreso, Poder ejecutivo y pueblo peruano; así, el Perú quedará independiente y soberano por todos los siglos de existencia que la Providencia Divina le señale."

"Arrebatado de entusiasmo, al oir estas últimas expresiones, el Diputado don Carlos de Pedemonte exclamó:

"Señor: El verdadero día de nuestra libertad ha llegado. Si el ilustre Libertador de Colombia, si el inmortal Simón Bolívar nos engaña; renunciemos para siempre el tratar con los hombres."

El 10 de Septiembre de 1823, el Congreso había depositado en el Libertador la Suprema Autoridad militar en el territorio de la República, con las facultades ordinarias y extraordinarias que la actual situación de éste exigía. Esto equivalía a establecer una verdadera dictadura que se le confiaba a Bolívar, porque aunque se hallaba a la cabeza

de la administración Torre Tagle, como Presidente de la República, no lo era si no nominalmente y con una sombra de poder. Esto era suficiente para tenerlo contento a Torre Tagle, que se tenía como el primer hombre del Perú, según le habían hecho creer los pocos aduladores que le rodeaban.

Desde el monento en que Bolivar entró en el ejercico de tan amplias facultades, todo en Lima presentaba un aspecto enteramente militar. El Congreso nombró su guardia de honor formándola con un cuerpo de cívicos, que tenía esta divisa: MORIR POR EL CONGRESO. No inspiró mucha confianza al Libertador esta improvisada legión, y la dejó al mando de Torre Tagle; pero le manifestó a éste la urgente necesidad de poner los batallones veteranos en capacidad de emprender en la campaña.

El Libertador encontró exhausto el tesoro nacional; y para remediar los más premiosos apuros, obtuvo de los principales capitalistas limeños, bajo su resposabilidad personal, un empréstito de trscientos mil pesos.

Las fuerzas acantonadas en Lima, a fines de Septiembre de 1823, pasaban de cuatro mil hombres, pero mal equipados; y no había en los almacenes uniformes con que vestir a las tropas que debían venir de Colombia. Con la actividad que le era característica, al andar de pocos días, el Libertador proveyó a estas necesidades, y puso al ejército en disposición de salir a campaña. Indicó al Gobierno la conveniencia de enviar una misión especial a Chile en demanda de refuerzos, y reiteró al Vicepresidente de Colombia la petición que había hecho con el mismo objeto.

Mientras Bolívar se ocupaba en tan importantes negocios, un grave acontecimiento vino a vencer la repugnancia que había tenido de intervenir en la contienda entre Riva--Agüero y el Congreso. Habíase descubierto por cartas interceptadas que aquel mantenía correspondencia con los realistas, y aunque las primeras cartas no revelaban que tuviese compromiso con ellos, eran suficientes para dar a conocer el peligro que amenazaba al país, y aconsejaban conjurarlo a tiempo; pues debe saberse, y ya lo indicamos, que ni la carta de Bolívar, ni la misión que había dirigido a Riva--Agüero, produjeron ningún resultado; tampoco consiguieron nada los nuevos comisionados que se le enviaron, porque trató de evadirlo todo con frívolos pretextos.

Es incuestionable que Riva-Agüero trató de celebrar con los realistas una alianza contra Bolívar, así lo manifiesta terminantemente el General García Camba en sus "Memorias." De ellas tomamos los siguientes párrafos:

"... Además (habla de Riva-Agüero) se había dirigido también al Virrey La--Serna en fines de Septiembre, acompañándole un ejemplar del convenio celebrado a mediados de este año (el de 1823) entre los comisionados de S. M. C. y el Gobierno de Buenos Aires, proponiendo se hiciera extensivo al Perú, entendiéndose la autoridad española con él como

legítimo Presidente de esta República. El General Loriga, que mandaba en el valle de Jauja, recibió esta comunicación y la remitió sin demora al General Canterac para que pudiese llegar a manos del Virrey. Riva--Agüero escribía, al propio tiempo, al Jefe Superior de las primeras tropas realistas, que era el mismo Loriga, manifestándole que en calidad de comisionado, por su parte, enviaba al Coronel Silva, plenamente autorizado; y como este Jefe indicase esperar en Huanuco la contestación, le anticipó Loriga el ofrecimiento de una segura residencia en Tarma ínterin se recibían órdenes del Virrey, que no podían dejar de tardar más de lo regular, por hallarse S. E. dirigiendo personalmente las operaciones militares contra Santa Cruz al Sur del Desaguadero."

"El conductor de los referidos pliegos de Riva--Agüero hasta los puertos españoles más avanzados al Norte fue un oficial europeo muy conocido llamado D. N. Heros, que había pertenecido al Regimiento de la Concordia de Lima, y a quien su mala suerte había llevado al poder de los enemigos. Este oficial escribió al General Loriga desde Tarma, que juzgaba de suma importancia el que le permitiese hablarle, y en esta virtud fue conducido inmediatamente a Huancayo, donde el General residía. Aquí descubrió confidencialmente que uno de los pensamientos de Riva--Agüero y de algunos de sus principales partidarios era celebrar con el Virrey una alianza contra Bolívar, considerándole como enemigo común. Con este antecedente no dudó Loriga escribir al Coronel Silva haciéndole oportunas reflecciones sobre los riesgos que amenazaban a su partido, y dejándole conocer el deseo que le animaba de contribuir por su parte a adelantar un convenio de alianza ofensiva y defensiva contra Bolívar, tanto más ventajoso a Riva--Agüero y sus partidarios, cuanto podía asegurarle que el ejército de Santa Cruz ya no existía en aquellas horas."

"El Coronel Silva recibió la comunicación de Loriga en el cerro de Pasco, y la contestó desestimando la traslación a la ciudad de Tarma, que se le proponía, y asegurando con ridícula ironía, QUE SI EL SR. LORIGA TENIA DATOS CIERTOS PARA DAR CREDITO A LA DESTRUCCION DEL EJERCITO DE SANTA CRUZ, EL LOS TENIA IRRFRAGABLES PARA AFIRMAR TODO LO CONTTARIO."

"Esta respuesta simple y ridícula, excitaba la risa y la compasión de todos los hombres sensatos que llegaron a tener conocimiento de ella y sabían la verdad de lo que pasaba al Sur; pero por sí el Coronel Silva procedía de buena fe y engañado, el General Loriga le dirigió de nuevo copia de los partes oficiales y cuantos pormenores había recibido acerca de la campaña del expresado Santa Cruz creyéralos o no los creyera, para que le sirvieran de Gobierno, respecto a que no le quedaba a Santa Cruz otro recurso que el de reunirse primero a Sucre y luego a Bolívar, abandonando el partido de Riva--Agüero, como efectivamente sucedió."

"El General Loriga insistía de nuevo en probar al Coronel Silva la conveniencia de anticipar un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Riva--Agüero contra Bolívar, de cuya aprobación salía garante por lo que tocaba al Virrey, y concluía reiterando su anterior ofrecimiento de que tan pronto como S. E. se sirviera contestar a las comunicaciones recibidas, daría curso a su respuesta con la mayor diligencia. Loriga cumplió fielmente su promesa, dando pronta dirección a la contestación del Virrey, en la que ofrecía a Riva--Agüero y a sus partidarios seguridad y protección en el territorio de su mando, y que estaba dispuesto a tratar con el mismo Riva--Agüero, siempre que no sirviese de base el reconocimiento de la Independencia y no interviniese ninguna Nación extranjera, condiciones expresas en las reales instrucciones que había llevado al Perú el Comisionado Regio don Manuel Abreu. Esta comunicación fue interceptada por los partidarios de Bolívar en movimiento ya contra Riva-Agüero, quien sin Jefes a propósito para mandar la fuerza armada que le obedecía en aquellas singulares circunstancias, menguadas su reputación y favorable prestigio por la violencia de las medidas que había adoptado en provecho propio, y establecido inmóvil, impolítica y antimilitarmente en Trujillo, fue luego presa de su indiscreta excesiva confianza, de la perfidia de algunos de sus Jefes y de la activa y sagaz intriga de sus rivales"

"Si los ofrecimientos del General Loriga no hubiesen sido desatendidos; si Riva--Agüero, tan apto para todo, hubiera entendido bien su difícil posisión; si hubiese abandonado la funesta mansión de Trujillo, y se hubiera. en fín, replegado con sus fuerzas sobre Huanuco o el cerro de Pasco, aun sin tratados previos, habría hallado en las posiciones de los españoles un asilo y una franca cooperación contra Bolívar, porque tan noble conducta de nuestros Jefes hacia los peruanos disidentes podrían producir los mejores resultados en pro de la causa de España, porque podría con el roce establecerse entre unos y otros la antigua buena armonía, y entonces la guerra en el Perú tomaría un giro muy diferente, y de todos modos ganaría mucho en el país el buen crédito del ejército real."

"Los ofrecimientos hechos al intento por el General Loriga al Coronel Silva, representante de Riva--Agüero, eran sinceros, porque se estimaba su objeto conveniente al nombre y fuerza moral de las armas españolas. Así lo reconoció el General en Jefe Canterac a su regreso al valle de Jauja, pues sabedor de que las contestaciones del Virrey a Riva--Agüero habían caído en poder de su adversario, se apresuró a remitirle las duplicadas, enviando con este fin al Cerro de Pasco, el 7 de Diciembre, una expedición al mando del General Loriga, encargado de darles desde allí la más segura dirección. Este prefirió el medio de remitir los pliegos a Guzmán, partidario de Riva--Agüero, que se hallaba a tres leguas de Pasco con trescientos hombres; pero todo era ya en vano, porque interpuesto Bolívar con sus tropas y en movimiento sobre

Trujillo, no sólo se hallaban en armas unos pueblos contra otros, sino que el mismo Riva--Agüero había sido vendido y entregado por su gente. Guzmán reconoció el Gobierno de Lima, y para congraciarse más con Bolívar puso en sus manos los pliegos que había recibido para Riva--Agüero, y hostilizó a Loriga en su retirada."

De la relación que precede hecha por un español, aparece de una manera evidente, que Riva Agüero llevado de su ambición desmedida e impulsando por el odio gratuito e infundado que profesaba a Sucre y Bolívar, pretendió entrar en relaciones con los realistas, celebrando con ellos una alianza ofensiva y defensiva contra el último; y que si no se verificó ésta fue por las razones apuntadas por Camba, que acabamos de transcribir; y porque La Fuente, uno de los Jefes de Riva--Agüero, arrestó a éste y a varios de sus cómplices. La intervención de La Fuente en este asunto, la refiere el General O'Leary, de la manera que sigue:

"El Coronel Antonio Gutiérrez La Fuente, que mandaba un cuerpo de las tropas del ex-Presidente, había llegado a Lima con despachos de éste para el Libertador, y fue bien recibido. En el curso de la conversación, preguntóle el Libertador en qué estado se hallaban las negociaciones con los realistas, y si los oficiales estaban contentos con el cambio que Riva-Agüero quería efectuar. Sorprendido La Fuente con estas preguntas, negó tener conocimiento de que mediase correspondencia alguna sobre traición, y protestó que cualquiera proposición de tal naturaleza, sería vista por el ejército con indignación. El Libertador puso entonces en sus manos las cartas del ex-Presidente que se habían interceptado y que probaban su delito, y le habló detenidamente sobre la infamia que semejante conducta arrojaría sobre el Perú. "Yo le doy poca importancia a esto," agregó, "esa conducta desleal podrá prolongar por algún tiempo la contienda, pero ahora que he puesto el pie en el territorio peruano, nada me detendrá para llevar a cabo la empresa que he acometido. Pero, ¿qué dirá el mundo cuando sepa que un hombre que ha gozado de la confianza de sus conciudadanos y regido los destinos de su patria, pretende venderla vilmente al enemigo, y que un ejército peruano es cómplice de su crimen y le ayuda a hacer traición a las esperanzas, libertad e independencia del Perú?". Esta y otras observaciones y las pruebas fehacientes que le presentó, produjeron el efecto deseado; y La Fuente no ocultó la indignación que le causaron los manejos sospechosos del ex-Presidente. Entonces recordó que en una conferencia que con él había tenido hacía poco, Riva-Agüero había vertido palabras imprudentes o criminosas, que ahora resaltaban como pruebas contra él y confirmaban su culpabilidad."

"La Fuente, animado de un celo laudable y deseoso de evitar los males que amenazaban al país de todos lados, excedió sus instrucciones y propuso al Libertador términos de capitulación, ventajosos para Riva -Agüero y honrosos para

el Gobierno del Perú. El Libertador, movido por los mismos sentimientos los aceptó con ligeras modificaciones. Con este tratado y la firme resolución de vigilar cuidadosamente los pasos de los disidentes, en caso de ser rechazado el tratado que llevaba, La Fuente regresó a Trujillo. Riva-Agüero rehuzó ratificarlo y envió otros comisionados a Pativilca a tratar con los Coroneles Morales y Araos, nombrados por el Libertador para arreglar definitivamente las diferencias pendientes. Noticioso el Congreso que Riva-Agüero miraba con indiferencia las medidas conciliatorias propuestas, y que estaba en correspondencia con La Serna, ordenó al Libertador que persiguiese de preferencia al proscrito, y emplease la fuerza y cualquier otro medio conducente a sofocar la anarquía. En obedecimiento a este decreto, el Libertador hizo mover cuatro mil hombres hacia el cuartel general de los disidentes, y el mismo se trastadó al teatro de las operaciones a mediados de Noviembre, después de la promulgación de la Constitución provisional de la República que el Congreso había sancionado."

Riva Agüero, en las postrimerías de su vacilante poder, demostró suma actividad, que de haberla desplegado en pro de una causa honrada habría sido de grande utilidad. No solo inició con los realistas las negociaciones de que dimos cuenta, sino que dió pasos para hacerse de recursos y obstar por todos los medios la marcha de sus contrarios. Al efecto escribió a Santa Cruz, que todavía se hallaba en las provincias del Sur, con las reliquias del ejército que había sido dispersado en el Alto Perú, encareciéndole que volase en su auxilio, y que se negase a reconocer la autoridad de Torre Tagle. Envió un emisiario cerca de los Gobiernos de Chile y Buenos Aires para defender su causa, censurando la conducta de Bolívar, la cual calificaba de usurpadora y despótica. El mismo mensajero llevó una carta para el General San Martín, que a la sazón residía en Mendoza, instándole a que volviese al Perú a ponerse al frente del ejército. Esta proposición fue rechazada por el ex-Protector con cólera y desprecio.

Por lo que respecta a Santa Cruz es más que probable que si no se hubiese puesto pronto término a la carrera política de Riva-Agüero, habría envuelto al país en los horrores de una guerra civil; pues el referido Santa Cruz, Guise y Portocarrero habían escrito al mismo tiempo a San Martín, suplicándole regresase al Perú, y anunciándole que la fragata comandada por el segundo, le aguardaría en Coquimbo. Ventajosamente San Martín tuvo la cordura de rehuzar también esta invitación.

El Vicealmirante Martín Jorge Guise, que había prestado muy importantes servicios a la causa de la Independencia Sur Americana, en unión de Lord Tomás Cochrane, y que en esa época mandaba la escuadra peruana, era por gratitud partidario de Riva-Agüero. Esta y otras circunstancias tenían muy alarmado al Libertador; y convencido de que sólo procediendo con energía y prontitud, podía salir

del apuro en que se hallaba, se puso a la cabeza de las huestes que marchaban a someter a los disidentes, con las que se interpuso entre éstos y las que regía el General realista Loriga, cortando la comunicación entre unos y otras.

Felizmente un acontecimiento imprevisto vino a evitar la vergüenza y los males de una guerra civil. Se recordará que el Coronel La Fuente regresó a Trujillo muy impresionado con la idea de la infidencia de Riva--Agüero, y habiendo interceptado una correspondencia de éste, que disipó por completo sus dudas, no quiso aparecer ante el país sindicado con la fea nota de complicidad en un hecho tan deshonroso. Al efecto, reunió a los oficiales de su cuerpo, les puso de manifiesto los desleales planes que Riva-Agüero había concebido, y exigió la cooperación de aquellos para desbaratarlos, la que obtenida de buena voluntad, se decidió a poner manos a la obra inmediatamente.

Al amanecer del día 25 de Noviembre de 1823, entró La Fuente en la ciudad de Trujillo, donde residía el Gobierno disidente, y apresó a Riva-Agüero y a sus cómplices. El golpe fue maestro y decisivo, y aunque algunos de los más comprometidos quedaron libres, en cuanto supieron la aproximación del Libertador, en el desconcierto en que se hallaban, se vieron obligados a reconocer el Gobierno establecido por el Congreso. El Coronel La Fuente envió a Lima una relación oficial de este acontecimiento; el Congreso exigió al Ejecutivo el cumplimiento de los decretos anteriores; y Torre Tagle mandó que secretamente se fusilase a Riva Agüero. He aquí la orden que el Ministro de la Guerra impartió a La Fuente, con fecha 1º de Diciembre del año indicado:

"S. E. el Presidente de la República, en virtud de lo prevenido en el soberano decreto de 8 de Agosto último, ha resuelto que a las seis horas de notificada esta determinación a los reos de alta trición don José de la Riva--Agüero, don Manuel Pérez Tudela, don José María Noboa, don Manuel Anaya, don Toribio Dávalos, don José de la Torre Ugarte y don Ramón Noboa, como igualmente don Ramón Herrera, sean pasados por las armas, en un lugar secreto, sin formalidad ni proceso alguno, por interesar extraordinariamente la ejecución de lo mandado; y que el Capellán Fray Eusebio Casaverde sea destinado a un presidio fuera del estado del Perú por toda su vida, dando U. S. cuenta con el documento más solemne de haberse así verificado.—JUAN DE BERINDOAGA."

Pero esta orden no se cumplió, porque La Fuente, recordando agradecido la amistad con Riva--Agüero y los servicios que de éste había recibido, tomó sobre sí la responsabilidad de embarcarlo para Guayaquil, de donde, por orden de Bolívar, se le permitió trasladarse a Europa. Allí publicó una obra llena de calumnias contra el Libertador y aun contra San Martín, bajo el seudónimo de PRUVONENA."

El Coronel Manuel Antonio López, que actuó en esta campaña, la relata, en sus "Recuerdos Históricos", en la forma que sigue:

"La mayor parte de las tropas insurrectas (las de Riva-Agüero) estaban situadas en la provincia de Huarás, en la Sierra, a las órdenes del Coronel don Remigio Silva, quien informado de nuestro movimiento se puso en retirada sobre Cajamarca."

"El Libertador, cuyas miras fueron siempre las de someter aquellas tropas a la obediencia del Gobierno, antes que destruirlas, tocó todos los medios que le aconsejó la prudencia, y desde el pueblo de Corongo se me encargó la comisión de alcanzar al Coronel Silva con su división y ofrecerle un indulto y garantías, haciéndole muchas consideraciones en favor de su patria, a que no podía ser indiferente. Se me dieron instrucciones y partí inmediatamente para Huamachuco, en donde debía encontrarlo."

"El mismo día que llegué a esta ciudad, la división insurrecta, espantada de su sombra, se había disuelto por su propia voluntad. Dos cuerpos de infantería continuaban su retirada sobre Cajamarca, y alguna caballería pernoctaba aquella noche en Cajabamba, donde la alcancé a las dos de la mañana. Es imposible expresar el desorden que reinaba entre aquella gente. El día antes se había repartido entre los Jefes, oficiales y algunos individuos de tropa el dinero que llevaba la Comisaría, y abandonados a discreción, cada soldado disponía de sí libremente."

"Ciñéndome a las instrucciones que llevaba, de acuerdo con los deseos del Libertador, convoqué al momento a los Jefes y oficiales que encontré allí; les hablé con todo el interés de que eran susceptibles mis sentimientos, y conseguí persuadirlos. Aquel mismo día reuní muchos dispersos."

"Aunque los Coroneles Silva, Noboa y Mancebo, Jefes de la división, se me ocultaron en Huamachuco, y no hallé a quien entregar las comunicaciones oficiales que conduje, tuve la advertencia de referirme a ellas para ofrecerles en nombre del Gobierno las garantías necesarias, logrando que los Jefes y oficiales volviesen a las filas que habían abandonado, y que esperasen órdenes del Libertador. Dirigí también comunicaciones a los dos Jefes del batallón que seguían su movimiento sobre Cajamarca, alegando las mismas consideraciones que fueron atendidas, y regresé a dar cuenta de mi comisión."

La división realista, al mando del General Loriga, que se había acercado hasta veinte leguas de Lima, con el objeto de hacer una diversión en favor de Riva-Agüero, se retiró al saber la prisión de éste.

Habiéndose evitado felizmente la guerra civil, el Libertador contrajo toda su atención a los asuntos militares. Con tal objeto visitó las provincias del Norte, en donde estaban acantonados algunos cuerpos que habían servido a las órdenes de Riva-Agüero; y ordenó una recluta general a

fin de aumentar el ejército, para lo cual dictó las medidas más enérgicas, porque se había convencido ya, que fuera de los auxilios de Colombia, nada tenía que esperar el Perú de sus otros aliados. Efectivamente ya dimos cuenta de que la expedición auxiliar de Chile regresó a Coquimbo; y en cuanto a Buenos Aires se había retirado implícitamente de la contienda, en virtud de úna convención preliminar, concluída a principios de Julio de 1823, entre su Gobierno y los Comisionados Regios, don Antonio Luis Pereira y el Teniente Coronel don Luis de la Robla. Por esta convención se estipulaba, la suspensión de hostilidades por mar y tierra entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y la Nación Española, por el término de diez y ocho meses.

De los doce artículos que contenía dicha convención, uno de ellos obligaba al Gobierno negociar, por medio de un Plenipotenciario de las Provincias Unidas del Río de la Plata, un tratado de paz y amistad entre Su Majestad Católica y los Estados del Continente Americano.

Tal fue el proyecto del Ministro de Buenos Aires don Bernardino Rivadavia, quien tuvo la pretensión "de que la convención preliminar establecería la paz en la América del Sur, y que los laureles incruentos de un Ayacucho ganado por la diplomacia, oscurecerían las glorias del vencedor de Boyacá y Carabobo; y que él (Rivadavia), y no Bolívar, merecía el título de Libertador, conforme al principio de CEDANT ARMA TOGÆ." Las grandiosas miras del Ministro argentino quedaron burladas, aunque no sin haber causado daño al Perú, porque la política de aquel paralizó los esfuerzos de las Autoridades de Salta, que estaban dispuestas a hacer una diversión en las provincias del Alto Perú contra las fuerzas realistas, y tuvieron que negar todos los auxilios al Coronel patriota Urdininea, a quien se mandó retirar de los puestos avanzados que ocupaba."

Estando el Libertador ocupado en dictar las medidas conducentes al aumento y subsistencia de los cuerpos peruanos acantonados en el Norte, supo el arribo del Almirante Guisse a Huanchaco, y que éste arbitrariamente había declarado bloqueadas las costas desde Cobija hasta Guayaquil; y había puesto en libertad a los prisioneros confinados en los buques que estaban en el puerto. El 17 de Diciembre salió Bolívar de Cajamarca y llegó a Trujillo en la noche del 20 del mismo mes; y no tardó en arreglar las disputas con Santa Cruz y Guisse, consiguiendo de ellos y de otros que reconociecen al Gobierno, que hasta entonces se habían negado a hacerlo. A pesar de todo el horizonte político parecía más nublado de día en día; y nuevos elementos de disolución se acumulaban, a cual más amenazantes contra la Independencia del Perú. En efecto el Presidente Torre Tagle tenía ya en mientes por ese tiempo traicionar a su patria,

entregándola nuevamente a la dominación española. Esto se halla plenamente confirmado con las siguientes palabras del historiador español Camba.

"En el estado abatido a que habían llegado los independientes en el Perú en Diciembre de 1823, el Presidente Marqués de Torre Tagle, retrocediendo sin duda ante los males y desgracias que había experimentado y amenazaban al Perú, celoso tal vez de la preponderancia que se había concedido y se arrogaba Bolívar, contra quien producía las más sentidas quejas porque no le guardaba las consideraciones y miramientos que creía debidos a su alto rango, y también influído acaso por las repetidas y asombrosas victorias de las armas españolas, que podían en esta época disculpablemente reputarse por muy difíciles de vencer, si no invencibles, lo cierto es que, tomando su nombre, el respetable don Pablo Terón, pasó de Lima a la ciudad de Ica, y desde aquí en fines del presente año (se refiere al de 1823) escribió el General Canterac, indicando arbitrios para restituir al dominio español la plaza fuerte del Callao."

"El servicio que se proponía era del mayor interés para la causa de España; el sujeto encargado de tamaña comunicación merecía la mayor confianza a los Jefes españoles por su conocida adhesión a la Metrópoli, y exigía una pronta contestación; sin embargo, prudente era todavía temer una celada en esa misma proposición, de la que el noble Terón viniese a ser mero y ciego instrumento. El General Canterac, sorprendido por la trascendental importancia de este inesperado acontecimiento, y ansioso de acertar en la resolución que debía tomar tan confiado en los notorios sentimientos de lealtad del comunicante, como fundadamente desconfiado de la buena fe de Torre Tagle, convocó al General Loriga y al Brigadier Camba, que desempeñaba las funciones de Jefe de Estado Mayor, y les dió a conocer la referida novedad con la reserva que demandaba, exigiéndoles su parecer sobre la manera cómo entendían conviniese obrar. Después de una detenida conferencia, el General en Jefe acordó contestar y contestó a don Pablo Terón, asegurando que si Torre Tagle llevaba a feliz término su promesa, podía y debía contar con volver a la gracia del Monarca, a la sincera amistad de sus representantes y fieles servidores en el Perú, y esperar además las recompensas que merecieran sus buenos servicios. Canterac dió por extraordinario cuenta de todo al Virrey, como correspondía para su superior conocimiento y resolución."

La relación anterior hecha por un testigo presencial no necesita comentarios. Ella manifiesta que, desde fines del año de 1823, Torre Tagle tenía la intención siniestra de traicionar a su patria, a pesar de hallarse investido del elevado cargo de Presidente de la República. Luego veremos como después consumó tan censurable acto.

Volviendo a la narración relativa al Libertador, diremos que éste salió de Trujillo con dirección a Lima el 25 de Diciembre, pero al llegar a Pativilca el 1º de Enero de 1824, cayó tan gravemente enfermo, que llegó a temerse por su vida, y no pudo continuar su marcha a aquella Capital.

Los múltiples e importantes sucesos verificados en el referido año de 1824, serán materia de los capítulos siguientes.

CAPITULO IV.

1824.

Bolívar en Pativilca.—Su entrevista con don Joaquín Mosquera.—Situación de los ejércitos beligerantes a principios de 1824.—El General Berindoaga es enviado por Torre Tagle para negociar un armisticio con el Virrey.—Los sargentos del Regimiento del Río de la Plata sublevan la guarnición del Callao.—Enarbolan el pabellón de España en los fuertes de aquella plaza, siguiendo las insinuaciones del Teniente Coronel español Casariego.—El Congreso del Perú inviste al Libertador de facultades dictatoriales.—Bolívar para salvar la situación las acepta.—Necochea es nombrado Jefe Civil y Militar de Lima.—Extrae de esta ciudad todos los artículos de guerra.—Descubre la traición de Torre Tagle, Berindoaga y otros.—Los realistas ocupan al Callao y Lima.—Defección del escuadrón Granaderos de los Andes.—Defección de los Tenientes Coroneles Nabajas y Ezeta.—Clamorosa situación de los patriotas.—Asombrosa actividad del Libertador en esas circunstancias.—Reorganiza y aumenta el ejército independiente.—Defección del General español don Pedro Antonio de Olañeta.—Bolívar se aprovecha de ella y de la inacción de Canterac.—Atraviesa los Andes.—Asamblea del ejército patriota en Pasco.—El Libertador pasa revista al Ejérrito Unido.—Su famosa proclama.

Dijimos, en la parte final del capítulo anterior, que el Libertador enfermó gravemente en Pativilca, pequeño puerto situado a treinta leguas al Norte de Lima. Para que se conozca el temple de alma, la energía de carácter y la inquebrantable fuerza de voluntad de aquel hombre excepcional y superior; reproducimos el siguiente episodio que refiere don José Manuel Restrepo en su "Historia de la Revolución en la República de Colombia."

"Empero desgraciadamente las fatigas del viaje por aquellos ardientes arenales le causaron (a Bolivar) una fuerte enfer-

medad de irritación en el estómago y de violenta fiebre, que le tuviera postrado en cama y delirando, desde el 1º de Enero hasta el 8 (de 1824). Entonces principió a ceder la enfermedad, aunque por algún tiempo se mantuvo débil en extremo, y su ánimo se turbó luego que se disminuyeron las fuerzas físicas. Veía el horizonte político negro por do quiera, y llegó a persuadirse que estaba comprometida fuertemente su reputación en el Perú, y que sería muy difícil salir con l c.miento."

"Por fortuna, arribó a Patilvilca el señor Joaquín Mosquera, amigo íntimo del Libertador, quien habiendo tenido noticia en Supe de su enfermedad, fue inmediatamente a acompañarle en aquel peligro de su vida. Hallóle convaleciente, flaco y extenuado. Estaba, dice Mosquera, en una carta, sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de guín, que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil, y su semblante, cadavérico. Tal aspecto debía causar a Mosquera un profundo sentimiento y cuidado por la vida de Bolívar."

"Aquella terrible enferme.:d no podía acaecer en época más peligrosa. El ejército de seis mil hombres que el General Santa Cruz condujo al Alto Perú, se había disipado sin pelear, y huyendo de los españoles desde Oruro hasta el Desaguadero. El de Chile había regresado a su país, abandonando la causa de la Independencia del Perú. Solo quedaban, pues, para sostenerla, cuatro mil Colombianos situados de Cajamarca a Santa, mandados por el General Sucre, y como tres mil peruanos qué se organizaban y disciplinaban en el departamento de Trujillo. Tan débiles fuerzas debían oponerse a veinte y dos mil hombres, bien disciplinados y valientes, de que se componía el ejército español en el Alto y Bajo Perú. Para completar este negro cuadro, añadiremos que los peruanos estaban divididos en bandos y partidos políticos que contrariaban la unidad y el vigor de acción."

"En tan críticas circunstancias pregunta Mosquera a Bolívar: ¿Y QUE PIENSA HACER U. AHORA?—TRIUNFAR, fue la contestación del Libertador. Tan inesperada y heroica respuesta manifestó que si el cuerpo de Bolívar estaba débil y casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevación que le hacían tan superior así mismo en los grandes peligros."

"Continuando Mosquera tan notable e interesante conversación, le preguntó en seguida: ¿QUE HACE U. PARA TRIUNFAR? Entonces con un tono sereno y lleno de confianza le dijo: "Tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el departamento de Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y Trujillo; he ordenado que se tomen para el servicio militar todos los caballos buenos del país; y he embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas, me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, infaliblemente los derroto con la caballería. Si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar; subiré la cordillera, y derrotaré a los españoles que están en Jauja."

Y aquel hombre que estaba al borde del sepulcro, el inmortal Bolívar, cuyos méritos són imponderables, cumplió su palabra, como lo veremos en el curso de esta narración.

Antes de referir los extraordinarios sucesos del año de 1824, en cuyas postrimerías se derrumbó para siempre el tres veces secular poderío de España en el antiguo Imperio de los Incas, nos parece oportuno determinar la situación de las tropas beligerantes al principiar aquel histórico e inolvidable año.

Las fuerzas que defendían la causa de la Metrópoli, ocupaban una extensión de terreno de cerca de seiscientas leguas de Norte a Sur, desde Chincha y Tarma a Tupiza y Tarija, en la forma que sigue: el ejército del Norte, mandado por el General don José de Canterac, que tenía su cuartel general en Huancayo, se componía de ocho mil hombres; en la ciudad del Cuzco, donde se hallaba el Virrey La Serna, había una guarnición de mil hombres; el General en Jefe del Ejército del Sur, don Jerónimo Valdés, tenía su cuartel general en Arequipa, y tres mil soldados repartidos en esta provincia y en la de Puno; la división del General Olañeta, fuerte de cuatro mil plazas, cubría las provincias del Alto Perú, al lado opuesto del Desaguadero; y por último dos mil hombres más distribuidos en varias columnas móviles, guarniciones subalternas y otras comisiones.

Conforme a estos datos tomados de Camba, el ejército real ascendía a diez y ocho mil hombres, entusiasmados y engreídos por sus rápidas marchas y contramarchas, y por los repetidos triunfos que habían obtenido sobse los independientes.

"El Virrey y los Generales en Jefe, dice el mismo Camba, mantenían comunicaciones entre sí a fin de ponerse de acuerdo sobre el plan de la campaña que debía abrirse en Abril o Mayo, terminada la estación de las lluvias, y que había de dirigirse a ocupar sólidamente la Capital del Virreynato, sitiar la plaza del Callao y lanzar, cuando menos, del territorio peruano al afortunado Cau[illegible] o de Costa Firme. Con este objeto debía reunirse oportunamente al ejército del Norte en el valle de Jauja el General Valdés con tres mil infantes y quinientos buenos caballos; y el General Olañeta, que se hallaba a la sazón en Oruro, de donde no podía moverse sin orden expresa superior, o un urgentísimo motivo imprevisto, debía de aproximarse al Desaguadero para observar las costas de Arequipa a Iquique y poder acudir a cualquier punto donde su presencia fuera necesaria."

Tal era el brillante estado y situación del ejército español, y fundada parecía la esperanza de los realistas de que la próxima campaña que iban a emprender tendría un éxito favorable; pero otra cosa muy distinta estaba decretada en los impenetrables arcanos de la Providencia.

En cuanto al número y situación nada halagüeños de las fuerzas patriotas, veamos lo que al respecto dice el referido historiador español.

"El famoso Bolívar, no obstante haber conseguido pronto y sin un combate aniquilar el partido peruano de Riva—Agüero y atraer al suyo las tropas que seguían a aquel, dominaba con dificultad desde Cañete y Pasco al Norte y no contaba con

fuerzas suficientes ni para buscar al ejército de Canterac, antes de que pudiera ser reforzado por el General Valdés con parte de las del ejército real del Sur. Las tropas de Colombia, en las que libraba Bolívar su mayor confianza, necesitaban acostumbrarse más al rigido clima de las cordilleras y a la continua variedad de temperaturas que en un mismo día, y a veces en pocas leguas de distancia, se suelen experimentar en aquel país. Por este conocimiento recurrió hábilmente al arbitrio de llevar sus tropas a la serranía para aclimatarlas y evitar al propio tiempo la insalubridad de la costa; mas no se le podía ocultar que si no protegía convenientemente a Lima, se exponía a acabar de desconceptuarse en el centro de sus recursos, donde muchos disidentes de influencia miraban su presencia y el auxilio de los colombianos con suma prevención y desconfianza. Para conciliar Bolívar esos extremos, dispuso que los cuerpos del Río de la Plata y de Chile guarneciesen la plaza del Callao, y que se encargase de su mando el General Alvarado, destituyendo al efecto al Coronel Valdivieso, que era su Gobernador propietario y peruano, y también había sido Oficial del ejército español; que las tropas colombianas con el General Sucre se acantonaran en el partido de Huarás, extendiendo las guerrillas o MONTONERAS hasta Pasco y Reyes al frente de la línea realista de Tarma a Jauja; que el General La Mar se estableciera inmediatamente en Trujillo para atender exclusivamente a la instrucción y disciplina de las tropas peruanas, y el mismo Bolívar con un escuadrón fijó su cuartel general en Pativilca, dejando a Lima con solo los CIVICOS y avanzando al Sur hasta Cañete a los granaderos montados de los Andes."

Por aquel tiempo, o sea, a principios de 1824, llegó a Lima don Félix Alzaga, con el carácter de Ministro Plenipontenciario de Buenos Aires, a solicitar del Gobierno del Perú su aquiescencia a la célebre Convención preliminar, de que antes hemos hablado. El Poder Ejecutivo prestó su asentimiento a un proyecto que se hallaba en armonía con sus miras, y que prometía la paz y el reposo. Pero como no bastaba el beneplàcito aislado del Gobierno, Torre Tagle y su partido emplearon la intriga y otras maniobras censurables para conseguir, cuando menos, partidarios en el Congreso, que sostuviesen el susodicho proyecto, cuando fuese presentado a aquella Corporación.

Informado Bolívar oficialmente por el Gobierno de la llegada de Alzaga y de su misión, contestó: "que él esperaba que cualquiera negociación con los realistas tendría por base la Independencia, y que, por su parte, no tenía la intención de mezclarse en el asunto. Sin embargo, escribió a sus agentes confidenciales en Lima, que él no se oponía a que el Gobierno enviase una comisión cerca del Virrey, para sondearle tocante a este punto, y dar tiempo a qne las tropas que se esperaban de Colombia llegasen; pero indicaba la absoluta necesidad de que su nombre no apareciese en el asunto, para que el enemigo no atribuyese a debilidad su intervención."

Tanto el Congreso como el Gobierno del Perú, cansados de la guerra y de los sacrificios que habían hecho, creyeron encontrar una tabla de salvación en la Convención preliminar

de Buenos Aires, que pondría término a la lucha en que estaba empeñado el país, y que tenia visos de conducirlo a un desenlace fatal. No obstante, la mayoría de los Diputados tuvo el acertado acuerdo de consultar al Libertador, antes de tomar una resolución definitiva sobre la materia. Manifestáronle los Representantes el calamitoso estado de los negocios públicos, el desaliento que había cundido en la mayor parte de la sociedad, la absoluta escasez y penuria del Tesoro Nacional, la imposibilidad de hacer nuevos sacrificios, y la esperanza de obtener la paz, mediante la Convención preliminar; pero terminaban protestando que cualquiera que fuese la opinión de Bolívar, la acatarían gustosos.

El Libertador en su contestación al Congreso, evitó ofenderle, oponiéndose directamente a las opiniones que aquella Corporación abrigaba; y evadió la responsabilidad de decidir lo que en tan críticas circunstancias conviniese al Perú, limitándose a exponer sus sentimientos personales: "Los sacrificios y la muerte, decía, me han parecido el colmo de la felicidad suprema comparados con la tiranía; y la guerra y la sangre mejores que la sumisión y la paz con los opresores." Este oficio produjo una impresión favorable e hizo renacer las esperanzas en los corazones de los verdaderos patriotas que eran muchos en el Congreso.

Entre tanto el Presidente Torre Tagle había nombrado para Emisario ante el Virrey, con el objeto de invitar a éste a aceptar la Convención preliminar y a obtener un armisticio para el Perú, a don Juan Berindoaga, natural de Lima, antiguo Coronel y Secretario de la Subinspección General del Perú al servicio del Rey de España, Conde de San Donás, y en la época de la comisión Ministro de la guerra y General de Brigada de la República Peruana. El 26 de Enero de 1824 llegó Berindoaga a Jauja, y fue recibido por el General Monet que mandaba una división realista acantonada en aquel lugar, dando en seguida parte a Canterac que tenía su cuartel general en Huancayo. Este Jefe nombró al General Loriga y al Brigadier Camba para que inmediatamenie marchasen a la villa de Jauja, para que oyesen al Parlamentario enviado por Torre Tagle y recibiesen los pliegos de que era portador. La conferencia que tuvo lugar en la indicada villa entre Berindoaga y los Jefes realistas mencionados no produjo resultado alguno, y terminó, según lo refiere Camba, con las siguientes palabras pronunciadas por éste: "Sí, amigo Berindoaga, influyan usted y Torre Tagle, como pueden, en que nos unamos de buena fé, y pondremos en posta a Bolívar al otro lado del Juanambú."

"Berindoaga, añade Camba, expresó que bajo tales principios no le era posible tratar ni establecer cosa alguna, cualesquiera que fuesen sus simpatias hacia los españoles. El General en Jefe se negó rotundamente a conceder la entrevista que el Parlamentario pretendía con cierto aire de misterio, repitiendo que el General Loriga estaba autorizado para oir todas las proposiciones que Berindoaga gustase hacer en desempeño de su misión." Por lo tanto, entregó éste al General Loriga dos pliegos rotulados al Virrey, uno del Marqués de Torre Tagle,

Presidente de la República del Perú, y otro suyo apertorio, y otro para el General Canterac con una carta confidencial, reducida a decir que su comisión tenía por objeto proponer la admisión del Convenio preliminar celebrado entre los Comisionados de S. M. C. y el Gobierno de Buenos Aires, así como los demás intereses recíprocos. El 28 de Enero acusó Canterac desde Huancayo el recibo de los pliegos remitidos, asegurando que el mismo día daba cuenta por extraordinario al Virrey, y su contestación a Berindoaga concluía con estas palabras: "El no hallarme autorizado para entablar negociaciones, hace inútil su venida a este punto." Berindoaga regresó a Lima sin dejar traslucir el verdadero motivo de sus reitiradas instancias por ver a Canterac, y el Virrey aprobó la conducta del General en Jefe y la de los Jefes autorizados para tratar con el referido parlamentario."

Tal fue el término de la misión de Berindoaga ante La Serna. Hablando de ella, dice el General O'Leary: "Torre Tagle y Berindoaga han sido acusados de haberse aprovechado de la legación del último, para iniciar la vil traición que luego consumaron. Aunque la concurrencia de algunas circustancias corrobora el cargo, y aunque las pruebas que se han aducido para sustentarlo son tan poderosas que parecen incontrovertibles, después de examinar escrupulosamente los documentos que tengo a la vista, me inclino a absolverles del crimen. Torre Tagle y Berindoaga ya no existen; la Providencia no quiso que su culpa aqui en la tierra quedase impune. Si al descargarlos de un solo crimen, las maldiciones de la posteridad han de pesar menos sobre su memoria, yo quedaré satisfecho."

Nuestra opinión, en vista de la relación detallada de Camba, es la misma que la del General O'Leary, esto es, que Berindoaga no puede ser tildado de traidor, cuando desempeñó la misión de Parlamentario de que acabamos de hablar, aun cuando después incurrió en ese deshonroso crimen.

Cuatro días después del regreso de Berindoaga a Lima, ocurrió un suceso inesperado y de funesta trascendencia para la causa de la República, y fue el siguiente: En la noche del 4 al 5 de Febrero de 1824, los sargentos del Regimiento del Rio de la Plata Dámaso Moyano, hombre de color, y Oliva sublevaron la guarnición del Callao, que se componía de dicho regimiento, del Numero once de la división de los Andes, de algunas tropas de Buenos Aires y de la artillería servida por peruanos. "Aunque no pueden disculparse, dice O'Leary, este crimen atroz contra la disciplina y el orden, debe tenerse en consideración, hasta cierto punto, el mal tratamiento que estos hombres habían recibido del Gobierno. No sólo se les mezquinaba la ración, sino que se les retenía la paga, y las quejas de sus oficiales, buscando remedio, eran inútiles. Los sublevados habían visto al batallón colombiano Vargas, que antes hacía la guarnición de aquella plaza, retirarse por la misma causa de que ellos se quejaban ahora, después de sufrir más hambre durante los meses que en ella permanecieron, que un sitio formal."

Los sublevados se apoderaron del Gobernador del Callao, General Alvarado, y de todos los demás Jefes y oficiales y los

pusieron presos, quedando dueños absolutos de la plaza. Como la confusion fuese general, y los traidores Moyano y Oliva conociesen su insuficiencia para dominar y dirigir la difícil situación que con su crimen acababan de crear, acudieron, en busca de consejo en tan aventuradas circunstancias, al Teniente Coronel español don José María Casariego, que en unión de otros Jefes y oficiales realistas se hallaban prisioneros en el Callao, poniéndoles inmediatamente en libertad. Por indicación de Casariego, se trasladó a los prisioneros realistas de quienes nada habia que temer, al cuartel de la puerta del Socorro, y se aseguró en las CASAS-MATAS al General Alvarado y demàs Jefes y oficiales patriotas que acababan de arrestar, encargando su custodia al felón Oliva: todo lo que se ejecutó antes de que aclarara el indicado dìa 5 de Febrero.

Parece que, al principio, los sublevados no tuvieron intención de traicionar a la Causa de la Independencia, así lo dan a entender O'Leary y Miller, el primero de los cuales dice; "Moyano, después de cometer el primer crimen, vaciló antes de hundirse más y más. Los conspiradores demandaron del Gobierno el pago de sus sueldos atrasados y que se les restituyese a su país: bajo tales condiciones se comprometían a devolver los castillos; pero Torre Tagle pretendio ver en ellas la deshonra del gobierno. El Congreso diputó algunas comisiones a conferenciar con el Ejecutivo, mas este evadía con pretextos frívolos todos los medios que se le indicaban para recuperar los castillos y salvar el país"

Miller se expresa en estos términos: "En el plan primitivo de la conspiración, nunca pensaron en hacer traición a la causa de la Independencia, y los amotinados se condujeron con más moderación de lo que generalmente sucede en tales casos; pero tal fue la falta de tino y tacto político del Gobierno y del Congreso, que no les quedó al fin otra alternativa a los conspiradores que renunciar sus reclamaciones, o por su propia conservación llamar a los realistas y enarbolar la bandera española."

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el astuto Casariego logró convencer a Moyano y Oliva que su salvación y su fortuna dependían de un solo arbitrio, cual era el de alzar el pabellón español en la plaza del Callao, jurar obediencia al Rey y avisar inmediatamente al General en Jefe del ejército real del Norte, don José Canterac, para que los auxiliara con la prontitud que el caso requería, asegurándoles, además, que las recompensas serían proporcionadas a tan extraordinario servicio.

En consecuencia, Moyano se declaró Coronel y Jefe Superior de la plaza, asociando en el mando político y militar al Coronel Casariego; ascendieron a Oliva a Teniente Coronel; pusieron en libertad a los oficiales prisioneros realistas, dándoles colocación en el regimiento de LA LEALTAD, que formaron de la infantería sublevada, y de la cual se proclamaron primeros Jefes los referidos Moyano y Oliva. En seguida, enarbolaron en los castillos la bandera española, la afirmaron con una salva; y el 7 de Febrero de 1824, ofició Casariego al General Canterac, por conducto del Brigadier Rodil, que se hallaba en el puerto de Pisco, participándole este acontecimiento.

El suceso que acabamos de relatar produjo la mayor consternacion en Lima. El Congreso, en medio de tan terrible conflicto, volvió la vista hacia el Libertador, que se hallaba en Pativilca y dió, llevado de su desesperación, un paso gigantesco único capaz de salvar al país: nombrar a Bolívar Dictador, como así lo verificó, tras un corto debate.

"Cuando el Congreso cometió a Bolívar la salvación de la República, le entregó un cadáver. Los arenosos desiertos de la costa eran su base de operaciones, las arcas públicas estaban vacias; la opinión, si no contraria a la causa de la Independencia, sí disgustada de ella; una parte del ejército totalmente desmoralizada y la otra casi en la miseria; la pequeña escuadra en pèsimo estado y sin modo de repararse, sus tripulaciones sin paga hacía un año, y el enemigo con un numeroso ejército lleno de recursos, ocupando excelentes posiciones. Todos los hombres pensadores consideraban perdido el Perú, y los pocos que Bolívar trataba con intimidad, le aconsejaban con instancia que no aceptara un cargo que infaliblemente comprometería su reputación. Hasta Sucre, el ilustre Sucre, sin la conciencia de su brillante porvenir, e infiel por un momento a la gloria, dirigiendo sus pensamientos a la patria y dando la espalda a la victoria que le esperaba en Ayacucho, le aconsejó también la retirada a Colombia. Pero Bolívar no les escuchó, porque era en conflictos como los presentes en los que él se mostraba superior a sí mismo. Apelando a los vastos recursos de su genio, que parecía crecer con los obstáculos, examinó sus fuerzas y se sintió capaz de superarlos" (Memorias del General O'Leary).

El Libertador aceptó, pues, las facultades dictatoriales de que le había investido el Congreso Peruano; y dió órdenes al General Martínez, Comandante Militar del distrito de Lima, de evacuar la Capital, después de retirar los efectos militares, caballos, mulas y todo lo que pudiese servir al ejército e imponer una contribución a las personas acaudaladas. Estas instrucciones no se cumplieron por las intrigas de Torre Tagle y Berindoaga, que indudablemente se preparaban para hacer más aceptable a los realistas la traición que meditaban. Reunióse una Junta de guerra, en la que se convino en suspender las órdenes de Bolívar, y defender a Lima a todo trance, medida que habria acarreado la pérdida infalible de su pequeña guarnición, que solo ascendía a setecientos hombres. Entonces Bolívar, después de haber enviado al General Gamarra a Lima, con las mismas órdenes dadas anteriormente al General Martínez, nombró al valiente General argentino don Mariano Necochea Jefe Civil y Militar de la Capital. Cuando se ocupaba éste de la remisión de los artículos de guerra al cuartel general de los patriotas, y cumplía las órdenes que se le habían dado, cayó en sus manos una carta de Canterac al agente de Torre Tagle. Esta carta revelaba la magnitud de la traición del Presidente; y aun que el General don Tomás Guido, amigo y consejero de Necochea, le instó a que prendiese incontinenti a Torre Tagle y sus cómplices, aquel cediendo a las consideraciones de amistad que le ligaban a éste, resolvió consultar primero al Libertador.

Cuando llegó la orden de prender y remitir a los crimi-

nales a Patavilca, Necochea previno a Torre Tagle y trató de inducirle a reparar su falta, presentándose voluntariamente en el cuartel general del Libertador. Torre Tagle, fingiendo sorpresa, le hizo protestas de su inocencia, y aparentó marchar a Pativilca; pero engañando a Necochea, en cuanto éste desocupó a Lima, se presentó a los españoles; después de Ayacucho se refugió en los castillos del Callao con su esposa e hijos, donde todos perecieron, durante el largo sitio que sufrió esta plaza, a consecuencia del hambre y de las enfermedades. Tal fue el trágico fin del segundo Presidente del Perú, cuya silueta está pintada de mano maestra por el General O'Leary en los términos que siguen:

"Cuán débil es la naturaleza humana! Nadie había sido más decidido por la Independencia del Perú que el desgraciado Marqués de Torre Tagle. Cuatro años antes había puesto en la balanza en que se pesaban los destinos de la patria, su nombre, su influencia, sus riquezas y su persona. Sus padres, nobles y dueños de cuantiosos bienes de fortuna, le criaron en medio del lujo y de las comodidades. Su carácter tímido y ánimo débil que la educación no fortaleció, recibió fácilmente las impresiones buenas o malas en todas la épocas de su vida. Amaba el mando, no porque fuese ambicioso, sino por ostentación, si cometió abusos fue por incapacidad de hacer buen uso del poder. Bajo los Virreyes fue pródigo y disoluto; bajo San Martín, patriota; con Monteagudo, oligarca; intrigante con Guido, y con San Donás, traidor. Si no hubiera estado rodeado de pillos y parásitos, habría podido, bajo Bolívar, propender a la Emancipación de la patria, pero prefirió la deshonra, y halló su tumba. En la vida privada le adornaban bellas cualidades: era generoso, franco y liberal; pero hasta en su hogar la debilidad, que fue la maldición de su vida pública, le persiguió. Sometido ciegamente a su esposa, era en la casa esclavo y no señor..."

Reanudemos la relación. La situación de los patriotas en Lima empeoraba diariamente, a punto que el edificio de la República tan trabajosamente levantado parecía desplomarse estrepitosa e irremediablemente. Dos escuadrones patriotas de los famosos GRANADEROS DE LOS ANDES, que se hallaban de avanzada en Cañete, al replegarse sobre Lima, como se les había ordenado, se insurreccionaron, el 14 de Febrero, en la pampa de Lurín, depusieron a sus Jefes y oficiales, dejándoles en libertad de marchar a donde quisiesen, como así lo verificaron yéndose a Lima, y se presentaron en el Callao, donde abrazaron la causa de sus traidores compañeros, jurando obediencia y fidelidad al Rey de España. "Para dar un testimonio irrecusable, dice Camba, de su sincera adhesión al partido que acababan de abrazar, antes de entrar en la plaza se dirigieron dos mitades, o sea cincuenta caballos, sobre los puestos más avanzados de los independientes, a los que cargaron y acuchillaron, a la vista de la guarnición, que desde las murallas presenciaba y admiraba la bravura de los GRANADEROS...."

A este hecho punible y funesto, para los patriotas, vino a añadirse el que, en la noche del 16 de Febrero de 1824, llegó al Callao en una lancha el Comandante don Isidoro Alaix, Jefe

de Estado Mayor de la división de Rodil en Ica, acompañado del Capitán Sebastián Riera, conduciendo diez mil duros para repartirlos entre los sublevados. El primero quedó en aquella plaza ejerciendo las funciones de Jefe de Estado Mayor; y el segundo regresó, el día siguiente, a Pisco, conduciendo en la misma lancha al General prisionero don Rudecindo Alvarado. Los demás prisioneros patriotas, en número de ciento cuatro, quedaron en el Callao.

La noticia de la sublevación de esta plaza llegó al cuartel general de Huancayo el 15 de Febrero. Inmediatamente el General Canterac dispuso que una fuerte división se pusiera en marcha sobre la Capital, en combinación de la que mandaba en la costa el Brigadier Rodil. Ambas verificaron su reunión en Lurín el 27, y regidas desde este punto por el Mariscal de Campo don Juan Antonio Monet, ocuparon la plaza del Callao el 29 de Febrero de 1824, cuyo gobierno se confió al Brigadier don José Ramón Rodil. Las tropas realistas se adueñaron de Lima el 1º de Marzo del mismo año. La primera medida adoptada por Monet fue la de publicar un bando, ofreciendo completo olvido de lo pasado en lo que respectaba a opiniones políticas.

"En consecuencia, se fueron presentando, dice Camba, el ilustrado don Carlos Pedemonte, Presidente del Congreso; el Marqués de Torre Tagle, Presidente de la República; el Ministro de Guerra, Berindoaga; varios Diputados y Empleados, sobre doscientos cuarenta Jefes y oficiales, incluso el del Estado Mayor, crecido número de personas distinguidas y muchos de los llamados cívicos, con los cuales se formó un batallón de voluntarios para auxilio de la guarnición de la Capital, y el que antes del 17 de Marzo contaba más de seiscientas plazas útiles."

Canterac previno el pronto regreso de la división Monet a la Sierra, ordenando que se ofreciese el mando de Lima a Torre Tagle; más no habiéndose éste prestado a aceptarlo, fue nombrado el Conde de Villar de Fuentes, limeño y partidario decidido de la Causa Real. En Lima quedó una guarnición al mando del Brigadier don Mateo Ramírez, dependiente del Gobernador de las fortalezas del Callao don José Ramón Rodil. El General Monet dispuso que Casariego con el Regimiento Real-Felipe, compuesto de los sublevados, marchase por la costa con dirección a Ica, escoltando un gran convoy con destino al ejército real, y que en aquella ciudad recibiría órdenes de Canterac; y el mismo Monet con los Granaderos Montados de los Andes, que habían desertado de las filas patriotas, los oficiales prisioneros de la guarnición del Callao y el resto de su división, salió de Lima para el valle de Jauja, y llegó a fines de Marzo de 1824 al cuartel general de Huancayo.

En la marcha de Monet al valle de Jauja se cometió un hecho sangriento que Miller lo refiere en estos términos: "Al llegar al camino de San Mateo, dos oficiales eludieron la vigilancia de la escolta y se escaparon. Instigado Monet por García Camba, su ayudante General, mandó fusilar cruel y bajamente dos oficiales de los otros que iban prisioneros, para expiar, según decía, la fuga de sus compañeros; pero como todos eran igualmente inocentes, les obligaron a un sorteo,

y las cédulas fatales recayeron en dos oficiales sumamente distinguidos. Uno de ellos, el Capitán (cuyo nombre no podemos recordar) sacó de entre el forro de su uniforme las medallas con que había sido condecorado por las batallas de Tucumán y Salta en 1812 y 1813, y poniéndoselas al pecho, dijo atrevidamente que prefería la muerte de cualquier modo que fuese a los horrores de un encarcelamiento por los españoles, cuyos furores había experimentado por siete años consecutivos; las últimas palabras de ambos fueron ¡VIVA LA PATRIA!"

En el mismo mes de Marzo de 1824, el día 16, el Teniente Coronel Nabajas y el Comandante de Escuadrón Juan Ezeta, con los lanceros peruanos y los lanceros de la GUARDIA, acantonados en Supe, se apoderaron del Jefe de Estado Mayor Colombiano don Carlos María Ortega, del Gobernador Político de aquel lugar don Felipe Silva, y del ganado que allí había, proclamando con su tropa la obediencia al Gobierno del Rey. Este Nabajas dice Miller, cambió de partido, durante la Guerra de la Independencia, nada menos que cuatro veces.

Volvamos nuestra vista al Libertador y al ejército patriota.

El General Necochea evacuó a Lima la víspera de que la ocupasen las fuerzas realistas. Bolívar, que todavía estaba en Pativilca, debilitada su constitución con la enfermedad que había sufrido y con los últimos y rudos golpes que había recibido, concentrando todas sus facultades mentales, contemplaba con sorpresa, pero sin desesperarse, todos los peligros que le circundaban; y estaba dispuesto a vencerlos, valiéndose de su genio, de su valor, de su energía, de su incontrastable constancia.

Las fuerzas patriotas que ascendían a siete mil hombres se hallaban acantonadas entre Cajamarca, Trujillo y Huarás, pero muy mal atendidas y equipadas por falta absoluta de recursos. El Libertador, a pesar de tantas dificultades, puso decididamente manos a la obra de la salvación del Perú. Comenzó eliminando todos los empleos inútiles, y concentró en un solo Secretario General el despacho de todos los asuntos civiles y políticos. Obtuvo ese elevado cargo don José Sánchez Carrión, peruano de gran capacidad y elocuencia, que se había distinguido en el Congreso por sus talentos y celo patriótico; y que probó con sus aptitudes y contracción que merecía la confianza del Libertador. Redujo la paga de las tropas a una cuarta parte de la señalada por la ley, pero adoptó medidas eficaces para hacerla efectiva, y no nominal, como había sido antes. Redujo, asimismo, los sueldos de los empleados civiles.

Uno de los primeros cuidados de Bolívar fue el de invitar a los Gobiernos de Colombia, Chile, Méjico y Guatemala a prestarle auxilios, los dos últimos con un subsidio de trescientos mil pesos, y los otros dos con un contingente de tropas. Como se ha visto, y se verá después, solo Colombia, y principalmente los departamentos del Azuay y Guayaquil, correspondieron a sus deseos enviando tropas, vestuarios, víveres, etc., etc. Aumentó el ejército del Perú con levas en las provincias que reconocían su autoridad, y lo puso bajo el mando del General don José de La Mar. Para comandar el ejército unido eligió al

General Sucre, a quien el Congreso del Perú, según se recordará, había confiado el mando supremo militar el año de 1823. Acantonó los cuerpos peruanos en las provincias del Norte, y los colombianos hacia la Sierra.

El ejército no podía subsistir sin dinero, y era menester crear rentas para sostenerlo. Con tal objeto, Bolívar consiguió que las Autoridades Eclesiásticas diesen la plata labrada perteneciente a los templos; adjudicó al Estado las propiedades de las personas que habían desertado de las filas patriotas para servir al enemigo; estableció impuestos y los hizo cobrar: en una palabra, buscó toda clase de recursos y los sacó de la nada. Dió también gran impulso a la marina, aumentándola considerablemente; de manera que, en la noche del 25 de Febrero de 1824, una partida embarcada en los botes del PROTECTOR (antes la fragata PRUEBA apresada a los españoles) quemó una fragata desmantelada y un bergantín de guerra en la bahía del Callao; y el Vicealmirante Guise declaró en estado de bloqueo toda la costa entre aquel puerto y el de Cobija, en el desierto de Atacama.

Hablando de estos sucesos, dice Miller: "Quizás nada de cuanto hizo Bolívar en el Perú dió más títulos a su gloria que su conducta en los críticos momentos que se siguieron a la sublevación de las tropas del Callao; por su firmeza, actividad y oportunos ejemplares cortó el progreso a las defecciones, y obtuvo el respeto y entera confianza de todo buen patriota. A su nombre acompañaba un cierto encanto, y era considerado unánimemente como el único hombre capaz de salvar la República; a la verdad, no desmintió las esperanzas que había formado de él, pues en menos de un año quedó asegurada definitivamente la Independencia de la América del Sur."

Notabilísimo contraste había entre la situación de los realistas y la de los patriotas en aquella época aciaga. Ocupaban los primeros todo el territorio peruano, con excepción del departamento de Trujillo y parte del de Huánuco, que estaban en posesión de los segundos; y disponían de los inmensos recursos del país, y de un ejército de diez y ocho mil hombres, acantonados desde Jauja hasta el Potosí, aparte de las guarniciones de Lima y el Callao. La posesión de esta plaza proporcionó a los que defendían la causa de España un parque inmenso de artillería, municiones, elementos navales y algunos buques que armaron luego en corso. Con la restauración de Fernando VII al poder absoluto, a fines de 1823, el Virrey La Serna recibió refuerzos de la Península con la llegada al Océano Pacífico del navío de línea ASIA y del bergantín Aquiles, que unidos a los buques armados en el Callao, dieron a los realistas el dominio del mar, única ventaja de la que hasta entonces habían disfrutado los patriotas.

En los primeros días de Marzo de 1824, estableció el Libertador su cuartel general en Trujillo. Allí, para desvanecer y contestar las terribles calumnias que contra él propalaban diariamente por la prensa Torre Tagle, Berindoaga y otros tránsfugas dió la siguiente célebre proclama:

"Peruanos! Los desastres del ejército y el conflicto de los

partidos parricidas, han reducido al Perú al lamentable estado de ocurrir al poder tiránico de un dictador para salvarse. El Congreso Constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no he podido rehuzar por no hacer traición a Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional. Yo hubiera preferido no haber visto jamás el Perú, y prefiriera también vuestra pérdida misma, al espantoso título de Dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar."

"Peruanos! vuestros Jefes, vuestros internos enemigos han calumniado a Colombia, a sus bravos y a mí mismo. Se ha dicho que pretendemos usurpar vuestros derechos, vuestro territorio y vuestra Independencia. Yo os declaro a nombre de Colombia y por el sagrado del ejército libertador, que mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararos a la victoria; que al acto de partir el ejército de las provincias que actualmente ocupa, seréis gobernados constitucionalmente por vuestras leyes y por vuestros magistrados."

"Peruanos! El campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad; ese campo afortunado me verá arrojar lejos de mí la palma de la dictadura; y de allí me volveré a Colombia con mis hermanos de armas, sín tomar un grano de arena del Perú, y dejándoos la libertad."

Esta proclama de Bolívar contrarrestó algún tanto los siniestros manejos de los enemigos de la Independencia del Perú, restableció la confianza y excitó el entusiasmo de muchos patriotas. Es preciso confesar, en pro de la verdad histórica, que algunas resoluciones dictadas por el Libertador fueron extremadamente rigorosas; pero así lo exigían las tritísimas y deplorables circunstancias en que se encontraba el país, cuya salvación se había confiado a aquel hombre genial e incomparable.

Bolívar no solo se ocupaba de los asuntos militares y de organizar el ejército, que era lo más urgente, sino que estableció una corte de Justicia en Trujillo, a la que declaró Capital provisional de la República. La Instrucción Pública, fue objeto de su predilección, desde que asumió la dictadura. Erigió una Universidad en Trujillo, y en todos los lugares que visitó, estableció escuelas primarias, donde pudieran instruirse y educarse los hijos del pueblo.

"Trujillo, desde la llegada del Libertador a principios de Marzo, hasta su partida el 11 de Abril de 1824, presentaba el aspecto de un inmenso arsenal en donde nadie estaba ocioso. Aun las mismas mujeres ayudaban a los trabajadores, y manos delicadas, no acostumbradas a las rudas labores, no desdeñaron coser la burda ropa del soldado. Todas las cosas necesarias para el ejército se construían bajo la inspección inmediata del Libertador, que infundía actividad con el ejemplo, y cuando éste no bastaba recurría a las amenazas y hasta al castigo. En el curso de aquel mes se hizo grande acopio de vestuarios, correajes, armas, municiones, en una palabra, de todo el material para un ejército."

"Parecerán increíbles los arbitrios de que se valía para suplir la falta de materiales que se necesitaban en la construcción de algunos objetos; para hacer las cantinas, por ejemplo, hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y las jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda; faltaba el estaño para soldarlas; pero aconteció que un día al levantarse (Bolívar) de su asiento, se rasgó el pantalón con un clavo, examinólo al instante y resultó ser del metal de que había menester. Demás está decir que, al día siguiente, no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de estaño. El mismo enseñaba a hacer las herraduras y los clavos y cómo mezclar las diferentes clases de hierro. Daba los moldes para el corte de las chaquetas para economizar la tela e instrucciones para teñirla."

"Jamás se vió persona alguna que desplegase tanta actividad, y nunca el resultado correspondió mejor a los esfuerzos que se hicieron. Un mes antes todo se necesitaba, ahora todo estaba listo. Parecía como si se hubiera empleado una vara mágica, o como si de la cabeza de un nuevo Júpiter hubiese salido no ya una nueva Palas armada de pies a cabeza, sino ocho mil guerreros aprestados al combate" (O'Leary—Memorias).

Todo el empeño de Bolívar en esa época se había concretado a defender el territorio ocupado por su ejército; y para conseguirlo había hecho examinar y fortificar escrupulosamente los diferentes pasos de la cordillera, para poner toda la línea que ocupaban las fuerzas patriotas al abrigo de cualquiera sorpresa del enemigo.

El 29 de Abril de 1824, estableció el Libertador su cuartel en Huamachuco; y se consagró a aumentar y disciplinar el ejército, a reunir ganados y a hacer grandes acopios de víveres en varios puntos de la Cordillera. En estas labores le ayudaban eficazmente todos sus subalternos, sobresaliendo entre ellos: el General La Mar, a quien le confió la organización del ejército peruano; el General Lara que mandaba una división colombiana; y el Coronel Otero, peruano de rara actividad.

"Pero entre todos, dice un historiador, descollaba Sucre, que era el brazo derecho del Libertador y el sostén principal del ejército: activo, métódico, puntual en el cumplimiento del deber, era incansable en el trabajo; por tres veces atravesó los terribles Andes, arrostrando las inclemencias del tiempo y las fatigas del camino; su abnegación era la menor de sus virtudes."

Sí en los meses de Marzo y Abril del año indicado hubiesen los realistas avanzado y atacado a las fuerzas patriotas, éstas habrían tenido que replegarse hacia las fronteras del Norte del Perú. Pero felizmente para la Causa de la Independencia Americana, el espíritu de insubordinación y de anarquía se apoderó del ejército español.

La restauración del absolutismo en España produjo honda división entre los Jefes realistas. El General don Pedro Antonio de Olañeta, Jefe del ejército acantonado en las provincias del Alto Perú, era fanático partidario del sistema absolutista, y juzgaba al Virrey La Serna desafecto al Rey y enemigo de la Religión Católica. Aquel y sus principales Tenientes como Cante-

rac y Valdés, militaban en el partido liberal. De esta disparidad de opiniones surgieron graves altercados que terminaron por una ruptura completa entre Olañeta y La Serna; empecinándose el primero en gobernar por su cuenta y formar para si un feudo desde el Desaguadero hasta la frontera de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Al fin, el Virrey recurrió a la fuerza para castigar la inobediencia de su subalterno; y al efecto el General español Jerónimo Valdés recibió orden de someterle.

Este cruzó el Desaguadero con cinco mil hombres, y después de agotar los medios conciliatorios, apeló a las armas, y en varios encuentros, unos felices y otros adversos, con las tropas de Olañeta, triunfó en La Lava, el 17 de Agosto de 1824. No pudo aprovecharse de esta victoria, porque Valdés recibió orden de abandonar el Alto Perú y repasar el Desaguadero para unirse con el Virrey, con motivo del brillante triunfo obtenido por las fuerzas libertadoras en la pampa de Junín, de que luego trataremos.

Olañeta permaneció contumaz en su desobediencia al Virrey, con lo cual se produjo una gran baja en el ejército realista, y un trastorno completo en sus operaciones. De estas circunstancias supieron aprovecharse los patriotas, y compensar, en parte, las desgracias anteriores ocasionadas por las defecciones de Riva-Agüero y Torre Tagle y por la negra traición de los Sargentos Moyano y Oliva.

En los meses de Mayo y Junio de 1824, el Libertador, desde su cuartel general establecido en Huarás y Caraz, visitó todos los acantonamientos de los diferentes cuerpos. El 15 del mes últimamente citado, después de recibir los refuerzos que de Colombia condujeron los Generales don José María Córdova y Figueredo, dispuso que todos los cuerpos transmontaran la cordillera por diferentes puntos. El mismo Bolívar, con su Estado Mayor, siguiendo la ruta de Olleros, Chavín, Aguamina y Lauricocha, llegó a Huánuco, donde permaneció por algunos días, y siguió al Cerro de Pasco, punto de reunión de todo el ejército. Este había atravesado la cordillera por las sendas escabrosas de Yanahuanca y Huariacaco, hasta el indicado cerro de Pasco, donde se concentraron todas las fuerzas el 1º de Agosto de 1824.

En este lugar, recibió el ejército independiente la siguiente organización:

Comandante en Jefe, el General don Antonio José de Sucre; División de Vanguardia, mandada por el General don José María de Córdova, y compuesta de los batallones de infantería de Colombia, Caracas, Pichincha, Voltigeros y Bogota, del regimiento de Granaderos de Colombia, del escuadrón Granaderos de los Andes y del escuadrón Husares del Peru; División del Centro, regida por el General don José de La Mar, y formada de los cuerpos peruanos de infantería, denominados Legion Peruana, Numero primero de la Guardia, Numero segundo y Numero tercero, del primer regimiento de caealleria del Peru, y de seis piezas de artillería volante, con su correspondiente servicio personal y material; División de Retaguardia, mandada por el General don Jacinto Lara, y compuesta de los batallones de infantería colombiana Rifles, Vencedor en Bo-

YACA y VARGAS y de tres escuadrones de HUSARES DE COLOMBIA. Formaban también parte de las fuerzas patriotas, partidas de guerrillas sueltas al mando del General Correa, con un total de mil quinientos hombres. Era Jefe del Estado Mayor General, el General don Andrés Santa Cruz; Comandante de la caballería peruana, el General don Guillermo Miller; Comandante de la caballería colombiana, el Coronel Lucas Carvajal; y Comandante General de toda la caballería el General don Mariano Necochea.

En el llano situado entre Rancas y Pasco el Libertador pasó revista al Ejército Unido, el día 2 de Agosto de 1824. Ascendía éste a siete mil setecientos hombres de todas armas sin incluir las guerrillas. Aunque pequeño en número, su disciplina y el ardor y entusiasmo que lo animaba, inspiraban la mayor confianza en el éxito de la campaña. Vino a aumentar el ardimiento de las fuerzas patriotas la siguiente proclama del Libertador:

"Soldados! Vais a completar la obra más grande que el Cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

"Soldados! Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates"

"Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? No! No! No!. Vosotros sois invencibles."

"Nada puede exceder, se dice en las Memorias del Genera Miller, al interés y entusiasmo de aquel día en que todo contribuía a aumentar lo romántico de la escena. Cerca de aquel punto habían sido batidos los realistas cuatro años antes por el General Arenales; la vista que ofrece la meseta en que las tropas formaban, y que se eleva majestuosamente más de mil doscientos pies sobre el nivel del mar, es quizá la más hermosa del mundo. Al Poniente se ven levantar los Andes, que a costa de tantas fatigas acababan de atravesar; al Oriente se extienden hacia los dominios del Brasil enormes ramificaciones de la cordillera; y al Norte y Sur cortaban el horizonte montañas cuyas elevadas cumbres se pierden en el firmamento. En este llano, rodeado por objetos y vistas tan grandiosas, y al margen del magnífico Lago de Reyes, nacimiento principal del Río de las Amazonas, el mayor de cuantos se conocen, estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido en Maipú, en Chile, en San Lorenzo, en las orillas del Paraná, en Carabobo, en Venezuela, en Pichincha y al pie del Chimbarazo. En medio de aquellos americanos, valientes defensores de la Libertad y la Independencia de su patria, había algunos extranjeros fieles aún a la causa en cuyo obsequio habían perecido tantos otros paisanos suyos. Entre los que sobrevivían a tantos peligros y tantas fatigas, se hallaban hombres que habían combatido en las orillas del Guadiana y del Rhin, y que habían presenciado el incendio de

Moscow y la capitulación de París. Tales eran los hombres reunidos en aquel punto, haciendo causa común; americanos o europeos, todos estaban animados del deseo unánime de asegurar la existencia politica de un vasto Continente, al paso que los vivas de las tropas, su alegría y su entusiasmo llenaban de ardor y de consuelo a sus Jefos, y su corazón se entregaba a esperanzas y presagios halagüeños."

¿Qué era entre tanto del ejército español? Ya referimos que el del Sur mandado por el General Valdés y las fuerzas del Alto Perú regidas por el General Olañeta, se hallaban combatiendo con motivo de la defección o rebeldía de este último. En cuanto al ejército del Norte, que estaba a las órdenes del General Canterac, permaneció en la innacción; inacción acerbamente censurada por uno de los mismos Jefes realistas, compañero de aquel, don Andrés García Camba, y de la que supo aprovecharse el Libertador.

Tratando de estos sucesos, dice Camba: "Ansioso el General Canterac de salir de la molesta incertidumbre en que lo tenía la variedad de noticias que recibía sobre la marcha, fuerza y proyectos de Bolívar, dió principio a sus operaciones por un movimiento general, que si no tuviera, como él dice, por objeto buscar al enemigo con decisión para batirlo, lo juzgaríamos desde luego injustificable y erróneamente calculado. La confianza del caudillo español era tal que no se curó de desembarazar el valle de Jauja del tráfago de hospitales, parques, almacenes y repuestos de tres años. En consecuencia, reunió el ejército de su mando el 1º de Agosto dos leguas al Norte de la villa de Jauja, y el siguiente, día 2, campó en Tarma--Tambo. Su fuerza constaba de ocho buenos batallones repartidos en dos divisiones que mandaban los Mariscales de Campo Maroto y Monet, sobre mil trescientos caballos a las órdenes del Brigadier Bedoya, Coronel del regimiento de DRAGONES DE LA UNION, y de siete a nueve piezas de artillería bien servidas. Estas tropas de conocida calidad, descansadas, bien armadas, vestidas, instruídas, disciplinadas, engreidas con tres años de triunfos, acostumbradas a la movilidad y a la rigidez de la temperatura, cuando ésta solo había de producir en gran parte de las enemigas notable sensación, no habrá militar alguno que nos contradiga si creemos que bien podían habérselas sin desventaja con los cinco o seis mil colombianos, que formaban el nervio principal del ejército independiente, pues que las restantes tropas o eran colecticias y bisoñas o habían sufrido ya repetidas derrotas."

"El 5 de Agosto, como a las diez de la mañana, llegó el ejército real a Carhuamayo, donde tomó posición la infantería y artillería al mando del General Maroto, como más antiguo, mientras el General en Jefe con toda la caballería practicaba un reconocimiento sobre Pasco, distante aún cinco leguas. Grande fue la sorpresa que Canterac recibió al saber en este pueblo, por algunos enfermos y rezagados, que el ejército enemigo marchaba en dirección del valle de Jauja, por el camino de Yauli, es decir, por entre la laguna de Lauricocha y la Cordillera, que era precisamente el lado opuesto y paralelo al camino que había llevado Canterac. Este General, que fundadamente podía

temer ahora verse cortado de su base de operaciones, regresó a buen paso sobre su infantería, a cuyo campo llegó entrada la noche. Seguidamente ordenó un cambio de frente en su línea, y adoptó otras precauciones para pasar la noche con seguridad. Sí el Jefe español hubiese preferido el camino que llevaban los contrarios, los hubiera descubierto a tiempo de tomar cuantas disposiciones le parecieran convenientes, sin temor de ver amenazada su retaguardia, porque desde las sucesivas alturas, más o menos accesibles, que se extienden desde Tarma a Pasco por aquella parte, dominaba y le era fácil observar el camino de Reyes, mientras por éste, aunque más abierto y llano, ninguna noticia pudo adquirir hasta que entró en Pasco. No es menos de sentir que un General conocedor de la topografía del país hubiese dirigido sus tropas por un lado de la referida y extensa laguna sin hacer explorar el lado opuesto al mismo tiempo, para evitar siquiera a su tropa algunas leguas de marchas inútiles."

El 6 de Agosto de 1824, a las dos de la tarde, se avistaron los dos ejércitos. Canterac continuó retirándose; y el Libertador, temiendo perder la ocasión de atacarle de igual a igual, se adelantó con la caballería a las órdenes inmediatas del General Necochea, y le dió alcance a las cinco de la tarde. Y se trabó el famoso combate de las caballerías patriota y realista en la legendaria pampa de Junín, combate en el que se vio humillado el orgullo de los españoles que se jactaban de catorce años de triunfos, y que fue el precursor de la espléndida victoria de Ayacucho.

Para que se conozcan los detalles y episodios de aquella gloriosa jornada, transcribimos,en el capítulo que sigue, los partes oficiales y las relaciones de los que fueron testigos presenciales de aquel grandioso drama y actores principales en él.

CAPITULO V.

La Batalla de Junin.

Parte del Secretario General del Libertador.—Parte del General en Jefe del Estado Mayor del ejército Patriota.—Parte del General Canterac.—Relación de López Borrero.—Relación del General Miller.—Relación de O' Connor.—El cantor de Junín.

"Secretaría General.-Cuartel general en Reyes, a 7 de Agosto de 1824.-Al Sr. Ministro General de los negocios del Perú.--De superior orden de S. E. el Libertador tengo la satisfacción de anunciar a V. S. que ayer, a las cinco de la tarde, ha sufrido el ejército español una terrible humillación en las llanuras de Junín, dos y media leguas de este lugar. La caballería, con cuya fuerza contaban principalmente los enemigos para someter al Perú a la dominación española, ha sido batida de tal modo que no volverá a presentarse en el campo de batalla."

Informado S. E. de que los enemigos habían venido a buscarnos con toda su fuerza reunida, se puso en marcha con el Ejército Libertador desde Canacancha con el fin de comprometer una batalla dicisiva. Entre tanto los enemigos, que se habían avanzado hasta Pasco, volvían sobre sus pasos a marchas forzadas, en consecuencia de las noticias que tuvieron de la dirección que seguía el ejército. S. E. contaba con forzalos a una acción formal situándose a su retaguardia por el camino que ellos debían tomar a Jauja; pero la precipitación con que marchaban les proporcionó la dichosa casualidad de llegar y aun pasar del punto en que debíamos encontrarnos, algunos horas antes que nuestro ejército, que tuvo que hacer una jornada larga por terreno escabroso y difícil. En este estado, observando S. E. que los enemigos continuaban sin cesar su retirada, y considerando por otra parte que se escapaba de entre las manos la ocasión de terminar de un golpe la penosa campaña en que nos hallamos y decidir la suerte del país, resolvió adelantarse con la caballería al trote, mandada inmediatamente por el intré-

pido General Necochea, y situarla en la misma llanura que ocupaban los enemigos, esperando que los que nos habían buscado tan resueltamante aprovecharían la ocación que se les presentaba de lograr sus deseos, o que viendo nuestra fuerza de caballería sobre ellos comprometerían una acción para salvar el todo de su ejército. Sea correspondiendo a estos cálculos o por una ciega confianza en su caballería, los enemigos cargaron la nuestra en una situación bien desventajosa para nosotros: el choque de estos dos cuerpos fue tremendo, y al fin, después de diferentes conflictos, en que ambas partes lograban la ventaja, la caballería enemiga, aunque superior en número y mejor montada que la nuestra, fué completamente desordenada, batida y acuchillada hasta las mismas filas de su infantería, que durante la acción continuaba su marcha hacia Jauja y se hallaba muy lejos del campo cuando aquella se decidió.

Nuestra caballería ha mostrado un arrojo que mi pluma no alcanza a expresar, y que solo puede concebirse recordando los siglos heroicos. El resultado de esta brillante jornada ha sido de 235 muertos en el campo de batalla, entre ellos 10 Jefes y oficiales, más de 80 prisioneros, muchos heridos, y una infinidad de dispersos. Se han tomado más de 300 excelentes caballos aperados y el campo de batalla está cubierto de toda clase de despojos. Por nuestra parte hemos tenido fuera de filas 60 hombres muertos y heridos, entre los primeros al Capitán Urbina de granaderos a caballo de Colombia, y al Teniente Cortés, del primer regimiento de caballería del Perú; entre los segundo al bizarro General Necochea con siete heridas, aunque ninguna de cuidado; al señor Coronel Carvajal, de granaderos a caballo de Colombia, al Comandante Sawbry del segundo escuadrón del regimiento del Perú, al Sargento Mayor Felipe Brown y al Capitán Peraza, ambos de la caballería de Colombia, el primero y los dos últimos levemente y el segundo de alguna gravedad: entre la tropa hay poca de riesgo.

Ayer se habría concluído la guerra del Perú, si la infantería enemiga no hubiera continuado incesantemente su marcha al trote, y si la nuestra hubiese podido volar como era necesario para alcanzarla, porque todos ardían en deseos de destruir a los enemigos. Estos han quedado completamente escarmentados y su terror llega al extremo de que desde la madrugada de ayer no han dejado de marchar, ni aun en la noche.—Mañana continúa el ejército sus operaciones, y me lisonjeo de que muy pronto fecharé a V. S. mis comunicaciones desde el valle de Jauja.—Felicito a V. S. y a todo el Perú por el suceso de ayer, que por ser el primero de la campaña presagia más felices resultados. La tierra de los Incas regada con la sangre de sus opresores y oprimidos, ofrecerá bien pronto bellos campos en que se extienda el árbol precioso de la libertad, y muy pronto los vencedores de catorce años no dejarán a estos desgraciados ha-

bitantes sino los recuerdos de los horrores que aquellos han cometido, mientras la fortuna los ha lisonjeado. Quiere S. E. que estas noticias las haga V. S. circular a todos los pueblos y autoridades del país.—Dios guarde a V. S.— Tomás Heres, Secretario general interino.»

"E. M. G. Libertador.—El ejército libertador reunido en las cercanías del mineral de Pasco, emprendió sus operaciones el 2 del corriente a tiempo que el enemigo, erguido por sus anteriores sucesos, dejó en los primeros días de este mes sus acantonamientos de Jauja y Tarma para buscarnos. Mientras que el ejército español marchaba por el camino de Reyes, el ejército unido se movía por la derecha del río de Jauja con el objeto de tomarlo por la espalda. En la segunda jornada, después de haber dejado las cercanías del mineral de Pasco, se recibieron los primeros partes de la marcha del enemigo, y no obstante se continuó la nuestra con la mira de interponernos en caso de que contramarchase informado de nuestra dirección.

"S. E. el Libertador supo ayer en Conacancha que todas las fuerzas españolas, compuestas de ocho batallones, nueve escuadrones y nueve piezas de campaña al mando del General Canterac, se hallaban en Carhuamayo. S. E. dispuso hacer una marcha forzada y directa a Reyes, donde los enemigos habían de tocar en su retirada, pensando celebrar el aniversario de Boyacá con la libertad del Perú, porque S. E. contaba con dar una batalla, puesto que el enemigo la provocaba. Por precipitado que fue nuestro movimiento, no pudimos lograr esta ventaja, ni satisfacer los deseos del ejército: los españoles habían vuelto sobre sus pasos con una velocidad indecible. Al llegar a la altura que domina estas llanuras, observó el Libertador que el ejército enemigo seguía rápidamente para Tarma, hallándose aún nuestra infantería dos leguas distante del campo de Junín. En consecuencia trató de retardarles la marcha, presentándoles algunos cuerpos de caballería. Siete escuadrones mandados inmediatamente por el intrépido General Necochea, Comandante General de la caballería, se adelantaron a las cinco de la tarde al trote hasta la llanura en donde se hallaba el enemigo.

El General Canterac, confiado en la superiodidad de su caballería o bien obligado a batirse por no ser desordenado en su retirada, formó tres cuerpos, y por una brillante maniobra cargó al galope sobre la nuestra por el frente y por el flanco izquierdo. Aunque inferiores en número e impedidos por la naturaleza del terreno para desplegar, nuestra caballería resistió la carga con el mayor denuedo. El choque de estos dos cuerpos fué terrible, porque ambos estaban satisfechos de su bizarría: ambos empezaron a acuchillarse y por el momento ellos arrollaron algunos de nuestros escuadrones, a tiempo que los granaderos de Colombia que formaban la cabeza de la columna y estaban en batalla, estimulados por el heroico ejemplo de su Comandante accidental

Mayor Felipe Brown, rompieron la izquierda del enemigo.— Los húsares de Colombia, al mando de su Coronel Laurencio Silva, y el primer regimiento del Perú, a las del señor General Miller, sostuvieron el centro y la derecha.—El enemigo empezó a desordenarse y los nuestros lo cargaron y acuchillaban por todas partes. Sus escuadrones, que ufanos contaban poco antes con destruirnos, dispersos por una inmensa llanura, ofrecían la más completa idea del desorden.— La caballería enemiga fué destrozada y perseguida hasta las mismas filas de su infantería, que durante el combate estuvo en inacción y después se puso en completa fuga.

"La pérdida del enemigo ha sido la de dos jefes, 17 oficiales y 345 hombres de tropa, 80 prisioneros, más de 400 caballos ensillados, la mayor parte de sus armas, muchos dispersos y gran número de heridos.—La nuestra ha consistido en 45 muertos y 99 heridos: entre los primeros se cuentan algunos bravos oficiales, y entre los segundos el bizarro General Necochea, algunos Jefes y varios oficiales de distintos cuerpos.—Toda la caballería enemiga ha quedado reducida a un tercio de fuerza y su infantería fugitiva ha sufrido mucha dispersión, dejando en el campo algún armamento y varios útiles.— El día de esta gloriosa batalla debió ser destruído completamente el ejército español, si una larga y penosa jornada no hubiera privado a nuestra infantería de llegar a tiempo para completar la más brillante victoria, y si la noche, caminos difíciles y un terreno poco conocido no impidieran haberlo perseguido.— Tal ha sido el primer suceso de la campaña: algunos de nuestros escuadrones solamente han destruído la orgullosa caballería española y toda la moral de su ejército, etc. Cuartel general en Reyes, a 7 de Agosto de 2824.—El General Jefe.—ANDRES SANTA CRUZ."

Parte de Canterac.—"Excmo Sr: Para cerciorarme si era efectivo que el General Bolívar empezaba sus operaciones, me dirigí rápidamente con el ejército de mi mando sobre Pasco, y habiendo averiguado que marchaba por la orilla derecha de la laguna retrocedí para dirigirme a atacarlo por su retaguardia, o bien interponerme entre él y este valle. Estando en marcha en las Pampas de Reyes el día 6 a las dos de la tarde reconocí el ejército enemigo que estaba sobre la derecha de mi retaguardia. Continué mi marcha, y habiendo adelantado el enemigo su caballería, separándola a dos leguas de distancia de su infantería, se me presentó: fiado yo en el mayor número de la nuestra y del valor de que creía animados y me manifestaban todos sus individuos a la vista del enemigo, tuve la ocasión por extraordinariamente propicia. Los enemigos tenían dos escuadrones formados en batalla, y los demás hasta el número de ocho en columna por mitades entre un cerro y un pantano, que impedía a éstos poder desplegar; cargué por el frente con los escuadrones de húsares y dragones del Perú que estaban en batalla,

y los cuatro escuadrones de la Unión en dos columnas sobre mis dos flancos destinados a flanquear los enemigos, y al mismo tiempo la de la derecha a servir de reserva. Los escuadrones enemigos, que estaban en columna, al ver la carga volvieron grupas y se desordenaron completamente: los que estaban en batalla fueron atacados de frente y flanco por haber éstos aguardado la carga a pie firme y estaban ya en desorden, cuando en este mismo instante, sin poder imaginarme cual fué la causa, volvió grupas nuestra caballería y se dió a una fuga vergonzosa, dando al enemigo una victoria que era nuestra y que decidía en nuestro favor la campaña, pues todos los Generales enemigos estaban a la cabeza de la caballería, y batida ésta caían indispensablemente en nuestro poder, en razón al desfiladero que tenían a su retaguardia.

Nuestra pérdida ha sido de poca consideración en el número de hombres; pero sí ha influído extraordinariamente en el ánimo, particularmente en el de la caballería. Los Jefes enemigos La Mar, Necochea, Soler y Plascencia han muerto y Bolívar fué ligeramente herido en una mano: esto lo sé por declaración de algunos oficiales que fueron hechos prisioneros y lograron fugarse en la noche.-- Los Jefes, oficiales y algunos individuos de tropa se portaron con toda bizarriá y aun algunos con heroismo, pero sus esfuerzos no eran casi nada para poder reparar el mal y así una gran parte fueron muertos o heridos.

La fuga de nuestra caballería y la superioridad numérica de la infantería enemiga me precisaron a ver de alejarme con la rapidez posible del enemigo, para no exponer mis fuerzas a un contraste, siguiendo en esto las prevenciones de V. E.; pero no sé hasta donde tendré que continuar mi retirada y con qué medios lo haré, si el enemigo trata de hostigarme siguiéndome con empeño. Para evitar esto y que aquel saque ventajas inmensas y aumente extraordinariamente sus fuerzas tanto física como moral, es indispensable que V. E. realice lo que propuse en mi último oficio RESERVADO, esto es, que de una vez vengan del Sur cinco o seis mil hombres a toda diligencia, entre ellos el regimiento de granaderos de la Guardia, para que con su ejemplo se reanimen estos soldados de caballería y puedan con el tiempo y el ejemplo sernos útiles en lugar que ahora me parecen embarazosos. Esto ya conoce V. E. cuánto urge para no exponer el ejército del Norte a un fin nada propio de sus anteriores glorias y servicios, y que si éste sucumbiese no debiera dudarse de que el Perú era perdido sin remedio: por lo tanto reitero que la necesidad nos obliga a desatender las ocurrencias del Sur y dejar al insubordinado General Olañeta que haga lo que le parezca, ínterin la principal atención esté ocupada hacia esta parte.

Quedo enterado de la marcha de V. E. con el batallón: pero esta fuerza ni aún dos o tres batallones e igual número

de escuadrones, repito, será ya suficiente para terminar la campaña con felicidad, lo que no conseguiremos sino viniendo las tropas en el número que digo, porque el enemigo se irá engrosando cada día más y más, y yo por esta parte no tengo de donde sacar refuerzos, pues el único cuerpo que tengo separado del ejército es el de Cazadores--Dragones y éste, según me avisa el Teniente Coronel Horna, no pasa de 40 plazas, a pesar de las órdenes que repetidamente he dado para su aumento.

Parecía, Excmo, Señor, imposible en lo humano que una caballería como la nuestra, tan considerada, bien armada, equipada, montada, instruída y disciplinada y que manifestaba incesantemente vivos deseos de llegar a las manos con los enemigos, lo que me pidieron con repetidísimas instancias aquella misma tarde al presentarse la enemiga, digo que parecía imposible que con tanta vergüenza huyese de un enemigo sumamente inferior bajo todos respectos, y que ya estaba casi batido por los mismos que después por una fatalidad tan funesta como incomprensible han echado un borrón a su reputación antigua y puesto en compromiso al Perú todo. ¿Quién, Excmo. señor, no se hubiera prometido la victoria más completa, vista la superioridad física y moral de que nadie dudaba comparando nuestra caballería con la enemiga? Aseguro a V. E. que yo estaba tan persuadido de ello, y creo que V. E. mismo y cualquiera otro militar no hubiera vacilado un instante para ver de aprovechar una ocasión que se presentaba, la más lisonjera por todos los aspectos que se la considerase.—Como en esta ocurrencia desgraciada no creo haberme excedido de las órdenes de V. E., me parece no se me podrá culpar de haber aventurado desventajosamente mis fuerzas, y esta satisfacción, en medio del imponderable sentimiento qne me ha causado, me deja tranquilo con respecto a responsabilidad. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general en Huayucachi y Agosto 8 de 1824.—Excmo. señor.—JOSE CANTERAC.

P. D. Hoy al replegarme a este punto dispuse que el Comandante D. Juan Manuel Callejas, Gobernador del Cuartel General, pasase con una mitad del escuadrón de LANCEROS del Rey, que vino de Lima con Ovalle, a retirar todo el ganado de la banda occidental del río, y acabo de saber que dicha fuerza, lejos de cumplir su comisión, gritó VIVA LA PATRIA y se llevó prisioneros a Callejas y a los oficiales que la habían mandado.--Al ir a cerrar este oficio recibo la correspondencia de V. E. fecha 1º del corriente en que me incluye su bando del 31 del pasado relativo a la abolición, de orden de S. M., del sistema constitucional, que pondré en ejecución tan luego como las circunstancias me lo permitan, pues en el día me hallo en movimiento con el ejército y el enemigo muy inmediato. Esto no será más que dar mayor fuerza a la resolución anterior de V. E., por la

cual fué abolido el indicado sistema en todo el reino.—Esta mañana fué ya Jauja ocupada por los enemigos, y en esta virtud, reitero, Excelentísimo señor, mis instancias sobre la venida de numerosas tropas para hacer esta interesantisíma campaña, siendo mi parecer que V. E. retire al momento el ejército del Sur, avisando a Olañeta que por las apuradísimas circunstancias lo dispone así, preguntándole si se conforma con las órdenes de S. M. y que V. E. debe comunicarle, y acaso por este medio vuelva aquel perturbador al orden.—No me es ahí posible enviar partida alguna a retaguardia a buscar a los reclutas; pero éstos deben ser escoltados, bien por las tropas que vengan de esa parte, o por milicianos de aquellos puntos, pues a mí por las circunstancias me es imposible desprenderme de un solo hombre.—CANTERAC.—Excmo. señor Virrey, Gobernador y Capitan General del Perú."

La relación de la victoria de Junín del Coronel Manuel Antonio López es la que sigue:

"A las seis de la mañana del día 6, Agosto de 1824, ya todo el Ejército se encontraba en marcha hacia el pueblo de Reyes por donde pasa el camino principal que llevó el General Canterac. A las diez el ejército tuvo que detenerse mucho tiempo en atravesar el río de Conocancha, con el agua arriba de la cintura. Aquí los espías dieron parte al Libertador de que el General Canterac regresaba de Pasco a paso redoblado, y queriendo aprovechar de esta ocasión para dar la batalla, dispuso en el acto que el General Necochea, con toda la caballería, marchara inmediatamente a la vanguardia del ejército, y que la infantería redoblara la marcha. El mismo Libertador y los Generales Sucre, La Mar, Santa Cruz, Gamarra y Miller, siguieron con el General Necochea y la caballería, mientras que los Generales Córdova y Lara hacían marchar la infantería a paso redoblado."

"A las cuatro de la tarde nuestra caballería, como a una legua de distancia, divisó al enemigo que salía del pueblo de Reyes por el camino de Tarma. Toda su infantería, por columnas en masa, se retiraba al paso redoblado y al trote, por toda la pampa, cubriendo la retaguardia su brillante caballería. El Libertador mandó apurar el paso a la infantería, que a pesar de sus esfuerzos iba como una legua de distancia de nuestra caballería, lo cual había sido observado por el enemigo. Una gran laguna separaba las dos caballerías: lá nuestra, dejando el camino de Reyes a la izquierda, marchó por la orilla opuesta como a cortar la del enemigo que aparentaba retirarse con su infantería."

"El General Canterac, que desde la pampa observó este movimiento, conociendo que su caballería era superior en número y caballos, y que a la cabeza de la nuestra iban los principales Generales, se dispuso a esperarla para dar una carga contando con un triunfo seguro, según lo refería al General Rodil en un parte que se interceptó al día si-

guiente del combate. Recuerdo que entre otras cosas le decía: "La primera carga de nuestra caballería fué tan impetuosa, que logró romper y dispersar las primeras filas enemigas que habían ocupado su línea de batalla, y cuando contaba con un triunfo seguro, no sé por qué, porque no cabe en el cálculo humano, ha vuelto vergonzosamente grupas nuestra caballería, dando a los enemigos una victoria que por derecho nos correspondía."

"Nuestra caballería debía salir a la pampa de Junín por en medio de unos pequeños cerros cubiertos de paja situados a la orilla de la laguna. El General Canterac, a la sombra de estos mismos cerros, dejando el camino que llevaba su infantería, descabezó la laguna con su caballería, varió de dirección por una pronta maniobra, y formando una línea de batalla reforzada por otra de reserva, esperó el momento en que asomase la nuestra para atacarla".

"Al salir a la pampa el General Necochea, que vió al enemigo tan inmediato y en aquella formación, sin perder un instante y al trote mandó a su caballería entrar en batalla a la izquierda por retaguardia de la primera subdivisión, pero aún no se había ejecutado tal maniobra, cuando la primera línea del enemigo, aprovechándose de este movimiento para arrollar nuestra caballería antes que estuviese preparada para recibirlos, a todo galope, enristradas las lanzas y con sable en mano, se arrojó sobre la línea que estaba formando, rompió los primeros cuerpos que habían entrado en batalla, y desordenó parte de las columnas que a retaguardia iban ocupando la línea. Sin embargo de que este primer impulso del enemigo fue violento, el desorden no se prolongó más allá de los escuadrones que sufrieron la carga; los otros, con aquella serenidad hija del valor que siempre los acompañó, refrenando sus caballos sin perder terreno, formaron a discreción de sus jefes una nueva línea, y vengaron bien pronto a sus camaradas. El enemigo, aunque triunfante al principio, no pudo conservar su formación, por la mayor o menor resistencia que experimentó en los cuerpos arrollados, y por grupos empezó a cebarse a rienda suelta en aquellos que habían vuelto grupas. El Teniente Coronel Isidoro Suárez, que mandaba el regimiento de Coraceros del Peru, y el Coronel Laurencio Silva, Jefe del de Husares de Colombia, con la mayor presteza los hicieron entrar en el orden de batalla; un escuadrón de coraceros protegió a los cuerpos arrollados cargando a los enemigos por retaguardia; el Sargento Mayor Felipe Brown, con el escuadrón Granaderos de Colombia, volvió caras, y se trabó un combate a muerte en el flanco izquierdo de nuestra línea".

"Al mismo tiempo la segunda línea de batalla de los enemigos, que constituía su reserva, se arrojó sobre los Coraceros y los Husares; Suárez y Silva, prefiriendo no esperarles a pie firme, se adelantaron lanza en ristre a recibirlos, y el encuentro de estas caballerías fue tremendo, ho-

rroroso. Alcanzábamos a ver que los caballos se estrellaban unos contra otros, y el empuje de nuestra caballería fue tan violento que rompió la de los enemigos por el centro y desorganizó completamente su flanco izquierdo. Desde aquel monento ninguno pudo conservar su formación, se dispersaron en la pampa en grupos más o menos grandes que impetuosamente se acometían con un valor heroico; ya eran rechazados los unos, ya los otros, y por más de media hora la lucha se mantuvo con furor sin decidirse el combate".

"Rara vez se habrá disputado mejor y tan a punta de lanza una victoria. Aquellos soldados españoles habían estado triunfando en el Imperio de los Incas por una larga serie de años: los nuestros eran los de Boyacá, Carabobo, Bomboná, y Pichincha, que llevaban siete años de lidiar encarnizadamente y de vencer desde las bocas del Orinoco; y a ellos se unieron los CORACEROS DEL PERU, que ostentaron un lujo de valor extraordinario en aquella jornada, dando a su patria un nuevo día de gloria que les hizo ganar el honroso nombre de HUSARES DE JUNIN".

"Los Coroneles Lucas Carvajal y Laurencio Silva, el Teniente Coronel Isidoro Suárez, el Sargento Mayor Felipe Brown, el Capitán Manuel Jiménez, el Teniente Juan Camacaro y el aspirante Guillermo Corser, holandés, (después Teniente Coronel) hicieron prodigios de valor. En la mutua dispersión por grupos que ocasionó el furioso empuje de nuestros jinetes, cada uno de los nombrados tuvo que lidiar aisladamente con un grupo enemigo, luchando cuerpo a cuerpo contra dos, tres y cuatro hombres, a quienes dejaron tendidos en el campo."

"El Libertador, que con su Estado Mayor General y los Generales, se encontró en la pampa en el primer encuentro de las caballerías corriendo gran peligro, se retiró a una loma baja de la orilla de la laguna, donde reunió la caballería arrollada y la infantería que sucesivamente fué llegando. Al principio se manifestó agitado al contemplar la desigualdad del número de combatientes; pero luego que vió la tenacidad con que luchaba nuestra caballería y que ni un soldado ni un herido se retiraba del campo de batalla, no desconfió del triunfo. Permaneció más de media hora observando con impaciencia el encarnizado combate, y las sombras de la noche cubrieron el campo dejándolo aparentemente indeciso."

"Aquí debo consignar un breve pero interesante diálogo que pinta el carácter del Libertador; lo oí yo mismo y lo recuerdo con toda precisión. Cuando el General reunía nuestros maltrechos jinetes, llegó el General Lara y le preguntó.

—¿Que hay, General?

—Que ha de haber, contestó el Libertador, que nos han derrotado nuestra caballería.

—¿Y tan buena asi es la del enemigo?

—Demasiada buena cuando ha derrotado la nuestra, replicó Bolívar.

—¿Quiere Usted que yo vaya a dar una carga con esta caballería?—(propuso Lara señalando a los arrollados.

—No, (concluyó el Libertador), porque eso sería quedarnos sin caballería para concluir la campaña."

"Por donde se ve que, aun en momentos de creerse vencido, no le pasaba al Libertador por la imaginación la idea de que él no estuviese destinado a dar al Perú la libertad."

"A las seis y media o más, el Coronel Carvajal herido y con un prisionero a la anca del caballo, se presentó al Libertador anunciándole que cuando él se separaba del lugar de la lucha, el enemigo se declaraba en derrota. Hasta entonces sólo divisábamos confusamente allá a lo lejos uno que otro grupo que se alejaba combatiendo, y dudábamos si ello era fuga o retirada: más pronto empezaron a llegar nuestros heridos y los prisioneros, que nos dieron pormenores más extensos del triunfo alcanzado".

"El Libertador hizo montar en las ancas de la mejor caballería unas compañías de TIRADORES, y mandó perseguir al enemigo, que huyó precipitadamente favorecido por sus buenos caballos y las tinieblas de la noche".

"Los españoles perdieron en este encuentro 240 hombres muertos, entre ellos diez Jefes y Oficiales, 80 prisioneros, 90 heridos y muchos dispersos; quedaron en nuestro poder más de 300 caballos aparejados, otras tantas lanzas y carabinas, y el campo cubierto de despojos."

"Nuestra pérdida alcanzó a 93 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros al Capitán Urbina, al Teniente Cortés y 45 de tropa; y entre los segundos al General Necochea, con siete heridas de lanza y sable, pero ninguna de gravedad, al Coronel Carvajal, al Comandante Sowersby, gravemente, al Mayor Brown y al Capitán Peraza."

"Los enemigos contaban con 400 y tantos hombres de caballería más que nosotros, y como nuestros primeros cuerpos que fueron arrollados no volvieron a entrar en combate' nuestros valientes tuvieron que lidiar en la pampa de Junín contra doble fuerza, lo que le hizo decir al General Necochea "que la experiencia le había demostrado aquel día, que nuestra caballería podía pelear con ventaja en cualquier campo, contra doble número de la caballería española, tanto por la posición de nuestros soldados sobre el caballo, como por su destreza en manejarlo, pues no había duda de que cada uno de ellos se duplicaba con su agilidad al frente del enemigo." Observación que me pareció justa."

"Al día siguiente regresaron la caballería y los TIRADORES mandados en persecución del enemigo, trayendo algunos prisioneros que se le hicieron en la fuga; y el Ejército Unido ocupó el pueblo de Reyes.—"

El General Miller, Jefe de la Caballería Peruana, describe la batalla de Junín, en los términos que siguen:

"En la mañana del 5 había avanzado el General Canterac a Carhuamayo, y se adelantó con su caballería a Pasco. En vez de hallarse en aquellos llanos inmensos con una sola división asolada, como probablemente esperaba, supo que el Ejército Libertador estaba reunido, y avanzaba por la orilla opuesta del lago. Canterac se retiró aquella misma noche sobre su infantería, y el 6 siguió su retirada. Mientras tanto continuaron su marcha los independientes en prolongación de la extremidad Sur del lago, para cortar a los realistas; y al cabo de una marcha de cinco leguas por un terreno montañoso, vieron repentinamente, al llegar a un punto elevado, a las dos de la tarde, a los realistas, que a distancia de dos leguas marchaban por los llanos de Junín, un poco al Sur de Reyes. Un VIVA entusiasta y simultáneo se oyó por toda la línea, y es imposible dar una idea exacta del efecto que produjo la repentina vista del enemigo. Los semblantes de los patriotas se animaron con el seño y la expresión varonil del guerrero que ve aproximarse el momento de lidiar y de la gloria, y con vista fiija y ojos centellantes contemplaban las columnas enemigas, marchando majestuosamente al pie del sitio elevado que ocupaban. El temor de que los realistas se escapasen sin poderlos atacar, ocupaba el ánimo de la mayoría, y la caballería, particularmente, ardía de impaciencia. Considerándose superiores a la caballería enemiga, como en efecto lo eran, fue obra de un momento cambiar las sillas de las mulas que montaban a los caballos de respeto, esperando que la naturaleza del terreno les daría la oportunidad de tener una parte activa, y tal vez, principal, en el combate que se acercaba".

"A las cuatro de la tarde, novecientos hombres de la caballería patriota habían dejado una legua a retaguardia dos escuadrones y la infantería, se adelantaron a corta distancia del todo de las fuerzas realistas, compuestas de ocho mil infantes, mil doscientos caballos y un número proporcionado de piezas de campaña. Considerando Canterac peligroso continuar su retirada sin contener los progresos del enemigo, se puso a la cabeza de su caballería, la hizo desplegar en batalla, colocando un escuadrón formado en columna a retaguardia e inmediato a los flancos de las líneas y mandó cargar. La infantería realista continuó su retirada".

"Es justo decir que no solamente dió Canterac una carga maestra, sino que logró darla en circunstancias desventajosísimas para los patriotas, cuyo entusiasmo les había conducido, quizás demasiado cerca del cuerpo del enemigo, y demasiado adelantados por un desfiladero, formado por por un arroyo y terreno pantanoso por un lado y una fila de montañas escarpadas del otro, que les impedía desplegar con la rapidez que las circunstancias requerían. El escuadrón que formaba la cabeza de la columna fue el único que pudo desplegar".

"El General Bolívar mandó al General Miller que con

doscientos cincuenta hombres de la caballería peruana flanquease la derecha de la línea de los realistas que iban avanzando; pero como éstos se echaron encima al galope, no pudo llevarse a efecto este movimiento, y tuvo que conversar sobre su derecha y atacar de frente. La gente que mandaba Miller, junto con el ala derecha de los patriotas al mando del General Necochea, fueron cargados al mismo tiempo. El choque fué tremendo, y su consecuencia natural en las circunstancias que acaban de describirse fue la derrota total de los patriotas, a excepción de unos cuantos granaderos a caballo de Colombia a las órdenes del bizarro mayor Brown, que se abrió paso por los enemigos, y un escuadrón peruano que, estando al primer choque un poco a retaguardia, se libró oportunamente de la suerte de los demás".

"Con el primer movimiento debe terminar todo elogio a la caballería española, porque en vez de guardar su primitivo orden o conservar una reserva, se dividieron y dispersaron. Una parte perseguía la caballería patriota a las órdenes de Miller, enviada para flanquear la derecha de los realistas, y procuraba poder alcanzar el camino de Cacas, y la otra seguía el desfiladero al resto de los patriotas".

"El Teniente Coronel Suárez, que mandaba el escuadrón peruano que no había sido batido, había en el entretanto avanzado sin oposición a ocupar el intervalo que dejaron los realistas, y hallándose completamente a su retaguardia principió a cargar a los que perseguían la izquierda de los patriotas al mando del General Miller, el cual viéndose embarazado por lo pantanoso del terreno, volvió caras e hizo frente al enemigo. Hallándose los realistas sumamente extendidos y en desorden, y viéndose amenazados por frente y retaguardia, principiaron a fluctuar y huyeron a su vez. El oportuno socorro de Suárez facilitó a los escuadrones patriotas dispersos de la derecha y de la izquierda la pocibilidad de reunirse, y el General Miller, los Coroneles Carvajal, Silva y Bruix y el mayor Braun, con cuanta gente pudieran reunir, apoyaron a Suárez. Entonces los patriotas emplearon sus lanzas con tal efecto, que la decantada caballería de los españoles se puso en una total y vergonzosa fuga, y fue perseguida hasta las bayonetas de su infantería por un puñado de sus contrarios. El General Necochea recibió al principio de la acción siete heridas y fue hecho prisionero. A intercesión de un soldado realista que había servido a sus órdenes en el ejército de los Andes, le conservaron la vida y este mismo soldado lo montó a ancas de su caballo; pero cuando iba retirándolo del campo de batalla, le rescató una partida colombiana a las órdenes del intrépido Capitán Sandoval. Es seguramente doloroso tener que decir que el soldado generoso que salvó la vida a Necochea fue muerto antes que los patriotas supiesen el servicio que había rendido. Estando herido el General Necochea, recayó el mando del todo de la caballería en el General Miller."

"La acción duró tres cuartos de hora, los españoles perdieron 19 oficiales y 345 hombres muertos y 80 prisioneros. Los patriotas tuvieron 3 oficiales y 42 hombres muertos y 8 oficiales y 91 hombres heridos. Durante la acción no dispararon de una y otra parte ni un solo tiro, y no emplearon más armas que el sable y la lanza. Las que de esta última arma se usan en Colombia tiene de doce a catorce pies de largo, y el asta de ella la forma una vara gruesa y flexible, a cuya extremidad está la lengüeta. Los lanceros fijan las riendas encima de las rodillas, de forma que puedan guiar al caballo, y les quedan las dos manos en libertad, y generalmente hieren a su enemigo con tal fuerza, con particularidad cuando van a galope, que los levantan dos o tres pies encima de la silla. El asta de las lanzas que se usan en el Perú, semejantes a las inglesas, son más pesadas y no tan flexibles como las de Colombia; pero los peruanos manejaban también las suyas con grande destreza y efecto. A causa de la grande elevación del llano de Junín, fué tan intenso el frío de la noche, que murieron casi todos los heridos de una y otra parte".

El Teniente Coronel Suárez y el Mayor Braun, fueron los oficiales que más se distinguieron y más particularmente contribuyeron al éxito feliz de la acción. El primer regimiento de la caballería del Perú, anteriormente Húsares de la Legión, tomó el nombre de Húsares de Junín en virtud de orden del General Bolívar y en testimonio de su aprobación al valiente comporte que tuvo en aquella acción".

"Bolívar pasó el desfiladero con la caballería, y dirigió personalmente los primeros movimientos de ella; pero así que percibió la dispersión, marchó inmediatamente en busca de la infantería, la cual colocó en una altura elevada cerca de una legua a retaguardia, y donde permaneció hasta que recibió el primer parte del General Miller, anunciándole la victoria que habían alcanzado. El General Miller, con unos cuantos granaderos a caballo de los Andes, mandados por el bizarro Capitán Pringuel, siguió el movimiento del grueso del ejército realista, dejando orden para que el resto de la caballería que quedaba a retaguardia formase en el campo de batalla y esperase órdenes posteriores; pero a su regreso halló que toda ella había recibido orden para replegarse sobre la infantería".

"Sin embargo de la derrota de la caballería realista y la precipitada retirada de su infantería, el General Bolívar consideró oportuno disponer que todas las fuerzas del Ejército Libertador se retirasen a Reyes, precisamente situado a retaguardia a la misma distancia que lo estaba Cacas a vanguardia; en su consecuencia marcharon a Reyes en la mañana del 7".

"Al día siguiente ofrecía el pueblo un espéctaculo muy interesante: alojados los soldados entre las paredes solitarias de casas destechadas, se congratulaban mutuamente por la victoria; mientras que los dueños o antiguos habitantes de aquellas

ruinas venían en tropel a Reyes acompañados por los habitantes de los pueblos de las inmediaciones que también se habían escondido, pero que salían en busca de sus libertadores para abrazarlos y llevarles algunos pequeños presentes. Grupos de ellos, mezclados con la tropa, se vieron ayudarla para hacer cobertizos para pasar la noche, a guisar y otros pequeños oficios, y también a limpiar las lanzas de la caballería, cubiertas aún con la sangre de los españoles".

"El General Bolívar ocupó una choza que aun conservaba una especie de techo; la cual rodearon los indígenas y colgaban en la puerta ornamentos de plata, como una sustitución de coronas de laurel, o guirnaldas de flores. El General Miller fué a ofrecer sus respetos al Dictador, después de puesto el sol; y así que entró en la choza, vió recostado contra la pared a su antiguo compañero de armas el valiente Teniente Coronel Sowersby. Este Jefe había recibido dos heridas de lanza".

"Entre los muertos en la batalla de Junín lo fue el Mayor Lizárraga, peruano bizarrísimo, que cayó atravesado de varias lanzadas al lado mismo del General Miller, de quien era edecán."

La descripción de la batalla de Junín por el Coronel Francisco Burdett O'Connor, es la que sigue:

"El día 6 de Agosto se puso el Ejército Libertador en marcha desde Condocancha con dirección a la pampa de Reyes, con la cordillera de por medio. La caballería llegó la primera a la cumbre, y de allí divisamos al Ejército Realista marchando con dirección a Tarma, es decir hacia el Sur. Este era el Ejército del Norte, que mandaba el General Canterac. Yo tenía el honor de acompañar al Libertador en este memorable día".

"Se exaltó el gran Bolívar al ver el ejército enemigo. Toda la caballería nuestra se hallaba reunida, e inmediatamente el gran Libertador dió orden de que todos montasen en sus caballos, pues se hacían las marchas en mulas. Se descendió la cuesta y llegamos a la llanura".

"Entre tanto el ejército realista nos había ganado la delantera; pero el ejército republicano, sin detenerse un momento al pie de la cuesta, siguió su marcha por la orilla de la inmensa llanura, con la cordillera a su derecha".

"Le tocó por turno este día al Mayor Felipe Braun llevar la vanguardia de la línea de marcha, y por cierto que fue mucha fortuna para nosotros—como se vió muy pronto—pues siguiendo arrimados al pie de la cordillera, llegamos a un paso por el cual no podía pasar más que un hombre de frente".

"A la izquierda hay un manantial que desde el principio forma un atolladero absolutamente intransitable para la tropa. El valiente y arrojado Braun pasó el primero, en seguida el heróico General Mariano Necochea, primer General de la caballería, siendo el segundo el General Miller".

"Conforme iba pasando el escuadrón GRANADEROS DE LA

GUARDIA, uno por uno, formaba en batalla, con las colas de los caballos en el atolladero, cuando vimos venir catorce escuadrones realistas a la carga y a gran galope sobre nuestro escuadrón formado. Las aguardó el intrépido y sereno Braun, a pie firme.

"El enemigo hizo alto a quince pasos de distancia del escuadrón, y en este momento Braun mandó a su corneta de órdenes tocar el DEGÜELLO, y de un soberbio y audaz empuje, rompió por medio de la fuerza enemiga formada al frente y armada con CHUZOS, lanzas con el asta de poco más de dos varas de largo, mientras nuestros GRANADEROS llevaban las suyas de tres varas y media".

"Los GRANADEROS a retaguardia del enemigo, que no podía franquear por razón del atolladero y el pie de la cordillera, desordenaron por completo a los escuadrones españoles, que se dirigieron a galope en su persecución".

"Esto era precisamente lo que convenía a nuestros famosos e invencibles llaneros colombianos, porque seguían llevando detrás de ellos a los jinetes españoles, y cuando se veían con dos o tres persiguiéndoles, se daban vuelta, los esperaban y lanceaban con la mayor facilidad".

"Yo me hallaba viendo todo esto desde la orilla del atolladero y observando si había modo de pasarlo. Entre tanto salvaron el mal paso algunos soldados de la caballería española, sableando a los nuestros en el mal paso. El Libertador me gritó que contuviese a nuestros jinetes, que estaban ya con la cara vuelta".

"En el primer ataque el valiente General Necochea fue herido, tomado prisionero y rescatado en otros tantos minutos. El General Bolívar corrió con todo su Estado Mayor en busca de la Infantería".

"Entre tanto, el regimiento de la caballería del Perú, con el General Miller, estaba muy a retaguardia y todavía no mezclado en la confusión del mal paso. Me dirigí a él, le mostré un morrito en la pampa, adonde le dije que precisamente debía acabarse el atolladero, y que podía llevar el regimiento por allí, entrar en el campo de batalla y contribuir a ayudar al intrépido Braun a completar la victoria. Así lo hizo inmediatamente y le fue muy bien".

"Aun cuando nuestro HÚSARES DE LA GUARDIA y los GRANADEROS DE LOS ANDES casi vuelven caras, el Coronel Silva, de HÚSARES, el Coronel Carvajal de GRANADEROS, y el Coronel Bruix de GRANADEROS DE LOS ANDES, lograron con arrojo salvar el mal paso, lo mismo que el inpertérrito Capitán Colombiano Camacaro y unos cuantos HÚSARES, y como estos eran lanzas finas, hicieran prodigios entre los enemigos".

"Todas estas cosas pasaban en pocos minutos."

"Después de hablar un instante con el General Miller, volví al atolladero, en el que me metí tratando de vadearlo, cuando del lado opuesto un soldado del ejército realista saltó una zanja, tratando sablearme; me defendí con mi espada,

hasta quitarle su sable, y de un fuerte jalón a la brida de su caballo, le tiré a mi lado y le tomé prisionero. Este soldado se apellidaba Alfaro, y fué dado de alta al día siguiente en el escuadrón GRANADEROS.»

"Cuando le tomé prisionero me quedé en la orilla del fango, viendo el resultado del combate, y que el esforzado General Miller había pasado al campo de batalla, cerca de la altura que le indiqué, y mezclándose con el escuadrón GRANADEROS, que en estos momentos estaban lanceando a los enemigos a su gusto y con extraordinario denuedo y celeridad.

"Cuando vi que la batalla terminaba en favor nuestro me dirigí al lado del Libertador, que era el que allí mandaba, y que en ese instante se hallaba cerca de la bajada, por la cual habíamos penetrado al campo.»

«En este momento noté que nuestra infantería estaba subiendo la cordillera a tomar posición defensiva. Me alejé entonces del lado del Libertador, y empecé a subir la cordillera, gritando a nuestros soldados que bajasen.»

«No podían más; todos estaban asorochados, y mi caballo también. Por fin hice alto en media cuesta, cuando ví a nuestros Jefes Carvajal y Silva, que venían gritando: VICTORIA. Braun, que era el que más había hecho, venía en silencio, sin proferir ni una sola palabra."

"Bajó la infantería a la llanura y se echó a descansar, no habiendo tomado en el día más alimento que un poquito de fiambre por la mañana."

"En esta batalla mandaba Bolívar. No se oyó en toda ella un solo tiro, se peleó puramente a arma blanca, y lo único que se oyó fue el choque terrible de las espadas, los sables y las lanzas y los gritos de los combatientes. Notable fue el valor de Braun, Miller, Necochea que cayó con siete heridas; Carvajal, Suárez, Medina, Sandoval, Bruix y Sowersby, quien murió al día siguiente, a consecuencia de las heridas que recibió en el combate."

"Las formidables cargas de nuestros GRANADEROS hacían temblar la tierra, mientras que en el cielo de Junín brillaba radiante la estrella de Bolívar, la estrella de la victoria."

"Esta es la relación fiel y exacta de la célebre batalla de Junín, que yo presencié con sangre fría y sin perturbarme un momento; pero otros han escrito y dado parte de esta memorable acción de guerra sin haberla visto ni haber estado en ella; y todo tan mal relatado, que yo, al leer esas narraciones, no sabía a que acción se referían."

"Gran desatino cometió el General Canterac en no haber hecho montar en ancas de los caballos de sus lanceros una compañía de cazadores, con cuya sencilla operación nos habría dado muchos trabajos, y quizás nos vence, si se hubiese puesto en marcha con toda la infantería y artillería del ejército de su mando, a contener la carga de nuestra caballería, porque lo nsuestros estaban muy asorochados."

"Nuestros equipajes no habían llegado, y nos echamos sobre

el campo a pasar la noche, aquella inolvidable noche del 6 de Agosto de 1824. Miller, Wilson y yo nos acomodamos en un rinconcito pastoso al pie de la cordillera, a donde se había metido el Libertador. Su mayordomo sacó fiamdre de las alforjas y nos dió un pedacito a cada uno. Amanecimos con los bigotes cubiertos de nieve.»

«Al toque de diana, la mañana del 7 se dispuso la marcha hasta el pueblo de Reyes, distante una legua. Todos estábamos a pie. Los montoneros del Coronel Estomba robaron la noche anterior todos los caballos de los Jefes y Oficiales; robaron también el caballo de campaña del General Sucre, el más hermoso animal que había en todo el ejército. Yo mandé avisar la novedad al Mayor Braun, y éste me envió un buen caballo. El mismo me proveía de caballos en toda la campaña, como quiera que yo tenía que galopar más que otro Jefe alguno en el ejército, como Jefe de Estado Mayor.»

«En Reyes, el corregidor tenía raciones y bastante forraje, y allí se pasó la tarde y la noche, formando los partes de los muertos y heridos en la batalla del día anterior, y redactando el parte de la victoria para mandarlo a Lima y a Colombia.»

«La orden general que se dió por el Estado Mayor General Libertador, fué como sigue:

«Orden general del 7 de Agosto de 1824 en Reyes»

"Artículo 1º S. E. el Libertador, lleno de satisfacción por el triunfo que obtuvo ayer la caballería en el campo de Junín, da las gracias a los cuerpos granaderos de Colombia y primer regimiento de caballería de línea del Perú, que tanto se distinguieron, y a los demás Jefes, oficiales y tropa que concurrieron a la victoria.

«Artículo 2º Sin perjuicio de las gracias que S. E. se reserva dar a los individuos, que sus Jefes recomienden como más distinguidos, por las relaciones que deben remitir a este Estado Mayor general, ha querido de pronto premiar al regimiento de caballería del Perú, dándole el nombre del campo de batalla, y que en adelante se llame Regimiento Húsares de Junin.

«Artículo 3º Los cuerpos que entraron en la acción, pasarán por sus Estados Mayores Generales en el día una razón de los muertos y heridos que han tenido en ellos.

«Comuníquese, etc».

«El parte que pasé al Estado Mayor General del ejército libertador aquella tarde, en cumplimiento del Artículo 3º de la orden General, fué en estos términos:

«De los Granaderos a caballo de la Guardia mandados por el Sargento Mayor Felipe Braun, un alférez y 26 de tropa heridos y un Capitán y 10 de tropa muertos.

«Del regimiento Húsares del Perú, un Teniente y tres húsares heridos y dos húsares muertos.

«Del escuadrón Granaderos de los Andes, un Teniente y 13 de tropa heridos y ocho de tropa muertos.

«Reyes, 7 de Agosto de 1824.--El Coronel Jefe, O'Connor."

Hablando de esta memorable acción de armas, dice O'Leary; "Los realistas fueron completamente derrotados y forzados a ampararse bajo la protección de su infantería, que se retiraba precipitadamente. Durante la batalla, que semejaba a los combates de los caballeros de los antiguos tiempos, y que sólo puede concebirse recordando los siglos heroicos, no hubo un solo disparo: el terrible silencio no fue interrumpido sino por la estridente voz de los clarines, el choque de las espadas y las lanzas, el galopar y piafar de los caballos, las maldiciones de los vencidos y los lamentos de los heridos. La pérdida de los españoles fue de doscientos cuarenta muertos y otros tantos heridos: la de los patriotas no excedió de una tercera parte de este número. El valiente Necochea fue uno de los heridos, siete lanzazos recibió, y habría perdido la libertad y tal vez la vida, si el intrépido colombiano llanero Camacaro no le hubiese rescatado."

Lo que más amedrentó a los jinetes realistas en el campo de Junín, fue las larguisímas lanzas de los llaneros de de Colombia. He aquí lo que al respecto dice García Camba:

"Fiado Canterac en el número y buena calidad de su arma favorita, no se propuso sacar partido de la artillería, ni consintió en servirse siquiera de las compañías de preferencia de infantería, como le indicó el General Maroto, según se dijo: decidióse a atacar en el orden y formación que había tomado, y pasó a los aires violentos a desproporcionada distancia a juicio de testigos presenciales. La carga se realizó con resolución, aunque desordenada un tanto la formación: la derecha de nuestra línea y la columna que la seguían se hallaron embarazadas, detenidas y confusas por el pantano; los dos primeros escuadrones colombianos, con admirable resolución, esperaron la carga en batalla y a pie firme, EMPUÑADAS Y ENRISTRADAS SUS LARGUISIMAS, LANZAS CUYA NOVEDAD IMPUSO VISIBLEMENTE A NUESTROS JINETES."

Al hablar de Junín, sería falta imperdonable no mencionar el nombre de un ecuatoriano ilustre, del inmortal don José Joaquín Olmedo, preclaro hijo de Guayaquil, que con su lira sublime e incomparable grabó en versos diamantinos e imperecederos los glorias de las legendarias jornadas de Junín y Ayacucho

«La poecia épica ha engarzado esta hazaña (la de Junín) y la de Ayacucho en una sola corona de versos sublimes, para glorificar con el laurel apolíneo, los esfuerzos de virtud de Bolívar y de Sucre"

"Sucre forma el ejército: Bolívar triunfa con él: y Olmedo, como águila de vigorosas fuerzas, tiende sus alas para

llevarlos a los dos, por encima de las injusticias de los hombres y de las nubes de los tiempos, a recibir en el imperecedero, y cada día más amplio reinado de la civilización americana, el galardón olímpico de los honores inmortales" (Laureano Villanueva—Vida de don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho).

———

CAPITULO VI.

1824.

Desastrosa retirada de Canterac después del combate de Junín.–Las fuerzas independientes avanzan hasta el río Apurímac.—Regresa el Libertador a la Costa.—Confía al General Sucre el mando del ejército unido.—Derrota del Coronel Luis Urdaneta en las inmediaciones de Lima.—Bolívar ocupa esta ciudad; y establece en ella su Gobierno y su Cuartel General.—Estrecha el bloqueo del Callao.—Combate naval cerca de este puerto entre la escuadra independiente y la realista.—La última campaña.—Acantonamiento del ejército patriota a orillas del Apurímac.—La famosa retirada de cien leguade Sucre, desde aquel río hasta Huamanga.—El combate de Corpahuaico. –El atrevido paso de la quebrada de Acroco.—La meseta de Ayacucho.— La víspera de la gran batalla d este nombre.–Episodio de la vida del Mariscal La Mar.

Antes de continuar la relación de los sucesos militares que se verificaron en el memorable año de 1824, a contar desde la batalla de Junín, juzgamos oportuno que se conozca la topografia del territorio en que aquellos se verificaron.

"Extiéndese éste, dice Villanueva, en su "Vida de Sucre", en la Sierra o región interandina del Perú, desde el valle de Jauja al Norte, hasta las cumbres altísimas que forman al Sur el nudo del Cuzco. Dilátase en una meseta entre dos eslabones: uno oriental al Este de Huanta, Ocopa y Tarma, y otro occidental coronado de nieves perpetuas al Oeste de Castro--Virreina, Huancavelica y Huarochirí. Máhacia el Sur, en una área de tres mil leguas cuadradas, hállanse las montañas de Vilcanota, Caraocuya, Abancay, Huando, Parinacochas y Andahuaylas, en medio de los brazos paralelos en que se bifurca la cordillera principal del Alto Perú, en el nudo de Porco y Potosí, de los 19º a los 20º de latitud ustral. Entre los contrafuerts de estos ramales, ed diez a doce leguas de largo cada uno, fórmanse hoyas o valles separados unos de otros por gargantas estrechas y

profundas, azotadas de ordinario por borrascas de viento y nieve. Pásase de una a otra cumbre por encima de despeñaderos espantosos, en cuyo fondo corren con estrépito ríos o quebradas formadas por las aguas de los valles."

"El terreno accidentado como pocos, ofrece de trecho en trecho, barrancos inaccesibles, cavernas y quebradas angostas, muy hondas y abrigadas, a veces, de espesos matorrales. De sitios pedregosos, amurallados de rocas volcánicas, de suelos calcáreos y margosos, se pasa a fértiles campos de benigno clima, cultivados de maíz, patatas, cebada, trigo y pastos de toda especie."

"Entre el departamento de Ayacucho y el del Cuzco corre el Apurímac de Sur a Norte, desde los cerros y laguna de Vilafró donde nace, hasta los 9º de latitud austral, cerca de los cuales desagua en el Ucayali, después de haber recibido a su izquierda el Pachachaca, el Pampas, el Mantaro y otros afluentes suyos, más o menos caudalosos. Estos ríos se pasaban entonces en balsas o puentes de bejucos."

Después del desastre que sufrió Canterac en Junín, continuó marchando con su ejército toda la noche del 6 de Agosto y el día siguiente hasta la tarde, que acampó en las inmediaciones del valle de Jauja, con la tropa tan fatigada que prefería el sueño al alimento. Después de dictar algunas medidas conducentes para la pronta evacuación de aquel fértil e importantísimo valle, el día 8 de Agosto fue a pernoctar Canterac en Huayucachi, lugar situado a treinta y dos leguas de Junín.

"Con tanta precipitación, mayor tal vez de la que el caso requería, dice un historiador español, pues que la infantería que importaba conservar alentada no había disparado aun un fusil, el terror se difundió por todos los pueblos, y sus habitantes emigraban en distintas direcciones; los partidarios de la Causa Española se encaminaban al interior, y los de la Independencia a las montañas inmediatas y a dar avisos a los vencedores para recibirlos luego en triunfo. La confusión y el trastorno eran inexplicables."

El 11 de Agosto acampó el ejército real en Huando, disminuído considerablemente por los rezagados que no se le incorporaban y por la deserción que comenzó desde la precipitada fuga de Canterac del campo de Junín. En ese mismo día mandó destruir el Jefe realista el puente de piedra de Iscuchaca, y remitió todos los enfermos a Huamanga, por Picoy. El 15 de Agosto acampó en Los Molinos, cerca de Paucará, en cuyo lugar tuvo Canterac un serio disgusto, por las operaciones que se iban haciendo con el General don Rafael Maroto. De resultas de esa desavenencia, dimitió este Jefe el cargo de Comandante General de la división de infantería que mandaba, se retiró del ejército y tomó el camino del Cuzco.

Desde el campamento de Los Molinos continuó Canterac su precipitada fuga, por Acobamba, para caer a la ciudad de Huamanga, en cuyas inmediaciones acampó el 22 de Agosto.

dejando a la izquierda y a retaguardia la fuerte posición del río Huarpa, y el fértil valle y la villa de Huanta que se distinguía por su fidelidad al Rey de España. Prosiguiendo en su desatentada retirada, el ejército de Canterac atravesó el caudaloso río Pampas, cortando su puente de maromas o bejucos, y el 28 de Agosto asentó sus reales en los formidables altos de Chincheros, donde se detuvo por quince días, al cabo de los cuales se retiró definitivamente a la orilla derecha del famoso río Apurímac.

Funestas fueron las consecuencias de la derrota de Junín y de la subsiguiente retirada de Canterac, para las armas relistas. Veamos lo que al respecto dice un historiador español: "Asi que Canterac pasó al Sur del Apurímac, se extendieron las tropas por la margen derecha de este río hacia los Andes Occidentales y se inutilizaron todos los puentes colgantes de cuerda de que usan aquellos naturales. Este ejército (el de Canterac) brillante y animoso al principio de Agosto, se hallaba ahora en el estado más lamentable; no sólo había visto abatir la merecida fama de su caballería en los malhadados campos de Junín; no sólo había perdido con pasmosa celeridad una gran parte de las provincias de Tarma y Lima, las de Huancavelica y Huamanga completas, parte de la del Cuzco, todos sus almacenes, muchas armas, municiones, efectos de parque y sobre tres mil infantes por la deserción, sino que en poco más de un mes había alcanzado un grado de abatimiento moral apenas concebible. Con todo, reforzado por el Virrey con unos mil quinientos hombres que guarnecían la provincia del Cuzco, influido por la inmediación y justa nombradía de este Jefe, y a favor de la línea del Apurímac, muy difícil de expunar, se sostuvo sin dificultad y empezó a descansar y reponerse."

Tornemos nuestra mirada al Ejército Independiente. En la mañana del 7 de Agosto entró en Reyes, donde permaneció el 8 y al día siguiente siguió su marcha. De Tarma, el Libertador dió instrucciones al Coronel don Luis Urdaneta para organizar un cuerpo con los convalecientes y dispersos que habían quedado a retaguardia en el departamento de Trujillo, y con las guerrillas de Canta y Huarocha, para que junto con un batallón colombiano que se esperaba de Guayaquil, pasasen a bloquear el Callao. El 13 de Agosto llegaron las tropas patriotas a Huancayo. Allí se supo, por primera vez, el verdadero estado de la desavenencia entre Olañeta y el Virrey La Serna; y el Libertador, que de todo se aprovechaba para realizar sus grandes ideales, no tuvo empacho en lanzar la siguiente proclama.

"Peruanos! La campaña que debe completar vuestra libertad, ha empezado con los auspicios más favorables. El ejército del General Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido por consecuencia de este suceso, un tercio de su fuerza y toda su moral. Los españoles huyen despavoridos, abandonando las más fértiles provincias, mien-

tras el General Olañeta ocupa el Alto Perú con un ejército verdaderamente patriota y protector de la libertad."

"Peruanos! Dos grandes enemigos acosan a los españoles del Perú: el ejército unido y el ejército del bravo Olañeta, que desesperado de la tiranía española, ha sacudido el yugo, y combate con el mayor denuedo a los enemigos de la América y a los suyos propios. El General Olañeta y sus ilustres compañeros son dignos de la gratitud americana; y yo los considero eminentemente beneméritos y acreedores a las mayores recompensas. Así el Perú y la América todo deben reconocer en el General Olañeta a uno de sus libertadores."

"Peruanos! Bien pronto visitaremos la cuna del Imperio Peruano y el templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria, que bajo el dorado reino de sus Incas."

"Esta proclama llenó a los patriotas de confianza, y de consternación a los realistas."

Debemos apuntar que el ejército independiente sufrió penalidades indecibles en su marcha hacia el Apurímac, porque el General Canterac en su huida había devastado aquellos sitios y cortado todos los puentes, excepto el de Ocopa, que no tuvo tiempo de destruir. En su retirada arrasó el Jefe realista cuanto encontró a su paso: hombres, caballos y víveres para no dejar nada a los que le perseguían. Su crueldad llegó al extremo de hacer matar a los enfermos y cansados, para que el Libertador no pudiese servirse de ellos. Entre Chuquibamba y Abancay, se encontraron como doscientos fusilados, por haber cometido el delito de enfermarse o de cansarse en aquella desatentada fuga.

La vanguardia del ejército patriota ocupó a Huamanga el 23 de Agosto. El Libertador llegó en esta ciúdad el 28 del mismo mes, habiendo recibido en todos los pueblos del tránsito desde Jauja, los honores y admiración que merecía tan ilustre personaje. Cuando llegó el ejército a Huancayo, Bolívar se vió obligado a tomar medidas para aumentarlo. Una de ellas fue la de comisionar al General Sucre, para que fuese a reunir los dispersos y convalecientes que qedaban a retaguardia, y encaminarlos al cuartel general. El modesto e inmaculado Sucre que jamás rehuyó ningún servicio personal que pudiese constribuir al bien del ejército y a la gloria del Libertador, aun con mengua de su dignidad y de su rango, se sometió a cumplir las órdenes recibidas, y llenó su comisión cumplidamente; pero una vez terminada, renunció el mando del ejército, por medio de una sentida carta dirigida a Bolívar, en la que se quejaba amargamente por el desaire que suponía se le había hecho, y concluía con estas frases:

"Después de tan franca exposición creo, Señor, que U. no consentirá mi humillación ante todo el ejército: U. no querrá que un soldado honrado se conforme con la vergüenza y el

desprecio. Condenado por consecuencia a la más cruel despedida permaneceré unos días de Huancayo a Tarma (con las ocupaciones más posiblemente útiles a las tropas) mientras U. tiene la bondad de mandarme sus órdenes, que en mi estado desagradable sabrá U. cuáles convengan. Me atraveré a indicar, como las más oportunas, aquellas que me ahorren nuevos e injustos vejámenes; porque como otras veces he dicho a U., yo puedo y quiero ser de simple particular en Colombia un buen ciudadano, ya que la suerte no me ha protegido bastantemente para ser un buen militar. Desde mucho tiempo me he penetrado de que no soy para la carrera pública: lo sé, lo confieso sinceramente y es cuanto hay que exigírseme."

"Dígnese U., mi General, aceptar los votos constantes de mi corazón por su prosperidad y su dicha: siempre desearé vehementemente que en todas partes la sombra de U. sea la fortuna y la victoria. No sé cómo acabar esta carta: entre la desesperación y el dolor, apenas permiten pedir a U. que me conserve sus restos de estimación, y que cualquiera que fuere mi condición, quiera U. contarme su fiel amigo, humilde y obediente servidor."

El Libertador contestó a Sucre una carta que le honra tanto a él como a éste, en la cual entre otras cosas le dice:

"Si salvar el ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas. Cocluyo, mi querido General, por decir a U., que el dolor de U. debe convertirse en arrepentimiento, por el mal que U. mismo se ha hecho en haberse dado por ofendido de lo que no debiera; y en haberme ofendido a mí con sus sentimientos. Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes son indignas de U.: la gloria está en ser grande y en ser útil. Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí, tampoco lo era de U. Diré a U. por último, que estoytan cierto de la elección que U. mismo hará entre venirse a su destino o irse a Colombia, que no vacilo en dejar a U. la libertad de elegir. Si U. se va, no corresponde U. a la idea que yo tengo formada de su corazón. Si U. quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás, y U. marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a U. no lo desprecio para mí—Esta es mi respuesta.—Soy de U. de corazón—Bolívar."

Después de estas mutuas satisfactorias explicaciones, Sucre volvió a ocupar el puesto que sus talentos y méritos le señalaban en el ejército.

Antes de llegar a Huamanga, se incorporaron al Ejército Patriota en la villa de Huanta, provenientes de Colombia, el batallón Caracas y el segundo escuadrón de Granaderos, y con éstos el Sargento Mayor don Pedro Alcántara Herrán, que después fue General y Presidente de Nueva Granada.

El Libertador desde Huamanga concibió el grandioso proyecto, como todos los suyos, de pasar el Apurímac, caer sobre los enemigos y ocupar la antigua e histórica ciudad del Cuzco, que fue la afamada Capital del Imperio de los Incas.

Hablando de esta audaz empresa dice Villanueva: "Bolívar, con su cerebro resplandeciente de luz celeste, como el radiante Dios de las batallas, domina la naturaleza y la fortuna, trepa a todas las cimas, duerme a orillas de los abismos, dicta al galope de su caballo proclamas de guerra que corren como olas de fuego por la conciencia de los pueblos; pide a Sucre ejércitos y material de guerra, y se lanza a escape desde Huamanga, arrebatado, como en el Chimborazo, de alta inspiración, a reconocer el espumoso y rugiente Apurímac, el histórico río que por su ruido al desprenderse de las cumbres, mereció que los indios dijesen que tenía la voz y el aparato de los Reyes."

"El habría deseado pasarlo, como dicen que lo hizo Pizarro, corriendo a caballo por sobre un ligero puente de mimbres, para entrar con las legiones de Junín en la antigua Capital del Imperio del Sol, fundada por Manco—Cápac en uno de los montes más altos de la tierra."

Consecuente con su plan, dispuso el Libertador que Sucre avanzase a Challhuanca, y que dejando el camino que conduce al Cuzco, torciese sobre la izquierda, para esguazar el río Apurímac por Belille o por Abancay; pues se proponía batir a los realistas en el Cuzco, o amenazarlos por su retaguardia para echarlos de esta diudad, o bien interponerse entre el ejército de Canterac al Este y el de Valdés en el Alto Perú.

Sucre opinaba de distinta manera que el Libertador, pero como tenía fe en el genio de este hombre singular, se resolvió a poner en práctica sus disposiciones. Al efecto, se preparó para marchar al Apurímac, cuyas márgenes había recorrido antes personalmente Bolívar; acopió materiales para construir balsas y puentes; aprontó raciones para muchos días; y ordenó construir TAMBOS o ranchos en los parajes del camino, donde no hubiera casas para acamparse. Dejó la división peruana, a las órdenes del General La Mar, en Larcay, como lo había dispuesto Bolívar; trasladó la del General Lara a Pampachiri; y ordenó que la división del General Córdova se acantonase en el pueblo de Sañayco.

En esta situación se mantuvo el ejército independiente los últimos días de Septiembre y los primeros de Octubre de 1824, atento por una parte a las órdenes del Libertador y por otra al movimiento de las fuerzas realistas.

De súbito tuvo el Libertador que cambiar de resolución, con motivo de las noticias que le llegaron del Norte, las que le hicieron desistir de continuar avanzando hacia la línea del Apurímac, y pensar más bien en retornar a la costa para establecer su gobierno en Lima.

La primera noticia era la de que el General Jerónimo Valdés, después de haber derrotado, según se recordará, las

fuerzas del insubordinado General Olañeta en La Lava, acudía presurosamente con cuatro mil hombres en auxilio del Virrey; quedando éste, en consecuencia, en capacidad de reconcentrar en el Cuzco un numeroso ejército, atravesar con él el Apurímac, y tomar la ofensiva contra las fuerzas patriotas, como así lo verificó, según luego lo veremos.

Por este motivo era urgente hacer venir sin dilación el auxilio de hombres pedidos a Colombia, de los que tres mil se hallaban en camino, y el armamento y municiones traídos de Inglaterra y que habían desembarcado en Panamá. Urgía, también disponer de tres millones de pesos, destinados para los gastos del ejército en la nueva campaña, provenientes del empréstito que había sido contratado en Londres para el Perú, y de lo cual se le daba, asimismo, aviso a Bolívar.

La segunda noticia era la de que había aparecido la escuadra realista en las aguas del Pacífico, y frente a las costas peruanas, en número y calidad superiores a las fuerzas navales de los patriotas; pues aquella se había aumentado con el navio de línea ASIA, de setenta y dos cañones y con el bergantín de guerra AQUILES, de veinte. Con estos buques, mandados por el Capitan de Navío don Roque Guruceta, venía la escuadra española adquiriendo grandes ventajas hacía tiempo, tales como las de poder transportar con facilidad las fuerzas reales y su material de guerra, vigorizar el bloqueo de toda la costa, y cortar fácilmente por el mar las comunicaciones de Bolívar con Colombia.

Habiendo meditado seriamente sobre estos asuntos de tanta importancia, pensó el Libertador en quedarse al frente del ejército y enviar a La Mar o Sucre a la costa, con amplios poderes para obrar en su nombre. Más uno y otro se excusaron de aceptar tan difícil comisión, porque juzgaban que sólo Bolívar, a la cabeza del Gobierno, podría vencer las dificultades de la delicada situación en que se encontraba el país.

El Libertador, sea por esta causa, o por otras que indican algunos historiadores, determinó marcharse a Lima.

Tomada esta resolución, "el Libertador le confió el mando en Jefe del ejército al General Sucre, por haberse excusado de tomarlo el General La Mar, que era el de más graduación; previniéndole sin embargo que obrase de acuerdo con este General, tanto por las consideraciones de su grado, como por sus conocimientos militares y prácticos del país y de los enemigos, que sin duda influyeron en el buen resultado de la campaña." (Coronel Manuel Antonio López—Recuerdos Históricos)

Este miomo autor dice: "El Libertador, la víspera de separarse del ejército, ordenó que se llamase al General Sucre. Cuando este General se presentó, se hallaba el primero en conferencia con el General La Mar. Por los in-

formes que tomó de él, rectificó los que había recibido anteriormente del país, y con estos datos, sin vacilar un instante más, dirigiéndose al General Sucre, le dijo: General esta resuelto el problema; U. tendrá más tropas con que afrontar al enemigo dentro de pocos días. Yo haré que vengan de la costa sin pérdida de tiempo. Entre tanto, conviene que ganemos terreno. Póngase U. en marcha con el ejército y ocupe las provincias que nos ha abandonado el enemigo. Si él con su ejército tomase posiciones más allá del Apurímac, manténgase U. al frente mientras le llegan las tropas para batirlo. Si viniese contra U. con mayor fuerza, retírese hasta Huancavelica, y tome posiciones sobre el puente, en el paso de aquel río, que allí debe recibir los auxilios que voy a enviarle. Si por alguna casualidad se viese U. forzado en la retirada, ya en un desfiladero, ya en un paso desventajoso, a perder alguna tropa, antes que tal cosa suceda comprometa una batalla, porque más vale aventurar el triunfo con fuerzas desiguales, que perder el ejército en una mala retirada."

Antes de emprender su marcha a la costa, el Libertador dió a Sucre poderes tan amplios como lo exigían las circunstancias, autorizándole a tomar la ofensiva o permanecer a la defensiva, según el aspecto de las cosas y los movimientos del enemigo. En este último caso recomendaba para cuarteles de invierno las provincias de Andahuailas y Abancay. Hechos los arreglos convenientes, Bolívar partió de Sañayco el 7 de Octubre de 1824, con el General Santa Cruz, en cuyo reemplazo nombró para Jefe de Estado Mayor General del Ejército al General don Agustín Gamarra; y llegó a Andahuailas el 10, en donde se detuvo a organizar los territorios emancipados, a fundar escuelas y hospitales, y dictar gran número de medidas políticas y administrativas; entre ellas honró al pueblo de Reyes con el nombre de Junín, haciéndolo extensivo a la provincia de Jauja.

Pasando por Huamanga, Marca y Huancavelica, llegó el Libertador a Huancayo el 24 de Octubre. Allí recibió un correo de Colombia, con despachos que le causaron la más desagradable impresión. En ellos el Gobierno de Colombia le informaba que el Congreso de aquella República había derogado la Ley de 9 de Octubre de 1821 que concedía a Bolívar facultades extraordinarias en el territorio que fuese teatro de la guerra, y le confiaba el mando de los departamentos del Sur de la misma, con la facultad de dar ascensos en el ejército, sin consultar previamente al Congreso.

El espíritu de la Ley de 28 de Julio de 1824 y el Decreto de 2 de Agosto del mismo año, dice O'Leary, no sólo le privaban al Libertador de la autoridad que había ejersido hasta entonces en los departamentos del Sur de Colombia, y de la facultad de ascender a los Oficiales del ejército que lo merecían, sino que le retiraban el mando de

las tropas colombianas que servían en el Perú. Este fue el golpe más doloroso que se le podía dar, y el que más le afectó. A pesar de ello, el mismo día en que recibió dichos despachos, dando ejemplo de sumisión a las leyes de su patria, Bolívar escribió a Sucre, comunicándole las disposiciones del Congreso y del Ejecutivo de Colombia; y ordenándole las pusiese en conocimiento de las tropas con suma cautela, para que no produjesen un efecto contrario a la disciplina y perjudicial al servicio. Al mismo tiempo le delegó el mando inmediato del ejército colombiano, por ser él el Jefe más caracterizado que existía en el Perú, y ademas por haber sido antes nombrado General en Jefe de aquel ejército"

Sin embargo de la recomendación de Bolívar a Sucre, tanto éste como todos los demás Jefes del ejército colombiano, dirigieron desde el cuartel general de Pichirgüa, con fecha 10 de Noviembre de 1824, una petición en la que se decía: "Es nuestro anhelo y nuestro humilde ruego que V. E revoque (o por lo menos suspenda hasta elevar nuestros reclamos al Congreso) su resolución de 24 de Octubre, y que, tomando otra vez su intervención y su conocimiento inmediato en el ejército, como se hallaba antes, lo vea éste volver a su frente para conducirlo con fortuna y con gloria al término de la empresa heroica que V. E. ha comenzado, y en que esperamos que V. E. dará nuevos laureles para restituirnos a Colombia, y rendir con ellos y nuestros trofeos el homenaje más puro de nuestro amor patrio en el templo de la representación nacional"

Este memorial y el que dirigieron al Congreso los mismos Jefes de la división colombiana, fueron recibidos por el Libertador, pero no se consiguió que éste mudase de resolución; ni consintió tampoco que se enviase al Congreso la solicitud dirigida a esta Corporación.

De Huancayo partió el Libertador a Jauja, donde permaneció hasta el 29 de Octubre; y en menos de quince días logró reunir trescientos veteranos y setecientos reclutas que los envió al cuartel general de Sucre, y en el curso del mes de Noviembre le remitió mil hombres más, como también caballos y pertrechos.

La presencia de Bolívar en la costa fue oportunísima, para conjurar los efectos de la derrota que había sufrido el Coronel Luis Urdaneta en las cercanías de Lima. Se recordará que este Jefe fue enviado a organizar una división en el departamento de Trujillo para sitiar el Callao. Urdaneta logró reunir hasta mil hombres, con los que marchó sobre la Capital. El 3 de Novienbre de 1824, atravesó la ciudad, y a tiempo que desfilaba por el camino del Callao, un escuadrón de caballería realista que se había emboscado, cargó repentinamente a las fuerzas de Urdaneta, las desordenó y derrotó, haciendo en ellas una gran matanza. Este desastre se debió a que la tropa de aquel Jefe era bizoña, sin

disciplina y sus oficiales inexpertos y sin conocimientos en la milicia. Si a todo esto se agrega, dice un historiaror, la cobardía, no era de extrañar que no hiciera dicha tropa esfuerzo alguno por restablecer el orden, de lo que provino una vergonzosa derrota.

El Libertador recibió esta infausta nueva el 5 de Noviembre, al llegar a Chancay, a veinte leguas al Norte de Lima; y fue tanta su indignación, que mandó instalar un Consejo de Guerra permanente, y aquellos individuos, cuya cobardía había sido más notable, fueron condenados a muerte y fusilados. Ordenó luego a Urdaneta que se retirase a Chancay con los restos de su cuerpo y el mismo Bolívar lo reorganizó en pocos días, poniéndolo en mejor estado que nunca, de manera que a principios del mes de Diciembre, la división de la costa estaba lista a marchar contra el enemigo. Ocupadas las avenidas que conducían al Callao anticipadamente, por las guerrillas de Huarochiri y Canta, el Libertador pasó por Lima, en la noche del 7 del indicado mes, con una escolta para reconocer los alrededores del Callao.

"La Capital, dice O'Leary, tenía el aspecto de una ciudad abandonada, las casas estaban cerradas, no se veía una alma en las calles; todo era silencio y soledad. Mas apenas se supo que el Libertador se hallaba en las cercanías, todos los habitantes que permanecían retirados en sus casas, huyendo del bárbaro Ramírez, abrieron sus puertas y se precipitaron a las calles, agrupándose en tropel en los lugares por donde creían volvería a pasar de camino hacia la granja, donde sus tropas estaban acampadas. No tardó mucho en presentarse el huésped que todos deseaban ver, y a quien querían obligar a quedarse entre ellos. Cuánto había cambiado el aspecto de aquella ciudad en pocas horas! Sus calles, no ha mucho desiertas, estaban ahora llenas de inmenso gentío, cuyo gozo y entusisamo es difícil describir. Rodearon al Libertador; su resistencia fue vana, le arrebataron de su caballo, que recibió también muestras de cariño, y le llevaron casi por fuerza a la casa que habían improvisado para su recepción. Vivas estrepitosos, gritos de alegría y alegres repiques de campanas anunciaron a la ciudad de los Reyes que el Héroe Americano se encontraba dentro de sus muros. Nunca quizás fue él recibido con más grandes demostraciones de entusiasmo y de alegría"

Desde que Lima cayó en poder de los realistas, con motivo de la traición de Moyano y de Oliva en el Callao, hasta que entró el Libertador en ella, había sufrido indecibles males. Partidas de salteadores asolaban los campos circunvecinos, siendo el terror de sus habitantes, llegando su audacia hasta el extremo de penetrar en las calles de la Capital, y cometer excesos de todas clases. Las vidas y las propiedades estaban a merced de aquellos foragidos; ninguna casa

podía quedar abierta al anochecer, y nadie podía salir a la calle, desde aquella hora, so pena de ser asesinado.

En cuanto Bolívar se estableció en Lima, oyendo el clamor general y las súplicas ardientes de todos sus moradores, limpió de bandidos los campos, y restableció la tranquilidad pública y las garantías individuales.

Dominaba en la Capital del Perú el Brigadier español don Mateo Ramírez, jefe de una partida volante que entraba en las calles de la ciudad, siempre que se le antojaba, a cometer todo género de tropelías. A este soldado ignorante y brutal llamábanle el ROBESPIERRE DEL PERU, "a causa de que muchas veces para divertirse, se asomaba a las ventanas del convento de la Merced, que le servía de cuartel, y hacía arrestar y conducir a su presencia al primero que pasaba por la calle, le sentaba en un banco y le hacía rapar, y le despedía diciéndole: VAYA USTED, YA ESTA A LA REPUBLICANA"

Desde que el Libertador estableció su cuartel general en Lima, ni el Comandante de la plaza del Callao, Rodil, ni Ramírez se atrevieron a extender sus excursiones fuera del alcance de las baterías de ella.

En Diciembre llegó de Guayaquil a Lima un cuerpo de tropas colombianas, con el que se aumentó la fuerza organizada por Bolívar, quien la puso a órdenes del General venezolano don Bartolomé Salom para bloquear el Callao, con el nombre de Ejército de la Costa. Ordenó también que se repararan cuanto antes en Guayaquil las averías ocasionadas a la escuadra republicana que, al mando del intrépido Almirante Guise, había burlado los esfuerzos de los marinos españoles, y hasta había batídolos, en un combate desigual, cerca del Callao, el 7 de Octubre de 1824, con cuyo motivo tuvo que retirarse dicha escuadra a ese puerto; quedando solamente una corbeta de ella en aguas peruanas para obrar en combinación con las fuerzas terrestres e impedir la entrada de víveres al Callao.

Componíase, en esa época, la armada patriota de los siguientes buques: las corbetas PROTECTOR Y PICHINCHA, el bergantín CHIMBORAZO, y las goletas MACEDONIA Y GUAYAQUILEÑA, comandada por el Vice almirante Guisse. La realista bajo las órdenes de don Roque Guroceta era superior, porque además del navío ASIA y del bergantín AQUILES, contaba con la corbeta ICA, el bergantín PEZUELA, el CONSTANTE, el MOYANO, antes REAL FELIPE, varias lanchas cañoneras y los buques corsarios QUINTANILLA Y GENERAL VALDES, armados por el Gobernrdor del Archipíelago de Chiloé.

Asegurada la defensa del país por la costa, dedicóse el Libertador a organizar el Gobierno de Lima y de las provincias libres, en la forma que había tenido bajo el régimen constitucional. Nombró al doctor José Sánchez Carrión, que le había acompañado en la última campaña, primer Secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores.

El doctor Hipólito Unnue, que se había distinguido por su patriotismo y vasta ilustración, fue nombrado Ministro de Hacienda; y el Coronel don Tomás Heres, Ministro de Guerra. Reinstaló la alta Corte de Justicia, según las bases constitucionales; y para remediar los males que sufría el comercio de Lima, con la ocupación del Callao por los realistas, habilitó el puerto vecino de Chorrillos. Organizado el Gobierno de Lima, el Libertador se propuso llevar a cabo un gran proyecto que había concebido; tal era el de obtener la confederación de las repúblicas de la América que antes habían sido colonias de España, que le hacía entrever grandes ventajas para todas ellas. Con tal objeto, escribió a los Gobiernos de Colombia y Méjico, que por tratados se habían comprometido a promover la reunión del Congreso de Panamá, solicitando su cooperación. Mientras utilizaba de esta manera el tiempo en beneficio de toda la América, el Libertador fue sorprendido agradablemente con la noticia de una gran victoria, la de Ayacucho, que dió al traste con el Régimen Colonial en el antiguo Imperio de los Incas.

Antes de tratar de aquel hecho de armas importantísimo y de suma trascendencia, es indispensable referir la campaña que lo precedió. Esta campaña, dice Villanueva, la más difícil, estratégica y gloriosa de cuantas llevaron a cabo las armas de la Independencia Americana, puede dividirse en tres partes:

"1ª,.- El ACANTONAMIENTO del ejército desde principios de Octnbre hasta los de Novienbre en las provincias del departamento del Cuzco, a orillas del Apurímac y en frente del enemigo."

"2ª—La RETIRADA de cien leguas en treinta días, desde el Apurimac hasta Huamanga."

"3ª—LA BATALLA DE Ayacucho, el 9 de Diciembre."

Cuando Sucre quedó solo, después de la marcha del Libertador a la costa, para salvar la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él como Comandante en Jefe del ejército, quiso oir el dictamen de sus Generales. Reunidos, al efecto, en Consejo de Guerra, en Challuanca, los Generales Sucre, La Mar, Lara y Miller, después de larga discusión, en la que este último opinó que debía tomarse la ofensiva, buscar al enemigo y empeñar una acción, se convino en que lo más acertado y prudente era ceñirse a las instrucciones del Libertador, que eran: retirarse si los españoles tomaban la ofensiva, atacarlos si las circunstancias lo permitían, esto es una guerra ofensiva y defensiva.

En cumplimiento de lo resuelto, Sucre situó la infantería colombiana entre Sirca y Lambrana, y la caballería detrás del primer lugar a cinco leguas de distancia; de esta manera mantenía el ejército sobre el caudaloso rio Pachachaca, y bastante aproximadas unas de otras las divisiones para el caso de un combate repentino. Colocado así el ejército, Sucre con un batallón y sus cazadores fue a reconocer los cam-

pos y pueblos de Nahuinlla, Mara, Jaquira y Tambobamba, y observar más de cerca los movimientos de los realistas. El General en Jefe formó para sí un campamento en el pueblo de Lichivilca, completamente defendido por el río Chuquibamba. Desde aquel lugar podían las fuerzas retirarse, en caso necesario, a Lambrana, a distancia de seis leguas, con la ventaja de poder proteger a las que exploraban el terreno y servir de cuerpos avanzados. Colocó, por último, un batallón en el llano de Larata para defender un flanco descubierto por el puente de Corpa, único que no habían destruído los enemigos

En estas posiciones, inexpugnables naturalmente, no podían ser sorprendidas las tropas independientes. A veces sus avanzadas se tiroteaban con las del enemigo en el Apurímac, y era motivo de entusiasmo la huída de éstas, como sucedió un día en que los HUZARES de MILLER pusieron en fuga a los GRANADEROS del VIRREY.

En estas circunstancias, Sucre recibió noticia de que las fuerzas realistas esguazaban el río Santo Tomás; y en el acto fue personalmente a reconocerlas con el destacamento que tenía en Lichivilca; y se cercioró de que Valdés realmente había pasado dicho río con tres batallones y trescientos jinetes.

Discurrió al momento Sucre que si era Valdés solo quien venía a expedicionar, le batiría y obligaría a repasar el río. Pero si tras de aquel Jefe marchaba todo el ejército real, tenía que prepararse para una gran batalla. Por último, si el plan de Valdés era el de llamarle la atención por aquel lado, para que La Serna pasara el Apurímac por el puente de Corpa, y le asaltara en su campamento, érale urgente fortificar el paso de aquel puente cubriendo a Larata; y asi lo verificó sin pérdida de tiempo. Súpose luego que no sólo era Valdés con la vanguardia quien avanzaba, sino todo el ejército real que se había movido de Accha el 22 de Octubre de 1824

Obligado Sucre, conforme a las instrucciones de Bolívar, a sostenerse en aquel campamento o a trasladarse a Andahuaylas, optó por lo último; y en marcha para este lugar recibió un parte del General Miller, en que le noticiaba el movimiento ofensivo del Virrey, advirtiéndole que tal vez habría que librar una batalla al día siguiente. Miller que estaba de avanzada no pudo dar oportunamente el aviso, porque sorprendido y cercado por el enemigo, tuvo que dar un gran rodeo durante la noche para salvarse, si bien dejó en poder del enemigo al Ingeniero alemán Coronel Althaus, encargado de levantar planos. En el acto se movió Sucre de su campamento, pasó el caudaloso río Pachachaca, y se situó al otro lado, en el punto llamado Pichirgua, abundante en buenos pastos. Esta posición, con una altura a su espalda, ventajosa para los infantes, era la menos expuesta a sorpresas en un país

tan accidentado. Desde este lugar mandó oficiales en todas direcciones a descubrir la marcha del ejército real.

Tócanos, ahora, hablar de la organización y movimientos de éste. El Virrey La Serna, después de la rota de Junín, se había situado en Limatambo. A este lugar acudió el General Valdés, después de una de aquellas marchas que le hicieron tan célebre, desde los confines meridionales del Alto Perú, obedeciendo las órdenes de aquel. También acudió el General Canterac desde la línea del Apurímac; y uno y otro pidieron al Virrey que los emplease como más conveniente le pareciese al mejor servicio de la Causa del Rey. Para no disgustarlos, el Virrey expidió una orden general, en virtud de la que asumía el mando en Jefe de todas las fuerzas; y disponía que con las tropas de los dos ejércitos, el del Norte y el del Sur, se formase uno solo, bajo el título de EJERCITO DE OPERACIONES DEL PERU, repartido en tres divisiones de infantería y una de caballería. El Teniente General don José Canterac fue nombrado segundo del Virrey y Jefe del Estado Mayor General; y el Mariscal de Campo don José Carratalá, segundo Jefe del Estado Mayor General.

La división de vanguardia, comandada por el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés y por su segundo el Brigadier don Martín de Somocurcio, se componía del primer batallón del IMPERIAL, y de los batallones CANTABRIA, CENTRO y CASTRO.

La primera división, regida por el Mariscal de Campo don Juan Antonio Monet y por su segundo el Brigadier don Juan Antonio Pardo, estaba formada con el primer batallón de BURGOS, segundo batallón del PRIMER REGIMIENTO, batallón de GUIAS y batallón VITORIA. Era Jefe de Estado Mayor de esta división el Coronel don Gaspar Claver.

La segunda división, al mando del Mariscal de Campo don Alejandro González Villalobos y de su segundo el Brigadier don Manuel Ramírez, estaba compuesta del primero y segundo batallón de GERONA, del primer batallón del PRIMER REGIMIENTO, del segundo batallón del IMPERIAL y del batallón de FERNANDINOS. Desempeñaba las funciones de Jefe de Estado Mayor de esta división el Comandante don Luis Raceti.

La división de caballería, a las órdenes del Brigadier don Valentín Ferraz, se componía de los GRANADEROS DE LA GUARDIA, HUSARES DE FERNANDO VII, DRAGONES DE LA UNION, ESCUADRON DE SAN CARLOS y ESCUADRON DE ALABARDEROS; y se hallaba repartida en dos brigadas, la primera a órdenes del Brigadier don Andrés García Camba, y la segunda a las del Brigadier don Ramón Gómez de Bedoya. Era Jefe de Estado Mayor de esta división el Comandante don Ramón Gascón. La artillería, compuesta de catorce piezas, estaba al mando del Brigadier don Fernando Cacho, y el cuerpo de ingenieros al del Brigadier don Miguel Atero.

El ejército real se componía, pues, de catorce batallones, con un monto total de trece mil hombres, según Miller,

y de diez mil, inclusos mil seiscientos jinetes, según García Camba.

Habiendo dejado el Virrey a Limatambo, se trasladó al Cuzco para activar los aprestos más urgentes para la campaña que iba a emprender. En cuanto llegaban a esa ciudad del Sur las tropas de Valdés, que habían caminado en un mes más de doscientas setenta leguas, se las proveía de lo más necesario y se las enviaba en dirección del Apurímac.

El 3 de Octubre ocupó el General Valdés, con la vanguardia, el pueblo de Accha; y la primera y segunda división sentaron sus reales en la villa de Paruro y sus inmediaciones, quedando establecida la caballería en las cercanías del Cuzco. Hechos los aprestos del caso, La Serna inició su movimiento ofensivo, y el 24 de Octubre de 1824, se hallaban las tropas reales reunidas en Accha, a fin de esguazar al día siguiente el río Apurímac por los tres brazos en que por ese lugar corre dividido, y hacen su paso menos difícil y peligroso. Vadeado aquel famoso río, el ejército de La Serna tomó una dirección media entre la Cordillera Occidental y el camino principal del Cuzco a Lima, ocupado por los patriotas. La idea del Virrey era la de buscar y amenazar el flanco derecho de las tropas de Sucre, y marchar rápidamente a cortales la retirada por Huamanga, para incomunicarlas con el Libertador, y aprovechar al mismo tiempo de las subsistencias en que abunda aquella rica zona, no explorada todavía por sus contrarios. Con este movimiento se proponía el Virrey obligar a Sucre a cambiar sus posiciones por otras que no reunieran tantas ventajas para defenderse.

La Serna no buscó, pues, a Sucre, sino que colocado ya a la izquierda del Apurímac, siguió avanzando por Parcos, Pacmarca, Colcamarca, Quiñota, Haquira y los altos de Mamara, en los que pernoctó el 31 de Octubre. En dichos altos hallábase de observación el General Miller, quien, según lo referimos, estuvo a punto de caer en manos de los realistas, y se libró dando un gran rodeo a favor de la oscuridad de la noche; extravío que le era tanto más sensible, cuanto que suponía al General Sucre ignorante del movimiento del ejército español.

"En la jornada del primero de Noviembre, dice Camba, cogieron los realistas algunas cargas, entre ellas, parte del equipaje de Sucre; todo se repartió inmediatamente a la tropa, y el uniforme del mismo Sucre fue entregado al Tambor Mayor de Gerona." Este hecho ridículo manifiesta el desprecio que los orgullosos Jefes españoles tenían al ilustre personaje que, un mes después, los derrotó en la histórica meseta situada al pie del Cundurcunca.

La vanguardia enemiga, a su paso por Chuquibambilla, supo, por denuncia de unos indios, que un destacamento, de doscientos hombres, a las órdenes de Miller y del Coronel Althaus, estaba en Chuquibamba, observando las maniobras del ejército real. Entonces Valdés adelantó al Comandante

Olivares con dos compañías de cazadores para sorprenderlos; lo que no consiguió porque la columna patriota se había ya retirado. Más el Cura de aquel lugar, que era realista, instigó a sus feligreses para que molestasen a los independientes, como lo verificaron, logrando capturar y entregar prisionero al referido Coronel Althaus a la columna del mentado Olivares.

La Serna continuó su marcha de flanco por Antilla, la laguna de Chilloc, Challuanca, Sañaico, Pampachiri, altos de Larcay, Laguna de Cañari, Chilcayo, Carhuanca, Vilcashuaman, Pomacocha y Rajay—Rajay, donde acampó el 18 de Noviembre, adelantándose la vanguardia por el camino de Huamanga, en cuya ciudad entraron las compañías de cazodores realistas para retroceder inmediatamente.

Entre tanto el General Sucre permanecía en observación del enemigo, sin poder darse cuenta acerca de si aquella extraña marcha, con la cual le amenazaba su flanco derecho, era un movimiento falso, o algún rodeo para caer de improviso y con violencia sobre su campamento. Mas cuando vió el General colombiano que las fuerzas realistas se alejaban de su flanco y seguían por los altos de Larcay, supuso que iban al valle de Jauja, y concibió el atrevido plan de atravesar Apurímac, llegar al Cuzco, invadir por todos lados el Sur y apoderarse de toda la base de operacioaes del Virrey, con lo cual desarmaría algunas guarniciones realistas y tomaría sus almacenes.

Empero Sucre se contuvo, porque reflecionándolo mejor supuso que tan extraño movimiento era tal vez una treta para, dejándole expedito el camino del Cuzco y facilitándole lo mismo que él proyectaba, ocupar en seguida el Virrey a Andahuaylas e interponerse con todo el grueso de su ejército entre él, colocado en las cimas de los Andes, y Bolívar en la costa; con lo cual perdería él a su vez su línea de operaciones, y quedaría entre dos ejércitos enemigos, el de Olañeta en el Alto Perú, y el de La Serna en el Bajo Perú, sin retirada posible y sin auxilios de ninguna parte.

Meditándolo, pues, mejor, optó Sucre por marchar a Andahuaylas, siguiendo los consejos que, en carta de 18 de Octubre, le daba el Libertador; pues el plan de éste, acordado a última hora, era el de diferir la campaña para el año de 1825, y hacer que las tropas tomasen cuarteles, durante seis meses.

A medida que el ejército real seguía su larga y penosa marcha hacia el Norte, Sucre había acantonado el suyo en Talavera, San Jerónimo y Andahuaylas. En este lugar permaneció cinco días; pero en cuanto supo que el Virrey había llegado a los campos de Rajay—Rajay, y adelantado su vanguardia hasta Huamanga, determinó Sucre moverse detrás de las tropas españolas para buscarlas y batirlas, antes que dejarse cortar sus comunicaciones con el Libertador.

La Serna había calculado mal los movimientos del ejér-

cito independiente, pues cuando lo suponía adelante y huyendo de él, supo que había quedado a retaguardia, y sin pasar todavía el río Pampas.

"Aquí empieza la famosa retirada del General Sucre, emprendida desde Lambrana y rematada en el pueblecillo de Quinua, conocido desde entonces en la Geografía y en la Historia."

Hablando de esta legendaria campaña, dice el Libertador en su "Resumen suscinto de la vida del General Sucre," que lo escribió en Lima en 1825:

"La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá a lo más grande que presenta la Historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña, tiene un mérito todavía que no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa."

A fuer de historiadores imparciales, debemos reproducir asimismo las siguientes palabras de Villanueva, que honran a La Serna: "Célebre campaña fue esta también por parte del Virrey, de marchas y contramarchas desde Limatambo hasta el Apurímac, desde este río hasta Guamanga, y hacia atrás ahora, de Huamanga al Pampas, y otra vez dando la vuelta desde este río hasta los Altos de Carhuanca, a donde llegó el 26 de Noviembre, y donde estuvo acampado hasta el 29."

Continuemos la relación: cuando el 19 de Noviembre de 1824, descansaba el Virrey en Rajay—Rajay, cerca de Huamanga, apenas había llegado Sucre al río Pampas. Este es un afluente del Apurímac, que nace en Lucanas, sigue su curso hacia el Norte hasta la provincia que hoy lleva el nombre de La Mar, y de allí cruza al Oriente para desaguar en el Apurímac. El 20 del propio mes hizo alto el ejército patriota en el campo de Uripa, a inmediaciones del pueblo de Chincheros.

A marchas forzadas retrocedió el Virrey sobre el río Pampas, y el 21 de Noviembre acampó a la orilla izquierda de éste, donde se encuentra el vado de La Concepción, así llamado porque dista sólo una legua del pueblo de este nombre. El mismo día se divisaron de uno y otro campo las banderas y pendones de los dos ejércitos beligerantes, permaneciendo hasta el 24 de Noviembre el independiente en Uripa y el realista en La Concepción, tiroteándose todos los días las avanzadas, con ventajas siempre para el primero.

Calculando el General Sucre que La Serna podría esguazar atrevidamente el río Pampas, y atacarlo de sorpresa, movió su ejército a las alturas de Bombón, que son inaccesibles. Conociedo, a su vez, el Virrey que era empresa temeraria empeñar una acción con tan notorias desventajas, contramarchó

por Pocamarca, Vilcashuaman y Cochas, y fue a parar, el 26 de Noviembre, en los Altos de Carhuanca, con el decidido intento de repasar el Pampas por el vado de ese nombre, y flanquear la posición de Bombón por las alturas de Cocharcas, que están en comunicación con aquella altísima cumbre, inatacable de frente.

El 27 de Noviembre descansó La Serna en los altos de Carhuanca, y al día siguiente levantó su campo para acercarse más al vado del mismo nombre. Sabedor el Virrey de que, en las conversaciones que se tenían en su ejército, se criticaba el modo y forma como se llevaban las operaciones de la campaña, y deseoso de acertar en lo que convenía hacer en tan crítica situación, convocó a Consejo de Guerra, en la mañana del 29 de Noviembre, a todos los Generales y Brigadieres realistas, para que libremente emitiesen su dictamen acerca del dilema siguiente: "o pasar el Pampas para retroceder a Andahuaylas, cubrir y reforzar las provincias de retaguardia y reforzar el ejército con recursos de todas clases, máxime si Olañeta deponía su peligroso error y obedecía, o atravesar el mismo río para buscar al enemigo en su fuerte posición." En el Consejo se puso de manifiesto que eran inaceptables ambos extremos del dilema: el segundo, porque no era conveniente atacar a los patriotas en sus inaccesibles posiciones, con el río Pampas de por medio, so pena de sufrir la más espantosa derrota; y el primero, porque, contramarchando a Andahuaylas, se dejaba a los independientes dueños del terreno, lo que equivaldría a reconocer ante propios y extraños, que el ejército español era incapaz de batir las huestes unidas del Perú y Colombia.

En esta dificultad de solucionar el problema, se propuso en el Consejo de Guerra por el Brigadier García Camba la estratagema que sigue: hacer un movimiento falso en frente del ejército patriota, para engañarlo, y conseguir que desocupase la formidable posición de Bombón, y continuase su retirada a Huamanga. Consistía tal estratagema en mover todo el ejército real esa misma tarde, bajar al río y pasar al otro lado la vanguardia mandada por Valdés, antes de anochecer, para que Sucre fuese inmediatamente informado por sus avanzadas de qne trataban de flanquearle esa misma noche por el paso de Uchubamba.

La fuerza de Valdés debía avanzar hasta las alturas de Cocharcas, mientras el grueso del ejército español retrocedía, por la noche y silenciosamente, a su campamento, bien fuese, según el aviso de la vanguardia, para pasar también el río Pampas, y unirse a ella con el propósito de contramarchar a Andahuaylas si no se creía prudente atacar a Sucre en sus posiciones; o bien fuese para seguir trás el ejército independiente si abandonaba la altura de Bombón, esguazaba el mencionado río y marchaba a los fértiles campos de Huamanga.

En este último caso, proponíase Valdés marchar trás

de Sucre para cargarle por retaguadia, mientras La Serna le atacaría de súbito al pasar el río, o del otro lado. En el supuesto de que, repuesto de la acometida, Sucre se parase a resistir, sería entonces destrozado por todo el ejército real en el valle de Pomacocha, o en cualquiera de aquellos horribles desfiladeros.

En seguida se procedió a ejecutar el plan acordado; y Sucre fue efectivamente engañado. Más la Providencia que guiaba los pasos del futuro vencedor en Ayacucho, le favoreció en tan difícil coyuntura.

En efecto, cuando Sucre tuvo conocimiento de que el enemigo vadeaba el río Pampas por arriba, descendió con presteza, y emprendió esa misma noche el paso de aquel río por los puentes de bejuco, que había hecho construir de antemano. El General colombiano ejecutó esta operación con tanta prontitud, maestría y orden, que, al amanecer, estaba ya al otro lado del Pampas, cuando Valdés llegaba apresuradamente al pie de los Altos de Bombón.

Como se vé los enemigos habían conseguido realizar la primera parte de su plan, o sea, hacer que Sucre abandonara su formidable posición; pero no lograron efectuar la segunda parte del mismo, que consistía en batirle al pasar el río, o más allá, con las tropas combinadas de Valdés y La Serna, porque Sucre, en cuanto se vió con todas sus fuerzas al otro lado, cubierta su retaguardia por el caudaloso río que acababa de atravesar con tanta fortuna, continuó su marcha sin detenerse, para salvar lo más pronto posible aquellos peligrosos lugares y burlar a los enemigos. Estos no sospecharon que el Jefe republicano hubiese procedido con tanta rapidez; de manera que cuando llegaron al paso del río, no pudieron alcanzarle, por más esfuerzos que hicieron para ello, lo que solo consiguieron al amanecer del día 2 de Diciembre de 1824, en Matará. Los dos beligerantes vinieron a quedar ese día uno en frente del otro.

El Virrey sentó sus reales en los altos de Pomacahuanca cercanos a Matará, lugar breñoso e inaccesible, que se halla al Norte de la meseta de Ocros. En esta situación, Sucre concibe instantáneamente un plan para batirse; traza la línea de batalla, la ocupa el ejército y se dispone a esperar el ataque, aun cuando su posición, la de Matará, no era ventajosa. Pero el Jefe patriota tenía fe en su estrella, y sabía además por sus exploradores que la división de Valdés se había demorado muchas horas en repasar el Pampas, y no se había incorporado aún al grueso del ejército real.

"Es imposible describir, dice el Coronel López, el ardor y entusiasmo que manifestó la tropa; el ejército del Perú por segunda vez pidió la vanguardia para combatir los primeros; y estoy seguro de que el primer General del mundo se habría enorgullecido de mandar aquellos soldados, dignos de su ya bien probado Capitán."

En el acto Sucre mandó al Coronel Laurencio Silva, con el escuadrón de HUSARES, para provocar al enemigo a la pelea, sin conseguir que hiciera ningún movimiento. indudablemente porque el Virrey no quiso comprometer el combate, sin su división de vanguardia. y sin tener a su lado al General Jerónimo Valdés, que era el alma del ejército español. Prefirió, en consecuencia, el Virrey contramarchar media legua, y hacer rápidamente a la derecha un movimiento, en forma de arco, para amenazar la retaguardia de los patriotas, presentándose en el mismo camino que llevaban éstos.

En vista de la determinación del enemigo, Sucre resolvió abandonar a Matará el 3 de Diciembre, y siguió a Tambo Cangallo. Peligrosísima era la jornada de ese día, porque el ejército tenía que salvar la áspera quebrada de Corpahuaico, por un paso tan estrecho y difícil, que no permitía el desfile sino de uno a uno. En aquel paso, bien podían los realistas sorprender y dar un golpe muy recio y desigual a los independientes. Y así sucedió efectivamente.

Perplejos nos hallamos al describir el combate de Corpahuaico, por que las relaciones que de él hacen, Miller, O'Connor, Lopéz, Restrepo, Lara y aun el mismo Sucre, difieren en muchos puntos importantes. En esta dificultad de descubrir la verdad, creemos que lo que realmente sucedió al pasar el ejército patriota la quebrada de Corpahuaico, el día tres de Diciembre de 1824, fue lo que sigue:

El Virrey, durante la noche del dos de Diciembre, hizo una marcha oculta, y a las cuatro de la mañana emboscó en el desfiladero de Corpahuaico, cinco batallones y cuatro escuadrones, a órdenes del General Valdés. Las divisiones patriotas de Córdova y Lamar y el General Sucre con su Estado Mayor pasaron la quebrada, quedando cortada por el enemigo la división de retaguardia, compuesta de los batallones VENCEDOR, VARGAS y RIFLES, que venía con el parque, los equipajes, el hospital, las madrinas de caballos y la artillería. Sucedio, pues, que tan pronto como acabó de pasar la división peruana, se atravesó en la quebrada la división realista emboscada con toda su masa de fnerza para partir en dos su ejército de Sucre. Entonces el General don Jacinto Lara, tan sereno como valiente, que mandaba la división de retaguardia, guió a la derecha con ésta; y el batallón RIFLES, denodado como siempre, con el valeroso Coronel irlandés Arturo Sandes a su cabeza, entró a pelear por el paso principal en una posición desventajosa. A pie firme, sin dar un paso atrás, hizo frente a todo el ejército enemigo. Aprovechando de este momento, pudo el General Lara hacer que bajasen y pasasen la quebrada las caballerías, las sesenta cargas de cartuchos de las tres divisiones y una pieza de artillería. Temiendo el General Lara que arrollasen al batallón RIFLES y para conseguir que éste se setirase, colocó el batallón VARGAS en una altura que

cruzó sus fuegos sobre el enemigo. Tanto éste como el batallón Rifles lograron al fin vencer el paso fatal de la quebrada de Corpahuaico. Parte de la caballería patriota pudo salvar la quebrada por más abajo, por un paso descubierto por el General Miller que la comandaba.

Hablando de esta acción, dice el General Lara; "Es verdad que se perdió la tercera parte del RIFLES. entre muertos, prisioneros y dispersos; pero salvé el ejército, porque salvé la división, 90 cargas de 4000 cartuchos y toda la caballería. Pernocté esa noche (día 3 de Diciembre) a más de media legua de las dos divisiones. Los fuegos duraron dos horas y media. Se comenzaron a las cuatro de la tarde y se concluyeron a las siete y media de la noche."

Evidentemente el héroe de la jornada de Corpahuaico fue el General Lara. Así lo manifiesta Villanueva, en su vida de Sucre, con estas palabras:

"El General Lara, siempre impávido, con el sable al hombro, iba y venía para apresurar la retirada; en medio de las descargas se oía su tremenda voz, mandando estrechar las filas, para conservarlas en orden; animaba a los soldados, ayudaba a los retrasados, soltaba de uno y otro lado guerrillas de tiradores para proteger sus movimientos; hacía recoger los heridos, los fusiles y las cargas de parque para dejar los menos trofeos al enemigo; y atento a todo, pudo llegar con sus reliquias, a las siete de la noche, a acamparse media legua más atrás de las otras divisiones. Hazaña brillantísima digna de rememorarse, porque con ella salvó Lara el ejército, salvando una división, la caballería y el parque".

"Tan grabada quedó en la mente de Sucre esta bizarría del General Lara, y tan justamente supo pesar los trascendentales resultados de aquella magnífica resistencia, que más tarde, en 1825, quiso recordarla para premiarla dignamente, regalándole la rica montura de oro que la Municipalidad de La Paz ofrendó a Bolívar, y que éste quería que usara Sucre como el General en Jefe del ejército triunfador en el Bajo y Alto Perú"

El batallón que más heroicamente se comportó en la acción de Corpahuiaco fue el RIFLES por la imponderable resistencia que hizo para impedir que el enemigo en masa cayese o sobre Lara o sobre Sucre. Por esta razón, el Congreso de Colombia, al decretar honores al ejército auxiliar Colombiano, hizo una mención especial del batallón RIFLES, y Sucre pidió al Libertador el grado de General para el Coronel Arturo Sandes, natural de Dublín y antiguo oficial del ejército inglés, que era el Jefe de aquel benemérito batallón.

Preciso es confesar, como dice Villanueva, "que la operación de La Serna fue ideada con talento y ejecutada con destreza. Imaginó partir en dos el ejército de los patriotas en Corpahuaico; tirar a Sucre de un lado y dejar del otro

el resto de sus tropas; envolver a aquel hasta apartarle lo más posible de la quebrada, caerle encima a la caballería en su penoso desfile, y despedazar los últimos cuerpos de Lara, o hacerlos replegar a Matará. Si La Serna lo hubiera logrado, como pensaba, esto es, si hubiera destruído a Miller y a Lara, hubiera quedado Sucre reducido a dos divisiones, la de Córdova y la de La Mar, sin caballos, artillería ni pertrechos. El desastre habría sido irreparable, y a los dos o tres días más de retirada, Sucre probablemente habría caído prisionero, fracasada la campaña, y el Alto y el Bajo Perú otra vez en poder de los realistas: y Colombia bajo la pesadumbre de un revés tan espantoso, se habría sin duda estremecido desde el Guayas hasta el Orinoco."

Aunque no se verificó tan espantoso desastre, fue rudo el golpe que recibieron los patriotas en la quebrada de Corpahuaico, pues se perdieron casi todos los equipajes y las madrinas de mulas y caballos; de la artillería no se pudo salvar sino un cañón; del parque solo se salvaron noventa cargas, de cuatro mil cartuchos cada una que llevaban: el batallón Rifles perdió la tercera parte de sus soldados, inclusive su Mayor Duxbury, inglés, uno de los mejores más incansables Oficiales del ejército independiente; y por último trescientos patriotas quedaron en el campo, y al día siguiente se contaron noventa y tres heridos en el hospital.

El Regimiento de los Andes y el escuadrón de Granaderos de Colombia, tomaron en medio de la pelea una vereda para buscar otro paso por donde atravesar la quebrada, y extraviados en aquellos desfiladeros, no se incorporaron al ejército hasta el día siguiente. Según el Coronel Lopéz los Granaderos de los Andes no se volvieron a reunir hasta después de la batalla de Ayacucho.

García Camba, en sus Memorias, hablando de la acción de Corpahuaico, se expresa en estos términos: "La bien dirigida resistencia que los independientes mostraron en el mencionado choque, y el orden y parsimonia con que llevaban su retirada, advertían la prudencia y el arte que era preciso emplear para abordarlos con esperanza de buen éxito, y más sobre un teatro que a cada paso presentaba las más fuertes posiciones naturales".

Los dos ejércitos seriamente fatigados pasaron la noche del 3 de Diciembre separados por la fatídica quebrada de Corpahuaico, sin atreverse uno ni otro a ningún movimiento. Al rayar la aurora del día siguiente alcanzaron a verse. Como Sucre se encontraba en una posición en que no podía ser atacado de frente, los realistas se movieron a la izquierda para amenazarle por su flanco derecho; y al efecto pasaron la quebrada al Oeste, como a una legua de distancia del campamento republicano, y en seguida emprendieron su marcha por las faldas de los cerros del Norte.

Al ver Sucre que no se le atacaba de frente, y deseoso de venir a las manos con el enemigo, abandonó su

posición, marchó a la ligera a la gran pampa de Tambo-Cangallo, y llegado que hubo frente al ejército real les provocó a batalla. La Serna, lejos de aceptar el reto, prosiguió su marcha. Sucre levantó su campo con la mayor serenidad, y moviéndose los dos ejércitos en líneas paralelas, llegaron casi simultáneamente por la tarde cerca de la gran quebrada de Acroco, y se pararon a descansar el uno frente al atro.

La situación del ejército independiente habíase hecho crítica en demasía: al continuar por aquella ruta, iba a encontrar con otros desfiladeros más horribles que el anterior, en donde con seguridad podría el enemigo atacarlo y destruirlo impunemente. Penetrado de la inminencia del peligro, todo el ejército deseaba pelear para morir con gloria, o cambiar de suerte con un triunfo decisivo. Comprendiéndolo así el Virrey, se proponía acabar con él, haciendo una guerra de posiciones, cortándole todos los días la retirada, sorprendiéndole en los pasos difíciles, y cercándole por todos lados para no dejarle punto de reposo en ningún paraje

"Los republicanos no comían hacía dos días; la caballería estaba despeada, y la infantería necesitaba reponerse, pues de noche no hacía sino velar para evitar las sorpresas, y de día caminar y combatir. Todos estaban desnudos; los epuipajes se habían perdido; tomados unos por el enemigo en los diversos lances de la retirada, como en Corpahuaico, Chincheros y Matará; robados otros por las partidas de indios que merodeaban al amparo del ejército español. Muchos pueblos de la provincia de Huancavelica a donde había pensado Sucre retirarse, se sublevaron contra los patriotas, y guerrillas enviadas por el Virrey destruyeron los puentes de Huarpa y Mayo, e inutilizaron los caminos. Las bajas eran cada día mayores; pues a la fecha se contaban de menos mil doscientos hombres, y las esperanzas de auxilios se habían completamente desvanecido, cerradas como estaban las comunicaciones con el Libertador". (Villanueva.--Obra citada).

Reconcentrado pesó Sucre todos los gravísimos inconvenientes que le rodeaban: no era prudente guiar a la izquierda porque allí estaba el gran desfiladero; ni era racional contramarchar, por que atrás no había camino fácil ni artículos de subsistencias. Después de meditarlo bien, concibió un proyecto atrevido, el de cambiar de súbito su línea de operaciones, y lo puso en práctica imediatamente.

Hizo buscar y consiguió guías, a quienes ofreció grandes dádivas si ejecutaban bien su pensamiento. Levantó su campo sigilosamente; puso un práctico a la cabeza de cada división; y el ejército emprendió la marcha a las diez de la noche por tres distintos caminos, poco distantes unos de otros, observando el más riguroso silencio. En el orden indicado bajó el ejército entre espesas tinieblas a la escabrosísima quebrada de Acroco, libre de enemigos, porque el

Virrey estaba convencido de que a Sucre no se le ocurriría atravesar aquella impenetrable quebrada en cuyo fondo hace rodar el caudal de sus aguas el correntoso río Pangora. El desfile de las tropas se hizo en toda la noche, en el mayor orden y precisión; y cuando el sol alumbraba las cimas de las montañas, subían del otro lado del abismo las últimas columnas de la retaguardia patriota.

Sucre, en virtud de aquella atrevida operación, se había adelantado cinco leguas del enemigo. Marchó en seguida al pueblo de Huanchao, donde encontró algunas reses y patatas para racionar al ejército que hacía cuatro días no había comido. Reparadas algún tanto las fuerzas de los hambrientos soldados, continuaron en la tarde del 5 de Diciembre su marcha a Acos—Vinchos.

Hablando de estos movimientos, dice García Camba; "Ambos ejércitos continuaron sus respectivas marchas con mucho orden hasta la caida de la tarde del mismo día 4 (de Diciembre), que tomaron posición el uno a la vista del otro, entre la gran quebrada de Acroco y el pueblo de Tambo—Cangallo. Los enemigos no parecía regular esperasen el día 5 en la posición que habían elegido por necesidad con terribles y escarpadísimos desfiladeros a su izquierda y retaguardia; era preciso que arriesgasen a toco trance una batalla o que abandonaran con tiempo su puesto; y esto fue lo que hicieron en la noche del 4, atravesando la expresada quebrada de Acroco, por cuyo fondo corre el río Pangora, con la buena suerte de que los españoles no apercibiesen tan arriesgado movimiento. Con esa anchurosa y escarpadísima barranca en medio, marcharon el 5 los dos ejércitos casi paralelamente, el independiente por Huanchao a Acos—Vinchos, y al español—peruano a los campos de Tambillo, adelantando la vanguardia a los Altos Sur de Pacaisaca y dejando la cuidad de Huamanga como tres leguas a la izquierda"

El 6 de Diciembre llegaron los patriotas al pueblo de Quinua; los realistas continuaron su movimiento paralelo hacia las alturas de Pacaisaca, y estando el camino que los últimos llevaban interceptado por dos profundas quebradas, muchos barrancos y pasos sumamente estrechos y difíciles, la columna se fue insensiblemente prolongando hasta llegar a ocupar de dos a tres leguas. Percibido por los patriotas, ya establecidos en Quinua, formaron inmediatamente para atacar a sus contrarios, cuya cabeza de columna distaba solo tres millas, y siendo el espacio de terreno que los separaba un país abierto y en un declive gradual y moderado, creyeron que les ofrecía una oportunidad favorable para vengar las pérdidas que habían experimentado en Corpahuaico. Antes de mandar romper el movimiento proyectado, se adelantaron a reconocer el terreno los Generales Sucre y La Mar; pero esta operación les ocupó tanto tiempo que consideraron era ya demasiado tarde para atacar a los rea-

listas. A la mañana siguiente entraron éstos en Huamanguilla, y de este modo cortaron otra vez la retirada a los patriotas, cuya posición se hizo sumamente crítica" (Memorias del General Miller).

Y ciertamente la situación del General Sucre llegó a ser sumamente angustiosa, porque, por una parte, como dice el mismo Miller, se habían reducido tanto sus fuerzas que nada podía ya salvar su ejército de una completa derrota, sino un esfuerzo desesperado; y por otra, el día 6 de Diciembre, recibió dicho General comunicaciones del Libertador, en que le decía desde Lima, que no esperara nuevos auxilios de tropas porque no las había expeditas, ni en el Perú ni en Colombia; y le prevenía, en tal virtud, que empeñara una batalla, cualesquiera que fuesen las posiciones de su ejército y del de los realistas.

Leídas estas comunicaciones al Consejo de Generales, no para que las discutiesen, sino para llevar a cabo la orden del Libertador, no se pensó en otra cosa que en elegir el campo a propósito para dar la batalla.

El General Suere situado, según lo dijimos, en el pueblo de Quinua, al Este de Huamanga, fingía siempre retirarse, pero no pensaba abandonar aquellos lugares, en donde había encontrado víveres y posiciones ventajosas para batir al enemigo; una de las cuales era precisamente la sabaneta que demora a la parte inferior de esa población, la que fue incontinenti ocupada por el ejército. "Allí trazó Sucre su plan de batalla y se quedó a esperar al enemigo. Sus divisiones se habían repuesto, sus caballos estaban en reposo, y todo el ejército ansiaba vivamente por irse a las manos con los españoles."

Dijimos que las fuerzas realistas se internaron por la impenetrable quebrada de Huamanguilla para ponerse nuevamente a vanguardia de los patriotas. Sucre apenas hizo un cambio de posiciones, trasladando su ejército de la parte inferior a la superior del pueblo de Quinua, y por una rápida conversión fue a situarse en el campo de Ayacucho (Rincón de los muertos), dando frente al enemigo, quien, abandonando la inexpunable posición de Huamanguilla, vino a colocarse en una altura, a una legua de las tropas republicanas.

Dejemos a la pluma del Coronel don Manuel Antonio López Borrero, la relación de los sucesos del día 8 de Diciembre de 1824, víspera de la gran batalla de Ayacucho:

"El día ocho por la mañana se acercó el enemigo un poco más con la misma dirección, y se acampó temprano como a un cuarto de legua por elevación de nuestro campo, pero separado por una cañada de bastante profundidad y de difícil paso que pende de la cima del elevado cerro de Cudurcunca que nos quedaba a la izquierda. Más tarde, levantando su campo, ejecutó sin tardanza un movimiento simultáneo por el flanco izquierdo, y subiéndose a la cumbre

se perdió de vista aparentando descender al lado opuesto."

"El General en Jefe, el General La Mar y algunos otros Jefes y Oficiales desde nuestro campo con los anteojos estuvimos gran rato observándolo, calculando su fuerza y el resultado de aquel movimiento. El General La Mar, que había militado algún tiempo con ellos, y que los conocía muy de cerca, después de haber hecho varias observaciones, nos dijo: "El Virrey ha tenido miedo de comprometer su ejército en el paso de la cañada, y por no atravesarla a nuestra vista, se ha subido a la cumbre para descabezarla en su nacimiento, y descender sobre nosotros por aquí (señalándonos con el dedo el punto del cerro más inmediato a nuestro campo), porque su táctica se ha fundado siempre en atacar a sus adversarios desde alguna altura, y rara vez se ha presentado en campo razo." Hora y media después se realizó este jucio."

"A las cinco de la tarde el enemigo en masa empezó a bajar el cerro por el mismo lugar que había indicado el General La Mar, y sin detenerse hasta que llegó a la falda, tomó una posición que dominaba todo nuestro campo; con la mayor presteza montó su artillería volante, y con la misma nos rompió un fuego alternativo que duró más de media hora; pero sin embargo de hallarse nuestros cuerpos formados también en masa, no recibieron el menor daño, porque las balas pasaron por lo alto."

"El General Sucre mandó que se le contestasen sus fuegos con el único cañón que nos había quedado, y nuestros artilleros, más diestros que los suyos, pusieron la primera bala en el centro de una columna de infantería enemiga, obligándola a variar de posición. Al cerrar la noche el General en Jefe hizo cubrir el campo con una línea de cazadores, y el enemigo a su ejemplo hizo también lo mismo, quedando las dos líneas tan inmediatas que podían hablarse, como efectivamente lo hicieron los Generales Monet y Córdova que las mandaban."

"A las ocho de la noche el General en Jefe previno al General Córdova que alarmase al enemigo con una escaramuza, y éste en cumplimiento recogió todas las bandas de tambores y músicas del Ejército, previniendo a los cuerpos que permaneciesen tranquilos aunque se rompiese el fuego sobre el campo. Las bandas y músicas fueron colocadas en distintos puntos sobre la línea, y se les ordenó que, a la primera señal, de la corneta, los tiradores rompieran fuego graneado ganando terreno, y que las bandas y músicas a un tiempo tocasen ataque marchando sobre el enemigo, hasta que se les indicase la retirada para volver a situarse en su posición. A eso de las once se hizo la señal, y los cazadores, las bandas y músicas ejecutaron con viveza y prontitud la orden que se les había comunicado. El enemigo se alarmó sobre manera, creyendo que todo el ejército nuestro

lo cargaba, y entre la confusión y desorden del momento se les dispersó alguna gente; pero luego calmó la agitación de su campo; nuestra tropa volvió a ocupar la línea, las bandas y músicas se retiraron, y dormimos apaciblemente."

No todos los que iban a combatir durmieron apaciblemente en la noche del 8 de Diciembre de 1824, añadiremos nosotros, permitiéndonos referir un episodio de la vida del ilustre General don José Domingo de La Mar, nuestro conterráneo, Jefe de la División Peruana del ejército patriota, acantonado en la meseta de Ayacucho, que manifiesta la acendrada fé de aquel benemérito General. Era La Mar hombre de costumbres intachables, profundamente católico, y como tal fiel devoto de la Virgen Inmaculada, cuyo auxilio imploró para que la victoria coronase al siguiente día los heroicos esfuerzos de las tropas patriotas. Con tal motivo, en la tienda de campaña del General La Mar, se veló una preciosa imagen de la Madre del Divino Salvador, durante toda aquella noche, víspera de la sangrienta y gloriosa batalla de Ayacucho-, con la que se selló para siempre la Independencia del Continente Sud-Americano.

Dejemos al intrépido General Sucre y a otros actores principales en la épica jornada de Ayacucho, la descripción de ella con todos sus interesantes detalles y pormenores.

CAPITULO VII

Parte de la batalla de Ayacucho por el General Antonio José de Sucre.—Relación de la misma batalla por el General Don Guillermo Miller.—Descripción de la batalla de Ayacucho por el General español don Andrés García Camba.

"Señor Ministro de Guerra: Las tres divisiones del ejército quedaron desde el 14 al 19 de Noviembre situadas en Talavera, San Jerónimo y Andahuaylas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por là noche del 18 supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigía a Huamanga, y dispuse que el ejército marchase para buscarlos. El 19, nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20, al llegar a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Una compañía de HUSARES de Colombia, y la primera de RIFLES con el señor Coronel Silva, se destinaron a reconocer estas fuerzas, que constando de tres compañías de cazadores, fueron desalojadas y obligadas a repasar el río de Pampas, donde se encontró a todo el ejército real, que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose a la espalda."

"Siendo difícil pasar el río e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Uripa y los españoles en Concepción, estando a la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fue siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcas—Huaman, y nuestro ejército vino sobre las alturas de Bombón hasta el 30, que, sabiéndose que los enemigos venían por la noche a la derecha del Pampas, por Uchubambas, a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia."

"Los españoles al sentir este movimiento, repasaron ràpidamente la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar a Matará, en la mañana del 2, cuando el español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla; pero fue excusada por el enemigo, situándose en unas breñas no sólo inatacables sino

inaccesibles: el 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla; pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo a nuestra espalda; pero la posición de Matará, después de ser mala, carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada a Tambo Cangallo. Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpahuaico, antes de que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste había adelantado desde muy de mañana y encubiertamente, cinco batallones y cuatro ecuadrones a ponerse en este paso impenetrable. Nuestra infantería de vanguardia, con el señor General Córdova, y la del centro con el señor General La Mar, habían pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones VARGAS, VENCEDOR y RIFLES, que cubrían la retaguardia con el General Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha, sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y RIFLES, en una posición tan desventajosa, tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra caballería, bajo el señor General Miller, pasó por Chonta, protegida por los fuegos de VARGAS, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al Ejército Libertador más de trescientos hombres, todo nuestro parque, que fue enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es que ha valido al Perú su libertad."

"El 4 los enemigos engreídos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir; la barranca de la quebrada de Corpahuaico permitía una fuerte defensa; pero el ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los españoles, al subir la barranca, marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operación fue un testimonio evidente de que ellos querían maniobrar y no combatir; este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón."

"Creí, pues, necesario obrar sobre esta persuación, y en la noche del 4 marchó el ejército al pueblo de Guaichao, pasando la quebrada de Acroco, y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha a Acos—Vinchos, y los enemigos a Tambillo, hallándose siempre a la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua: los españoles por una fuerte marcha a la izquierda se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaicasa; ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y al día siguiente a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo; el 8 en la tarde quedaron situados en las alturas de

Cúndur—Cunca a tiro de cañón de nuestro campo: algunas guerrillas que bajaron se batieron esa tarde y la artillería cruzó sus fuegos."

"La aurora del día 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una Nación. Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha compuesta con los batallones BOGOTA, VOLTIGEROS, PICHINCHA y CARACAS, al mando del señor General Córdova: la izquierda, de los batallones 1º, 2º y 3º., y LEGION PERUANA, bajo el muy ilustre señor General La Mar; el centro los GRANADEROS y HUSARES de COLOMBIA, con el señor General Miller; y en reserva, los batallones RIFLES, VENCEDOR y VARGAS, al mando del señor General Lara. Al reconocer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y su patria, los vivas al Libertador y a la República resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros. Los españoles, a su vez, dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana fue empleada sólo con fuego de artillería y de los cazadores: a las diez del día, los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas al tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores."

Dí a éstos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fue ya la señal del combate.

"Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando a las quebradas de nuestra izquierda los batallones CANTABRIA, CENTRO, CASTRO, 1º IMPERIAL y dos escuadrones de HUSARES, con una batería de seis piezas, forzando demasiadamente su ataque por esa parte. Sobre el centro formaban los batallones BURGOS, INFANTE, VITORIA, GUIAS y 2º DEL PRIMER REGIMIENTO, apoyando la izquierda de éste, con los tres escuadrones de LA UNION: el de SAN CARLOS, los cuatro de los GRANADEROS DE LA GUARDIA, y las cinco piezas de artillería ya situadas, y en la altura de nuestra izquierda, los batallones 1º y 2º DE GERONA, 2º IMPERIAL, 1º DEL REGIMIENTO, el de FERNANDINOS y el escuadrón de ALABARDEROS DEL VIRREY."

"Observando que las masas del centro no estaban en orden aún, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor General Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor General Miller, reforzando a un tiempo al señor General La Mar, con el batallón VENCEDOR, y sucesivamente con VARGAS. RIFLES quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuere menester y el señor General Lara recorría sus cuerpos en todas partes. Nuestra masa de la derecha, marchó arma a discreción hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego: rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballería, fue obra de un momento. La

infantería continuó inalterablemente su carga, y todo plegó a su frente."

"Entre tanto, los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor General La Mar, y se interponían entre éste y el señor General Córdova, con dos batallones en masa: pero llegando en oportunidad VARGAS al frente, y ejecutando bizarramente los HUSARES DE JUNIN la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. VENCEDOR y los batallones 1º 2º y 3º. y LEGION PERUANA, marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que reuniéndose tras las barrancas presentaban nuevas resistencias, pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda, y precipitadas a la carga, la derrota fue completa y absoluta.

"El señor General Córdova, trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Cundurcunca, donde se tomó prisionero al Virrey La Serna: el señor General La Mar salvaba en la persecución las difíciles quebradas de su flanco, y el señor General Lara, marchando por el centro, aseguraba el suceso. Los cuerpos del señor General Córdova, fatigados del ataque, tuvieron la orden de retirarse, y fue sucedido por el señor General Lara, que debía reunirse en la persecución al señor General La Mar, en los altos de Tambo. Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos otros artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el General Canterac, Comandante en Jefe del ejército español, acompañado del General La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirle a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron 14 años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá US. por el tratado adjunto: por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallan por consecuencia, en este momento, en poder del ejército libertador, los Tenientes Generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés, Carratalá Monet y Villalobos; los Generales de Brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con diez y seis Coroneles, sesenta y ocho Tenientes Coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro Mayores y Oficiales; más de dos mil prisioneros de tropa; inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían: mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos, han sido, en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas. Nuestra pérdida es de trescientos diez muertos y seiscientos nueve heridos, entre los primeros, el Mayor Duxbury, de RIFLES, el Capitan Urquiola de HUSARES DE COLOMBIA, los Tenientes Oliva de GRANADEROS

DE COLOMBIA, Colmenares y Ramírez de RIFLES, Bonilla de BOGOTA, Sevilla de VENCEDOR, y Prieto y Ramonet de PICHINCHA: entre los segundos, el bravo Coronel Silva de HUSARES DE COLOMBIA, que recibió tres lanzazos, cargando con extraordinaria audacia a la cabeza de su regimiento: el Coronel Luque, que al frente del batallón VENCEDOR entró a las filas españolas: el Comandante León del batallón CARACAS, que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga, el Comandante Blanco, del 2º de HUSARES DE JUNIN, que se distinguió particularmente: el señor Coronel Leal, contuso, que a la cabeza de PICHINCHA, no solo resistió las columnas de caballería enemiga, sino que las cargó con su cuerpo: el Mayor Torres, de VOLTIGEROS, y el Mayor Zornosa de BOGOTA, cuyos batallones conducidos por sus Comandantes Guasch y Galindo, trabajaron con extraordinaria audacia: los Capitanes Jiménez, Corquis, Doronsoro, Brown, Gil, Córdova y Ureña: los Tenientes Infante, Silva, Suárez, Vallarino, Otálora, French: los Subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malave ,Jerán, Pérez, Calle, Marquino y Paredes de la 2ª división de Colombia; los Capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Doronsoro, Granados y Miró: los Tenientes Pazaga y Ariscum y el Subteniente Sabino de la 1ª división de Colombia; los Tenientes Otàlora, Suárez, Ornás, Posadas, Miranda y Mantoya: los Subtenientes Isa y Alvarado de la división del Perú: los Tenientes Coroneles Castilla y Gerardino, Tenientes Moreno y Piedrahita del Estado Mayor. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular."

"El batallón VARGAS, conducidopor su denodado Comandante Morán, ha trabajado bizarramente; la LEGION PERUANA con su Coronel Plaza, sostuvo con gallardía su reputación; los batallones 2º y 3º del Perú con sus Comandantes González y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques: los cazadores del NUMERO 1º se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva. LOS HUSARES DE JUNIN, conducidos por su Comandante Suárez, recordaron su nombre para brillar con un valor especial: los GRANADEROS DE COLOMBIA, destrozaron en una carga el famoso regimiento de la Guardia del Virrey. El batallón RIFLES no entró en combate: escogido para reparar cualquiera desgracia, recorría los lugares más urgentes, y su Coronel Sandes los invitaba a vengar la traición con que fue atacado en Corpahuaico. Todos los cuerpos, en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse."

"Con satisfacción cumplo el agradable deber de recomendar a la consideración del Libertador, a la gratitud del Perú y al respecto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el señor General La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota: la bravura con que el señor General Córdova condujo sus cuerpos, y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga: la infatigable actividad con la que el señor General Lara atendía con su reserva a todas partes; y la vigilancia y oportunidad del señor General Miller para las cargas de la Caballería.

"Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han lidiado: pero he prevenido al señor General Gamarra, Jefe de Estado Mayor general, que pase a US. originales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

"Según los estados tomados al enemigo, sus fuerzas disponibles en esta jornada eran de 9310 hombres, mientras el ejército libertador formaba 5780. Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de 80 leguas, y presentando frecuentes combates.

"La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se ha firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una ofrenda digna de la aceptación del Libertador de Colombia.

"Cuartel general en Ayacucho, a 11 de Diciembre de 1824.

"Dios guarde a US.—Antonio J. de Sucre.

La relación que, de la batalla de Ayacucho, se hace en "Las memorias del General Miller," es la que sigue:

"En la tarde del 8 salió el Virey de Guamanguilla y ocupó con todas sus fuerzas las alturas de Condorcanqui, precisamente fuera del tiro de cañón del campamento de los independientes. Dos horas antes de ponerse el sol, descendió de la altura un batallón de tropas ligeras de los realistas, y se extendió en guerrilla al pie de ella; otro batallón de infantería ligera de los patriotas desplegó contra él; ataques serios y algunas escaramuzas tuvieron lugar en el orden abierto en que maniobraban. Las evoluciones las ejecutaban al toque de corneta, y nada puede exceder la sangre fría y bizarra conducta de las tropas de una y otra parte.

"El efecto general que aquellas escaramuzas producían era en extremo hermoso y agradable; y el interés de la escena se variaba y crecía con la suspensión del fuego a intervalos, en virtud de tácito consentimiento. Durante estos intervalos, varios oficiales de uno y otro partido se adelantaban y hablaban unos con otros. En uno de ellos el brigadier Tur, al servicio español, envió un recado a su hermano, que habiéndose casado con una hermosa señorita de Lima se había hecho virtualmente americano, y era en aquel momento Teniente Coronel en el ejército independiente. Los dos hermanos se juntaron, y el mayor principió la conversación diciéndole cúanto sentía que un español estuviese en las filas de los insurgentes; pero le añadió que, a pesar de su sentimiento en aquel punto, no podría olvidar el cariño que le había profesado y le aseguraba que podía contar con su protección cuando la batalla que iba a darse le pusiera en manos de los realistas, lo cual no haría con ningún otro español en iguales circunstancias.

"El Teniente Coronel le dijo, en contestación, que si le había llamado para insultarle, habría sido mejor que no se

hubiesen visto, y dió la vuelta y se marchó. Entonces el General realista corrió hacia él, se disculpó, y a la vista de los dos ejércitos se abrazaron los hermanos del modo más tierno y cariñoso. Pocas horas después estaba ya prisionero de guerra el General Tur, y alojado y bien recibido por su hermano.

"Quinua, pueblo indio, está en el extremo occidental del llano de Ayacucho, de forma casi cuadrada, de cerca de una legua de circunferencia y flanqueado a derecha e izquierda por barrancos profundos y escabrosos. A retaguardia del llano o parte occidental hay una bajada gradual de dos leguas al camino principal de Huamanga a Huanta, el cual corre al pie de una montaña que se eleva perpendicularmente, sin salida conocida. El lado oriental del llano lo forma la pendiente, inmensa y escabrosa montaña de Condorkanki, cuyo enorme baluarte, corriendo de Norte a Sur, domina el campo de Ayacucho; un poco más abajo de su cúspide estaba acampando el ejército realista."

"El ejército libertador estaba formado en el llano a media milla de distancia al frente de los españoles, teniendo a Quinua a retaguardia, los cuerpos en columna cerrada y esperando el ataque de los realistas.

"Los cuerpos que componían el ejército independiente estaban colocados en la forma siguiente:

"División de Cordova (a la derecha): Bogotá, Caracas, Voltigeros, Pichincha.

"División de Miller (en el centro): Húsares de Junín, Granaderos de Colombia, Húsares de Colombia, Granaderos a caballo de Buenos Aires.

"División de La Mar (en la izquierda): Legión peruana; Batallón Núm. 1, batallón Nº2, batallon Nº3.

"División de Lara (en reserva); Vargas, Vencedor, Rifles.

"Artillería mandada por el comandante La Fuente (al frente): un cañón de a cuatro.

"El general Gamarra, Jefe del Estado Mayor.

"El general O'Connor, segundo Jefe del Estado Mayor.

"Durante la noche del 8 mantuvieron un fuego continuo y muy vivo los puestos avanzados realistas y patriotas; el General Sucre se proponía por este medio impedir que durante la noche bajasen al llano los realistas, y con este objeto hizo avanzar las bandas de dos batallones con una compañía al pie mismo de la montaña, y continuaron tocando por algún tiempo, mientras la tropa hacía un fuego vivísimo. Esta ficción produjo el efecto deseado, porque los realistas no se movieron de sus líneas.

"La posición del Virrey en la noche del 8 era muy expuesta; pues su infantería, que ocupaba el frente o ladera de la montaña de Condorkanki, estaba a menos de tiro de fusil del pie de la montaña. El fuego de dos o tres batallones, desplegados en batalla, habría obligado a los realistas a abandonar su posición, en la cual aquella noche murió un Teniente Coronel y dos o tres soldados realistas, estando sentados alrededor de las hogueras, por heridas que recibieron de balas perdidas de la compañía establecida al pie de la montaña.

"La expresada noche del 8 fué de un sumo interés, y daba lugar a mil contemplaciones: la batalla era inevitable al día siguiente, y ella debía decidir la suerte de la América del Sur; los patriotas sabían que tenían que lidiar contra fuerzas dobles, y que nada podía salvarles y libertar a su país de una servidumbre ignominiosa sino una victoria completa. Los soldados patriotas podían esperar librar sus vidas quedando reducidos a la esclavitud, pero los generales y oficiales patriotas no tenían otra alternativa que la muerte o la victoria. Todos conocían perfectamente cuál habría sido la conducta cruel de los españoles si llegaban a vencer; pues aunque el Virrey era hombre naturalmente humano, estaban entre sus consejeros el que indujo a Monet a fusilar a dos oficiales patriotas, y el otro que atravesó con su espada bárbara y cobardemente al desgraciado, ya herido e indefenso, Mayor Gumer, en el campo de batalla de Ica, y otros de carácter no menos sanguinario; y es más que probable que habrían arrancado de él medidas violentas, con el pretexto de destruir el germen revolucionario y evitar futuras sublevaciones. Por éstas, y mil y mil razones más, todos conocían que la batalla tendría resultados de naturaleza especial y extraordinarios.

"El día 9 amaneció hermosísimo; al principio el aire era muy fresco y parecía influir en el ánimo de las tropas, pero así que el sol tendió sus rayos por encima de la montaña, los efectos de su fuerza vivificadora se vieron palpablemente: los soldados de uno y otro ejército se restregaban las manos, y visiblemente hacían conocer el placer que les causaba y el vigor que recibían.

"A las nueve de la mañana principió a descender de la montaña la división de Villalobos; el Virrey se puso a pie de su cabeza, y las filas siguieron bajando por el lado escabroso de Condorkanki, oblicuando un poco a su izquierda.

"La división de Monet, que formaba la derecha realista principió al mismo tiempo a desfilar directamente al llano. La caballería, llevando sus caballos del diestro, hizo igual movimiento, aunque con mayor dificultad, colocada a intervalos entre la infantería de cada división. A proporción que la tropa iba llegando al llano, formaba en columna; este momento fue de un interés sumo y parecía hasta suspensa la respiración y el movimiento de vida por la ansiedad que producían las dudas y la esperanza que a la par se ofrecían a la vista de todos.

"Durante esta operación, de efecto imponente, el General Sucre pasó a caballo por delante de sus tropas, y dirigiendo algunas enfáticas palabras a cada cuerpo, les recordó sus hechos gloriosos, y colocándose en seguida en un punto céntrico al frente de la línea, dijo: "De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur". Y señalando a las columnas enemigas que bajaban, les aseguró: "Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia." Este lacónico pero animado discurso del General en Jefe produjo un efecto eléctrico, y todos contestaron con vivas repetidos con el mayor entusiasmo.

"A este tiempo más de la mitad de las divisiones realistas

habían llegado y formado ya en el campo de batalla; entonces el General Sucre mandó atacar a la división de Córdova y dos regimientos de caballería. Este bizarro General se desmontó de su caballo, se colocó a unas quince varas al frente de sus división, formada en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro, y levantando su sombrero con la mano izquierda, dijo: "ADELANTE, PASO DE VENCEDORES". Estas palabras, pronunciadas con dignidad y vehemencia, las oyeron perfectamente las columnas, las cuales inspiradas por la valiente conducta de su Jefe, marcharon al ataque en el mejor orden imaginable. Los españoles se mantuvieron firmes y llenos de una visible confianza: el Virrey, Monet y Villalobos se veían a la cabeza de las divisiones presenciando y dirigiendo la formación de sus columnas a proporción que descendían al llano. Al fin los patriotas llegaron, cruzaron sus bayonetas con los enemigos, se mezclaron con ellos, y por tres o cuatro minutos lidiaron al arma blanca, y con tal furia de una y otra parte, que estaba aún indeciso quien ganaría, no la palma del valor, que ambos merecían, sino los favores de la fortuna y la victoria del día, cuando cargó la caballería colombiana, mandada por el Coronel Silva. Este valiente oficial cayó cubierto de heridas; pero la intrepidez de la embestida fue irresistible: los realistas perdieron terreno, fueron arrojados a las alturas de Candorkanki con gran mortandad, y el Virrey fue herido y hecho prisionero. Mientras los realistas iban trepando a las alturas, los patriotas, desde el pie de ellas, los cazaban a su salvo, y muchos de ellos se vieron rodar, hasta que algún matorral o barranco los detenía.

"El General Miller, que había seguido a la división de Córdova, viendo el triunfo completo que había obtenido, volvió inmediatamente a reunirse con el regimiento de HUSARES DE JUNIN, que afortunadamente, como luego se vió, había dejado de reserva.

Mientras tanto, la división de Valdés había principiado al amanecer un movimiento de cerca de una legua, bajando por las laderas del norte de la montaña, y se colocó sobre la izquierda de los patriotas, a tiro de fusil y separado por un barranco. En el momento importante del choque que acaba de describirse, rompió un fuego vivísimo con cuatro piezas de campaña y un batallón desplegado en guerrilla, con el cual obligó a retirarse a dos batallones peruanos de la división de La Mar. El batallón colombiano de VARGAS, enviado a sostener la división peruana, empezó también a ceder y dos batallones realistas atravesaron el barranco, y avansaron a paso redoblado en seguimiento de los patriotas que se retiraban.

"En aquel crítico momento, el General Miller resolvió por sí mismo cargar a los realistas vencedores con el regimiento de HUSARES DE JUNIN, y cuando iba ya ejecutando aquel movimiento oportuno y decisivo, recibió la orden del General Sucre para verificarlo, y con el cual obligó a los enemigos a replegarse del otro lado del barranco, y los siguió a aquel punto apoyado por los GRANADEROS A CABALLO y por la división La Mar, que había logrodo reunir nuevamente su General. El valiente Coronel Pla-

za fue el primero que con su batallón de la LEGION atravesó el barranco para apoyar la caballería. El Comandante Morán con su batallón de VARGAS ejecutó igual movimiento por la derecha de la caballería, y estos dos cuerpos y la caballería, apoyándose mutuamente y rivalizando en valor, atacaron con tal resolución que arrollaron a los enemigos, se apoderaron de ls artillería de Valdés, obligaron a retirarse a su caballería y dispersaron su infantería.

"Los realistas habían perdido ya la batalla, y huían a la montaña de donde habían bajado aquella mañana, con esperanzas de éxito tan diverso. Esta acción memorable no duró más de una hora.

"Mil cuatrocientos realistas quedaron muertos en el campo de batalla, setecientos heridos y quince piezas de artillería.

"La pérdida de parte de los patriotas ascendió a trescientos setenta muertos y setecientos nueve heridos.

La única pieza de artillería perteneciente a los patriotas produjo un efecto considerable en las cotumnas enemigas, y sirvió también para atraer sobre ella gran parte del fuego de la artillería de los realistas, que si se hubiese dirigido contra las columnas patriotas habría ocasionado mayores pérdidas.

"El plan de los realistas era esperar que Valdés hubiese flanqueado la izquierda de la posición de Sucre, y cuando hubiese obligado a pricipiar a replegarse a los patriotas, el Virrey debía avanzar y completar la vtctoria. El error del Virrey en haber atacado de aquella o cualquiera otra forma lo ocasionó la ansiedad de las tropas, que le arrrastaron a exponer, al azar de una acción general, el fruto que había alcanzado en la campaña; pero la paciencia de la tropa se había agotado ya con marchas tan penosas, y que les parecía no habían de tener fin. En Guamanguilla adoptaron un sistema de pasquines para manifestar sn disgusto, y las tiendas del Virrey, de Canterac y otros jefes amanecieron con varios cartelones ridiculizando su conducta; y por lo tanto puede muy bien asegurarse que se comprometieron a una acción general, contra su propia opinión.

"Al ocupar los realistas nuevamente las alturas de Condorcanqui, reunieron en aquel punto cuanta gente pudieron de sus dispersos; pero las divisiones de La Mar y Lara eran ya dueñas de la cumbre a la una de la tarde. Poco antes de ponerse el sol pidió el General Canterac una suspensión de armas para entrar en capitulación, y una hora después bajó personalmente a caballo a la tienda del General Sucre, donde acordaron una capitulación, por la cual quedaban prisioneros de guerra los Generales La Serna, Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferraz, Bedoya, Somocursio, Cacho, Atero, Landázuri, García—Camba, Pardo, Vigil y Tur; 16 Coroneles, 68 Tenientes Coroneles, 484 Oficiales y 3.200 soldados, cabos y sargentos; el resto se había dispersado."

"La batalla de Ayacucho fue la más brillante que se dió en la América del Sur; las tropas de ambas partes se hallaban en un estado de disciplina qne hubiese hecho honor a los mejores ejércitos europeos; los Generales y Jefes más hábiles de cada partido se hallaban presentes; ambos ejércitos ansiaban el combate, y todo el mundo, de uno y otro partido, se batió no sólo bizarra-

mente, sino a la desesperada. Lo que en número faltaba a los patriotas, lo suplía su entusiasmo y el íntimo convencimiento de que si eran batidos era imposible retirarse. Así, pues, no fue una victoria debida al azar, sino el resultado del arrojo, y un ataque irresistible concebido y ejecutado al propio tiempo.

"El General Sucre se expuso personalmente durante la acción en donde su presencia podía ser de utilidad con la mayor sangre fría, y su ejemplo produjo completo efecto. El General La Mar desplegó las mismas cualidades; y con enérgica elocuencia reunió algunos cuerpos que habían huído, y los condujo nuevamente al enemigo.

"El heroísmo del General Córdova mereció la admiración general, y todos vieron con satisfacción su ascenso a General de División en el campo mismo de batalla, a la edad de veinticinco años. El General Lara se distinguió por su celo e inteligencia, y el General Gamarra desplegó el tino que le caracteriza. El Coronel O'Connor, segundo Jefe de Estado Mayor; los Jefes de los cuerpos, y ciertamente los oficiales y la tropa, sin tal vez una excepción, se condujeron con un valor y un celo, como si el éxito de la batalla pendiera de sus esfuerzos individuales. Los Coroneles Carvajal y Silva; los Tenientes Coroneles Suárez, Blanco, Braun, Medina y Olavarría, que desplegaron tanto valor en Junín, nuevamente se distinguieron en Ayacucho. El Capitán D. Juan Alarcón, Edecán de Miller, se condujo perfectamente en esta ocasión, como lo había hecho en muchas otras. Este oficial era de descendencia indígena, pero muy bien educado, y muy modesto, benemérito e incansable para el trabajo.

"Tantos caballos habían perecido, o habían tenido que abandonarlos medio muertos en el camino, durante la retirada desde Lambrama, que 25 húsares del regimiento de Junín estaban montados en mulas de carga, para aparentar mayor fuerza. Cuando el regimiento cargó, recibieron orden de quedar a retaguardia, pero unánimemente contestaron: "No; venceremos o moriremos con nuestros compañeros" En efecto cargaron, y pronto cambiaron sus mulas por caballos tomados al enemigo.

"En el curso de esta carga conocieron los húsares el caballo que el General Miller perdió en Chuquibamba; cortaron al que lo llevaba, que era un ordenanza del General Valdés, y volvieron a su General su caballo favorito, el cual conservó después hasta su embarque en Buenos Aires.

"Los soldados de un escuadrón y todos los oficiales de un regimiento de caballería realista llevaban cascos de plata; y ellos se hicieron el objeto de la atención particular de los soldados patriotas durante la persecucución de los fugitivos. Algunos tuvieron la discreción de salvarse arrojando los cascos, los cuales, como las manzanas doradas de Hipomenes, contuvieron los pasos de sus perseguidores. Este cebo de plata fue tan irresistible a los soldados patriotas, como las pomas

lo fueron a Atalanta: en pocas horas todos los cascos cambiaron, si no de cabezas, de dueños, pues los que lograban atrapar algunos los rompían y se los guardaban.

"Cuando el General Miller volvía al campo de batalla de Ayacucho, después de perseguir a Valdés y su división, pasó por el lado de varios grupos de realistas prisioneros, y muchos de ellos le gritaron: "¿No nos conoce Usted, mi Mayor, mi Comandante, mi Coronel?", según el grado que tenía cuando habían servido a sus órdenes en las filas de los patriotas, antes de ser prisioneros y haberlos obligado a batirse por el partido opuesto.

"En un punto del campo de batalla estaban más de treinta granaderos realistas, y por la posición que tenían sus cadáveres se conecía que habían hecho una valerosa resistencia, y perecido casi al mismo tiempo en la formación que tenían a la cabeza de una columna. Cerca de aquel punto encontró el General Miller a su amigo Prieto, Teniente Coronel de la LEGION, que acababa de hallar y retirar el cadáver, yerto y desnudo, de su hermano, joven de figura interesantísima, y de sólo diez y nueve años de edad. El Teniente Coronel Prieto estaba profundamente afectado por la muerte de su hermano, pero manifestó que le consolaba algún tanto el saber que había muerto gloriosamente; porque, "Mire usted aquí," dijo señalando al corazón, por donde la bala fatal había entrado, "y mire usted esta otra," señalando a una profunda herida de bayoneta: "es preciso que mi pobre hermano haya estado mezclado con el enemigo, y ambas heridas están recibidas por el frente." Este joven natural de Guayaquil, era Teniente en el batallón colombiano de PICHINCHA. Percibiendo el General Miller ciertas indicaciones de disposición militar, unido al entusiasmo patriótico más ardiente, le invitó el año 1822 a aceptar una subtenencia en la Legión, de la cual su hermano mayor era ya Capitán y secundó con vehemencia la invitación; pero era tan entusiasta colombiano, que nada pudo conveneerle a llevar la cucarda del Perú, aunque comprometidos en la misma causa común.

"El General Miller continuó ocupado en varios encargos hasta muy tarde, y cerca de media noche fue a visitar al Virrey prisionero La Serna, que había sido colocado en una de las mejores de las miserables habitaciones de Quinua. Cnando Miller entró halló al Virrey sentado en un banco y recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro esparcía luz únicamente para que pudiese percibirse sus facciones, a las cuales, en parte, hacían sombra sus venerables canas, teñidas aún en algunas partes con sangre de la herida que había recibido. Su persona alta, y en todos tiempos noble, parecía en aquel momento aún más respetable e interesante. La actitud, la situación y la escena, todo reunido, era precisamente lo que un pintor histórico habría escojido para representar la dignidad de perdidas grandezas. Reflexionando

en las vicisitudes de la fortuna, puede fácilmente imaginarse con qué sentimientos se iría adelantando Miller hacia el hombre que pocas horas antes ejercía el poder real. El Virrey fue el primero que habló, y alargándole la mano, le dijo: "General, todos conocemos a usted perfectamente y siempre le hemos considerado como un amigo personal, sin embargo de las inquietudes que nos ha causado y del estado de alarma en que tantas veces nos ha tenido. A pesar de mis desgracias, tengo mucho gusto en ver a Usted." El Virrey le manifestó en seguida que habían puesto un centinela dentro de su mismo cuarto, según presumía, por equivocación, y que en la confusión y atropellamiento de aquel día no habían curado aún su herida. El General Miller mandó salir inmediatamente al centinela y envió por un Cirujano. Cuando le habían curado ya la herida, al ofrecerle Miller sus servicios, le dijo que con lo único con que podía brindarle era con un pocode té, que por casualidad tenía en su cantina, y único talvez que habría en el ejército. Debilitado por la pérdida de sangre, el Virrey pareció revivir a la sola mención de aquella bebida, y dijo: "Esa es, a la verdad, la única cosa que podría tomar ahora. Una sola taza me reanimaría y me preservará de empeorar y de un desvanecimiento." Cuando trajeron el té lo tomó con ansia, y le fue quizás más agradable este oportuno auxilio que ninguna otra atención o favor de cuantos recibió en su vida. El Virrey manifestó a Miller su reconocimiento del modo más expresivo, el cual tuvo un particular gusto en haber podido prestar aquel pequeño servicio a prisionero tan distinguido. Miller sabía desde mucho antes que el Virrey había dicho que en caso de hacerle prisionero le trataría como hermano, y le daría los medios necesarios para volver a su país, única condición que le impondría; pero condición que Miller no habría aceptado ciertamente, a menos de que no hubiese sido acompañada del permiso de volver a servir en el ejército peruano.

"La Serna principió su carrera en la artillería, y ya de Teniente Coronel sirvió a las órdenes del célebre Palafox, en Zaragosa, en 1809. La Serna fue creado por Fernando, Conde de los Andes, el mismo día de la batalla de Ayacucho; se ha retirado de la vida pública y reside en Jerez de la Frontera, pueblo de su naturaleza.

Después de despedirse del Virrey, Miller fue a visitar al General Sucre, donde halló al General Canterac y algunos oficiales españoles que le habían acompañado a Quinua para arreglar los términos de la capitulación. Entre ellos estaba el Teniente Coronel Bobadilla, de quien se ha hecho mención en la relación de la toma de Valdivia, y el cual es un hombre alegre sumamente entretenido y de facha muy militar. Todos ellos fueron a la choza de Miller a pasar el resto de la noche, y se fueron echando en el suelo en el cual no era fácil encontrar un paraje seco, pues el techo tenía varias goteras, sin embargo de ello, se quedaron inmediatamente dormidos, a ex-

cepción de Canterac y Miller, que hablaron algún tiempo sobre los acontecimientos variados de la última campaña. Canterac estaba en un estado de gran agitación, y frecuentemente repetía: "General Miller, General Miller, todo esto parece sueño! ¡Que extraña es la suerte de la guerra! ¿Quién habría dicho hace veinticuatro horas que sería yo huésped de usted? Pero no puede ya remediarse: la guerra se acabó y a decir a usted la verdad, estábamos todos cansados de ella."

"En la misma mañana del 10 vió el General Miller venir hacia su casa, en compañía del General Sucre, a un oficial español; éste, que era de pequeña estatura, delgado y un poco inclidado hacia adelante, traía un sombrero de ala ancha, de pelo de vicuña, una levita basta cenicienta, y unos botines altos de pelo. Cuando llegó más inmediato, sus penetrantes ojos chispeaban y animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero sumamente interesante, y antes que Sucre tuviese tiempo de presentarlo, corrió al frente algunos pasos y abrazó a Miller, diciéndole: "Conozco quien es usted. Yo soy Valdés: usted y yo debemos ser amigos." Entonces, volviéndose a Sucre, añadió: "Este señor Miller, nos ha tenido muchas veces sobre las armas, sin dejarnos descansar, y andando arriba y abajo. Dicen que yo soy activo, pero él parecía brujo, tan pronto aquí, como allá y en todas partes, sin que nunca pudiésemos conocer sus intenciones, saber su número o qué hacía, hasta que nos había pegado algún chasco."

"De las importantes consecuencias de la batalla de Ayacucho, pudiera imaginarse que si la victoria se hubiese decidido por los españoles, su triunfo habría sido tan completo como el de los patriotas; pero tal suposición fuera absolutamente absurda. El ejército libertador podría haber sido destruído, y todos los Jefes que lo mandaban perecer; pero, aun en tal caso, aunque los españoles habrían arrollado por algún tiempo cuanto se les hubiese puesto por delante, al fin habrían tenido que sucumbir. Con efecto, los realistas tenían muy pocas probabilidades de recibir auxilios de España, y los repitidos y continuos esfuerzos de otros Jefes y de otros ejércitos patriotas, que sucesiva o simultáneamente se habrían formado, los habrían hostilizado perpetuamente y los habrían consumido; por lo tanto, aunque el país se hubiese reducido a escombros y la miseria se hubiese hecho sentir hasta en los puntos más remotos, la Causa de la Independencia habría triunfado infaliblemente.

"Los últimos esfuerzos de Olañeta en el Sur, y la bizarra defensa del Callao, por Rodil, fueron únicamente pruebas adicionales de la extraordinaria perseverancia con que los españoles mantuvieron y lo forzadamente que al fin abandonaron sus conquistas en LA TIERRA DEL SOL en otro tiempo MAGNIFICO IMPERIO DE LOS INCAS.»

El General español don Andrés García Camba describe la batalla de Ayacucho en los términos que siguen:

"El día nueve de Diciembre amanecieron los dos ejércitos en las mismas posiciones y formación del día anterior, y se saludaron con algunos cañonazos. La pequeña llanura que desde el pie del elevado Condorcanqui se extiende hacia el pueblo de Quinua tendrá de ancho sobre cuatrocientas toesas y algo más de seiscientas de largo de Sur a Norte. Este campo, a que los indígenas llaman Ayacucho, se eleva en suave pendiente por su extremo occidental, forma una loma de fácil acceso por toda su longitud, que desciende en mayor inclinación por el lado de Quinua, está cortado por los flancos por escabrosísimas quebradas, la del Sur absolutamente infranqueable, y le atraviesa otro barranco en su mayor extensión de Norte a Sur. Sobre la mencionada loma tenían los independientes su línea en esta orden: a la derecha la división colombiana del General Córdova, compuesta de los batallones Bogota, Voltigeros, Pichincha y Caracas; a la izquierda, los batallones del Perú, números 1º, 2º y 3º y los dos de la Legion Peruana con los Husares de Junin al mando del General La Mar; y en el centro los batallones también Colombianos Rifles, Vencedor y Vargas a las órdenes del General Lara, y un poco más a retaguardia los regimientos de húsares y granaderos a caballo de Colombia con el General Miller: la pieza de artillería se hallaba colocada entre la división Córdova y la división Lara.

"La situación de los enemigos era verdaderamente crítica por su inferior movilidad, por los embarazos que ofrecía un terreno tan quebrado y la opinión de algunos pueblos de la provincia de Huamanga y Huancavelica, que en aquellos momentos les era contraria, y vendria a ser muy temible si llegaban a ser desgraciados, teniendo además tan inmediato al ejército real, se hallaban inposibilitados para continuar la retirada sin correr con toda probabilidad los riesgos de una disolución y tampoco podían permanecer inactivos, porque no contaban más que con unas setenta reses vacunas para su manutención. Era, pues, para ellos una necesidad bien entendida el preferir los azares de una batalla y la posición pue ocupaban favorecía calculadamente el intento de aceptarla. Mas si el Virrey hubiese podido contar con recursos para mantenerse a la expectativa en la falda de Condorcanqui, y todavía mejor en Huamanguilla, los independientes se hubieran visto obligados a correr las contingencias de una retirada casi imposible en sus circunstancias o a rendir las armas en su posición; pero desgraciadamente el ejército real no tenía raciones para hombres ni para caballos en el punto en que se había colocado en la confianza de un pronto triunfo, que era el sentimiento más general entra todos sus individuos.

"Sin embargo, ásunto fue de discusión en algunos círculos del campo realista si habría o no conveniencia en atacar,

vista la imposibilidad absoluta de hacer rodar la artillería y la de que la caballería acabase de descender la escabrosa pendiente del Condorcanqui de otro modo que a la desfilada y con los caballos tirados de la brida para por este medio lentísimo ir a formar bajo los tiros del enemigo, se puede decir, porque natural era suponer que procurase impedir la tranquila reunión de las armas de sus adversarios, a fin de que no pudiesen auxiliarse mutuamente. Mas si prudencia había en este modo de pensar muy respetable, también es cierto que el mayor número llevado más de su ardor personal que de otras consideraciones atendibles y aun de principios, que rara vez se vulneran impunemente, se mostraba decidido por el ataque. ¡Cuánta influencia habrá ejercido en el ánimo de los superiores esa manifestación no disimulada! Suele ofrecer lances la guerra en los cuales no habría con que recompensar debidamente el oportuno estoicismo de un acreditado General en Jefe.

"Serían las nueve de la mañana del 9 de Diciembre cuando los Generales y Brigadieres españoles fueron llamados al punto en que campaba el cuartel general, NO PARA DELIBERAR ACERCA DE LA CONVENIENCIA Y MODO DE DAR LA BATALLA, como erróneamente sienta el autor de la HISTORIA DE LA REVOLUCION HISPANO—AMERICANA, sino para oir de boca del General Canterac, segundo en Jefe del ejército y Jefe del E. M. G., las disposiciones correspondientes al ataque que se había de ejecutar, previniendo a dichos Jefes conforme iban llegando la parte de ejecución a cada uno designada. Según estas prevenciones, el General Valdés, con los cuatro batallones de la vanguardia, los dos escuadrones de húsares de Fernando VII y cuatro piezas de artillería, debía romper el movimiento ofensivo por la derecha, comenzando por desalojar nn destacamento enemigo de una pequeña casa que promediaba el campo para en seguida forzar el flanco izquierdo de los independientes; por el Centro, el General Monet, con sus cinco batallones, había de descender al llano, acercarse al borde oriental del barranco que dividía el campo de Ayacucho en la mayor parte de su longitnd y formar allí sus masas para segundar decididamente la ofensiva, así que la división Valdés se hubiese empeñado con ventaja; por la izquierda la división Villalobos, también de cinco batallones, fue distribuída en esta forma: el primer batallón del primer regimiento, mandado por el arrojadísimo Coronel D. Joaquín Rubín de Celis, debía adelantarse por la ceja de la impracticable quebrada del Sur para proteger la operación de descargar de las mulas siete piezas de artillería, montarlas y armarlas, y atacar resueltamente el flanco derecho de los contrarios cuando la derecha realista se hubiese bien empeñado; el batallón de Fernando VII, muy bajo de fuerza, debía permanecer de reserva en la cuesta, apoyado de un parapeto natural que ofrecía una de las muchas cortaduras del terreno;

al pie de la misma cuesta debían de formar los dos batallones de Gerona como primera reserva; viniendo por consiguiente el segundo batallón del Imperial Alejandro a ser el único de la división Villalobos que por de pronto entraba en la línea. Determinada así la distribución y colocación de la infantería de derecha a izquierda, la caballería debía de descender al llano y formar a su retaguardia por brigadas, la primera en frente del intervalo de la primera a la segunda división y la segunda algo más a la izquierda, descendiendo ésta por una senda de a pie que desde la cumbre de la cordillera conducía por recodos al llano de Ayacucho.

"Entre los Generales y Brigadieres convocados al Cuartel General había algunos dispuestos a exponer con franqueza y razonadamente los inconvenientes que se les ofrecía para emprender un ataque decidido desde la posición que ocupaba el ejército real, siempre que sobre este punto se les pidiese su parecer; más luego que vieron que no era otro el objeto de su llamamiento que el de oir de boca del General Canterac las disposiciones para el ataque, con el enemigo al frente, atendió cada uno en silencio a la parte que le correspondía. Sin embargo, el Brigadier Camba todavía preguntó al General: "¿Permite el terreno de aquí al llano que puedan bajar de frente dos caballos siquiera, aunque tirados de las bridas por sus jinetes?" Canterac contestó afirmativamente, y los Jefes de caballería se retiraron a sus puestos para cumplir como los demás cada uno con la parte que se le había señalado. Diéronse, pues, a los Generales y Brigadieres del ejército real instrucciones y órdenes terminantes que habían de ser seguidamente ejecutadas, no se les preguntó su opinión sobre las disposiciones del combate, ni por lo tanto con su acuerdo se formó el plan de ataque de Ayacucho, como mal informado afirma el citado Historiador.

"Como a las diez o poco más de la mañana el ejército del Virrey rompió su movimiento con contento y esperanza, que así suelen ser los propósitos del hombre. El General Villalobos bajó con el primer batallón del primer regimiento hasta colocarlo en el punto señalado, donde debía esperar a que las tropas descendieran a la indicada planicie y que las siete piezas de artillería, destinadas al ala izquierda, fuesen descargadas de las mulas, montadas y armadas para secundar el ataque cuando la derecha se hubiese decididamente empeñado. El escuadrón de San Carlos, que mandaba D. Manuel de la Canal, recibió orden de seguir el primer movimiento y de acelerar el desfile, para poder sostener las guerrillas del centro a la izquierda, encargo que cumplió a costa de la mayor parte de sus individuos. Poco después de haber alcanzado la infantería realista sus designados puestos de preparación, rompió el General Valdés el ataque desalojando el batallón del Centro, que mandaba D.

Felipe Ribero, y poniendo en fuga las compañías enemigas que ocupaban la casa que promediaba al campo por aquella parte. El Coronel Rubín de Celis, al oir estos primeros tiros, manifestó tener órdenes especiales para lanzarse a la carrera sobre el flanco derecho de los enemigos; observóle Villalobos, que todavía no era tiempo: volvió aquel Jefe a referirse a las órdenes que directamente había recibido, añadiendo que se descargaba de la responsabilidad que le imponían si no se le permitía ejecutarlas: dejóle entonces obrar el General por respeto al nombre de Canterac, que invocaba; vínose al punto que ocupaba el segundo batallón del Imperial Alejandro, y Rubín de Celis, con un denuedo tan asombroso como inoportuno, se arrojó solo y del modo más temerario al ataque. Las guerrillas inmediatas siguieron ese ejemplo de extempóranea bizarría, y el enemigo, hasta entonces admirablemente inmóvil, se vió obligado a emplear la división Córdova, que cargó en columnas con firmeza y resolución a los atacantes, los cuales, aunque combatieron con extraordinaria bravura, abrumados por el número fueron completamente deshechos, quedando entre los muertos los dos jefes del batallón, cuyo resultado, tan rápido como terrible e inesperado, produjo grandísima sensación en el ejército real. El General Sucre era harto entendido para no conocer la importancia de esta ventaja y para dejar de aprovechar la ocasión que le ofrecía la imperdonable temeridad de unos y el feliz resultado de la embestida de la división de Córdova: previno a ésta la continuación del ataque sobre nuestra izquierda débil y conmovida, y empleó parte de su caballería en auxiliar a la división Córdova, cargando y arrollando nuestras guerrillas, que el valiente escuadrón de San Carlos sostuvo hasta quedar casi todo en el campo de batalla.

"Tan desastroso principio fue causa de que las siete piezas de artillería, que debían ofrecer un poderoso apoyo a los rechazados y al resto de la línea realista, no acabasen de prepararse, y los enemigos avanzaron sobre ellas con decisión: el segundo batallón del Imperial Alejandro solo no era bastante a resistir, a pesar del celo con lo que animaban el General Villalobos y su Comandante don Juan Moraya. Entonces el General Canterac creyó conveniente mandar a la división de Monet, que estaba intacta, que atravesara el barranco de su frente, y condujo personalmente a la izquiedra de la línea los dos batallones de Gerona, que formaban la reserva de mayor importancia, logrando de este modo restablecer un tanto el combate, aunque por poco tiempo. Mas al observar el General Sucre el precipitado avance de la división Monet, que venía a colocarla a menos de medio tiro de fusil de su posición, dispuso que el resto de la caballería de Colombia y dos batallones de la división Lara la cargasen a todo trance antes de que acabara de pasar el barranco y a tiempo que la división Cór-

dova llevaba por la izquieda lo mejor de la pelea. El choque con la división Monet, aunque no había llegado a formar en la orilla occidental del mencionado barranco, más que la primera brigada que mandaba D. Juan Antonio Pardo, fue horriblemente sangriento por ambas partes, recibiendo de la nuestra un leve balazo el mismo General y quedando muertos tres Jefes de cuerpo; pero arrollada esta brigada, la segunda no pudo acabar de cruzar el barranco sin desordenarse.

"Cuando acaecía tan angustioso compromiso no habían podido llegar a formar en el llano, cruzados ya de todos los fuegos contrarios, más que dos escuadrones de la segunda brigada y uno de la primera perteneciente al regimiento de granaderos de la Guardia, a cuya cabeza se hallaba su bravo Teniente Coronel D. Domingo Vidart, porque los conocedores de esta arma calcularán bien lo que sería un desfile de a uno, con los caballos de mano, por terreno escabrosísimo y muy pendiente y con las circunstancias desventajosas que pasaban a la inmediación ya de donde debían formar. Ansiosos el General Canterac y el Virrey de paralizar el brusco ataque de los enemigos, los tres escuadrones formados recibieron orden de cargar desde sus respectivos puestos, lo que animados por todos sus Jefes ejecutaron con la mayor prontitud y orden, y los lanceros de Colombia los esperaron a pie firme enristradas sus enormes lanzas. Esta novedad, por segunda vez presentada, y sin que hubiese mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo a nuestros soldados delante de sus engreídos adversarios y en medio del fuego de de sus infantes y de nuestros dispersos; allí comenzó sin embargo un combate encarnizado aunque desigual, que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles, imposibilitando del todo la continuación del descenso de esta caballería. Al brigadier Camba, en el momento en que dirigía la carga del escuadrón reunido y formado de la brigada que mandaba, le mataron el caballo que montaba, quedando al caer cogido de una pierna debajo del animal. Poco después de desembarazado de tan aflictiva situación, le tomó en ancas del suyo el Teniente Coronel D. Antonio García Oña, segundo ayudante de E. M., y le sacó en medio de aquel espantoso cuadro a tiempo precisamente que el centro e izquierda de la línea estaban totalmente batidos y las siete piezas de artillería en poder de los dichosos vencedores, sin que bastasen a contener y reunir los aterrados dispersos ni las ventajas que tan inmediatamente ofrecía la falda del escabroso cerro de Condorcanqui, ni la actividad celosa que empleaban al efecto los Generales y Jefes y la mayor parte de sus distinguidos oficiales.

"En este momento de apuro y consternación, imposibles de describir, el ilustre Virrey, esperanzado todavía de lograr contener tamaño desorden y restablecer el combate, se lan-

zó denodado contra las tropas batidas; pero no consiguieron más sus nobles esfuerzos que verse también arrollado, recibir seis heridas de balas y arma blanca, ser derribado de su caballo y quedar por último prisionero de su enemigo, cuya desgracia, así que se divulgó, acabó de desalentar a las tropas del Rey, compuestas en su totalidad de indígenas y muchos prisioneros pasados del enemigo, tan funestamente preocupados en la desgracia, como valerosos e incansables en la fortuna. El escaso batallón de Fernando VII, que había quedado parapetado en la falda de la cordillera sobre el campo de Ayacucho, rompió el fuego desde su posición, signo del más cruel y triste agüero para el General Valdés, que por lo inclinado del punto de su ataque no podía ver bien lo que pasaba en el resto de la línea, a tiempo precisamente que adelantaba con conocida ventaja sobre las tropas de La Mar. Pero cargada su división con nuevas fuerzas ya victoriosas, no obstante su acreditada serenidad y la valentía con que a pesar del mal terreno se condujeron a su voz los húsares de Fernando VII, todo cedió al destino adverso, y como a la una de la tarde el resto del ejército real que no había sido muerto, herido o prisionero huía en todas direcciones; habiéndose perdido la batalla sin que nuestras siete piezas de artillería llegasen a hacer más que algunos muy pocos disparos, y sin que una brillante caballería superior en número a la independiente pudiese formar más que cuatro escuadrones en el llano que se le había designado; y a juzgar por el comportamiento de esos escuadrones, sensible y doloroso es ciertamente calcular el impulso que hubiera dado a la acción esta arma, si toda comvenientemente dirigida hubiese llegado a ser simultáneamente empleada".

"Atacada vigorosamente y por fuerzas muy superiores, como se ha indicado, la división del bizarro General Valdés, todos sus esfuerzos y los de los acreditados jefes y oficiales que asegundaban su ejemplo, no pudieron conseguir que su tropa resistiera por más tiempo, ni se replegara en orden a la próxima falda de la cordillera. Aterrorizados los soldados de una manera inexplicable, por un desenlace inesperado y del cual estaban muy distantes sus creencias, sólo atendían a dispersarse por entre las breñas, arrojando muchos las armas, las fornituras, las casacas y los morriones para tomar con mayor desembarazo la dirección que más cuadraba al intento de restituirse unos a sus casas y de volver otros a las filas enemigas a que antes habían pertenecido. La deserción del servicio militar era genial a los indígenas del Perú, de quienes se componía el ejército real, y estos mismos habrían sido implacables e infatigables perseguidores de sus contrarios, si la fortuna los hubiese favorecido: los individuos europeos de todas clases que contaba el ejército en Ayacucho pasarían pocos de quinientos. Hasta el batallón de Cantabria, que el día tres en Corpahuaico había cargado y hecho correr al batallón colombiano Rifles, uno de los de mayor confianza

de Sucre, se entregó como los demás a la fuga, sin que nada le pudiera detener."

"El General Valdés, extremadamente afectado a la vista de tal desastre, buscaba como de intento la muerte y hasta llegó a sentarse sobre una piedra para que los vencedores le acabaran: más el valiento Coronel D. Diego Pacheco y otros oficiales le obligaron a abandonar tan temerario empeño y a continuar retirándose hacia la cumbre de la cordillera, que era la dirección que llevaban muchos dispersos, especialmente de la caballería que no había llegado a bajar al llano, y a los que trabajaban por reunir los jefes superiores de esta arma con los Generales Canterac, Monet, Villalobos, Carratalá y otros, cuando el General Valdés se incorporó. Los enemigos, poco andadores y fatigados de la pelea, no continuaron con mucha actividad ni por mucho tiempo la persecución, a que se agregaba la escabrosidad del terreno y las varias direcciones que habían tomado y llevaban los dispersos. En falta del Virrey, que se hallaba prisionero, el mando superior recaía naturalmente en el General Canterac; quien, en consecuencia, reunió a todos los Generales y Jefes que allí se hallaban y les manifestó que en su concepto el Perú estaba perdido, pues que era preciso considerar a Olañeta por tan enemigo como los que acababan de triunfar, y que si los demás participaban de su opinión parecía prudente adoptar un medio con los independientes que evitase nuevos e inútiles desastres; y claro era que el arbitrio que se indicaba en el supuesto dado envolvía el pensamiento de una capitulación. El Brigadier Camba se adelantó a responder que el Perú estaba perdido si Olañeta no lo salvaba: que para ayudarle, si no era traidor, interesaba mucho procurar reunir todos los dispersos que se pudiera, y continuar sin demora la marcha para ganar por el Este de la misma cordillera el camino del Cuzco, cosa que los enemigos no podían impedir ya, pues cerca de Chincheros debían hallarse el Comandante Miranda y Cabezón con más de quinientos hombres: el Coronel Pacheco dijo en seguida estas solas palabras: SEÑORES YO NO ME RINDO A NADIE; y el General Valdés terminó la sesión con estas otras PUES VAMOS A MARCHAR, y así se ejecutó, contando entonces reunidos como 300 caballos y sobre 200 infantes, aunque otros muchos iban por delante en igual dirección."

"Adoptado este pensamiento y puesto en ejecución a la caída de la tarde, ocupando ya lo más elevado de la cordillera y comisionados oficiales al efecto de reunir y dirigir los dispersos que iban saliendo por todas partes a la cumbre, no tardó mucho en volver uno a dar parte a los Generales de que los soldados se negaban absolutamente a obedecer, que se habían apoderado de algunas cargas y que acababan de dar muerte al Capitán Salas, porque intentó refrenar su inconcebible insubordinación. Absortos todos del relato que acababan de oir, se presentó el Brigadier Somo-

cursio confirmando la misma especie, pues que algunos infantes habían llegado a echarse los fusiles a la cara para dispararle, porque los obligaba a reunirse, y que acaso debía su existencia a la circunstancia de poderles hablar en su idioma, como hijo del país, y a la de haberles prometido dejarlos en plena libertad. Imposible sería pintar la sensación que tan tristes relatos causaron en el ánimo de todos los desgraciados circunstantes: un asesinato vil era ya el término probable del españolismo más puro: momento de terrible e inexplicable angustia, del cual podrán sólo formarse una idea los hombres reflexivos, pundonorosos y sensibles. La confusión y la incertidumbre estaban retratadas en el semblante de todos, y ninguno acertaba a proponer el arbitrio que convendría adoptar en tamañas circunstancias, cuando al ponerse el sol de aquel funesto día se anunció por retaguardia un Oficial parlamentario, a quien seguía el General La Mar, que pretendía hablar al General Canterac, como lo verificó, asegurando que el General Sucre estaba dispuesto a conceder a los vencidos una capitulación tan amplia como sus altas facultades permitiesen, a fin de que cesaran del todo las desgracias en el Perú."

"Comunicada esta proposición a los demás Generales y Jefes, observó el General Valdés que para haber de resolver, aun en situación tan apurada, era de todo punto importante conocer los términos a que se extendería la oferta del vencedor. Entonces se ofreció Canterac a ir en persona a esclarecer este extremo, en cuya misión y por indicación del mismo Valdés, le acompañó D. José Carratalá, quienes unidos al General La Mar marcharon al campo enemigo, mientras los demás Jefes españoles, con la poquísima tropa que les obedecía, camparon en la cumbre de los Andes, donde el frío, la lluvia, la escasez de leña y la falta de alimento vinieron a aumentar por la noche los padecimientos de tan adverso día. El Coronel D. Diego Pacheco, consiguiente con su resuelta manifestación, no detuvo su marcha, atravesó aquellos peligrosos páramos, alcanzó el camino real del Cuzco, tomó la posta que corrió deligentemente hasta la ciudad de Puno, recogió aquí su equipage y se dirigió a la caleta de Quilca, donde al comenzar el año de 1825 se embarcó para la Península.

"Los Generales Canterac y Carratalá, después de conferenciar con el General Sucre, extendieron las bases preliminares de una transacción y las remitieron seguidamente a sus compañeros campados en el alto de la cordillera. Recibidas en este punto y reunidos todos los jefes y varios oficiales de los que allí había se conformaron con las proposiciones, haciendo en sus cláusulas las alteraciones y modificaciones que estimaron convenientes; y acordaron, además, que al otro día, 10 de Diciembre, temprano, pasasen al campo de Sucre, situado en el Pueblo de Quinua, D. Jerónimo Valdés, y D. Andrés García—Camba, como se verificó, con el objeto de acelerar

la definitiva resolución de la negociación incoada, y por si no llegaba a tener efecto no perder inútilmente más tiempo en tan mortal inacción. Sucre ostentó ante los nuevos comisionados mucha franqueza y generosidad: aceptó lisa y llanamente las bases preliminares presentadas con solas tres restricciones que puso de su puño en el mismo borrador escrito por D. José Carratalá, se obligó a su leal cumplimiento bajo su palabra de honor, puesto que no podía diferir por más tiempo su traslación a Huamanga, donde ofreció garantía con su firma y crédito cuanto acababa de ofrecer. En este concepto bajaron también a Quinua los jefes, oficiales y tropa española que permanecían en la cordillera y todos se dirigieron el día 11 del propio mes a Huamanga, a donde había sido ya conducido el Virrey La Serna, herido y prisionero."

"También el Caudillo enemigo dió con fecha 11 de Diciembre parte a Bolívar de la batalla que acababa de ganar. En este documento confiesa Sucre haber tenido su ejército 309 muertos y 670 heridos, que suman 979 hombres fuera de combate y, prescindiendo del interés con que podía exagerar la pérdida de los realistas y disminuir la suya, basta su confesión para probar ante el buen criterio que, a pesar de la mala estrella de los españoles en esta ocasión, no cedieron el campo sin honrosa resistencia, mientras la moral del soldado no experimentó la más sensible perturbación, tampoco sin ejemplar, aun en ejércitos mejor constituídos."

CAPITULO VIII

Relacion de la batalla de Ayacucho por el General Don Manuel Antonio Lopez Borrero.

La mañana del 9 de Diciembre de 1824.—El terreno para la batalla.—Disposición, Jefes y número de las fuerzas independientes.—Idem de las fuerzas realistas.—Entrevista de Oficiales de uno y otrobando.—Conferencia entre Córdova y Monet.-El almuerzo.-Dos Oficiales taciturnos.-La madre y el niño de Matará.—Uniformes y aspecto de los dos ejércitos.—Arengas del General Sucre.—Su noble aspecto.—Rómpese el fuego.—Situación en ese momento de tiradores o guerrillas y de cuerpos.—La Mar pide un cuerpo de refuerzo.—Va el Vencedor.—Muerte de Sevilla y Prieto.—La izquierda y centro realistas empiezan a descender.—Sucre hace malograr el plan de La Serna.—La inimitable arenga del General Córdova.—Avance de la división de este denonado Jefe.—Empéñase la batalla general.—Hazaña y heridas del Coronel Laurencio Silva.—Carga del Bogotá, Voltigeros y Pichincha a la bayoneta.—Muerte de varios Jefes españoles.—Cunde el desaliento en el campo español.—El Sargento Pontón; la batería del centro realista es capturada.—Arduo compromiso del batallón Caracas.—Denodados esfuerzos del Virrey La Serna.—Su última jugada.—El batallón Bogotá toma la batería del Virrey.—Ascención de la división Córdova.—Pánico general del ejército español.—Captura del Virrey.—Pontón y Cuervo le salvan la vida.—La batalla por la izquierda de Sucre.—Los movimientos de Valdés.—Avance de la división La Mar, reforzada por Sucre.—Desgránase la división Valdés.—Complétase el triunfo.—Canterac baja a proponer capitulación.—Sucre generosamente la concede.—Escena en la iglesia de Quinua.—El campo después de la batalla.—Cifras de muertos y heridos.—Ayacucho y Waterloo.-Trofeos y frutos de Ayacucho.

"Al describir lo que sin exageración puedo llamar el día más grande y famoso de América, acto definitivo de divorcio político entre el viejo y el nuevo mundo, y sello de nuestros

derechos como miembros activos y responsables de la familia humana, espero que se perdone a un viejo soldado si entra en pormenores que respecto de otros sucesos nada importarían. Bendigo fervorosamente a Dios, que me permitió poder decir YO LO VI, ALLI ESTUVE, aunque poco menos que el último entre los que disputaron del lado de la justicia ese campo tan estrecho en tierra, pero ilimitado en trascendencia histórica. Ciertamente no trocaría por tesoro ninguno esta satisfacción, que en vez de amortiguarse, ha ido avivándose de año en año en los cincuenta y cuatro que de entonces acá han transcurrido; y diera con placer los pocos que todavía me restan, si al evocar tan sagrado recuerdo, tuviese yo el poder de infundir en las presentes generaciones americanas la grandeza y fraternal unidad de sentimientos que nos inflamaban aquel día, y si se me concediese bajar al sepulcro arrullado con aquellas sublimes esperanzas y aquella absoluta fe en Dios y en nosotros mismos, que al frente de un enemigo casi doble en fuerzas apartó de nuestra mente, desde el General en Jefe hasta el último soldado, toda sombra de duda, todo presentimiento de temor, como si el Cielo nos hubiese de antemano garantizado la victoria. Ah! si para enlazar y templar nuestros corazones, desde Chile hasta Méjico, fuese necesario otro Ayacucho, allí quisiera yo morir; y este recuerdo daría entusiasmo y fuerzas al septuagenario para ir espada en mano a buscar entre las filas del enemigo una tumba gloriosa!

"Perc- -borremos medio siglo, volvamos con el alma a Ayacucho y sintamos otra vez todo lo que estamos viendo. Como yo no soy Julio César, ni tengo tanto en que ocuparme como él, no sabré referir grandes cosas en cuatro plumadas, ni eso me satisfaría. Mi tesoro es Ayacucho, y me deleito en contarlo cuarto por cuarto; y si esto fastidia a algún lector, vuelva la hoja o las diez hojas en que voy a dejar cuanto guardaba en la memoria,"

"En la juventud, con el cuerpo y el corazón sanos y dispuestos para todo, la juventud es por sí sola una fiesta perpetua: pero si a su natural efervescencia de vida y contento, se añade la grata camaradería de la vida militar, el constante cambio de escena de una campaña activa, y el estímulo de una causa magna y generosa: entonces la elasticidad del espíritu juvenil no tiene límites, y vale cada uno de aquellos días más que la juventud entera de un sedentario poco menos que asfixiado física y moralmente por su inmovilidad. Pero el día especial de fiesta para un soldado es el de la batalla, por que los de marcha suelen cansar el cuerpo, y la maquinal rutina del campamento no dice nada al alma, mientras que la batalla, como un festín franqueado al valor y a la noble ambición, abre campo a cada hombre para mostrar cuanto hay en él y ser aplaudido y premiado a su propia medida; y es una novedad, un grande espectáculo en que cada cual va a ser actor y a saber qué son y qué tal lo hacen los demás."

"Henchidos de estos sentimientos despertamos el nueve de Diciembre en la sabaneta de Ayacucho, pero todo contribuía en

nuestras circunstancias a exaltarnos lo extraordinariamente. Los soldados de Carabobo, en que una sola división lo hizo todo y no dejó a las demás otra tarea que la de recoger prisioneros y perseguir fugitivos; los del Pantano de Vargas y Junín, donde ni ya vencidos, dejaron de salir vencedores; los de Bomboná, donde no matando, sino muriendo, aterraron al casi ileso enemigo; los de Corpahuaico, donde seis días antes, asombrado Canterac, al ver a VARGAS y VENCEDOR, burlándose del General Valdés, retirándose a paso regular, arma descargada y a discreción, mientras el RIFLES los protegía resistiendo y rechazando él solo la división entera de dicho General que los había cortado, bajó de la loma a señalárselos a su censor, exclamando: GENERAL VALDES, ¿SON SOLDADOS ESOS, O NO SON? ESOS FUERON LOS QUE ME DERROTARON EN JUNIN!; aquellos heróes, en fin, tenían derecho a creerse invencibles, y esperaban que no concluyera ese día, sin apellidarse cada uno libertador del Perú y de toda la América."

"Por otra parte, llevábamos ochenta leguas de marcha en retirada, y el corazón parecía decirnos, como el héroe del romancero, MI DESCANSO ES PELEAR; mil doscientas bajas sumaban nuestros estados en los últimos quince días, y cualquiera preferia morir lidiando, antes que despeñado en los precipicios, ahogado en los torrentes, helado en los páramos o de fiebre en los hospitales; alzados además los indios del territorio desde que supieron el contratiempo de Corpahuaico, nos tenían irritados acechándonos y asesinando a cuantos sorprendían lejos de sus filas. Añádase a esto, que habiéndose quedado la infantería sin combatir en Junín, cada infante ardía anheloso de su parte de función, donde probar que su bayoneta no era menos eficaz que la lanza de aquellos formidables jinetes; y como desde Chile hasta Centro América allí estaban más o menos representadas casi todas las secciones del Continente, y rodaban de boca en boca los nombres de Boyacá, Maipú, San Mateo, Carabobo, Chacabuco, Pichincha y Junín, como bota—fuegos de emulación caballeresca para el certamen general que nos aguardaba, aspiraba cada cual a dejar orgullosos de llamarse hermanos suyos a sus recien conocidos camaradas. Hasta los aficionados a agüeros ya veían el de nuestra victoria en el brillante tiro de cañón de la víspera, y aun en el nombre del cerro de Cundurcunca, CUELLO DE CONDOR, que aseguraban había de erguirla allí, como rey de su tierra, sobre sus insolentes disponedores advenedizos."

"Y sobre todo, el gran Bolívar nos había enseñado a embestir sin contar, él nos mandaba vencer, y bajo la dirección de su Teniente, el Bayardo americano, la voluntad del Padre de Colombia tenía que cumplirse. Escusado es mensionar un estímulo más, que aun los últimos de nuestros soldados postergarían a cualquiera de los otros: el General Sucre anunció en Quinua el día 7, que en la Comisaría restaban cuarenta mil pesos, y que serían dados al cuerpo que más se distinguiese en la batalla. Luego veremos cómo los adjudicó el sabio Jefe equitativamente, y haciendo del oro vil un timbre de gloria para su ejército."

"Para que hasta el tiempo conspirara a nuestro entusiasmo, el cielo de las cordilleras, que felizmente nos fue sereno desde el Apurímac en toda la retirada, el nueve de Diciembre desplegó entero su lujo de transparencia y esplendor. Era una de esas mañanas frías pero tónicas en que el aire es éter puro, que acorta las distancia y eleva y sumerge la tierra en el flotante azul del firmamento; cuando uno se siente como con alas, y todo se muestra tan bello que hasta la guerra pierde su horror y la muerte su melancolía. El drama que iba a representarse parecía preparado por la mano maestra de Dios, solemne y religioso en su designio, fascinador en su espanto y vivificante en sus mismos estragos; y todos nos sentíamos allí como de órden divina, y que nada de lo que iba a pasar sería casual ni insignificante. Jugábase nada menos que un mundo."

"Alzado ya el sol a nuestro frente por sobre la magestuosa cima del Cundurcunca, el escenario nadaba de luz y tenía aire de retocado para la fiesta. Estábamos viendo, palpando con los ojos, aquel hermoso cerro, algo menos elevado que el Monserrate que domina a la capital de Colombia; también menos descarnado, y más cubierto de la vejetación achaparrada y pajiza de las cumbres andidas; más alto a nuestra izquierda que a la derecha, y suave en su centro, desde la cumbre hasta la falda, entre un escarpe áspero que lo corta a la derecha y arbustos que lo estrechan a la izquierda en la parte superior. En la falda aparecían, a la izqaierda, por ciento o ciento cincuenta varas de arriba abajo, unas ondulaciones o arrugas horizontales, y muchos altillos en forma de túmulos, situados desordenamente, terreno embarazoso para caballería, y quedaba a la derecha un espacio igual y continuo como de trescientas varas de ancho, entre las cabeceras de un arroyuelo y el escarpe mencionado, por donde nuestros jinetes podrían trepar sin inconveniente al campo enemigo. La sabaneta que se extiende al pie tendrá a nivel mil varas de longitud en el sentido de la falda, y unas quinientas de Este a Oeste. Córtala a la izquierda en toda su extensión la impenetrable cañada o quiebra de unas cien varas de profundidad, a que ya se hizo alusión; y bajando del Cundurcunca recórrela transversalmente de izquierda a derecha el arroyuelo antedicho, de aguas limpias y tal cual arbusto, con su orilla de una vara de alto, y cauce de cuatro varas, seco entonces en su mayor parte."

"He quí el terreno sabiamente escogido por los Generales Sucre y Lamar para que quedáramos inflanqueables por la izquierda, merced a la gran cañada, y seguros de no ser envueltos por la deercha, a favor del escarpe al Sur de Condurcunca. Al frente no podría el Virey desplegar contra nosotros ni una división de sus nueve o diez mil soldados; el arroyuelo a la izquierda nos facilitaba algo la resistencia, sin dejarles tampoco espacio (si lo ocupaban) entre nuestra línea de tiradores y la cañada, para desplegarse en batalla ni obrar de otro modo que en masa, desaprovechando también su número; y como a la diestra y a la espalda el suelo quebraba de pronto para caer suavemente a los caminos del Cuzco, Huamanga y Quinua, allí nuestros

lanceros aguardarían su hora, abrigados de la lujosa artillería de los peninsulares. El campo era, pues, muy estrecho para las armas de corto alcance de la época, tanto que ofendiendo el proyectil español a nuestra reserva, hubo que mandarla acostarse; fue escogido, no para darnos ventaja, sino para burlar la del enemigo; no había allí donde ser cobarde, ningún hombre quedaría ocioso, y la mortífera tarea tenía que ser rápida y ejecutiva, porque al perderse tiempo los contrarios nos abrumarían con su enorme superioridad aritmética. Pero Sucre confiaba en sí mismo y en el brío y la disiplina de su gente",

"El General en Jefe dispuso nuestras fuerzas en tres divisiones en esta forma: De ala derecha y parte del centro, orillando a cien varas con su línea de tiradores la falda de Cundurcunca, (espacio calculado por Sucre para cargarle con ímpetu a la infantería española a medio bajar de lo alto), la primera división mandada por el General de vanguardia José María Córdova, constante de los batallones Bogota, Voltijeros, Pichincha y Caracas, cuyos Jefes eran respectivamente el Corenel León Galindo, los Tenientes Coroneles Pedro Guás y Manuel León y el Coronel José Leal y sumaban unos dos mil trescientos colombianos; y detrás, o a su costado en el declive Sur, el regimiento de Granaderos de doscientas plazas, también colombiano, regido por el Coronel Lucas Carvajal, en dos escuadrones que tenían por Comandantes a los Tenientes Coroneles José de la Cruz Paredes y Mariano Acero."

"Al resto del centro, y de ala izquierda a unas treinta varas al Sur del arroyo pero siguiendo con la línea de tiradores el curso de su orilla, la segunda división, a órdenes del Mariscal don José de La Mar, formada de los batallones primero, segundo y tercero y Legion Peruana, y detrás el regimiento Husares de Junin, compuesto de los escuadrones primero, segundo y tercero, cuerpos todos peruanos, mandedos en dicho orden por el Coronel Francisco de Paula Otero, los Tenientes Coroneles Ramón González y Miguel Benavides y el Coronel José María Plaza; y los Húsares por los Tenientes Coroneles Alejo Bruix, Pedro Blanco y José Olavarría, con todo el reginiento a orden del Teniente Coronel Isidoro Suárez: división que sumaba de mil doscientos a mil doscientos ochenta hombres',.

"De reserva, al extremo occidental, la tercera división colombiana, mandada por el General Jacinto Lara, y compuesta de los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, de unas mil ochocientas plazas por junto, cuyos Jefes eran los Coroneles Arturo Sandes, Ignacio Luque y el Teniente Coronel Trinidad Morán, respaldada por el regimiento Husares de Colombia, de doscientos jinetes en dos escuadrones, de uno de los cuales era Comandante el Teniente Coronel Pedro Alcántara Herrán, y de ambos el Coronel Laurencio Silva, caballería que ya se ha dicho se resguardaba, lo mismo que la peruana, en en la caída occidental del terreno. Y en fin nuestra ridícula pero certera artillería, constante de una sola pieza de monta-

ña de a cuatro, se asentó a la diestra de la reserva en el vértice sudoeste del campo; y contiguo el parque del ejército, de treinta cargas de a dos mil tiros, mezquino residuo que nos quedó en Corpahuaico, amparado aquí tras de la ruina de una choza de indios, que no conservaba en pie sino tres paredillas de bahareque, ya sin techo y abierto al Occidente. Era Comandante General de las caballerías del Ejército Unido, el General Guillermo Miller, y Jefe de Estado Mayor General del mismo, el General Agustín Gamarra. Total de nuestras fuerzas, cinco mil setecientos ochenta hombres".

"Las fuerzas realistas, que descendiendo de Pacaisaca llegaron por el camino de Huanta y subieron tras de la cañada para dominarnos el día 8, descolgándose por Cundurcunca, ocuparon desde luego el elevado frente del cerro, formando también en tres divisiones. El General don Jerónimo Valdés, Jefe de vanguardia, mandaba el ala derecha con la tercera división, situada primero al Oriente, fuerte de los cuatro batallones CANTABRIA, CENTRO, CASTRO y 1º IMPERIAL, dos escuadrones de HUSARES y una batería do seis piezas."

"Regía el centro el General don Juan Antonio Monet con la primera división, constante de los batallones primero de BURGOS, INFANTE, VICTORIA, GUIAS DEL GENERAL y segundo del primer REGIMIENTO, y tres escuadrones de LA UNION. Y formaba el ala izquierda, la segunda división, bajo el General don Alejandro González Villalobos, con los batallones segundo de BURGOS, segundo del IMPERIAL, primero del primer REGIMIENTO y FERNANDINOS, con cuatro escuadrones de GRANADEROS DE LA GUARDIA. Tocando al último, en la altura de nuestra derecha, se situó el Virrey La Serna con su guardia, que era el escuadrón de ALABARDEROS, más una compañía del Regimiento GUIAS DEL GENERAL y cinco piezas de artillería; y en una depresión de la altura, a retaguardia de la división de Villalobos, la reserva mandada por el General don José Carratalá y compuesta de los batallones FERNANDO VII, primero y segundo de Gerona, y el regimiento de SAN CARLOS. Entre la reserva y Villalobos, en la depresión mencionada, se situó el parque, que en sus ciento o ciento cuarenta cargas incluía la mayor parte del nuestro, cortado y capturado en Corpahuaico. Era Comandante General de las caballerías el Brigadier don Valentín Ferraz, pero con sus cuerpos distribuídos, como se ha dicho, a los costados de todas las divisiones: disponían de diez y seis piezas de artillería, mandadas por el Brigadier Cacho, once de ellas montadas y puestas a los dos flancos o extremos de su línea, cinco con el Virrey y seis con Valdés; y en fin era Jefe de Estado Mayor General el General don José Canterac, cuyas situaciones de ese día revelaron un total efectivo de nueve mil trescientos diez hombres, mandados en Jefe por el mismo Virrey don José de La Serna".....

".... El deber del Virrey La Serna de atacarnos sin demora era urgente en estremo. La deserción le había hecho perder cuatro mil y tantos hombres en su marcha desde el Cuzco; pero todavía nos aventajaba en más de un tercio de fuerza; pues algunos cuerpos nuestros habían quedado cortados en Cor-

pahuaico y aun a la vista podía calcular que nos faltaba de mil a mil quinientos soldados del número con que emprendimos la retirada. Infería que veníamos en busca de refuerzos, que la actividad del Libertador nos los enviaba y muy considerables, y que de un día a otro se nos podrían reunir: razones, además de la captura de nuestro parque, para correr una curva de catorce leguas, como lo hizo, atravesarse delante de nosotros, y forzarnos según él creía, a trabar combate. Aunque tuviese por infalible su triunfo, debido era asegurarlo contra cualquiera nueva CASUALIDAD, como las de Chacabuco o Junín; y a este fin también, tomó una posición decisiva a su juicio en favor suyo, muy lejos de imaginar que Sucre mismo se la había designado para encogerlo y clavarlo en ella: error en el cual ciertamente no entró casualidad ninguna."

"Despertado cada hombre, en su puesto de batalla, al son de las cajas y cornetas de más de cuarenta dianas que vibraban gratamente revueltas, porque aquel anfiteatro nos permitía escucharlas todas a un tiempo, los de uno y otro campo nos buscamos con los ojos y nos saludamos con cortesía de soldados y de adversarios. Pronto vino el sol a desentumecernos deliciosamente el cuerpo, casi insensible por el frío de la noche, y rompió la música a desentumecernos el alma y soltarle todas sus alas a nuestros sentimientos."

"Tenían regulares bandas el VOLTÍJEROS, RIFLES, la LEGION PERUANA y el NÚMERO PRIMERO del Perú, pero la favorita de todo el ejército era la del VENCEDOR, aunque sólo de cornetas, cornetines, pitos y tambores, por su mayor y más diestro personal y su abundante repertorio. En competencia unos con otros habían venido durante la campaña, trasladándonos en espíritu a nuestros hogares y pueblos, y volviéndonos con encanto a las querencias de la memoria del soldado; pero en la sublime espectación de esta mañana, el tumulto de sus golpes de alegría fue para nosotros licor de gloria (ni había otro con qué embriagarnos), y sentíamos que fundía el corazón de seis mil hombres en uno solo, ardiente y grande como la América."

"Todo empezó a tomar un aspecto marcial, los cuerpos fueron inspeccionados por sus Jefes en uno y otro campo, y formando pabellones se dispusieron a hacer el desayuno."

"A las ocho, el General Monet, personaje fornido, bizarro, de barba acanelada, bajó a la línea patriota, llamó a Córdova, conocido y amigo suyo desde la víspera, y le manifestó que, habiendo en el campo español varios Jefes y oficiales que tenían hermanos, parientes y amigos en el republicano, deseaba saber si podrán verse antes de la batalla. El General Córdova le contestó que en su concepto no había inconveniente para ello, y que sin duda el General en Jefe lo consentiría; y habiéndoselo comunicado al General Sucre, éste dió al punto el permiso para que pasasen a la línea cuantos quisieran hablar a sus amigos, e hízolo así con suma complacencia, pues la humanidad y la cortesanía le encontraban en su terreno lo mismo que la guerra."

"Fuimos más de cincuenta especialmente peruanos, como el

Teniete Coronel Pedro Blanco y otros, y NUMANTINOS o miembros del batallón colombiano NUMANCIA, entre ellos los Sargentos Mayores granadinos Rafael Cuervo, Jefe de día, Antonio Zornoza y Pedro Torres, y los venezolanos Pedro Guás de Guanare, y Antonio Guerra (1), maracaibero. Muchos acudieron de curiosos más que de interesados. Dejamos las espadas en nuestra línea, y nos reunimos en el campo neutro que la separaba de la española. Allí estaban Monet y unos cuarenta Jefes y oficiales; dicho General y Córdova, los dos GENERALES DE LA LINEA ese día, se pusieron a conversar a solas algo apartados a nuestra izquierda. Nosotros de uno y otro campo, (después que saludaron respetuosamente al General Monet, el Mayor Cuervo y demás numantinos y peruanos que lo conocían), avanzamos a buscarnos y dar suelta a la cordialidad juvenil. como estudiantes en oyendo sonar la campana de vacación. Pero a todos nos ganó en presteza el Brigadier español don Antonio Tur, interesante joven de alta estatura y unos treinta y cuatro años de edad, que fue tal vez quien pidió esta entrevista, y se nos abalanzó en demanda del Teniente Coronel Vicente Tur del Estado Mayor peruano, hermano suyo y como seis años más joven. Encontrándolo, al punto lo apostrofó con tono acerbo: ¡"AY, HERMANITO MIO!, CUANTO SIENTO VERTE CUBIERTO DE IGNOMINIA." "YO NO HE VENIDO A QUE ME INSULTES, Y SI ES ASI, ME VOY," le contestó Vicente, y dándole la espalda ya se iba, cuando Antonio corrió tras él y abrazándolo lloraron estrechados largo rato. La misma escena, pero sin reconvenciones, pasó entre los dos hermanos Blanco, Pedro, Comandante de un escuadrón de HUSARES DE JUNIN, y el otro, Comandante de un cuerpo de caballería española, ambos nativos del Alto Perú." .....

"Lo que entre tanto hablaban los Generales Córdova y Monet no eran simples palabras de cortesía, ni quedó en el misterio. Monet propuso al primero, que antes de echar la bárbara suerte de la batalla, viesen si no era posible entrar en alguna transacción que ahorrase la sangre que iba a derramarse; y Córdova le contestó en que eso no sólo era posible, sino fácil, justo y racional, pues la cuestión quedaba terminada con que los Jefes españoles reconociesen la Independencia de América y regresasen pacíficamente a España si les convenía. A esto repuso Monet que tal cosa no era admisible ni expresión del juicio y la voluntad popular, como lo probaba el hecho de que el mismo punto de la Independencia y del auxilio de Colombia dividía en opiniones a los peruanos; y que como cuestión militar, considerase que ellos, los españoles, tenían fuerzas superiores a las nuestras, que nuestra posición estaba completamente dominada por nuestro ejérc.to, y que no habia posibilidad de que le resistiésemos. Córdova cerró ese asunto de su conversación con estas palabras: La opinión del Perú, Ge-

(1) Don Antonio Guerra, después General, desempeñó el cargo de Gobernador de Cuenca, durante la administración del Presidente del Ecuador, General don Juan José Flores.

neral es la de todo el mundo, en que cada cual quiere mandar en su casa; y en cuanto a la decisión por las armas, ciertamente, ustedes tienen más tropas y mejor posición que nosotros, pero no soldados iguales a los nuestros, como lo verá U. a la hora del combate. El Ceneral Monet confesó después de la batalla que Córdova tenía razón."

El Coronel Manuel Antonio López Borrero, en la amena descripción de la gran batalla, manifiesta que la lucha entre independientes y realistas era una verdadera guerra civil, por la unidad de idioma, religión, sangre, costumbres y caracteres de las personas de uno y otro bando. Hace notar que muchos oficiales peninsulares militaban en las filas patriotas, y viceversa.

"Indios y mulatos, dice López, abundaban bajo nuestras banderas, pero no había menos indígenas bajo las españolas, aunque no tantos como deja entender el historiador Torrente, cuando asegura, que las tropas realistas eran todas del país, excepto quinientos europeos, falsedad que se cae por su peso, al recordar que ellos no tenían en Ayacucho cuerpos exclusivamente de americanos; que sus Jefes y oficiales eran generalmente españoles, y el BURGOS y CANTABRIA, los dos GERONAS y Fernando VII, casi en su integridad; y que el mismo Torrente dice, que para corregir la deserción hacían marchar las tropas ENCERRADAS EN CUADROS FORMADOS POR LOS EUROPEOS: de donde rectamente se deduce que los últimos no bajaban de tres mil o tres mil quinientos hombres."....

"..... La patética entrevista duró media hora, y de allí fuímos unos y otros a almorzar tranquilamente en nuestros campos, sin que ninguno de los dos ejércitos diese muestras de alarma ni hiciese movimiento alguno. Gracias a las reses que trajo de Huanta el Mayor Cuervo, y al maíz y CAFE DE CEBADA de que no carecíamos, el almuerzo no fue tan escaso como puede inferirse de algunos historiadores, y aun lo fue menos el de los realistas, quienes no es cierto que pocos días antes tuviesen que apelar a la carne de burro para alimentarse. Muchos de nuestros oficiales y soldados guardaron consigo una reserva de CANCHA, o maíz tostado en polvo, con hígado asado, para lo que pudiera suceder durante el día."

"Aunque en torno al rancho reinaron el buen apetito y la jovialidad del soldado, estimulados el primero por el clima y la segunda por la esperanza de una gran victoria, ocurrió una particularidad que fue motivo de broma, y, poco después, de preocupación y asombro. Dos oficiales valerosos y distinguidos tenían, no precisamente miedo, sino seguridad de ir a morir: el uno, el joven Guayaquileño Manuel Prieto, Teniente del PICHINCHA, quien durante la batalla de ese nombre se había portado con bizarría en las filas del batallón YAGUACHI: y el otro el joven Cuencano, vulgarmente llamados morlacos, José Sevilla, Teniente del VENCEDOR. Uno y otro se hicieron notar por cabizbajos, taciturnos, y la melancolía del primero llegó a tal punto, que, apesar de las instancias y pullas de las camaradas, no probó bocado ni un trago de agua en esta mañana, que más que otra ninguna exigía ración competente. El lector no tardará

en saber lo que significaba esa siniestra sombra de melancolía, en medio de ese cuadro radiante de despreocupación y y esperanza".

"Recuerdo que uno de los temas de complacencia y saladas especies en aquel almuerzo fue la salud a toda prueba de la madre de un niño nacido en la peligrosa noche de Matará. Esforzada mujer de un soldado colombiano, habíalo acompañado desde su tierra en marchas y batallas; el alumbramiento no la atrazo un día, y madre y niño estaban en su puesto en nuestro campo y siguieron triunfantes hasta la remota Chuquisaca. Seis años más tarde ella me reconoció en Tocuyito de Venezuela, y marido y mujer continuaban inseparables. Dios sabe cuánto esas hermanas militares de la caridad aliviaron la improba tarea de nuestra independencia, desde sacar agua y víveres, como Moisés, hasta de las rocas del desierto, y hacer el rancho y vendar las heridas, hasta cargar pertrechos y fusiles y espiar a su manera al enemigo",

"Despachado el almuerzo, nuestros vecinos procedieron a uniformarse de parada cuidadosamente, cortesía que no pudimos corresponderles porque no teníamos dos ejemplares completos de vestido, y ninguno de ellos vistoso. Nuestro uniforme (enviado de Chile por el ilustre Coronel Daniel Florencio O'Leary) consistía en casaca corta o POLONESA, con variación de chaqueta, guarnecidos cuello y mangas de azul claro, verde o encarnado, según los cuerpos, y al través de la guarnición de las mangas un MARRUECO o cerradura de otro color, ojalado con tres botones; pantalón ancho de pliegue al frente, y capote largo hasta la espinilla, todo de bayeta o de paño ordinario azul oscuro, más un duplicado de pantalones de género blanco. Quien carecía de manta para dormir, se cobijaba con el capote, prenda de uso constante; sobre el cual iba cruzada la fornitura; detrás, morral de cuero curtido; en la cabeza un morrión alto y pesado de vaqueta negra en forma de cono inverso, con sus cordones blancos, encarnados o verdes y POMPON verde, celeste o encarnado, y una roseta tricolor o bicolor por escarapela; y carrilleras escamadas de hojalata bruñida. Los sargentos y cabos, sin caponas, con su divisa al brazo bajo el capote. Los jinetes, de chaqueta azul con alamares amarillos. Los jefes y oficiales sin más distinción que las presillas y el sombrero elástico o apuntado, éste de hule negro con borla de oro y escarapela tricolor o bicolor, según que fuese colombiano o peruano; pero algunos Jefes de caballería con alamares de hilo de plata. Raros galones, nada de bandas bordados ni penachos; y en punto a charreteras: usábanlas únicamente los Generales, cuyos sombreros se distinguían por una orla o cresta de pluma blanca".

"Dominaba tanto el efecto óptico el burdo y sombrío capote, que a la distancia debimos parecerles a los españoles un ejército de frailes con fornitura; y nos darían por obispo al tremendo Laurencio Silva, quien, como hombre de color, gustaba de colores, y era único entre todos por su infalible esclavina roja que iba costándole la vida en Junín. Cargando con ella a la cabeza de su regimiento en aquel furioso combate, antojóseles a los

húsares de Canterac que ese no podía ser sino el General Bolívar, y una vez dispersos nuestros jinetes, los contrarios se le vinieron encima con marcada predilección, supo medirse con cuatro a un tiempo, y dejando muertos a tres, al otro herido y en fuga, y despejado el contorno, mereció como el que más el sobrenombre de la LANZA DE JUNIN que solíamos darle. Los movimientos de esa esclavina ejercitaban en Cundurcunca la curiosidad, y daban viva tentación a los artilleros."

"Entre tanto aquella eminencia nos estaba pareciendo altar de Corpus campesino, que todo era allí colorines y refulgentes visos de oro y plata, contrastando con nuestro campo como el persa con el griego, como el boato monárquico en frente de la sobriedad de una República no degenerada. Los veintiseis o veintisiete cuerpos de los realistas ostentaban muchos uniformes diferentes, como lo exigían su distinción y manejo; y un pintor habría gozado viendo sobre el fondo verde pajizo del Condurcunca aquellas largas líneas de matices móviles que rayaban la cuesta alternando con gracia el blanco, el azul, el verde, el gris, el amarillo, el barroso, el encarnado y otros tintes, en las piezas de aquel vestuario de parada, en sus vueltas y divisas, en tantas ricas banderas y estandartes, y en aquellos millares de airosas banderolas que se agitaban como impacientes de entrar en combate. La vista herida con los reflejos del acero y demás metales, descansaba en las pieles y telas; y los ordenados movimientos de esas líneas de colores nos amenazaban desde lejos como preciosas víboras mostrándonos la perfecta disciplina, rigurosamente enseñada por los instructores castellanos. Por el pantalón blanco y dorman verde con vueltas de piel color de azabache, distinguíamos a nuestra derecha el escuadrón de ALABARDEROS del Virrey, cuerpo de alta distinción fundado desde el año de 1557 por don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y cuarto Virrey del Perú; cerca de él atraía la vista, alborotando a Silva, Carvajal y demás llaneros, el regimiento de GUIAS DEL GENERAL, vestidos como de bermellón con vueltas blancas. Los Jefes y oficiales, sombrero apuntado como los nuestros; pero, a diferencia de nosotros, profusión de penachos, pieles, guantes, botas altas, charreteras, bordados, bandas, cintas, cruces y demás distinciones de ordenanza."

"Oyendo hablar de Virreyes, Brigadieres y Generales en presencia de aquel empinado jardín viviente, el chistoso payanés, Teniente del PICHINCHA Rafael Delgado, alias PASITOS, se acordó de la famosa fiesta de su tierra brevemente pintada por Arboleda en el GONZALO DE OYON, y exclamó: A BELEN, MUCHACHOS, A COJER A LOS TRES REYES CON TODA SU COMITIVA, que algo así, en efecto, se ve en Popayán aquel día con los millares de ÑAPANGAS gayamente vestidas que suben a dicha capilla a adorar al Niño Dios, después de oir abajo la RELACION o especie de auto sacramental de los Reyes Magos....."

"A eso de las diez y media nuestro conocido el Ceneral Monet se presentó de nuevo en la línea espléndidamente uniformado; y llamando al General Córdova le dijo: GENERAL, VAMOS A DAR LA BATALLA. VAMOS, le contestó Córdova, y se volvió a participárselo al General Sucre, quien estaba en

observación, situado al centro de la sabaneta, treinta o cuarenta varas detrás de la división de vanguardia, que era la de aquel Jefe. Rodeábanlo, su Secretario el Teniente Coronel neivano Juan Agustín Geraldino, antiguo oficial patriota condenado a servir en el NUMANCIA, y sus otros Edecanes Andrade, el Capitán Pedro Alarcón, el oficial N. García de Guayaquil, y dos o tres más que ahora no recuerdo. Sucre picó en el acto su caballo castaño oscuro para recorrer los cuerpos del ejército y deteniéndose al frente de cada uno, les dirigió una breve arenga, en términos oportunos y cultos, como todo lo que salía de la boca de tan perfecto caballero"

"Empezando por la derecha arengó primero al REGIMIENTO DE GRANADEROS, poco más o menos; como sigue:"

"Compatriotas Llaneros! Estoy viendo las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín. Qué podré temer! Quién supo nunca resistirles? Desde Junín ya sabeís que allí no hay jinetes, que allí no hay hombres para vosotros, sino unos mil o dos mil soberbios caballos con que pronto remudareís los vuestros. Sonó la hora de ir a tomarlos. Obedientes a vuestros Jefes, caed sobre esas columnas y deshacedlas como centellas del cielo. Lanza al que ose afrontaros! Corazón de amigos y hermanos para los rendidos! Viva el llanero invencible ¡VIVA LA LIBERTAD.!"

"En seguida al BOGOTA:

"Heróico Bogotá ¡Vuestro nombre tiene siempre que llevaros a la cabeza de la redentora Colombia; el Perú no ignora que Nariño y Ricaurte son soldados vuestros; y hoy, no sólo el Perú, sino toda la América os comtempla y espera milagros de vosotros. Esas son las bayonetas de los irresistibles CAZADORES de vanguardia de la epopeya clásica de Boyacá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolvérosla asombrado de vuestro heroismo. La tiranía (señalando el campo español) no tiene derecho a estar más alto que nosotros o pronto ocupareís su puesto al grito de VIVA BOGOTA ¡VIVA la América redimida !"

"Luego al VOLTIGEROS:"

"VOLTIGEROS ¡Harto sabe el Perú que nadie aborrece tanto como vosotros el despotismo, y que nadie tiene tanto que cobrarle. No contento con haceros esclavos a todos, quiso hacer de vosotros nuestros verdugos, los verdugos de la patria y de la libertad. Pero él mismo honró vuestro valor con el nombre de NUMANCIA, el más heróico que España ha conocido, porque quizá no encontró peninsulares que pudieran honrarlo más que vosotros. He aquí el día de vuestra noble venganza! Cinco años de sonrojo, cinco años de ira, estallarán hoy contra ellos en vuestros corazones y en vuestros fusiles. ¡Sucumba el despotismo! Viva la Libertad!

"De allí al PICHINCHA:"

Ilustre PICHINCHA! Esta tarde podreís llamaros AYACUCHO! Quito os debe su libertad y vuestro General su gloria. Los tiranos del Perú no creen nada de cuanto hicimos, y están riéndose de nosotros. Pronto los haremos CREER, echándoles

encima el peso del Pichincha, del Chimborazo, del Cotopaxi, de toda esa cordillera, testigo de vuestro valor y ardiente enemiga de la tiranía, que hoy por última vez (señalando el campo español) osa profanar con sus plantas. ¡Viva la América libre!

"Al CARACAS:"

"CARACAS! Guirnalda de reliquias beneméritas (DE EL CARACAS, EL ZULIA y el OCCIDENTE que recordaís tantas victorias cuantas cicatrices adornan el pecho de vuestros veteranos! Ayer asombrasteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos ser héroes. Es el de la patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América. Viva el Libertador! Viva la cuna de la Libertad!"

"Como los cuerpos que constituían la división peruana eran casi todos nuevos, y sus nombres, en consecuencia, no se prestaban, excepto el de los HUSARES DE JUNIN, para distinciones locales ni para peculiares reminiscencias históricas, habló a toda la división en un solo discurso más extenso que los otros, en el cual señaló honoríficamente como prendas de victoria, a su ilustre y veterano Jefe el Mariscal La Mar, al generoso Miller, a aquel regimiento de HUSARES que, a órdenes de Suárez se había inmortalizado, cargando al enemigo en el momento de huir de él si los corazones no eran muy firmes; y decidiendo con el peso de sus brazos la balanza del triunfo. Recordó a Pichincha, otra gloria que ya partíamos como buenos hermanos; aludió al Libertador y a la inmensa honra que le tocaba en representarlo al frente de peruanos y colombianos unidos; y ¡en el tono en que el Jefe habla al soldado para inspirarle su fe y persuadirlo de que él no puede ser vencido, dijo: El Gran Simón Bolívar me ha prestado hoy su rayo irresistible, y la santa Libertad me asegura desde el Cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros es imposible que nos ¡dejemos arrancar un laurel. Concluyó diciendo: El número de sus hombres nada importa; somos infinitamente más que ellos, porque cada uno de nosotros representa aquí a Dios Omnipotente con su Justicia y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquí lo hemos traído, peruanos y colombianos, a sepultarlo juntos para siempre. Este campo es su sepulcro, y sobre él nos abrazaremos hoy mismo, anunciando al Universo ¡Viva el Perú libre! Viva toda la América redimida!"

"El General Juan Antonio Pezet que asistió a la batalla de Ayacucho, dice que oyó la arenga de Sucre a los peruanos."

"Batallón NUMERO SEGUNDO! Me acompañásteis en Quito; vencísteis en Pichincha, y dísteis libertad a Colombia; hoy me acompañais en Ayacucho; también venceréis y daréis libertad al Perú, asegurando para siempre la Independencia de América."

"Legión Peruana: Si fuísteis desgraciada en Torata y Moquehua, salísteis en gloria, y probásteis al enemigo vuestro valor y disciplina; hoy triunfaréis y habréis dado libertad a

vuestra patria y a la América (Doctor Laureano Villanueva.—Obra citada).

Pasando a la reserva, continúa el Coronel López, dijo al Batallón RIFLES: "RIFLES! Nadie más afortunado que vosotros! Donde vosotros estaís, ya está presente la victoria. Acudisteis a Boyacá, y quedó libre la NUEVA GRANADA; concurrísteis a Carabobo y Venezuela quedó libre también; firmes en Corpahuaico, fuisteis vosotros solos el escudo de diamante de todo el Ejército Libertador; y todavía no satisfecha vuestra ambición de gloria, estais en Ayacucho, y pronto me ayudaréis a gritar: Viva el Perú libre! Viva la América independiente!"

En seguida al VARGAS: "Bravos del VARGAS! Vuestro nombre significa disciplina y heroísmo, y del Cauca al Corpahuaico hartas veces habeis probado que lo mereceis. No tuve la dicha de admiraros en Bomboná, pero aquí está el Perú, y la América entera, para aplaudiros en el mayor de los triunfos. Acordaos de Colombia! acordaos del Libertador! y dadme una nueva palma que ofrecerles a ambos en la punta de vuestras bayonetas. Viva Colombia! Viva el Libertador!"

Concluyó pasando luego al frente de mi batallón, el VENCEDOR, y allí lo estoy viendo, y uno por uno vibran en mis oídos sus acentos. Su tipo, todas sus facciones, son las de la delicadeza, la circunspección y el pundonor; el timbre de su voz es fino y firme como él. Viste levita azul cerrada, con una simple hilera de botones dorados, sin banda ni medallas; pantalón azul, charreteras de oro, espada al cinto. Geraldino y dos más lo acompañan. Tocados por su presencia como una corriente eléctrica, al llegar él echamos arma al hombro nos saluda cortesmente moviendo la mano derecha, deja descansar la izquierda con la rienda sobre el pico delantero de su galápago húngaro; y a tiempo que la inquietud de su castaño contrasta con su tranquilidad británica de actitud y expresión, nos dirige, literalmente, estas palabras:

"VENCEDORES! Desde las orillas del Apure hasta las del Apurimac habeis marchado siempre en triunfo. El brillo de vuestras bayonetas ha conducido la Libertad a todas partes, y el ángel de la victoria está tejiendo en este instante las coronas de laurel con que serán ceñidas vuestras sienes en este día de gloria para la Patria. !Viva la Libertad!"

Creo que también el General La Mar arengó a los cuerpos de la División peruana, pero ignoro en que términos lo hizo. Asimismo algunos Jefes de otros cuerpos, una vez que pasó adelante el General Sucre, tomaron la palabra a imitación de él, y citaré, por ejemplo, al Comandante Pedro Güas, quien dirigió al suyo esta ruda pero elocuentísima notificación: "Voltijeros! Para nosotros no hay cuartel!; y en efecto, por ellos, expresamente, se habían negado los españoles a la excitación de Bolívar par regularizar la guerra, quedando los prisioneros a discreción del vencedor; y aunque La Serna no era cruel, es muy probable que ningún NUMANTINO hubiese escapado.

Quedáronse sin arenga los HÚSARES DE COLOMBIA, que estaban a nuestra espalda, porque no había acabado el General

Sucre de hablar al VENCEDOR cuando observamos que la División española de vanguardia bajaba la falda de Cundurcunca, donde ocupaba el costado norte, y dejando este puesto a la del centro, que lo cubrió al punto, vino con extraordinaria velocidad a tomar su propio puesto de ala derecha, designado para el ataque. Traía a su frente una batería de cuatro piezas, y avanzando hasta el arroyo su línea de tiradores, quedó casi a tiro de pistola de nuestra línea por la izquierda, haciendo martillo con el resto de su ejército. Detrás de sus tiradores se colocó su artillería protegiendo cuatro cuerpos de infantes en masa; y a uno y otro costado de éstos, un grupo numeroso de caballería. Todo ello no fue obra de un largo rodeo, como dicen Miller y el historiador Restrepo, sino de minutos y movimientos característicos, por la precisión y prontitud de su Jefe el General Valdés, el hombre de las grandes y rápidas marchas, y después de Boves, acaso el más brillante Jefe militar que acaudilló en América huestes realistas."

"Un soplo frío corrió por nosotros ante la desdoblada magnífica de la fuerza enemiga, viéndonos como cogidos entre dos enormes mandíbulas de bronce; pero ese soplo pasó al momento. Sucre, al contrario, se sonrió viendo su plan ya en ejecución, y al ruido del VIVA con que le respondimos, picó y volvió a su puesto, que era casi al centro del campo, y tan al alcance del fuego español como el de cualquier soldado. Allí el General, esforzando la voz y en tono solemne exclamó: DE LOS ESFUERZOS DE HOY PENDE LA SUERTE DE LA AMERICA DEL SUR; y señalando las columnas enemigas que descendían añadió: OTRO DIA DE GLORIA VA A CORONAR VUESTRA ADMIRABLE CONSTANCIA; a lo cual respondió el ejército con nuevos y estrepitosos VIVAS."

El doctor Aníbal Galindo, en su hermosa obra "Batallas decisivas de la Libertad", comentando estas grandiosas frases, dice: No CONOZCO sino dos proclamas inmortales en los FASTOS MILITARES DEL MUNDO: LA DE NELSON EN TRAFALGAR Y LA DE SUCRE EN AYACUCHO. (Pudiérase también añadir la de Napoleón I en la famosa batalla de las Pirámides). (1)

El Coronel López Borrero, continúa su relato en los términos que siguen;

"Exajeré al decir que nadie tuvo miedo, pues confirmando la regla, fue notoria la única excepción. A la vuelta de Sucre ya silbaban las balas; oyendo el toque de ATENCION! cierto Capitán sintió en el estómago no sé qué agonía, y pasando detrás de su compañía se echó al suelo. Indignado un Teniente, le lanzó la interjección del caso, salió al frente de la Compañía, y dijo a los soldados: "Firmes! El Capitán se enfermó, y no hay que contar con él; pero no nos hará falta, aquí estoy yo, y tomó el mando!" Después de la batalla el Capitán se quejó de irrespeto al General en Jefe. Sucre lo despachó con urbanidad, diciéndole: CAPITAN, CUANDO UD. COMETA ESA FALTA SERA SARGENTO MAYOR.»

(1) Las palabras textuales de aquella arenga son: "Soldados! Desde lo alto de estas Pirámides, cuarenta siglos os contemplan!

"A un tiempo se rompió el fuego en la línea general de tiradores, acabando de variar de frente nuestros cuerpos de la izquierda para dárselo a Valdés. Eran las once menos cinco minutos, y el día continuaba como escojido para una lid pareja, con el sol casi vertical que nos dejaba ver bien las caras."

"Me parece que entró en el plan del General Sucre no precipitar las cosas, a fin de manejar económica pero eficazmente nuestra minoría de hombres y municiones. Así fue que al principio resistimos impasibles dejando que el enemigo forzara su ataque hasta presentarle al General la oportunidad que espiaba para el suyo."

"La situación, al romperse el fuego, era, por cuerpos, la siguiente: Componían nuestra línea de tiradores, de derecha a izquierda cinco compañías: la de cazadores de PICHINCHA, mandada por el Capitán Manuel Barrera, pastuso; la cuarta de Voltígeros, por el Capitán Guillermo Fergusson; la de cazadores del VENCEDOR, por el Teniente Lorenzo Hernández; luego, una de la LEGION PERUANA, y al extremo, otra del número 1º del Perú, haciendo un total como de quinientos hombres."

"A nuestro extremo derecho el BOGOTA en columna formaba un pequeño martillo avanzado hacia la falda al pie de la posición del Virey, quien cubría su parte de campo con una compañía de cazadores del GUIAS DEL GENERAL; siguiendo a la izquierda, VOLTIGEROS y PICHINCHA: por columnas en masa, daban frente a la División de Villalobos. CARACAS miraba a la División de Monet, la cual, por el terreno embarazoso que describí, quedaba un poco atrás. Dicho terreno dejaba un claro considerable entre Monet y Valdés. LA LEGION PERUANA, algo inclinada en el vértice del ángulo, y los demás cuerpos peruanos, en la misma formación en masa, quedaron contrapuestos a la División de Valdés. La reserva, caballerías, y artillería donde antes dije."

"Tanto por el plan del General Sucre, como por la resistencia que ofrecieron nuestros cazadores, soldados escogidos entre los más veteranos del Ejército, se empleó más de una hora en el tiroteo de esas dos líneas exteriores y en el fuego de la artillería. El último continuó por parte de los realistas tan ineficaz como la víspera en nuestro centro y derecha, pues no oí decir que en todo ese tiempo nos causase allí otro destrozo que el de la olla en que se había hecho el almuerzo del General Córdova, incidente que ocasionó risa y no sé qué chiste de un soldado. Es probable que nuestro General Jefe, quien desde 1815 en el heróico sitio de Cartagena, acreditó mucha inteligencia en fortificación y artillería, hubiese también calculado que de arriba para abajo sus piezas no nos ofenderían, con lo cual teníamos otra de sus ventajas cercenada por la superior maestría del adversario.

"Pero esto no era general, ni nuestros cazadores resistieron

igualmente en todas partes. Sucedió que los dos extremos del Ejército español se adelantaron un poco a Monet y a Villalobos en arreciar la ofensiva; que las baterías del Virey y sus cazadores de GUIAS se encarnizaban contra el BOGOTA, situado más inmediato que los otros cuerpos, y que la batería del General Valdés, (para quien no existía esa desventaja del terreno alto) empezó al mismo tiempo a ametrallar a los cazadores del Perú haciendo a cada tiro replegar a los suyos de suerte que dejasen claro para el paso de la metralla. Esta, y el nutrido fuego de la infantería de Valdés, amedrentó a dichos cazadores, que no eran tan veteranos como los de Colombia; y observándolo el General La Mar, cuando sereno y arrogante, recorría toda su línea por en medio de los dos fuegos, temió que fuesen arrollados, pidió a la reserva un cuerpo colombiano, y Sucre ordenó que se le mandase inmediatamente al VENCEDOR. Desplegándose en batalla este cuerpo reemplazó en la línea a los cazadores del Perú, los cuales, sin haber perdido terreno, se desplegaron a la derecha haciendo fuego."

"Apenas tendría ocho o diez minutos de comenzado cuando La Mar pidió aquel refuerzo; y como trascurrió todavía más de una hora de tiroteo preliminar, se le ha censurado al General Sucre su prontitud en enviarlo. Dicha censura no resiste examen al considerar que los cuerpos peruanos, fuertes sólo de 1280 hombres, tenían al frente toda la División de Valdés, constante de 3000; el juicio de La Mar era además muy competente, y Sucre no podía, en aquel terreno, desatenderlo, dejando nuestro flanco izquierdo en peligro. La censura procede tal vez del historiador español Torrente (tomo 3º página 482) quien, después de asentar otros errores, dice que: "Valdés se hallaba empeñado con toda la reserva, que Sucre comprometió con la mayor torpeza, cuando por las otras alas tomaba la batalla un carácter muy diferente." Ni ese era el momento, ni fue toda la reserva, sino un solo cuerpo; más Torrente habría preferido, sin duda, en honor de Sucre, que hubiese perdido la batalla sin incurrir en torpeza ninguna. Consuélese advirtiendo que los Generales españoles la perdieron científicamente."

"Al punto mismo de ponerse en marcha el VENCEDOR para reforzar a los peruanos, el ya nombrado José Sevilla, Teniente de aquel cuerpo, fué herido de muerte, realizándose su presentimiento de un modo muy singular. La bala pareció buscarlo y escojerlo, pues penetró hasta él cuando se encontraba en el centro de la columna, y lo pasó por el hígado. Como ese era mi batallón, lo ví caer; mucho nos sorprendió, pero no había tiempo para sentirlo. A mi regreso de lo alto, después de la batalla, era ya un cadáver."

"El Teniente Prieto se adelantó a Sevilla. La primera bala de los cazadores españoles que alcanzó al batallón PICHINCHA, acabando de mandársele FIRMES! POR LA DERECHA, ALINEARSE, lo hirió en la frente, y cayó muerto. Los

aflijía, pues, a él y a Sevilla, no el presentimiento de morir combatiendo, sino el de morir en la batalla y sin combatir; desaire cruel, muerte la más triste para un soldado."

"Reforzada nuestra izquierda, seguía sin desventaja confrontando desde sus puestos a la División Valdés. Entretanto al otro extremo el batallón BOGOTA, mártir una vez más de la disciplina, como lo fue en Caraico, era fusilado impunemente por los cazadores de GUIAS del Capitán don Narciso García, que, provistos tal vez de las mejores armas, aprovechaban tras de una ceja del declive la proximidad de aquel cuerpo y su situación, efecto de la estrechez del terreno, pero calculada para cruzar más tarde su fuego contra la izquierda enemiga. Irritado el General Córdova previno al Coronel Carvajal que cargase a dicha compañía con el regimiento de GRANADEROS. Tres veces lo ensayó Carvajal, por repetidas órdenes de Córdova, pero siendo el terreno inaccesible a los caballos, y formando grupos la compañía de cazadores, otras tantas tuvo Carvajal que retroceder, y dícese que, en cada ocasión, dió un ascenso el Virrey al Capitán García, concluyendo por enviarle con su propio bastón la insignia de Coronel. Córdova no se empeñó más en este incidente aislado, porque le faltaba orden de Sucre y no era tiempo de comprometer nuestro ataque. Cuando este movimiento llegó, el valeroso Coronel García fue una de las primeras víctimas. Hasta entonces el BOGOTA sufrió inmóvil sin disparar un tiro, pues habiendo sólo cuarenta cartuchos por plaza, preciso era no consumirlos en preámbulos."

"Los españoles reforzaron su línea entera de cazadores, y el fuego que hacían sobre todas nuestras columnas era nutrido y mortífero. Con tal motivo, recorriendo el General Sucre de extremo a extremo frente a la división Córdova nuestra propia línea avanzada, se le veía morderse los labios de impaciencia, a tiempo que, como observa en su Historia el General español García Camba, testigo presencial, nuestras fuerzas se mantenían ADMIRABLEMENTE INMOVILES. ECHENLE EL CAPOTE ENCIMA Y CUBRAN CLAROS, mandaba uno de los Jefes del BOGOTA a cada soldado que caía. SALDREMOS ALGUNOS MENOS, PERO LA VICTORIA ES NUESTRA, decía el Comandante Leal del PICHINCHA, viendo caer a su sargento Vargas, y pocos instantes después fue herido el mismo Leal; y así probaban todos nuestros soldados una firmeza y perfección de disciplina que aquellos Jefes, que antes no nos llamaban sino MONTONERAS, solamente en Corpahuaico habían presenciado hasta entonces."

"El enemigo presentó al fin la oportunidad que nuestro General aguardaba con previsión inflexible. Ambas divisiones del frente español empezaron a descender. La del General Monet se detuvo en las sinuosidades de la izquierda; Villalobos dirigió un cuerpo (el primero del primer regimiento, mandado por el Coronel don Joaquín Rubín de Celis) oblicuando a nuestra derecha, a que protegiese el descenso y mon-

ta de la artillería a los dos extremos del frente; y los demás batallones de esa división siguieron por escalones el movimiento. Por una senda del Cundurcunca bajó desfilando el escuadrón de San Carlos, a órdenes de don Manuel de la Canal, con los jinetes a pie, guiando los caballos de la brida; y otros escuadrones venían por los intervalos de los cuerpos. A pesar de la pendiente la operación se hacía con rapidez, presidida en persona por los Generales La Serna y Villalobos, y daba gusto ver oscilar al paso esas masas de acero refulgentes como el sol meridiano. Pronto estuvieron dos de los batallones del último pisando la sabaneta y entraban montando a prisa los escuadrones; y dispuesta casi toda la batería del centro empezó a vomitar plomo y metralla, especialmente contra el Caracas que vino a quedar a su frente".

"El plan de los realistas era disponer allí cómodamente todas sus fuerzas; aguardar a que el impetuoso Valdés nos distrajese por la izquierda, rompiendo la división de La Mar; y cargarnos al punto por el centro e izquierda, de suerte que no sabiendo a quien atender, sucumbiésemos entre el doble empuje de masas tan superiores a las nuestras. Pero Canterac, autor principal del plan, según entiendo, no contó con el ojo napoleónico que le espiaba cada paso para cargarle en el momento preciso en que la fuerza descendida no fuese excesiva para destrozarla, ni insuficiente para envolver la rota de todo el ejército, a fin de que la retirada no lo salvase,"

"Aunque el General Valdés en mejor terreno y con su división bien ordenada y más mumerosa que nuestra izquierda, llevado por su ardor nos comprometía por ese flanco, inconclusa todavía la formación de ataque del frente, no era tiempo aun de ordenarle la acometida decisiva; Sucre, por consiguiente, ganó de mano a sus contendores de ambas alas, y puede asegurarse que dos o tres minutos que hubiese demorado su propia acometida, habría expuesto gravemente el éxito de la jornada".

"Los enemigos (dice el mismo General Sucre en su parte) situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando tambien las masas, a tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores. Dí a éstos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fue ya la señal de combate. Los españoles bajaron velozmente sus columnas.... Observando que aun las masas del centro no estaban en orden, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado conprometido, mandé al señor General Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería".

"Dada la gran palabra, y cargados nuestros hábiles tiradores hacia las baterías enemigas para despejarlas un tanto, el General Córdova recorrió a galope sus cuerpos, haciendo a cada cual una arenga concisa y enérgica, si no esmerada.

Con el PICHINCHA(que incluía su antiguo batallón) (1), fue más expresivo: CONTRA INFANTERIA DISCIPLINADA NO HAY CABALLERIA QUE VALGA, dijo señalando la muchedumbre de jinetes realistas; y poniéndose al centro como unos quince pasos adelante de sus columnas, les dió con arrogante acento aquella voz desconocida en la milicia y característica desde entonces del Héroe que la inventó, y de la famosa jornada que decidió con ella: DIVISION! ARMAS A DISCRECION, DE FRENTE, PASO DE VENCEDORES!"

"Imagínese la belleza de aquel General de veinticinco años en ese instante sublime. Con su ligero uninforme azul, sin más gala que su juventud y su espada, agitando con la mano derecha su blanco sombrero de Jipijapa, y rigiendo con la izquierda el favorito castaño claro, habituado por él a cabriolar y saltar, su rostro encedido como el de Apolo fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraron cómo rayos por entre aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos a envolvernos. Repetida por cada Jefe de cuerpo la inspirada voz, la banda del VOLTIGEROS rompió el BAMBUCO, aire nacional colombiano con que hacemos fiesta de la misma muerte. Los soldados, ébrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles; y entre frenéticos vivas a la Libertad y al Libertador, que eran nuestro grito de guerra, avanzó rectamente esa cuádruple legión de enconados leones, reprimida hacía casi dos horas por la diestra mano de su amo."

El doctor Laureano Villanueva, en su Biografía de Sucre, hablando de este sublime y sin par episodio de la legendaria batalla de Ayacucho, dice:

"Córdova comprende lo inminente del peligro y lo decisivo de su movimiento; se tira del caballo y lo mata de un pistoletazo por no tener medio de retroceder, y a pie, magnífico de heroismo, con la espada en alto, y resonante la voz, atruena el aire con la sublime orden de combate, nunca oida en ningún campo de batalla: COLOMBIANOS: ARMAS A DIRCRESION: DE FRENTE: PASO DE VENCEDORES."

"La división se movió con el marcial denuedo que le inspiraba su Jefe; joven guerrero de poco más de veinticuatro años, acostumbrado a batirse brazo a brazo, con las más aguerridas columnas españolas. Silenciosa, sin disparar un tiro, atraviesa el campo como un fulgurante torbellino. Al acercarse los colombianos al barranco, la división realista se estremeció, como si hubiera sentido sobre sí el aleteo del ángel de la muerte. Tenía encima a los vencedores de Pichincha y de Junín."

---

(1) El General José María Córdova fue Jefe del batallón ALTO MAGDALENA, compuesto en su mayor parte de cuencanos, en la batalla de Pichincha. Después del triunfo, a dicho batallón unido al PAYA, se le dió el glorioso nombre de Pichincha.

Continuemos la relación del Coronel López.

"El avance fue simultáneo de parte del Bogota, Voltigeros y Pichincha, mas no así respecto del Caracas, ya por la inmovilidad de la división Monet, o acaso por dar tiempo a nuestros cazadores para que despejasen la batería, y espacio a nuestros jinetes para penetrar si fuere oportuno, pues Sucre y Córdova observaron sin duda que allí precisamente, y al Norte y en frente del Pichincha, veíanse ya formados unos tres escuadrones españoles, dejando el claro conveniente para la dirección de la metralla. También pudo tomarse en cuenta la sitnación comprometida de nuestra ala izquierda a que alude el General Sucre. Lo cierto es que los soldados del Caracas continuaron sentados, y gran número entretenidos en un juego de campamento en el cual solía hacer cabeza Salvador Córdova, hermano del General y Capitán de la primera compañía. Estaban sentados por descanso y a precaución contra el fuego de Valdés, que ya por la izquierda llegaba hasta ellos, aunque no los distraía de su entretenimiento."

"Lo más corto de la batalla de Ayacucho fue la batalla misma, ni entre tan resueltas y disciplinadas huestes podía tardar un resultado definitivo. Al moverse la división Córdova los cazadores españoles redoblaron su fuego, especialmente a nuestra derecha, apoyados por el cuerpo del Coronel Rubín de Celis, que intrépidamente rompió la ofensiva, lanzándose contra el acribillado Bogotá. El General Villalobos en persona acudió a secundar a su bizarro Teniente, dirigiendo contra el Voltigeros el segundo batallón del Imperial Alejandro, con su Comandante don Juan Moraya a la cabeza."

"Nuestra falanje prosiguió imperturbable y como con los ojos cerrados. pues ya estaría a cien pasos de los infantes enemigos, cuando sorprendió al Pichincha la vista del famoso escuadrón de San Carlos que venía por su frente a cometerle. Tan súbita fue la embestida que no alcanzando su Comandante a dar la orden de que cerrase en cuadro, la tropa instintivamente cuadró por sí al paso redoblado, y resistiendo el formidable choque, fueron muchos los jinetes que cayeron al plomo, no pocos quedaron traspasados en las bayonetas, y otros tantos a la concusión saltaron desmontados."

"Variando los de atrás por su izquierda, siguieron adelante el impulso de otros dos escuadrones que con fragor de espantosa creciente iban por entre Pichincha y Voltijeros a medirse con los Husares de Colombia. Por ese intervalo venía oportunamente el hombre fatal de la esclavina encarnada, con su escuadrón y el regido por el valerosísimo Comandante Herrán, quienes retrocedieron un tanto, a uzanza llanera, para volver con sus jinetes sobre los atacantes, e hiciéronlo con tal furia que, como dice el Brigadier García Camba, el valiente escuadron de San Carlos quedo casi todo en el campo de batalla, y rozando a Pichincha

y VOLTIJEROS repasaron por el mismo claro los fugitivos, que caían unos sobre otros bajo las lanzas de sus perseguidores. Detuviéronse éstos, conforme a orden anterior, para reorganizarse y no embarazar a nuestros infantes; pero, cebado ya en la tarea, el mismo Coronel Silva desobedeció su propia orden, y seguido del Teniente apureño Diego Zurbarán y de cuatro o cinco soldados, entráronse al frente realista a repartir lanza por su cuenta y riesgo a otro escuadrón que alelado y como sin Jefe estaba en columna contra la falda de la montaña. No faltaron en él algunos animosos que advirtiesen cuan pocos eran los asaltantes, y trataron de responderles, pues recorriendo Silva la columna por un costado, descubrió su propio costado derecho y le acertaron tres lanzazos; más ya aquella estaba como desflecada por las garras de un león y remolineaba esquivando el bárbaro acometimiento, cuando observado esto desde el PICHINCHA que avanzaba a bayoneta calada, el joven Alférez Manuel Guerrero de Barbacoas, gritó de entre sus filas se nos van! ¡fuego!. Los compañeros de Silva retiraban a su Jefe herido, muchos soldados dispararon, y el escuadrón volvió caras en desaforado espanto. La esclavina encarnada fue desde luego un sagrado muy visible que apartó de Silva y su grupo la puntería de nuestros fusileros."

"Por ese momento, y cargando como el PICHINCHA, a disparo y bayoneta, al través de una lluvia de fuego que de derecha a izquierda y de lo alto abajo venía arreciando con los nuevos cuerpos españoles que descendían, Bogotá y Voltíjeros dieron la misma cuenta con el batallón GUIAS DEL GENERAL, dispuesto en guerrillas, a quien nada valió ni el llamarse don Joaquín Bolívar su antiguo Comandante, ni la bravura del Capitán García; y con el primero del PRIMER REGIMIENTO, de Rubín de Celis, y con el segundo del IMPERIAL ALEJANDRO, todos los cuales cruzando sus bayonetas con los nuestros sucumbieron a su empuje, dejando inertes en el campo al mismo García, a Rubín de Celis, al segundo de Rubín, a uno de los jefes del IMPERIAL y a muchos otros de su denodada oficialidad. RESULTADO TAN RAPIDO COMO TERRIBLE E INESPERADO (dice García de Camba) produjo grandísima sensación en el ejército real."

"Habiendo el PICHINCHA sesgado un tanto a la izquierda, evitando los primeros escombros del SAN CARLOS, y desembarazado por entonces su frente, se dirigió hacia la batería del centro enemigo; pero a su llegada estaba ya en nuestras manos. Los cazadores colombianos acosaron y afligieron, a modo de irritado enjambre, aquella brigada de artillería, regida por don Fernando Cacho, hasta que rodeada de heridos y muertos más que de vivos, el ágil Sargento de la cuarta de Voltígeros Manuel Pontón, natural de Bogotá, asaltó el primero uno de los cañones, montándose en él gritó a sus compañeros: ESTE ES MIO, SIRVANME DE TES-

TIGOS, y cediéndoselo al PICHINCHA, que no tardó en llegar a este punto, siguió a su frente, ya cuesta arriba del Cundurcunca."

"A la sazón, maravillado Caracas de que se olvidasen de él, continuaba sentado evitando los fuegos de Cacho y de Valdés, y algunos de sus hombres jugaban, a un tiempo, alegremente, dados y vidas, cuando por fin llegó un Ayudante del Estado Mayor que a la voz de arriba Caracas! lo puso en obra; y más ardua en verdad de lo que él imaginaba se la había reservado previsoramente el General en Jefe. Aunque el uniforme ímpetu de los otros tres cuerpos, y la segur de Laurencio Silva y sus jinetes parecían haber decidido la jornada en pocos instantes (pues más he tardado yo en contarlo que ellos en hacerlo), la División del centro enemigo, la más fuerte de todas y mayor todavía en número que la del General Córdova, permanecía intacta detras de aquellas arrugas y altillos que ordinariamente han denominado barranco."

"Como el General Canterac, segundo del Virrey, observase con asombro lo que ocurría, ordenó a Monet el cargar inmediatamente; y acompañando animoso la voz con el ejemplo acudió el mismo con el primero y segundo de GERONA, principal fuerza de la reserva, a tratar de restablecer el combate. No menos eficaz el pundonoroso Monet dió a sus cinco batallones la orden de seguirlo, y se precipitó en persona a la cabeza del Infante y del Burgos, oblicuando a su izquierda por sobre las desigualdades que lo apartaban del campo. Caracas evaporó en su marcha con cuatro tiros no sé qué escuadrón que amagaba oponérsele; y pesaroso creyendo que tan a poca costa triunfaba, y más aun al ver ya tomada la codiciada batería sobre la cual redoblaba el paso, vino a encontrarse de pronto, corrido el velo de los fugitivos, con aquellos dos batallones, que saliendo de una hondonada, aparecían erguidos a su frente, más los que llegasen en pos de ellos, más los dos GERONAS que a la izquierda de Monet descendían por la falda y cuyo fuego bien pudiera alcanzarlo y envolverlo."

"Pero también alcanzaba allí, como a todas partes, la serena mirada del General Sucre, quien oportunamente mandó a Córdova que en su ascensión se cargase a la izquierda, y al VARGAS y los HUSARES DE JUNIN que atendiesen a reforzar el ala de los peruanos y asegurar que no se interpusiese Valdés por el flanco de Caracas entre nuestras dos divisiones."

"A medio avance perdió Caracas a su Jefe, el Comandante León, que cayó mal herido; y aunque reemplazado al punto por el Mayor Juan Bautista Arévalo, su falta puso a más dura prueba el temple de ese batallón en tan riguroso empeño. Mas cómo salió de él, auxiliado apenas por su derecha, dígalo el General Camba que refiere así el resultado: El choque con la división Monet, aunque no había

llegado a formar en la orilla occidental del mencionado barranco más que la primera brigada que mandaba don Juan Antonio Pardo, fue horriblemente sangriento por todas partes, recibiendo de la nuestra un leve balazo el mismo General Monet y quedando muertos tres Jefes de cuerpo; pero arrollada esta brigada, la segunda no pudo acabar de cruzar el barranco sin desordenarse."

"En efecto, y dominando ya Caracas el largo seno por donde el enemigo desembocaba, derrumbó a bayoneta a los que resistían, y aun alcanzó a escarmentar a balazos a los que venían en su apoyo, que volvieron cara en confusión. En cuanto a los dos JERONAS, impresionados por el mismo ahinco de Canterac, y orejeros de la brisa de terror que venía soplando por la izquierda, casi, a la sola vista del PICHINCHA y VOLTIGEROS, empezaron a atrasarse y guardar el bulto, resistieron a los cintarasos, empujones, imprecaciones y súplicas de sus Jefes, y atropellándolos en fin, abandonaron su ventajosa posición y huyeron sin haber hecho más que unos trémulos disparos. De todos esos cuerpos, el INFANTE presentó más esforzada resistencia, y así dejó lastimosa hecatombe. CARACAS había cobrado con usura sus azares de juego, y ganado el nombre sin igual de batallón AYACUCHO",

"Sacando bríos de mozo el respetable Virrey, más que viejo envejecido por su brega política y militar del Perú, había atendido a todas partes, a caballo y aun a pie, para situar las baterías y los cuerpos, activar su descenso ya trabado el combate, y corregir la sorpresa que después de tanta preparación le dió nuestra arremetida. Visto que ciaban las guerrillas, y luego a luego los batallones de Rubín y Morayta, el escuadrón SAN CARLOS por tierra, dos o tres más postrados o en fuga, y ya el Bogotá en alcance de la batería que lo dominaba, todo obra de minutos, entró en afán bajo el peso de su responsabilidad, sospechó que tal vez en ese instante el opulento Perú estaba escapándosele al Rey por sus manos, que su confianza había sido ligereza, su plan de batalla desatino, y que un insurgente Generalillo de treinta años lo había metido en la fatal camisa de Agamenón. Adivinándose él y Canterac, puso éste en movimiento la división Monet, y corrieron a sacar a la línea el primero y segundo de JERONA; mas como dos de los batallones vencedores acudieron tan rápidamente al centro, que su efecto no se hizo esperar y el pavoroso desconcierto subía por instantes, sintió La Serna que allí se ahogaba, y cortando por entre muchos desbandados, previno al batallón FERNANDO VII, parapetado en la falda, que a su tiempo resistiese hasta morir; y ordenó a tres recién formados escuadrones que por el espacio, a la razón suficiente, entre BOGOTA y VOLTIGEROS, cargasen al regimiento GRANADEROS DE COLOMBIA. Dos de aquellos escuadrones eran de la brigada del General Bedoya, y uno de los GRANADEROS DE LA GUARDIA, a órdenes

del Teniente Coronel don Domingo Vidart, y con ellos querían privar de apoyo al Bogotá, desahogarse en la llanura, y fiado en que Valdés ya traería a buen paso nuestra izquierda esperó así cortarnos y desconcertar todavía por retaguardia el ataque de Córdova. Mucho valor requirieron los Jefes de esos escuadrones para intentarlo siquiera, pues desde Junín veíamos vacilar sus jinetes a cada movimiento de los nuestros; pero algo podía prometerse, en un esfuerzo unánime, del tremendo impulso de tantos caballos, que en el mismo campo de Junín había desconcertado a nuestra caballería colombiana, chilena y argentina cuando estaba formando en batalla. Esta fue la última jugada del Virrey en Ayacucho, semejante a la de Napoleón con su VIEJA GUARDIA, y su éxito no menos desastroso, como aparece de la ingenua relación del mismo Brigadier Camba actor en ella:

"Los tres escuadrones formados recibieron orden de cargar desde sus respectivos puestos, lo que animados por todos sus jefes ejecutaron con la mayor prontitud y orden, y los lanceros de Colombia los esperaron a pie firme enristradas sus enormes lanzas. Esta novedad, por segunda vez presentada, y sin que hubiese mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo a nuestros soldados delante de sus engreídos adversarios, y en medio del fuego de sus infantes y de nuestros dispersos: allí comenzó sin embargo un combate encarnizado aunque desigual, que acabo por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles, imposibilitando del todo la continuación del descenso de esta caballería. Al Brigadier Camba, en el momento en que dirigía la carga del escuadrón reunido y formado de la brigada que mandaba, le mataron el caballo que montaba, quedando al caer cogido de una pierna del animal. Poco después de desembarazado de tan aflictiva situación le tomó en ancas del suyo don Antonio García Oña, segundo Ayudante de Estado Mayor, y le sacó de en medio de aquel espantoso cuadro, a tiempo precisamente que la izquierda y centro de la línea estaban totalmente batidos, y las siete piezas de artillería en poder de los dichosos vencedores."

"La obra de los GRANADEROS de Carvajal, continúa López, fue probablemente más breve y sencilla que la de los HUSARES de Silva, pues parados de temor los del Virrey y perdida la ventaja de sus caballos, ya los últimos estaban vencidos: no había lucha posible con aquellos centauros, que sin vacilar un segundo, aprovecharían la vacilación del enemigo. Aquí el Bogotá pagó a los Granaderos las cargas que habían dado al Capitán García: convergiendo rápidamente a la izquierda, apoyó a Carvajal con fuego de flanco sobre los tres escuadrones, y esos son los infantes que quizá salvaron la vida de Camba, a costa de la de su caballo, deteniéndolo a retaguardia de su regimiento. Vése también que dos cañones más (la batería del Virrey) ya estaban asimismo en poder del Bogotá."

"Como vasto incendio que, ya indomable, parece embravecerse y respirar mejor con el agua que le arrojan, los últimos cuerpos lanzados contra la división colombiana no sirvieron más que de pábulo a sus estragos. Deshecha la primera línea abandonó Córdova su caballo al tocar el Cundurcunca, y emprendió treparlo a pie, dirigiendo la inflexible carga contra los batallones de refuerzo. "Mientras los realistas, dice Miller, iban subiendo a las alturas, los patriotas desde el pie de ellas los cazaban a su salvo, y muchos de ellos se vieron rodar hasta que algún matorral o barranco los detenía." Dejando atrás bien pronto las dos baterías capturadas, y huellas espantosas de porfiado choque entre ánimos iguales (por ejemplo, los dos sargentos que quedaron recíprocamente pasados con sus bayonetas), siguió la línea de Córdova cuesta arriba, presidida de una vanguardia de terror y confusión no menos formidable que nuestras armas. Peor que incendio, semejaba aquella una de esas súbitas irrupciones del mar sobre las costas del Perú, en que, como desequilibrado el abismo, las ondas barren en momentos naves, diques, bosques, ganados, muros de mampostería y poblaciones enteras. Jinetes y peones, montados o a pie, nivelado el escalafón por el común desastre, huían atropellándose despavoridos, dando por muertos a todos sus Jefes, anunciándole al Virrey mismo que era muerto el Virrey, cuando ileso todavía, forcegeaba y se desgañitaba por contenerlos. El FERNANDO VII hizo algunas descargas desde su trinchera natural, soltó las armas y siguió la corriente; el VITORIA, desmereciendo su nombre, y los demás cuerpos que no entraron en lid, habían desaparecido; los mimados ALABARDEROS del Virrey tampoco se ofrecieron al martirio de la fidelidad. Sin quererlo, sirvieron allí a nuestra causa mucho más eficazmente que a la suya."

"Derribado de su caballo y exhausto de fuerzas, el infortunado Virrey logró atravesar hasta un recodo o ensenada de peña, donde recostado en pie hurtaba el cuerpo al ciego tumulto. Largo y erecto de talla, acartonado de complexión, sin barba y de gran nariz, cubierto de un grueso capote negro con el cuello alzado, sombrero alón de vicuña, y visible por debajo un gorro oscuro de seda, a su aspecto más que grave, tomáronlo nuestros soldados por sacerdote, y algunos al pasar le dijeron: PADRE CAPELLAN, ECHENOS LA BENDICION; mas llegó cierto oficial portoriqueño de índole dura, que se detuvo a preguntarle: Y USTED QUIEN ES?, y respondiéndole él quitándose el sombrero: SOY EL VIRREY, SEÑOR, alzó el sable, y parte en la cabeza, parte en la mano, hízole una cortada. Más felizmente lo vió en ese trance nuestro nobilísimo Sargento Pontón, el mismo dueño de uno de los cañones, que por allí subía, y como NUMANTINO que era lo reconoció al punto e intercedió por él vivamente, con lo cual dió tiempo a que apareciéndose también el Mayor Rafael Cuervo salvasen entre los dos al ilustre prisionero,

y lo enviaron debidamente escoltado a la Iglesia de Quinua, donde atendiesen nuestros médicos a curarlo. Cuervo y Pontón habían tomado del Virrey la noble venganza recomendada por el General en Jefe a los numantinos; Cuervo, siempre generoso de carácter, reprendió severamente al portoriqueño, y cinco días después, por aviso que él dió a Sucre, el sargento era Subteniente de su batallón. La captura del General La—Serna, harto honrosa para él, coronó al par el triunfo sobre la izquierda y centro realistas y la heroica tarea de la división Córdova, que fatigada de tamaño esfuerzo no tardó en recibir orden de retirarse. Veamos la obra de nuestra izquierda, que mal podría un oficial de ella haberla olvidado."

"Hablándose de Ayacucho el público generalmente no ha tenido ojos y atención sino para nuestra ala derecha, embelesado, como es justo, con la amplitud y brillantez del espectáculo, con aquel momento crítico del descenso y formación de la línea de ataque española, momento, según Miller, de interés sumo, en que parecía hasta suspensa la respiración, por la ansiedad de dudas y esperanzas que a la par se ofrecían a la vista de todos; por la serenidad con que Sucre vigilaba, y la certeza con que cortó en esa coyuntura definitiva; por el heroico estoicismo del Bogotá y la pericia y firmeza del PICHINCHA; por la gallardía de Córdova, la audacia y pujanza homéricas de Silva, y del otro lado la no menor bravura de García, de Rubín, Monet y tantos otros héroes mal correspondidos de la fortuna; por la regularidad geométrica y el parejo ímpetu del ataque; por la nueva crisis que presentó la tentativa de Canterac y Monet, y la magistral conversión de Córdova sobre ellos, completada por el esfuerzo pasmoso con que hizo frente el Caracas a dos o tres de sus batallones; por la variedad de incidentes que ocurrieron; y en fin porque allí estaba el Virrey y el grueso de ambos ejércitos, e indudablemente en ese costado se decidió la batalla desde el primer encuentro. Pero si bien de menos brillo e interés, la empresa de nuestra izquierda fue más prolongada y exigió una solidez de resistencia extraordinaria, con tropas en su mayoría novicias y contra fuerzas al principio más que dobles de las nuestras y en condiciones iguales de terreno, excepto que el adversario no podía desplegarse como quisiera, gracias a la previsión del General en Jefe. Téngase también en cuenta quien era don Jerónimo Valdés, que el ya célebre Comandante don Antonio Aspiroz lo secundaba, y que él abrió el primero los fuegos y los cerró el último por parte de los españoles, inclusive su batería, que mientras fue suya no descansó de ametrallarnos. Por consiguiente, el resultado habla muy alto del experto General La Mar, de los cuerpos peruanos y de los colombianos mandados en su refuerzo."

"Si, sobre el humo de sus primeros metrallazos, que dieron cuidado a La Mar, hubiese hecho el General Valdés

rebato violento para romper nuestras líneas y abrirse campo para envolvernos, el General Sucre habría tenido que cambiar de plan, empleando contra él algún batallón de los de Córdova, y, tal vez, desde un principio, toda la reserva. Sin embargo, dando así a nuestra temida caballería cuanta ocasión deseaba en la llanura, probablemente habría sido otro el carácter del conflicto, pero con igual resultado, visto que ya Valdés se mediría contra unos tres mil soldados, antes de que Monet pudiese, siguiendo por retaguardia su movimiento, apoyarlo con vigor y uniformidad. Aquella fue la única oportunidad de Valdés, pero desacorde con el mismo plan del Virrey e inoportunísima para los demás Jefes."

"Cuando vió el General Valdés que el Vencedor reforzaba nuestra izquierda, no satisfecho con el fuego de su artillería y cazadores, hizo que avanzando un poco sus columnas en masa nos dirigiesen descargas cerradas de fusilería, las cuales siguieron por largo tiempo y abriendo claros en toda la extensión de nuestras filas. Tal vez buscaba así nuestra parte débil, aguardando aviso de la formación de ataque del centro e izquierda, y la orden de hacer su propia acometida. Llevado de su impetuoso natural, antes del necesario aviso destacó por un sesgo a su izquierda dos batallones (uno de ellos el Cantabria) contra la Legión peruana, como para interponerse entre ésta y la división de Córdova; y distinguió al Vencedor, cargándole él personalmente con el resto de su división. Hizo al mismo tiempo que el escuadrón de su costado derecho se uniese al de su izquierda pasando por detrás de los infantes. Entonces fue cuando observó Sucre que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, y siendo ya oportuno, ordenó a Córdova dar su carga, y envió en nuestro apoyo el batallón Vargas que pasando a espaldas del Vencedor, entró por la derecha desplegado en batalla, y debidamente secundados por los cuerpos peruanos avanzamos al encuentro del General enemigo. Los Húsares de Junín, a cuya cabeza iba el Genera Miller, siguieron nuestro movimiento, y por entre Vargas y los peruanos, marchaban a oponerse a los jinetes de Valdés ya reunidos en columna."

"El avance de la división La Mar fue tan simultáneo como el de Córdova, pero necesariamente menos regular y rápido porque tuvimos que desordenarnos un tanto al cruzar el arroyuelo, ocasión que Valdés no alcanzó a aprovechar. VENCEDOR Y VARGAS marcharon en batalla; SEGUNDO Y TERCERO DEL PERU Y LEGION PERUANA en columnas cerradas, por falta de campo a su derecha; Y EL PRIMERO DEL PERU a retaguardia de sus compañeros. Los HUSARES DE COLOMBIA, ya destrozado el SAN CARLOS y otros escuadrones realistas, estaban disponibles en cualquiera dirección, y el RIFLES en reserva aguardaba orden para cargar donde fuere necesario. El General La Mar recorría por la espalda sus cuerpos, acompañado de sus edecanes, y al cargar pasó

con éstos al frente de los peruanos dirigiendo el ataque. Salvado el arroyo, en cuyas aguas teñidas en sangre calmé la sed que me devoraba, los cazadores de Valdés huyeron a incorporarse a sus masas, y abandonada por ellos la artillería que estaba al centro, cayó en nuestras manos. En estos momentos fue pasado por el pecho el Coronel Luque, Comandante del VENCEDOR, y tomó su puesto el Mayor Agustín Anzoátegui, sin que tal desgracia nos retardara el paso. Sorprendido Valdés con nuestro movimiento, y resonando ya tal vez en sus filas, al menos en los dos cuerpos destacados hacia el codo de nuestra línea, la catástrofe que a manera de terremoto venía envolviendo rápidamente la izquierda y centro del ejército español, hizo alto, y nos aguardó a pie firme. Nuestro bien dirigido fuego hacía brechas en sus columnas y empezó a desordenarlas, mas no sin costo, pues en ese espacio quedaron fuera de combate los Capitanes Dorronsoro, Gil Espina y Granados del VENCEDOR; el Capitán Miró y el Teniente Arízcum del VARGAS; el Teniente Coronel Ramón Castilla del Estado Mayor Peruano; el Capitán Miranda y los Tenientes Posada y Montoya del PRIMERO DEL PERU; los Subtenientes Iza y Alvarado del Segundo; el Teniente Suárez de la Legión Peruna; el Teniente Otárola y otros Oficiales. Vueltos los cañones contra el enemigo (aunque sin un artillero que los manejara) amagamos a unos veinte pasos de él concluir el ataque a la bayoneta; pero no nos aguardaron, a pesar de la resolución y aun rabia de su General."

"Desorganizadas las primeras filas, toda la infantería se desgranó en instantes; la caballería entre tanto resistió menos que los peones, pues no atreviéndose a protegerlos ni a esperar el ataque huyó al sólo presentarse Miller y Suárez con los afamados HUSARES DE JUNIN. Con esto se completó la derrota por la izquierda, y sin oirse otro tiro de fusil, nuestra labor quedó reducida a perseguir al enemigo en su fuga y hacerle prisioneros. El General Lara, con el RIFLES, había reemplazado a Córdova en CUNDURCUNCA, y aquel y La Mar, como lo expresa el General Sucre, debían reunirse en la persecución en los altos de Tambo, a un cuarto de legua hacia el Norte de aquella eminencia."

"El General Valdés, dice García Camba, estremadamente afectado a la vista de tal desastre, buscaba como de intento la muerte, y hasta llegó a sentarse sobre una piedra para que los vencedores le acabaran; más el valiente Coronel don Diego Pacheco y otros oficiales le obligaron a abandonar tan temerario empeño y a continuar retirándose hacia la cumbre de la cordillera. Cónstame la verdad de este incidente, pues el Capitán o Mayor Mediavilla, uno de los oficiales a que alude Camba, me lo refirió. Cubierto de un capotón azul de CARRO DE ORO y ladeado en la cabeza un sombrero de vicuña color de canela como el Virrey, estaba sentado en aquella piedra el simpático General, como atónito

bajo el peso de la fatalidad, cuando volviéndose a Mediavilla le dijo en tono de despecho:"

"MEDIAVILLA, DIGALE U. AL VIRREY QUE ESTA COMEDIA SE LA LLEVO EL DEMONIO."

"QUE PIENSA USTED HACER? le preguntó el oficial.

"NO SE, respondió Valdés.

"TODAVIA PODEMOS HACER UNA HONROSA CAPITULACION" replicó aquel; y contestándole el General DICE USTED BIEN, montó a caballo y se dirigió a la cumbre a conferenciar con los demás Jefes sobre ese triste término de la jornada."

"Llamó Valdés comedia tan sangrienta batalla? Palabra airada que nada significa sino la estupefacción del que la dijo, al ver deshecho en un instante aquel ejército acostumbrado a triunfar de tropas indisciplinadas. ? De espresiones como esa tomaría pie la ridícula especie de que los Jefes españoles se habían vendido? Mal pudo Valdés calumniarse a sí mismo y a sus compañeros, que perdiendo el Perú nada ganaban en España sino el desprestigio, aparte de que todos ellos jugaron su vida en este campo, con un plan indiscreto y pésimo, más esponiéndose intrépidamente como Jefes y aun como soldados. Aquella calumnia procedió de la ignorancia crasa que había en la Península sobre las cosas y los hombres de América, ignorancia mantenida por la presunción de sus agentes, y que influyó no poco para traerles a peripecias como las de Boyacá, Junín y Ayacucho."

"Suele obrar contra su autor el descrédito malicioso del adversario, y esto sucedió en Ayacucho, A pesar de que los Jefes españoles en el Perú sabían muy bien que la guerra a muerte iniciada y forzada por Monteverde en Venezuela había terminado por la regularización de Santa Ana; aunque conocían las generosas capitulaciones de Cartagena, Maracaibo, Puerto Cabello, Pichincha, Berruecos, etc., y los esfuerzos de Bolívar con el Virrey Sámano para salvar a los prisioneros de Boyocá, y a pesar de que, desde Pativilca, Bolívar había propuesto al mismo La Serna la regularización, y La Serna se había negado a ella, persuadieron a la tropa de que los colombianos éramos asesinos y no les daríamos cuartel, de donde creo resultó en parte aquel contagio de terror tan espantoso después de la primera ventaja alcanzada por Córdova, cuando todavía quedaban al Virrey mayores fuerzas y mejor situadas que las nuestras. En prueba de ello, uno de los primeros prisioneros que yo hice fue el Capitán Celestino Pérez, lucido joven hermano del Secretario del Virrey, quien al rendirme la espada alzó a mirarme la escarapela del sombrero y me preguntó: Es usted colombiano?, respondiéndole que sí, tembló todo él y los guantes se le cayeron de las manos; yo los recogí del suelo y se los dovolví diciéndole; NO TENGA USTED CUIDADO, CABALLERO OFICIAL. Fuimos des-

pués excelentes amigos y me confesó que les habían hecho formar de nosotros una idea aterradora."

"Valdés y sus Jefes y oficiales, dice Camba, "no pudieron conseguir que su tropa resistiera por más tiempo, ni se replegara en orden a la próxima falda de la cordillera. Aterrorizados los soldados de una manera inexplicable, por un desenlance inesperado y del cual estaban muy distantes sus creencias sólo atendían a dipersarse por entre las breñas, arrojando muchos las armas, las fornituras, las casacas y los morriones para tomar con mayor desembarazo la dirección que más cuadraba al intento....Hasta el batallón de CANTABRIA, que el día tres en Corpahuaico había cargado y hecho correr al batallón colombiano RIFLES, uno de los de mayor confianza de Sucre (Y LLAMA CARRERA ESA ADMIRABLE RETIRADA, CUMPLIDO YA EL OBJETO DE CONTENER A VALDES Y ABRIR PASO AL VARGAS Y VENCEDOR) se entregó como los demás a la fuga, sin que nada lo pudiera contener."

"Gracias al retiro de la división Córdova, continúa el Coronel López, y a lo fatigoso de la ascensión del Cundurcunca con sus escabrosidades por una y otra vía, Valdés encontró reunidos en lo alto a los Generales Canterac, Monet, Villalobos, Carratalá y otros. Preso el Virrey, el mando superior había recaído en Canterac, y a excitación de éste conferenciaron sobre el partido que hubiesen de tomar, empezando a reconocer a Olañeta por tan enemigo suyo como los vencedores si se dirigían al Alto Perú en su retirada. Camba opinó que, sin embargo, no quedaba otro medio, y que, si Olañeta no era traidor, todavía tal vez podría salvar el Virreynato. "PUES VAMOS A MARCHAR", dijo Valdés, y con trescientos caballos y poco más de doscientos infantes allí reunidos, ya emprendían la retirada contando con recoger gran masa de dispersos, cuando supieron que éstos se negaban absolutamente a obedecer, y aun habían muerto al Capitán Salas porque ensayó reorganizarlos."

"En ese instante se les presentó el Brigadier Somocurcio, peruano, quien confirmando el relato, añadió que a él mismo ya iban a hacerle fuego para que no les obligara a reunirse, y que sólo había escapado, prometiéndoles en lengua quichua la libertad. Vistas en toda su extensión las proporciones de la derrota, y que la retirada era la muerte, resolvieron capitular, y el General Canterac bajó en persona en busca de La Mar, antiguo compañero suyo, para dirigirse acompañado de él al General Sucre"

"Asegura Camba que dicha resolución fue efecto de que un parlamentario de La Mar, seguido por este Jefe, se les presentó prometiéndoles una capitulación tan amplia como a Sucre se lo permitían sus altas facultades; pero tal cosa no es exacta. Viven aun quienes vieron a Canterac bajar solo, con un pañuelo blanco en la punta de su espada, en solicitud del General La Mar, a quien halló prontamente, y siguiendo juntos se unieron al General Sucre en el campo de la batalla,

y pasaron a la reducida tienda del último a fijar allí las bases de la capitulación. Luego se les reunió el General Carratalá; éste y Canterac, después de conferenciar con Sucre, extendieron las bases preliminares; remitidas a lo alto de la cordillera a los demás Jefes españoles, se conformaron con ellas dice Camba, haciéndoles algunas modificaciones, y acordaron que el día 10 temprano pasasen Valdés y el mismo Camba que esto refiere al campo de Sucre a perfeccionarlas. Sucre, añade Camba, ostentó ante los nuevos comisionados mucha franqueza y generosidad: aceptó lisa y llanamente las bases preliminares presentadas, con solo tres restricciones que puso de su puño en el mismo borrador escrito por don José Carratalá....y sin otra garantía que el empeño de su palabra."....

"Pero volvamos al gran día. Media hora, a lo sumo, después de trabado por masas el combate, la palma era nuestra en toda la línea, y a eso de las tres de la tarde, emprendida ya por Lara y La Mar la persecución de los fugitivos, pasaba en la iglesita de Quinua una escena, casi una tragedia, que no dejaremos olvidada. Convertida en hospital de sangre por el pronto, cubrían el suelo de aquel rancho sagrado, cuantos heridos cupieron en él, entre otros el Virrey, que sentado pacientemente al centro, a la derecha, sobre un estradillo entapizado de lana, aguardaba, como los demás, la visita de nuestros médicos; y a su derecha, participando del estradillo, yacía el Teniente Ramón Chabur, natural de Bogotá, contuso en 1822 en la batalla de Pichincha, y herido, y de los primeros que cayeron del cuerpo de ese glorioso nombre, en la que acabábamos de lidiar con las huestes de su ilustre vecino. Llegados los médicos a atender a Chabur, éste les pidió que lo hicieran primero al señor Virrey, cortesía que el noble viejo rehusaba aceptar, insistiendo en que lo descuidasen, mientras no estuviese remediado el último de los patriotas. La urbana porfía, y sobre todo el título de VIRREY que se cruzaba en ella, hizo levantar la cabeza a un sargento de los Llanos quien, delirando probablemente con nuestra guerra a muerte, y encandilada su vista por el puño de oro y brillantes que el Virrey descubrió bajo el capotón al presentar a los cirujanos la mano herida, preparó su fusil e iba a hacer fuego contra el anciano, con ojos de hiena y refunfuñando expresiones feroces. Boves, Lizón, Zuazola, quien sabe qué monstruo reía en ese instante en la febril imaginación del Sargento. El joven Chabur tuvo que incorporarse para advertir con afán a los médicos que lo contuviesen, sin lo cual aquel furioso habría manchado con el asesinato de La Serna los laureles que la sangre del mismo sargento estaba consagrando. Momentos después llegó a la puerta de la Iglesia el General Sucre, acompañado de otros Jefes, Córdova entre ellos; preguntó por el Virrey, quien se puso en pie al instante, y saludándolo Sucre con afable respeto, y expre-

sándole la pena que le causaba el verlo herido, le pidió permiso para trasladarlo al paraje menos incómodo que pudiese hallarse. Otros de los Jefes dobló al punto el brazo derecho y asiéndoselo de la muñeca con la otra mano, dijo a los presentes: LLEVEMOSLO EN SILLA DE MANOS, observado lo cual por el Virrey les respondió: MIL GRACIAS, CABALLERO, PUEDO ANDAR POR MIS PIES, y salieron juntos."

"Melodrama del mundo en compendio, pandemonium moral, fue de las dos o tres de la tarde en adelante el anfiteatro de Ayacucho. Al orden táctico sucedió el desorden del destino caprichoso, y aquello parecía gran mesa de juego revuelta, ya terminada la partida. Algunas nubecillas, humedad condensada por el fragor de los cañones, descendían sobre el Cundurcunca y ayudaban a la olorosa niebla de la pólvora para velar su limpidez: piquetes de soldados iban por breñales y quiebras en cacería de fugitivos, o volvían con su presa; la margen septentrional del arroyo, tinto de sangre, y sobre todo, una zona de campo al pie del cerro, estaban cubiertas de cadáveres, y por los que dejó cada cuerpo antes y después de la carga diseñábanse perfectamente su posición y su marcha; asi como el terrible encuentro por el cúmulo de realistas e independientes revueltos, donde la enorme proporción de heridas de bayoneta y lanza, atestiguaban la forma de ese choque y su recíproca animosidad. El gesto de los últimos, a diferencia de los de bala, daba espanto. Veíanse los jinetes y sus caballos separados por montones de los infantes, y sobre unos y otros ya se cernían en el cielo las AURAS o buitres hambrientos, y en la tierra los soldados y sus mujeres en ejercicio del repugnante derecho de botín. Rasgaba el corazón ver esos cuerpos tan ardorosos y gallardos poco tiempo antes, y ya fríos, desnudos y perdidos en aquella masa anónima de muerte; y ver tantos anillos, carteras, alfileres, mimadas prendas de amor y amistad, mementos de madres y hermanas cariñosas miles de leguas distantes, rodando a rebatiña por las gruesas manos de soldados y pelanduscas, que iban a venderlas por cualquier cosa, si no preferían adornarse con ellas. Un rico reloj de alguno de los Jefes españoles vino andando, cuando él yacía yerto, a manos de un soldado de PICHINCHA, que aprendió allí a leer las horas; y el Sargento Carreño del mismo batallón cocinaba esa tarde su bodrio de cerdo en la vajilla de plata del General Canterac. Más dura que nuestra gente para con los realistas, así que vencimos, acudió como brotada de la tierra una plaga de patriotas improvisados, los mismos indios que poco antes nos habían asesinado más de cien enfermos con su escolta, y al músico Santa Cruz, alto-peruano, a quien hicieron picadillo con los chuzos de que se armaban; y varios como ellos de mayor categoría, que en otra escala hacían lo mismo o jugaban con dos barajas, de realistas y de independientes, y ahora resultaban héroes y mártires de la Libertad Peruana. Añadidos a éstos los fracamente PASA-

dos que empezaron allí a presentársenos, Bolívar habría podido formar un ejército numerosísimo desde esa hora en que ya no fue necesario. Más veces la victoria hizo la opinión, que la opinión la victoria."

"Parte de Vargas y Rifles formaron cuadro en la sabaneta para el recibo de prisioneros y armamento. Corrió a eso de las cinco rumor de ataque de un cuerpo de caballería, mas vióse al punto que eran doscientos jinetes que venían con banderola blanca y en formación a entregarse; y había ya en grandes montones más de dos mil quinientos fusiles recogidos mayormente por los nuevos voluntarios, y sobre dos mil prisioneros, custodiados por solo cincuenta centinelas. Sucre y Córdova daban vueltas a caballo tomando informes de los cuerpos por sus Jefes y oficiales y atendiendo a los heridos, y uno y otro, lo mismo que Laurencio Silva, eran principales objetos de aplausos y felicitaciones. Los oficiales peruanos abrazaban a los de Colombia como a libertadores de su patria; cada héroe refería sus lances y sus predicciones, y contaba IN PECTORE con su ascenso; y los españoles, todavía estupefactos con tan desusado y ejecutivo desbarato, atribuíanlo a lo largo de nuestras lanzas, y no se cansaban de mirar a Córdova, ascendido a General de División en el campo de batalla, y al animoso e inquietísimo Capitán Ayudante José María Gaitán, de Bogotá, a quien Silva había pasado su esclavina encarnada con motivo de las heridas, y cubierto con ella andaba por todas partes gozando de la sensación que causaba. Algunos soldados nuestros, disfrazados también pero con uniformes españoles, y que en broma se resistían a entregarse a sus camaradas, corrieron peligro de pagar la broma con la vida. El aguardiente de las cantimploras realistas se hizo sentir pronto en nuestros cuerpos, estallando en espansiones hiperbólicas de la lengua, y ya empezaban a oirse las tonadillas colombianas, los tiernos yaravíes y las músicas españolas recién capturadas, de las cuales el Coronel Leal escogió cincuenta músicos para su batallón, cuando un intempestivo aguacero obligó a cada soldado a hacerse un cimiento de piedras o cascajo y encuclillarse sobre él, depositando ingeniosamente su parte de botín en el centro. Brava gente, nunca había dormido tan feliz; y probablemente el entusiasmo de la gratitud peruana excedió luego las más dulces fantasías de sus modestos sueños de vencedores, "mientras, dice Camba, los demás Jefes españoles (fuera de Canterac y Carratalá) con la poquísima tropa que les obedecía camparon en la cumbre de los Andes, donde el frío, la lluvia, la escasez de leña y la falta de alimento vinieron a aumentar por la noche los padecimientos de tan adverso día."

"Grandes fueron en Ayacucho los trofeos de la muerte y el dolor, vencedores de ambas partes en todas las batallas. Rara vez el hombre, la más artificiosa y dañina de todas las fieras, habrá destruído o inutilizado mayor cantidad

de vidas en un choque de quince o treinta minutos, a pesar de que allí no había ametralladoras ni KRUPS ni fusiles de aguja, ni siquiera de percusión, sino piezas de montaña de estilo primitivo, con setecientas varas de tiro a lo sumo, y fusiles CHOPOS, que eran ingleses, y CANILLONES o CARRANCLONES de fábrica española, los primeros más gruesos y pesados, los segundos más ligeros y largos, unos y otros de piedra, con bala de diez y ocho a veinte en libra y de trescientas varas de alcance. En proporción al número de combatientes, y considerado el corto tiempo que duró, no recordamos un conflicto más cruento en la Historia. De nueve mil trescientos diez realistas, de los cuales solo seis mil usarían sus armas, quedaron, según el parte de Sucre, mil ochocientos muertos y setecientos heridos, total dos mil quinientos; y de cinco mil setecientos ochenta independientes, unos quinientos muertos, Sucre dice trescientos setenta, más yo recorría el campo de orden suya para buscar los cuerpos de Sevilla y Bonilla y darles sepultura, y estoy cierto de que excedían de tal cifra, y seiscientos nueve heridos; total mil ciento nueve, y de ambas partes tres mil seiscientos uno, o casi un tercio de once mil combatientes, pues que de nuestra parte tampoco el RIFLES combatió, a pesar de lo cual, su Capitán Alcalá, el Teniente Colmenares, el Alférez Sabino y varios de tropa fueron heridos en su posición de reserva."

"Lord Wellington tuvo en Waterloo sesenta y siete mil seiscientos cincuenta y cinco hombres y ciento cincuenta y seis cañones, y luego concurrieron veinticinco mil del cuerpo de Fielthen y treinta y cinco mil de Bulow, con no sé cuantas piezas; total, ciento veinte y siete mil seiscientos cincuenta y cinco hombres; contra setenta y un mil novecientos cuarenta y siete de Napoleón, y doscientas cuarenta y seis piezas: que suman ciento noventa y nueve mil seiscientos dos, y quizá quinientos cañones. Wellington contó casi quince mil muertos y heridos, los prusianos siete mil, y Napoleón veinte y ocho mil, poco más o menos, pues no consta el número exacto. El total de cincuenta mil fuera de combate entre doscientos mil, o sea una cuarta parte, en una lucha encarnizada y con tal lujo de artillería, que duró desde las once y media hasta las ocho y media o nueve de de la noche en aquel largo día de verano, significa un honroso elogio de la disciplina de los ejércitos de Sucre y La Serna que, sin artillería que hiciese mayor daño y aumentase en veinticinco hombres por pieza el verdadero valor de su fuerza, dejaron en un cuarto de hora un tercio de ella en el campo. La bayoneta y la lanza raras veces obraron con más terrible eficacia en las batallas modernas."

"La pérdida del ejército independiente resultó dividida casi por igual entre todos los cuerpos de infantería que combatieron, probando así su buena colocación y la sabia distribución de su esfuerzo contra un enemigo tan superior en

número y situado en dos posiciones muy diversas, cuales eran el Cundurcunca y la faja de llanada que ocupaba Valdés. El exceso recayó sobre el BOGOTA, PICHINCHA, CARACAS y VENCEDOR. Fue mucho menor, desde luego, entre los jinetes, porque los realistas de esta arma no atacaron ni resistieron como sus infantes."

"De aquí el destino que por orden general del 16 de Diciembre señaló el General Sucre, en la ciudad de Huamanga, a los cuarenta mil pesos, antes ofrecidos al cuerpo que más se distinguiese. Dispuso que, por cuanto en la batalla había sido igual el debido comportamiento de todos los cuerpos del ejército, aquella suma existente en la Comisaría tocaría a todos ellos, dándose dos sueldos o pagas mensuales a cada individuo herido, y una a los que no lo fueron. Por decreto de fecha 19 hizo marcada elección de los sobresalientes entre los buenos, concediéndoles un ascenso que no fue extensivo a todos los Jefes y oficiales. Unicamente el héroe del PASO DE VENCEDORES, su brazo derecho en tan perfecta ejecución de plan tan perfecto, fue ascendido en el mismo campo de batalla, y con satisfacción y aplauso general. Por otro decreto se distinguió al CARACAS, cambiando su nombre por el de BATALLON AYACUCHO, y los HUSARES DE COLOMBIA (regimiento que en la batalla quedó a órdenes de Herrán), una vez herido Silva, se llamaron HUSARES DE AYACUCHO. Al PICHINCHA no se le denominó de otro modo porque aquel bautismo era demasiado querido, tanto al General como a los soldados, para resignarse a perderlo."

"....Daré en su integridad los nombres de nuestros Jefes y oficiales muertos o heridos en aquel campo: memoria de amor para la patria, título de nobleza para sus familias."

"A los Jefes y oficiales heridos de los cuerpos peruanos que ya mencioné, se añadió el Comandante Pedro Blanco del segundo de HUSARES DE JUNIN. Felizmente no murió ninguno del Perú, pero sí siete colombianos, que fueron: el Capitán Urquiola de HUSARES, los Tenietes Olivo de GRANADEROS, Prieto de PICHINCHA, Sevilla de VENCEDORES y Colmenares de RIFLES; y los Subtenientes Ramonet de Pichincha y Bonilla de Bogotá. El Mayor Duxbury y Subteniente Ramírez, ambos de RIFLES, que Sucre menciona entre las víctimas de Ayacucho, cayeron en Corpahuaico, muerto el primero, el segundo herido y prisionero, rescatado en Ayacucho y muerto el día 9 o 10 en nuestro hospital."

"Jefes colombianos heridos: los Coroneles Silva, Luque y Leal, los Tenientes Coroneles León y Geraldino, y los Sargentos Mayores Pedro Torres y José Antonio Zornosa; Oficiales: los Capitanes Florencio Jiménez, más tarde Coronel y Comandante del CALLAO, Francisco Coquis, Pedro y Florentino Dononsoro, Jorge Brown, Gil Espina, Salvador Córdova, Sebastián Ureña, Juan Landaeta, Emigdio Troyano, José Alcalá, Vicente Granados, y José Miró; los Tenien-

tes Jesús Infante, José Silva, Pedro Suárez, Bernardo Vallarino. José María Otárola, Carlos French, Eugenio Peraza, José María Piedrahita, Carmen Moreno y Juan Ariscun; y los Subtenientes Nepomuceno Galindo, Ramón Chabur, Pedro Rodríguez, Manuel Malavé, José Geral, Ramón Pérez, José Manuel Calle, Santos Marquina, Francisco Paredes, José Sabino, Guillermo Corser y Miguel Macero: omitidos los dos últimos en el parte: total cuarenta y dos."

"Jefes y oficiales españoles muertos, como sesenta, cifra gloriosa para sus armas." (1)

"Los trofeos inmediatos obtenidos por los vencedores en Ayacucho, antes de presentarse el General Canterac ya excedían de mil prisioneros, entre ellos sesenta Jefes y oficiales con el Virrey, once piezas de artillería y dos mil quinientos fusiles. En la misma tarde los prisioneros ascendieron a dos mil y tantos hombres y cinco bandas de música, que fueron asignadas al PICHINCHA, VARGAS, RIFLES y dos cuerpos peruanos. En virtud de la capitulación debieron entregarse todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques y almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias; pero en lo relativo al Callao, el General Rodil la desobedeció, y no vino a rendirse sino después de un largo sitio, el 23 de Enero de 1826. El día siguiente de Ayacucho estuvieron en poder del General Sucre, además del Teniente General La Serna, el del mismo grado Canterac, los Mariscales de Campo Valdés, Carratalá, Monet, y Villalobos, los Brigadieres Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con diez y seis Coroneles, sesenta y ocho Tenientes Coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro Sargentos Mayores y oficiales, y otros mil y tantos de tropa, que en la inteligencia de entregarse lograron reunir en lo alto los Generales; inmensa cantidad de fusiles, todas las municiones, las cajas de guerra y cornetas, y cuantos elementos militares contaban en el campo. Pocos días después se añadieron los cuatro cañones desmontados, que habían dejado atrasados u ocultos."

"El segundo fruto de esta victoria fue la consolidación del Perú en el sentido de la Independencia, obra que la inesperada noticia produjo como por magia en todo su territorio, obligando a acogerse a la capitulación expresada al General Antonio María Alvarez en el Cuzco, al nuevo Virrey don Pío Tristán en Arequipa, y a otros Jefes que en el Bajo Perú intentaron por un momento negarse a ella, mientras en el Alto Perú, una parte de las mismas tropas del valiente General Olañeta se volvieron contra él y lo sacrificaron miserablemente."

---

(1) Estos fueron 96, según una lista impresa, firmada en Puno por el Coronel Francisco O'Connor, Jefe de Estado Mayor General del Ejército Colombiano.

CAPITULO IX

La Victoria de Junin, Canto a Bolivar

Hemos visto en los capítulos anteriores descripciones en prosa minuciosas e interesantes del combate de Junín y de la gran batalla de Ayacucho. Incompleta sería nuestra labor, si con motivo del centenario de aquella última legendaria batalla, que ha dado origen a este desaliñado libro, no reprodujésemos el famoso Canto épico del divino Olmedo, intitulado la VICTORIA DE JUNIN, CANTO A BOLIVAR; "ese Canto inmortal que llenó la América con sus ecos, repercutidos aún en el Viejo Mundo; Canto que, si celebraba batallas, esas batallas eran las victorias de la Libertad y las precursoras de la paz." (Palabras que constan en el discurso que pronunció don Francisco P. Icaza, cuando, de orden del Ilustre Concejo Cantonal de Guayaquil de 1881, se colocó una lápida conmemorativa en la casa en que vivió y murió el incomparable poeta doctor José Joaquín Olmedo). Indispensable nos parece esbozar la silueta del gran Poeta, antes de reproducir su grandioso Canto.

En la ínclita ciudad de Guayaquil, llamada con razón la Perla del Pacifico, a 19 de Marzo de 1780, nació José Joaquín Olmedo, siendo sus padres el malagueño don Miguel Agustín de Olmedo, y la noble matrona guayaquileña doña Ana Francisca Maruri. En el Colegio de San Fernando de Quito, que estaba a cargo de los Padres Dominicanos, estudió Olmedo Gramática Castellana y Latina. En 1794, fue enviado a Lima, siendo encomendado a su pariente el Ilmo. don José V. Silva y Alave, Obispo de Huamanga. En aquella Capital, y en el Colegio de San Carlos, continuó sus estudios; y tanto sobresalió por su talento y austeras costumbres, que a la edad de veinte años obtuvo, por oposición, la Cátedra de Filosofía.

Olmedo concluyó sus estudios en la afamada Universidad de San Marcos de Lima, doctorándose en Jurisprudencia en 1805; y obteniendo en seguida, por oposición también, la Cátedra de Derecho Civil en el mencionado Colegio de San Carlos. El 1º de Febrero de 1808, se recibió Olmedo de

Abogado, y entró a formar parte de aquella Universidad como Catedrático de Digesto, por elección espontánea de los miembros del Claustro.

Habiendo regresado a Guayaquil, y pasado a Quito, incorporóse Olmedo de Abogado de la Presidencia de este nombre, en la célebre Universidad de Santo Tomás de Aquino.

Elegido Diputado por la provincia de Guayaquil, a las Cortes Generales de España, que iban a reunirse en la Isla de San Fernando, convocadas por la Regencia de aquel Reino, Olmedo desembarcó en la hermosa Cádiz, el 11 de Septiembre de 1811, y tomó su asiento en aquella famosa Asamblea, inscribiéndose en el grupo de los Diputados que pregonaban ideas liberales y proponían reformas en el mismo sentido, tales como los ardorosos e incomparables oradores Argüelles, Gallegos, Quintana, Muñoz, Toreno, el gran quiteño don José Mejía, y otros. En la sesión de las Cortes del 12 de Agosto de 1812, se discutió con acaloramiento la abolición de servicios forzados, llamados MITAS, que el Gobierno español había impuesto a los desgraciados indios en algunas de las Colonias Americanas. Con tal motivo pronunció Olmedo un elocuente discurso, cuya síntesis, se encuentra en estas palabras:

"Es admirable que haya habido en algún tiempo razones que aconsejen esta práctica de servidumbre y de muerte; pero es más admirable que haya habido reyes que la manden, leyes que la protejan y pueblos que la sufran."

Olmedo llegó a desempeñar el cargo de Secretario y el de miembro de la Diputación Permanente de las celebérrima Cortes de Cádiz. Disueltas éstas, y perseguidos y apresados los más conspicuos Diputados que las integraron, Olmedo tuvo la suerte de permanecer oculto algún tiempo en Madrid; y pudo zarpar de Cádiz por la vía de la Habana y llegar a su querida patria en 1816.

El memorable 9 de Octubre de 1820 proclamó Guayaquil su Independencia; y el mismo día fue elegido el doctor Olmedo para ejercer la primera autoridad de la Provincia, con el título de Jefe Político. Convocado el Colegio electoral, creó una JUNTA DE GOBIERNO, compuesta de Olmedo, como Presidente, de don Francisco Roca y de don Rafael Jimena, siendo nombrado Secretario de ella don José de Antepara.

La Junta subsistió hasta que, obtenida la Independencia de la Presidencia de Quito, después de la batalla de Pichincha, ganada por el inmortal Sucre, Guayaquil se incorporó a Colombia la Grande, merced en parte a la influencia del Libertador, que llegó a ese puerto el 11 de Julio de 1822.

Olmedo, como muchos otros ciudadanos, era opuesto a esa anexión, pues deseaba la formación de una República independiente, compuesta de los Departamentos del Azuay, Guayas y Quito, tal como se constituyó después, con el

nombre del Ecuador en Colombia, y como existe hasta la fecha.

Concluídas, por consecuencia de este hecho, las funciones de la Junta de Gobierno de Guayaquil, los miembros de ésta, inclusive Olmedo, y muchos otros ciudadanos emigraron al Perú. A su arribo a Lima, fue elegido el doctor Olmedo por la provincia de Pasco Diputado al Congreso Constituyente del Perú, que se reunió en esa Capital, el 22 de Septiembre de 1822, convocado por el Protector San Martín, a su regreso de Guayaquil, después de haber conferenciado con Bolívar. Dicho Congreso fue el que invitó a este General a pasar al Perú con sus vencedoras tropas para expulsar de su territorio las últimas reliquias de las fuerzas españolas que dominaban todavía en el Continente Sud Americano. Los Diputados, para ir a Quito llevando al Libertador la invitación del Congreso, fueron Olmedo y Sánchez Carrión. Bolívar acudió al auxilio del Perú, y en Junín y Ayacucho se selló la Independencia de aquel territorio.

"Hallábase Olmedo en Guayaquil cuando llegó allí la noticia de la victoria de Junín, que tuvo lugar el 6 de Agosto de 1824. Propúsose entonces escribir el célebre, el vasto, el FORMIDABLE Canto que lleva ese nombre; pero tan poca tranquilidad logró para entregarse al trabajo, que a fines de Enero del siguiente año, apenas había compuesto cincuenta versos. Sorprendido por el espléndido triunfo alcanzado por Sucre en Ayacucho, el 9 de Diciembre del mismo año, y estimulado por el Libertador, consagróse con más asiduad a su obra hasta dejarla concluída a fines de Abril de 1825" (C. Ballén.—Datos y Noticias acerca de Olmedo). Este mismo biógrafo dice: "El profesorado y el cultivo de la Jurisprudencia no sofocaron en Olmedo las innatas disposiciones para las letras, y por su propio esfuerzo, a pesar de respirar tantos años la atmósfera anti-literaria de aquella Universidad, la de San Marcos, compuso entonces las odas EL ARBOL, A UN AMIGO EN EL NACIMIENTO DE SU HIJO y A LA MEMORIA DE LA PRINCESA DE ASTURIAS, dignas precursoras del CANTO A JUNIN."

Mientras el Bardo Guayaquileño componía este Canto, el Congreso del Perú le concedía los derechos de peruano de nacimiento, por Decreto expedido en Enero de 1825. En Agosto de este mismo año, el Gobierno del Perú presidido por el Libertador, le envió, en compañía de don José Gregorio Paredes, a desempeñar una misión diplomática cerca de las Cortes de Inglaterra, Francia y otras Naciones de Europa, misión en la que halló muchas dificultades, a consecuencia de las desavenencias que se suscitaron entre él y su compañero.

Hallándose Olmedo en Guayaquil de regreso de Europa, el Libertador le ofreció, desde Bucaramanga, la cartera de Relaciones Exteriores de Colombia, cargo que no lo aceptó, porque no quería tener ingerencia en la administración pública.

Disuelta aquella Gran República, el General don Juan José Flores se puso al frente del Estado llamado entonces el ECUADOR EN COLOMBIA, y convocó un Congreso Constituyente, que se reunió el 14 de Agosto de 1830 en la ciudad de Riobamba. Olmedo, elegido Diputado para esa Asamblea, fue uno de los redactores de la primera Constitución Política de nuestra patria.

Vino después contra el Presidente Flores la famosa revolución llamada de los CHIHUAHUAS, que fue ahogada en torrentes de sangre en la pampa de Miñarica, el 18 de Enero de 1835.

Esta lucha fratricida inspiró a Olmedo la oda famosísima, intitulada "Al General Flores. Vencedor en Miñarica."

Después de esta batalla, reunióse en en el mismo año de 1835, en Ambato, una segunda Convención, de la que fue Presidente el doctor José Joaquín Olmedo; y la nueva Constitución que dictó aquella Asamblea fue en gran parte obra suya.

Durante diez años consecutivos Olmedo vivió retirado en su hermosa quinta llamada la VIRGINIA, consagrado al estudio y ocupado en continuar la notable traducción de las Epístolas de Pope, cuando abandonó su tranquilo hogar y sus faenas literarias para ponerse al frente, en unión de don Diego Noboa, y don Vicente Ramón Roca, de la revolución verdaderamente popular que estalló en Guayaquil el 6 de Marzo de 1845, contra el General don Juan José Flores, quien después de haber gobernado el Ecuador por ocho años, había sido elegido Presidente por oho años más, por la Convención de 1843.

La lucha armada que siguió al pronunciamiento de Marzo, fue una de las más sangrientas que registra nuestra Historia, y terminó por un convenio ajustado en LA VIRGINIA, hacienda, según acabamos de decirlo, de Olmedo. En virtud de ese convenio, el General Flores se ausentó del Ecuador. Reunióse, en seguida, una Asamblea Constituyente en Cuenca, la que eligió Presidente de la República a don Vicente Ramón Roca, posponiendo al doctor Olmedo, que fue también candidato para aquel elevado cargo.

"El nuevo Presidente, dice Don Clemente Ballén, encomendó a Olmedo la tarea de reclamar del Perú, en unión del Gemeral Elizalde, los restos de su ilustre amigo La Mar; y después de haber cumplido este piadoso deber, por desgracia infructuosamente, y agobiado por un cáncer intestinal que había entristecido cruelmente su existencia desde algunos años atrás, y al que debe atribuirse la declinación de su talento desde 1842, volvió a Guayaquil a principios de 1847, y el 17 de Febrero de ese año se apagó la preciosa vida de este Padre de la Patria, de este clarísimo ingenio, que ha legado el más glorioso nombre a las generaciones venideras."

"Sus funerales se celebraron en todas las ciudades im-

portantes del Ecuador, con honores de Presidente de la República; y sus restos reposan en el templo de San Francisco de Guayaquil, en un mausoleo edificado bajo la dirección de don Juan Francisco de Icaza, cuñado suyo. La Llosa que los cubre tiene la inscripción siguiente:

Don José Joaquín Olmedo,
por su patriotismo e ingenio,
honra de su patria y de la América;
por su índole y sus virtudes,
Idolo de su familia y sus amigos.

1847.

A Dios Glorificador.
Aquí yace el doctor D. José Joaquín Olmedo.
Fue el Padre de la Patria,
El ídolo del pueblo;
Poseyó todos los talentos,
Practicó todas las virtudes.

1847.

Muchos juicios críticos se han escrito respecto del Canto a Junín. Nosotros creemos que el mejor de todos es el que hizo el mismo Libertador, en sus hermosas cartas dirigidas a Olmedo, desde el Cuzco, con fecha 27 de Junio y 12 de Julio de 1825. La que lleva esta última fecha, concluye con estas palabras;

"Permítame U., querido amigo, le pregunte: ¿de donde sacó U. tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido, desde el principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y usted la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de usted al campo es pindárica, y a mí me ha gustado tanto, que la llamaría divina....."

He aquí el sublime poema LA VICTORIA DE JUNIN, CANTO A BOLIVAR:

VICTORIA DE JUNIN

CANTO A BOLIVAR

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
A Dios anuncia, que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre
Que más feroz que nunca amenazaba
A sangre y fuego eterna servidumbre;
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman á Bolívar en la Tierra
Arbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantara
Para hablar a los siglos y naciones;
Templos, do esclavas manos
Deificaban en pompa á sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca y las derriba al suelo,
Después que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones;
Y bajo los escombros confundido,
Entre la sombra del eterno olvido,
¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!
El sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
A la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades a su planta

Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes... las enormes, estupendas
Moles, sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Jamás se moverán. Ellos burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De Libertad y de Victoria heraldos,
Que con eco profundo
A la postrema edad dirán del mundo:
"Nosotros vimos de Junín el campo:
"Vimos que al desplegarse
"Del Perú y de Colombia las banderas
"Se turban las legiones altaneras,
"Huye el fiero español despavorido,
"O pide paz rendido.
"Venció Bolívar: el Perú fue libre:
"Y en triunfal pompa Libertad sagrada
"En el Templo del Sol fue colocada."

¿Quién me dará temblar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discorde són. ¿Quién me liberta
Del dios que me fatiga...?
Siento unas veces la rebelde Musa,
Cual bacante en furor, vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
O sola por las selvas silenciosas
O las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras, el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes, y de allí desciende
Al campo de Junín, y ardiendo en ira
Los numerosos escuadrones mira
Que el odiado pendón de España arbolan:
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,
Y a combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poeta
Eran dignos de honor y de memoria,
La musa audaz de Píndaro divino,
Cual intrépido atleta
En inmortal porfía,
Al griego estadio concurrir solía;
Y en estro hirviendo y en amor de fama,

Y del metro y del número impaciente
Pulsa su lira de oro sonorosa,
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más valeroso
O al más afortunado:
Pero luego envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,
Ciega se lanza al circo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita,
Y al carro vencedor se precipita,
Y desatando armónicos raudales
Pide, disputa, gana,
Y arrebata la palma a sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
Sobre el collado que a Junín domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer designa?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y á los más bravos a morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar la presa
Que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya desciende
Pronto y apercibido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda: el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de la gloria,
Su voz un trueno, su mirada un rayo.
¿Quién, aquel que al trabarse la batalla,
Ufano como Nuncio de victoria,
Un corcel impetuoso fatigando
Discurre sin cesar por toda parte . . .?
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
Mirad allí los duros opresores
De vuestra patria. Bravos Colombianos,
En cien crudas batallas vencedores,
Mirad allí los enemigos fieros
Que buscando venís desde Orinoco.
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro,
Vuestra será la gloria.
Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.
Acometed, que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido:
Quien no espera vencer, ya está vencido»

Dice, y al punto, cual fugaces carros

Que dada la señal parten, y en densos
De arena y polvo torbellinos ruedan,
Arden los ejes, se estremece el suelo,
Estrépito confuso asorda el cielo,
Y en medio del afán cada cual teme
Que los demàs adelantarse puedan:
Así los ordenados escuadrones
Que del iris reflejan los celores
O la imagen del los en sus pendones,
Se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,
Quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

¿Perderse? Nó, jamás, que en la pelea
Los arrastra y anima e importuna
De Bolívar el genio y la fortuna.

Llama improviso al bravo Necochea,
Y mostrándole el campo,
Partir, acometer, vencer le manda;
Y el guerrero esforzado,
Otra vez vencedor y otra cantado,
Dentro en el corazón por patria jura
Cumplir la orden fatal, y a la victoria,
O a noble y cierta muerte, se apresura.

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando,
Y el són de las trompetas clamoroso,
Y el relinchar del alazán fogoso,
Que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
En bélico furor salta impaciente
Donde más se encruelece la pelea;
Y el silbo de las balas que rasgando
El aire, llevan por doquier la muerte;
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al sol reflectan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
O en torrentes de sangre arrebatados,
Y el violento tropel de los guerreros
Que más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren, mas no se rinden... todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del Destino escrito,
De la venganza al pueblo americano,
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,

Hijas del negro averno, me inflamara,
Y mi pecho y mi musa enardeciera
En tartáreo furor, del León de España,
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera
A pintar el rencor y horrible saña.
Ruge atroz, y cobrando
Más fuerza en su despecho se abalanza,
Abriéndose ancha calle entre las haces
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas;
Rayos respira, mortandad y estrago,
Y sin pararse á devorar la presa,
Prosigue en su furor, y en cada huella
Deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el Argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado:
Y no ya cual caudillo, cual soldado
Los formidables ímpetus contiene
Y uno en contra de ciento se sostiene,
Como tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada,
Que guardan el redil, mata, destroza,
Ahuyenta a sus contrarios, y aunque herida,
Sale con la victoria y con la vida.

Oh capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre patria,
No morirás: tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
A tu gloria darán sonoro canto
Y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece
Y el desigual combate restablece.
Bajo su mando ufana
Marchar se ve la juventud peruana,
Ardiente, firme, a perecer resuelta,
Si acaso el hado infiel vencer le niega.
En el arduo conflicto opone ciega
A los adversos dardos firmes pechos,
Y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados
Entre seda y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?
Sí: que los que antes desatar no osaban
Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban,

Hoy ya con mano fuerte
La cadena quebrantan ponderosa
Que ató sus pies, y vuelan denodados
A los campos de muerte y gloria cierta,
Apenas la alta fama los despierta
De los guerreros que su cara patria
En tres lustros de sangre libertaron;
Y apenas el querido
Nombre de libertad su pecho inflama,
Y de amor patrio la celeste llama
Prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles
Que en infame disfraz y en ocio blando
De lánguidos suspiros,
Los destinos de Grecia dilatando,
Vive cautivo en la beldad de Sciros;
Los ojos pace en el vistoso alarde
De arreos y de galas femeniles
Que de India y Tiro y Menfis opulenta
Curiosos mercadantes le encarecen.
Mas a su vista apenas resplandecen
Pavés, espada y yelmo que entre gasas
El Itacense astuto le presenta,
Pásmase . . . se recobra, y con violenta
Mano el templado acero arrebatando,
Rasga y arroja las indignas tocas,
Parte, traspasa el mar y en la troyana
Arena, muerte, asolación, espanto
Difunde por doquier: todo le cede . . .
Aun Héctor retrocede . . .
Y cae al fin; y en derredor tres veces
Su sangriento cadáver profanado
Al veloz carro atado
Del vencedor inexorable y duro,
El polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía
Del nombre y las hazañas portentosas
De tantos capitanes que este día
La palma del valor se disputaron,
Digna de todos . . . Carbajal . . . y Silva . . .
Y Suárez . . . y otros mil . . . Mas de improviso
La espada de Bolívar aparece,
Y a todos los guerreros,
Como el sol a los astros, obscurece.

Yo acaso más osado le cantara,
Si la meonia Musa me prestara
La resonante trompa que otro tiempo

Cantaba al crudo Marte entre los Traces,
Bien animando las terribles haces,
Bien los fieros caballos, que la lumbre
De la égida de Palas espantaba.
Tal el héroe brillaba
Por las primeras filas discurriendo.
Se oye su voz, su acero resplandece
Do más la pugna y el peligro crece.
Nada le puede resistir... Y es fama,
¡Oh portento inaudito!
Que el bello nombre de Colombia escrito
Sobre su frente en torno despedía
Rayos de luz tan viva y refulgente
Que deslumbrado el Español desmaya,
Tiembla, pierde la voz, el movimiento:
Sólo para la fuga tiene aliento.

Así cuando en la noche algún malvado
Va á descargar el brazo levantado,
Si de improviso lanza un rayo el cielo,
Se pasma, y el puñal trémulo suelta:
Hielo mortal á su furor sucede;
Tiembla, y horrorizado retrocede.
Ya no hay más combatir. El enemigo
El cámpo todo y la victoria cede.
Huye cual ciervo herido; y adonde huye
Allí encuentra la muerte. Los caballos
Que fueron su esperanza en la pelea,
Heridos, espantados, por el campo
O entre las filas vagan, salpicando
El suelo en sangre que su crin gotea;
Derriban al jinete, lo atropellan,
Y las catervas van despavoridas,
O unas con otras con terror se estrellan.
Crece la confusión, crece el espanto:
Y al impulso del aire, que vibrando
Sube en clamores y alaridos lleno,
Tremen las cumbres que respeta el trueno;
Y discurriendo el vencedor en tanto
Por cimas de cadáveres y heridos
Postra al que huye, perdona a los rendidos.

¡Padre del universo! ¡Sol radioso!
¡Dios del Perú! ¡modera omnipotente
El ardor de tu carro impetuoso,
Y no escondas tu luz indeficiente...
Una hora más de luz!... Pero esta hora
No fué la del Destino. El Dios oía
El voto de su pueblo, y de la frente
El cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora:

En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se obscurece.
Tendió su manto lóbrego la noche:
Y las reliquias del perdido bando,
Con sus tristes y atónitos caudillos,
Corren sin saber donde espavoridas,
Y de su sombra misma se estremecen.
Y al fin en las tinieblas ocultando
Su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la Patria! ¡oh Dios! ¡Victoria!
¡Triunfo a Colombia: y a Bolívar gloria!

Ya el ronco parche y el clarín sonoro
No a presagiar batalla y muerte suena,
Ni a enfurecer las almas: mas se estrena
En alentar el bullicioso coro
De vivas y patrióticas canciones.
Arden cien pinos: y a su luz las sombras
Huyeron, cual poco antes desbandadas
Huyeron de la Espada de Colombia
Las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,
El nombre de Bolívar repitiendo
Y las hazañas de tan claro día,
Los jefes y la alegre muchedumbre
Consumen en acordes libaciones
De Baco y Ceres los celestes dones.

«Victoria, paz, clamaban,
Paz para siempre. Furia de la guerra,
Húndete al hondo averno derrocada;
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.
Paz para siempre. La sanguínea espada,
O cubierta de orín ignominioso,
O en el útil arado transformada,
Nuevas leyes dará. Las varias gentes
Del mundo, que a despecho de los cielos
Y del ignoto ponto proceloso,
Abrió a Colón su audacia o su codicia,
Todas ya para siempre recobraron
En Junín libertad, gloria y reposo.»

Gloria mas no reposo: de repente
Clamó una voz de lo alto de los cielos.
Y a los ecos los ecos por tres veces
Gloria, mas no reposo, respondieron.

El suelo tiembla; y cual fulgentes faros
De los Andes las cúspides ardieron.
Y de la noche el pavoroso manto
Se trasparenta, y rásgase, y el éter
Allá lejos purísimo aparece,
Y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improviso, veneranda sombra
En faz serena y ademán augusto
Entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
Pende, y su diestra aéreo cetro rige:
Su mirar noble, pero no sañudo;
Y nieblas figuraban a su planta
Penacho, arco, carcax, flechas y escudo.
Una zona de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a Junín: y plácida sonrisa
Vagó sobre su faz. «Hijos, decía,
Generación del Sol afortunada,
Que con placer yo puedo llamar mía,
Yo soy Huaina Capac: soy el postrero
Del vástago sagrado:
Dichoso rey, mas padre desgraciado.
De esta mansión de paz y luz he visto
Correr las tres centurias
De maldición, de sangre y servidumbre:
Y el Imperio regido por las Furias.

No hay punto en estos valles y estos cerros
Que no mande tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
Aquí y allí: las tribus numerosas
Al ruido del cañón se disiparon:
Y los restos mortales de mi gente
Aun a las mismas rocas fecundaron.

Más allà un hijo expira entre los hierros
De su sagrada majestad indinos...
Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos...
¡Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaban nuestras plantas!

«Y mi Huáscar también... ¡Yo no vivía!
¡Que de vivir, lo juro, bastaría,
Sobrara a debelar la hidra española

Esta mi diestra triunfadora, sola!
Y nuestro suelo, que ama sobre todos
El Sol mi padre, en el estrago fiero
No fué, ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero.
Que mis caros hermanos,
El gran Guatimozín y Motezuma
Conmigo el caso acerbo lamentaron
De su nefaria muerte y cautiverio,
Y la devastación del grande imperio,
En riqueza y poder igual al mío...
Hoy con noble desdén ambos recuerdan
El ultraje inaudito, y entre fiestas
Alevosas el dardo prevenido,
Y el lecho en vivas ascuas encendido.

«¡Guerra al usurpador!–¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión ó leyes?...
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces, y por fin supersticiosos!
¿Què religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
Los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh religión! ¡Oh fuente pura y santa
De amor y de consuelo para el hombre!
¡Cuàntos males se hicieron en tu nombre!
¿Y qué lazos de amor?... Por los oficios
De la hospitalidad más generosa
Hierros nos dan: por gratitud, suplicios.
Todos, sí, todos: menos uno solo;
El mártir del amor americano:
De paz, de caridad apóstol santo;
Divino Casas, de otra patria digno,
Nos amó hasta morir.-- Por tanto ahora
En el empíreo entre los Incas mora.

«En tanto la hora inevitable vino
Que con diamante señaló el Destino,
A la venganza y gloria de mi pueblo.
Y se alza el Vengador.-- Desde otros mares
Como sonante tempestad se acerca:
Y fulminó. Y del Inca en la Peana,
Que el tiempo y un poder furial profana
Cual de un Dios irritado en los altares
Las víctimas cayeron á millares.
¡Oh campos de Junín!... ¡Oh predilecto
Hijo y Amigo y Vengador del Inca!
¡Oh Pueblos, que formáis un pueblo solo
Y una familia, y todos sois mis hijos!
Vivid, triunfad...»

El Inca esclarecido
Iba a seguir: mas de repente queda

En éxtasis profundo embebecido:
Atónito en el cielo
Ambos ojos inmóviles ponía,
y en la improvisa inspiración absorto
La sombra de una estatua parecía.
Cobró la voz al fin. «Pueblos, decía,
La página fatal ante mis ojos
Desenvolvió el Destino, salpicada
Toda en purpúrea sangre; mas en torno
También en bello resplandor bañada.
Jefe de mi nación, nobles guerreros,
Oíd cuanto mi oráculo os previene,
Y requerid los ínclitos aceros,
Y en vez de cantos nueva alarma suene;
Que en otros campos de inmortal memoria
La Patria os pide, y el destino os manda
Otro afán, nueva lid, mayor victoria.»

Las legiones atónitas oían;
Mas luego que se anuncia otro combate,
Se alzan, arman, y al orden de batalla
Ufanas y prestísimas corrieran;
Y ya de acometer la voz esperan.
Reina el silencio. Mas de su alta nube
El Inca exclama: «De ese ardor es digna
La ardua lid que os espera;
Ardua, terrible, pero al fin postrera.
Ese adalid vencido
Vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco;
Y en su furia insensata
Gentes, armas, tesoros arrebata,
Y a nuevo azar entrega su fortuna.
Venganza, indignación, furor le inflaman,
Y allá en su pecho hierven como fuegos
Que de un volcán en las entrañas braman.

«Marcha: y el mismo campo donde ciegos
En sangrienta porfía
Los primeros tiranos disputaron
Cuál de ellos solo dominar debía,
Pues el poder y el oro dividido
Templar su ardiente fiebre no podía:
En ese campo, que a discordia ajena
Debió su infausto nombre, y la cadena
Que después arrastró todo el imperio;
Allí, no sin misterio
Venganza y gloria nos darán los cielos.
¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!
¡Campo serás de gloria y de venganza...
Mas no sin sangre... Yo me estremeciera
Si mi ser inmortal no lo impidiera!

«Allí Bolívar, en su heróica mente
Mayores pensamientos revolviendo,
El nuevo triunfo trazará, y haciendo
De su genio y poder un nuevo ensayo,
Al joven Sucre prestará su rayo.
Al joven animoso,
A quien del Ecuador montes y ríos
Dos veces aclamaron victorioso.
Ya se verá en la frente del guerrero
Toda el alma del Héroe reflejada,
Que él le quiso infundir de una mirada.

«Como torrentes desde la alta cumbre
Al valle en mil raudales despeñados,
Vendrán los hijos de la infanda Iberia,
Soberbio en su fiera muchedumbre,
Cuando a su encuentro volará impaciente
Tu juventud, Colombia belicosa,
Y la tuya, ¡Oh Perú! de fama ansiosa,
Y el caudillo impertérrito a su frente.

«¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
Cual aturde y espanta en su estallido
De hórrida tempestad el postrer trueno.
Arder en fuego el aire,
En humo y polvo obscurecerse el cielo,
Y con la sangre en que rebosa el suelo,
Se verá el Apurimac de repente
Embravecer su rápida corriente.

«Mientras por sierras y hondos precipicios
A la hueste enemiga
El impaciente Córdova fatiga;
Córdova, a quien inflama
Fuego de edad, y amor de patria y fama;
Córdova, en cuyas sienes con bello arte
Crecen y se entrelazan
Tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.
Con su Miller los húsares recuerdan
El nombre de Junín: Vargas su nombre,
Y Vencedor el suyo con su Lara
En cien hazañas cada cual más clara.

«Allá por otra parte,
Sereno, pero siempre infatigable;
Terrible cual su nombre, batallando
Se presenta La--Mar: y se apresura
La tarda rota del protervo bando.
Era su antiguo voto, por la patria

Combatir y morir. Dios complacido
Combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día
Ya la calumnia impía
Bajo tu pie bramando confundida,
Te sonríe la Patria agradecida.
Y tu nombre glorioso,
Al armónico canto que resuena
En las floridas márgenes del Guayas,
Que por oírlo su corriente enfrena,
Se mezclará; y el pecho de tu amigo
Tus hazañas cantando y tu ventura
Palpitará de gozo y de ternura.

«Lo grande y peligroso
Hiela al cobarde, irrita al animoso.
¡Que intrepidez! ¡qué súbito coraje
El brazo ajita y en el pecho prende
Del que su patria y libertad defiende!
El menor resistir es nuevo ultraje.
El jinete impetuoso,
El fulmíneo arcabuz de sí arrojando,
Lánzase á tierra con el hierro en mano,
Pues le parece en trance tan dudoso
Lento el caballo, perezoso el plomo.
Crece el ardor.-- Ya cede en toda parte
El número al valor, la fuerza al arte.
Y el Ibero arrogante en las memorias
De sus pasadas glorias,
Firme, feroz resiste: y ya en idea
Bajo triunfales arcos, que alzar debe
La sojuzgada Lima, se pasea.
Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada,
Ni la resuelta y numerosa tropa
Le sirve. Cede al ímpetu tremendo:
Y el arma de Bailén rindió cayendo
El vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el valor, mas no las iras pierde,
Y en furibunda rabia el polvo muerde.

Alza el párpado grave, y sanguinosos
Ruedan sus ojos y sus dientes crujen:
Mira la luz, se indigna de mirarla:
Acusa, insulta al cielo; y de sus labios,
Cárdenos, espumosos,
Votos y negras sangre, y hiel brotando,
En vano un vengador muere invocando.

«Ah: ya diviso míseras reliquias
Con todos sus caudillos humillados

Venir pidiendo paz. Y generoso,
En nombre de Bolívar y la Patria,
No se la niega el vencedor glorioso.
Y su triunfo sangriento,
Con el ramo feliz de paz corona,
Que si patria y honor le arman la mano
Arde en venganza el pecho americano;
Y cuando vence, todo lo perdona.

«Las voces, el clamor de los que vencen,
Y de Quinó las ásperas montañas,
Y los cóncavos senos de la tierra,
Y los ecos sin fin de la ardua sierra,
Todo repite sin cesar, ¡Victoria!

«Y las bullentes linfas de Apurímac
A las fugaces linfas de Ucayale
Se unen, y unidas llevan presurosas,
En sonante murmullo y alba espuma,
Con palmas en las manos y coronas,
Esta nueva feliz al Amazonas.
Y el espléndido rey al punto ordena
A sus delfines, ninfas y sirenas
Que en clamorosos plácidos cantares
Tan gran victoria anuncien a los mares.

«¡Salud, oh Vencedor! ¡Oh Sucre! vence,
Y de nuevo laurel orla tu frente.
Alta esperanza de tu insigne patria!
Como la palma al margen de un torrente
Crece tu nombre... Y sola en este día
Tu gloria, sin Bolívar, brillaría.
Tal se ve Héspero arder en su carrera,
Y del nocturno cielo
Suyo el imperio sin la luna fuera.

«Por las manos de Sucre la victoria
Ciñe á Bolívar lauro inmarcesible.
¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho,
Fatiga eterna al bronce de la Fama,
Segunda vez Libertador te aclama.

«Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza
La nueva edad al Inca prometida
De libertad, de paz y de grandeza.
Rompistes la cadena aborrecida:
La rebelde cerviz hispana hollaste:
Grande gloria alcanzaste;

Pero mayor te espera, si á mi pueblo
Así cual a la guerra lo conformas,
Y a conquistar su libertad le empeñas;
La rara y ardua ciencia
De merecer la paz y vivir libre
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.
Yo con riendas de seda regí el pueblo,
Y cual padre le amé; más no quisiera
Que el cetro de los Incas renaciera:
Que ya se vió algún Inca que teniendo
El terrible poder todo en su mano,
Comenzó padre y acabó tirano.
Yo fuí conquistador, ya me avergüenzo
Del glorioso y sangriento ministerio;
Pues un conquistador, el más humano,
Formar, más no regir, debe un imperio.

«Por no trillada senda, de la gloria
Al templo vuelas, ínclito Bolívar.
Que ese poder tremendo que te fía
De los padres el íntegro senado,
Si otro tiempo perder a Roma pudo,
En tu potente mano
Es a la Libertad del Pueblo escudo.

«Oh Libertad, el Héroe que podía
Ser el brazo de Marte sanguinario,
Ese es tu sacerdote más celoso,
Y el primero que toma el incensario,
Y a tu aras se inclina silencioso.
¡Oh Libertad! Si al pueblo americano
La solemne misión ha dado el Cielo
De domeñar el monstruo de la guerra,
Y dilatar tu imperio soberano
Por las regiones todas de la tierra,
Y por las ondas todas de los mares,
No temas, con este Héroe, que algún día
Eclipse el ciego error tus resplandores,
Superstición profane tus altares,
Ni que insulte tu ley la tiranía:
Ya tu imperio y tu culto son eternos.
Y cual restauras en su antigua gloria
Del santo y poderoso
Pacha-Camac el templo portentoso:
Tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
En que darás a pueblos destronados
Su majestad ingénita y su solio,
Animarás las ruinas de Cartago,
Relevarás en Grecia el Areopago,
Y en la humillada Roma el Capitolio.

«Tuya será, Bolívar esta gloria:
Tuya romper el yugo de los reyes,
Y a su despecho entronizar las leyes;
Y la discordia en áspides crinada,
Por tu brazo en cien nudos aherrojada,
Ante los Haces santos confundidas
Harás temblar las armas parricidas.

«Ya las hondas entrañas de la tierra
En larga vena ofrecen el tesoro
Que en ellas guarda el sol, y nuestros montes
Los valles regarán con lava de oro.
Y el pueblo primogénito dichoso
De libertad que sobre todos tanto
Por su poder y gloria se enaltece,
Como entre sus estrellas
La estrella de Virginia resplandece,
Nos da el ósculo santo
De amistad fraternal. Y las naciones
Del remoto hemisferio celebrado,
Al contemplar el vuelo arrebatado,
De nuestras musas y artes,
Como iguales amigos nos saludan;
Con el tridente abriendo la carrera
La reina de los mares la primera.

«Será perpetua, oh pueblos, esta gloria
Y vuestra libertad incontrastable
Contra el poder y liga detestable
De todos los tiranos conjurados,
Si en lazo federal de polo a polo
En la guerra y la paz vivís unidos.
Vuestra fuerza es la unión. ¡Unión, oh pueblos,
Para ser libres y jamás vencidos!
Esta unión, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea,
Que en fortísimo enlace se dilatan
Del uno al otro mar. Las tempestades
Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
Erupciones volcánicas arrasan
Campos, pueblos, vastísimas regiones,
Y amenazan horrendas convulciones
El globo destrozar desde el profundo:
Ellos, empero, firmes y serenos
Ven el estrago funeral del mundo.

«Esta es, Bolívar, aún mayor hazaña
Que destrozar el férreo cetro á España.
Y es digna de ti solo. En tanto triunfa...
Ya se alzan los magníficos trofeos.

Y tu nombre aclamado
Por las vecinas y remotas gentes,
En lenguas, voces, metros diferentes,
Recorrerá la serie de los siglos
En las alas del canto arrebatado...
Y en medio del concento numeroso
La voz del Guayas crece
Y a las más resonantes enmudece.
Tú la salud y honor de nuestro pueblo
Serás viviendo, y Angel poderoso
Que lo proteja cuando
Tarde al empíreo el vuelo arrebatares,
Y entre los claros Incas
A la diestra de Manco te sentares.

«Así place al destino. ¡Oh! ved al cóndor,
Al peruviano rey del pueblo aerio,
A quien ya cede el águila el imperio,
Vedle cual desplegando en nuevas galas
Las espléndidas alas
Sublime á la región del sol se eleva
Y el alto augurio que os revelo aprueba.

«Marchad, marchad guerreros,
Y apresurad el día de la gloria:
Que en la fragosa margen de Apurímac
Con palmas os espera la Victoria.»

Dijo el inca. Y las bóvedas etéreas
De par en par se abrieron,
En viva luz y resplandor brillaron
Y en celestiales cantos resonaron.
Era el coro de cándidas vestales,
Las vírgenes del sol que rodeando
Al Inca como a sumo sacerdote,
En gozo santo y ecos virginales
En torno van cantando
Del sol las alabanzas inmortales:

«Alma eterna del mundo,
Dios santo del Perú, padre del Inca,
En tu giro fecundo
Gózate sin cesar, luz bienhechora,
Viendo ya libre al pueblo que te adora.

La tiniebla de sangre y servidumbre
Que ofuscaba la lumbre
De tu radiante faz pura y serena

Se disipó, y en cantos se convierte
La querella de muerte
Y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la libertad buscó un asilo,
Amable peregrina;
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo,
Y aquí poner la Diosa
Quiere su templo y ara milagrosa.
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
Se viene a consolar de la ruína
De los altares que le alzò la Grecia,
Y en todos sus oráculos proclama
Que al Madalèn y al Rímac bullicioso
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

¡Oh Padre, oh claro sol!, no desampares
Este suelo jamás, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce: por ti viven,
Y acción, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas,
Y a las aves canoras
En tus primeras horas,
Y son tuyos sus cantos matinales.
Por ti siente el guerrero
En amor patrio enardecida el alma,
Y al pie de tu ara rinde placentero
Su laurel y su palma,
Y tuyos son sus cánticos marciales.

¡Fecunda, ¡oh sol!, tu tierra,
Y los males repara de la guerra.
Da a nuestros campos frutos abundosos
Aunque niegues el brillo a los metales:
Da naves a los puertos;
Pueblos a los desiertos;
A las armas victoria;
Alas al genio y a las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta
El brazo que te venga:
No para nuevas lides sanguinosas,
Que miran con horror madres y esposas;
Sino para poner a olas civiles
Límites ciertos, y que en paz florezcan
De la alma paz los dones soberanos,
Y arredre a sediciosos y a tiranos.
Brilla con nueva luz, rey de los Cielos;

Brilla con nueva luz en aquel día
Del triunfo que magnífica prepara
A su libertador la patria mía.
¡Pompa digna del Inca y del Imperio
Que hoy de su ruina a nuevo ser revive!

Abre tus puertas, opulenta Lima,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador que rodeado
De pueblos numerosos, y aclamado
Angel de la esperanza,
Y genio de la paz y de la gloria,
En inefable majestad se avanza.

Las musas y las artes revolando
En torno van del carro esplendoroso;
Y los pendones patrios vencedores
Al aire vago ondean, ostentando
Del Sol la imagen, de Iris los colores,
Y en ágil planta y en gentiles formas,
Dando al viento el cabello desparcido,
De flores matizado,
Cual las horas del sol raudas y bellas,
Saltan en derredor lindas doncellas
En giro no estudiado;
Las glorias de su patria
En sus patrios cantares celebrando,
Y en sus pulidas manos levantando,
Albos y tersos como el seno de ellas,
Cien primorosos vasos de alabastro
Que espiran fragantísimos aromas,
Y de su centro se derrama y sube
Por los cerúleos ámbitos del cielo
De ondoso incienso trasparente nube.

Cierran la pompa espléndidos trofeos,
Y por delante en larga serie marchan
Humildes, confundidos,
Los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá procede el Astur belicoso;
Allí va el Catalán infatigable,
Y el agreste Celtíbero indomable,
Y el Cántabro feroz que a la romana
Cadena el cuello sujetó el postrero;
Y el Andaluz liviano,
Y el adusto y severo Castellano.
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede:
Y las que antes graciosas
Fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo

Se esconden silenciosas:
Y el grande Betis, viendo ya marchita
Su sacra oliva, menos orgulloso
Paga su antiguo feudo al marundoso.

El sol suspenso en la mitad del cielo
Aplaudirá esta pompa.—¡Oh Sol, oh Padre,
Tu luz rompa y disipe
Las sombras del antiguo cautiverio;
Tu luz nos dé el imperio;
Tu luz la libertad nos restituya;
Tuya es la tierra, y la victoria es tuya!»

Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,
Y en plácido fulgor resplandecieron.
Todos quedan atónitos. Y en tanto,
Tras la dorada nube el Inca santo
Y las santas Vestales se escondieron.

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,
Humilde Musa mía? ¡Oh! no reveles
A los seres mortales
En débil canto arcanos celestiales.
Y ciñan otros la apolínea rama,
Y siéntense á la mesa de los dioses,
Y los arrulle la parlera fama,
Que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré a mi flauta conocida
Libre vagando por el bosque umbrío
De naranjos y opacos tamarindos,
O entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la margen de mi río,
O entre risueños campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona
La Piña ostenta el cetro de Pomona.
Y me diré feliz si mereciere,
Al colgar esta lira en que he cantado
En tono menos digno
La gloria y el destino
Del venturoso pueblo americano:
Yo me diré feliz, si mereciere
Por premio a mi osadía,
Una mirada tierna de las Gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la Patria mía,
Y el odio y el furor de los tiranos.

Guayaquil, Abril 1825.

CAPITULO X

Proceres Ecuatorianos que tomaron parte en las Campañas Libertadoras del peru.

El Gran Mariscal don José de La Mar.—El Coronel don Alejandro Vargas Machuca.—El Coronel don Baltazar Rivera y Nates.—El Coronel don Guillermo Harris.—El General don Arturo Sandes.—El Coronel don Guillermo Talbot.—El General don Florentino León.—El Capitán don José Sevilla.—Los hermanos Prietos.—El Teniente Antonio Díaz.—Don Francisco Calderón y Garaicoa.—Próceres quiteños.—Próceres guayaquileños.—Próceres ambateños.—El Capitán don Hipólito Tufiño.—Nicolasa Jurado.—Inés Jiménez.—Gertrudis Espalsa.—Ecuatorianos muertos en los diversos combates librados en pro de la Independencia del Perú.—Don José María Borrero y Baca.—El General don Ignacio Torres.—Don Salvador Sevilla.

Oportuno nos parece consignar algunos datos biográficos de los principales Próceres Ecuatorianos que prestaron sus servicios en las campañas Libertadoras del Perú, principiando por el más notable de todos que lo fue indudablemente el Gran Mariscal don José Domingo de La Merced La Mar y Cortázar.

Nació este ilustre personaje en Cuenca del Ecuador, y fue bautizado en 12 de Mayo de 1776, siendo sus padres el vizcaíno don Marcos de La Mar y doña Josefa Cortázar y Lavayen. El primero, que vino a Cuenca con el cargo de Contador de las Reales Cajas, era descendiente de una familia inglesa de origen normando avecindada en el Norte de España, a consecuencia de las persecuciones de Oliverio Cromwel, y cuyo progenitor obtuvo el título de Duque de La Mar. La segunda, o sea doña Josefa Cortázar, era hija de don José Ruiz de Cortázar, antiguo Gobernador de Guayaquil, y de doña Ana Lavayen y Santisteban, y estaba emparentada con las familias más nobles de España y de Guayaquil.

"Sobrino en segundo grado del Mariscal La Mar es el venerable hombre de Estado señor doctor Antonio Borrero Cortázar, ex-Presidente de la República, escritor de fama centinental, jefe de honorable familia cuencana, y retraído hace muchos años en su modesta heredad de Charasol, entre Azogues y Cuenca, ciudad que se honra en contarlo entre sus hijos predilectos (1). Por su sobrino tan egregio se sabe que el Mariscal La Mar nació en la casa que fue hasta hace poco de la familia Salazar, hoy del doctor Belisario A. Reyes, esquina diagonal a la moderna Iglesia de San Alfonso, casa colonial que lleva tiempos de haber cumplido un siglo y cuarto de existencia, grande y de dos pisos, alcázar cuando se edificó, distante una cuadra de la plaza principal; y además, que en esa misma casa nació el Capitán que vive cada día más glorioso en nuestros corazones. Cuadra bién, parodiada, en el frontispicio de esta casa tesoro para el patriotismo nacional, la quintilla que se lee en la que fue mansión vallisolitana del insuperable ingenio de los escritores españoles:

"No es palacio, y maravilla;
No es templo, y aquí se reza;
No es roca, y al tiempo humilla;
No es del arte una riqueza,
Y es la joya de Castilla"

"Otro sobrino ilustre tuvo el Mariscal La Mar, distinguido escritor como el ex Presidente e igualmente invulnerable por su hombría de bien; el doctor Ramón Borrero Cortázar" (Manuel de Jesús Andrade.-- Próceres de la Independencia).

A las palabras transcritas de este notable escritor colombiano, nosotros añadiremos que la histórica casa, en que nacieron La Mar y Abdón Calderón, sirvió en la epóca colonial de Contaduría Real, y han sido dueños sucesivamente de ella el prócer Cuencano don Paulino Ordóñez, el Doctor Vicente Salazar Ordóñez, la familia de éste y el doctor Belisario A. Reyes. En el día dicha casa está demolida, y en el sitio que la ocupaba, está fabricándose un elegante y suntuoso edificio de piedra, donde dentro de poco funcionará el Banco del Azuay, actual propietario del sitio en referencia; y estamos seguros de que esta notable Institución de Crédito no olvidará levantar sendas estatuas a los ilustres La Mar y Calderón en los parques que deben rodear el palacio en construcción.

Reanudemos el roto hilo de la biografia. Llevado a España por su tío el Doctor Francisco Cortázar, que fue

---

[1] El Dr. Antonio Borrero y Cortazar, padre del autor de este libro, falleció en su quinta de Charasol, el 9 de Octubre de 1911. Su hermano el doctor Ramón Borrero murió en Quito en 1895.

Oidor de la Real Audencia de Bogotá y Regente de la de Quito, ingresó La Mar en el Colegio de Nobles de Madrid, donde recibió esmerada educación y la instrucción militar necesaria para seguir la noble carrera de las armas, por la cual tenía decidida vocación.

Rotas las hostilidades entre España y Francia, La Mar, a la edad de 18 años, fue con su Regimiento, que era el de SABOYA, a la campaña del Rosellón, en 1794; y tomó parte en los sangrientos combates que el General Ricardos, el Conde de la Unión y otros Jefes acreditados de España sostuvieron con los famosos Adalides de Francia, Dugonmier, Moncey y Perignon. En esa guerra que terminó con el tratado de paz, celebrado en Basilea, La Mar, por su excelente comportamiento, obtuvo el grado de Capitán, y continuó su brillante carrera militar en el mismo REGIMIENTO DE SABOYA.

En los comienzos de la memorable lucha que la Península Ibérica emprendió contra las invasoras huertes Napoleónicas, La Mar tenía el grado de Teniente Coronel, y fue destinado al ejército que defendía los muros de la indomable Zaragoza. Allí desplegó, bajo las órdenes del heroico General Palafox, una gran pericia militar, acompañada de extraordinaria actividad e hizo prodigios de valor, hasta que en la defensa del fuerte de San José, recibió La Mar varias heridas que los facultativos creyeron mortales, y que le redujeron al lecho del dolor, sometiéndose a una penosa y larga curación.

Levantado el sitio de Zaragoza, y sintiéndose La Mar algún tanto restablecido, marchó a Valencia a servir bajo las órdenes del General Blak, excelente táctico, pero desgraciado en sus operaciones militares. Conocedor Blak del mérito sobresaliente del Coronel La Mar y de su feliz aptitud para el mando, le confió una columna de cuatro mil hombres, que llevó el nombre de LA MAR, la que se acreditó muy pronto por su disciplina y moralidad, y dejó entre los pueblos que demoran a las orillas del Turia, recuerdos de su valor y buen comportamiento.

Después de varios combates y de la vigorosa resistencia que hizo el General Blak a los franceses, se vio compelido a rendirse al ejército del Mariscal Suchet, el 9 de Enero de 1812. En virtud de la capitulación celebrada al efecto, todos los Jefes que estaban bajo las órdenes de Blak debían depóner las armas y marchar a Francia en calidad de prisioneros, entre ellos estuvo comprendido el Coronel La Mar.

Conducidos aquellos al depósito de Dijon, los Oficiales que dieron su palabra de honor de no fugarse, tuvieron la ciudad por cárcel. La Mar se resistió a darla, y declaró que se reservaba la libertad de hacer lo que más le conviniera. En virtud de esta franca y digna declaración, La Mar fue conducido preso a un Castillo.

Las ventanas del aposento que ocupaba el prisionero es-

taban frente a la casa de uno de esos nobles legitimistas que nunca había transigido con los principios de la Revolución Francesa, y que, aborreciendo de muerte a Napoleón, tenía sinpatías por todos aquellos que le habían hecho guerra a aquel Coloso. Este empecinado realista tuvo ocasión de seguir los pasos de La Mar desde que entró en el Castillo, de informarse de sus circunstancias, y tomó interés por su persona.

Al cabo de mucho tiempo se decidió aquel noble a facilitar la fuga de La Mar, se puso en comunicación con él, le propocionó cuanto necesitaba para la evasión, y habiéndolo conseguido, le acompañó en persona hasta Suiza.

De allí pasó La Mar a Italia, la visitó íntegramente y llegó a Nápoles, en donde el Principe de Castel Franco, con quien había tenido amistad en Madrid, le propocionó un pasaje a Cádiz, a bordo de un buque de su Majestad Británica. Cuando La Mar llegó a España en Junio de 1814, había terminado la guerra con Napoleón I; y Fernando VII se había restituído al trono de aquella Nación.

A poco de haber llegado La María Madrid, los Generales Eguía, Freire, O'Donnell y Abadía, que le conocían muy de cerca y apreciaban sus relevantes cualidades, le recomendaron muy especialmente al Rey Fernando, quien le confirió a La Mar el grado de General de Brigada y el alto destino de Sub—Inspector General del Virreynato del Perú.

En 1815 regresó La Mar a América, después de haber cumplido sus deberes con la Madre Patria, y haber cosechado honrosos laureles.

Llegado que hubo a Lima, empezó La Mar a desempeñar el elevado cargo que se le había confiado; y continuó prestando sus servicios al Rey de España, hasta que pudo con dignidad y honor separarse de las banderas reales y abrazar la causa de la Emancipación del Perú, como asi lo verificó, según se recordara, después de haber celebrado una ventajosa capitulación con el Protector San Martín, en virtud de la cual se rindió la plaza del Callao, de la que era Gobernador nato el Mariscal de Campo La Mar.

Desde la fecha de la mentada capitulación, esto es, desde el 19 de Septiembre de 1821, terminaron los compromisos de La Mar con el Gobierno español, a quién, por conducto del Virrey La Serna, devolvió su grado, honores y preeminencias con que aquel le había agraciado. "Alma ardorosa y patriota, dice uno de los biógrafos de nuestro conterráneo, abrazó con entusiasmo la Causa de la Independencia, a la que sirvió con actividad y abnegación."

Ingresó La Mar al servicio de las armas libertadoras con el grado de General de División, que le confirió el Protector San Martín en 26 de Octubre de 1821. Poco después de la rendición de las fortalezas del Callao, pasó La Mar a Guayaquil, donde fue nombrado Comandante General de

aquella plaza, por la Junta de Gobierno presidida por el insigne poeta de la libertad, don José Joaquín Olmedo.

Separado el General San Martín de la escena política, el Congreso Peruano, según se recordará, creó una Junta de Gobierno, que la compusieron La Mar, don Felipe Antonio de Alvarado y don Manuel Salazar y Baquijano. Antes de formar parte de aquella Junta, había sido ascendido La Mar al cargo de Gran Mariscal.

Una vez en el poder este Caudillo, se preocupó principalmente de reorganizar el ejército libertador, de levantar la abatida disciplina y de preparar elementos de defensa a la noble causa que con tanto entusiasmo había abrazado.

Los desastres que sufrió el General patriota don Rudecindo Alvarado en Torata y Moquehua, de que antes dimos cuenta, fueron causa para que el ejército encabezado por el General Santa Cruz obtuviese del Congreso la caída de la Junta de Gobierno y el nombramiento de Riva—Agüero para Presidente de la República del Perú.

Vimos ya el desastroso término de la expedición de los Generales Santa Cruz y Gamarra a las provincias del Alto Perú; y que los acontecimientos en aquell época habían tomado tan mal rumbo para la Causa de la República, que ésta habría perecido indudablemente, sin la oportuna aparación en las playas peruanas del Genio de la Guerra, del incomparable Libertador. Puesto éste a la cabeza del ejército en Huaraz, nombró Jefe de la tercera División, compuesta exclusivamente de peruanos, al Mariscal La Mar, quien volvió, con mérito sobrado, a figurar dignamenie en las falanges sostenedoras de la Santa Causa de la Libertad.

Hemos referido, asimismo, que La Mar en unión de Bolívar, estuvo presente en el combate de las caballerías en la pampa de Junín; y la parte activa y gloriosa que tomó en la batalla de Ayacucho. Todos los historiadores hacen cumplida justicia a La Mar; pues todos ellos reconocen que "con su palabra, con su consejo, con su actividad y con su valor, contribuyó en gran parte a la victoria de Ayacucho."

"Fue él, La Mar, quien resistió con indómita bravura los formidables ataques del General Valdés, cuya división se componía de lo más valeroso y escogido del ejército español inclusive su General. Fue él, quien rodeado de esa pléyade ilustre de peruanos, vuelve, por segunda vez, a la línea de combate, animando al soldado con la palabra y el ejemplo. Y fue él, quien después de la batalla, tuvo el tino militar de ocupar la altura del Cundurcunca, para tener al enemigo bajo sus fuegos y obligarlo así a firmar inmediatamente la memorable capitulación que puso término a las peripecias de diez años de guerra" (Hildebrando Fuentes.—Rasgos Biográficos del General José de La Mar)

Este mismo autor refiere el siguiente hermoso episodio: "Cuando el ejército independiente percibió al realista en Matará, creyéndose inevitable el choque general, se dirigió La Mar a donde el General en Jefe, Sucre, suplicándole que le colocase a la vanguardia del ejército: los jefes de la división peruana, los Oficiales y soldados pedían igualmente que se les dejase combatir y morir antes que todos, pues el enemigo estaba en el Perú y a ellos les tocaba sacrificarse primero. El General Sucre no lo consintió, y expuso, que los colombianos habían venido a pelear y morir igualmente por el Perú, que el enemigo era común, y que por consiguiente, todos tenían igual derecho a combatirlo. Esta lid de honor y de virtud conmovió extraordinariamente todos los corazones; se abrazaron unos y otros derramando un torrente de lágrimas."

Después del triunfo de Ayacucho, en 24 de Febrero de 1825, el Libertador nombró a La Mar Presidente del Consejo de Gobierno del Perú. Por motivos de salud se retiró de ese elevado cargo, y se embarcó para Guayaquil para entregarse a la vida privada y descansar en su hogar de las fatigas pasadas. Pero los sucesos que sobrevinieron no le dejaron en tranquilidad mucho tiempo, como vamos a verlo.

El 26 de Enero de 1827, tuvo lugar en Lima la insurrección de la tercera división auxiliar colombiana, encabezada por el Jefe de Estado Mayor Comandante José Bustamante, natural del Socorro. No es del caso expresar los motivos de aquel acto de insubordinación e indisciplina, que obtuvo, sin embargo, la aprobación y aplauso del Vicepresidente Santander. El hecho fue que, habiendo obtenido los insurrectos el pago de una parte de sus ajustamientos, y habiéndoseles proporcionado vestuarios y transportes, se hicieron a la vela el 16 de Marzo, con rumbo al Sur de Colombia.

Bustamante con la mitad de la división sublevada desembarcó en Paita, de aquí se internó para Loja, y pasó luego a situarse en Cuenca, donde llegó el 25 de Abril de 1827. Poco después los cuerpos que componían aquella mitad volvieron a la obediencia del Gobierno, merced a la contrarevolución llevada a cabo por el Capitán, Ramón Bravo, a quien el General Flores, habiéndole encontrado en San Miguel, cuando regresaba de Bogotá aquel Capitán, le había encomendado que en cuanto llegase a Cuenca procurase la reducción de los mentados cuerpos, lo que consiguió fácilmente, logrando apresar a Bustamente, a su consejero don Luis López Méndez y a cuarenta oficiales de los más turbulentos.

La otra mitad de la tercera división auxiliar insurreccionada, a las órdenes del Coronel don Juan Francisco Elizalde, saltó en tierra de Manta, siendo distribuídas las tropas en los pueblos de la Provincia de Manabí. Inmediatamente este Jefe dirigió a la Municipalidad de Guayaquil un oficio

en que le invitaba a que restableciera el imperio de la Constitución de Cúcuta, suspensa a causa de las facultades extraordinarias de que estaba investido el Jefe Superior de los tres departamentos del Sur de Colombia, General don José Gabriel Pérez; y a que nombrase un Intendente de confianza, con la seguridad de que sus tropas obedecerían las órdenes de esta autoridad.

Los guayaquileños, profundamente disgustados con motivo de la inmoralidad y demasías de los Jefes y Oficiales venezolamos y granadinos que residían en la plaza, se resolvieron a insurreccionar las tropas de la guarnición; lo que se verificó fácilmente en la madrugada del 16 de Abril con la intervención del Jefe de Estado Mayor Coronel don Antonio Elizalde, del Comandante Rafael Merino, del General Jesús Barreto y de casi todo el pueblo, que festejó a sus anchas el cambiamento, según el decir del historiador don Pedro Fermín Cevallos.

Reunida la Municipalidad de Guayaquil en la fecha indicada, convocó una Asamblea popular, y fue aclamado Jefe Civil y Militar del departamento, el General La Mar, que se hallaba en Guayaquil. Llamado éste a la sala de la sesión, después de haber arengado al pueblo, dándole las gracias por el honor que le dispensaba, se excusó de admitir el destino, manifestando que expondría las razones que tenía para ello a la Municipalidad, luego que se retirara el pueblo. Esta Corporación rechazó la excusa de La Mar, fundada en su moderación y delicadeza, diciéndole que jamás podría ser comprometido su honor, ni aun por la calumnia, pues era notorio su desprendimiento. La Mar, en consecuencia, aceptó el destino que casi unánimemente le confiara el pueblo guayaquileño, solo para evitar los males consiguientes a todo movimiento revolucionario.

De todas las peripecias consiguientes a la revolución de Guayaquil, bastará apuntar para nuestro objeto: que de parte del Gobierno de Bogotá se impartían órdenes contradictorias respecto de los Jefes que debían hacerse cargo de la tercera división auxiliar; que el General Juan José Flores, Comandante del Departamento del Ecuador, habiendo aumentado sus fuerzas con las que se verificó la contrarrevolución en Cuenca, abrió campaña sobre Guayaquil; que tuvo lugar un encuentro favorable a Flores en el paso de San Gabriel; que se celebró un acuerdo entre aquel y La Mar, que no obtuvo la ratificación de la Municipalidad de Guayaquil; y por último que, habiendo arribado a esta ciudad una Comisión encargada por el Congreso del Perú de anunciar al Mariscal don José de La Mar que había sido eligido Presidente de aquella República, dejó el mando definitivamente, y se embarcó para Lima el 24 de Julio de 1827.

Hablando de este suceso, dice Groot: "El General La Mar fue elegido Presidente del Perú, y una Corporación del Congreso vino a Guayaquil para hacerle saber su nom-

bramiento. Con tal motivo tuvo que dejar a Guayaquil. Su ausencia del puesto que ocupaba se hizo sentir inmediatamente, porque La Mar había cuidado de conservar el orden público; ido él, empezaron los alborotos".

La elección del Mariscal La Mar, a pesar de que era colombiano, para la Presidencia de la República Peruana, fue libre y espontánea. El mismo Bolívar, conocedor del mérito de La Mar, le indicó para ese elevado cargo. En efecto, al regresar el Libertador a Lima después de su paseo triunfal por el territorio del Alto y Bajo Perú, habiéndósele dicho en uno de tantos discursos de felicitación que él era el único hombre llamado para regir los destinos del antiguo Imperio de los Incas, Bolívar, en contestación, tomó a La Mar del brazo, lo hizo sentar en el sitial, y dijo: ESTE ES, SEÑORES, EL HOMBRE DIGNO DE MANDAR AL PERU.

En la epoca de su Presidencia, principiaron para La Mar grandes calamidades que atormentaron su espíritu. Serias desavenencias, que fermentaban cada día más, entre el Perú y Colombia, trajeron, como consecuencia, la guerra entre esas Repúblicas, cuyo resultado fue la derrota de las armas peruanas el 27 de Febrero de 1829, en el Portete de Tarqui, por las colombianas mandadas por el Gran Mariscal de Ayacucho, don Antonio José de Sucre. La paz se cimentó definitivamente entre las dos Naciones beligerantes, en virtud del tratado celebrado en Guayaquil, el 22 de Septiembre del mismo año.

En una conferencia que dimos, con el título de "Tarqui y La Mar," el 12 de Abril de 1923, que no ha visto todavía la luz pública, justificamos, con documentos fehacientes, los siguientes particulares: primero, que al estallar la guerra entre Colombia y el Perú, aquella República estaba casi en completa disolución; y por lo mismo los Departamentos colombianos del Sur se hallaban en el caso de constituirse del modo más conveniente a sus intereses, o bien formando un Estado Independiente, o bien agregándose los dos últimos al Perú; y que si acaso La Mar tuvo esa pretención, ésta no tenía nada de inicua ni de injusta; segundo, que la guerra entre aquellas Repúblicas, fue preparada de antemano y provocada por algunos Generales colombianos, y declarada primero por el Libertador; y tercero que, en consecuencia, La Mar invadió el territorio colombiano, no como injusto conquistador, sino en fuerza de las circunstancias, en cunplimiento de sus deberes como Presidente del Perú, y autorizado por los preceptos del Derecho Internacional. De todos estos antecedentes, dijimos, fluye la lógica e incontrovertible conclusión de que el Gran Mariscal La Mar no fue traidor, ni pérfido, ni cobarde, ni hipócrita, como lo pintan los historiadores colombianos, y lo repiten todavía algunas personas llevadas de un falso patriotismo, o mejor dicho, PATRIOTERIA.

Ilustres personajes, como Olmedo, Rocafuerte y Antonio Borrero Cortázar, con sus áureas plumas han vindicado completamente la conducta de La Mar en la última dolorosa etapa de su vida; y no hace mucho tiempo, uno de los hombres más notables de la generación presente, no solo como poeta, sino como publecista e historiador sereno e imparcial, el doctor Remigio Crespo Toral, en su inportante estudio sobre Olmedo, hablando de La Mar, se expresa en los términos que siguen:

«No podía interpretarse como traición el que los sucesores de Alejandro, cada cual se procurase un pedazo más o menos amplio del territorio, y que algunos patriotas ecuatorianos (según declaración del General Heres) pensaron en la inmediata separación del Ecuador, bajo el mando de La Mar, el único Caudillo militar ecuatoriano, para organización de un nuevo Estado, o su agregación al Perú, que para ser gobernado necesitaba entonces de hombres de afuera, como San Martín, Bolívar, La Mar o Santa Cruz...."

«De esto y de mucho más que se podrá apuntar se deduce que hubo miras y propósitos sobre el Perú en Guayaquil principalmente, ya para su vasto Imperio Peruano o para una separación del Ecuador, sin la tutela de Colombia. Con honrosas excepciones, el militarismo venezolano principalmente pesaba como una montaña en los departamentos del Sur, que ansiaban redimirse, y que no se redimieron totalmente sino en 1845"

"La intemperancia de la patriotería ha condenado a Olmedo por su empeño para la traslación de los restos de La Mar a su patria. El criterio sereno del poeta patricio supo medir las cosas y a los hombres, en el momento de su actuación y no a la luz que más tarde debía encenderse para juzgarlos. No podemos borrar de nuestra corta lista de guerreros a uno de los más ilustres, que impuso su fama hasta el grado de obtener el mando de un poderoso Estado."

"Quizás merecen alguna misericordia los hombres notables más que las medianías, y no es justo dudar que aquellos ecuatorianos, si se equivocaron, no por ello dejaron de amar a su patria. Sus errores se juzgan con el criterio de hoy, cuando está definida nuestra nacionalidad. A lograr ellos su empeño, ¿seríamos nosotros los que condenásemos su gestión patriótica? Sábelo Dios...."

"Lo que hubo en los últimos años de Colombia fue un vasto movimiento para disolverla, por motivos regionalistas y por espíritu demagógico contra el Libertador, que no supo ejercer la dictadura necesaria entonces. Santander estuvo de acuerdo con Obando, Páez fue el primero que alzó bandera de rebelión, Obando se puso al habla con La Mar, los regionalistas de Guayaquil favorecían la separación de esa provincia, y en el Alto y Bajo Perú, sobre todo, los elementos realistas obraban en conjuración contra Colombia y ncotra Bolívar. La campaña de Tarqui significa uno de los

primeros movimientos antibolivianos y anticolombianos. La cuestión territorial aparece secundaria. Lo principal que se adivina en el fondo del conflicto, es la formación de las nacionalidades que se perseguía entonces. El General Flores, primer Presidente del Ecuador, logró lo que no pudo el desgraciado La Mar....."

"Tan autorizados testimonios excusan, por lo menos, a un General ecuatoriano, que además de sus pretenciones nacionalistas, tenía el resentimiento justísimo de la resistencia a que se le reconociese General de Colombia. Se dijo que no pudo ser ello, por no haber La Mar prestado servicios a esa Nación. ¿Y Ayacucho no fue una batalla de Colombia?"

"¿Cómo y por qué se exigía de los Deparmentos del Sur el PATRIOTISMO COLOMBIANO que no tuvo Páez que no tuvo Santander?

"Júzgese, pues, con más serenidad, acerca de la responsabilidades de 1828 a 1830"

Después de la derrota de Tarqui, los Generales Gamarar y Gutiérrez Lafuente, el primero en Piura y el segundo en Lima, aprovechándose del descontento que produjo en el Perú aquella derrota; "derrota que, dice Cevallos, como sucede en sentido contrario con las victorias, hizo recaer toda la responsabilidad en el Capitán que había dado la batalla: acaso también el impulso de celos nacionales, porque el General La Mar no era peruano sino compatriota nuestro; y más por estas razones que siquiera eran de aparente peso, movidos de su ambición, franqueza reinante en los países Hispano--Americanos, por su mal y para su descrédito, los dichos Generales se habían concertado en secreto, para deponer al Presidente La Mar y alzarse ellos con el Poder Supremo: El General Gamarra halló en las entrañas mismas del ejército acantonado en Piura, medios y adictos que favoreciesen la rebelión; efectuándola de hecho y sobre seguro, después de haber hecho prender al General La Mar."

"A todas luces injusta fue aquella revolución, injusta y atentatoria contra las instituciones del país y la autoridad legítima del Presidente La Mar, que era un soldado inteligente, entendido, valiente y pundonoroso; Magistrado de pureza acrisolada y hombre de genio blando y de irreprochables costumbres" (Camilo Destruge.—Album Biográfico Ecuatoriano).

Desterrado por Gamarra, llegó el Mariscal La Mar a Punta Arenas; de allí pasó a San José de Costarrica, donde falleció el 11 de Octubre de 1830, el mismo año en que murió el padre de Colombia y el Gran Mariscal de Ayacucho.

La señora doña Francisca Otoya, piurana, que asistió a La Mar en su última enfermedad, fue quien hizo conducir de Costarrica a Piura los restos mortales del ilustre difunto.

La vindicación más completa de la memoria de La Mar es el hecho de que tanto el Perú como el Ecuador se han disputado la posesión de sus cenizas. En efecto, el 19 de Fe-

brero de 1834, la Convención Nacional del Perú autorizó al Ejecutivo para que con el decoro y dignidad correspondientes, se efectuase la traslación de los restos del Gran Mariscal La Mar al cementerio de Lima. El 16 de Septiembre de 1845, el Congreso Peruano resolvió se indicase al Poder Ejecutivo el inmediato cumplimiento del aludido Decreto; y el Presidento de la República, General don Ramón Castilla, mandó se lo pusiese en práctica a fines de 1846; de manera que los restos del General La Mar reposan, hasta ahora, en la necrópolis de Lima, en un magnífico mausoleo.

En los mismos momentos en que se honraban en Lima, con pomposos funerales, la memoria de nuestro compatriota, hallábase en esa ciudad desempeñando el cargo de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Ecuador, Don Vicente Rocafuerte, quien escribió, a pesar de hallarse ya enfermo y próximo al sepulcro, un folleto intitulado: "Varias noticias sobre la vida del Gran Mariscal La Mar;" folleto que concluye con estas palabras:

"El sentimiento de piedad que animaba al General La Mar era tan puro como la luz del día, porque era el fruto del estudio, del sentimiento y de la reflexión. El que contempla constantemente al Ser Supremo, eleva, extiende y engrandece sus facultades intelectuales; el que medita sobre la Eterna Justicia, alcanza a ser justo; el que piensa en la Infinita Bondad llega a ser bueno; y el que admira la Divina Perfección, tiende a perfeccionarse a sí mismo."

"Por estas espirituales relaciones que la Religión establece entre la criatura y su Creador, llegó La Mar a ser benévolo, justo, caritativo, generoso, grande sin esfuerzo y valiente sin ostentación. Por este conjunto de brillantes cualidades logró sobresalir entre los campeones de la Independencia y ser quizá el General que más se ha acercado a aquella perfección y verdadera gloria que es compatible con la fragilidad humana".

"Hay en la vida del General La Mar, añade el doctor Antonio Borrero Cortázar, un hecho UNICO en su clase, que confirma cuanto ha dicho el Presidente Rocafuerte: Las haciendas de OCUCAGE y la VENTA, situadas en la Provincia de Ica, propias de don Manuel Arredondo, Regente de la antigua Audiencia de Lima, fueron adjudicadas al General La Mar, en premio de sus servicios. Al tiempo de la adjudicación, como propiedad confiscada, había en poder del Administrador de dichas haciendas más de seis mil pesos, producto de éllas en años anteriores. El General La Mar, no solo devolvió las haciendas, sino también los productos de ellas, a Doña Ignacia Noboa, sobrina política del expresado Regente y mujer del heredero de éste, la que vivía en Lima y poseía los fundos en 1847. Igual desprendimiento, igual delicadeza de conciencia, no se ha visto en ninguno de los Héroes de la Independencia. En Venezuela, Nueva Granada,

Ecuador, Perú y Bolivia fueron adjudicadas valiosísimas propiedades de súbditos españoles a nuestros Libertadores, pero ninguno hizo lo que La Mar."

Acabamos de manifestar cómo el Perú honró la memoria de su digno Presidente, el General La Mar. El Ecuador procedió, de igual manera, en cuanto pudo hacerlo, o sea, a raíz de la caída de la dominación Floreana. En efecto, en virtud de un Decreto expedido por el Congreso Constituyente reunido en Cuenca, el Presidente de la República Ecuatoriana don Vicente Ramón Roca, por medio de su Ministro General don José María Urbina, recabó del Gobierno del Perú el permiso para trasladar los restos mortales del Gran Mariscal José Domingo de La Mar de la ciudad de Piura a Cuenca, en donde se meció la cuna de aquel ilustre varón, siendo nombrada con tal fin una comisión compuesta de los Señores José Joaquín Olmedo y el General Antonio Elizalde. Los documentos que comprueban esta aserción, documentos sumamente honrosos para La Mar, pueden leerse en el Nº 3º de "El Nacional", correspondiente al 30 de Marzo de 1846, y ellos bastan para desvanecer todas las calumnias de que fue víctima el General La Mar, único ecuatoriano inmortalizado por Olmedo en su incomparable Canto a Bolívar, que lo reprodujimos en el capítulo anterior.

El mismo Olmedo escribió, poco antes de su fallecimiento, el siguiente soneto, que se publicó en "El Comercio" de Lima, corespondiente al 4 de Marzo del año 1847:

Al General La Mar

No fue tu gloria el combatir valiente
Ni derrotar las huestes castellanas:
Otros también con lanzas inhumanas
Anegaron en sangre el Continente.

Gloria fue tuya el levantar la frente
En el solio sin crimen; las peruanas
Leyes santicar, y en las lejanas
Playas morir proscrito e inocente.

Surjan del sucio polvo héroes de un día
Y tiemble el mundo a sus feroces hechos:
Pasará al fin su horrenda nombradía;

A la tuya los siglos son estrechos,
La Mar, porque el poder que te dió el Cielo
Solo sirvió a la tierra de consuelo.

El gran poeta José Santos Chocano, en su brillante poema, "El Canto del Siglo," al describir la batalla de Ayacucho ha inmortalizado también a La Mar en la estrofa que sigue:

"¿A que seguir del uno y otro bando
El empuje viril? En vano fuera
Que la musa quisiera
Luchar también, pero luchar cantando,
Y hacer de cada estrofa una bandera.
Ahí La Mar, que en Zaragoza pudo
Seguir de Palafox la clara huella,
Cayendo sobre el bronce de su escudo,
Supo llegar a Sol si antes fue estrella....."

***

EL CORONEL DON ALEJANDRO VARGAS MACHUCA.

Este benemérito Prócer nació en Cuenca, a fines de 1797. El notable jurisconsulto, literato y estadista Doctor Don Rafael María Arízaga, en la Biografia de aquel militar azuayo, su abuelo materno, dice:

"Don Alejandro Machuca visitó muy joven la ciudad de Quito, y su espíritu aventurero le llevó de allí a la Nueva Granada, donde aficionado a la carrera de las armas, sentó plaza de aspirante en el ejército español, en el cual permaneció poco tiempo; pues propagada la revolución americana, abrazó muy pronto su causa, con ardimiento digno de un espíritu republicano. De la Nueva Granada pasó entonces a Venezuela, y comenzó a luchar en favor de la independencia, en la campaña de Barinas (1818), bajo las órdenes del General don José Antonio Páez, el héroe legendario de las Queseras. Pertenecía entonces Machuca, como sargento primero aspirante, al batallón Angostura, en el cual sirvió algo más de un año".

En el año de 1819, continuó el joven Machuca prestando sus servicios en el batallón Boyacá; y bajo las órdenes del General don Carlos Soublette, y ascendido ya a Subteniente, hizo la campaña contra las tropas españolas regidas por el General realista La Torre, que se hallaban en los valles de Cúcuta. Peleó con bizarria en la acción de las Cruces de San Antonio, y recibió una herida de bala en la pierna derecha.

El Subteniente Machuca peleó tambien en los combates librados, durante el año de 1820, o sea, en la Plata, en Pitayó, en el alto de las Piedras y Juanambú; y en la acción de Jenoy, librada el 2 de Febrero de 1821, que tan desastrosa fue para los patriotas recibió una herida en la boca.

Habiendo venido a Guayaquil con la tropa auxiliar colombiana, y con el grado de Teniente, fue Machuca uno de los que triunfaron en la gloriosa jornada de Yaguachi, y posteriormente en la legendaria de Pichincha. Hizo la campaña del Perú; y asistió a la memorable batalla que se libró en en la pampa de Junín (6 de Agosto de 1824).

"Y para colmo de ventura propia y de honra altísima para la patria, pasados pocos meses, el ya entonces Capitán

efectivo Alejandro Machuca, asistía a la terminación de LA MAS BRILLANTE CAMPAÑA DE CUANTAS FORMAN LA GLORIA DE LOS HIJOS DEL NUEVO MUNDO, batiéndose por la difinitiva libertad de América, el 9 de Diciembre de 1824, en el glorioso campo de Ayacucho. Cúpole guiar allí la primera compañia del Batallón VENCEDOR EN BOYACA, perteneciente a la división Lara, que tan decisiva parte tomó en aquella jornada de inmortal memoria. ¡Pichincha, Junín y Ayacucho! qué nombres los que escribió en su hoja de servicioa el intrépido hijo del Azuay! (Rafael María Arízaga-El Coronel Alejandro Vargas Machuca).

No entra en el plan de esta obra, escribir una Biografia completa de este Prócer, pues la tiene ya escrita de mano maestra y publicada en la Entrega 2ª de la "Revista del Centro del Estudio Históricos y Geográficos de Cuenca," el mencionado Doctor Arízaga.

Basta para nuestro objeto consignar los hechos siguientes: que el Capitán Machuca, en cuanto regresó al Ecuador, después de concluídas las campañas del Alto y Bajo Perú, guerreó contra los empecinados pastusos realistas Benavides y Angulo en 1825; que en 1829 fue ascendido a Comandante efectivo, y a Coronel en 1830; y que al constituirse en este año la República del Ecuador, ejercía el destino de Corregidor de Latacunga.

El Coronel Machuca tomó parte activa en los movimientos revolucionarios contra el General Juan José Flores, con cuyo motivo fue dos veces desterrado al Perú.

"El Coronel Machuca, dice el Doctor Rafael María Arizaga, volvió al Ecuador en 1836, y en 1838 tomó parte en la revolución que estalló en Riobanba, con la sublevación del batallón NUMERO SEGUNDO, revolución que tuvo fin desastroso en la quebrada de Gualilagua, por el desacuerdo de los Jefes que la encabezaban. Derrotado el Coronel Machuca en esa batalla, se cree que fue asesinado el 20 de Marzo, por unos indios que se propusieron robarle, hallándole dormido en la choza de uno de ellos, a donde se había refugiado rendido, tras largas horas de fatiga".

***

EL CORONEL DON BALTAZAR RIVERA Y NATES. Conocimos a este benemérito Prócer Cuencano; y ha quedado impresa en nuestra memoria su estatura alta y esbelta, sus facciones nobles y aristocráticas y su gallarda figura de militar valiente y atrevido. Sabíamos que había guerreado en la Magna lucha; pero no teníamos datos ciertos de su accidentada vida, cuando nuestro buen amigo y pariente, el probo e ilustrado Jurisconsulto, Doctor Remigio Astudillo y Chica, puso en nuestras manos un artículo necrológico, escrito con motivo de la muerte de aquel Coronel, por su sobrino el Sr. Dr. Dn. Gonzalo S. Córdova, Presidente actual del Ecuador. De dicho artículo transcribimos los datos siguientes:

"Abrumado por el peso de casi un siglo de existencia, allá, en uno de los últimos barrios de esta ciudad, Cuenca, y en morada humilde, rendíase a la muerte, el 24 de los corrientes (Febrero de 1889) el Coronel Don Baltazar Rivera y Nates.....

"El Coronel Rivera, muy joven, tomó las armas en la titánica campaña de nuestra Emancipación, en calidad de Teniente de ejército; y por su clara razón, por su marcial continente y por la audacia con que cumplía las comisiones militares, pronto llegó a granjearse el aprecio de Bolívar y de Sucre".

"Hizo la campaña del Perú con el ejército colombiano, y los campos de Junín y Ayacucho, allí le vieron, joven impetuoso, en medio de esa brillante constelación de guerreros esclarecidos, como La Mar, Córdova, Silva y otros adalides, de quienes mereció también sus simpatías".

"En la sangrienta jornada de Miñarica se batió gallardamente por la causa de la Libertad. Vencido, se le presentó el mismo día al General Flores; y este magnánimo Magistrado y guerrero, lo trató con indulgencia y lo dijó en libertad, a pesar de que el Coronel Rivera fue cuñado del Jefe Supremo de la revolución, Don José Félix Valdivieso."

"Combatió, asimismo, por la causa de Marzo en el Tablón de Machángara, el 4 de Junio de 1845."

"Fue Gobernador de esta Provincia (la del Azuay) en 1852, y dejó el puesto por no contribuir a la expulsión de los Jesuitas." (1)

Por todos estos servicios mereció nuestro compatriota el grado de Coronel efectivo de ejército....."

***

EL CORONEL DON GUILLERMO HARRIS.—¿Y por qué se mienta, preguntará alguno, entre los Próceres Cuencanos que prestaron sus servicios en las campañas libertadoras del Perú, a un hijo de la Verde Erin? La respuesta es sencilla; por que el Coronel Harris fue ecuatoriano por naturalización, se radicó definitivamente en Cuenca, donde dejó prole, y falleció en esta ciudad en 1870. Veamos, ahora, al brillante hoja de servicio de aquel pundonoroso, honrado y valientísimo militar.

En una hermosa tradición, intitulada "Uua confesión en Inglés," escrita por el docto historiador y polígrafo Doctor Don Octavio Cordero Palacios, se leen los siguientes datos acerca del Coronel Harris:

"Nacido con el siglo (el XIX), diez y siete años tenía el joven irlandés, Don Guillermo, cuando sentó plaza

(1) La expulsión de los Jesuitas fue decretada por el General don José María Urbina, Presidente del Ecuador en esa época.

en el RIFLES, y la biografía de ese Batallón es la de nuestro Coronel."

"En los tiempos de la República sirvió lealmente a los gobiernos que se apoyaron en él. Ilustrado y culto, cuando el Presidente Robles estableció en Loja el Colegio de la Unión, envió allá al Coronel Harris, de Comandante de armas, precisamente para que los Profesores extranjeros que componían ese Colegio tuviesen un militar ilustrado y culto que les hiciese respetar. Honró a nuestra Corte Superior (la de Cuenca), como ministro Marcial suyo, y llegó a unirse en matrimonio con una distinguida hija del caballero español Don Juan Antonio Jáuregui, el vencedor del Panecillo, cuando la toma de Quito por el Presidente Montes. Nietos de nuestro Coronel son el Ilustrísimo Señor Doctor Don Guillermo José Harris, Obispo de Loja, el cumplido GENTLEMAN Don Santiago Harris, que honra nuestra sociedad, y el Doctor Don Antonio Harris, muerto en la jornada del 22 de Agosto de 1896 sostenida contra los tres mil hombres con que Don Eloy Alfaro atacó a Cuenca ese día, y que, moderno Abdón Calderón, vive en el corazón de sus condicípulos y amigos que aun respiramos".

El Coronel Harris estuvo, pues, con el incomparable batallón RIFLES, el predilecto del Libertador, en las más notables jornadas de la Epopeya Sud—Americana: en el Pantano de Vargas, en el puente de Boyacá, en el segundo Carabobo, en las enriscadas e inaccesibles cumbres de Bomboná, en la Cuchila de Taindala, en la Pampa de los Reyes y en la quebrada de Corpahuaico, donde el RIFLES SOLO FUE EL ESCUDO DE DIAMANTE DE TODO EL EJERCITO LIBERTADOR, segun la brillante expresión del gran Sucre.

"Y seis días después, dice el Doctor Octavio Cordero Palacios, "sangrando aún de sus tremebundas heridas de aquella Quebrada, estuvo en el mismo Ayacucho, y las sombras de los soldados del RIFLES, corriendo por entre las breñas del Cundurcunca, fueron las que echaron el último tul al manto en que se arrebujó el Sol de España, nuestra madre."

El afanado batallón RIFLES estuvo también en el Portete de Tarqui, y de segundo Jefe de él el Coronel Harris. El primero lo fue otro Prócer, también hijo adoptivo de Cuenca, del cual vamos a ocuparnos brevemente.

***

EL GENERAL DON ARTURO SANDES.—Fue uno de tantos hijos de la poderosa Albión, que atravezando el Atlántico, vino a ofrecer su espada y sus brios juveniles a la causa de la Independencia del Continente Sur Americano. La historia de Sandes es como la de Harris la misma que la del famoso batallón RIFLES.

"Este regimiento se componía primitivamente de ingleses

que se distinguieron particularmente en Colombia. Habiendo perecido casi todos los soldados europeos de enfermedades o en el campo de batalla, completaron en seguida el cuerpo con mil doscientos indígenas, que no hablaban sino su dialecto nativo; como los Oficiales eran ingleses, daban las voces de mando en inglés. A proporción que los indígenas iban pereciendo en el servicio, reemplazaron las bajas con criollos, mulatos, etc. A la llegada del Batallón al Perú, solo diez Oficiales ingleses permanecían en él, y el Coronel Sandes, en el día General, natural de Dublin, y anteriormente Oficial en el ejército inglés, había llegado por sus meritos y servicios a mandarlo. Este bizarro Jefe se ha hallado en casi todas las acciones ocurridas en Colombia" (Memorias del General Miller).

El General Sandes, después de la victoria obtenida por Sucre en el Portete de Tarqui, se estableció en Cuenca, donde falleció en 1832 o principios del año siguiente (1). Una de las calles de esta ciudad, la que está situada al Norte, al pie de la pintoresca colina de Cullca, lleva el nombre del bizarro General Sandes.

***

EL CORONEL DON GUILLERMO TALBOT.—Irlandés de ilustre prosapia, prestó sus servicios en las campañas libertadoras de Colombia y del Perú. Radicóse en Cuenca, donde contrajo matrimonio con Doña Inés Neira. Entre sus descendientes se cuentan el honorable y patriota caballero Don Celso Fernández de Córdova y Talbot y su hermano el Doctor Don Manuel Fernández de Córdova, que viven en la actualidad.

Durante la progresista administración del Presidente Rocafuerte, el Coronel Talbot desempeñó el cargo de Comandante de Armas de la Provincia de Quito.

En las postrimerías del año de 1876, el Coronel Talbot, casi octogenario, pero fuerte y vigoroso todavía, desenvainó su espada de Prócer para ponerla al servicio del popular y legítimo Presidente del Ecuador, doctor Antonio Borrero Cortázar, con el fin de sofocar la más ominosa revolución de cuantas se registran en la Historia de esta República, la del ocho de Septiembre del año indicado, encabezada por el General Ignacio de Veintemilla. El Coronel Talbot salió, al efecto, con una columna de soldados

(1) Este dato histórico, así como el de que el General Arturo Sandes fue bautizado en Cuenca por el Canónigo don José Mejía, lo encontramos anotado de puño y letra del doctor Antonio Borrero Cortázar en uno de los ejemplares de la "Historia de la Revolución de Colombia" por don José Manuel Restrepo, que la conservamos en nuestro poder.

azuayos, de Cuenca (1), para reforzar el ejército constitucional que comandaba el General don José María Sáenz. Más al llegar a Cañar se supo la infausta nueva de que este General había sido derrotado por el General VEINTEMILLANO don José María Urvina, en las estériles y arenosas pampas de Galte, el 14 de Diciembre de 1876. Con tal motivo regresó a Cuenca el Coronel Talbot; y pasó los últimos años de su larga, benificiosa e intachable vida dedicado completamente al estudio de la Historia. La monumental obra de César Cantú (Historia Universal, era la lectura favorita de aquel benemérito anciano.

***

EL GENERAL DON FLORENTINO LEON.—"El General León fue hijo de la ciudad de Cuenca, patria de grandes escritores, eximios poetas y renombrados militares como La Mar y Calderón. Militar instruído, valiente y honrado, hizo la campaña de Ayacucho y se formó en la escuela del General Sucre, como nos lo dice el Doctor Pedro Moncayo. Imposible su ausencia de la batalla de Tarqui. Apoyó decidida y enérgicamente al General Braum cuando, consultados por Flores, manifestó que no se podía discutir el punto relativo a la Dirección Suprema de la guerra recaída en el mejor Capitán de Colombia la libertadora, así por ser ofensivo a la alta reputación de Sucre como a la autoridad de Bolívar, y terminó el austero inglés, que si llegaba ese caso, él dispersaría la caballería que estaba a sus órdenes y se retiraría a Bolivia. Encontrámosle en el Guayas alistado en la buena causa el año 1834, como se verá en lo que copiamos del ilustre Moncayo, actor en esos sucesos: "Las operaciones en el río seguían con actividad. El 12 de Enero de 1834, la JUANITA fue en comisión a Sono, y al salir al Río Grande por la boca de Santay, se varó y quedó expuesta a los ataques del enemigo. Flores armó inmediatamente quince esquifes y los mandó contra la goleta a las órdenes de Soullin. Este fue un día solemne: nuestros jóvenes marinos manifestaron todo el valor que ha sido siempre notable en los hijos del Guayas. El Capitán Uraga, despreciando los esquifes que venían sobre la goleta, se ocupó esclusivamente en el traba-

(1) Muy niños presenciamos el éxodo de aquella columna; y nos causó admiración la figura procera del Coronel Talbot, cuyas manos manejaban la misma histórica y tajante espada que fulguró a los rayos del sol que alumbraron el 9 de Diciembre de 1824, el inmortal campo de Ayacucho. Esa espada y el uniforme de gala del Coronel Talbot fueron exhibidos en la Exposición Regional con que Cuenca celebró el primer Centenario de su Independencia (3 de Noviembre de 1820). En aquella espada, campeaba el conocido lema: HONNI SOIT QUI MAL Y PENSE.

jo necesario para sacarla a flote. A bordo estaban el Comandante Florentino León, el Teniente Manuel Tomás Maldonado, el Alférez Pedro Campuzano y el Capellán de la Escuadra Tomás Ermenegildo Noboa; todos, animosos y valientes, ayudaban al Comandante Uraga, y cuando los esquifes se pusieron a tiro de fusil, todos los patriotas se armaron para contestar los fuegos. Hubo un momento crítico y de gran peligro, pero una casualidad venturosa salvó la buena causa. Cuando el Capitán Fiallos se preparaba al abordaje, cayó atravezado por una bala en el corazón, y la goleta salió al mismo tiempo del bajo que la tenía aprisionada. A la vista de esto, Soullín volvió caras y se retiró apresuradamente al Malecón." Encontrámosle de General en 1860 a las órdenes del Jefe Supremo Guillermo Franco, y refugiado con él y Villamil a bordo de la goleta CUATRO DE JULIO, cuando Flores y García Moreno se adueñaron de Guayaquil, el 24 de Septiembre." (Manuel de Jesús Andrade.—Próceres de la Independencia).

***

EL CAPITAN DON JOSE SEVILLA.—Este valeroso joven patriota nació en la hermosa ciudad fundada por el Capitán don Gil Ramírez Dávalos. Tomó parte activa en el movimiento Emancipador de esta ciudad, y fue uno de los derrotados en Verdeloma. Con este motivo emigró a Guayaquil, regresó a su ciudad natal en la expedición que comandaba el General Sucre, hizo la última campaña libertadora de la Presidencia de Quito y combatió en Pichincha. Prestó, después, sus servicios en el ejército colombiano auxiliar del Perú, en calidad de Oficial del batallón VENCEDOR, y murió atravezado de un balazo en la homérica jornada de Ayacucho.

***

LOS HERMANOS PRIETOS.—Tenemos datos para creer que el Teniente Coronel Prieto de la LEGION PERUANA y el Teniente Manuel Prieto del batallón PICHINCHA, que murió en la batalla de Ayacucho, de los cuales nos hablan el General Miller y el Coronel López Borrero, en sus respectivas descripciones de aquella batalla, fueron hijos de Cuenca, y no guayaquileños como aseguran esos autores. Sea de ello lo que fuere, como Próceres ecuatorianos que prestaron sus servicios en el Perú, merecen especial mención en este libro.

***

EL TENIENTE ANTONIO DIAZ.—"Cuencano, asistió a los combates de Huachi y el Verde en su patria, y a los de

la Legua, Miranave y rendición del Callao, en el Perú, como Teniente" (Manuel de Jesús Andrade.—Obra citada).

***

DON FRANCISCO CALDERON.—HERMANO del que MURIO GLORIOSAMENTE EN PICHINCHA PERO VIVE EN NUESTROS CORAZONES, del cuencano don Abdón Calderón, y cuencano también, como lo comprueba el doctor Octavio Cordero Palacios en un artículo suyo intitulado "Don Francisco Calderón (Hoja de Servicios de un Marino de doce años)", publicado en el Nº 19 del "Boletín de la 4ª Zona Militar, correspondiente a Febrero de 1923. De dicho artículo constan los siguientes datos: que don Francisco nació en Cuenca, por el año de 1809, fecha en que fue extrañado su padre, el benemérito Prócer Coronel Francisco Calderón, para no volverse a ver más con su dignísima mujer la incomparable patriota Doña Manuela Garaicoa, que residía en esta ciudad. En el mismo artículo se inserta una carta dirigida al doctor Cordero Palacios por el honorable caballero y atildado escritor don Juan Illingworth, enviándole un documento referente a don Francisco Calderón y Garaicoa. En esa carta, se leen las palabras que siguen: "Como U. verá, el tal documento es bastante interesante y demuestra que FRANCISCO era muy digno de su hermano ABDON: a los doce años era también casi un HEROE.—A lo que tengo dicho a U. sobre este FRANCISCO CALDERON, acaso no esté demás hacerle saber que se encontró en el GLORIOSO SITIO DEL CALLAO, a las órdenes del General Illingworth. . ."

El documento enviado en copia junto con la mencionada carta es el que sigue:

"Excmo Señor: Don Francisco Calderón joven de DOCE AÑOS, natural de esta ciudad (se refiere a la de Guayaquil) (1), ha servido en clase de Guardia Marina, sin despacho ni goce, desde los primeros días de Noviembre del año próximo pasado. Su aplicación y su disposición para entrar en la honrosa carrera de un buen Militar Marino es de la mayor recomendación; su comportación y formalidad excede con mucho a su edad; su valor lo tiene demostrado, que ha de ser de aquellos que hacen honor a su país. Su afición es tal que aun no ha habido salida, a que no hubiese asistido, inclusa la que se hizo en la goleta ALCANCE a la persecución de las lanchas alzadas; en momentos de combate siempre ha demostrado mucha frescura y despejo; ya por todas

(1) Acabamos de manifestar, que en esta parte del documento, se ha incurrido en un error; pues don Francisco Calderón y Garaicoa nació en Cuenca del Ecuador, y no en Guayaquil.—Debemos advertir que para mayor claridad, el documento lo trascribimos, no con su propia ortografía, sino con la moderna.

estas consideraciones, cuanto por su asendrado patriotismo elevo a la consideración de V. E. para que, protegiendo a un joven de tan bellas disposiciones, le conceda el despacho y goce de Guardia Marina de Preferencia, con la antigüedad de su servicio.—Dios guarde a U. muchos años.—Guayaquil, y Septiembre 5 de 1821—Manuel Antonio de Luzarraga—Excmo Presidente y Vocales de la Superior Junta de Gobierno.—Aprobado—(Rúbrica).—Se expidió.—(Rúbrica)".

Respecto de los demás Próceres Ecuatorianos que prestaron sus servicios en las campañas Libertadoras del Perú, nos limitaremos a consignar siquiera sus nombres, ya que, no es posible, dada la índole de este libro, apuntar algunos datos biográficos respecto de tan beneméritos patriotas.

***

PROCERES QUITEÑOS: General don José María Sáenz, Coronel Antonio Baquero, Comandante José Delgado, Capitán Pablo Barrera, Alferez José Flores y Tenientes Antonio Almeida, Carlos Arboleda y Tomás Guerra

PROCERES GUAYAQUILEÑOS: General don Antonio Elizalde, Coroneles Juan Francisco Elizalde, Francisco de Paula Lavayen, Baltazar García y Agustín Franco, Sargento Mayor Mariano Muñoz, Teniente José Ariza y Subteniente Eugenio Moreno.

***

PROCERES AMBATEÑOS: Teniente Coronel Mariano Castillo y General don Gabriel Urbina, que estuvo en el sitio del Callao en la escuadra colombiana bloqueadora. Su hermano el General don José María Urbina, Presidente que fue de la República del Ecuador, estuvo también en aquel famoso sitio del Callao, último baluarte del Poder Español en la clásica tierra de los Incas; pero debemos anotar que, segun lo asegura el escritor colombiano don Manuel de Jesús Andrade, Don José María Urbina nació en Quito, a 13 de Mayo de 1808.

El Capitán Don Hipólito Tufiño, riobambeño, fue uno de los más notables Próceres de la Independencia. "Las medallas de Libertadores de Quito, de Ayacucho, Callao, el escudo de Junín y el busto del Libertador acreditan el heroico valor del Oficial riobambeño en las acciones de Yaguachi, Huachi, Pichincha, Guaítara, Pasto, Junín, Ayacucho y rendición del Callao en 1826. En Ayacucho salió gravemente herido." (Manuel de Jesús Andrade—Obra citada)

Merecen especial mención dos mujeres Ecuatorianas que combatieron en Ayacucho, disfrazadas naturalmente de hombres. De ellas habla el notable historiador, diplomático y publicista Doctor don Alberto Muñoz Vernaza, en un artículo histórico importantísimo como todos los suyos, que lle-

va el título "Patriotas Ecuatorianos." publicado en el interesante y ameno libro "El Año Militar Histórico y Biográfico," cuyo autor es el ilustrado y distinguido Teniente Don Luis F. Mora. Entre las heroínas ecuatorianas de la Guerra de la Independencia, mienta el Doctor Muñoz Vernaza a Nicolasa Jurado, Inés Jiménez y Gertrudis Espalsa, y de cada una de ellas dice lo que sigue:

"Nicolasa Jurado.--De Loja, quien en compañia de Gertrudis Espalsa e Inés Jiménez, tomaron servicio, vestidas de hombre, en Babahoyo, el 21 de agosto de 1821, e hicieron la campaña con los nombres de Manuel Jurado, Manuel Espalza y Manuel Jiménez. Manuel Jurado quedó herido de gravedad en Pichincha, y por esta circunstancia se reconoció que era mujer. El General Sucre la ascendió a a Sargento, recomendándola a las damas de Quito, quienes se esmeraron en cuidarla."

***

"INES JIMENEZ.---De Loja, compañera de la anterior. Estuvo en la batalla de Ayacucho, en donde fue condecorada y licenciada."

***

GERTRUDIS ESPALSA.---De Ambato, vestida de hombre y con el nombre de Manuel Espalsa, hizo con el General Sucre la campaña del Ecuador y del Perú: fue condecorada y licenciada después de Ayacucho".

Entre los ecuatorianos muertos en los diversos combates de la Independencia del Perú, el Doctor Alberto Muñoz Vernaza, hace mención de los siguientes:

Capitán Hermenegildo Zamora, de Riobanba, muerto en la batalla de Junín.

En la desastrosa acción de Bellavista murieron: el Comandante Diego San Martín, el Sargento Mayor Francisco Arvela y el capitán Julián Orechea, hijos de Guagaquil; los Comandantes Ramón Aranzazu y Fernando Benavides, oriundos de Loja; el ibarreño José Arrunátegui; el Capitán José Antonio Chirinos de Ambato; el Coronel Lorenzo Olachea de Riobamba; y el Capitán Pablo Ustariz natural de La Tola.

En Matará murió el Capitán Pantaleón Argumedo; y en Huanta, el Sargento Mayor Toribio Hidalgo, uno y otro quiteños. Murió, tambíen, en Matará, el Coronel lojano Mariano Zubiría

En el desgraciado encuentro de Corpahuaico, murieron: el Comandante Aniceto Larrea, guayaquileño; Comandante Lorenzo Urvina, lojano; y el Capitán Leandro Algarra, ibarreño.

En Ayacucho murieron: los Capitanes José Sevilla y

Manuel Prieto, hijos de Cuenca; el Teniente Félix Ariscún, de Quito; y el Capitán Antonio Miró, ecuatoriano, también, aun cuando se ignora el lugar de su nacimiento.

En el sitio del Callao, en vísperas de rendirse esta plaza, murieron los Comandantes guayaquileños Genaro Estuardo y Judas Tadeo Zuláibar.

***

DON JOSE MARIA BORRERO y BACA.—Fué natural de Popayán. A principios del siglo XIX vino a Cuenca, donde se radicó difinitivamente, falleció y dejó descendencia. Fué uno de los contados personajes que quisieron secundar en Cuenca el glorioso movimiento Emancipador de Quito del diez de Agosto de 1809; y uno de los Próceres del 3 de Nobiembre de 1820. En nuestra obra "Cuenca en Pichincha," se encuentran datos biográficos de don José María Borrero y Baca. Ahora volvemos a mencionar su nonbre, porque aun cuando no fue militar ni estuvo en las campañas libertadoras del Perú, su patriotismo fue tanto, en pró de la Indepencia de aquella región, que ofreció sus servicios como soldado para ese objeto. Así consta de un documento original que ha tenido la amabilidad de proporcionarnos nuestro amigo, el acusioso investigador e historiógrafo Doctor Ezequiel Márquez. He aqui el documento, que tenemos a mucha honra publicarlo:

"Al Señor Intendente del Departamento de Azuay.—Cuenca, 31 de Octubre de 1824.—En atención al bando publicado, tengo la satisfacción de presentar a U. S. la gente que tengo a mi servicio, capaces, conforme a la Ley, de tomar las armas, siempre que U. S. lo disponga, pues gustosos tanto éstos como yo y dos hijos, el uno que se halla en este colegio, Miguel Borrero, y otro que está a mi lado José Borrero, seremos soldados y derramaremos la última gota de sangre en defensa de nuestra libertad, y de este modo cumpliremos como verdaderos colombianos —Dios guarda a US.—J. M. Borrero y Baca" (1)

Este oficio está acompañado de la lista de los criados y peones de la hacienda de Tarqui de Don José María

(1) Don José María Borrero y Baca se casó, en primeras nupcias, con Doña Manuela Seminario, hija del acaudalado ciudadano don José Seminario y Saldívar: y tuvieron por hijos a don Manuel Isidoro Borrero, que contrajo matrimonio con Doña Francisca Cortázar, padres de los señores doctores don Ramón y don Antonio Borrero; y a doña Rosa Borrero que se casó con el Coronel de la Independencia don José Félix González, natural de Puerto—Cabello. Don José María Borrero contrajo segundo matrimonio con una Señora Atienza. Hijos de este consorcio fueron Don Miguel y don José Borrero, mencionados en la nota preinserta.

Borrero y Baca, cuyo número asciende a 23 indios de la parroquia de Baños.

El bando a que se hace alusión en el oficio transcrito, lo mandó a publicar el Coronel Don Ignacio Torres, después General, que desempeñaba en esa época el cargo de Intendente del Departamento del Azuay. Dicho bando obedecía a las reiteradas órdenes del Libertador que, desde el Perú, pedía a Colombia y principalmente a los departamentos del Sur, toda clase de auxilios para llevar a feliz remate la campaña en que estaba empeñado, tendiente a expulsar los últimos restos del Poder de España enseñoreados todavía del antiguo Imperio de los Incas.

***

EL GENERAL DON IGNACIO TORRES, hijo de Popayán y hermano del ilustre Don Camilo Torres, es digno de especial mención en este libro, porque merced a su actividad y celo, se enviaron del Departamento del Azuay, soldados, armas, vestuarios y víveres al Perú. Fue tan loable la conducta del General Torres en esas circustancias que, sin haber combatido en Ayacucho, se hizo acreedor a que se le condecorase como a uno de vencedores en aquella épica jornada. Este Prócer hizo su primera campaña contra el Gobernador de Popayán don Miguel Tacón, distinguiéndose por su heroismo en la acción de guerra de Palacé, bajo las órdenes del General Granadino Don Antonio Baraya. Peleó en los combates subsiguientes que se libraron en le Sur de la Nueva Granada; y cayó prisionero en 1816, escapándose milagrosamente de ser fusilado por el sanguinario Don Juan Samano, que triunfó en la Cuchilla del Tambo. Vino en 1822 a la campaña de Pasto, como segundo Edecán del Libertador, y con éste al Ecuador. Nombrado Gobernador de Cuenca, en reemplazo del General Tomás Heres, se radicó difinitivamente en esta Ciudad, donde se casó con Doña Angela Beltrán, dejando numerosa y distinguida familia. El General Torres ha ejercido en el Ecuador los primeros puestos civiles y militares, y su memoria es grata para los azuayos.

Cerraremos este capitulo, con el siguiente dato que acabamos de leer en un artículo publicado en "La Crónica" de Cuenca, correspondiente al día de hoy (16 de Agosto de 1824). En dicho artículo escrito por el Doctor Octavio Cordero Palacios, intitulado "El Hospital de Cuenca," hablando de los benefactores de este notable Establecimiento público, se dice:

"A poco, Don SALVADOR SEVILLA (cuencano), que joven aún se batió en Junín y Ayacucho, hizo al Hospital la donación de la vasta y hermosa cuadra o quinta que le sigue al Sur".

CAPITULO XI

Auxilios prestados por el antiguo Departamento Colombiano del Azuay, hoy Provincias de Cañar, Azuay y Loja, para las campañas libertadoras del Perú, que consistieron en hombres, dinero, cornetas, clarines, armas, víveres y vestuarios.—

Ahogado en torrentes de sangre en la ardua pendiente de Verdeloma, el movimiento Emancipador de Cuenca, sufrió ésta la ferrea dominación del Jefe español triunfante en aquella jornada, Coronel Francisco González. Contribuciones forzosas, confiscaciones de bienes y toda clase de desmanes y exacciones sufrieron los habitantes de la provincia de Cuenca, durante el año de 1821, que bien puede llevar el calificativo de terrible para nuestros antecesores. Con el objeto de aumentar sus tercios, el Coronel González ordenó la más cruel y desapiadada recluta de los cuencanos. Viéronse, pues, obligados éstos a combatir contra sus sentimientos y arraigadas patrióticas convicciones, en el histórico campo de Yaguachi, donde triunfó el Brigadier Don José Antonio de Sucre, Jefe del ejército independiente. La Mayor parte de los azuayos enrolados en las filas de González, en numero de cuatrocientos, cayeron prisioneros y fueron conducidos a Guayaquil.

Para gloria de Cuenca debemos apuntar que todos los prisioneros de Yaguachi, inclusive los cuencanos, no quisieron ser canjeados, cuando vino a Guayaquil el Teniente Coronel Don Francisco Jiménez, comisionado por el Presidente de Quito Don Melchor Aymerich, para celebrar con Sucre un pacto de canje de prisioneros. Al proponerles Jiménez que los que quisieran marchar con él a Quito para continuar prestando sus servicios al Gobierno Español, diesen un paso al frente, todos los prisioneros se mantuvieron firmes en sus puestos, y contestaron a una voz: "Preferimos ser prisioneros de la República, antes que volver a servir al Rey de España.¡ Viva Colombia! ¡Muera el Rey de Es-

paña.!" En vista de tan noble conducta, el mismo Jiménez pidió servicio en las filas republicanas, y comunicó a Aymerich lo que acabamos de relatar

Hemos referido estos antecedentes, porque los prisioneros de Yaguachi, en su mayor parte Cuencanos, no tomaron parte en la segunda batalla de Huachi e ingresaron en las filas del ejército que Sucre, después de su tremenda derrota en aquel aciago campo, formó, y con el que triunfó en Pichincha, Cuencanos fueron también, casi en su dotalidad, los que compusieron la división del Coronel Luco que invadió a Cuenca, después del triunfo de Yaguachi; y como esta columna tampoco estuvo en Huachi, sino que se replegó a Guayaquil, después de que el Sargento Mayor don Francisco María Frias con la vanguardia ocupó, por algunas horas, a Cuenca, ella y la columna se incorporaron también al ejército independiente que venció en Pichincha a las fuerzas realistas; y después, muchos de esos mismos soldados tomaron parte en las campañas libertadoras del Perú.

El Coronel don Manuel Antonio Lopez, al tratar en sus "Recuerdos Históricos" del desastre sufrido por Sucre en el segundo Huachi, corrobora nuestra aserción, con las palabras que siguen: "Esta tropa, (habla de la que el Coronel Yllinworgth pudo salvar y conducir después de aquel desastre desde las cercanías de Quito a Guayaquil, por la vía de Santo Domingo de los Colorados), los ciento que sacó el General Sucre, cinco oficiales, cincuenta y tantos soldados de los derrotados que salieron después, y los PRISIONEROS DE YAGUACHI, que voluntariamente se enrolaron en las filas del Ejército, muchos de los cuales fueron a morir en Pichincha, AYACUCHO y el SITIO DEL CALLAO, fieles a las banderas de la patria, sirvieron de base para formar una División."

La materia de este capítulo exige que hagamos otra reminicencia histórica, (consignada ya en otra parte de este libro.) El 21 de Febrero de 1822, el General de Brigada don José Antonio de Sucre ocupó a Cuenca con el ejército colombiano unido a la división peruana, que se hallaba regida por el Coronel Don Andrés de Santa Cruz. Cuenca prestó toda clase de auxilios para la última campaña que tuvo feliz remate en las quiebras del Pichincha. Así lo confiesa el mismo Sucre en una carta dirigida al Visepresidente Santander, con fecha 5 Abril del año mencionado, en la que entre otras cosas, le dice: "Mi estadía aquí, (Cuenca), cuarenta y cinco días, ha sido muy útil: he reforzado los cuerpos, los he vestido, se han reposado y siempre he molestado al enemigo. De dos mil infantes que tengo, los mil cuatrocientos son regulares y los demás, así, así. De cuatrocientos caballos, los doscientos son muy buenos jinetes y soldados, aunque no he conseguido muy buenos caballos. Tengo, además, en instrucción, quinientos reclutas que se aumentan hasta ochocientos para reemplazos".

De estas palabras de Sucre, se desprende que todos los

cuerpos del ejército libertador, tanto colombianos como peruanos, fueron aumentados con hijos de Cuenca, quienes combatieron en Pichincha, tomando parte, después, en las campañas del Perú.

Debemos recordar, asimismo, que el Batallón ALTO MAGDALENA comandado por los valentísimos Coroneles don José María Córdova (el héroe legendario de Ayacucho) y don Hermógenes Maza, vino desde Cartagena, por la vía de Panamá a Guayaquil, y desde este puerto a Cuenca por el fragoso e intransitable camino de Naranjal, llegando a esta ciudad, por partes, del 14 al 25 de Abril de 1.822.

En nuestra obra "Cuenca en Pichincha" hablamos detenidamente de los indecibles trabajos que sufrió el ALTO MAGDALENA en su marcha de Naranjal a Cuenca. Para nuestro objeto, reproduciremos ahora los párrafos con los que concluye dicha relación:

"Hemos hecho las apuntaciones anteriores, se dice en la obra mencionada, para manifestar que, indudablemente, dada la cuasi destrucción del ALTO MAGDALENA, sus pérdidas fueron reemplazadas por soldados cuencanos de los reclutas que reunió Sucre en esta ciudad para tal objeto."

"Esta aserción se comprueba, también, con las siguientes palabras del mismo Coronel Córdova, que se hallan en una carta dirigida por éste a Santander, en 20 de Junio de 1.822:..... por fin llegué a Cuenca enfermo, y ya el General (Sucre) como era regular, hacía cuatro días que había marchado con el ejército; quince días estuve en cama; apenas me repuse, habiéndose reunido ya cuatrocientos hombres para el cuartel, y escogiendo uno por uno saqué ciento noventa, y forzando las marchas me reuní al ejército en Tacunga, con ciento sesenta....."

"Ahora bien, habiendo comprobado antes, con la lógica incontrovertible de los números, que el batallón ALTO MAGDALENA cuando llegó a Cuenca, quedó reducido a menos de doscientas plazas, es evidente que la elección que hizo Córdova de los hombres que llevó a la campaña de Pichincha, la hizo no sólo de los restos de su batallón, sino también del depósito de reclutas cuencanos, destinados para reemplazos. Sube de punto esta certeza, si se toma en cuenta que la mayor parte de los soldados del ALTO MAGDALENA que llegaron a Cuenca, y que no fueron al Hospital, se encontraban en tal estado de postración y debilidad, (pues muchos de ellos fueron conducidos a hombros de indios), que no era posible que se repusiesen en pocos días y adquisieren el vigor suficiente para poder continuar su marcha hacia Quito."

El ALTO MAGDALENA, con el heróico Coronel don José María Córdova a la cabeza, fue uno de los batallones que más bizarramente combatió en Pichincha. Después de esta batalla, el Libertador formó del PAYA y MAGDALENA el batallón PICHINCHA, que fue INCORPORADO A LA GUAR-

DIA COLOMBIANA, y uno de los que más se distinguió en la homérica jornada de Ayacucho.

En el capítulo II de la tercera parte de esta obra manifestamos que el BATALLON DEL SUR se organizó en Cuenca, con soldados azuayos; y se le armó en parte con los fusiles dañados que dejó en esta ciudad el General Sucre cuando marchó a la campaña que terminó en Pichincha; fusiles que fueron compuestos por los maestros armeros Pedro Alvarez y Luis Mogrovejo Reproducimos estas palabras porque dicho batallón fuerte de cuatrocientas plazas, y regido por el Teniente Coronel don Francisco Eugenio Tamaríz, se trasladó de Cuenca, por la vía Naranjal, a Guayaquil, y pasó al Perú con otros cuerpos auxiliares colombianos para prestar sus servicios en las campañas libertadoras de aquel país.

El Coronel don Diego de Ibarra fue enviado a Cuenca y Loja por el Libertador en demanda de todo género de auxilios para el Perú. Así lo manifiesta el siguiente oficio:

"República de Colombia.—Secretaría General.-- Cuartel General, en Guayaquil a 19 de Marzo de 1.823.- 13º.- Al Señor Gobernador Comandante General de Cuenca:

S. E. el Libertador Presidente se ha servido comisionar a su primer Edecán el Señor Coronel Diego Ibarra para que pase a esa ciudad a hacer ejecutar todas las órdenes que se han comunicado a V. S., tanto por la Secretaría General de S. E., como por el E. M. G. sobre la imposición y percepción de veinte y cinco mil pesos en calidad de empréstito que han cabido a Cuenca y Loja en el de cien mil, impuestos a todo el Departamento de Quito por S. E. el Libertador, para los aprestos militares de la División que marcha en auxilio del Perú; y sobre la recluta que debe levantarse en esa provincia, el destino que debe dársele, y lo que deben hacer los Cuerpos que existen en esa provincia.— S. E. dispone, pues, que V. S. preste al señor Coronel Ibarra todo el lleno de su autoridad para el cumplimiento de su comisión: que V. S. le manifieste todas las órdenes que ha recibido así de la Secretaría General, como del E. M. G., desde el 7 de Febrero a hoy, para que este señor Coronel las cumpla. El señor Coronel Ibarra ha recibido de su excelencia todas las órdenes relativas al desempeño de su comisión.— Señor Coronel: el cobro de los veinte y cinco mil pesos, y hacer efectiva la recluta de esa provincia, es el objeto primero de la comisión del señor Coronel Ibarra. S. E. queda en cuenta de la comunicación de V. S. de 5 del presente, dirigida al Jefe de E. M. G.— Dios guarde a V. S.— J. G. Pérez".

El Coronel don Diego Ibarra, merced a las patrióticas gestiones del Gobernador de Cuenca, Coronel don Ignacio Torres, cumplió satisfactoriamente su comisión. Los siguientes documentos comprueban este aserto:

"He recibido del señor Gobernador Coronel Ignacio Torres, por órden de S. E. el Libertador Presidente, QUINIENTOS VEINTE RECLUTAS MOZOS Y ROBUSTOS para conducirlos a Guayaquil. Cuenca, Abril 2 de 1823.—13º.—D. Ibarra."

"He recibido del señor Gobernador de Cuenca, Coronel Ignacio Torres, DIEZ Y SEIS MIL PESOS en dinero efectivo, y CUATRO MIL PESOS en dos libranzas contra la masa de Diezmos de Guayaquil. Cuenca, Abril 2 de 1.823.—13º.—D. Ibarra."

De otro documento otorgado en la misma fecha, consta que el Coronel Ibarra recibió del Teniente Manuel González, encargado de la Maestranza establecida en el Convento de Santo Domingo de Cuenca, desde la época en que el Coronel don Tomás Heres desempeñaba la Gobernación de esta provincia, en virtud de nombramiento hecho por el General Sucre, los siguientes artículos:

Trescientos cincuenta fusiles compuestos en aquella Maestranza, ciento cuarenta y tres bayonetas, diez y seis carabinas, cuarenta y tres cartucheras y tahalíes, doscientas camisas, ciento treinta y ocho capotes de paño, doscientas veinte y dos gorras de paño, ciento treinta y un casacas, cuatrocientos cuarenta y un pantalones, ciento diez varas de paño azul, doscientas setenta y nueve mochilas, trescientas cincuenta cantimploras, trescientas diez correas para sillas, cincuenta y un sillas, cincuenta y un frenos, setenta y un riendas, cincuenta y un cabezadas, setenta y un pares de estribos, ciento cuarenta y dos hebillas, ciento cuarenta y dos aciones, noventa y cuatro pares de espuelas, ciento ochenta y ocho correas, otras tantas hebilllas y trescientas dos fajas de cuero. (Los documentos anteriores los hemos tomado de un folleto intitulado "El Coronel Diego Ibarra en Cuenca, escrito por el doctor Ezequiel Márquez.)

Después de los auxilios llevados por el Coronel Ibarra, se organizó en Cuenca un batallón de milicias, compuesto de seis compañias de cien hombres cada una; y se dió orden para que en Loja se formasen dos compañias más. Así aparece de un oficio dirigido por el Gobernador de Cuenca al Jefe de Estado Mayor General Libertador, con fecha 28 de Julio de 1823. En el mismo oficio consta que el Intendente de Guayaquil daba aviso de que remitía a Cuenca doscientos cincuenta fusiles PARA QUE SE LES PONGAN CAJAS Y SE REPAREN TODAS LAS FALTAS QUE TRAIGAN. Dichos fusiles, junto con treinta quintales de hierro y uno de acero, materiales necesarios para su compostura, fueron enviados realmente a Cuenca, según puede verse en los respectivos libros copiadores de Oficios de la Gobernación de esta ciudad. Advertiremos que en ellos constan estos particulares y todos los demás que son materia de este capítulo.

Para poner culatas a los mencionados fusiles, se pidieron al Juez Político de Gualaceo ciento cincuenta trozos de nogal

seco DE DOS VARAS Y MEDIA DE LARGO Y DEL GROSOR QUE SEA POSIBLE. Después se pidieron doscientos trozos más de la misma madera, siendo el valor de cada trozo el de un real.

En 27 de Junio y en 29 de Julio de 1823 fueron enviados por el Gobernador de Cuenca al Intendente del Departamento de Quito, General Don Bartolomé Salom, en dos partidas, seis cornetas e igual número de clarines, fabricados por el gran artista cuencano Don Gaspar Sangurima (alias el LLUQUI, palabra quichua que significa zurdo), apodo que se le dió porque era ambidextro.

Era el maestro Gaspar Sangurima un verdadero genio en las artes. Prueba palmaria de ello es que el Coronel Don Tomás Heres, cuando era Gobernador de Cuenca en el año de 1822, celebró un contrato con Sangurima para la enseñanza de varias Artes; y expidió aquel un reglamento, que fue aprobado por el Libertador cuando estuvo en Cuenca, que principia: "Reglamento a que deberá sujetarse el Maestro Gaspar Sangurima, Director de la enseñanza de treinta jóvenes, en los nobles artes de Pintura, Escultura y Arquitectura, y en las mecánicas de Carpintería, Relojería, Platería y Herrería."

Sangurima merece especial mención en este libro porque fue el director de la Maestranza establecida por el Gobernador Heres en el Convento de Santo Domingo, de que antes hablamos; y en dicha Maestranza se fabricaron: lanzas para los jinetes y herraduras para los caballos de los escuadrones; se compusieron, según acabamos de relatar, los fusiles dañados, poniéndolos culatas de madera de nogal; y lo que es más notable se fabricaron los clarines, las cornetas y las cajas de guerra que resonaron en Pichincha, Junín y Ayacucho con las alegres dianas del triunfo.

En memoria del gran Artista Sangurima, una de las calles de Cuenca, que va de Occidente a Oriente, lleva su nombre.

Reanudemos la relación, a fines de Julio de 1823, el Capitán don Manuel Serrano condujo de Cuenca seis mil pesos para entregarlos al General Salom, Intendente del Departamento de Quito.

Desde Setiembre de 1823 empezaron a cobrarse en la provincia de Cuenca tres mil sucres mensuales, parte proporcional de veinte y cinco mil pesos, cantidad con la que, de orden del Libertador, debía contribuir el Departamento del Sur de Colombia para la Guerra del Perú. Esta contribución se cobró durante más de un año; y se la hizo efectiva a pesar del estado lamentable de la Provincia, como lo manifiesta el oficio dirigido por el Gobernador de Cuenca al Intendente de Quito, con fecha 13 de Agosto del año indicadó, oficio cuyo tenor literal es el que sigue:

"Con esta fecha contesto a V. S. su nota 7 del corriente sobre que se realice la orden de S. E. relativa a la percepción mensual de tres mil pesos en esta Provincia. Falta-

ría a mi deber si no patentizara a V. S. el estado de ella y las dificultades que se presentan en el recaudo de esta clase de adeudos. S. E. dispuso, ahora pocos meses, se sacaran por empréstito veinte y cinco mil pesos de Cuenca y Loja. El Señor Coronel Ibarra fue entregado de veinte mil pesos; pero para colectar catorce mil pesos se hizo necesario que yo empeñara mi palabra de honor con varios propietarios, esperanzado que muy luego cobraría a los vecinos la cuota que cada uno debe satisfacer. Estoy empeñado y no puedo hasta hoy desembarazarme de los créditos que contraje, por que en verdad a pesar de las órdenes más duras, nada, nada adelanto. Deben y debo, y no sé cuando saldar esta cuenta. Sobre el estado indigente en que se halla la Provincia, querer realizar mensualmente la contribución de tres mil pesos, me parece casi inverificable, por que no hay numerario y no puedo vencer este insuperable obstáculo. Además de esto, el cobro de tributos del año 22 se va a realizar de un modo violento, y este acontecimiento contribuye tambien a imposibilitar se haga efectiva la contribución de que habla. Póngolo en conocimiento de V. S. como debo hacerlo."

El Gobernador de Loja, Teniente Coronel Don Vicente Castro, remitió al de Cuenca, con fecha 8 de Octubre de 1823. la cantidad de cinco mil quinientos pesos, la que, a su vez, fue enviada al Intendente de Guayaquil, con destino al Perú.

Desde el mes de Noviembre de 1823, comenzaron a enviarse, mensualmente, de esta ciudad al puerto de Naranjal, veinte y cinco cargas de harina de todas clases, para que desde aquel lugar fuesen conducidas a Guayaquil, y de allí al Perú, para la manutención del ejército libertador que operaba en esa región,

Con graves dificultades se tropezaba para hacer tales remesas, por falta casi absoluta de bestias. Así lo manifiesta el Coronel Ignacio Torres, en un oficio dirigido, con fecha 6 de Noviembre de 1823, al Intendente de Quito, en el que entre otras cosas, le dice: "Despúes que los godos consumieron con este artículo (ganado equuio), la guerra que ha gravitado siempre sobre el Departamento ha hecho que se toque su total aniquilamiento.—Con todo no perdonaré cuantos esfuerzos estén a mi alcance para enviar toda la harina que pueda hasta Diciembre."

También se enviaron al Perú carnes secas y saladas, o sea, cecinas, principalmente de la provincia de Loja. Para comprobarlo, transcribiremos un oficio del Gobernador de Cuenca al de Loja, fechado en 28 de Noviembre del año indicado:

"El señor General Jefe Superior del Departamento, en cumplimiento de las órdenes de S. E. el Libertador Presidente, se ha servido disponer que de esta provincia y la de Loja se remitan mensualmente todas las carnes secas y

harinas que se pudiesen colectar. En la de su mando abundan reses, y me parece muy fácil acopiar toda la carne que se pueda remitir a Santa Rosa. En su virtud es interesantísimo que V. S. despliegue todas sus actividades para hacer efectivo el acopio y envío, sin limitarse a veinte o treinta cargas, sino a todas las que pueda hacer marchar. El valor de las carnes y fletes hasta el Puerto de Santa Rosa se pagará de los caudales pertenecientes al Tesoro Público, bien entendido que para hacerse el pago, se procurará economizar cuanto esté al alcance humano. Ocho días antes de salir la remesa, en cada mes, cargada de carnes secas y bien saladas, tendrá V. S. a bien dirigir un posta al Alcalde de Santa Rosa con un pliego en el cual le avisará al Sr. Intendente del Departamento o al General Salom, el día en que sale la remesa de Loja para Santa Rosa, el día en que puede estar en aquel puerto, para que con este aviso se dispónga el envío de los buques que deben transportar la carga a Guayaquil.—Al Alcalde de Santa Rosa se le prevendrá por V. S. que pase el pliego inmediatamente, y que tan luego como lleguen los carnes se haga cargo de ellas, recibiéndolas pesadas.—Señor Gobernador: yo espero de la actividad y celo con que V. S. siempre se ha manejado, tome todo, todo el interés que exije el cumplimiento de esta superior orden, contestándome el recibo de esta nota, y dándome parte de los resultados ulteriores"

Como curioso, reproducimos el siguiente oficio del Coronel Torres al Ministro de Hacienda, datado en 9 de Diciembre de 1823: "Las Madres Carmelitas han satisfecho por lo que adeudaban de tributos los indígenas conciertos de su hacienda de Cañar, la cantidad de doscientos cincuenta y dos pesos seis reales en el valor de las harinas y carnes que han de transportarse a Guayaquil.—Este importe fue satisfecho dentro del término señalado por el Señor General; y por lo mismo corresponde que se las abone trescientos treinta y siete pesos, con la tercera parte condonada. Así lo he dicho al Sr. Juez Político de Cañar y lo comunico a U. para su inteligencia."

El 16 de Diciembre de 1823, se remitieron a Guayaquil por la vía de Naranjal, veinte cargas de harina. con el peso de ocho arrobas ocho libras cada una, y cincuenta y ocho arrobas de carne seca.

Apesar de que en la misma fecha, el Capitán Manuel Serrano condujo a Quito nueve mil pesos pedidos por el General Salom, se hizo a Guayaquil una remesa de dos mil pesos particular que consta del documento que sigue:

"Sr. Intendente de Guayaquil.—El Subteniente Carlos Monroy entregará a V. S. dos mil pesos que remito en cumplimiento de las órdenes superiores que para ello me comunicaron. No he podido enviar a U. S. mayor número, en virtud de que los recursos están agotados, y por que la disposición llegó a mi mano, después de haber despachado la re-

mesa del último medio real a Quito, en obedecimiento de las providencias anteriores. U. S se servirá acusarme recibo para el descargo de Tesorería."

Debemos advertir que, desde el 13 de Julio, hasta el 29 de Diciembre de 1823, se había remitido a Quito en diversas partidas, la no despreciable suma de veinticinco mil cuarenta y nueve pesos dos reales, para hacer frente a los gastos que demandaba la sofocación de las continuas rebeliones, que a raíz mismo del triunfo de Pichincha, se verificaron en Pasto contra el Régimen Republicano implantado en Colombia. Hacemos esta advertencia para aquilatar el mérito de las provincias de Cuenca y Loja, las que, a pesar de tan fuertes erogaciones, enviaron al Perú los auxilios que antes hemos enumerado, y continuaron enviándolos, como vamos a verlo en el curso de este capítulo.

En 14 de Enero de 1824, se remitió de Cuenca al Intendente de Guayaquil, con el ciudadano Pedro Ortega, la cantidad de dos mil pesos. En 17 del propio mes y año, se envió, con el Capitán Manuel Serrano, a disposición del General Salom, la suma de seis mil pesos, según aparece del oficio que sigue:

"Señor General Bartolomé Salóm.—El Capitán Manuel Serrano sale mañana conduciendo los seis mil pesos que ofrecí a V. S. remitirlos antes de ahora. Mis deseos son cooperar de todos modos al auxilio de las necesidades que cercan a V. S.; pero ya se agotan los recursos, y no hay medida que baste para colectar dinero. Conozco que muy en breve lo necesitaré con urgencia para los gastos que demanda el acuartelamiento del batallón, mas prefiero cumplir con lo que V. S. mande.—I. Torres."

La parte final de este oficio se refiere a que el Libertador había dispuesto, a fines de 1823, que se encuartele el batallón de milicias de Cuenca; y que se envíen al Perú novecientos reclutas para reforzar los Cuerpos de la División Colombiana. Para cumplir tan perentoria orden, el General Salom, Jefe del Departamento del Sur, señaló el cupo de cuatrocientos hombres a la provincia de Cuenca, mandando que éstos sean entregados en Guayaquil, en todo el curso del mes de Enero de 1824.

El Gobernador de Cuenca, Coronel Don Ignacio Torres, para completar el mencionado número de reclutas, hizo la siguiente distribución: Cañar, ciento.—Cuenca, ciento cincuenta.—Gualaceo, ciento; y Jirón, cincuenta. El mismo Gobernador Torres ofició al de Loja, previniéndole que de esta provincia se enviaran a Guayaquil, por la vía de Santa Rosa, cien reclutas.

La recluta en la provincia de Cuenca se llevó a debido efecto, aunque no en el número fijado. El 26 y el 27 de Enero de 1824, salieron dos partidas de reclutas, según lo comprueba el siguiente oficio dirigido al Intendente de Guayaquil con fecha 22 del mismo mes y año:

"En cumplimiento de las órdenes comunicadas por el señor General Jefe Superior de los departamentos del Sur, a pesar de los imponderables obstáculos que he tenido que vencer para colectar alguna recluta, saldrán de aquí para el Naranjal cien hombres el 26 del corriente, y otros ciento el 27 del mismo, de modo que los primeros estarán en el Puerto el 31, y los segundos el 19, del entrante. Póngolo en conocimiento de US. para que se sirva disponer la remisión de los buques de transporte en que deban ser conducidos, la tropa necesaria para su custodia, y los víveres precisos para que sean mantenidos en la navegación que han de hacer desde el Puerto del Naranjal. No me ha sido posible racionarlos hasta Guayaquil por la falta de bagajes, y por el invierno que impide todo recurso. Al Oficial que US. destine para su recibo serán entregados los reclutas por los que de aquí vayan comisionados."

Con la primera partida de reclutas, salieron el Capitán José A. Caraballo, el Teniente José M. Piedrahita y el Subteniente José Chica y Neira; y con la segunda, el Capitán Felipe Serrano, el Teniente José M. Sempértegui y el Subteniente Casimiro Martínez.

Honrosa es para el Capitán don Juan Francisco Carrasco la siguiente nota: "Habiendo U. llenado el cupo de reclutas que se le señaló por esta Comandancia General, queda eximido de toda responsabilidad; y además prevengo a U. que en todo el territorio de Azogues no se permita hacer pesquisa de hombres, con ningún motivo ni bajo ningún pretexto.—Dios guarde a U.—I. Torres."

Aún cuando en el oficio de 22 de Enero de 1824, que ya transcribimos, se dice que debían salir con dirección a Naranjal doscientos hombres, en realidad solo marcharon a ese Puerto ciento cincuenta, según aparece de la comunicación que sigue, fechada en 29 del citado mes y año:

"Señor General Salom.—El 26 y el 27 del corriente han marchado para Guayaquil ciento cincuenta reclutas de más de doscientos hombres que estuvieron colectados. Al hacer la revista de ellos, se encontraron cincuenta y tantos inútiles por viejos, baldados y enfermos, que fue preciso sacarlos. Los que han marchado son hombres robustos, mozos y útiles para el servicio. Comunícolo a US. para su inteligencia".

El Coronel Torres remitió, con un posta, al Intendente de Guayaquil, General don Juan Paz del Castillo, la suma de diez mil pesos, mediante un libramiento de la Junta de Diezmos. Tal remesa se verificó el 24 de Enero de 1824; y en 29 del mismo mes y año se envió al referido Intendente la cantidad de dos mil pesos.

Para completar el número de reclutas señalado a la Provincia de Cuenca, se dictaron medidas enérgicas y severas, según consta de la circular que sigue, dirigida a los Jueces

Políticos de los cuatro cantones que componían aquella, en 16 de Febrero.

"El señor General Salóm me estrecha, en virtud de las órdenes de S. E., por el completo de la recluta pedida a esta Provincia. De ella han salido solamente ciento cincuenta hombres y faltan doscientos cincuenta para llenar el número de los cuatrocientos pedidos. En vista de las dificultades que he hecho presente, se ha servido determinar lo que se comprende en los artículos siguientes:

1º—Los Jueces Políticos cada uno en su respectivo Cantón harán una lista de todos los hacendados que hubiesen en él.

2º—Estas listas se dirigirán a los Alcaldes de las Parroquias para que, sin consideración alguna, cumplan dentro de doce días, las prevenciones de los artículos posteriores.

3º—Cada hacendado entregará necesariamente, en el término designado, un recluta por cada fundo que posea, en inteligencia que ha de ser un hombre libre, robusto y útil para el servicio.

4º—Si aun esto no lo cumpliesen, los Alcaldes los remitirán presos a buena custodia para que ellos mismos vayan a servir en las filas del Perú.

6º—Si los Alcaldes usaren de alguna condescendencia, o retardaren el exacto cumplimiento de esta orden, tendrán la misma pena del artículo anterior.

7º—Ninguna clase será respetada, ni persona alguna podrá eximirse del cumplimiento de esta providencia sea quien fuese.

8º—Los Alcaldes anotarán en las listas el hacendado que hubiese dado su recluta, sentando el nombre de éste, y si es hombre libre, robusto y útil para el servicio, sin defecto ni enfermedad alguna, bajo su responsabilidad, y so la pena que si al tiempo del examen no resultare puntual el apuntamiento, se le aplicará la del artículo quinto, y además el hacendado sufrirá la misma.

9º—Los Jueces Políticos son inmediatamente responsables de todos y cada uno de los artículos anteriores, que serán cumplidos dentro de los doce días prefijados, presentando al Gobierno las listas y los reclutas que se hubiesen hecho en virtud de esta providencia.

Sírvase acusarme recibo de esta nota.—Dios guarde."

Con fecha 14 de Enero de 1824, el Libertador nombró Intendente de Guayaquil al Coronel don Ignacio Torres, y de Gobernador de Cuenca, en remplazo de aquel, al General don Antonio Morales. Al comunicar este particular el referido Coronel al General Salom, en 23 de Febrero, le manifestó que no podía marchar inmediata mente a hacerse cargo de ese destino, por hallarse convaleciente de una grave calentura que había sufrido. En igual sentido, y en 28 del mismo mes, ofició Torres al Secretario General del Libertador indicándole, además, que sólo después de quince o veinte días, podría emprender su marcha a Guayaquil.

Con el Teniente Casimiro Salcedo, y en 3 de Marzo de 1824, se remitió a Guayaquil la suma de ocho mil pesos, con destino al ejército libertador del Perú.

El 18 de Marzo del mismo año, marchó el Coronel don Ignacio Torres a Guayaquil para encargarse de la Intendencia de esa provincia; y quedó de Comandante accidental de Armas el Teniente Coronel don José González. El Coronel Torres regresó del camino de Naranjal a Cuenca, en virtud de orden superior, para hacerse cargo nuevamente de la Gobernación de esta Provincia. Llegó en Cuenca el 23 del indicado mes; y fue recibido con señaladas muestras de de adhesión y simpatía de parte de sus habitantes.

El 28 de Marzo de 1824 se envió de Cuenca al Intendente de Guayaquil la suma de dos mil pesos; el 13 de Abril del propio año, la de seis mil pesos; y el 14 o sea, al siguiente día, la de mil doscientos sesenta y nueve pesos dos reales, por medio de una libranza girada por don José Cárdenas a favor del susodicho Intendente.

El Subteniente Manuel Serrano condujo a Guayaquil, en la fecha últimamente indicada, la cantidad de cuatro mil treinta pesos seis reales.

Con fecha 24 de Abril, el Gobernador de Cuenca ofició al Teniente don Narciso Cobos, en los términos que siguen: "El Estado necesita de ocho mil varas de tocuyo para la fábrica de camisas y fundas que se le han pedido para el servicio de los cuerpos por el Sr. General Jefe Superior del departamento. U., en el término de veinticuatro horas, reunirá este número, extrayéndolo de las personas que constan de la adjunta lista, empleando la fuerza, si fuese necesario.—Luego que esté colectado, lo avisará U. para satisfacer de Cajas su importe, con arreglo al precio de plaza.—Es U. responsable del cumplimiento de esta orden."

Por disposición del Libertador, el General Salom, Jefe Superior del Departamento del Sur de Colombia, impuso a la provincia de Cuenca un empréstito forzoso de diez mil pesos, independientemente de la contribución mensual de tres mil pesos que gravitaba sobre la misma, según antes lo referimos.

El Gobernador Torres para hacer efectivo dicho empréstito, dirigió, en 28 de Abril de 1824, a don Mariano García y otros vecinos de la localidad, un oficio, cuyo tenor es:

"Por disposición de S. E. el Libertador Presidente y designamiento del señor General Jefe Superior del Departamento, han correspondido a esta Provincia diez mil pesos de empréstito forzoso para pagarlos tan pronto como se concluya la guerra del Perú, hipotecando a este objeto las rentas naturales de la Provincia.—En esta virtud he tenido a bien, considerando sus comodidades y patriotismo, señalarle la cantidad de doscientos cincuenta pesos para que los entregue en esta Tesorería en el perentorio término de ocho días.

Estoy seguro que no dará U. motivo para que se cumplan las disposiciones superiores, pues ellas dicen: que si U. y los demás prestamistas no entregaren la suma designada en el plazo señalado, emplee la fuerza para hacerlos EXHIBIR, y últimamente que los haga salir expulsos fuera del territorio de Colombia, cuya medida será inevitable si U. se resiste a la entrega del cupo que se le ha asignado."

A todo trance, y por exigencias diarias y apremiantes del Libertador, debía remitirse cuanto antes al Perú, la cantidad de los diez mil pesos del empréstito forzoso. Para su reparto se creó en Cuenca una Junta compuesta del Gobernador de la Provincia, del Alcalde 1º, de la Autoridad Eclesiástica o Provisor y de dos delegados de éste. Según aparece del anterior oficio, y del que en seguida vamos a transcribir, el reparto del empréstito se hizo primero entre veinte personas, a razón de quinientos pesos a cada una, y después entre cuarenta, a razón de doscientos cincuenta pesos:

"Sr. Jefe superior del Sur.—En cumplimiento de la superior orden de U. S., relativa a la colectación de un empréstito de diez mil pesos, dispuse que una Junta de ciudadanos sensatos designara las veinte personas que debían hacerlo en la cantidad de quinientos pesos por cada una. La Junta ha cumplido con su encargo, y se hallan insinuados los prestamistas para verificar la entrega del cupo que les corresponde en el término de ocho días perentorios. El 1º del entrante, 27 de Abril de 1824, se cumple este plazo, y el 3 o 4 caminará a Guayaquil la suma total que se enterare en unión de las personas que desgraciadamente no quisieren llenar su cuota; porque es muy justo se les expulse a Panamá considerándolos enemigos de la República a unos hombres que se niegan a facilitar los recursos precisos para alejar la guerra del Sur de Colombia y también la del Perú.—Una suma de mil quinientos pesos se ha dado por tres de ellos en Piura en buenos libramientos. U. S. se servirá decirme si debe hacerse bajar esta cantidad a Guayaquil, o si se ha de dirigir a Trujillo a disposición de S. E. Quedo en suspenso sobre este particular entre tanto lo ordene U. S.—Dios etc.—I. Torres."

El General Salom pidió con urgencia que se remitiesen de Cuenca al Perú, por la vía de Guayaquil, tres mil camisas, seis mil fundas para morriones, morrales y alpargatas. A tal petición el Gobernador Torres contestó lo que sigue, en 28 de Abril de 1824:

"El 3 o 4 del entrante caminarán para Guayaquil mil camisas de las tres mil que se están cosiendo con la mayor actividad. Se harán también las seis mil fundas que U. S. se sirve pedirme, pero los morrales y alpargates, nunca, nunca podrán hacerse en esta maestranza. Los primeros por falta de materiales que absolutamente no se consiguen en Cuenca. No hay un cuero, no hay una suela,

no hay en fin un equivalente de que servirse para construir este artículo. Por disposición del Señor General Sucre se hicieron algunos ahora dos años, pero fue preciso que de Piura se hiciese traer pieles de cabras curtidas con pelo para este efecto. En el día es difícil conseguirlas, a menos que U. S. halle un arbitrio que las proporcione.—Con respecto a LOS ALPARGATES, este es un calzado que jamás, jamás se ha acostumbrado en la Provincia. No se conoce un solo individuo que sepa hacerlos, y por lo mismo es un imposible que no puede vencerse a pesar de los esfuerzos que emplee el Gobierno.—El resto de las camisas y fundas serán dirigidas a Guayaquil como U. S. lo previene en la nota que contesto."

Hablando de este asunto, el acusioso historiador cuencano, Doctor Ezequiel Márquez, en un artículo intitulado "Auxilios de Cuenca al Perú", publicado en el Nº 1.001 del periódico "La Alianza Obrera" de esta ciudad, correspondiente al 16 de Diciembre de 1922, se expresa en estos términos:

"El entusiasta y progresista Señor Torres, conociendo que el nuevo calzado debía ser útil al ejército, pidió se le mandase una persona hábil para que enseñara el modo de hacerlo; dice el oficio: Comprendo ser muy necesarios los tales ALPARGATES (en español es alpargatas); y como no hay en la localidad una persona que sepa construirlos, encarezco a V. S. mandar un director".

"A principios del mes de Junio de 1824, llegó en este ciudad N. Suescum de Piura, e indicó comprar hilo de cabuya (pita) para formar las soguillas, y algodón para el tejido de la manta. Se pidió al Norte, (Alausí, Sibambe, Chunchi) la inmediata remisión de la cabuya; y reunidos los materiales, se estableció la maestranza en la cárcel pública de la ciudad de Cuenca, siendo los primeros operarios de la nueva industria, los presos; y en la SANTAMARTA—recogimiento de mujeres—se hizo el tejido de mantas de hilo de algodón."

"Quede, pues, constancia para honra de la historia del Sur de Colombia, que en Cuenca se fabricó el primer calzado del pueblo, ALPARGATES, para el ejército libertador del Perú; que desde esta misma fecha quedó establecido el comercio con el Norte—exportación de cabuya; y que sólo en la cárcel de esta ciudad se ha trabajado este calzado, o en las casas de las personas que habiendo sido reducidos a prisión, han salido de ella."

En 5 de Mayo de 1824, fueron enviados a Guayaquil, con el Teniente Juan Alvarado, y con destino al ejército auxiliar del Perú, mil seiscientas camisas, dos mil fundas y siete mil pesos provenientes del empréstito forzoso de los diez mil de que antes se ha hablado.

No necesita comentarios, y manifiesta los extremados sacrificios que hizo Cuenca en pro de la Independencia del

Perú, el siguiente oficio dirigido por el Coronel don Ignasio Torres al General Salom, en 13 de Mayo de 1824:

"Mañana sale un oficial conduciendo para Guayaquil a disposición del Señor Intendente de aquel Departamento, mil cuatrocientas camisas y cuatro mil cincuenta y cuatro fundas para morriones. Con esta remesa queda completado con exceso el número pedido por V. S. de estos artículos".

"En diez y seis meses que administro esta Provincia no se ha muerto en la carnicería una sola cabeza de ganado. Proviene esta falta de la mucha escasez que hay en ella de esta especie, porque las ocurrencias han aniquilado las reses, y en verdad no hay una cria que pueda reemplazar las que se consumen. Con todo esto, procuraré con actividad extraer toda la carne que pueda, y la remitiré a Guayaquil como V. S. me previene en la adición de su nota 7 del corriente que tenga el honor de contestar"

Con el Subteniente José Clavijo remitió el Gobernador Torres a Guayaquil once clarines fabricados por el genial artista don Gaspar Sangurima, y mil quinientos pesos proveniente del empréstito forzoso de los diez mil que se impuso a la provincia de Cuenca.

Con el mismo Subteniente Clavijo, conductor de los artículos que acabamos de mencionar, se ofició al Intendente de Guayaquil, pidiéndole que remita veinticuatro planchas de cobre y dos libras de atíncar para la construcción de los clarines y cornetas que, en gran número, debían enviarse para el ejército libertador del Perú.

Después se pidió al susodicho Intendente, para el mismo objeto, cincuenta planchas más de cobre, dos quintales de plomo y seis libras de metal o latón amarillo para las boquillas de las cornetas.

El General don José María Córdova había pedido al Gobernador Torres que le enviase cincuenta cornetas para las tropas del Perú—Con tal motivo, el referido Gobernador dirigió, en 28 de Mayo de 1824, un oficio que literalmente dice:

"Señor General José María Córdova, Jefe de Estado Mayor General.—Tan pronto como tuve la honra de recibir la nota de V. S., fechada en Huamachuco, a 26 de Abril último, dispuse se construyeran todas las cornetas que saliesen de las planchas de cobre que existían sobrantes de las remitidas de Guayaquil; por haberse fabricado poco antes catorce que se enviaron a Quito, por disposición del Señor Jefe Superior del Departamento. Diez se han concluido, y son las mismas que dirijo al Señor Coronel Heres por el presente correo, citadas en carta—cuenta."

"Ya he pedido las planchas necesarias al Señor Intendente de Guayaquil para continuar con la construcción de las cuarenta que faltan. Luego que llegue velaré sobre el oficial, a fin de que no pierda un solo momento de tra-

bajo; enviando a V. S. sucesivamente las que se acabaren."

De orden del Jefe Superior del Departamento del Sur, remitió el Gobernador de Cuenca, con el Teniente José Moscoso, a Riobamba, la suma de dos mil seiscientos pesos. Después de esta remesa, no quedó en las Cajas de la Tesorería ni un solo real, según lo manifestó el referido Gobernador en oficio dirigido al General Salom, en 17 de Junio de 1824. En la parte final de dicho oficio, se dice: "Apesar de la falta de numerario que indico a V. S. trataré de sacar al fiado el tocuyo que fuere necesario para la construcción de cuatro mil camisas y otras tantas fundas que V. S. se sirve pedir. Velaré que estos artículos se apronten a la brevedad posible, porque no es otro mi deseo que llenar las providencias de V. S., en cuanto penda de mis alcances."

En 25 de Junio del mismo año, el Gobernador de Cuenca recibió del de Loja, Teniente Coronel don Vicente Castro, la suma de diez y seis mil cien pesos, remitidos por éste con el Teniente José María Aguirre. De dicha cantidad se envió la de quince mil pesos al General Salom.

Dos mil seiscientas camisas y cuatro mil veinte y seis fundas para morriones se remitieron de Cuenca para Guayaquil, en 15 de Julio, con destino a las tropas libertadoras del Perú. En el oficio en que se comunica tal remesa, se dice: "Con respecto a las harinas y acopio de cerdos que V. S. tiene a bien pedirme en nota particular del 6 del presente, he dado las providencias más enérgicas para lograr su colectación y envío".

Para hacer efectiva la recolección de reses y cerdos, el Coronel Torres dirigió un oficio al Ministro de Hacienda, concebido en estos términos: "Sírvase U. mandar se le entregue al Teniente Tomás Ordóñez quinientos pesos para que en cumplimiento de las disposiciones del señor General Jefe Superior de los Departamentos del Sur, pase a Cañar y compre todo el ganado vacuno y de cerda que pudiese encontrar, y haga se practique matanza del que colectare, para que cecinadas las carnes y extraídas las mantecas, puedan conducirse a disposición del Señor General Intendente de Guayaquil. De la inversión de este dinero, el Teniente comisionado instruirá la correspondiente cuenta."

De las cornetas pedidas para el ejército libertador del Perú, se enviaron veinticuatro, según se ve del oficio que sigue: "Al Sr. Jefe de Estado Mayor General.—En esta fecha (27 de Julio de 1824) dirijo a V. S., por conducto del Señor Coronel Prefecto del Departamento de Trujillo, dos cajones que contienen veinticuatro cornetas con otros tantos cordones. Adicionado este número a las diez que anteriormente envié, resultan ser treinta y cuatro las remitidas, y que faltan solo diez y seis para el completo de las cincuenta que V. S. se sirvió pedir a este Gobierno de orden de S. E. Estas se construirán dentro de quince

dias, y saldrán a su destino en el momento mismo que se concluyan.—La demora que V. S. acaso hubiese notado en la remisión de ellas, ha provenido de la falta de cobre en plancha y otros artículos que fueron menester para fabricarlas. Tan luego como recibí la orden de V. S. los pedí al Señor Intendente de Guayaquil, que no ha podido proporcionarlos hasta el mes anterior; y lo comunico a V. S. a fin de que se sirva someter esta nota al superior conocimiento de S. E."

En 14 de Agosto del año indicado, se remitieron diez y seis cornetas para completar las cincuenta pedidas por el Jefe de Estado Mayor General del ejército libertador del Perú.

De la Tesorería de Loja se envió a la de Cuenca la cantidad de tres mil ochocientos pesos; y en la ciudad primeramente citada se habían recolectado doscientos quintales de carne seca para remitirlos al Perú.

En 28 de Julio de 1824, fueron remesadas de Cuenca a Guayaquil, con destino al ejército patriota del Perú, doscientas camisas y mil fundas para morriones; y en 3 de Agosto del mismo año, y con igual destino, se enviaron diez y siete cargas de harina.

En virtud de la Ley de 23 de Junio de 1824, expedida por el Congreso de Colombia, sobre División Territorial, se creó el Departamento del Azuay, que comprendía las actuales Provincias de Cañar, Azuay y Loja. El Coronel don Ignacio Torres fue nombrado por el Vicepresidente Santander primer Intendente del nuevo Departamento; y tomó posesión de ese cargo, el 14 de Agosto de 1824, ante el Jefe Superior del Sur de Colombia, General don Bartolomé Salom, que se encontraba en Cuenca, a donde había venido con el objeto de visitar la provincia de este nombre.

En la fecha últimamente indicada fueron enviadas a Guayaquil, por la vía de Naranjal, treinta cargas de harina y cuatro y media de manteca; y por el camino de Yaguachi, veinticinco cargas del primer artículo y quince de carne seca o cecina.

La noticia del triunfo de Junín se recibió en Cuenca el 2 de Septiembre de 1824. Con tal motivo el Intendente del Departamento del Azuay dirigió al Jefe Superior del Sur de Colombia el oficio que sigue:

Tengo la honra de adjuntar a V. S. copia legalizada del parte impreso que ha dirigido al Benemérito Señor General Salom el Señor Coronel Intendente de Piura. En él se detalla la acción de Junín, en la cual se ha cubierto de gloria nuestra caballería, imponiéndole a la del enemigo el terror que acostumbran los bravos de Colombia.—De este feliz resultado es de esperar termine muy en breve la campaña del Perú, sellando nuestra libertad con la destrucción del Trono Español. Yo me congratulo con V. S., y le doy la enhorabuena como a un guerrero que participa de las ventajas de su Libertador."

De Cañar se remitieron por la vía de Yaguachi, a Guayaquil ciento veintiseis arrobas de cecina, el 22 de Setiembre de 1824. El 30 de Octubre del mismo año, el Capitán Tomás Ordóñez condujo a Guayaquil, con destino al Perú, la suma de seis mil pesos.

La escuadra patriota, comandada por el Vicealmirante Guise, después del combate naval que sostuvo con la armada española en las cercanias del Callao, de que antes dimos cuenta, se retiró a Guayaquil para reparar las averías que con tal motivo había sufrido. Para este objeto, y otros urgentes se exigió que el Departamento del Azuay contribuyese con treinta mil pesos, de los cuales diez mil se debían extraer de Loja. Así lo manifiesta el oficio que sigue dirigido, en 10 de Noviembre de 1824, por el Intendente Torres al Gobernador de aquella Provincia:

"Ayer, a las ocho de la noche, he recibido por medio de un Oficial, varias comunicaciones del Señor General Jefe Superior de los Departamentos del Sur. En ellas me dice que el Señor Vicealmirante de la Escuadra del Perú se ha visto obligado a bajar a la ría de Guayaquil, con el objeto de carenar la fragata PROTECTOR, que ha perdido el cobre en el puerto del Callao, donde batió al navio ASIA que pudo escapar de ser prisionero, porque la PROTECTOR había perdido su andar. Los gastos que demanda esta operación, los que son necesarios para emprender en la habilitación del bergantín HUANCHACO, el reparo de todos los buques nacionales y peruanos, la provisión de víveres para la campaña que va a emprenderse, el sostén de cinco mil hombres que bajan de Panamá, y su remisión a las costas de Valles, exigen imperiosamente se hagan erogaciones de grande importancia, y mucho más cuando todo lo dicho debe hacerse con premura, y antes que la escuadra española regrese de Intermedios, para donde salió del Callao el día veinte del anterior, conduciendo una columna de mil hombres, sin duda en auxilio de Canterac y Valdés."

"En tales circunstancias, y hallándose falto del numerario necesario para tanto gasto, se ha visto urgentemente impulsado a facultarme extraordinariamente, en virtud del Decreto del 3 de Agosto del presente año, expedido por el Supremo Poder Ejecutivo, para que dentro de ocho días, recaude de los deudores de la Hacienda Pública treinta mil pesos; y cuando esto no se pueda, los saque en empréstito, con la calidad de pagarlos del cobro que se haga a los primeros. Siendo de mi deber desplegar toda la eficacia, celo y actividad que requiere el cumplimiento de esta orden, que tiene tanto influjo en las operaciones de la campaña del Perú, que va a terminar y poner el sello a nuestra Libertad: he deliberado detenidamente que de la provincia de mi mando se extraigan veinte mil pesos, dentro del término designado, y que la de Loja contribuya con diez mil, mirándola equitativamente. Para que así se verifique autorizo

a V. S. con las facultades que estoy revestido, y le prevengo observe puntualmente los artículos siguientes:

"1º.—Que se cobre diez mil pesos de diez y nueve mil quinientos ocho pesos cuatro y medio reales que se adeudan al Estado por los diezmos de esa Provincia y la de Zaruma, comprendiendo la correspondiente al presente año. Para este fin adjunto a V. S, la lista de deudores entregada por el Tesorero del ramo, con la expresión de que sus cargos son liquidos y efectivos"

"2º—Que esta recaudación se verifique dentro de seis días, a lo mas, y se remitan a Guayaquil, donde debe estar la suma total en catorce días de la fecha de esta nota."

"3º—Que si a los seis días no se hubiese realizado el cobro, se tome el dinero que falte por empréstito a cargo de pagarlo con el mismo fondo"

"4º—Que en este caso asigne V. S. la cantidad que deben prestar los ciudadanos pudientes, a proporción de sus facultades, estrechándoles al entrego de un modo imponente."

"5º—Que reunida la suma en el término fijado, sea remitida inmediatamente a Guayaquil por el puerto de Santa Rosa, a cargo de un Oficial, de una persona de honor, confianza y responsabilidad, o a esta Intendencia."

"6º—Que no dé V. S. oidos a los excepciones que se pusieren por parte de los deudores, y antes bien los compelerá V. S. al pago por cuantos medios estén al alcance humano."

"Es insignificante amplicar a V. S. el empeño con que estamos obligados a proceder en la recolección de esta suma, cuando estoy penetrado del celo que le anima por el bien común. El mal estado de la escuadra debe repararse con prontitud, considerando que la campaña del Perú seguramente no necesita de otro impulso que el que se va a dar, y que retardando ocasionaría males de trascendencia.—Sírvase V. S. acusarme recibo de esta nota."

El 11 de Noviembre del año mencionado, el Tesorero de Hacienda entregó, por orden del Intendente del Azuay, la suma de doce mil pesos al Teniente Miguel Lavayen para que los conduzca a Guayaquil, a disposición del General Jefe Superior de los Departamentos del Sur.

El Teniente Coronel don Francisco Eugenio Tamaríz y Don José María Borrero y Baca marcharon a Loja en comisión del Gobierno de Colombia, con el objeto de colectar toda la cascarilla que pudiesen para remitirla a Guayaquil, y con el producto de la venta de dicho artículo acrecentar las casi exhaustas Cajas del Tesoro Público. Con tal motivo el Intendente de Cuenca dirigió, en 12 de Noviembre de 1824, al Alcalde 2º de Zaruma el oficio que sigue:

"La Intendencia tiene en consideración la razón que U.

expresa en su nota 30 del pasado, sobre la escasez de bestias a que ha quedado reducida esa Villa, y que las pocas que existen tienen que hacer varios servicios al Estado; pero como la cascarilla que tienen que remitir a Guayaquil los Señores Tamaríz y Borrero, es un específico útil a la República y de cuya venta puede verse algún numerario en esta Capital, es preciso que por ahora se les preste a dichos Señores todo, todo el auxilio que necesiten, mientras se ponen las cascarillas en Guayaquil, y tan pronto como esto se verifique, daré las órdenes convenientes para que ninguno toque las bestias de esos habitantes. Esto servirá de contestación a su citada nota, y de satisfacción a aquellos vecinos."

Con el Subteniente José Antonio Merchán se remitió a Guayaquil para auxiliar al ejército libertador del Perú, en 25 de Noviembre, diez y nueve quintales y dos arrobas de harina.

Con fecha 29 del mismo mes, el Intendente Coronel Torres ofició al Gobernador de Loja en los términos que siguen:

"Por disposición de S. E. el Vicepresidente de la República, le ha tocado al departamento llenar el cupo de ochocientos ochenta hombres. El Señor General Jefe Superior ha dispuesto, con fecha 18 del presente, que de este número se remitan de pronto a Guayaquil doscientos reclutas en el preciso término de veinte días Así es que de esta Capital se van a enviar ciento cincuenta hombres, y de la Provincia del mando de V. S. se remitirán cincuenta. V. S. procederá con la exactitud que acostumbra para llenar en un todo esta orden, y al efecto se dará principio a la recluta con la mayor velocidad, de modo que no falte uno solo del número de los cincuenta expresados. Ellos serán remitidos a Guayaquil a disposición del Señor Jefe Superior bien asegurados, para que no desierte uno solo en la marcha del tránsito, y V. S. tomará en esta parte todas las medidas necesarias a su seguridad.—A los reclutas se les suministrá un real diario de los caudales pertenecientes al Estado, y cuando llegue la vez de salir a su destino, se les pagará también los reales, computándose los días que pueden gastar para llegar a Guayaquil.—Oportunamente es llegado el caso de hacer sentir a todos los que no se hubiesen alistado en virtud de la Ley Marcial, el peso del crimen que han cometido con no obedecerla: pues recomiendo infinito la persecución de estos hombres en todas direcciones, con el importante objeto de que sirvan a la Patria en el ejército permanente.—Luego comunicaré a V. S. las reclutas que en lo sucesivo deben hacerse en esa Provincia, a fin de que se llene el contingente designado al Departamento, porque las que de pronto van a remitirse a Guayaquil son a buena cuenta del número que debe dar."

En la misma fecha del oficio anterior, el Coronel don

Ignacio Torres acusó recibo al Gobernador de Loja de la suma de nueve mil pesos remitidos por él. De esta última ciudad fueron enviados al Perú cincuenta y siete reclutas, en 28 de Diciembre de 1824.

El 6 de Enero de 1825 llegó a Cuenca la Gaceta impresa en Lima el 18 de Diciembre del año próximo anterior, en la que se daba la fausta nueva del triunfo de las armas libertadoras del Perú en el legendario campo de Ayacucho. Dicha noticia fue comunicada inmediatamente al Comandante General del Departamento del Ecuador y a los Jueces Políticos de Gualaceo, Azogues, Cañar y Girón.

Con motivo de tan espléndida y trascendental victoria, el Intendente del Azuay dirigió en 13 de Enero de 1825, al Sr. General en Jefe don Antonio José de Sucre, el siguiente oficio de felicitación:

"Cuando V. E. se trasladó al Perú, le anuncié a ese País la felicidad que disfrutan los pueblos del Ecuador. No me he engañado, pues habiendo V. E. desplegado en la jornada de Ayacucho todo el heroísmo que admiró el Pichincha, en un momento ha concluído una campaña, tanto más gloriosa, cuanta ha sido la prepotencia del enemigo.—La victoria ha coronado de laureles la sien de V. E. por la precisión en que la puso de hacerlo con su valor y prudencia inimitables. En un compañero de armas que está penetrado del mérito de V. E. por un heroísmo que ocupará las primeras páginas de la Historia, suplicándole se digne recibir con agrado esta pequeña significación del exceso con que le ama".

En Cuenca, Loja y en todos las villas y pueblos del Departamento del Azuay, se celebraron suntuosas fiestas cívicas y religiosas por las famosas victorias de Junín y Ayacucho, sin que faltase las populares corridas de toros. Así lo comprueban dos oficios, el uno dirigido al Ayuntamiento de Cuenca y Gobernador de Loja, por el Intendente del Azuay, con fecha 11 de Marzo de 1825; y el otro dirigido por esta misma autoridad al Vicario Capitular de la Diócesis de Cuenca, en 3 de Junio del propio año, el primero, dice:

"El Soberano Congreso de la Nación, por Decreto de 11 de Febrero último, se ha servido ordenar que en todas las provincias de la República sean celebrados con todo género de regocijos los brillantes triunfos que el ejército auxiliar del Perú ha conseguido en los campos de Junín y Ayacucho. En su virtud el Exmo Señor Vicepresidente, encargado del Poder Ejecutivo, ha dispuesto se verifiquen desde luego el 24 de Junio venidero. Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. M. I., a fin de que se sirva dar las órdenes más estrechas para que todos los preparativos necesarios a tan laudable objeto, y de cuya adquisición se trató en Cabildo abierto convocado al objeto se hallen prontos para aquel día, en el cual indefectiblemente se dará

principio a las fiestas y regocijos públicos para satisfacción del vecindario."

El siguiente oficio es de este tenor; "De conformidad con lo dispuesto en el Decreto expedido por el Soberano Congreso, en 11 de Febrero último, sobre gracias y honores al ejército vencedor en Junín y Ayacucho, se ha servido ordenar S. E. el Vicepresidente de la República, que el 24 del presente se celebre una fiesta religiosa en acción de gracias al Altísimo, por la visible protección que ha dispensado a las armas defensoras de la Libertad; y el lunes 27 del mismo se hagan funerales por los colombianos que murieron en la campaña del Perú. Todo lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. S., a fin de que se sirva dar las órdenes convenientes para su cumplimiento con la solemnidad debida".

Aun después de Ayacucho, tuvieron las provincias de Cuenca y Loja que soportar gastos de consideración para sostener un batallón de mil soldados colombianos, denominado GUAYLAS, destinado al Perú; y que por orden del Libertador, vino de Guayaquil a radicarse en Cuenca, pues se juzgó ya innecesario que fuese a aquella República. De Loja se remitieron para ese objeto muchos quintales de arroz y noventa y seis reses.

No solamente el Departamento del Azuay contribuyó con los auxilios que acabamos de enumerar, de una manera prolija y tal vez cansada, si no también los demás Departamentos del Sur de Colombia y principalmente el de Guayaquil. En el curso de esta narración, se ha visto que de este puerto se enviaron víveres, vasijas para aguada y hasta leña. Hablando de este asunto, el historiador Dr. don Pedro Fermín Cevallos, en su "Resumen de la Historia del Ecuador", se expresa en los términos que sigue:

"Colombia no podía mirar sin aprensiones ni riesgos los triunfos de las armas españolas en el Perú, su vecino, y así Bolívar acogió contento aquella solicitud (la del Gobierno de aquella región en demanda de auxilios, para lo que fue comisionado el General Portocarrero) contra el parecer de los mejores hombres del Centro y Norte, que condenaban esta guerra como muy riesgosa y desacertada, y contraria a los verdaderos intereses de nuestra República naciente. Los del Sur al revés, la aceptaron con verdadero entusiasmo y aun aplausos: abrieron sus arcas, hicieron cuantiosos empréstitos o donativos, contrajeron deudas y alistaron sus brazos, para que, uniéndose a los vencedores en Pichincha y Bomboná, fuesen en busca de laureles con que echar raya con los recogidos por sus hermanos de las otras dos secciones de Colombia. Estas, como distantes del peligro, tenían que mirar pasivamente la contienda, y cúpole a la del Sur cargar con cuanto era menester para semejante campaña. Guayaquil contribuyó con cosa de un millón de pesos, incluyendo en ellos los cien mil que dió en empréstito a la

salida de la primera división que fue con el General Valdés. Organización política y civil, comercio, industria, agricultura; todo quedó estancado en el Sur de Colombia al ruido de las victorias obtenidas por el enemigo común en la Nación vecina".

Como remate de este capítulo, y para comprobar que la provincia de Cuenca, fue la comarca que más cooperó para las campañas libertadoras del Perú, de todas las que integraban la gran República de Colombia, reproducimos algunos capítulos del informe que sigue:

"El Gobernador Comandante General de la Provincia de Cuenca, y encargado del mando de las de Loja y Alausi, da cuenta a S. E. el Libertador Presidente en catorce meses de su Gobierno.

Excmo. señor:

Habiendo encontrado la caja nacional enteramente falta de numerario por los indispensables gastos que fueron precisos hacerse en aquel entonces: me ví obligado a trabajar con actividad para colectar el que consideraba necesario para los sucesivos. Los habitadores de la Provincia habían hecho sacrificios de consideración, y por todas partes, se divagaban quejas nacidas de la indigencia en que estaban envueltos. Se hacía sentir la escasez de todo género de recursos; y ésta era una barrera casi inexpugnable para adquirir los que exigían las circunstancias. Era, pues, preciso estudiar el genio de los naturales, meditar las providencias que debían darse, y conciliar el medio de llenar las urgencias del erario, conservando la tranquilidad que empezaba a difundirse. Creí conveniente medir los extremos, y reunir diferentes objetos a un sólo punto de vista. Las providencias que he dictado, al paso que enérgicas, ejecutadas con discreción, son los garantes de mi conducta y de que acerté a vencer los obstáculos que impedían, y facilitar los recursos que necesitaba el giro rápido de la guerra contra el opresor.

A muy poco tiempo de haberme posesionado del gobierno, se sirvió disponer V. E. se colectasen 35.000 pesos de empréstito, distribuído entre esta Provincia y la de Loja. Los 10.000 como correspondientes al cupo designado para el completo de los 300.000 pesos que pidió S. E. el Vicepresidente a toda la República; y los 25,000 pesos señalados por V. E. Esta órden cubrió mi corazón de angustia, porque divisaba muy de cerca las grandes dificultades que la hacían inverificable por el orden comun. Elegí, pues, la medida de empeñar mi crédito particular con los vecinos, a quienes conceptuaba podían tener algún numerario, y pude colectar una suma considerable de la pedida. Reuní a ésta la que había en cajas en fuerza de las providencias dictadas al efecto, y entregué al señor Coronel don Diego Ibarra la cantidad de 20.400 pesos extraídos solamente de Cuenca.

Para añadir a ella lo más que se pudiere sacando en numerario de Loja, hice marchar en comisión para aquella ciudad, comunicándole las órdenes convenientes, al Teniente Coronel Antonio Farfán; reanimando al señor Pío Valdivieso, Gobernador de la Provincia, a fin de que cooperara de su parte a la colección del mayor número que fuese posible. En efecto, le fueron entregados 18.000 pesos, quedándome la dulce satisfacción de haber cumplido las superiores disposiciones.

Las rentas naturales consistían en el tributo que paga el indígena, el ramo de alcabalas, y el haber que tiene el Estado en la masa diezmal. Para realizar lo primero, faltaban las cartas de pago que debían darse a los contribuyentes: faltaba la actividad indispensable en los recaudadores, faltaba, en fin, poner en ejecución muchas medidas que estaban paralizadas. Les he dado un impulso rápido; todo se ha coordinado: las cartas se han impreso; los Jueces Políticos han trabajado incesantemente y el fruto de sus tareas y las mías, han llenado los gastos que demandaban las ocurrencias momentáneas. En los libros copiadores que existen en la Secretaría, se ven los documentos exactos de cuanto he obrado en el ramo de Hacienda.

El caudal de diezmos ha suplido algunas necesidades; pero como éste ya no ingresa con respecto a toda la diócesis, por haber dispuesto V. E. que lo que pertenezca a Guayaquil, se entere en aquella caja, las Provincias de Cuenca y Loja sufragan muy poco, y con lentitud. A pesar de que los arrendadores no han podido verificar sus enteros por falta de consumo de las especies diezmales, he mandado promover las ejecuciones, rematar los fundos afectos a sus créditos, y practicar cuantas diligencias han estado a mi alcance. No han sido vacías: más de 15.000 pesos ha tenido el Estado disponibles por resultado de ellas.

El ramo de tabacos, que estaba extinguido por el gobierno español, se ha puesto en planta conforme a la ley del Congreso. Se hallan los almacenes provistos de esta especie. Sobre su adelanto y utilidad al erario, tengo informado lo conveniente al señor General Jefe Superior del Departamento, quien ha elevado la consulta al Supremo Poder Ejecutivo.

Aunque hasta la fecha permanece abolido el estanco de aguardientes, el derecho de patentes y destilaciones subsiste arreglado en un todo a la ley del caso.

El vecindario de la Provincia de Cuenca y el venerable clero pagan una contribución mensual de 3.000 pesos en cumplimiento de las superiores disposiciones de V. E. El cobro principió a efectuarse desde Septiembre del año anterior. Se ha recaudado una buena parte, y están dictadas las providencias más enérgicas para su realización.

El ramo de cabezón adormecido por cinco años, asciende a 18.000 pesos. He dispuesto que el administrador de alcabalas forme las listas nominales de los hacendados paga-

dores. Lo ha verificado así, y aunque resultaron inexactas y con algunos vicios, las he dirigido a los Jueces Políticos de los Cantones, mandándoles que ejecutivamente procedan a su recaudación. No será en su totalidad, pero creo que el erario tenga ingreso por un ramo que se creía improductivo.

El documento Nº 1º da una idea bastante por la suma colectada, de la aplicación e interés con que he promovido el adelanto de las rentas naturales y extraordinarias, y de las incesantes providencias que han sido menester para llegar a realizarla en una Provincia tan pobre. En catorce meses que he mandado, se han acopiado 99.103 pesos cuatro y medio reales, a los cuales si se adicionan las cantidades entregadas a los señores Ibarra y Farfán: asciende el total a 137. 503 pesos cuatro y medio reales, cuya inversión está manifestada en el documento Nº 2.

Guerra

La Provincia de Cuenca y demás agregadas a mi mando, gozaban de los bienes que trae la paz: empero, como la guerra hacía pocos días que había desaparecido, las heridas se hallaban frescas y la mansión del descanso era desconocida. Promover los medios de hacer transcendental estos bienes en todo su extensión, no era posible cuando se necesitaban estos recursos, y de brazos para sostener la guerra del Perú. Proteger al ciudadano y hacerle conocer sus deberes, eran teorías desconocidas para unos hombres que carecen de toda ilustración. Prodigar el bien con una mano, y arrancar con la otra los auxilios necesarios, era lo único que debía adoptarse. Bajo tal principio he nivelado mis providencias, y ellas han surtido los favorables efectos que me propuse.

V. E. deseoso de reemplazar las bajas que sufría el ejército auxiliador, tuvo a bien disponer se hiciese recluta en estas Provincias, señalando el número con que cada una debía contribuir. Cuando recibí esta orden acababa de salir el batallón Sur, compuesto de quinientas plazas organizado y disciplinado en Cuenca. Los hombres todos habían elegido habitar en los montes más ásperos, y esconderse bajo las entrañas de la tierra, por no alistarse entre las filas. Se veían con dolor despobladas las campiñas y desiertos los pajisos hogares. Barreras impenetrables embarazaban el cumplimiento de las providencias superiores, y no bastaba ninguna medida para hacerlos salir del terror que han concebido al servicio. Fue preciso hacerme sordo a la humanidad e inflexible a las lágrimas que vertían sus desconsoladas madres, mujeres e hijos, persiguiéndoles en los lugares mismos de su asilo, y en todas direcciones. Los Jueces Políticos de los Cantones y demás subalternos, no descansaban en buscarlos, valiéndose de las sombras de la noche para ocultarse de los vigías que ellos ponían a gran-

des distancias. Me ví precisado a sacarlos, con licencia del Ordinario de los templos y del santuario, donde estaban refugiados, y en una palabra, a no omitir esfuerzo alguno, por trabajoso que fuese, con tal de que se llenen las disposiciones de V. E.

El éxito ha satisfecho mis desvelos, pues en catorce meses de residencia, he logrado la suerte de entregar en Guayaquil 1.292 soldados, mozos, robustos y útiles al servicio. Una breve demostración manifiestará esta verdad.

En 24 de Diciembre de 1.822, entregados y conducidos por Gerónimo Trelles, fueron puestos en Guayaquil 162 hombres	162
En Febrero de 1.823 se hizo entrega al Teniente Coronel Antonio Farfán de 100 hombres para reemplazo de su cuerpo.	100
En 8 de Marzo de 1.823, al mismo, en Loja, de 110, entregados bajo su recibo	110
En Mayo de dicho año se le dieron al Capitán Agustín Geraldino 50 hombres, para el mismo efecto.	50
En 2 de Abril de idem, al señor Coronel Diego Ibarra, 520 hombres, bajo su recibo.	520
En 25 de Enero de 1824 se remitieron a disposición del señor General Intendente de Guayaquil 150 que fueron recibidos.	150
En 12 de Febrero de idem se remitieron por el señor Gobernador de Loja, por Santa Rosa, a disposición de dicho señor Intendente.	100
Ciento que quedan acuartelados y entregados al Teniente Coronel José González para que los haga marchar tan luego como se complete el cupo designado	100
Total de lo remitido	1.292

No solamente tenía que vencer los estorbos que he indicado para hacer la colección de hombres: era preciso también facilitar bagajes, víveres y demás necesarios para su transporte por un camino despoblado y de montaña.

Dispuse que buenos comisionados se hiciesen cargo de mandar construir ranchos cómodos y capaces: tener prontos abundantes víveres para que fuesen racionados: se les dieron cuantas mulas habían menester y las más asistencias para que no careciesen de nada en su marcha.

En los momentos mismos que empleaba mis esfuerzos para llenar la recluta, extendía también mis cuidados a la organización de un batallón y escuadrón de milicias en esta Provincia, y dos compañías en la de Loja. Propuse los ciudadanos que me parecieron aptos para oficiales, y V. E. tuvo a bien aprobar y despacharles los diplomas. Las órdenes comunicadas a éstos, sostenidas con energía y sin retrogradar un punto de lo mandado, hicieron que consiguiese lo que tanto deseaba. El 6 de Enero de este año tuve el placer de presenciar una revista general de todas las com-

pañías de que se compone el batallón y escuadrón. El primero tiene 800 plazas, y el segundo 150, según consta de las listas nominales que existen en poder del Comandante del cuerpo, Teniente Coronel José González.

En cumplimiento de las órdenes del señor General Jefe Supremo del Departamento, he dispuesto que se acuartele el 1º del corriente en las casas conventuales de San Francisco, cuyo Prelado las ha franqueado con voluntad.

Con respecto a las compañías de Loja, nada he podido adelantar, a pesar de que he estrechado al señor gobernador a fin de que active su organización. Creo oportuno decir: que si no se encarga esta comisión a un oficial de Colombia, jamás, jamás, se adelantará cosa alguna.

La banda compuesta de cornetas, clarines, pitos y tambores, está ya muy adelantada en su aprendizaje: puede servir cumplidamente en el cuerpo mejor organizado. En pocos meses de haber sido aleccionada de mañana y tarde, se ha logrado perfeccionarla; bien es que el genio, la aplicación y talento de los hijos de Cuenca, prestan muchas ventajas para el progreso de las ciencias y las artes.

Los clarines, cornetas, vestuarios, mochilas, tahalíes, armamento y demás elementos que se han fabricado y recompuesto en la maestranza, consta del estado número 3º. Si no se hubiera procurado el mínimun posible, los gastos que demandadan estos artículos habrían ascendido al cuádruplo del costo impendido. La madera ha venido a hombros de indígenas de quince leguas de distancia, sin más pensión que la de un real por cada trozo: los artesanos han trabajado por un jornal diario de dos reales; y el oficial encargado ha velado sobre los adelantos que se podían hacer en la fábrica con ahorro del Estado. Las visitas continuas que tuve a bien hacer a la casa de trabajo, vigorizaban las órdenes, comunicadas diariamente. El buen desempeño del destino que se me había confiado exigía constancia y dedicación; preciso era velar sobre todo.

Cuarenta y tres caballos pertenecientes al ejército existen en el Cantón Cañar entregados al Comandante del escuadrón de milicias, quien está encargado de su cuidado sin gravar el erario. Pareciome oportuna esta providencia, consultando que si se conservaban en la ciudad o sus cercanías, harían un gasto ímprobo e innecesario.

Los soldados que han sido inutilizados en la campaña, han tenido con arreglo a las órdenes superiores, un socorro pronto para aliviar sus necesidades. Estos desgraciados estaban desnudos, y la humanidad exigía para no resentirse, darles un vestuario de géneros del país.

Mis conatos han sido extendidos a fomentar la tranquilidad que gozan las Provincias, y a sacar todos los recursos que han estado a mi alcance, y parece que en algún modo he llenado mis esperanzas.

. . . . . .

He aquí, Excmo. señor, el cuadro de cuanto he obrado en el tiempo que he servido al Gobierno de Cuenca. Si mis providencias acaso hubiesen sido desacertadas, puedo asegurar a V. E. que habrán provenido más bien de la escasez de luces, que de las intenciones que las han dirigido. El testimonio de mi conciencia hace que disfrute de una halagüeña satisfacción; porque si la época de mi mando estuviese sembrada de errores, no han sido parte de mi voluntad: V. E. sabe muy bien distinguir lo verdadero de lo falso. En un todo someto mis trabajos a la alta consideración de V. E. sin exigir otra recompensa que el placer de haber apetecido llenar la confianza que quiso V. E. hacer de un súbdito que altamente respeta sus sabias providencias.

Por no faltar a la justicia, patentizo a V. E. que el Secretario, ciudadano León de la Piedra, ha contribuído de un modo activo y laborioso a todas mis tareas. Es digno de que V. E. recompense su mérito, echando sobre este honrado ciudadano una ojeada compasiva.

Dios etc.—Cuenca, Marzo 8 de 1.824—14º

I. TORRES."

Posteriormente, o sea en el año de 1.826, el General Ignacio Torres, vindicando la conducta de los moradores de Cuenca, a quienes se les acusó de sediciosos o rebeldes contra el gobierno de Colombia, por haberse verificado una asonada popular en el barrio de La Merced, contra ciertas personas que quisieron establecer una Logia Masónica en esta católica ciudad, el General Torres, repetimos, dirigió un oficio al Ministro del Interior de Colombia, con fecha 13 de Junio del año mencionado. De dicho oficio, reproducimos los siguientes párrafos:

. . . . . .

"No cumpliría con mis deberes y ofendería notablemente a la justicia e inocencia de este pueblo, si a pesar de que las leyes me imponen la obligación de cuidar de la tranquilidad general y del buen orden del Departamento, cuyo mando se me ha confiado, y de que en efecto goza este inalterablemente de tales bienes, no me dirigiese al Supremo Gobno, por conducto de U. S. para manifestarle la sencilla declaración del hecho que he descrito, que en todo el Azuay se ve arder el sagrado fuego de amor a la patria, y brillar una ciega y cordial sudordinación a las leyes y a las autoridades que de ellas han recibido su poder con entera y ejemplar desición por el Gobno. de la República.

Esta verdad la ha sensibilizado el Departamento y en ESPECIALIDAD LA PROVINCIA DE CUENCA con continuados hechos tan activos y positivos, como, notorios. Ella, en efecto,

contribuyó activamente no sólo a su propia independencia, sino también a la del Ecuador, HACIENDO SACRIFICIOS DE SUS PROPIOS HIJOS Y HABERES: ELLA CONTINUÓ ESTOS MISMOS SERVICIOS mientras duró la guerra del Perú, consagrando en las aras de la Patria más de TRES MIL DE SUS HABITANTES, más de cien mil pesos y todas las aptitudes en las circunstancias más críticas e imperiosas: ella con la obediencia y adhesión al Gobierno ha puesto en la más rápida marcha a las leyes cuya observancia ha jurado: ella en fin no se inquieta, no se altera en su reposo, sino cuando echa la vista atrás y hace memoria del bárbaro español. Siendo el ejemplo de virtudes cívicas y morales, podría ver con indiferencia el degradante e ignomioso cuadro que se le ha trazado? ¿Podrá sufrir se le crea y aún pretenda acreditárcela conspirada ante el Supremo Gobrno.? No, señor Secretario, no: lo resiste clamorosamente su inocencia, y sólo experimento turbado su sufrimiento al presumir que las papeladas que se remitan a S. E. hagan desmerecer su concepto y buen nombre; pero yo garantizo su conducta; yo bajo mi responsabilidad protesto que nada más hubo al hecho estimado por de conspiración que lo he dicho en el exordio de esta nota; y yo aseguro que hallándose indemne de delito toda la provincia, tampoco merece el pequeño grupo que causó la novedad la nota de conspiradores. Sírvase, pues, V. E. someter esta sincera exposición al conocimiento de S. E.—Dios guarde a V. S. m. a—Ignacio Torres."

CAPITULO FINAL

DESPUES DE AYACUCHO

Los sucesos posteriores a la gran batalla de Ayacucho pueden dar materia abundante para otro libro, de manera que para complemento y finalización del presente, nos limitaremos a referirlos, en rapidísima síntesis.

El General Sucre triunfante en Ayacucho, generoso y magnánimo como era, concedió una capitulación honrosa a los vencidos, cuyo encabezamiento es el que sigue:

"Don José Canterac, Teniente General de los Reales Ejércitos de su Magestad Católica, encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el Excelentísimo Señor Virrey Don José de la Serna, habiendo oído a los señores Generales y Jefes que se reunieron después que el Ejército Español, llenando en todos sentidos cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor de los restos de esta fuerza, con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el Señor General de División de la República de Colombia, Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe de Ejército Unido Libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes."

Las estipulaciones de la capitulación de Ayacucho fueron diez y ocho, siendo las principales de ellas, las que siguen: entrega a los vencedores del territorio que guarnecían las tropas reales hasta el Desaguadero, con las guarniciones, maestranzas, parques, almacenes militares y más objetos que poseía el Gobierno de la Península; licencia para que todo individuo del ejército español pudiera regresar libremente a su país, costeándole el Gobierno del Perú el pasaje, y abonándole a lo menos la mitad de la paga mientras permaneciera en aquel territorio; admisión en el ejército republicano de los militares realistas que lo solicitaren; garantía de ol-

vido por las anteriores opiniones y servicios prestados al Rey; protección y seguridad para los que quisiesen continuar residiendo en el país o prefiriesen trasladarse a otro; respeto a las propiedades de los españoles que estuviesen ausentes: y facultad, por espacio de tres años, para poder disponer de ellas; reconocimiento del Gobierno Peruano de la deuda contraída por el Español en su territorio; entrega de la plaza del Callao al Libertador, en el término de veinte días; permiso, durante seis meses, a los buques de guerra y mercantes españoles para proveerse de víveres en los puertos del Perú, habilitarse y salir al Mar Pacífico; libertad de todos los Jefes y Oficiales prisioneros en la batalla de Ayacucho y de los apresados en las anteriores acciones por uno y otro ejército; autorización para que los Generales, Jefes y Oficiales realistas conserven el uso de sus uniformes y espadas hasta su salida del Perú; y que toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del tratado, se interpretara a favor de los individuos del ejército español.

Después de la batalla de Ayacucho, el General Sucre dirigió la proclama que sigue:

"El General en Jefe del Ejertito Unido.

"Soldados: sobre el campo de Ayacucho habeis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la Independencia del Perú y la paz de América. Los diez mil soldados españoles que vencieron catorce años en esta República, están ya humillados a vuestros pies."

"Peruanos: Sois los escogidos de vuestra patria. Vuestros hijos, las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres con gratitud y orgullo."

"Colombianos: Del Orinoco al Desaguadero habeis marchado en triunfo; dos Naciones os deben su existencia; vuestras armas las ha destinado la victoria para ganar la libertad del nuevo mundo.—Cuartel General en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824.—Antonio José de Sucre."

En virtud de la capitulación de Ayacucho, los Generales y Jefes españoles se encaminaron a la Costa; y el 2 de Enero de 1825 se embarcaron en un buque francés La Serna, Maroto, Valdés, Villalobos, Landázuri y Ferraz, y en otros buques Canterac, La Hera, García Camba, Ramírez, etc., y emprendieron el viaje de regreso a España.

Luego que se supo el terrible desastre de Ayacucho en el Cuzco, la Audiencia presidida por el Mariscal de Campo don Antonio María Alvarez, algunas corporaciones y los militares realistas que en esa ciudad residían, pretendieron organizar la resistencia y nombraron Virrey al Mariscal de de Campo don Pío Tristán. Este comenzó a tomar medidas muy serias e intentó por el momento sostener la agonizante causa del Monarca Español, contando para ello con los Generales Alvarez, Montenegro, Echevarría, Maroto y otros Jefes y Oficiales, con mil setecientos hombres que existían

en el Cuzco, setecientos en Arequipa, seiscientos en Quilca, cuatrocientos en Puno y algunos más de otras guarniciones. Pero bien pronto se convenció Tristán de su impotencia para resistir el empuje del ejército libertador victorioso; y en vista de que por todas partes se proclamaba la Independencia, y de que no podía contar con Olañeta, tuvo que reconocer el nuevo orden de cosas y acogerse a la capitulación de Ayacucho.

El día 14 de Diciembre de 1824, el ejército libertador se movió del campo de Ayacucho con dirección a Huamanga. En esta ciudad se establecieron hospitales para curar a los numerosos heridos de uno y otro ejército; se aumentaron las fuerzas patriotas con los prisioneros y capitulados, y se dieron las órdenes convenientes para marchar sobre el Alto Perú, ocupado por las tropas del tenaz General español don Pedro Antonio Olañeta.

El 24 de Diciembre del mismo año, una columna de la división del General Miller entró en el Cuzco; y al día siguiente llegó Sucre a la histórica y celebérrima Capital del antiguo Imperio de los Incas, en la que fue recibido con aclamaciones de gratitud, alegría y entusiasmo por sus moradores. Entre otros presentes, se le hizo al vencedor de Pichincha y Ayacucho, el del estandarte del adelantado Don Francisco Pizarro, conquistador de aquel Imperio, que se conservaba en uno de los altares ds la Catedral, (antiguo templo del Sol), desde el año de 1533. Juzgando Sucre, y con razón, que ningún obsequio podía ser más agradable a Bolívar que aquella joya histórica, emblema del heroísmo de los conquistadores españoles, se la envió a Arequipa, donde a la sazón se encontraba el Libertador. Este, a su vez, remitió el sobredicho estandarte a Caracas, su ciudad natal, donde se lo conserva hasta hoy.

La división del General Córdova y la peruana salieron del Cuzco, el 16 de Enero de 1825, y ocuparon el Departamento de Puno. La presencia del ejército libertador en aquellas regiones despertó en sus habitantes el más vivo sentimiento de amor patrio; y el General Alvarado y los otros Jefes y Oficiales que se hallaban presos en la Isla de Esteves de Chucito, desde la traición de Moyano en el Callao, recobraron la ansiada libertad y se incorporaron en las filas republicanas.

El General Sucre, juzgando que no era necesario todo el ejército para destruir los últimos restos de las fuerzas españolas, dispuso desde Puno que la división del General Lara, estableciese su cuartel general en Arequipa; y que la división del General Córdova y las fuerzas peruanas, pasando el Desaguadero, buscasen las tropas de Olañeta para batirlas en el primer encuentro.

Consecuente con esta orden, la división del General Lara se acantonó en Arequipa; y Sucre, atravesando el Desa-

guadero, con el resto de las fuerzas independientes, llegó a la ciudad de La Paz, el 8 de Febrero de 1825.

En cuanto supo la derrota de Ayacucho, el tenaz General Olañeta que estaba enseñoreado del Alto Perú, había hecho avanzar sus tropas al Desaguadero y a Puno; pero al saber que el nuevo Virrey don Pío Tristán se había acogido a la capitulación; y que el ejército vencedor marchaba contra él, se retiró al Potosí, empeñado en continuar la resistencia en aquellas provincias que tanto conocía, donde había guerreado durante largos años, y que él consideraba como patrimonio suyo. Al efecto, envió secretamente al Brigadier Echevarría a Chile con cien mil pesos para comprar fusiles en esa Nación; pero no pudo llenar su cometido aquel General, porque cayó prisionero y fue fusilado en Iquique.

La situación de Olañeta era cada día más desesperada, porque cundió la desmoralización en sus tropas; habiéndose pronunciado en favor de la Independencia de su Patria, el Comandante Araya en Cochabamba, las guarniciones de Valle Grande y Santa Cruz de la Sierra y un escuadrón de dragones en Chuquisaca. Por otra parte una división argentina, al mando del General Arenales, marchaba contra Olañeta desde Salta y el Coronel Urdidinea había ocupado a Tupiza. A pesar de verse cercado por todos lados, continuaba Olañeta impertérrito tremolando el pabellón ibérico; y habiendo reunido una Junta de Jefes, se acordó en ella retirarse a Chichas, y sepultarse allí con el resto de sus tropas, antes que transigir con los que él llamaba insurgentes o rebeldes.

En Copaguita hallábase el Jefe realista Coronel López Medinaceli, a quien envió Olañeta un batallón y un escuadrón de refuerzo, al mando de su Ayudante Hevia; pero éste se detuvo en Tumusla, al saber que Medinaceli con su tropa había proclamado la Independencia el 30 de Marzo de 1825. A someterle se dirigió Olañeta y reunido con el Comandante Hevia se movió contra Medinaceli, quien con el mismo objeto de combatir había marchado también hacia Tumusla. En la quebrada de este nombre, el 1º de Abril del año indicado, se trabó una reñida acción, en la que casi toda la división realista, inclusive el parque, dinero y todo lo que poseía, cayó en poder del vencedor Medinaceli. El mismo General Olañeta recibió una grave herida de la que murió al día siguiente.

Con la muerte de este General terminó la dominación española en el Alto Perú, pues el Coronel Valdés (alias el BARBARUCHO) único de los realistas de valor y nota que escapó del desastre de Tumusla, se rindió muy luego al Jefe patriota Chaquete; y se acogió a la capitulación que Olañeta alcanzó a celebrar antes de morir.

En la ciudad de La Paz recibió el General Sucre la noticia de la derrota y muerte de Olañeta; y contando, además, con la opinión pública que se manifestaba entusiasta en pro de la Independencia, ocupó el vencedor de Ayacucho

tranquilamente todo el Alto Perú, repartiendo las tropas en varios pueblos.

Volvamos nuestra mirada al Libertador. La noticia del triunfo que dió fin a la dominación española en el Perú se recibió en todo el país con indescriptible aplauso; pero en ninguna parte se la festegó con más entusiasmo que en Lima, contribuyendo a ello la presencia de Bolívar en esa ciudad. Este, sin tener envidia ni celos de las glorias de su Teniente, el benemérito Sucre, pues tan ruín pasión no cabía en su corazón magnánimo, se mostró ebrio de gozo, patentizándolo en la proclama que sigue:

"Soldados!—Habeis dado libertad a la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habeis vencido?"

"La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo."

"Soldados!—Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas en terrible contienda contra los opresores; contemplad, pues, el bien que habeís hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios."

"Soldados!—Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco, igualmente, que sereis recompensados como mereceis antes de volveros a vuestra hermosa patria. Más no....jamás sereis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio."

"Soldados peruanos!—Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú."

"Soldados colombianos!—Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo."

En la misma fecha de esta brillante proclama (21 de Diciembre de 1824), Bolívar expidió el Decreto de convocatoria para la reunión del Congreso del Perú que debía verificarse el 10 de Febrero de 1825, aniversario del día en que se le invistió del Poder Dictatorial; y el 25 de Diciembre lo anunció a la Nación, por medio de otra proclama, de la que transcribimos los párrafos que siguen:

"Peruanos! El ejército libertador, a las órdenes del intrépido y experto General Sucre, ha terminado la guerra del Perú y aun del Continente Americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así, el ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice de completar este año la libertad del Perú."

"Peruanos! Es tiempo de que os cumpla yo la palabra que os dí, de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será, pues, reunido el 10 de Febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema

autoridad, que volveré al Cuerpo Legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada."……

"Peruanos! La paz ha sucedido a la guerra; la unión a la discordia; el orden a la anarquía; y la dicha al infortunio; pero no olvideis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debeis todo."

"Peruanos! El día que se reuna vuestro Congreso será el día de mi gloria: el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición. ¡No mandar más!"

Instalado el Congreso el día señalado, se presentó el Libertador en el salón de sesiones. "La población apiñada en las calles por donde pasaba, dice O'Leary, le aclamaba con vivas estrepitosos; la expresión de su gratitud era tan sincera como sus aclamaciones. El Congreso le recibió con profundo respeto, y después de darle asiento a la derecha del Presidente, se leyó su mensaje", en el que daba cuenta del uso que había hecho de las facultades dictatoriales, y que terminaba con estas honrosas y patrióticas palabras:

"Legisladores! Al restituir al Congreso el Poder Supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo porque se ha librado de cuanto hay de más terrible en el mundo-de la guerra, con la victoria de Ayacucho, y del despotismo, con mi resignación. Proscribid para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad! esta autoridad que fue el sepulcro de Roma! Fue laudable, sin duda, que el Congreso, para franquear abismos horrorosos y arrostrar tempestades, clavase sus leyes en las bayonetas del ejército libertador; pero ya que la Nación ha obtenido la paz doméstica y la libertad política, no debe permitir que manden sino las leyes."

El Congreso rehuzó admitir al Libertador la devolución de la Dictadura, a pesar de que insistentemente, y con palabras elocuentes, manifestó lo peligroso que era ejercer semejante autoridad que podía degenerar con facilidad en el más ominoso despotismo. Después de una acalorada discusión, acordó aquella Asamblea, por unanimidad, que eran indispensables la permanencia de Bolívar para organizar el Gobierno y su continuación en el ejercicio de la Dictadura. Expidió, al efecto, un Decreto, en el que se le confiaba el Supremo Mando político y militar de la República, hasta la reunión del Congreso Constitucional que debía verificarse en 1826. En dicho Decreto, se autorizaba, además, al Libertador para suspender los artículos constitucionales y demás leyes, para delegar sus facultades a una o más personas del modo que lo tuviera por conveniente; y para nombrar quien le sustituya en algún caso inesperado.

Bolívar, considerando que toda resistencia era importuna y esteril, contestó al Congreso que conservaría la Dictadura, siempre que lo permitiese el Gobierno de Colombia y aprovechando de la facultad que le concedía el artículo 5º del aludido Decreto, delegó parte de su autoridad a un Con-

sejo, compuesto del General La Mar, que debía presidirlo y de los Ministros Carrión y Unanue.

Ocupóse, después, el Congreso, con una liberalidad altamente honrosa para la Nación Peruana de la que era representante, en manifestar su gratitud a Bolívar, Sucre y al ejército libertador por los eminentes servicios prestados por ellos. Expidió, al efecto, un Decreto con fecha 12 de Febrero de 1825, dándole un voto solemne de gracias al Libertador y declarándole PADRE Y SALVADOR DEL PERU. En dicho Decreto se mandó, igualmente, acuñar una medalla, la que llevaría en su anverso el busto de Bolívar con esta leyenda: A SU LIBERTADOR SIMON BOLIVAR y en su reverso, las armas de la República, con esta otra: EL PERU RESTAURADO EN AYACUCHO. AÑO 1824. Se ordenó la erección de una estatua ecuestre del Libertador en la plaza de la Constitución. Se dispuso que en las Capitales de los Departamentos se fijara una lápida en la plaza mayor de cada una de ellas, con una inscripción de gratitud a Bolívar; que en las casas municipales se colocara el retrato de éste en lugar preferente; y que la persona del Libertador disfrutara en todo tiempo de los honores de Presidente de la República.

Además, en el artículo 5º del mencionado Decreto, se dice: "Se pone a disposición del Libertador, como una pequeña demostración del reconocimiento público, la cantidad de UN MILLON DE PESOS Y OTRA IGUAL para que él la distribuya a discreción entre los Generales, Jefes, Oficiales y tropa del ejército libertador, reputándose como perteneciente a éste, para los efectos dichos, en la clase que el Libertador juzgue conveniente, al Ministro General que fue del Estado, por la parte más activa y gloriosa que ha tenido en la campaña.

El Libertador desechó el millón de pesos, dando así un brillante razgo de desinterés. El Congreso insistió en dárselos hasta por tres veces, a causa de otras tantas negativas de Bolívar. Para dar fin a tan delicado asunto, la misma Asamblea dispuso que el Libertador "destinase el millón ofrecido a obras de beneficencia en favor del dichoso pueblo que le vio nacer y demás de la República de Colombia que tuviera por conveniente.

"La primera cantidad de que el Libertador dispuso del dinero que el Congreso Peruano destinó a beneficio de su patria, fue la de veinte mil pesos que remitió al célebre Lancaster, para fomentar la educación de la juventud de Caracas, ofreciéndole otra mayor si era necesaria. Esta cantidad tuvo más tarde que pagarla de su peculio particular, porque los agentes del Perú en Londres no pudieron cubrir sus letras" (Memorias del General O'Leary).

El Libertador cedió por fin a tantas instancias del Congreso, y lo participó mediante un oficio que termina con estas palabras:

"Este rasgo de munificencia ha colmado mi corazón de gozo y gratitud; y yo no dudo que mis hermanos de Caracas lo verán con la más grata complacencia. Yo, a su nombre, ofrezco al soberano Congreso las expresiones más sinceras de su anticipado reconocimiento."

El Congreso Peruano no podía olvidarse del vencedor de Ayacucho; de manera que en el mencionado Decreto de 12 de Febrero de 1825, se encuentran los artículos que siguen:

"1º—Será reconocido en adelante el General en Jefe del ejército unido, Antonio José de Sucre, con el dictado de GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, por la memorable victoria obtenida en los campos de este nombre;" y 8º—"a todos los individuos que han servido en la campaña del Perú, desde el 6 de Febrero de 1824, hasta el día de la victoria de Ayacucho, se les declara la calidad de peruanos de nacimiento, con opción a todos los empleos de la República, si por otra parte reunieren los demás requisitos constitucionales."

El Congreso dictó, además, en 28 de Febrero de 1825, un Decreto separado a favor del General Sucre, cuyo tenor es:

"1º Que la suerte compensativa a los eminentes servicios del Gran Mariscal de Ayacucho, no sea comprendida en el millón de pesos destinado a las gratificaciones del Ejército."

"2º.—Que le sean entregados DOSCIENTOS MIL PESOS en dinero, o fincas del Estado, que reunan las calidades capaces de merecer la aceptación del agraciado."

Para dar cumplimiento al Decreto legislativo anterior, el Libertador expidió otro, en el que se le daba al Mariscal de Ayacucho, como equivalente de los doscientos mil pesos obsequiados a él, la hacienda de Huaca, sita en el valle de Chancay, libre de todo gravamen y pensión.

El Congreso Peruano, decretó también: "Que se vote una acción de gracias a la República de Colombia, en testimonio de su alto reconocimiento, por los servicios que ha hecho a su aliada y confederada la del Perú; y que se vote una acción de gracias al Senado y Cámara de Representantes de Colombia, en señal de reconocimiento a los servicios que han hecho al Perú, con el permiso que dió al Libertador para que pudiera venir a encargarse de salvarlo, y por los auxilios que decretaron con este mismo objeto." Nombró, por último, una comisión de su seno, compuesta de Don Manuel Ferreyros y Don Jerónimo Agüero, para que fuese a Bogotá a manifestar al Congreso, al Gobierno y al pueblo colombianos los profundos sentimientos de gratitud que animaban a la República del Perú.

El Libertador, como Encargado del Poder Dictatorial del Perú, expidió un Decreto concediendo honores al Ejército Libertador de esa República. En el número 4º de dicho Decreto, se dice:

"En el campo de Ayacucho se levantará una columna sagrada a la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito General Antonio José de Sucre, y en ella se gravarán los nombres de los Generales, Jefes, Oficiales y cuerpos en el orden y preeminencia que les corresponden. La gratitud del pueblo y del Gobierno se esforzará en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la erección de esta columna."

"Por lo que hace al monumento de Ayacucho, dice Villanueva, aun no había sido erigido en 1860; sin embargo de que el Gobierno del señor General Pezet aprobó en 1863 el proyecto presentado por el arquitecto francés Mr. M. Mimey, cuyo presupuesto montó a doscientos sesenta mil pesos. Este grandioso monumento debía construirse en Lima de granito y bronce."

Muy posteriormente, el Prefecto de Ayacucho, el patriota Coronel don Pedro Portillo, consiguió del Gobierno del Perú la erección de un monumento en el centro del campo de batalla, y gracias a su actividad pudo el mismo Coronel Portillo inaugurar la obra el 29 de Julio de 1898.

"La obra no corresponde a la epopeya; pero en fin es algo que faltaba en ese sitio de nuestras glorias, en esa cuna de la libertad americana, en ese sepulcro del dominio extranjero."

"Tiene ocho y medio metros de la base a la cima. El material es de granito blanco con doble capa de yeso barnizado."

"En la parte superior del pedestal descansa la estatua de la Libertad dominando al león."

"En sus faces tiene cuatro relieves: el del frente representa la batalla de Ayacucho; el de atrás, la de Junín; los costados son inscripciones al caso con los nombres de los principales Jefes, el del Presidente de la República y el del Prefecto del Departamento en tiempo de la inauguración del monumento." (Tomás Lama—Páginas Históricas.—Colección de artículos sobre la batalla de Ayacucho).

El Congreso de Colombia, a su vez, al mismo tiempo que el Peruano, o sea, en 11 de Febrero de 1825, expidió un Decreto, concediendo premios y recompensas al Libertador, al General Sucre y al ejército vencedor en Junín y Ayacucho. En dicho Decreto constan los siguientes artículos:

"1º—Los honores del triunfo al Libertador Simón Bolívar, Presidente de Colombia, y al ejército auxiliar colombiano, vencedor en Junín y Ayacucho."

"2º—El poder Ejecutivo a nombre de la Nación presentará al Libertador Presidente Simón Bolívar una medalla de platina de veintiocho lineas de diametro, que contendrá en el anverso a la VICTORIA coronando el genio de la LIBERTAD con una corona de laureles; éste llevará en la mano izquierda las faces colombianas y en derredor de este emblema la siguiente inscripción; JUNIN Y AYACUHO—6 DE AGOSTO Y 9 DE DICIEMBRE

DE 1824: en el reverso una guirnalda formada con una rama de oliva y otra de laurel, y en el centro la siguiente inscripción: A SIMON BOLIVAR LIBERTADOR DE COLOMBIA Y DEL PERU—EL CONGRESO DE COLOMBIA, AÑO DE 1825".

"4º El Poder Ejecutivo a nombre del Congreso presentará al General Antonio José de Sucre una espada de oro con la siguiente inscripción: EL CONGRESO DE COLOMBIA AL GENERAL ANTONIO JOSE DE SUCRE, VENCEDOR EN AYACUCHO EL AÑO DE 1824".

"5º Todos los individuos del ejército de Colombia que han hecho la campaña del Perú, serán condecorados con un escudo bordado sobre fondo rojo, de oro para los Oficiales y de seda amarilla desde sargento abajo, con esta inscripción: JUNIN Y AYACUCHO EN EL PERU".

El Congreso Peruano clausuró sus sesiones el 10 de marzo de 1825 sin nombrar Presidente, y dejando al Libertador, según lo dijimos, encargado del mando supremo político y militar, con facultades extraordinarias. Se dispuso, entonces Bolívar hacer un viaje al Sur de la República y a las provincias del Alto Perú, hacia donde le llamaban grandes intereses. El 10 de Abril se puso en camino por la costa a Arequipa, delegando el poder Ejecutivo a los Señores José María Pando, General Tomás Heres y Don Hipólito Unanue, al primero y al segundo en reemplazo del General La Mar que se hallaba ausente y de Sánchez Carrión que estaba enfermo.

En Ica supo el Libertador la muerte de Olañeta y la sumisión completa del Alto Perú, sin embargo continuó su viaje. Extractaremos lo más notable de la relación que de tal viaje hace el General O' Leary.

"Difícil sería describir la recepción que en todo el tránsito hicieron los pueblos al Libertador. Su viaje fue una verdadera marcha triunfal. Al acercarse a las poblaciones salían los habitantes a su encuentro. Los indios se señalaban mas que todos por su entusiasmo en estas festividades, vestidos con los ricos y vistosos trajes que, según la tradición, usaban sus antepasados. Cuando la distancia entre dos pueblos era mayor de la que podía rendirse en una jornada, se improvisaban alojamientos a la vera del camino; y tanto se esmeraban en procurar lo necesario, que ni en aquellos desiertos se echaban de menos las comodidades de las ciudades, anticipándose los habitantes a los deseos del ilustre viajero. En muchas ocasiones, en medio de aquellas soledades, cuando menos se esperaba y entrada ya la noche, multitud de luces anunciaban a la fatigada comitiva después de una larga marcha, que las autoridades de algún pueblo vecino la aguardaban con su cortés hospitalidad."

"Su entrada a Arequipa el 14 de Mayo fue motivo de público regocijo, que correspondió al antiguo patriotismo y a la opulencia de aquella ilustre Capital. La Municipalidad y gran concurso de vecinos salieron a recibirle a muchas le-

guas de la ciudad, llevándole un magnífico caballo espléndidamente enjaezado: los estribos, el bocado, el pretal y los adornos de la silla y de la brida eran de oro macizo. Al aproximarse a la ciudad, un inmenso gentío de todos los pueblos de los alrededores cubría el camino interrumpiendo el paso. Pero la más grata bienvenida que recibiera el Libertador fue la de los vencedores de Ayacucho, sus amados compañeros de sus fatigas y su gloria. La primera división del ejército colombiano estaba formada en las calles que conducían a la casa en que iba a desmontarse; el gozo, el amor y el entusiasmo se retrataban en los semblantes de los veteranos al ver de nuevo al Jefe idolatrado; y no eran menos intensos los sentimientos de éste al recibir las silenciosas congratulaciones de los soldados a quien tanto debía la América. Se dieron banquetes y bailes en su honor, en verdad que nunca se habían desplegado más suntuosas galas en Arequipa".

"El 21 de Junio fue recibido el Libertador en los límites del Departamento del Cuzco por el Prefecto y los funcionarios de la Capital.....Nada puede compararse a la magnificencia que desplegó la antigua Capital de los Incas, cuando entró en ella el 25 de Junio. Diríase que la ciudad había sufrido muy poco en el curso de la revolución, tanta era la riqueza que ostentó en este día. Los frentes de las casas estaban adornados de ricas colgaduras y ornamentos de oro y plata, y los arcos triunfales en las calles ostentaban los mismos ricos adornos, vistosamente arreglados; y de las ventanas y balcones caía una lluvia de flores y coronas de laurel que las manos preciosas de las bellas arrojaban al pasar la comitiva, así como puñados de monedas y medallas al pueblo que la victoreaba. Lo mismo que en Arequipa, regalóle la Municipalidad un caballo con jaez de oro, y del mismo metal las llaves de la ciudad que le presentaron. Después de asistir al solemne Te Deum que se cantó en la Catedral, se dirigió a la Casa Municipal, donde le esperaban las señoras principales de la ciudad con una corona cívica de oro cubierta de diamantes y perlas. Aunque no podía negarse a aceptar estos costosos regalos sin desairar a los que lo hacían, me consta que no conservó para sí ninguno de ellos; los repartió entre los Oficiales de su Estado Mayor y algunos Jefes del ejército y hasta entre los soldados, dando preferencia a los que más se habían distinguido en la campaña. Yo tuve el honor de ser obsequiado por él con las llaves de la ciudad".

"Del Cuzco se encaminó Bolívar a la Capital del Departamento de Puno, donde llegó el día 6 de Agosto, recibiendo en los caminos y pueblos del tránsito la misma acogida fervorosa y los mismos tributos de patriótico entusiasmo que le habían dispensado los demás Departamentos que había visitado. Puno, a su vez, participó de los beneficios que había derramado con profusa mano en Arequipa y el Cuz-

co; como que en efecto, no se hicieron esperar mejoras y reformas saludables en todos los ramos administrativos, así como economías en los gastos, establecimiento de escuelas, de colegios de artes y de ciencias; recompensas al patriotismo en la distribución de los empleos, patrocinio al culto y protección a la navegación".

"De la Capital de Puno partió el Libertador a visitar los pueblos principales y el lago y la isla de Titicaca, célebre como cuna de Manco-Capac, fundador del Imperio de los Incas..."

El 15 de Septiembre partió Bolívar para Copacabana. "Encontró al General Sucre en Zepita al siguiente día. Recuerdo un incidente que ocurrió en esta ocasión, dice O' Leary: al desmontarse Sucre para abrazar al Libertador, se le salió la espada de la vaina, al verla caer observé yo que era un mal presagio; al día siguiente, al darle Sucre un planazo con la misma espada a su asistente que se le había insolentado, se rompió; éste si que es peor agüero que el de ayer, le dije, y desde hoy comienzan sus desgracias, General. Así lo estaba yo pensando, me contestó Sucre."

"El 17 pasó Bolívar el Desagüadero y entró en La Paz el 18 de Septiembre. La recepción que le hizo aquella patriótica ciudad no cedió en entusiasmo y suntuosidad a la del Cuzco, como que no se economizó gasto alguno para hacerla digna del Héroe y de su gloria. Un caballo de batalla ricamente enjaezado y las llaves de oro macizo de la ciudad, le fueron ofrendados por la Municipalidad en nombre de los habitantes. A las puertas del palacio salieron a recibirle muchas de las principales Señoras, y una de ellas, a nombre de las demás, le presentó una corona cívica de oro guarnecida de diamantes. ESTA RECOMPENSA TOCA AL VENCEDOR, dijo el Libertador entregándola a Sucre, Y COMO TAL LA TRASPASO AL HEROE DE AYACUCHO. Una diputación del Congreso le felicitó a nombre de aquel cuerpo y le repitió los votos de la Nación. Hondamente conmovido se sintió con las abrumantes pruebas de adhesión y de confianza que le tributaba un pueblo, donde si bien era él relativamente extraño, no lo eran sus hazañas y sus virtudes, de cuyos beneficios se hallaba disfrutando a la sazón"

"El 20 de Septiembre partió de La Paz el Libertador a continuar la visita de las provincias del Sur, y a recibir en Potosí la Legación que el Gobierno del Río de la Plata había enviado con el objeto de cumplimentarle por el feliz éxito de la campaña..... "

"De la Paz siguió a Oruro, a donde llegó el 24 de Septiembre. Allí le recibieron las diputaciones enviadas a felicitarle por las principales poblaciones de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba. Después de tres días de descanso se dirigió al Potosí, en cuya célebre ciudad hizo su entrada el 5 de Octubre, entre el ruido estrepitoso de las aclamaciones

del pueblo....El General Miller, que funcionaba de Prefecto del Departamento, recibió al ilustre viajero con las más finas demostraciones de una exquisita hospitalidad, realzando así, por su parte, el mérito del regocijo popular. Las Autoridades Civiles de la ciudad habían acuñado medallas de oro y plata en glorificación de tan augusto huésped, a quien le fueron presentadas como gratulatoria ofrenda, y a las personas distinguidas de su séquito, como honorífico obsequio...."

"Poco después de su llegada, el Libertador, acompañado del General Sucre, del Prefecto del Departamento, de los Plenipotenciarios de la Plata y de su Estado Mayor, visitó el arduo monte que da nombre a la ciudad. La subida es escarpada, casi perpendicular y sólo practicables en mulas hasta los dos tercios de su altura, y el resto a pie y con sumo trabajo, por la naturaleza abrupta del terreno y la dificultad para la respiración. Al llegar a la cúspide se divisa un páramo yerto y desolado, sin vegetación alguna que con su verdor amenice la monotonía sublime de aquel paraje desierto: sólo la comunicativa expansión de tan escogida comitiva pudo hacernos soportable, evocando gratos recuerdos del pasado, el triste desamparo de aquel yermo destituído de todas las gracias de la naturaleza. Sobre aquel famoso pico desplegó el Libertador las banderas de Colombia, Perú y la Plata. Mirando hacia el Norte, recorrió en espíritu la carrera gloriosa que había hecho, los sufrimientos que había arrastrado, la grande obra que había consumado; quince años de pruebas, de alternativas, de derrotas y de victorias; con vicisitudes de desengaños y de esperanzas satisfechas".

".....Y debió ser ciertamente el más feliz en la vida de Bolívar, ese día notable en que ascendió a aquel pico clásico de los gigantescos Andes, con cuya grandeza competía la del que había llegado al Zenit de la fama...."

"El Libertador salió el 1º de Noviembre de Potosí para Chuquisaca, a donde llegó el 3. En la Capital de Bolivia fue acogido con el mismo patriótico entusiasmo que le habían manifestado los habitantes de todo el pais que había atravezado, desde Lima hasta el Pilcomayo, en un trayecto de cerca de setecientas leguas....."

El Libertador, en medio de tantos banquetes, saraos y festividades con que era agazajado, no descuidaba los negocios públicos. En todos los lugares que recorría, se ocupaba como Jefe Supremo en corregir los abusos y en hacer a los pueblos todo el bien posible. Reformó la administración judicial; organizó los diversos ramos de la Hacienda Pública; protegió a los indios igualándolos a los demás ciudadanos; favoreció la instrucción primaria; fundó Colegios y Establecimientos de Beneficencia; fomentó la agricultura y la mineria; decretó la apertura de caminos para dar incremento al comercio, habilitó el

el puerto de Cobija y le dió el nombre de La Mar, etc., etc.

Hallándose el Libertador en Chuquisaca, llegó de Lima el Coronel Salazar, enviado para presentar a aquél y al General Sucre las magníficas espadas y lujosísimos uniformes que la Municipalidad de la ciudad de los Reyes obsequiaba a aquellos beneméritos prohombres, en testimonio de su amor y señal de gratitud. (1)

A pesar de las múltiples ocupaciones del Libertador tuvo éste tiempo para formular la Ley Fundamental que había solicitado de sus luces y experiencia la Asamblea de Chuquisaca, conocida con el nombre de Constitución Boliviana, de la que se sirvieron después los émulos y enemigos de Bolívar para atacarle rudamente y acortar su preciosa existencia.

Para comprender lo que acabamos de exponer, debe saberse que, después de que Sucre se enseñoreó del Alto Perú, convocó, con fecha 9 de febrero de 1825, a los pueblos de las cinco provincias que formaban aquel territorio, para que eligiesen Diputados a una Asamblea General, con el objeto de que decidiesen su incorporación a uno de los Estados límitrofes o proclamasen su independencia.

Bolívar desaprobó este Decreto, fundándose en que no era permitido reconocer la soberanía del Alto Perú, sin la aquiescencia del Congreso de Buenos Aires, a cuyo Virreinato pertenecía por Real Cédula del siglo XVIII, y del Congreso del Perú que tenía aspiración a poseerlo.

Posteriormente el Libertador se convenció de que Sucre había tenido razón, y expidió un Decreto en Arequipa, a 16 de Mayo de 1825, ratificando el del Gran Mariscal de Ayacucho.

Como argentinos y peruanos se convinieron en dejar al voto de los pueblos del Alto Perú su definitiva organización, el 5 de Julio de 1825, se instaló la Asamblea de Chuquisaca, con los Diputados de Charcas, La Paz, Cochabamba, Potosí y Santa Cruz; y decretó formar con estas provincias una nueva República que llevaría el nombre de Bolívar, que después se cambió con el de Bolivia, y cuya capital sería Chuquisaca con el nombre de Sucre. Este General se encargó del mando supremo, en ausencia del Libertador, hasta Mayo de 1826, en que se instaló el Congreso Constituyente; adoptó, con ligeras modificaciones, la Constitución Boliviana, y nombró para su primer Presidente al Gran Mariscal de Ayacucho, a quien el Gobierno de Colom-

(1). En las páginas 447, 448 y 449 del tomo 2º de la parte histórica de "Las Memorias del General O'Leary", se encuentra una descripción detallada de las espadas y uniformes obsequiados a Bolívar y Sucre, cuyo costo fue el de 12,879 pesos, cinco y medio reales

bia dió permiso para que aceptase y ejerciese tan alto y honroso cargo.

La primera Asamblea de Chuquisaca expidió un Decreto, tal vez, más honorífico que el Congreso Peruano en favor de Bolívar, Sucre y el Ejército Libertador: medallas valiosas para estos Generales, un millón de pesos para los vencedores de Junín y Ayacucho, la ciudadanía para los mismos, etc., etc., fueron los homenajes con que los Diputados de la naciente República manifestaron su gratitud a los Próceres que les dieron Patria y Libertad.

Hemos referido los agazajos de que fue objeto el Libertador, las festividades que se celebraron, los valiosos obsequios que se le hicieron, en su paseo o visita triunfal a los pueblos del Alto y Bajo Perú. Ahora añadiremos que, según lo refiere el historiador Restrepo, en las misas de acción de gracias que se celebraban tanto en Lima como en las otras ciudades, villas y aldeas del antiguo Imperio de los Incas, se cantaban, en el tiempo que mediaba entre la Epístola y el Evangelio, unas estrofas, cuyo estribillo era:

De Ti viene todo
Lo bueno, Señor:
Nos diste a Bolívar,
Gloria a Tí, gran Dios.

Como se acercase la reunión del Congreso Peruano al que el Libertador debía devolver el Poder Dictatorial con que le había investido, lo manifestó así en una proclama; y se determinó volver a Lima. En consecuencia salió de Chuquisaca el 6 de Enero de 1826. Visitó de tránsito a Mizque y a Cochabamba, y prosiguió su marcha hacia Arica, donde llegó el 1º de Febrero. Al siguiente día se embarcó en el bergantín de guerra colombiano Chimborazo, llegó a Chorrillos en la noche del 7, y en seguida pasó a su residencia de la quinta denominada "La Magdalena".

El Libertador hizo su entrada en Lima el 10 de Febrero de 1826, "en medio de las aclamaciones, dice el Coronel López Borrero, de un pueblo entusiasta por su libertad, y bien puedo asegurar sin temor de equivocarme, que no se presentará en nuestra América, otro acto donde hayan brillado como en éste, mezclados con el contento y alegría, la magnificencia y el esplendor. Sólo el Gobierno gastó en este recibimiento, cuarenta mil pesos, según me aseguraron los señores Ministros Unanue y Pando, fuera de los cuantiosos gastos que hicieron los particulares. Al suntuoso baile de esa noche concurrieron quinientas parejas de lo más selecto del señorío de Lima: fue necesario derribar las paredes interiores del Palacio para formar grandes salas donde se pudiera bailar."

Hablando de esta espléndida recepción triunfal, dice el General O'Leary: "Después de asistir a la Catedral, en donde se cantó un solemne TE DEUM, el Libertador se dirigió a pie hasta el Palacio, y allí recibió las felicitaciones de las diferentes corporaciones, y contestó a todas las arengas estudiadas que se le dirigieron, con la fácil elocuencia que le era peculiar. A uno de los oradores que en aquel acto hizo alusión al deseo vehemente del pueblo, de verle de nuevo al frente de la República, sosteniendo las riendas del Gobierno y dando impulso a los elementos vitales del país, respondió:

"Sería un ultraje al Perú, al Consejo de Gobierno, a la mejor administración, compuesta de hombres ilustres, de la flor de ciudadanos, al vencedor de Ayacucho, al primer ciudadano, al mejor guerrero, al insigne GRAN MARISCAL LA MAR, que yo ocupase esta silla en que debe él sentarse por tantos y tan sagrados títulos....Sí.... yo lo coloco en ella".

"Y al decir estas palabras, tomó del brazo a La Mar y le sentó en la silla destinada al Primer Magistrado en las ceremonias Públicas. La Mar, ruborizado y confuso, parecía no hallar palabras para expresarse, pero recobrado de la sorpresa dijo:

"Mientras he tenido aliento patrio, yo me he sacrificado gustoso por el Perú. Yo he tenido el honor de ser un soldado a las órdenes de V. E. Esta es la gloria que me ha cabido en la contienda, la única a que podía aspirar, inmensa para mi corazón, porque nada más grande para mí que el timbre de la obediencia al Héroe del Nuevo Mundo. Pero carezco de salud y aptitudes para regir pueblos. La extenuación de mi rostro es un testimonio de mi trabajada complexión, que empezó a padecer en este mismo salón. En adelante, si algún dia mis fuerzas me avisasen que estoy en capacidad de hacer algún servicio....pero yo ahora no puedo".

"Al oir estas palabras el Libertador replicó:

"A la Representación Nacional toca juzgar sólo vuestras excusas. General, yo no he hecho sino colocaros donde vuestros eminentes servicios, el honor nacional y mi deber os creen llamado".

El Libertador continuó residiendo en la quinta "La Magdalena", que se convirtió en el centro de los intereses políticos de gran parte del Continente Sud Americano; y allá acudían importantes personajes a tratar de distintos proyectos tocantes al futuro porvenir y bienestar del Perú y Bolivia.

Aun cuando había llegado la fecha designada para la instalación del Congreso Peruano, transcurrió casi todo el mes de Marzo de 1826, sin que se hubiese reunido el número suficiente de Diputados. Con los sesenta y cinco que se hallaban presentes en Lima se verificó una Junta Prepara

toria el 29 del referido mes, en la cual después de una larga y acalorada discusión, se acordó por la mayoría que aquella Junta preliminar no constituía la Autoridad Nacional. Hubo una segunda sesión, en la que surgió la duda acerca de cual fuese la autoridad competente para examinar los registros de los Colegios Electorales y las credenciales de los Diputados. Una disposición constitucional atribuía esta prerrogativa al Senado, pero como no existía tal Cámara, el Consejo de Gobierno, que tenía en virtud de un Decreto del Congreso Constituyente facultades dictatoriales ilimitadas, había conferido aquella atribución a la Suprema Corte de Justicia, por un Decreto expedido el 10 de Noviembre de 1825. Suscitóse, al rededor de este asunto, un violento debate; siendo su resultado que la mayoría se decidió a favor del Decreto dado por el Consejo de Gobierno.

Tan luego como supo el Libertador lo ocurrido en el Congreso, resolvió salir del Perú para que no se atribuyese a influencias suyas y del ejército colombiano tan desagradables incidentes. Al punto que se traslució la noticia de la marcha de Bolívar y de las medidas que había tomado para realizarla, se llenó de consternación la ciudad de Lima. Numerosas partidas del pueblo y hasta señoras principales se trasladaban a "La Magdalena", con el fin de saber la causa de tan inesperada resolución. Reunidos los Diputados del Congreso, el 2 de Abril de 1826, resolvieron enviar comisionados a dicha quinta, con el objeto de manifestar al Libertador que los deseos unánimes de los habitantes del Perú y de sus representantes eran que permaneciese en la República, ejerciendo la misma autoridad que le había conferido la Asamblea Constituyente. Tal resolución se dió por unanimidad; y los argumentos de la Comisión nombrada para el objeto fueron tan poderosos y concluyentes, que el Libertador accedió a los deseos de la Junta Preparatoria, la que se disolvió el 6 del indicado mes y año.

Entre tanto, cincuenta y dos de los Diputados que se habían reunido en Lima resolvieron pedir al Gobierno que se hiciesen nuevas elecciones y que se difiriese la reunión del Congreso para el año de 1827. El Concejo de Gobierno, con aprobación del Libertador, despachó favorablemente esta solicitud. Reunido, en consecuencia, el Colegio Electoral de de Lima, el 16 de Agosto de 1826, adoptó por unanimidad el Código Boliviano y declaró a Bolívar, Presidente perpetuo de la República Peruana. Los Colegios Electorales de las demás provincias, en número de cincuenta y ocho, con excepción del de Tarapacá, siguieron el ejemplo de la Capital.

El Libertador no podía ser insensible a tantas pruebas de popularidad y estimación de parte de los peruanos; pero tampoco podía serlo a los desastres que habían empezado en Colombia con la revolución de Venezuela encabezada por el Héroe de las "Quezeras del Medio", los que reclamaban su preferente atención. En consecuencia resolvió sa-

lir del Perú, y después de una gran fiesta cívica y de una bella proclama de despedida, Bolívar se hizo a la vela en el Callao, con rumbo a Guayaquil, en el bergantín de guerra peruano CONGRESO, el 3 de Septiembre de 1826.

Meses después la Constitución Boliviana quedó de todo en todo relegada; pues el Presidente del Consejo del Gobierno del Perú General Santa Cruz convocó un Congreso Constituyente que abolió dicha Constitución, restableció la de 1823, y elevó al Gran Mariscal Don José de La Mar a la Presidencia de la República Peruana.

Réstanos hablar de un suceso de gran trascendencia verificado a principios del año de 1826: de la rendición del Puerto del Callao, último baluarte del Poder Español en territorio Peruano; para lo cual, en gracia de la brevedad, nos limitaremos a reproducir lo que al respecto dice el historiador español Coroleu:

"Tan sólo en un punto del antiguo Virreinato ondeaba ya el pabellón español: en la plaza del Callao, cuyo Gobernador, el tenaz y enérgico Brigadier Don José Ramón Rodil, estaba resuelto a llevar la resistencia hasta el último extremo, y tan bizarramente cumplió su propósito, que se sostuvo en su puesto más de un año después de la capitulación de Ayacucho. Bloqueado por mar por la escuadra peruana, asediado por tierra por una división patriota mandada por el General Salom, y contando sólo con una guarnición de dos batallones y corto número de artilleros, resistió con ejemplar constancia a todos los ataques que escuadra y tropas de tierra le dirigían. Cuando comenzaron a escasear los víveres, comenzó por hacer salir de la plaza a todas las personas inútiles para su defensa, a pesar de lo cual la penuria de las subsistencias llegó en breve a tal extremo, que se consumieron toda clase de animales hasta los más inmundos. A pesar de esto, del escorbuto y otras enfermedades que se desarrollaron causando numerosas víctimas, entre ellas el Marqués de Torre-Tagle, refugiado en el Callao, el Brigadier Rodil seguía tan empeñado en prolongar una resistencia, inútil por cierto, puesto que le constaba que no había de recibir socorro alguno, que teniendo avisos de que el espíritu de rebelión empezaba a cundir en sus tropas, ordenó muchas ejecuciones, tantas que en un sólo día fueron fusilados treinta y seis individuos."

"Por fin, cuando los siete mil habitantes que había en el Callao al comenzar el sitio quedaban reducidos a dos mil quinientos; cuando, según datos proporcionados por el mismo Rodil, la plaza hubo disparado setenta y cuatro mil catorce tiros de cañón, mortero y obús, y treinta y cuatro mil setecientos de metralla; y recibido de los sitiadores veinte mil trecientos diez y siete balas de grueso calibre, trescientas y siete bombas y gran cantidad de metralla; y cuando los independientes se hubieron apoderado de uno de los castillos, decidióse el Gobernador a entablar prelimina-

res de capitulación, los cuales duraron cuatro días. Esta capitulación se firmó el 22 de Enero de 1826, y sus estipulaciones guardaron analogía con las de la de Ayacucho. El Brigadier Rodil, cinco Jefes, treinta y cuatro Oficiales, dos empleados y cincuenta y dos soldados se embarcaron para España, y los patriotas se posesionaron de la disputada plaza del Callao, último baluarte del dominio español en la América del Sur."

Debemos anotar, también, que en la misma fecha, o sea, 22 de Enero de 1826, después de una lucha de diez y seis años, con ligeras interrupciones, arrióse el pabellón ibero en la última Provincia de Chile, la de Chiloé, de la que era Gobernador el Brigadier español Don Antonio Quintanilla, cuya constancia y entereza en defender la causa moribunda de su Rey, corren parejas con las del Brigadier Don José Ramón Rodil.

Después de los gloriosos hechos que acabamos de relatar, sucediéronse acontecimientos a cual más calamitosos en las tres Repúblicas, cuya independencia y creación se debieron a la espada vencedora y cerebro luminoso del inmortal Don Simón Bolívar: defecciones de algunos cuerpos auxiliares de Colombia residentes en Perú y Bolivia; la insurrección de Chuquisaca; la escecroble conjuración de Septiembre contra el Libertador; la guerra entre el Perú y Colombia; la disolución de esta gran República, etc., etc.

Es también digno de meditarse el triste fin de los principales héroes de Junín y Ayacucho: el Libertador muere lleno de pesadumbre, víctima de la calumnia y casi abandonado en una playa de Santa Marta, arrullado en su agonía por las turbulentas olas del Mar Caribe; el inmaculado Sucre cae atravezado a balazos en la oscura y funesta montaña de Berruecos: el General La Mar, traicionado por dos de sus amigos y principales Tenientes, rinde la jornada de la vida en una playa extranjera; y valentísimo General Don José María Córdova, el héroe de Ayacucho, el inventor de la incomparable y sublime frase: DIVISION! ARMAS A DISCRECION, DE FRENTE, PASO DE VENCEDORES, muere oscuramente en una contienda civil, con un balazo en el pecho y otro en el muslo, siendo ultimado con dos terribles sablazos uno en la cabeza y otro en la mano, inferidos por el aventurero irlandés Ruperto Hand.

Pero echemos un denso velo sobre tan funestos acontecimientos: y mirando hacia el porvenir, esperamos que, en la estrecha y legendaria pampa que demora al pie del Cundurcunca, donde con motivo de la celebración del primer centenario de la famosa batalla de Ayacucho, se reunirán los Representantes de todos los Estados que forman la Comunidad Internacional, y principalmente los de las Naciones Hispano-Americanas, empiece para todas éstas una era de paz y de verdadera confraternidad. Deseamos vehementemente que terminen, de una manera digna y equitativa, las rencillas que

por cuestión de límites existen todavía entre algunas de ellas; y que en cualquiera desavenencia que en lo futuro se suscitase entre las mismas, triunfe la fuerza del derecho y no el derecho de la fuerza. Hacemos, por último, fervientes votos para que se estrechen más los lazos de unión entre la legendaria España y los territorios americanos descubiertos, conquistados y colonizados por sus incomparables guerreros; y para que, así como en una época el sol del Imperio de Carlos V no tuvo ocaso, no lo tenga nunca el sol de la verdadera civilización, en las Naciones que heredaron de España su incomparable idioma, su Religión, sus costumbres y todas las cualidades propias de la gran raza latina.

INDICE

Págs.

AYACUCHO

PARTE PRIMERA

ANTECEDENTES

Breve Reseña Histórica de la Emancipación del Virreinato del Río de la Plata y de la Capitanía General de Chile, hasta 1820.

CAPITULO I.

Alto Perú—1809 y 1810.

Poderío de España en América.—El Virreinato del Perú.—Importancia de su capital, Lima.—Provincias que formaban el Alto Perú.—La ciudad de Chuquisaca, su triple nomenclatura.—Insurrección de esta ciudad en 25 de Mayo de 1809.—Causas de la insurrección.— Destitución del Presidente García Pizarro.—Entrega de las armas a los amotinados.—La ciudad de La Paz.—Insurrección de ésta, el 16 de Julio de 1809.—El Virrey del Perú Abascal comisiona al Brigadier Goyeneche y al Coronel Ramírez la pacificación de las ciudades insurrectas.—Los Jefes patriotas Castro e Iriarte son derrotados en Chacaltaya por Goyeneche.—Entra éste triunfante en La Paz.—Derrota de los patriotas en Irupana.—Don Pedro Morillo y ocho Jefes sufren la pena de horca.—Pacificación de la provincia de Charcas por el Mariscal de Campo Vicente Nieto.—Invasión de los Ingleses a Buenos Aires.—El Brigadier Santiago Liniers reconquista aquella ciudad.—Segunda invasión

Págs.

de los Ingleses.—Toma de Montevideo por los mismos.—Los invasores sufren otra derrota en Buenos Aires.—Liniers es destituído del cargo de Virrey del Río de la Plata. 1

CAPITULO II.

La Argentina y Chile.—1809-1812.

El Teniente General Baltazar Hidalgo de Cisneros es nombrado Virrey de Buenos Aires.—Encuentra en estado de alarma el territorio de su mando.—Decreta la libertad de comercio.—El veinte y cinco de Mayo en Buenos Aires.—Instalación de la Junta Gubernativa.—Destitución del Virrey Cisneros.—Expedición de los argentinos a Córdoba.—Huyen de ella Liniers y otros Jefes realistas.—Son apresados y condenados a muerte.—El doctor Castelli hace ejecutar la sentencia en Cabeza del Tigre.—Consternación y clamor general por este acontecimiento.—Medidas que tomó el Virrey Abascal para contener el avance de los patriotas argentinos.—Goyeneche y Ramírez son nombrados Jefes de las tropas realistas.—El Coronel Balcarce y el doctor Castelli al frente de las fuerzas patriotas.—Derrota del Coronel Piérola por éstas en la pampa de Aroma.—Insurrección de las provincias de Cochabamba y Oruro.—Las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy abrazan la causa de la Revolución.—Triunfo de los realistas en Cotagaita.—Toman la revancha los patriotas en Suipacha.—Funestas consecuencias de la derrota de los realistas en este lugar, para la causa de la Metrópoli.—Los jefes españoles Nieto, Córdova y Sanz son pasados por las armas en Potosí, de orden de Castelli.—Semblanza de este personaje.—La revolución del diez y ocho de Septiembre en Chile.—El Padre Camilo Enríquez.—Don José Miguel Carrera y sus hermanos don Juan José y don Luis.—Continuas revueltas y disensiones in-

Pags.

testinas en Chile.—Los chilenos se dan una Constitución.—El Virrey Abascal envía una expedición contra Chile.—Los revolucionarios se unen para hacerla frente. 18

CAPITULO III.

1811 y 1812

Expedición al Paraguay al mando de don Manuel Belgrano.—Sus derrotas en Paraguay y en Tacuari.—Elío es nombrado Virrey por el Consejo de Regencia.—La Junta de Buenos Aires se niega a reconocerle.—Envía una expedición regida por Belgrano contra Montevideo.—Triunfos obtenidos por este General en la Banda Oriental.—Estalla un movimiento revolucionario en Buenos Aires.—Mutación de su Junta Gubernativa.—El ejército argentino llega hasta el Desaguadero.—Es derrotado por Goyeneche en las batallas de Guaqui y Jesús de Machaca.—Funestas consecuencias de estas batallas para la causa de la Independencia.—Batalla de Sipesipe ganada por los realistas.—Derrota de éstos en Tiquina.—El caudillo patriota Díaz Vélez derrota a Picoaga en Yavi, y es a su vez rechazado en Suipacha.—Se retira a Salta.—Nueva conmoción de Cochabamba.—Goyeneche ocupa esta ciudad después de los combates de Rocona y San Sebastián.—Tratado del Virrey Elío con el Gobierno Argentino.—Triunfo de San Martín en San Lorenzo.—Belgrano toma la ofensiva contra el ejército realista, situado en Salta y mandado por Tristán. 44

CAPITULO IV

1813 y 1814

El primer Congreso Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata.—Gloriosa batalla de Salta, ganada por Belgrano.—Retirada del ejército real a Oruro.—Goyene-

Pags.

che renuncia el mando.—El Brigadier don Joaquín de la Pezuela reemplaza a Goyeneche.—Nueva insurrección de Cochabamba.—Batalla de Vilcapugio, ganada por los realistas.—Victoria de éstos en la batalla de Ayohuma.—Campaña marítima de Brown.—Rendición de Montevideo obtenida por el General Alvear.—El guerrillero don Martín Güemes y sus gauchos.—Retirada del General Pezuela a Suipacha.—Insurrección del Cuzco.—Los hermanos Angulos y el Cacique Pumacahua.—Primeras ventajas de los sublevados.—Diversos encuentros entre éstos y las tropas reales.—Expedición de Pareja contra los revolucionarios de Chile.—Combate de Hierbas Buenas.—Sitio de Chillán y retirada del ejército chileno.—Rendición de Talca.—Tratado de Lircay.—Disensiones civiles entre los caudillos chilenos.—Combate del Maule, entre don José Miguel Carrera y don Bernardo O'Higgins.—Llega Osorio con nuevos recursos del Perú.—Desastrosa batalla de Rancagua.—Reconquista de Chile. 68

CAPITULO V

1815 y 1816

Los gauchos o gauderios.—Tentativa de rebelión en el ejército argentino.—Con este motivo Rondeau suspende su movimiento de avance.—El caudillo patrtota Padilla en Presto.—Sorpresa de Tejada, en la que cae preso el Coronel argentino Martín Rodríguez.—Ardid de que se valió éste para obtener su libertad.—Batalla de Humachiri.—Fin trágico de los revolucionarios del Cuzco.—Retirada del ejército real a Challapata.—El Coronel patriota Arenales ocupa a Cochabamba.—Acción de Venta y Media.—La expedición del General Morillo arriba a Puerto Santo en territorio venezolano.—La cuarta división de esta expedición es remitida al Perú.—Pezuela to-

pags.

ma la ofensiva.—Batalla de Sipesipe o Viluma, ganada por los realistas.—Retirada del ejército argentino.—Acción de Culpina ganada por los patriotas.—Reorganización de las fuerzas de Rondeau.—Bloqueo del Callao por el Comodoro irlandés Brown.—Muerte del caudillo patriota Camargo.—El Virrey Abascal es reemplazado por Pezuela.—Refuerzos enviados de Lima al ejército que operaba en el Alto Perú.—Fin trágico del caudillo patriota Muñecas.—Muerte de Padilla.—El General La Serna se hace cargo del ejército real.—Sucesos de la Argentina.—El Congreso de Tucumán. 105

CAPITULO VI

1817 y 1818

Movimiento del ejército realista sobre la provincia de Salta.—Ocupación de Jujuy por el mismo.—Desastres sufridos por los caudillos patriotas en el Alto Perú.—Continuos encuentros entre realistas y gauchos.—Ocupación de Salta.—Episodios de aquella campaña.—Retirada de La Serna de Salta a sus posiciones primitivas.—Derrota del Jefe patriota La Madrid.—Don José de San Martín, Gobernador de Cuyo.—Organiza una expedición en Mendoza para invadir a Chile.—Pasa los Andes y triunfa en Chacabuco.—Entrada de los patriotas en Santiago.—O'Higgins es nombrado Director Supremo de Chile.—El Brigadier don José Ordóñez, Jefe de las tropas realistas, se fortifica en Talcahuano.—Las fuerzas chilenas sitian esta ciudad.—Su retirada.—El General Realista Osorio llega del Perú con nuevos refuerzos.—Declaración de la Independencia de Chile.—Batalla de Cancharrayada.—Triunfo de los patriotas en Maipú.—Regreso de Osorio al Perú. 137

CAPITULO VII

1818 y 1819. Hasta el 7 de Septiembre 1820

pags.

La expedición española a órdenes del Coronel Hoyos.—La fragata María Isabel que la convoyaba es apresada por la escuadra chilena en Talcahuano.-Diversos encuentros entre patriotas y realistas en el territorio del Alto Perú.-La Serna renuncia el mando del ejército real.—Matanza de los prisioneros españoles de Maipú, en la Punta de San Luis.—Lord Cochrane es nombrado Jefe de la escuadra chilena.—Su primera expedición infructuosa al Callao.—Sus correrías en la costa Norte de Lima.-Segunda expedición de Lord Cochrane al Callao.-Le resultan inútiles los cohetes a la Congreve y los brulotes con que pretendió incendiar la escuadra realista.-Toma de Pisco por los marinos chilenos.—Cochrane avanza hasta la ría de Guayaquil y se apodera del Aguila y la Begoña.—Heroica toma del puerto de Valdivia por la escuadra de Cochrane.-Esta sufre un rechazo en la isla de Chiloé.—Triunfo del Mayor Beauchef sobre el Jefe realista Bobadilla, en Osorno.—Fin trágico de los hermanos Carreras.-Correría del ejército realista por los territorios de Jujuy y Salta.-Preparativos de Pezuela para hacer frente a la expedición de San Martín.—Jura de la Constitución española de 1812, en Lima. 163

PARTE SEGUNDA

La Independencia del Perú bajo la dirección de San Martín

CAPITULO I

DESDE EL 7 DE SEMTIEMBRE DE 1820 HASTA 1821.

Fuerzas que componían la Expedición Libertadora del Perú, a órdenes del General San Martín.—La expedición fondea en la ensenada de Paracas.—Ocupación de Pisco.—San Mar-

Pags.

tín establece en esta villa su cuartel general.—Negociaciones de Miraflores.—El General Arenales ocupa a Ica.-Acción de Nazca en la que triunfan los patriotas.-Desembarco de San Martín en el pueblo de Ancón.—Llega a este puerto la goleta Alance, con la noticia del Grito de Independencia de Guayaquil.—La escuadra de Cochrane bloquea el Callao; y se apodera este Almirante de la fragata de guerra española la Esmeralda.—San Martín establece su cuartel general en el valle de Huaura.—El campamento realista en Asnapuquio.—Encuentro de Chancay entre el Coronel Valdés y el Capitán patriota Bransden.—El batallón Numancia se pasa a los Independientes.—Salaverry.—El General Arenales ocupa a Huamanga, a Huanta y a Jauja, y derrota a O'Relly en Pasco.—Proclamación de la Independencia en Trujillo. 187

CAPITULO II

1821

San Martín ocupa a Retes.—Los realistas tratan de atacarle, y se retira a su primera posición de Huaura.—Pronunciamiento militar de algunos Jefes españoles en Asnapuquio.—Es destituído el Virrey Pezuela.—La Serna se encarga del Virreinato del Perú.—Apresamiento del bergatín español Aranzazu.—Lady Cochrane.—Valdés derrota a los patriotas en Alaura.—Acción de Canta, desfavorable a los mismos.—Expedición infructuosa de Miller a Pisco.—Llegada del Comisionado Regio don Manuel Abreu a Lima.—Negociaciones de Punchauca.—Entrevista del Virrey La Serna y San Martín.—No llegan a ningún avenimiento.-La Serna abandona a Lima y se retira a Jauja.—Expedición del General Arenales a la Sierra y su retirada.—Expedición de Miller a Arica.—Desembarca en el Morro de Sama.—Ocupación de Arica y Moquehua

Pags.

por los expedicionarios.—Combate de Mirave, en que es derrotado el Coronel realista La Hera.—Reembarco de Miller.—Ocupa nuevamente a Pisco y derrota al Jefe español Santalla, cerca de Nazca.—Llegada de Miller a Lima. 202

CAPITULO III.

1821.

Entrada de San Martín en Lima.—Proclamación de la Independencia del Perú.—San Martín toma el título de Protector del Perú.—Decretos de San Martín.—Bloqueo y defensa del Callao.—Expedición del General Canterac, para auxiliarla.—Grandes penalidades de la tropa en la marcha.—Canterac entra en el Callao.—La evacua, sin haber podido auxiliarla.—Se retira Canterac a la Sierra.—Espantosa deserción de las tropas realistas.—Capitulación del Callao.—El General don José de La Mar abraza la Causa de la Independencia.—Resuelve el Virrey trasladarse al Cuzco.—Reposición del ejército realista. 221

CAPITULO IV

1822

Sublevación de Potosí a favor de la Independencia.—Es sofocada inmediatamente por el Brigadier Maroto.—Torre-Tagle es nombrado Delegado Supremo.—Derrota del General Domingo Tristán en Ica.—Ocupación de esta plaza y de la de Pisco por las fuerzas realistas.—Las fragatas españolas PRUEBA Y VENGANZA son entregadas en Guayaquil al Comisionado del Gobierno del Perú; y la Corbeta Alejandro al de Colombia.— Derrota del caudillo patriota Lanza por Valdés.—Entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil.—Conmoción popular en Lima contra el Ministro Monteagudo, su destitución y destierro.—

pags.

San Martín de regreso a Lima reasume el mando supremo.—Instala el Congreso Constituyente.-Renuncia el mando y se embarca para Chile.—Honores que le decreta el Congreso.—Esta Corporación nombra una Junta de Gobierno compuesta de La Mar, Alvarado y el Conde de Vista Florida.—Expedición de Alvarado a los puertos intermedios.—Es derrotado en Torata y Moquehua.-Riva-Agüero es nombrado Presidente del Perú. 239

PARTE TERCERA

AYACUCHO

La Independencia del Perú bajo la dirección de Bolívar y Sucre.

CAPITULO I

Mirada retrospectiva a los sucesos de la Presidencia de Quito.-La revolución de Guayaquil del 9 de Octubre de 1820.—Importancia de este movimiento.—Primer triunfo de los patriotas en Camino Real.—Cuenca proclama su Independencia el 3 de Noviembre de 1820.—Urdaneta es derrotado en Huachi, el 22 de Noviembre del mismo año.—Los patriotas cuencanos son batidos en Verdeloma.—Desastre de Tanizagua.-Mires y Sucre en Guayaquil.-El segundo se hace cargo del ejército Libertador.—Traición de López y Ollague.—Triunfo de Sucre en Yaguachi.-Segundo combate de Huachi, desfavorable a los republicanos.—Armisticio entre Sucre y Tolrá.-Unidas en Saraguro la división peruana de Santa Cruz con la de Sucre, marchan a Cuenca.-La última campaña.—Glorioso triunfo de Pichincha.—Capitulación de Pasto.—Bolívar en Quito, Guayaquil y Cuenca.—Las insurrecciones de Pasto. 263

pags.

CAPITULO II

Primera división colombiana enviada al Perú.—Su regreso.—El Presidente Riva-Agüero envía a Guayaquil al General Portocarrero de Comisionado ante el Libertador para solicitar el auxilio de Colombia.—Bolívar acepta tal petición, y remite al Perú tropas colombianas.—Nombra el mismo de Ministro Plenipontenciario ante el Gobierno Peruano, al General Antonio José de Sucre.—Acertada elección del Libertador y buena acogida de Sucre en el Perú.—Riva-Agüero despliega dotes de actividad e inteligencia para formar un ejército peruano, que lo pone a las órdenes del General Santa Cruz.—Expedición de éste a los Puertos Intermedios.—El General Canterac con una fuerte división marcha sobre Lima.—Se confía al General Sucre el mando supremo de las tropas.—Lo acepta en fuerza de las circunstancias.—Los patriotas evacuan a Lima y se retiran al Callao.—Entrada de Canterac en Lima.—Bloqueo del Callao.—Desavenencias entre Riva-Agüero y el Congreso.—Se retiran a Trujillo.—Sucre es nombrado Jefe Supremo Militar del Perú.—Canterac evacua a Lima, la que es ocupada nuevamente por el ejército patriota. 289

CAPITULO III.

Expedición del General Sucre al Sur.—Su arribo a Chala.—El General Santa Cruz con sus fuerzas llega a Arica.—El mismo con una parte de ellas ocupa a La Paz; y Gamarra con la otra se apodera de Oruro.—Derrota de los realistas en Pisco.—Combate de Zepita entre las tropas de Santa Cruz y las de Valdés.—El Virrey La Serna une sus fuerzas a las de Valdés, atraviesa el Desaguadero y verifica su reunión con las de Olañeta, en Sorasora.—Desastrosa retirada de Santa Cruz.—

pags.

Pérdida del ejército que comandaba.—Derrota de Lanza en Alzuri.—El General Sucre ocupa a Arequipa.—Abanza hasta Apo en auxilio de Santa Cruz.—Sgbe allí la dispersión del ejército patriota y retrocede a Arequipa.—Sucre evacua a esta ciudad, y los realistas se apoderan de ella.—La división auxiliar de Chile desembarca en Arica, y se regresa a Coquimbo.—Funestas rivalidades entre Torre-Tagle y Riva-Agüero.—Llegada del Libertador a Lima; su pomposa y solemnísima recepción.—El Congreso le faculta para que termine las diferencias entre esta Corporación y Riva-Agüero.—Resultan frustráneas las medidas adoptadas por Bolívar para el objeto.—Solemne sesión del Congreso Peruano, en la que el Libertador reconoce la Soberanía Nacional.—El Congreso deposita a Bolívar la Suprema Autoridad militar en el Perú.—Descúbrese que Riva-Agüero se hallaba en tratos con los realistas.—Marcha el Libertador con una división a debelar la facción de Riva-Agüero.—El Coronel La Fuente toma prisionero a éste, y se evita la guerra civil.—Conducta desleal de Torre Tagle.— 308

CAPITULO IV

1824.

Bolívar en Pativilca.—Su entrevista con don Joaquín Mosquera.—Situación de los ejércitos beligerantes a principios de 1824.—El General Berindoaga es enviado por Torre Tagle para negociar un armisticio con el virrey.—Los Sargentos del Regimiento del Río de La Plata sublevan la guarnición del Callao.—Enarbolan el pabellón de España en los fuertes de aquella plaza, siguiendo las insinuaciones del Teniente Coronel español Casariego.—El Congreso del Perú inviste al Libertador de facultades dictatoriales.—Bolívar para salvar la situación las acepta.—Necochea es nombra

pags.

do Jefe Civil y Militar de Lima.-Extrae de esta ciudad todos los artículos de guerra.—Descubre la traición de Torre Tagle, Berindoaga y otros.—Los realistas ocupan el Callao y Lima.—Defección del escuadrón Granaderos de los Andes.-Defección de los Tenientes Coroneles Navajas y Ezeta.—Clamorosa situación de los patriotas.-Asombrosa actividad del Libertador en esas circunstancias.—Reorganiza y aumenta el ejército independiente.—Defección del General español don Pedro Antonio de Olañeta.—Bolívar se aprovecha de ella y de la inacción de Canterac.-Atraviesa los Andes.—Asamblea del ejército patriota en Pasco.-El Libertador pasa revista al Ejército Unido.-Su famosa proclama. 336

CAPITULO V.

La Batalla de Junin.

Parte del Secretario General del Libertador.—Parte del General en Jefe del Estado Mayor del Ejército Patriota.—Parte del General Canterac.—Relación de López Borrero.—Relación del General Miller.—Relación de O'Connor.—El cantor de Junín. 354

CAPITULO VI

1824.

Desastrosa retirada de Canterac después del combate de Junín.—Las fuerzas independientes avanzan hasta el Río Apurímac.—Regresa el Libertador a la Costa.—Confía al General Sucre el mando del ejército unido.-Derrota del Coronel Luis Urdaneta en las inmediaciones de Lima.—Bolívar ocupa esta ciudad; y establece en ella su Gobierno y su Cuartel General.-Estrecha el bloqueo del Callao.—Combate naval cerca de este puerto

Pags.

entre la escuadra independiente y la realista.-La última campaña.—Acantonamiento del ejército patriota a orillas del Apurímac.-La famosa retirada de cien leguas de Sucre desde aquel río, hasta Huamanga.-El combate de Corpahuaico.-El atrevido paso de la quebrada de Acroco.-La meseta de Ayacucho.-La víspera de la gran batalla de este nombre.-Episodio de la vida del Mariscal La Mar. 373

CAPITULO VII

Parte de la batalla de Ayacucho por el General Antonio José de Sucre.-Relación de la misma batalla por el General don Guillermo Miller.—Descripción de la batalla de Ayacucho por el General español don Andrés García Camba. 400

CAPITULO VIII

Relacion de la batalla de Ayacucho por el Coronel don Manuel Antonio Lopez Borrero.

La mañana del 9 de Diciembre de 1824.—El terreno para la batalla.—Disposición, Jefes y número de las fuerzas independientes.—Idem de las fuerzas realistas.-Entrevista de Oficiales de uno y otro bando.-Conferencia entre Córdova y Monet.-El almuerzo. Dos Oficiales taciturnos. La madre y el niño de Matará.-Uniformes y aspecto de los dos ejércitos.—Arengas del General Sucre.—Su noble aspecto.—Rómpese el fuego. Situación en este momento de tiradores o guerrillas y de cuerpos.—La Mar pide un cuerpo de refuerzo. Va el Vencedor.—Muerte de Sevilla y Prieto.—La izquierda y centro realista empiezan a decender.—Sucre hace malograr el plan de La Serna.—La inimitable arenga del General Córdova.—Avance de la división de este denodado Jefe.—Empéñase la batalla general.-Hazaña y heridas del Coronel Laureucio Sil-

Pags.

va.-Carga del Bogotá, Voltíjeros y Pichincha a la bayoneta.—Muerte de varios Jefes españoles. Cunde el desaliento en el campo español.—El Sargento Pontón; la batería del centro realista es capturada.—Arduo compromiso del batallón Caracas.—Denodados esfuerzos del Virrey La Serna. Su última jugada.—El batallón Bogotá toma la batería del Virrey.—Ascención de la división Córdova.—Pánico general del ejército español.—Captura del Virrey.—Pontón y Cuervo le salvan la vida.—La batalla por la izquierda de Sucre.—Los movimientos de Valdés.—Avance de la división La Mar, reforzada por Sucre.—Desgránase la división de Valdés.-Complétase el triunfo.-Canterac baja a proponer Capitulación.-Sucre generosamente la concede.—Escena en la Iglesia de Quinua.—El campo después de la batalla.—Cifras de muertos y heridos.-Ayacucho y Waterloo.—Trofeos y frutos de Ayacucho. 423

CAPITULO IX

LA VICTORIA DE JUNIN.-CANTO A BOLIVAR 464

CAPITULO X

PROCERES ECUATORIANOS

QUE TOMARON PARTE EN LAS CAMPAÑAS LIBERTADORAS DEL PERU.

EL GRAN MARISCAL DON JOSE DE LA MAR.—El Coronel don Alejandro Vargas Machuca.—El Coronel don Baltazar Rivera y Nates.—El Coronel don Guillermo Harris.—El General don Arturo Sandes.—El Coronel don Guillermo Talbot.—El General don Florentino León.—El Capitán don José Sevilla.—Los hermanos Prietos.—El Teniente Antonio Díaz.—Don Francisco Calderón y Ga-

Pags.

raicoa.—Próceres Quiteños.—Próceres Guayaquileños.—Próceres Ambateños.—El Capitán don Hipólito Tufiño.—Nicolasa Jurado.—Inés Jiménez.—Gertrudis Espalsa. — Ecuatorianos muertos en los diversos combates en pro de la Independencia del Perú.—Don José María Borrero y Baca.—El General don Ignacio Torres.—Don Salvador Sevilla. 487

CAPITULO XI.

Auxilios prestados por el antiguo Departamento Colombiano del Azuay, hoy provincias de Cañar, Azuay y Loja, para las campañas libertadoras del Perú, que consistieron en hombres, dinero, cornetas, clarines, armas, víveres y vestuarios. 509

CAPITULO FINAL

DESPUES DE AYACUCHO

ERRATAS SUSTANCIALES

Página	Línea	Dice	Léase
21	última	Convencidos	Convenidos
48	25	difinitiva	definitiva
49	51	Pero	Poco
54	50	Viquina	Tiquina
71	20	Juntos	Junto
74	15	sencillo	sensible
79	1ª	Aychuma	Ayohuma
82	26	escuada	escuadra
83	33	los	las
86	47	nteramente	enteramente
99	19	ne	de
102	4	habia	habían
108	52	a	un
110	22 y 23	conrió	confirió
112	48	persiguido	perseguido
113	3	guitar	quintar
121	16	América	Americana
127	3	ei	el
id	9	equel	aquel
129	7	cubriéndole	cupiéndole
id	8 y 9	pudiesen	pudiese
id	24	habían	habían sido
130	35	on	en
131	50	omericanos	americanos
id	52	se creía	se creían
141	37	1847	1817
145	47	pérdids	pérdidas
150	41	regida	rígida
155	10	reunir	reunirse
166	41	Un sagriento	Uu sangrien-(to suceso
168	7	les	las
177	47	contraido	contrariado
207	45	firmó	formó
213	8	monteros	montoneros
218	20	caín	caían
251	2	extrenado	extremado
251	28	revolución	resolución

Página	Línea	Dice	Léase
252	30	uego	luego
278	41	Albiona	Albión
292	12	al Pe	al Perú
314	14	Tacon	Talón
325	27	¡A la patria!	¡Ah la patria!
326	6	ejercico	ejercicio
id	6	monento	momento
327	15	puertos	puestos
328	45	remitirlelas duplicadas	remitirlas duplicadas
334	17	el	al
373	35	ed	de
378	27	diudad	ciudad
379	48	miomo	mismo
384	1	Unnue	Unanue
388		Apurímac	el Apurímac
392		su ejército	el ejército
429	28 y 29	unos con otros	unas con otras
435	52	en gloria	con gloria
443	39	concusión	conclusión
464	4	Llosa	Losa
468		los	sol
477	44	negras	negra
488	20	La María Madrid	La Mar a (Madrid
493	21	su	un
494	27	franqueza	flaqueza
497	última	dara	para
515	38	equuio	equino
530	3	siguiente	segundo
543	47	importuna	inoportuna
556	23	escecroble	execrable
id	34	y valentísimo	y el valentí- (simo